

*Nunca es tarde para volver  
a empezar*

---

# VOLVER A SER

---

*Beatriz Gefer*

Licencia de uso para esta edición La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de descargar tu propia copia en el sitio web correspondiente. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

\*\*\*\_\*\*\*

## Índice

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[CAPITULO 21](#)

[CAPITULO 22](#)

[CAPITULO 23](#)

[CAPITULO 24](#)

[CAPITULO 25](#)

[CAPITULO 26](#)

[CAPITULO 27](#)

[CAPITULO 28](#)

[CAPITULO 29](#)

[CAPITULO 30](#)

[CAPITULO 31](#)

[CAPITULO 32](#)

[CAPITULO 33](#)

[CAPITULO 34](#)

[CAPITULO 35](#)

[CAPITULO 36](#)

[CAPITULO 37](#)

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 1

*“No te rindas... porque cada día es un comienzo nuevo, porque ésta es la hora y el mejor momento, porque no estás solo, porque yo te quiero.”*

*Mario Benedetti*

Lola estaba sentada delante de un café en la cocina de la casa de sus padres. Había llegado a Toledo bien entrada la noche. Para no asustar a sus padres los llamó cuando iba de camino, afortunadamente, su madre era una mujer discreta y muy respetuosa con la privacidad de su hija. Lola no dudaba de que su madre ya supiese que detrás de esa visita se escondía un problema o un disgusto, sin embargo, sabía que no iba a preguntarle al respecto hasta que ella diese el primer paso para hablar. Siempre había sido así, antes de emitir cualquier opinión o de guiarla con algún consejo, sus padres escuchaban atentamente cualquier asunto que Lola les comentase, casi siempre aprovechaban la hora de la cena para hablar ya que era la única comida del día que hacían juntos. Sólo les había fallado una vez. Cuando les ocultó el infierno en el que se había convertido su matrimonio. Lola se estremeció al recordar el día en que sus padres decidieron hacerle una visita sorpresa en Madrid, ambos habían quedado consternados por el aspecto que presentaba Lola al abrir la puerta. Recordaba perfectamente sus caras horrorizadas al ver su mejilla hinchada y el feo corte en su labio. No hizo falta que Lola dijese nada ya que sus lágrimas desconsoladas lo hicieron por ella. Sin formar ningún escándalo, su padre se había limitado a ordenarle que le entregase una maleta. Él mismo recogió todas sus pertenencias de la habitación matrimonial mientras su madre y ella revisaban que no se le olvidase ningún documento personal en la casa a la que ya no habría de volver nunca más. Su padre dejó el juego de llaves en la consola del recibidor y se limitó a cerrar la puerta tirando de ella. No fueron a Toledo, se registró en el mismo hotel que sus padres y, como siempre, ambos esperaron pacientemente sentados en su habitación a que Lola les explicase su situación. No le recriminaron el haber ocultado los malos tratos a los que se había visto sometida en el último año. Habiéndola educado bien, ella misma fue la que les garantizó que aquello ya había acabado. Sólo necesitó verlos delante de ella para avergonzarse por haber permitido que las humillaciones del principio de su vida en común hubiesen crecido tanto que, con el tiempo, el maltrato psicológico se convirtió en maltrato físico. Ese mismo día su padre contactó con Andrés, el abogado que tenían de mano en la gestoría en la que era contable. Lo más duro fue relatarle a un hombre mayor, que la conocía de toda la vida, su historia con Juan. Se sintió

idiota al describir cómo Juan pasó de ser simplemente el dueño del gimnasio vecino de su peluquería a convertirse en un auténtico príncipe azul que la deslumbró con su riqueza y sus contactos. Tuvo que relatarle cómo desde el principio ella fue cediendo terreno poco a poco ante los deseos de Juan, empezando por irse a vivir con él demasiado pronto y terminado por desechar de su vida todo lo que a él podía molestarle. Tuvo que reconocer que acalló sus primeras dudas respecto a la actitud de Juan cuando éste la sorprendió con una petición de mano de película en un precioso hotel de París. De inmediato la convenció para que dejara en sus manos la celebración de una fastuosa boda en la que tuvo que plegarse a todos sus caprichos porque él correría con todos los gastos. Sus padres supieron entonces que la factura había sido tan abultada que a ella le avergonzaba pensar en que ellos no podrían hacer frente ni tan siquiera a una tercera parte de su coste. Todos esos razonamientos habían quedado eclipsados por el encanto personal de Juan, por el cariño con el que la trataba y lo detallista que era con ella. Siempre había flores o bombones cuando la recogía en el trabajo y contaba por decenas los costosos regalos con los que la había obsequiado sin que hubiese un motivo concreto de celebración. Todo eso terminó cuando ya pudo considerarla suya, no suya para amarla, suya como una propiedad más sobre la que tener poderes para ordenar que las cosas se hicieran como, a su buen entender, debían de hacerse. Lola lo soportó todo por el amor que sentía. Sonrió para sí al reconocer que, tras haber conocido a Héctor, supo que nunca había estado realmente enamorada de Juan, podría definirlo de muchas maneras, pero fascinación era la palabra que más se acercaba para describir lo que había sido su relación. Una mujer joven, con poca experiencia en el amor, nueva en una gran ciudad como Madrid y que se había visto abducida por la magia que Juan había sabido tejer a su alrededor. Lloró al pensar en Héctor, se lo imaginaba furioso con ella tras haberlo abandonado en plena celebración de la boda de los mejores amigos de ambos, Helena y Jack. Gracias a ellos y a su historia de amor, tormentosa pero con final feliz, se habían conocido. Recordó aquella primera cena en el restaurante italiano, ella acudía como una especie de escolta de Helena a la que Jack quería presentar a su amigo Héctor. Aún le temblaban las piernas al recordar la imagen de él acercándose lentamente a ella con el semblante serio, casi amenazador, para, en un visto y no visto, esbozar aquella sonrisa arrebatadora y besarla en la mejilla demorándose más tiempo del debido. “Me alegro de que tú no seas Helena” le había dicho. Desde ese momento, aquel hombre alto de tez morena y ojos negros como la noche había estado pendiente de ella durante toda la cena. La había seducido a la

hora del postre, nunca iba a poder olvidar la dulce cremosidad de la pannacotta ni la delicadeza con la que Héctor le había dado de comer aquel manjar al compartir la misma cuchara para ambos. Al salir del restaurante Lola estaba tan atraída por Héctor que se vio en la obligación de advertirlo respecto a sus expectativas. Héctor la había desarmado al descubrir por sí mismo su pasado. La triste historia de su hermana Sonia lo había hecho reconocer las señales que para otros hubiesen pasado desapercibidas. Luego la había dejado casi inconsciente con el beso más dulce que jamás le habían dado. Mostró una templanza inaudita en un hombre con un carácter tan protector como el suyo cuando la tomó en brazos tras el desagradable incidente que habían tenido Helena y ella en la zona vip del Chances con Juan, su exmarido, al que por desgracia, se había vuelto a encontrar en la que estaba a punto de convertirse en la noche más romántica de su vida, en el local propiedad del hombre que estaba haciendo que ella volviese a sentir cosas que nunca había sentido antes con tanta intensidad. Las arcadas volvían a sacudirla al sentir el aliento pegajoso de Juan diciéndole obscenidades al oído. También revivía la vergüenza de verse arrojada al suelo por un empujón suyo. Estaba convencida de que Héctor, además de romperle la nariz de un puñetazo, se había quedado con las ganas de mandarlo al hospital. En vez de ello, había elegido atenderla a ella, consolarla, abrazarla, mostrarle explícitamente el deseo que sentía por ella y acompañarla todas las noches desde entonces. ¿Qué clase de hombre dormía durante un mes seguido con una mujer a la que deseaba conformándose únicamente con besos y caricias? Ese era Héctor. El hombre que casi consigue que ella volviera a ser una mujer completa. Les había faltado una noche, una noche especial que Héctor había preparado para ella. La noche en la que Lola había huido tras haber recibido en su teléfono un amenazador mensaje de Juan, en él la advertía de que sabía dónde estaban ella y su amiguito. Se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en poner en riesgo a Héctor, a Helena o a Jack, sobre todo cuando ya tenían sospechas de que el asalto al apartamento de Helena podía haber estado instigado por Juan. Los inspectores habían dicho que iban a intentar averiguar algo al respecto, pero aún no tenían noticias de ello. Así que, simplemente había huido de la boda en un taxi, sin despedirse de él. Le había dejado una triste nota a uno de los porteros que vigilaban la fiesta, sabía que era de cobardes, pero si lo tuviese delante, lo único que habría hecho hubiese sido echarse en sus brazos buscando el refugio tranquilizador de su aroma. Curiosamente el aroma que desprendía Héctor, mezcla de su perfume y de su olor corporal, calmaba todas sus ansias o sus miedos y eso era algo que no dejaba de asustarla y asombrarla a partes iguales.

No quería pensar en que Héctor iba a olvidarla, le partía el corazón imaginarlo con otra mujer pero, en conciencia, no podía permitir que un hombre tan bueno como él cargase con una mujer tan defectuosa como ella. Suspirando hondo para calmar sus lágrimas y desechando el café ya frío se dispuso a afrontar el primer día de muchos más en casa de sus padres. Haría una limpieza general y cocinaría una lasaña para la cena. A su padre le gustaba su receta y ello les ayudaría a digerir la noticia que Lola lamentaba tener que contarles. Juan había vuelto a entrar en su vida.

Dos días más tarde, Héctor acababa de llegar a Toledo tras haber dejado varios asuntos resueltos en Madrid, un par de ellos estaban relacionados con Lola. El primero había sido recopilar información sobre los padres de Lola, necesitaba localizarlos para poder visitarlos sin que ella lo supiese. El segundo había sido avisar a Carlos. Al día siguiente de la boda de Jack lo había despertado bien temprano en su casa. El abogado lo maldijo en todos los idiomas conocidos y en alguno que se acababa de inventar por hacerlo madrugar después de la fiesta. Ni tan siquiera el café con un croissant recién horneado que le llevó apaciguaron el carácter de su mejor amigo. Héctor sonrió para sí al recordar cómo toda aquella palabrería quedó olvidada cuando le expuso el motivo de su visita. Carlos inmediatamente se puso en modo macho alfa protector con Lola, al igual que aún hacía con Helena a la que había prestado ayuda profesional y, lo más importante para todos los amigos, había sido el bastón en el que ésta se había sostenido cuando Jack, su ahora marido, la abandonó a su suerte. Ambos acordaron que lo mejor era que Lola volviese a Madrid para poder ayudarla, Carlos en lo profesional y Héctor en lo personal. Héctor no tuvo dudas en reiterarle a Carlos que Lola era suya y que era la definitiva. El abogado se había limitado a poner los ojos en blanco para advertirle después de que como lo suyo y lo de Jack fuese contagioso les cortaría los huevos a ambos.

Aparcó su Volkswagen Tuareg negro en un aparcamiento cercano a la gestoría donde el padre de Lola trabajaba. Gus, uno de los porteros de sus locales de copas que también trabajaba en ocasiones para Anderson & Asociados, la empresa de seguridad de Jack, le había tranquilizado respecto a Lola. Llevaba en Toledo desde la mañana siguiente a la huida de su chica, Héctor le había encargado que vigilase que nadie, sobre todo su ex marido, pudiese hacerle daño. Gus le aseguró que Lola apenas había salido del domicilio familiar en los tres días que llevaba allí. Es por eso que Héctor había preferido hablar primero con el padre de Lola, Raúl Torres. Desde el principio quería dejarle claras sus



intenciones respecto a su hija. Conocía de primera mano los sentimientos que los padres de Lola habían albergado cuando supieron que su hija había sido víctima de malos tratos por parte de su marido, sus propios padres habían pasado por lo mismo, con una diferencia, Lola estaba viva y disponía de una segunda oportunidad. Sonia no. Apretando la mandíbula al recordar la dulzura de su hermana pequeña franqueó la puerta de la gestoría. Era un espacio diáfano, lo primero que uno se encontraba era un gran mostrador tras el cual trabajaban dos chicas jovencitas y, al fondo, tres o cuatro despachos cuyo interior permanecía oculto tras unas persianas cerradas. Se percató de la mirada de admiración de una de aquellas chiquillas y se dirigió a ella.

- Buenos días, me gustaría poder hablar con el señor Torres, por favor – le dijo en tono neutro. No quería alimentar las fantasías románticas de una jovencita que trabajase con su futuro suegro.

- ¿Tiene usted cita?

- No – Le respondió Héctor. No sabía hasta dónde les habría contado Lola, sin embargo decidió arriesgar – Por favor, dígame que Héctor Avellaneda ha venido desde Madrid a verlo.

La chica se levantó solícita y se dirigió al despacho situado a la izquierda de todos los demás, no tardó mucho en volver a aparecer y se sonrojó al indicarle que la acompañase. Héctor la siguió poniendo mentalmente los ojos en blanco, en otra ocasión le hubiese divertido la reacción de la chica, hoy en su cabeza sólo había un objetivo. Llevarse a Lola de vuelta a casa.

Cuando franqueó la puerta del despacho se encontró con que un hombre de mediana edad y de mirada franca lo esperaba de pie al lado de su mesa de trabajo. El mobiliario del despacho era sencillo y algo anticuado. La mesa rebosaba llena de facturas y papeles cuidadosamente ordenados, lo cual daba muestra de la eficacia con la que allí se trabajaba. El padre de Lola era un hombre alto, Héctor le sacaba más de una cabeza, pero claro, su casi metro noventa dejaba por debajo a la mayoría de la gente. Lucía un sencillo traje gris y su barriga presentaba lo que se daba por llamar la curva de la felicidad que mostraban muchos hombres de su edad con un trabajo sedentario. Lola no había heredado los rasgos de su padre, éste tenía unos ojos de un color marrón convencional y su pelo era moreno, a pesar de que comenzaba a escasear en su coronilla y estaba vetado de abundantes canas. Héctor sabía que él también estaba siendo sometido al mismo escrutinio mientras ambos esperaban a que la

chica les diese la intimidad que precisaban. Raúl la obligó a salir de su ensimismamiento cuando impartió su orden con una voz de locutor de radio que sorprendió a Héctor por lo agradable de su tono.

- Gracias Rocío, cierra la puerta al salir. No me pases llamadas ni visitas, por favor.

Héctor extendió su mano para estrechar la de Raúl cuando escuchó el chasquido que le indicó que la puerta había sido cerrada

- Señor Torres, parto con ventaja porque yo sé quién es usted. Permítame que me presente, soy Héctor Avellaneda.

Raúl estrechó la mano de aquel gran hombre, el apretón fue firme y sin dudas, los ojos negros del chico ni siquiera pestañearon durante el tiempo que duró el saludo.

- Encantado de conocerlo. Señor Avellaneda, siéntese por favor.

Héctor separó una de las sillas para las visitas a fin de acomodar sus largas piernas para la charla que estaba por venir, mientras tanto, Raúl también se sentó a la espera de lo que aquel joven quisiera contarle, aunque ya sospechaba que Lola iba a ser el tema de conversación. El nombre de Héctor había salido en demasiadas ocasiones de la boca de su hija en los últimos días. En un primer momento, cuando Lola les relató el motivo de su vista, Héctor había sido un personaje más del grupo de amigos que había hecho en Madrid, posteriormente, y en charlas intrascendentes Héctor había aparecido en el entorno de la vida de su hija con mucha frecuencia, había sido ese tal Héctor el que la convenció de contratar a una empleada tras revisar su contabilidad, algo que, por otro lado, él llevaba meses diciéndoselo. Además, Lola había tranquilizado a su madre respecto al indeseable de su ex marido, diciéndole que Héctor la recogía todos los días en el trabajo. Héctor dice o Héctor piensa, era, en demasiadas ocasiones, el comienzo de las frases de Lola. Su esposa Sofía y él habían comentado en la intimidad de su dormitorio que Lola nombraba, sin ser plenamente consciente de ello, el nombre de Héctor con demasiada frecuencia. Habían deseado que aquel amigo de su hija fuese lo suficientemente fuerte para devolverle a Lola el derecho a la vida de pareja completa que se merecía. Ambos eran conscientes de que sólo un hombre con carácter podría bregar con el traumático pasado de su hija. Raúl sabía que había llegado el momento de averiguar si Héctor iba a ser ese hombre, por lo de pronto, el que se presentase a hablar con él le indicaba que tenía los cojones bien puestos ya que estaba seguro de que Lola desconocía

totalmente la visita.

- Llámame Héctor por favor

- Entonces tuteémonos ambos. Dime Héctor, ¿Qué puedo hacer por ti?

Había llegado el momento, Héctor no dudó ni le tembló la voz al responder.

- He venido a hablar de Lola.

- Lo imaginaba – La ceja arqueada de Héctor le confirmó que Lola era ajena a esta visita – He escuchado el nombre de Héctor en boca de mi hija en bastantes ocasiones en los últimos días.

- Espero que para bien – Se apresuró a responder Héctor alegre de saber que Lola seguía teniéndolo presente.

Raúl ni confirmó ni desmintió las palabras de Héctor. Su deber era proteger a Lola y aquel hombre tendría que mostrar algo más de sí mismo antes de que él le hablase de su hija.

Héctor reconoció el sentimiento de protección en Raúl, sólo esperaba no tener que competir con él por ser el refugio de Lola.

- Raúl, desconozco lo que te ha contado tu hija sobre mí. Lo primero que quiero que sepas es que no voy a ocultarte nada de mi persona – Sacó una tarjeta del bolsillo de su pantalón y se la tendió – Este es un investigador privado de total confianza, en muchas ocasiones trabaja para la empresa de seguridad de un amigo. Te ruego que lo llames para solicitarle un informe completo sobre mi persona, yo corro con la minuta. Por supuesto, si dudas de su imparcialidad, cosa que puedo entender, pagaré los honorarios del investigador que prefieras.

Raúl agitó la tarjeta sorprendido por la vehemencia de Héctor.

- ¿Será necesario? ¿Por qué querría yo investigarte?

Héctor tomó aire. No había esperado tener que desvelar sus cartas tan pronto, pero sus intenciones eran claras y no tenía dudas al respecto, así que le respondió con firmeza.

- Deberías de investigarme para saber que el futuro marido de Lola no es un maltratador hijo de puta como su exmarido.

Raúl se reclinó en el asiento sorprendido por la seguridad con la que hablaba Héctor. Estaba claro que sus ruegos habían sido atendidos. Aquel hombre que

ahora escrutaba su reacción era conocedor del pasado de su hija y, a pesar de ello, no mostraba duda alguna de su éxito a la hora de pretender convertirse en su yerno. Estaba buscando la manera más adecuada para responderle cuando Héctor volvió a tomar la palabra.

- Comprendo tu sorpresa. Te debo, si me lo permites, una explicación a mis palabras – Al ver que Raúl asentía prosiguió - ¿Lola os ha mencionado el incidente con su ex marido?

- Sí – respondió Raúl cauteloso – nos lo comentó al día siguiente de su llegada. Andrés, el abogado que llevó su divorcio está valorando cómo proceder.

- No será necesario – Héctor respondió con dureza – Carlos, nuestro abogado, ya está al tanto del tema... Mira Raúl, no quiero ser descortés pero voy a explicarte cómo están las cosas. Conocí a Lola a través de Jack, mi mejor amigo y, a su vez, actual marido de Helena, la amiga de Lola. Esa noche salimos a cenar los cuatro y decidimos tomar una copa en uno de mis locales, allí las chicas tuvieron la desgracia de encontrarse con ese malnacido. Las atacó, a ambas, no sólo de palabra. Lamentablemente sólo pude romperle la nariz, creo que si Lola no hubiese estado tan afectada podría haberle desfigurado la cara. No me arrepiento, lo primero era protegerla a ella. Eso es lo que he estado haciendo hasta hace tres días. Quiero que sepas que Lola no ha dormido sola desde ese día. Para tu tranquilidad, no me molesta desvelarte que sólo hemos dormido. Lola no estaba preparada para nada más y yo lo respeto. Lo haré hasta que pueda compartir conmigo, sin miedos, toda la intimidad que deseo tener con ella. Soy lo que ahora denominan un macho alfa, no me avergüenza decirlo, un protector, cuido lo que es mío hasta las últimas consecuencias. Lola es mi mujer, así que voy a encargarme de todo lo que tenga que ver con su defensa y su seguridad.

Con cada palabra de Héctor, Raúl se tranquilizaba un poco más. Sin embargo, no se lo iba a poner fácil.

- Entiendo. Sin embargo, permíteme que te diga que hay una línea muy fina entre lo que tú llamas protector y el creerse dueño de una mujer. El exmarido de mi hija era del segundo grupo, y que te quede claro que no te estoy comparando con él. Juan consideraba a Lola de su propiedad para hacer con ella lo que quisiese, apartarla de nosotros, criticarla por su trabajo, golpearla...

Héctor no lo dejó continuar.

- Antes me corto las manos que hacerle daño a Lola. Perdí a mi hermana

pequeña a manos de un maltratador, él no la empujó del puente del cual se tiró, sin embargo, para mí sí lo hizo. Está libre, campando a sus anchas por Madrid, igual que Juan. No pude hacer nada por proteger a Sonia, sin embargo, daría mi vida por Lola. La quiero más que a nada en el mundo. Pensarás que no es posible en tan poco tiempo, pero si conoces a tu hija lo entenderás. Además de ser una mujer preciosa por fuera, por dentro es un ángel. Un ángel caído que necesita muchos cuidados para levantarse y yo voy a darle todo lo que necesite para conseguirlo.

Raúl estaba abrumado por el discurso de Héctor, el hecho de que hubiese perdido a una hermana por violencia de género le daba otra dimensión a la historia. Probablemente no hubiese otro hombre más adecuado para Lola y además le había confesado a su padre que la quería. Le había dado carta libre para husmear en su vida, animándole incluso a hacerlo. Se le estaban acabando los argumentos, sin embargo, Héctor tendría que salvar un par de obstáculos más para que él hiciese lo que llevaba tiempo deseando, poner a su hija en manos de un hombre de verdad y no tener que soportar ver a su lado a otro mequetrefe del tipo de los protagonistas de los realitys de televisión.

- Lo primero, siento mucho lo de tu hermana. Soy consciente de que podría haber sido mi hija y, por descontado, puedo imaginar perfectamente el dolor de tus padres y el tuyo propio. Lo que no entiendo es que, si todo lo que dices es real, y, hasta ahora no tengo motivos para dudar de ti ¿Por qué mi hija ha huido de tu protección?

- Antes de responderte he de decirte que, aunque Lola ha huido de mí, yo no he dejado de protegerla. Gus, uno de los porteros de mis locales que es especialista en seguridad, ha estado aquí velando desde la sombra porque nadie le hiciese daño ya que no me fío de su ex marido. Por otro lado, Lola me ha abandonado porque se asustó al recibir un mensaje en el móvil de su exmarido. Ella cree que dejándome nos protege a mí y a nuestros amigos de las maquinaciones de su ex. No puede estar más equivocada, pero creo que está aterrorizada de que yo me aleje de ella si Juan decide complicarnos la vida. Aún no he logrado convencerla de que voy a hacerla feliz y a darle todo lo que, como mujer, pueda necesitar. Me atrevería a decirte más, voy a darle todo lo que ella aún no sabe que desea.

- Mi hija deseaba muchas cosas – recordó Raúl algo entristecido – su madre y yo siempre dudamos de que Juan se las fuese a dar. No te hablo de cosas materiales, Juan la llenaba de regalos pero Lola quería algo más sencillo, quería tener su

peluquería, luchó por ello y lo logró sin nuestro apoyo financiero. Después, quería formar una familia, quería ser madre joven. Ella es hija única y siempre dijo que quería darnos dos o tres nietos. Juan le negó la posibilidad. En el fondo, me alegro de ello. No habríamos podido romper nunca el vínculo con él de haber tenido hijos en común.

Héctor ya imaginaba a Lola embarazada de su hijo. No lo había pensado hasta oír su deseo por boca de su padre. La imagen no lo asustaba, todo lo contrario. Sorprendentemente supo que lo deseaba.

- Le daré a Lola los hijos que quiera tener. Formaremos una familia tan grande como ella quiera. Serán unos hijos muy amados, creo que mis padres se volcarán con ellos, necesitan querer y cuidar a unos nietos para recuperarse definitivamente de la muerte de Sonia. No dudo de que vosotros deseéis hacer lo mismo.

Héctor había vencido todas las defensas de Raúl. Así que levantándose abrió una pequeña caja fuerte que había en uno de los armarios del despacho y extrajo un expediente.

- Tienes mi bendición. Lola merece a un hombre como tú. En principio no voy a darte carta blanca. Es mi única hija y voy a estar pendiente de ella hasta que no me queden dudas de que la cuidas como se merece.

Héctor suspiró aliviado y asintió agradecido.

- Gracias. No voy a defraudarte. Si veo que le hago daño me alejaré de ella. La quiero tanto que si veo que sufre a mi lado la dejaré vivir tranquila.

- Espero de corazón que eso no suceda nunca. Hoy vamos a ir a comer fuera, tenía que sacar a mi hija de casa porque Lola lleva dos días cocinando sin parar, creo que tenemos el congelador lleno para todo un mes. Estaba buscando la manera de que volviese a su vida cuando tú apareciste por la puerta como respuesta a mi dilema. Hemos quedado con ella en un parque que hay enfrente al restaurante. Me gustaría que nos acompañases. – Miró su reloj – Ya casi es la hora, yo voy a pasar a recoger a mi mujer que trabaja en un banco muy cerca de aquí, si te parece bien, más o menos en quince minutos nos vemos fuera – Le tendió el expediente que había sacado de la caja fuerte – Mientras esperas aquí, me gustaría que leyese estos documentos. Es el informe que elaboró Andrés con el relato del matrimonio de Lola por si teníamos que acudir al juzgado. Incluye las fotos que le sacamos el día que la encontramos. No es agradable. Pero debes

leerlo para saber a qué atenerte.

Héctor se levantó con el expediente en la mano.

- Lo leeré ahora mismo, sin embargo, me gustaría llevármelo ¿puedo? – Héctor lo necesitaba para que Carlos tuviese algo con lo que empezar a trabajar.

- Podrás llevártelo si Lola accede a irse contigo y, créeme hijo, me encantaría que así fuese.

Cuando Raúl abandonó el despacho, Héctor se sentó y abrió el expediente. Lo leyó con rapidez, al final estaban las fotos de la cara de su preciosa mujer desfigurada por los golpes, con marcas en los brazos, bajo un pecho y en un muslo. Apretó la mandíbula hasta casi rompérsela. Juan no iba a salir indemne de un segundo encontronazo con él. Cerró la carpeta y salió del despacho con ella bajo el brazo. Decidió esperar a los padres de Lola en la acera, necesitaba respirar aire fresco para serenarse.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 2

*“El amor no es repetición. Cada acto de amor es un ciclo en sí mismo, una órbita cerrada en su propio ritual. Es, cómo podría explicarte, un puño de vida.”*

*Mario Benedetti*

Sentada en el asiento trasero del todoterreno de Héctor, Sofía escrutaba a aquel hombre que había superado las reservas iniciales de su marido tras presentarse por sorpresa ante ellos para comunicarles que iba a convertirse en su futuro yerno. Del estupor inicial con el que recibió semejante noticia de boca de Raúl, había pasado a una tensa reserva cuando lo había conocido en persona hacía tan sólo unos instantes. El chico era guapísimo, eso si iba a concedérselo. Había sido extremadamente educado cuando la saludó con un apretón de manos, también había sido muy halagador escucharle decir que era evidente que Lola había heredado la belleza de su madre. Aún no había hecho acto de presencia el macho alfa que le había descrito Raúl durante el breve trayecto del banco a la gestoría, a pesar de que su marido le garantizaba que durante su charla habían parecido dos machos cabríos midiéndose mutuamente antes de presentar batalla. “La quiere” le aseguró Raúl. Al parecer Héctor lo había dicho con todas las palabras. Ella no estaba tan dispuesta a dar su beneplácito, primero tenía que comprobar la reacción de su hija cuando viese que Héctor los acompañaba. Sabía sin duda que era alguien importante en la vida de Lola, por lo menos en los últimos tiempos, pero si ella se había vuelto a refugiar en la casa familiar pudiera ser que aquel chico no supiese entenderla, a pesar de que le reconocía valor al acudir a hablar con el padre antes de ver a la hija.

Una vez iniciaron el trayecto, Héctor fue plenamente consciente de que la madre de Lola lo observaba con reservas. Si el padre había sido protector, la madre iba a plantar cara como una leona defendiendo a sus crías. No le importaba demasiado. Todo iba a depender de Lola. De cómo reaccionase al verlo. Eso sí que lo acojonaba de verdad, si se cerraba en banda, y era muy capaz de hacerlo, sus oportunidades de regresar con ella a Madrid eran prácticamente nulas. Sus padres no iban a consentir que se acercase a ella con tanta libertad como lo estaban haciendo en esos momentos. A pesar de que era ya una mujer adulta, sus padres seguirían velando por su seguridad hasta que alguien les demostrase que podía asumir esa responsabilidad. Si bien antes ya era consciente de ello, después de leer el expediente que su padre le había entregado lo tenía claro como



el agua, él era esa persona adecuada para Lola, ella debía de haberlo sabido ya, no se lo iba a recriminar, simplemente iba a demostrarle con más intensidad lo que significaba para él.

Siguiendo las indicaciones de Raúl, estacionó en un parking subterráneo cercano al parque en donde habían quedado con su hija. Sofía le explicó, mientras caminaba cogida del brazo de su marido que cuando Lola era niña solían llevarla a pasear por allí los fines de semana. No era un parque muy grande, sin embargo, tenía árboles muy frondosos que se entrelazaban formando varios senderos por los que pasear. Todos ellos conducían a una enorme fuente alrededor de la cual había bancos de madera que invitaban al reposo y a la meditación teniendo como melodía de fondo el correr del agua y el trino de los inquietos gorriones. Eso era lo que parecía estar haciendo Lola, meditar sentada en uno de los bancos con la mirada perdida en las filigranas que hacía el agua en la fuente. El corazón le dio un vuelco al verla. Era tan bonita... estaba preciosa vestida con un vaquero azul que se ajustaba a sus largas piernas como una segunda piel y una sencilla camisa blanca, un bolso de rayas marineras yacía olvidado a su lado. Su pelo rubio, tan liso que reflejaba los rayos de sol que conseguían traspasar las tupidas ramas del árbol que daba sombra al banco, ocultaba parte de su rostro. Se adelantó unos pasos y quiso avanzar corriendo hacia ella, a tiempo recordó que no estaba solo. Raúl y Sofía lo observaban con curiosidad.

- Ve – Sofía se apiadó de él. No esperaba haber visto tanto cariño en la mirada de Héctor cuando localizó a su hija – Nosotros esperaremos aquí.

Por fin Lola tenía la mente en blanco, simplemente estaba hipnotizada por el subir y bajar de los chorros de agua. Siempre le había gustado el parque, correr por los senderos de cría y sentarse a pensar ya de adulta. Ahora agradecía la tregua que le daba su cabeza aunque sólo fuese por unos breves minutos. Oyó crujir los guijarros del sendero y levantó la mirada. Estuvo tentada a frotarse los ojos cuando divisó a Héctor caminando hacia ella. Supo el momento exacto en el que él se dio cuenta de que lo había reconocido cuando simplemente se detuvo sin dejar de mirarla. El corazón se le salía del pecho. Estaba guapísimo, su ropa lo definía como nunca antes lo había pensado, los vaqueros negros y las botas de corte militar representaban su parte salvaje, el fino jersey de pico gris sobre una sencilla camiseta blanca le hablaban de su seriedad y de su saber estar. Podía recordar sin acercarse el aroma que ese jersey desprendía. Su aroma a casa. Lo miró a los ojos sin saber qué se iba a encontrar y tuvo que ahogar un sollozo cuando lejos de sentir una mirada llena de reproches, los ojos negros de Héctor

le devolvieron una mirada limpia y serena. Lo vio esbozar una de sus lentas sonrisas para, a continuación, abrir sus brazos en una clara oferta de refugio. Lola no pensó, sólo fue capaz de levantarse y correr como si no hubiera un mañana hacia el refugio, hacia Héctor.

Héctor soltó el aire retenido en sus pulmones cuando la vio correr hacia él. No se adelantó a buscarla, quería que Lola recorriese ella sola todo el camino para que todos tuviesen claro que acudía a él por voluntad propia. El tiempo pareció detenerse, los escasos metros que los separaban, a Héctor le parecieron kilómetros, parecía que nunca iba a llegar, pero sí, al final llegó, estrellándose contra su pecho y llorando lágrimas amargas. La envolvió en sus brazos y la besó en la cabeza regocijándose al volver a sentir el gesto de Lola que tanto había echado de menos sin saberlo. Lo respiraba, respiraba su aroma con la cabeza apoyada en su pecho. Sabía que su olor serenaba a Lola igual que el olor de una madre calma el llanto de un recién nacido. Estaba por hacer acopio de decenas de frascos de su colonia favorita, no fuera a ser que dejaran de fabricarla y no pudiera ofrecerle ese consuelo a su mujer.

- Lola... te he echado de menos, mi amor... No llores, por favor... Estoy aquí y no me voy a ir sin ti – Le dijo mientras alternaba besos en su pelo y en su mejilla. Sonrió cuando los ojos azules de Lola, más brillantes que nunca, se posaron en los suyos.

- Has venido...

- Claro que he venido...eres mi princesa ¿No lo habrás olvidado? – Cruzó las manos en su espalda para encerrarla en su abrazo.

- Pensé... supuse que estarías enfadado, te dejé plantado... habías preparado una noche especial y me fui sin avisar... ¿Cómo es que no estás enfadado conmigo? – Lola realmente estaba extrañada y, sin querer, pensó en cómo habría reaccionado Juan ante un desplante semejante.

Héctor comprobó que Lola realmente esperaba encontrarlo enfadado. No le gustó, pero tras leer su historia, supo que era a lo que estaba acostumbrada.

- ¿Crees que voy a enfadarme contigo sólo porque has tenido un ataque de pánico? Bonita... ya te dije una vez que tal vez estuviese haciendo mal mi trabajo si no entendías todo lo que significas para mí, parece que tengo que explicarme mucho mejor. Yo voy a cuidarte, voy a protegerte. Ya hablaremos más tarde de esa absurda idea que se te ha metido en la cabeza de que tú me vas

a proteger a mí.

- Debo hacerlo, Héctor... - Lola se angustió al recordar de lo que Juan era capaz  
– Debo protegerte de Juan, si no estás conmigo no se fijará en ti.

- Demasiado tarde, tú y yo ya no tenemos marcha atrás. No voy a consentir que me protejas de Juan. Escucha..., a riesgo de sonar machista, protégeme cuidándote tú. Hazme feliz dejando que yo me encargue de este asunto y hazme feliz diciéndoles a tus padres que volverás conmigo a Madrid.

- ¿Mis padres? ¿Dónde están? – Lola ni los había visto.

- Detrás de mí... - Sonrió Héctor – Tu padre y yo nos hemos entendido bien, pero tu madre..., no estoy muy seguro de que no esté apuntándome con una escopeta en este momento.

- Oh... - Lola se asomó por un lado. La gran espalda de Héctor le tapaba la visión. Se sonrojó al ver a sus padres observándolos atentamente. Su madre incluso la saludó con la mano. - ¡Ay Dios mío!... ¿Has hablado antes con ellos? ¿Qué les has contado?

Héctor no pudo evitar soltar una carcajada ante la expresión perpleja de Lola.

- Con tu padre, he hablado con tu padre. Le he dicho que he venido a buscarte, que voy a cuidarte y a protegerte, que estamos juntos y que lo único que quiero es hacerte feliz – No iba a decirle que también había le había dicho que la quería. Ella aún no lo sabía y ese no era el lugar ni el momento para que se enterase. – Dime, mi amor... ¿Tiene tu madre una escopeta?

Lola negó mirándolo a los ojos.

- Pues entonces voy a besarte – Aproximó los labios hasta acariciar levemente los suyos – Necesito hacerlo.

Lola cerró los ojos al primer roce, los labios de Héctor fueron dulces y muy suaves, la acarició tímidamente con la lengua antes de separarse de ella.

- Ya – No pudo resistirse a darle un pequeño beso en la comisura de la boca – No quiero tentar a la suerte. Quiero caerles bien a tus padres... me han invitado a comer ¿Te importa?

Lola estaba aún temblando por el beso, la sensación era la misma que cuando Héctor la había besado por primera vez. Recuperar algo que llevaba tiempo buscando, sentir.

- Claro que no me importa – Lola no quiso olvidarse de decirle algo muy importante para ella. – Gracias Héctor..., por venir a buscarme a pesar de haber estropeado la noche.

- Tengo toda la vida para tener noches contigo – Le acarició la mejilla al tiempo que la tomaba de la mano para acercarse a sus padres, mientras tanto la advirtió – Mira Lola, voy en serio. No eres un capricho.

Lola asintió. Le había demostrado lo serio que iba con ella no sólo por el hecho de haber ido a buscarla, sino por haber tenido las agallas de enfrentarse a su padre primero.

- Lo sé, – le confesó – me asusta pero lo sé.

- Mi vida... el miedo no tiene lugar entre nosotros. Confía en mí.

Lola y Sofía, cogidas del brazo, se dirigían al restaurante donde su padre había reservado mesa. Héctor y Raúl las seguían unos pasos más atrás. Como siempre su madre mantenía silencio a la espera de que Lola la hiciese partícipe de sus pensamientos.

- Mamá, Héctor es diferente – Quiso empezar por ahí.

- ¿Diferente a quién?

- A Juan, es diferente a Juan – Intentó explicarse algo mejor – Ha sido muy bueno conmigo.

- Bueno Lola, sinceramente, espero que así sea. Lo que has pasado ha hecho de ti la mujer que eres ahora. Nadie espera que pongas tu vida en suspenso por lo sucedido.

- Me gusta mucho, mucho más de lo que me gustaba Juan.

- Lo he visto. Te has arrojado en sus brazos sin pensarlo. Mira Lola, no te vamos a decir lo que tienes que hacer o no. Tienes que guiarte por el corazón y por el sentido común. Por lo que he visto hasta ahora Héctor me parece un buen chico, desde luego, debes de importarle bastante para hablar con tu padre al respecto. Hay que tener valor para hacerlo, presentarse aquí, sin avisar y sin estar seguro de ser bien recibido.

- Fui una cobarde al escaparme así, sin avisarlo... aún no puedo creer que no esté enfadado conmigo.

- Lola... - Sofía suspiró al recordar lo que había sido el matrimonio de su hija –

No esperes de Héctor las reacciones que tenía Juan. Cada hombre es diferente, habrá veces que se enfade contigo, incluso os gritaréis, eso no quiere decir que vaya a maltratarte después. La convivencia siempre es dura y, en este caso, tú vas a tener que poner más de tu parte. Tienes que aprender a no esperar lo peor.

- Mamá... hay otra cosa – Aquí sí que necesitaba el consejo de su madre – Héctor y yo sospechamos que Juan está detrás del asalto al apartamento de mi vecina Helena. La policía está en ello. El caso es que ahora que Helena y Jack se han casado, están viviendo en casa de los padres de Jack hasta que terminen de amueblar la suya, se mudan a la finca de al lado porque así el bebé tendrá cerca a los abuelos.

- Papá lo ha hablado con Héctor, al parecer, su abogado ya está con el asunto. Le ha dicho a tu padre que lo dejase en sus manos - Sofía también se había quedado más tranquila al saberlo.

- Sí, lo imaginaba. Carlos es un chico fantástico, pero no es eso lo que me preocupa. – Lola hizo un gesto negando con la cabeza – El caso es que, desde ese día, Héctor considera que mi apartamento no es seguro e insiste en que me vaya con él a su piso.

- Vaya... es un gran paso Lola – reflexionó Sofía – sin embargo, si vas a estar más segura en su casa, yo también preferiría que te mudases. No me gusta imaginarte sola por la noche en tu apartamento.

- No estoy sola mamá – Lola se sonrojó al confesarle a su madre – Héctor duerme conmigo, dice que si yo no quiero o no puedo irme con él, se viene él conmigo. Dice que necesita saber que estoy bien por la noche.

- Hija, no te sonrojes por decirme que duermes con un chico, has estado casada... - le sonrió Sofía.

- Mamá... - A pesar de que le resultaba difícil tratar el tema con su madre, tenía mucha confianza en su criterio – Sólo hemos dormido, por ahora no he sido capaz de nada más. Héctor tiene mucha paciencia, dice que no tiene prisa, que prefiere esperar a que yo esté preparada.

- Bueno... - Sofía se había quedado sin palabras, las reservas que albergaba sobre Héctor se iban diluyendo poco a poco – Es muy dulce por su parte, hija... si este hombre está dispuesto a esperar, ha venido aquí a buscarte y ha hablado primero con tu padre... Creo que tienes datos objetivos suficientes para pensar que quiere estar contigo de verdad..., además de eso... ¿Qué te dice tu corazón

Lola?

- Mi corazón me dice que me vaya con él, pero ya se equivocó una vez. – Recordó pesarosa.

- Cariño..., eso no quiere decir que esta vez se vaya a equivocar. ¿Quién sabe?... Lola, creo que ha llegado la hora de que te arriesgues para ganar. Héctor es el adecuado para volver a intentarlo y, si sale bien, creo que tendrás un buen hombre a tu lado.

- Mamá... - Lola estaba al borde de las lágrimas – Yo no quiero volver a equivocarme y haceros sufrir de nuevo.

Sofía se detuvo y acarició el pelo de su hija. ¡Qué pena le daba toda la situación que Lola estaba viviendo! Un buen hombre se interesaba por ella y no era capaz de deshacerse de su pasado.

- Ay Lola... No puedes tomar tus decisiones pensando en nosotros. Los padres nunca dejan de preocuparse por sus hijos, cuando seas madre lo entenderás. Cuando nos toque reír contigo reiremos contigo, cuando nos toque llorar contigo pues lo haremos también – Quiso quitarle presión a Lola que ya lloraba – Eso es lo que pone el contrato que firman los padres con sus hijos.

Lola asintió emocionada por la comprensión de su madre, era muy afortunada por tener unos padres tan tolerantes y estaba agradecida de que le hubiesen enseñado a dialogar en familia desde una edad bien temprana. Este hecho era algo que había tenido muy presente en estas últimas semanas con todo lo que había pasado su amiga Helena al verse abandonada por Jack, el que ahora era su marido. Sus padres habían fallecido hace tiempo y ellos, sus amigos, habían tenido que sostenerla para que no cayese. Lola había podido apoyarse en sus padres en una de las épocas más duras de su vida y le habían dado el soporte y el cariño necesario para volver a recuperar cierta confianza en sí misma. Helena en cambio siempre se reservó algo para ella, suponía que si su madre estuviese viva quizás ella no hubiese sufrido tanto Percibió el aroma de Héctor antes de notar que la rodeaba por la cintura, intentó ocultarle las lágrimas pero fracasó.

- Lola... ¿Qué pasa? ¿Estás bien? – Héctor la había visto descomponerse poco a poco durante la conversación con su madre. No sabía de qué estaban hablando pero el caso es que le había afectado. Sólo esperaba que su madre no la estuviese convenciendo para quedarse con ellos en vez de volver con él a casa. Se reprendió mentalmente por juzgar a Sofía antes de tiempo cuando escuchó sus

palabras.

- Héctor, está claro que mi hija te importa, y creo que mucho. He de confesarte que no las tenía todas conmigo, sin embargo me ha bastado con ver cómo mi hija ha corrido hacia ti para descartar todas las dudas que hubiera podido albergar. Quiero darte las gracias por cuidar de Lola. Me ha dicho que lo has hecho muy bien hasta ahora, y, sinceramente, espero que sigas haciéndolo en un futuro – Sofía se agarró del brazo de su marido – Raúl, vamos, los esperaremos en el restaurante, Lola tiene algo que decirle a Héctor.

Héctor no tuvo oportunidad de agradecerle sus palabras, los vieron tomar la salida del parque cogidos del brazo, Raúl escuchaba atentamente lo que Sofía le decía, Héctor se imaginaba que estaba poniéndolo al tanto de la conversación mantenida con su hija. Ya era hora de que él se enterase también. Como hiciera antes, encerró a Lola en sus brazos entrelazando las manos tras su espalda.

- Cuéntame... ¿Qué es eso que hablabas con tu madre que te ha alterado tanto?

Lola estaba mucho más tranquila después de haber aclarado sus ideas tras la conversación con su madre. Acarició el pecho de Héctor a través del suave tejido de su jersey gris. Lo miró a los ojos y le sonrió.

- Estaba hablándole a mi madre sobre nosotros, hasta ahora no les había hablado de ti, bueno la verdad es que sí lo había hecho, pero no había mencionado que tú y yo... - no encontraba las palabras para definirlo, Héctor, siempre atento, lo hizo por ella.

- No le habías dicho que somos pareja.

- No – Reconoció algo insegura. – Lo somos, ¿verdad?, es decir, aunque yo no haya sido capaz todavía de...

Héctor no la dejó seguir y la besó como le hubiese gustado hacerlo cuando la abrazó por primera vez en días. Desde el momento en que posó sus labios sobre los de Lola su lengua arrasó con todo lo que le salía al paso, labios, dientes... Lola no se amilanó, lo acompañó en cada uno de los pasos de la danza del beso más hambriento que Héctor jamás había dado y no pudo evitar excitarse al oír el gemido que salió de la garganta de Lola. El esfuerzo por terminar el beso fue titánico, sólo el hecho de necesitar aclararle con palabras lo que acababa de demostrar con su boca y con su lengua consiguió sepáralo unos centímetros del rostro de Lola. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta esperando un segundo asalto, su respiración estaba acelerada y sus manos se habían tensado

aferrándose a sus brazos. No pudo dejarla así y la besó brevemente y con suavidad, como queriendo apagar la llama que acababa de encender.

- Lo somos, desde el día que te besé la mejilla cuando me presenté a tí en el Rigoletto. Desde ese día eres mía y yo soy tuyo. No me hace falta estar dentro de ti para saberlo.

- Estoy preparada – Lola, aún obnubilada por el beso que acababan de compartir lo soltó todo de un tirón – Estoy preparada para irme contigo, para volver a Madrid, para volver al trabajo... - Lo miró a los ojos para que pudiese comprobar la firmeza con la que hacía su declaración – También estoy preparada para ti, para llegar hasta el final – Sonrió al ver cómo el rostro de Héctor mostraba un ligero asombro – Incluso estoy preparada para trasladarme a tu casa, si aún quieres, claro.

- ¿Estás segura? – Héctor no podía haber esperado una capitulación tan rápida y necesitaba confirmar todas y cada una de sus palabras.

- Lo estoy – Lola acarició su mejilla – Lo he pensado. No hoy, estos días he pensado mucho en todo a lo que estaba renunciando, en todo lo que Juan volvía a quitarme. Después de como hui de la boda de Helena y Jack, no estaba segura de que tú quisieses seguir cargando conmigo, sin embargo parece que estaba equivocada y, a pesar de que creo que no va a resultar fácil, si tú estás dispuesto a intentarlo yo también lo estoy.

- Lola... - Héctor la estrechó contra su pecho suspirando aliviado por el éxito de su misión, aunque al mismo tiempo estaba molesto porque Lola se considerase a sí misma como una carga – Me haces muy feliz. No quiero que vuelvas a decir que eres una carga, no es cierto. Eres mi novia, no me gusta esa palabra, la verdad, prefiero decir que eres mi mujer, pero no quiero asustarte con todo lo que eso significa para mí.

- Héctor... - Lola estaba feliz de escuchar sus palabras, sin embargo tenía que ser realista – Aún no me he recompuerto de todo lo sucedido, sigo algo rota. No sé cómo voy a reaccionar en el día a día de la convivencia. Tengo miedo de meter la pata.

- Amor mío..., no estás rota... Estás más entera que muchas personas que conozco, sólo estás algo asustada. Es normal. No quiero hacerte daño, nunca. Le he prometido a tu padre que me iré de tu lado antes de causarte cualquier sufrimiento. Iremos acoplándonos día a día.



- Gracias – Lola se puso de puntillas y se apoyó en sus hombros para besarlo. – De verdad quiero que salga bien.

Héctor aceptó el beso que Lola le ofrecía, habían sido tan pocas las veces que ella había tomado la iniciativa que saboreaba todas y cada una de ellas como un momento especial. Sin embargo, no podían demorarse más entre besos. Los padres de Lola los esperaban en el restaurante.

Lola se relamía con uno de sus postres favoritos. El mazapán típico de Toledo con helado de canela estaba delicioso y se sentía sonrojar un poco más cada vez que Héctor le ofrecía una cucharada. El muy canalla no había tenido reparos en hacerlo delante de sus padres alegando que, con su permiso, era una tradición de ellos como pareja el hecho compartir así el postre. Su madre fingió reprenderlo con una mirada pícara. Su padre, en cambio, hizo caso omiso a las palabras de Héctor para preguntar lo que Lola suponía llevaba inquietándole toda la comida.

- Lola ¿Entonces vas a dejar definitivamente tu apartamento?

Desde que reconoció que se mudaría al piso de Héctor había pensado en qué iba a hacer con su apartamento, tenía una decisión tomada, sin embargo, le daba miedo que a Héctor no le pareciese bien. No hubiese esperado tener que enfrentarse a esa conversación tan pronto pero entendía la preocupación de su padre. Le apretó la mano a Héctor pidiéndole disculpas con la mirada por lo que iba a responderle a su padre.

- Bueno papá, la verdad es que había pensado que lo mejor...

Héctor había interpretado la mirada de Lola y creía conocer su respuesta y el porqué de la misma. Hubiese preferido otra cosa, pero lo que él quería y lo que Lola necesitaba eran aún puntos algo distantes.

- Seguiremos pagando el apartamento. Lola no puede hacer un cambio tan radical en su vida, no puede saltar al vacío sin una red de seguridad. El apartamento es su red, necesita saber que está a su disposición por si algún día lo necesita, cosa que espero que no suceda jamás.

Lola le sonrió entre temblorosa y agradecida por sus palabras, no sabía cómo Héctor podía entenderla tan bien.

- Estoy de acuerdo – Raúl se quedaba más tranquilo de esta manera. No dudaba de las intenciones de Héctor, pero sabía que su hija necesitaba saber que podía irse a su casa en cualquier momento – Entonces, decidme ¿Cuándo regresáis a

Madrid?

- Si Lola está de acuerdo me gustaría irme cuanto antes, mi plan es pasar por su apartamento a recoger lo que necesite para unos días y luego llevarla a mi casa, no la conoce aún y quiero comprobar que está todo a su gusto.

- Me parece buena idea – Aceptó Sofía – Cuanto antes recuperéis vuestra rutina mucho mejor. Además tu padre y yo trabajamos esta tarde, así que no podremos acompañaros. Eso sí Héctor, me gustaría ver a mi hija a menudo, hubo un tiempo en el que no pudimos hacerlo.

- Por supuesto que vendremos de visita a menudo. Tienes mi palabra Sofía, supongo que no vale mucho hasta que veas por ti misma que es verdad, pero de todos modos te la doy.

Sofía asintió satisfecha. Antes de abandonar el local hubo un rifirrafe entre Héctor y Raúl por quién se haría cargo de la cuenta. Ganó Héctor, fue implacable al afirmar que era lo menos que podía hacer cuando ambos lo habían aceptado sin reservas, apenas lo conocían y confiaban lo suficiente en él como para aceptar que viviese con su hija.

\*\*\* \_ \*\*\*

### CAPITULO 3

*“Amar no es solamente querer, es sobre todo comprender.”*

*Françoise Sagan*

Lola traspasó el umbral de la casa de Héctor en un céntrico barrio de Madrid. Se trataba de la única vivienda en la sexta planta del edificio, un ático de diseño muy masculino y claramente amueblado por un hombre. Lo primero que le llamó la atención fue la luminosidad, Héctor le mencionó que recibía la luz del sol todo el día. Por ese motivo todas las ventanas contaban con unos estores especiales de un suave color crema, el mismo tono que las paredes de la casa. El suelo estaba vestido con tarima color nogal. A un lado del recibidor se situaba uno de los baños de la vivienda que estaba decorado de manera sencilla y amueblado con piezas blancas de diseño, el toque de color lo daban los diminutos azulejos de una de las paredes que formaban un mosaico en distintos tonos de marrón. Al otro lado, tras un pequeño pasillo, se accedía al salón a través de una puerta doble. Era muy amplio y la pieza principal era un enorme sofá con chaise longue tapizado en una tela muy suave de un bonito color chocolate, sobre él destacaban algunos cojines en tonos naranja y beige. A su lado dos butacas de estilo moderno y de color negro completaban la zona de estar delimitada por una mullida alfombra color crema. La mesa de centro era de cristal, sin embargo, las patas tenían un intrincado diseño color bronce. Encima de la mesa y en una enorme bandeja de rafia Lola pudo contar, por lo menos, seis mandos. Era evidente que allí vivía un hombre solo porque debajo de la enorme televisión fijada a la pared, había toda suerte de aparatos electrónicos para ver películas, escuchar música e incluso sonrió al ver una consola de juegos, desconocía esa faceta de Héctor pero podía imaginárselo cualquier tarde lluviosa de domingo repantingado en el sofá batallando con cualquier reto. El salón disponía de una zona de comedor muy sencilla formada por un aparador, sobre el cual habían colocado unas velas y un jarrón lleno de conchas y una mesa rectangular de madera oscura con seis sillas tapizadas en piel color crema. El único toque de color en esa zona era un gran cuenco de cristal en el centro de la mesa que estaba lleno de un popurrí aromático de flores secas en tonos otoñales.

La siguiente estancia que le enseñó Héctor fue el dormitorio principal. Lola se puso algo nerviosa al ver la enorme cama King Size que marcaba el diseño de la estancia. El cabecero de piel ocupaba casi toda una pared, de nuevo era de color chocolate y, a pesar de su potencia, el dormitorio guardaba una agradable

armonía debido a que las mesillas eran dos sencillas consolas en metal color bronce. Los únicos objetos que había en las mesillas eran dos sencillas bandejas vaciabolillos de cristal que conseguían no recargar la decoración con elementos innecesarios y, en vez de lámparas de sobremesa, dos pequeños apliques de luz se situaban a cada lado del cabecero. La ropa de la cama era de un suave color crema y una gran manta de pelo azul Oxford permanecía doblada a sus pies, ese era el único toque de color que rompía con la gama de neutros elegida. Enfrente de la cama, por una puerta corredera de cristal translúcido se accedía a dos estancias, a la derecha estaba el baño. Lo que más le llamó la atención a Lola fue el enorme lavabo rectangular de mármol, bajo él, un mueble de madera oscura con dos puertas ocultaba todos los útiles de aseo. La ducha ocupaba todo un frente del baño y tanto los suelos como las paredes estaban cubiertos de pizarra. La otra estancia era el vestidor, las puertas de los laterales eran de cristal translúcido y las frontales formaban un inmenso espejo frente al cual se había colocado una enorme butaca gris. Al no quedar nada a la vista, daba la sensación de que uno estaba en el probador de cualquier boutique. Pese a no ser tan aficionada a la cocina como su amiga Helena, le entraron ganas de ponerse a cocinar al ver el diseño de la cocina de Héctor. Todos los muebles eran bajos y de color blanco, así, sobre la pared pintada de color café destacaba la enorme campana de acero inoxidable. El horno, microondas y frigorífico formaban un bloque a la izquierda de la zona de fuegos. La zona de aguas se encontraba bajo un ventanal que, a pesar de que no dejaba ver el exterior aportaba mucha luz. La mesa era de cristal y con patas de acero, al igual que las cuatro sillas cuyo tapizado simulaba ser piel negra. Desde la cocina se accedía a una terraza alargada. Héctor había instalado un tupido enrejado para preservar la intimidad porque allí tenía dos tumbonas de teca con una pequeña mesa de forja y una mesa de terraza, también de teca, con cuatro sillas que permitía desayunar o cenar en el exterior en los meses más cálidos. El segundo cuarto hacía las veces de estudio y dormitorio de invitados gracias al sencillo diván situado en una de las paredes, enfrente se situaba un gran escritorio de madera blanca que contenía todo lo necesario para poder trabajar desde casa. Era evidente que Héctor trabajaba allí ya que había bastantes documentos al lado del ordenador. A los lados del escritorio sendas cajoneras blancas con libros y carpetas le indicaban que era una estancia muy utilizada. La tercera pared era una gran librería también blanca de suelo a techo, Lola pudo comprobar que Héctor se decantaba por la novela negra, alguna que otra biografía y el cine de acción, La música era otra cosa, allí había de todos los estilos, desde el más clásico hasta el heavy

metal. Cuando finalizaron el recorrido Héctor la cogió de la mano y la ayudó a sentarse en el sofá, él se sentó a su lado.

- ¿Estarás a gusto aquí? – Deseaba más que nada que Lola le diese una respuesta afirmativa.

Lola recordó a tiempo las palabras de Helena sobre tener cuidado con los comentarios sobre la distancia económica entre ellas y sus parejas. A Jack le había molestado que Helena se sintiese insegura al respecto, suponía que a Héctor le sucedería tres cuartos de lo mismo, así que decidió omitir que su apartamento casi cabría en el salón en el que se encontraban.

- Es muy bonito Héctor, un tanto masculino, pero me gusta – Le sonrió para tranquilizarlo – Estaré a gusto aquí, no te preocupes tanto por mí.

- ¿Y por quién me voy a preocupar si no? Bonita... – Le dijo al tiempo que le acariciaba el pelo, era tan liso y tan suave que se le escurría entre los dedos – Este piso no es mío, lo tengo alquilado porque sabía que no podía ser mi casa definitiva.

- ¿Por qué? – Se extrañó Lola – A mí me parece muy confortable, además de estar muy bien situado.

Héctor valoró las palabras que iba a utilizar para que, sin tener que formular su petición, Lola fuese tomando conciencia de cuáles eran sus intenciones.

- Para un soltero sin duda, puede que para una pareja también, pero este no es el hogar que quiero para mis hijos – La cogió de la barbilla y clavó su mirada en los ojos azules de Lola que lo miraban temblorosos – Pienso como Jack, los niños necesitan aire puro y un jardín para correr. He hecho con él algunas inversiones que han resultado rentables y estoy preparado para empezar a buscar una nueva casa.

- ¿Quieres tener hijos? – Con veintiocho años, Lola sentía que su instinto maternal había despertado de nuevo, sobre todo al vivir de primera mano el embarazo de Helena. Incluso cuando decidió seguir sola con el embarazo tras el abandono de Jack, Lola hubiese deseado ser ella la embarazada. En secreto la había envidiado. Por aquel entonces no sabía si iba a ser capaz de volver a tener sexo con un hombre, por lo que había relegado al fondo de su corazón su deseo de ser madre joven.

Héctor afianzó su agarre sosteniendo con ambas manos la cara de Lola.

- Sí, claro que quiero tener hijos. A mis treinta años ha llegado el momento. Tendremos tantos como tú quieras.

- Héctor... - Su corazón iba a mil por hora. Había escuchado una declaración en toda regla - ¿No vas muy rápido?

- Amor mío..., sé perfectamente lo que quiero contigo, otra cosa es que tú necesites ir más despacio, a tu ritmo, ¿recuerdas?, te lo dije la primera noche. Ni tan siquiera sé si tomas la píldora, pero, de no hacerlo, me gustaría que siguieses sin tomarla. Escúchame bien, lo que voy a decirte no es una locura. Quiero verte embarazada de mí cuanto antes. No quiero seguir el orden que marca la sociedad, quiero ser padre y quiero serlo contigo.

Dijese lo que dijese Héctor, aquello era claramente una locura, apenas se conocían, aún no se habían acostado juntos y hacía tan sólo unas horas que habían superado su primera crisis. Por el contrario, recordó que Jack y Helena estaban casados, esperando un hijo y no llevaban juntos ni medio año. Habían sufrido mucho pero ahora eran muy felices. Lola ya había seguido los dictados de la sociedad en una ocasión al mantener un noviazgo, que si bien fue breve, acabó en una petición de mano en París, una fastuosa boda y una luna de miel de película. Luego había venido el infierno, y con él, se habían ahogado sus proyectos de vida, había tenido que cerrar su negocio para reabrirlo un tiempo después en otro barrio. Tampoco había sido madre cuando esperaba. Ahora Héctor le abría de nuevo la puerta de la maternidad. Lola debía meditar primero lo que significaba Héctor para ella en su vida. Recordó cómo Héctor la había cogido en brazos cuando Juan la agredió en el Chances, cómo la había llevado hasta su despacho, al dormitorio que allí tenía para las noches en las que trabajaba hasta el amanecer. Allí la había abrazado asegurándole que, a pesar de que acababan de conocerse esa misma noche, lo que había entre ellos era más que un deseo mutuo. Desde esa noche Héctor se había convertido en una constante en sus días y también en sus noches, sus noches sin sexo. Recordó como si lo estuviese viviendo de nuevo aquella tarde en la que habían descubierto el embarazo de Helena. Héctor estaba muy preocupado por sus amigos y ella había querido consolarlo, entonces había tenido miedo de perderlo a causa de su indecisión y se había ofrecido explícitamente, sin embargo, él no lo había consentido. Le prometió que la primera vez juntos iba a ser especial porque quería que esa noche borrara de su mente todas y cada una de sus malas experiencias. Lola le había hablado desde el principio de aquella ocasión en la que Juan casi consigue forzarla a mantener relaciones, y de que, a pesar de no

conseguirlo, aún padecía secuelas por aquella horrible escena. De hecho, no había podido hacer otra cosa que tensarse cuando Héctor acarició su sexo para demostrarle que aún no estaba preparada para ello. Héctor era un protector, como lo había definido Helena, era el peor de los tres amigos, el haber perdido a su hermana a consecuencia de la violencia de género había acentuado ese rasgo de macho alfa de manual. A pesar de ello, Lola no conseguía sentirse intimidada, había visto cómo se había desvivido por mantener a flote a Helena, cómo se había propuesto cuidarla hasta que su amigo Jack recuperase la cordura y volviese junto a su mujer, incluso había volado a Londres para traerlo de vuelta. Era un buen hombre, el mejor que había conocido hasta la fecha, no sólo se sentía muy atraída por él en el plano físico, los días de reflexión en Toledo le habían desvelado una gran verdad que ya no podía ocultar más. Estaba enamorada de Héctor cómo nunca lo había estado ni de Juan ni de nadie. Lo quería, lo quería por lo tierno que era con ella, por la paciencia que demostraba cada vez que Lola daba un pasito atrás, por cómo escuchaba los problemas de la peluquería, por cómo la había ayudado a contratar a Isabel para que ella pudiese disponer de algo de tiempo para sí misma y por cómo la miraba, como si ella fuese lo más importante de su vida. Sabía que iba a ser un padre maravilloso, y eso era lo único que debía importarle a una madre. Aunque su relación fracasase, Héctor nunca iba a fallarle como hombre, ni como amigo, ni mucho menos como padre. Incluso ahora seguía sosteniéndole la cara mientras aguardaba su respuesta, siempre paciente, siempre cariñoso, siempre procurando su bienestar. ¿Qué mejor que vivir la experiencia de un embarazo con él? ¿Qué mejor saber que su hijo había sido concebido con amor?

- A veces pienso que me adivinas, no sé cómo lo haces pero es así. Yo quería ser una madre joven, no es que me considere mayor ahora, pero a estas alturas yo me veía, por lo menos con un hijo. Hice todo lo que se supone que se debe de hacer, además lo hice por todo lo alto, la petición de mano, la boda y la luna de miel fueron de película. Ya sabes que la historia no continuó como se supone que debería. Estalló todo por los aires, mis proyectos, todas mis ilusiones volaron muy lejos. Ahora vienes tú y me los estás devolviendo poco a poco. La verdad, no sé qué es lo que he hecho para que sea así pero no voy a renunciar a nada de lo que la vida ponga en mi camino por tener miedo al fracaso – Acarició las mejillas de Héctor, rasposas por la incipiente barba del final del día. El mensaje que iba a darle era importante y quería transmitirlo con la voz y con el tacto - Porque otras muchas no han podido realizar sus sueños, en su memoria, en honor a tu hermana Sonia, yo voy a hacer todo lo posible por realizar los míos.

Héctor no había imaginado ni en sus mejores sueños una declaración de intenciones formulada con tanta precisión y con tanto sentimiento. La última parte le desgarró las entrañas. Las palabras de Lola, valorando la segunda oportunidad que la vida le ofrecía y recordando que Sonia no iba a poder realizar sus sueños, casi hacen que pierda la compostura poniéndose a llorar como un crío. Logró contener las lágrimas a duras penas. Lo de que los hombres no lloran estaba muy arraigado en su forma de pensar y antes muerto que llorar delante de Lola. Sólo pudo hacer una cosa, cosa que tampoco había planeado hacer tan pronto. De nuevo Lola rompía todos sus planes, estaba claro que la vida con ella no iba a ser monótona. Se levantó del sofá y la obligó a levantarse. La encerró entre sus brazos, su postura favorita para hablar, con las manos entrelazadas en su espalda para que no pudiese escaparse. Fijó su mirada en los ojos azules de Lola.

- Te quiero – Sonrió al notar como Lola empezaba a temblar en sus brazos – Te quiero. Acostúmbrate porque vas a oírlo muy a menudo. No dudes que vas a ser mi mujer, en todos los sentidos posibles. Podría superar lo que tu exmarido planificó para ti – La atrajo más hacia él para detener la protesta que empezaba a asomar a sus labios – Ni siquiera voy a intentarlo, nosotros vamos a marcar nuestros tiempos, cuando yo te haga la pregunta espero que ya hayas olvidado todo aquello, cuando tengamos a nuestro hijo o a nuestra hija espero que ese pasado haya dejado de existir en tu mente. Cuando esta noche te haga el amor, porque cariño... no puedo esperar más, tu cuerpo sólo va a recordar mis manos, mi boca, mi piel.

Lola abrió la boca para responder a su declaración pero los labios de Héctor tomaron posesión de los suyos. Al principio fue una caricia muy suave, llena de ternura, Lola respondió abandonándose en los brazos de Héctor, no iba a pensar en nada más que en sentir. Se acercó aún más a su cuerpo hasta que sus caderas chocaron y Héctor comenzó a acariciar en círculos su trasero pegándola aún más a él. Gimió cuando sus lenguas se encontraron en una erótica danza que hizo que las rodillas le temblasen de anticipación.

El instinto depredador de Héctor clamaba por tumbar sobre la alfombra a aquella mujer que temblaba en sus brazos excitándolo hasta casi perder el control. El esfuerzo que tenía que hacer para detenerse era cada día mayor, por fortuna Lola iba a ser suya esa noche, pero no de manera precipitada. No iba a ser tan romántico como lo había planeado en el hotel el día de la boda de Jack, pero tampoco iba a follársela sin más.



- Amor mío... - La besó en la oreja y en el cuello, Lola no le negaba nada – Me muero por tenerte, pero quiero ir despacio. – Gimió al sentir las manos de Lola recorriendo su pecho en una lenta caricia – Quiero que vayas al dormitorio, puedes ducharte y ponerte cómoda, yo usaré el otro baño. Voy a bajar a buscar algo para cenar y tendremos nuestra cita aquí en casa, cómodos y tranquilos, princesa... dime que sí.

Lola asintió, también necesitaba ir despacio, lo de la ducha le parecía una idea estupenda, lo de ponerse cómoda también. Había comprado varios conjuntos de lencería cuando Jack les encargó a ella y a Ruth, la prima de Héctor que poseía una boutique en la calle Serrano, que comprasen para Helena todo un guardarropa para sustituir la ropa dañada en el asalto a su apartamento. Hacía mucho tiempo que no se compraba ropa interior bonita. Hasta Héctor, casi prefería no verse atractiva, sencillos conjuntos de algodón llenaban su cajón de ropa interior. Ahora quería ponerse algo bonito para él, también quería estar sexy para ganar algo de confianza en sí misma. Se sentía insegura tras algo más de dos años sin sexo, Juan había dejado de tocarla meses después de su matrimonio, hasta que un buen día llegó eufórico del trabajo e intentó forzarla cuando Lola se negó. Aquello rompió definitivamente la visión que Lola tenía de su matrimonio, inexplicablemente, aún siguió meses cautiva en él, hasta el afortunado día en que sus padres la visitaron por sorpresa. Ese día se salvó, ese día comenzó un nuevo camino que la había llevado hasta Héctor.

- Sí... gracias, una ducha me vendrá bien... si quieres puedo usar yo este baño...

- No. Bonita... me muero por ducharme contigo, pero esta noche no. Tu sitio es mi dormitorio, ahora nuestro dormitorio, nuestro baño y nuestro vestidor... hazlo tuyo, princesa, quiero ver tus cosas por todos los lados...

- Gracias – Lola estaba abrumada, Héctor siempre había sido muy atento y cariñoso pero estaba superándose a cada momento. No podía sentirse más apreciada.

- No. Gracias a ti. Me estás haciendo feliz – Le confesó al tiempo que le daba una palmada en el trasero – Anda ve...

Héctor la observó dirigirse a su dormitorio y sonrió satisfecho. Había notado que Lola estaba algo desconcertada ante la avalancha de atenciones que estaba teniendo con ella. Su objetivo no era otro que tejer una red de seguridad a su alrededor para que el conejillo asustado que había conocido hace un par de meses desapareciese dejando salir a la sensual mujer que sabía que habitaba en

el interior de Lola.

Casi una hora después Lola, algo nerviosa, recorría el pasillo en busca de Héctor. Tras una larga ducha, había aprovechado el masculino albornoz que colgaba de una percha para que el aceite de rosa mosqueta que se había aplicado fuese absorbido por su cuerpo mientras se secaba el pelo. Casi no tenía que hacer nada, su pelo parecía recién planchado con sólo secarlo al aire. Como todas las mujeres, le hubiese gustado lo contrario a lo que tenía, le encantaban los rizos de Helena, y ésta, harta de sus indomables tirabuzones deseaba un pelo extra liso y sin volumen como el de Lola. Aún envuelta en el albornoz se dedicó a cumplir el deseo de Héctor de ver sus cosas colocadas en el dormitorio, eligió la mesilla que estaba vacía y dejó allí su crema de manos, su bálsamo labial y el frasco de su perfume favorito. Llevaba años usando el mismo, Rose Essentielle de Bulgari, desde que lo había descubierto por casualidad y no era capaz de perfumarse con otra cosa, se había convertido en su seña de identidad. Tras encontrar un armario vacío en el vestidor, colgó allí la ropa que había llevado en su pequeña maleta, Héctor le había dicho que pronto irían por el resto de sus cosas. Se estremeció al recordar aquella otra mudanza exprés pero, desechó con firmeza el pensamiento, no iba a contaminar la noche con malos recuerdos. Estuvo más de diez minutos resolviendo un dilema. ¿Qué iba a ponerse? Héctor le había dicho que se pusiese cómoda, sin embargo, le parecía que había sido un comentario retórico, suponía que una mallas y una camiseta, por muy sexys que éstas fuesen, no eran lo que él estaba esperando, sin embargo, el camisón de seda negra con encaje en todo el pecho le parecía demasiado para la ocasión y prefirió guardarlo para otro momento. Al final optó por un pijama de raso de un suave color rosa violáceo que favorecía su tono de piel, el pantalón de cinturilla elástica era muy sencillo, tan ancho que parecía flotar a su alrededor cuando caminaba, la parte sexy era la camisola, de finos tirantes y ribeteada con una ancha tira de encaje semitransparente en escote, espalda y cintura. Se sintió satisfecha al mirarse en el espejo del vestidor, exponía la piel justa y necesaria para resultar tentadora y no vulgar. Se estaba acercando al salón cuando Héctor salió de él hacia la cocina, contuvo el aliento al verlo con un fluido y sencillo pantalón de pijama negro y una ajustada camiseta blanca de pico que marcaba su torso de manera espectacular. Su aroma también llegó a ella, nunca se había atrevido a preguntarle por su colonia, le avergonzaba que Héctor supiese que su olor la excitaba y calmaba sus nervios por igual, hoy en el baño había descubierto su secreto, debió de imaginar que se trataba de un perfume de Hugo Boss, siempre habían sido sus aromas masculinos favoritos. Pensaba que al ir descalza no había

hecho ningún ruido, sin embargo, algo debió de delatarla porque Héctor se detuvo a medio camino y se giró clavando sus ojos negros en ella.

Fue el aroma a Lola lo que lo hizo volverse para verla allí, parada en medio de su pasillo. Estaba preciosa, no sabía cómo demonios había conseguido parecer sexy e inocente al mismo tiempo. Esa dicotomía de Lola lo volvía loco, cualquier prenda de ropa que se pusiese le transmitía siempre lo mismo, una dulce inocencia que ocultaba con sutileza una sensualidad innata, no forzada. Apenas enseñaba piel, el encaje quedaba por encima de su pecho, pero la línea que formaban sus hombros y su clavícula lo excitaba tanto o más que si se mostrase desnuda ante él, por no hablar de los delicados dedos de los pies que, con un suave esmalte rosa, asomaban bajo aquel pantalón que parecía flotar alrededor de sus largas piernas. Se lamió los labios hambrientos, Lola no se había movido ni un milímetro mientras se sometía a su escrutinio, imaginaba que le había costado mucho no hacerlo. Estuvo tentado de bajar la mirada y comprobar cómo su ligero pantalón nada podía hacer por ocultar la evidencia de su deseo, no se había puesto bóxer y ahora lo lamentaba, iba a estar jodido toda la maldita cena porque sabía que aquello no iba a volver a su posición de reposo en toda la puta noche. No lo hizo, la mirada de Lola no había bajado de su cintura y así estaba bien, no la quería pensando en el acto en sí toda la velada, para eso ya estaba él. Sólo le tendió la mano invitándola a acercarse.

Muy lentamente Lola se fue acercando, extendió su mano hacia la de Héctor y éste se la atrapó en cuanto sus dedos se rozaron. Tiró suavemente de ella y la obligó a dar una vuelta completa sobre sí misma. Volvió a mirarla de nuevo de arriba abajo, estaban cerca y Lola veía la aprobación y el deseo en sus ojos.

- Mi amor..., estás preciosa...No. No estás preciosa, eres preciosa. No te imaginas lo mucho que te deseo, si te acercas más a mí los rigatoni al pesto con langostinos que tengo en el horno, se quedarán ahí hasta mañana.

Lola sonrió agradecida, el toque de humor rebajaba la tensión que se había creado entre ellos durante el instante en que se habían observado con codicia. Sin hacer caso a Héctor, acortó la distancia entre ambos hasta que notó contra el vientre su enorme erección, si bien en anteriores ocasiones había sido consciente de ella, ahora que no estaba cautiva en la ropa interior podía percibirla en toda su plenitud. Tragó saliva pero no se amilanó, no era una virgen asustada, puede que algo miedosa sí, pero deseaba a Héctor y se lo hizo saber soltándose de su mano para acariciar sus brazos, todos sus músculos estaban en tensión mientras los

repasaba con suavidad. Sintió cómo las fuertes manos de Héctor la sostenían por las caderas, deteniéndose allí sin avanzar. Lo veía tenso, como un jinete intentando contener a un caballo a punto de desbocarse. Finalmente, apoyando las manos en sus hombros se puso de puntillas para alcanzarlo, Héctor no le facilitaba la tarea ya que no bajó la cabeza para recibir su beso. Eso no iba a hacer que Lola se rindiese, consiguió besarlo en el mentón, lo recorrió con dulces besos hasta que lo sintió gemir apretándola contra él. Entonces alzó la mirada y le sonrió.

- Héctor...Estás haciendo que me sienta mujer de nuevo... y no sé cómo voy a poder devolverte todo lo que me estás dando.

- Lola... - Estaba a un tris de cargársela sobre un hombro y escapar con ella hasta el dormitorio – Princesa... no tienes que devolverme nada, yo también estoy recibiendo mucho de ti. Somos iguales, yo no te doy más de lo que tú me das...mi vida...quiero cenar contigo, quiero darte una cita completa...no necesitas seducirme... sabes que estoy más que listo para ti...

- Yo también quiero esa cita, tengo hambre... - Se alzó para besarlo y ésta vez Héctor sí aceptó el breve beso - ¿En qué puedo ayudarte?

- Vamos – La cogió de la mano agradecido por la tregua – tú coge el vino de la nevera mientras yo saco la pasta del horno.

Héctor se sentía muy orgulloso de sí mismo, había dispuesto con bastante acierto una bonita mesa para cenar. Se quedó tal cual, Lola se había adelantado con el vino y se la encontró sentada en la alfombra, los cojines de todos los sofás estaban a su alrededor, una copa de vino y una servilleta con un tenedor estaban cuidadosamente colocados en la mesa de centro. Arqueó una ceja interrogante al verla.

- ¿Podemos sentarnos aquí y compartir la cena? – Lola le preguntó insegura. Había tomado la iniciativa para tener una velada muy especial, sin embargo, ahora dudaba de lo acertado de su decisión. No tuvo que esperar mucho para comprobar lo equivocada que estaba.

- Princesa... - Héctor le sonrió mientras se sentaba a su lado colocando la fuente de horno entre los dos – Lo que tú quieras, cuando tú quieras...

Sonaba primitivo pero Héctor se sentía más que bien mientras se daban de comer mutuamente y bebían de la misma copa de vino. Sonrió al ver como Lola se relamía tras el último bocado.

- ¿Te ha gustado? – Al ver que asentía mientras terminaba de masticar le explicó – Hay un pequeño café abajo, el dueño es italiano, a veces le encargo la cena, nunca sé lo que me va a cocinar, ni siquiera tiene carta, pero siempre acierta.

- No sé si es que estaba hambrienta, pero no recuerdo haber comido algo tan rico en mucho tiempo.

- Pues has de conocer a Carlo, es un abuelete terrible, sabía que hoy cenaba acompañado y literalmente me ha dicho “Bambino... con este manjar, la mujer que te espera caerá rendida a tus pies.”

Lola se echó a reír imaginándose la escena.

- No te rías... por si acaso te resistías me ha regalado una porción de un delicioso tiramisú. Dice que nunca falla...

- No son necesarios los refuerzos – le sonrió Lola – y lo sabes...

- Tal vez no – Héctor la besó mientras se levantaba y recogía el plato – pero pienso consumir mucha energía esta noche y necesitamos combustible.

El tiramisú se deshacía en la boca, el contraste de sabores era perfecto pero Héctor apenas lo probó, le fascinaba ver cómo la cuchara desaparecía entre los labios de Lola y como con la punta de la lengua se relamía limpiando los restos. Esa erótica imagen casi acaba con él, estaba pensando en aliviarse en el baño antes de llevar a Lola a la cama, no quería quedar como un adolescente corriéndose en cuanto estuviese dentro de ella y mucho se temía que eso era lo que iba a suceder. En esas estaba cuando Lola le quitó la cuchara de la mano y procedió a ofrecerle la última porción.

- Toma, casi ni lo has probado.

Héctor obedeció embelesado y se apuró a tragar su bocado. Sin esperar más, le quitó la cuchara y la dejó sobre el plato en la mesa, la sostuvo por las mejillas y la miró a los ojos.

- Lola... no puedo aguantar más... ni café, ni conversación... - esbozó una mueca – soy un puto desastre... sólo puedo pensar en llevarte a la cama y meterme dentro de ti.

Lola contuvo el aliento a pesar de que estaba esperando ese momento. Sabía que Héctor estaba muy excitado, su erección había sido evidente durante toda la cena. El momento había llegado y la pelota estaba en su tejado. Él no iba a mover un dedo sin que ella le diese permiso. Le acarició el rostro con ternura.

- Llévame a la cama.

Eran sólo cuatro palabras. Cuatro palabras sencillas pero a Héctor le sonaron a gloria. Sin perder ni un minuto la ayudó a ponerse en pie y la cogió en brazos. Lola ahogó un chillido por la sorpresa. Héctor ni se inmutó y la trasladó por todo el pasillo sin apenas notar su peso. Al llegar al dormitorio la depositó con dulzura en la cama y encendió las luces del vestidor para conseguir una cálida iluminación indirecta. Antes de tumbarse junto a Lola se sacó la camiseta por la cabeza y la tiró al suelo.

Lola observaba cómo los músculos de Héctor se ondulaban con cada movimiento. Estaban tumbados frente a frente, sin tocarse, ella vestida, él medio desnudo, los ojos azules de ella perdidos en los negros de él. Las respiraciones entrecortadas. Lola extendió su mano temblorosa hasta el pecho de Héctor, un suave bello rizado lo cubría, su tacto era diferente al torso depilado de Juan y se alegró de que Héctor no se lo hubiese quitado, cualquier cosa que le recordase a su ex iba a ser un problema.

- Estoy lista... - Lo acarició suavemente con las yemas de los dedos – No necesito que esperes más. Has tenido demasiada paciencia, mucha más de la que nadie hubiese tenido. Estoy preparada para ti.

Héctor cerró los ojos agradecido de escuchar esa declaración. No quería tocarla aún, tenía un par de cosas que decirle y si le ponía las manos encima no iba a pronunciar palabra en un buen rato. Soporto estoicamente sus caricias al tiempo que le hablaba.

- Amor mío... gracias por elegirme a mí. Quiero que sepas que voy a cuidarte, a darte todo lo que necesites, aquí y fuera del dormitorio. Quiero volver a oírte decir que no quieres que tome precauciones contigo, que estás preparada para, si sucede, tengamos un bebé.

Lola sonrió con ternura, no podía ser más dulce con ella, le tomó el rostro entre las manos.

- Héctor... no es necesario que tomes precauciones, si tiene que ser será, es más, me alegraré si es. Se supone que no debo decirlo tan pronto, incluso recliné a Helena el haberlo hecho demasiado pronto, ahora la entiendo... porque yo tampoco puedo guardarlo más tiempo. Te quiero.

El corazón de Héctor estalló en su pecho. Esa misma mañana había tenido serias dudas sobre el éxito en su misión de traerse a Lola de vuelta a Madrid, unas

horas después, la tenía en su cama, dispuesta a recibirlo en su interior a pesar de todas las secuelas de su matrimonio y habiendo pronunciado las palabras que, sin saberlo, la condenaban desde ese mismo momento a ser suya para siempre. A pesar de que ella ignoraba lo que esas palabras significaban para él decidió repetírselas aunque no hacía ni dos horas que se las había dicho en el salón, aquellas palabras significaban que para él no había marcha atrás, eran las palabras que Jack, Carlos y él mismo habían jurado pronunciar sólo ante una mujer, la definitiva.

- Te quiero, amor mío.

No fue necesario hablar más, sus labios se encontraron a medio camino, chocaron y entreabiertos dejaron que, sin prisas, sus lenguas comenzasen a recuperar los días perdidos. Lola se dejó ir, por primera vez en años, consiguió vaciar su mente mientras recibía los besos de su pareja, sólo sentía placer, placer cuando los labios de Héctor rozaban los suyos, cuando su lengua danzaba perezosa con la suya.

Héctor tenía que desnudarla ya, la urgencia por poseerla era ingobernable y apenas le quedaba un gramo de cordura para conseguir ser un hombre dulce y no convertirse en un neandertal egoísta en busca de satisfacer sus instintos. Notaba a Lola entregada, dócil y dispuesta, posó la mano en su cadera para asir el bajo de su sexy top y subirlo muy lentamente, siempre la había tocado por encima de la ropa y descubrir poco a poco su vientre liso con su ombligo redondo y perfecto lo estaba dejando sin aliento. Su piel era blanca e inmaculada, no había un lunar o una mancha que la estropease. Sintió que la piel de Lola se erizaba y levantó la mirada de su vientre para posarla en sus ojos, los tenía muy abiertos, las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada. Contuvo una maldición al pensar que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico, procedió a bajar de nuevo el top, sin embargo la mano de Lola lo detuvo.

- Por favor... - Lola vio reservas en la expresión de Héctor – No te detengas ahora...

- Mi vida...

Lola no estaba dispuesta a perder esta oportunidad por sus inseguridades, así que no le dio tiempo a responder, se sentó en la cama y, con rapidez, se despojó de la parte de arriba del pijama para acto seguido deshacerse también de los pantalones y quedar completamente desnuda ante Héctor. Observó que contenía el aliento mientras contemplaba su cuerpo.

Héctor no daba crédito a la osadía de Lola. Había que ser muy valiente para hacer lo que ella acababa de hacer. Quedarse desnuda y vulnerable ante él, que aún llevaba los pantalones puestos. Tardo segundo y medio en quitárselos y en permitir que Lola lo contemplase a placer. Por su parte, había imaginado que Lola tendría un cuerpo precioso, sin embargo, no estaba preparado para la perfección que tenía ante sí. Conocía de primera mano el cuerpo de muchas modelos, sin embargo, ninguno de ellos era como el de Lola, sus piernas eran largas, su vientre era plano pero no estaba en los huesos, de hecho no veía ningún hueso asomar en la cadera ni en sus costillas, sus pechos iban a llenar sus grandes manos, sin embargo guardaban una proporción casi matemática con el resto de su cuerpo. Su mirada se posó en el delicado triangulo de vello rubio que protegía el centro de placer de Lola, lo llevaba arreglado, no totalmente depilado, cosa que le horrorizaba, no quería acostarse con una niña, quería sentir que le hacía el amor a una mujer. Se sentía muy afortunado de que aquella mujer fuese la suya y que ningún otro la hubiese descubierto antes que él. Estaba tentado a recluirla para que nadie pudiese llegar a contemplar semejante regalo para la vista, sin embargo, también estaba seguro de que siempre querría presumir de la belleza de su mujer. Protegerla pero, al mismo tiempo, hacerla sentir lo suficientemente segura con él como para que nunca más tuviese que esconder su parte más sensual. Posó la mano en su vientre al mismo tiempo que la miraba a los ojos.

- Eres preciosa, no lo dudes nunca – Como las palabras nunca eran suficientes, iba a demostrárselo con sus manos.

Lola sintió como las grandes manos de Héctor comenzaban a acariciar con delicadeza su vientre, a rodear su ombligo, a ascender rodeando sus pechos para acariciar su clavícula, sus hombros, descendió por los brazos hasta sus muñecas, las alzó y depositó sendos lametones en su parte interna. A continuación le colocó las manos cruzándoselas sobre el vientre y él se colocó a sus pies, le sujetó los tobillos y le separó ligeramente las piernas sin dejar de observar los cambios en su expresión, la veía contener el aliento al no poder anticipar ninguno de sus movimientos.

- Shh... no tengas miedo... puedo parar en cualquier momento, sólo tienes que decir para y me detendré... Voy a acariciarte un poco más ¿Puedo?

Lola asintió con la cabeza, tenía los nervios a flor de piel, se encontraba entre excitada y temerosa por las sensaciones que recorrían su piel. La excitación le



era familiar y ajena al mismo tiempo. Familiar, porque sí había sentido deseo antes y ajena, porque nunca ese deseo había alcanzado la cota de desesperación que sentía cuando las manos de Héctor recorrían su piel.

- Me gustaría oírte decir con palabras cariño... no quiero equivocarme contigo  
- Héctor estaba decidido a que no hubiese ningún malentendido en la cama.

- Sí – Lola consiguió verbalizar su consentimiento entre los pequeños temblores que comenzaban a sacudirla.

Héctor comenzó acariciándole los tobillos, ascendió lentamente hasta llegar a la parte de atrás de las rodillas, era una zona extremadamente sensible, propensa a las cosquillas y apenas la rozó con las yemas de los dedos para mantener a Lola en el estado de tensa expectación en el que se encontraba. Le hubiese encantado acariciar su culo, pero no tenía intención de moverla ni un milímetro. Continuó sus caricias por el interior de los muslos acercándose al punto más sensible de Lola, se moría por probarla, pero eso tendría que dejarlo para otro día.

Lola esperaba entre ansiosa y temerosa el contacto de los dedos de Héctor en su zona más íntima, sin embargo, no sucedió. Sintió como, de rodillas entre sus muslos, Héctor la volvía a sostener por las muñecas, sus manos seguían en la misma posición en la que él las había colocado. Sin soltarla, la obligó a elevar las manos por encima de su cabeza y se las sujetó firmemente con las suyas al tiempo que se inclinaba sobre ella y colocaba el rostro a su altura. Sentía la erección de Héctor contra su vientre. Tragó saliva. El momento había llegado ya. Comprobó que se equivocaba cuando Héctor susurró contra sus labios.

- Aún no.

Y la besó, como al principio, dulce y lento, muy lento, con mucha paciencia fue encendiendo aún más la llama que amenazaba con abrasarla hasta hacer que lo olvidase todo excepto a él. Sus manos seguían cautivas de las de Héctor, aún no había conseguido acariciarlo y, sin embargo, esa sumisión no la inquietaba como debiera. Hubiese sido imposible librarse de haber querido, no quería, entre la bruma del deseo consiguió acertar a pensar en que confiaba en él. Mucho. Hasta el extremo de abandonarse en sus manos. Ahora sus labios y su lengua recorrían su cuello, en un camino que sólo tenía un destino. Sintió que Héctor la sujetaba con firmeza cuando casi despega del colchón debido al calor abrasador que provocó su lengua al saborear sus pezones alternando su atención entre uno y otro sin descanso. Sólo podía sentir el placer que amenazaba con desbordarla y estallar antes de que Héctor estuviese dentro de ella, movió la cabeza de un lado

a otro gimiendo desesperada por sentirlo dentro de ella, sabía que estaba empapada, preparada para recibirlo.

Héctor sabía que no podía tensar más la cuerda, era su primera vez juntos, para él era como si también fuese la primera vez de Lola, levantó la mirada y la vio sonrosada, con la mirada desenfocada y gimiendo por sus caricias. Esa imagen consiguió lo que parecía imposible, endurecerlo aún más. Había llegado el momento. Se incorporó y guio su erección al que, desde ahora, sería su único refugio. Notó que Lola se tensaba un instante, había cerrado los ojos, pero eso no lo hizo vacilar.

- Amor mío... Lola... abre los ojos... mi vida... - Le rogó al límite de sus fuerzas, sentía que el calor interior de Lola lo reclamaba con urgencia – Quiero que me mires mientras entro en ti. Necesito que veas que soy yo.

Lola obedeció al ruego de Héctor, abrió los ojos y los clavó en los suyos, más negros y llenos de deseo que nunca. Observó cómo contenía el impulso de entrar en ella de golpe para introducirse en su interior poco a poco, su miembro era grande, ya había imaginado que iba a costarle acomodarlo en su interior, sentía mucha presión y sabía que aún no lo albergaba al completo.

- Respira hondo bonita... relájate... estás muy apretada y es maravilloso sentirte – Le estaba constando Dios y ayuda hablar en esos momentos. El placer de sentirla estrecha y caliente podía desbordarse en cualquier momento y no iba a consentirlo.

Lola volvió a obedecer, respiró hondo y se relajó, entonces Héctor, la dejó sin aliento al llegar al final con un único empujón. Lo oyó gemir desesperado mientras se inclinaba sobre ella y colocaba sus antebrazos soportando su peso a ambos lados de la cabeza de Lola. La besó con dulzura al tiempo que se retiraba para iniciar un lento movimiento de vaivén que consiguió que Lola se relajase por completo facilitándole la tarea de conducirla más allá de los límites del placer que conocía hasta entonces. Demasiado pronto sintió que una espiral crecía en su vientre, poco a poco primero para ir cogiendo velocidad para después y subir y subir.

Héctor estaba al borde del orgasmo, probablemente iba a ser uno de los orgasmos más rápidos de su dilatada experiencia, sin embargo, tenía que retenerlo como fuera para que Lola consiguiese liberarse primero. Estaba agitándose desesperada bajo él, lo apretaba y lo soltaba, se tensaba y se relajaba sin ser capaz de encontrar una salida al placer que recorría su cuerpo. Tenía que

ayudarla en su liberación. Dejó de besarla unos instantes.

- Amor... ven conmigo, princesa... no te contengas más, puedes hacerlo, soy yo... te quiero mi vida... déjalo salir.

Las tiernas palabras de Héctor fueron lo único que necesitó para que un enorme orgasmo la estremeciese sin poder detener sus espasmos. Durante unos momentos que le parecieron interminables, sólo pudo respirar a través de sus gemidos. Nunca había sentido nada igual, nunca antes había alcanzado un orgasmo tan intenso liberado por una sencilla declaración de amor. Héctor le había instado a que lo reconociese. Era él, con él no había peligro, podía dejarse ir en sus manos. Y eso había hecho.

Satisfecho al ver que comenzaba a relajarse, Héctor no necesitó más que un par de movimientos a través del canal empapado de Lola para que su orgasmo fuese también liberado. Con un potente rugido se vertió en ella con una intensidad que lo sorprendió por lo novedoso del sentimiento que lo inundó al tiempo que la llenaba a ella con su semilla. Quizá fuese que su yo primitivo era el que lo dominaba en esos momentos porque sabía que acababa de marcarla como suya para siempre. Se derrumbó sobre ella unos instantes aplastándola con su peso. Lola no protestó, se limitó a repartir besos por su hombro y a acariciar su espalda. Sentía el deseo de quedarse así por horas, pero Lola no podría sostener su peso mucho más. Volvió a incorporarse sobre sus antebrazos y la miró a los ojos.

- Gracias, mi amor... has estado perfecta – La besó castamente en los labios - ¿Estás bien? – Se retiró para tumbarse de lado arrastrándola con él hasta quedar frente a frente.

Lola apenas podía examinar su estado de ánimo y mucho menos su estado físico. Su cuerpo parecía flotar entre los brazos de Héctor. Había sentido vacío cuando él se retiró, ahora notaba humedad entre sus piernas y se ruborizó al pensar en la intimidad compartida, intimidad anhelada desde hace tiempo.

- Estoy bien. Héctor... – Las lágrimas hicieron acto de presencia al oírse verbalizar sus pensamientos – Me has devuelto una parte de mí que desconocía incluso que existía. Tienes que creerme si te digo que nunca fue así, nunca, con nadie. Sólo contigo, no quiero llorar pero no puedo evitarlo. Te quiero tanto y en tan poco tiempo que me asusta y me alegra por igual. ¿No es una locura?

Héctor sonrió mientras acariciaba su espalda. Odiaba ver sus lágrimas, sin

embargo, sabía que éstas eran consecuencia de la liberación de un montón de sentimientos reprimidos durante años, de un orgasmo demoledor y de la desaparición de aquel conejillo asustado que había conocido hacía apenas un par de meses.

- Puedes llorar lo que quieras bonita.... Siempre que sea aquí, en la cama, conmigo. Lo entiendo. Necesitas soltarlo todo. Adelante. Voy a abrazarte todo el tiempo.

Y así fue, Héctor consiguió meterlos a ambos bajo las sábanas, acomodó a Lola sobre su brazo y cobijando su cabeza bajo el mentón la dejó llorar mientras la sostenía con firmeza. Finalmente su llanto cesó, sintió su respiración acompasada y comprobó que tenía los ojos cerrados. Lola dormía satisfecha y segura en sus brazos. Lamentablemente él no podía hacer lo mismo, volvía a estar excitado al sentir el cuerpo desnudo de Lola junto al suyo, sin embargo, antes muerto que perturbar su descanso. Por mucho que sostuviese lo contrario debía de estar dolorida y hasta la mañana siguiente no pensaba volver a hacerle el amor, así pasase la noche en vela. Le debía una noche tranquila ya que al día siguiente tendrían que salir de esa pequeña burbuja en la que habían estado metidos todo el día para afrontar todo el problema de su exmarido. Ella no lo sabía, pero tenían una cita con Carlos, su amigo abogado, y debían de hablar con los inspectores Hernández y Ferreras, que habían llevado la investigación de los incidentes en el partido de fútbol que involucraban a la empresa de Jack y a Helena. Afortunadamente ese problema había quedado solventado con la detención de Harry, antiguo amigo y socio de Jack. En el medio de esa investigación, alguien había destrozado el apartamento de Helena, si bien entonces todos culparon a Harry, la identidad del ratero que había dejado sus huellas en el asalto parecía poder apuntar en otra posible dirección, en concreto a Juan, el exmarido de Lola. Héctor estrechó su abrazo en un gesto protector hacia la que ya era su mujer. Mucho se temía que ambos iban a verse sometidos a tensiones no deseadas debido a la clase de persona a la que tenían que enfrentarse, un maltratador herido en su orgullo al ver a su exmujer florecer al lado de otro hombre. Él era ese hombre y, con el firme propósito de proteger a Lola de todo y de todos, consiguió dormir a ratos hasta el amanecer.



## CAPITULO 4

*“Sólo con quien amas puedes mostrarte débil sin provocar una reacción de fuerza.”*

*Theodor W. Adorno*

Lola se desperezó lentamente, abrió los ojos desubicada y enseguida tomó conciencia de dónde se encontraba al enfocar la mirada en Héctor que la observaba con una sonrisa, entre cariñosa y burlona por igual, dibujada en el rostro

- Buenos días, princesa... quizá debiera decir bella durmiente porque eres bonita hasta dormida.

- Buenos días cariño... - Lola le dedicó una perezosa sonrisa al tiempo que extendía los brazos para rodearlo por el cuello - ¿Hay un beso de buenos días para mí?

Héctor se la quedó mirando fijamente entre desconcertado y emocionado, era la primera vez que Lola utilizaba un apelativo cariñoso con él en vez de su nombre, era la segunda o la tercera vez que ella tomaba la iniciativa para un contacto físico, aunque éste fuese un casto beso de buenos días. Le dio su recompensa con un tierno beso en los labios. A continuación la miró embobado.

- ¿Me has llamado cariño?

Lola dudó, le había salido sin pensar, quizá a Héctor no le gustase. ¡Dios! Si era difícil comenzar una relación íntima, en su caso, la tarea era el triple de complicada debido al miedo arraigado en su subconsciente a hacer o decir algo que provocase la ira de su pareja. ¡Maldito fuese Juan! ¡Malditas fuesen las secuelas que le había dejado! Su expresión entre confusa y temerosa debió de delatarla porque Héctor se apresuró a colocarse sobre ella. Por puro instinto, Lola separó las piernas y notó su erección mañanera en el vientre. Lo miró a los ojos mientras él acercaba su rostro al suyo hasta que sus narices se tocaron, se la frotó con ternura y recibió la recompensa de una de sus preciosas sonrisas.

- Me ha gustado. No frunzas el ceño. Aquí sólo estamos tú y yo, despertando juntos en nuestra cama, completos por primera vez. No recuerdes, no tengas miedo, quiero que me digas todo lo que se te pase por la cabeza.

- Ay... Héctor... - Lola suspiró temblorosa – Me pasa algo horroroso...

- ¿Qué es? Bonita, entre los dos lo solucionaremos... dime... ¿Qué pasa?

- Tengo miedo a que por decir o hacer algo... es decir, tengo miedo a provocar tu enfado, tu furia... - Lola apartó la mirada avergonzada.

Héctor no se esperaba esas palabras. Le partía el alma ver cómo esa preciosa mujer, con un corazón de oro y tanto bueno que ofrecer, no fuese capaz de mostrarse tal y como era por culpa de todo lo sucedido con su exmarido. Recordó el expediente que le había entregado Raúl y se enfureció. Sentía que se había quedado corto aquella noche en el Chances, aquel hijoputa sólo recibió un puñetazo cuando debiera haberle propinado la paliza de su vida. Desde luego si fuese hoy, con todo lo que había averiguado, le rompería algo más que la nariz por cómo había destrozado a Lola. Lo que más le dolía era que Lola pudiese temerlo, su temperamento no era calmado. Como todo el mundo, de vez en cuando explotaba y no quería pensar en cómo iba a reaccionar Lola si algún día se enfadaba con ella. Tenía que suceder alguna vez, en una relación las cosas no eran todo romanticismo y champagne, los momentos tensos vendrían y estaba claro que, en su caso, serían una prueba de fuego que marcaría el futuro de su vida en común. Incorporándose, se sentó en la cama apoyando la espalda en el cabecero.

Lola se sintió derrotada al ver cómo Héctor se separaba de su abrazo, sabía que el problema era ella. Aunque intentaba con todas sus fuerzas dejar de remontarse al pasado, ese pasado la acechaba en los momentos más inesperados e inoportunos. Tenía un nudo en la garganta pero no iba a ponerse a llorar delante de Héctor, no quería ser una mujer llorona, demasiadas lágrimas había derramado ya en su día. El poco orgullo que le quedaba le dijo que lo que necesitaba era un momento de soledad para reflexionar sobre lo sucedido y comenzó a levantarse de la cama. Su huida fue detenida por una mano firme que le rodeó la muñeca.

- Bonita... ¿A dónde crees que vas? – La pregunta era retórica, Héctor sabía perfectamente que Lola estaba huyendo de él.

- Voy a dejarte espacio para que pienses bien en un par de cosas. Una, en lo jodida que estoy y otra, en lo que eso puede suponer para ti – Menos mal que le daba la espalda, de haberlo mirado a la cara nunca hubiese podido sonar tan brusca.

- Los tacos suenan muy mal en tu preciosa boca – La regañó – Ven aquí, no huyas cuando vamos a hablar. Ven aquí... estoy esperándote – Héctor tiró

suavemente de la muñeca de Lola para hacerla reaccionar.

Lola por fin se dignó a mirarlo. Esperaba lo que había recibido hasta entonces, una mirada de reproche y condena. De nuevo se equivocó. Héctor estaba serio, no había una sonrisa en su cara, sin embargo, su gesto era dulce y su ceño no estaba fruncido. Además, tiraba de su muñeca con firmeza pero sin fuerza, si ella hubiese querido desasirse del agarre de su mano podría haberlo hecho perfectamente. Entonces cedió y Héctor levantó la ropa de cama para acomodarla en su regazo, Lola agradeció que volviese a taparlos, se sentía más segura ocultando su desnudez para hablar.

Para Héctor era una tortura sostener en sus brazos a una Lola totalmente desnuda. Le costaba la vida misma tener que contener el impulso de abrirle las piernas para introducirse en ella y poder grabarle a fuego su mensaje. Era un pensamiento un tanto bárbaro y dudaba de que Lola lo aceptase de buen grado, por lo que no le quedaba otra que hacer lo que estaba haciendo, taparla bien con la sábana para que su desnudez no la hiciese aún más vulnerable. La abrazó posando una mano en su cadera mientras que con la otra mano acunó su mejilla.

- Voy a hacerte una pregunta y no sé si prefiero que me respondas lo primero que se te pase por la cabeza o si debo pedirte que medites la respuesta... Lola... ¿Me tienes miedo?

El primer impulso de Lola fue negarlo rotundamente, sin embargo, la pregunta tenía trampa, iba a mentir si la respuesta que le daba era negativa y tampoco iba a responder la verdad si le contestaba afirmativamente. Decidió que la sinceridad era lo primero. En ese sentido, Helena había sido una maestra para ella ya que siempre había ido de frente con Jack por muy dura que fuese la conversación que ambos mantuviesen.

- No voy a mentirte nunca Héctor – Lo miró a los ojos mientras hablaba, no sabía qué hacer con sus manos, así que colocó una de ellas sobre la de Héctor que seguía sosteniéndola por la mejilla – Nadie lo merece, pero tú menos que el resto. No te tengo miedo, haces que me sienta segura, desde que me fui de casa de mis padres nunca nadie me había cuidado tanto como tú. Soy fuerte, tuve que serlo quisiera o no, pero no me gusta tener que demostrarlo todo el rato. Sé que a ti te gusta controlarlo casi todo, quieres estar seguro de que estoy bien, me llamas varias veces al día para saber si necesito algo y enseguida me ayudas a solucionar cualquier problema que surja. Esa sumisión, por llamarla de una manera, es muy distinta de aquella otra que yo viví. Voy a intentar explicártelo



aunque no creo que sea capaz de hacerlo bien.

- Lo harás bien, bonita... – Héctor se moría por quitar todos esos malos pensamientos de su cabeza pero sabía que iba a ser inútil. La experiencia con su hermana Sonia le había enseñado que era Lola la que tenía que tener la fuerza de voluntad necesaria para expulsar todos los demonios que aún la acechaban. Él sólo podía brindarle todo su amor y crear a su alrededor una red de seguridad que la hiciese dejar de reservarse. Lola había avanzado mucho desde que estaban juntos, sin embargo, aún tenía por delante muchos retos que superar.

- Yo me acostumbré a medir mis palabras y mis gestos, incluso mis actos. La consecuencia de no hacerlo... – Lo miró angustiada pero serena.

- Lo sé, mi amor..., no es necesario que lo recuerdes...

- No quiero hacerlo, y menos cuando me estás abrazando... pensé que había dejado de hacerlo, con Helena, con Carlos..., incluso con Jack no me he callado nada, he opinado y he aconsejado... contigo también... pero tú eres diferente a ellos. Por ejemplo, anoche mismo pensé que estaría bien compartir la cena sentados en la alfombra, pero cuando llegaste al salón vi en tu gesto que no lo esperabas. Tuve una cita maravillosa pero te confieso que por un momento temí tu reacción. Ahora es lo mismo, me ha salido sin pensar, cariño..., nunca se lo he llamado a nadie y he vuelto a dudar, a temer haber metido la pata. No te tengo miedo pero tengo miedo a hacer algo o a decir algo que te enfade.

- Lola... mi vida... tú sabes que voy a enfadarme alguna vez. Eres consciente de ello ¿Verdad?... En ocasiones discutiremos, unas veces será por una tontería y otras por algún tema más serio. Quiero que seamos felices pero sabes que esos momentos llegarán tarde o temprano.

- Lo sé – Asintió Lola – No quiero que te reserves tus opiniones o tu genio por miedo a mi reacción.

- Pues tú misma te acabas de contestar. Amor mío...quiero que me hables y que actúes conmigo como te salga en cada momento. Si me molesta o si me enfado... antes me corto las manos que ponerte una encima. Sabes que le he jurado a tu padre que me iría si alguna vez te hacía daño.

- Es que yo no quiero que te vayas... Héctor... es lo que me asusta... – Lola estaba desesperada por hacerse entender.

- Lo sé... mi vida...yo tampoco quiero dejarte nunca...Estamos hablando de

tener un bebé... ¿Cómo voy a pensar en dejarte escapar?... Pero yo necesito hacerte esta promesa. Voy a hacer todo lo necesario para hacerte feliz, pero si alguna vez te hago daño... aunque me parta el alma, te dejaré vivir en paz.

- No quiero ni pensarlo – Lola estaba al borde de las lágrimas pero aún lograba contenerlas.

- Te quiero con locura, Lola...tanto... que me aseguraré de que seas feliz aunque tenga que alejarme de ti – Héctor tenía grabada a fuego en la cabeza esa promesa. No iba a estar con una mujer que lo temiese, no quería ver en el rostro de su pareja las expresiones de dolor y de miedo que había visto tantas veces en el rostro de su hermana. Prefería verse solo a ver esa imagen en Lola.

- Eso no va a suceder... es imposible que tú me hagas daño... - Lola no quería ni pensar en las consecuencias de esa promesa.

- Claro que es imposible mi vida... Es tu red de seguridad ¿No lo ves?... Es como seguir pagando el apartamento, necesitas aferrarte a ello y yo lo entiendo.

Lola asintió. Lo entendía como planteamiento, sin embargo no estaba segura de que esa promesa fuese útil, el problema lo tenía ella no él, era ella la que tenía que esforzarse por salir del escondrijo en el que había estado metida desde su divorcio. Héctor estaba intentando decirle lo mismo que le había señalado su madre el día anterior, las discusiones de pareja no acababan en maltrato, lo anormal había sido lo sucedido en su matrimonio.

- Te quiero, Héctor... - Lola lo miró suplicante – Cariño... ¿Puedes hacerme el amor de nuevo?

Héctor no pudo más que soltar una carcajada ante la explícita petición de Lola.

- Bonita... puedo y lo estoy deseando – No iba a desperdiciar ni un minuto más hablando.

Héctor los destapó a ambos para volver a contemplar a placer el cuerpo perfecto de Lola. Tenerla sentada en su regazo le dio una idea. Quería que se sintiese segura en la cama y qué mejor que ponerse a su merced. La sujetó por las caderas y la guio hasta sentarla a horcajadas en sus muslos, su erección se apoyaba en el vientre rozando su clítoris expuesto. La sintió ahogar un gemido al notar el contacto, ya estaba húmeda para él. Sonrió para sí al ver sus ojos muy abiertos cuando le hizo su proposición.

- Bonita... ¿Qué tal si hoy me haces tú el amor?... Me gustaría contemplarte

mientras te mueves para mí.

Lola, algo dubitativa, se lamió los labios. Lo deseaba, Héctor no le pedía nada del otro mundo, sin embargo, no estaba acostumbrada a verse así, llevando la voz cantante. Con el tiempo había comprendido que Juan sólo quería verla sumisa, en cambio Héctor, sin saberlo o, dado lo que la percibía, sabiéndolo, le ofrecía la opción de guiarlos a ambos en la búsqueda del placer. Si bien sabía que nunca iba a dejar de preferir que Héctor la condujese en la cama, también le apetecía ser su igual. No le dio una respuesta, simplemente se acercó más a él y acariciando sus mejillas lo besó, un beso casto para empezar.

- Buenos días, cariño.

- Buenos días, mi vida – Héctor sonrió complacido por el borrón y cuenta nueva de su anterior conversación.

Lola sonrió sobre sus labios y tímidamente introdujo la punta de la lengua buscando la complicidad de la de Héctor, no tardó mucho en encontrarla. Lo que empezó como un perezoso beso de buenos días evolucionó más pronto que tarde a un baile de lenguas propio de la noche más apasionada. Las manos de ambos seguían quietas en sus posiciones, las de Héctor sobre sus caderas y las de Lola sujetando su cara. Excitados por la simple proximidad de los cuerpos, parecían no necesitar más caricias que los estimulasen que las de sus propias lenguas devorándose. Lola sentía los pezones tensos anhelando un contacto que aliviase su tomento, pero Héctor no parecía tener intención de tomar las riendas. Se sonrojó con sus anhelos y decidió ser osada. Retiró sus manos de la cara de Héctor y las colocó sobre sus pechos, lentamente, comenzó a masajearlos sin dejar de besarlos, sin embargo, Héctor parecía querer contemplar el espectáculo y terminó el beso. Su mirada encendida mientras posaba los ojos en sus pechos la ayudó a seguir su camino, descubrió sus pezones para pellizcarlos y estirarlos suavemente entre sus dedos índice y pulgar. Lo oyó gemir y sintió un espasmo en su centro de placer cada vez más mojado.

Héctor se sentía el cabrón más afortunado de todos los hombres que estaban follando con su mujer a esas horas de la mañana. Lola era preciosa y estaba sobrepasando sus expectativas al mostrarse tan desinhibida. La visión que tenía ante sí haría que un muerto se empalmase en un segundo. Él estaba lejos de estar muerto y su erección estaba protestando por estar perdiéndose su fiesta favorita, estar dentro de Lola.

- Métela dentro... - le pidió desesperado – Lola... por favor... ¡ya!

Lola decidió torturarlo un poquito más, sin dejar de estrujar sus pezones se inclinó hacia delante y le lamió la oreja, animada cuando Héctor se estremeció continuó su camino lamiendo muy despacito todo el sendero hasta la comisura de su boca. Allí se detuvo un segundo para, a continuación, lamer sus labios entreabiertos, la fila de blancos dientes y la lengua que la recibió con un gemido desesperado. Se incorporó sobre sus rodillas y asió su miembro, suave y duro al tacto lo guio con una caricia certera hasta su interior. Contuvo el aliento mientras descendía lentamente hasta abarcarlo por completo. Entonces empezó su danza, muy despacio, alternaba sus movimientos adelante y atrás, arriba y abajo. Héctor seguía sosteniéndola por las caderas y ahora Lola estaba segura de que no iba a mover sus manos de ese lugar.

Los movimientos suaves de Lola estaban acabando con la poca cordura que le quedaba a Héctor. Si movía las manos de donde las tenía posadas iba a tumbarla en el colchón y a embestirla como un animal hasta liberar el orgasmo que sentía formándose, la presión comenzaba a escalar y no sabía cuánto tiempo podía contener su estallido. Por fortuna, Lola parecía igual de desesperada que él por liberar su orgasmo y, como la noche anterior, parecía necesitar un último estímulo para conseguirlo. No quería que sus manos la ayudasen a hacerlo, sin embargo, su boca tenía un succulento manjar a su alcance. Se incorporó un poco y capturó uno de sus pechos consiguiendo lamer su pezón con avidez. Pareció funcionar, Lola gimió y aceleró su vaivén. Dedicó su atención al otro pecho y no tardó mucho en comprobar que Lola se tensaba y se estremecía dando por fin salida a todo el placer retenido.

Lola se dejó caer exhausta y temblorosa sobre el pecho de Héctor, él aún no se había corrido y quería conseguirlo ella solita. Lo besó dulcemente en el pecho y se incorporó de nuevo. Clavó los ojos en los de Héctor para comenzar a moverse de nuevo mientras llevaba una mano atrás hasta alcanzar sus testículos, entonces aceleró su vaivén mientras lo masajeaba con mucha suavidad.

Héctor no iba a aguantar mucho más, había esperado tener que embestirla con fuerza para correrse cuando Lola se desplomó satisfecha sobre su pecho tras alcanzar su orgasmo. Sin embargo, su sensual mujer, estaba decidida a terminar el trabajo por sí misma. Nunca se había visto en una situación así, en la que únicamente fuese el receptor de las atenciones de su pareja, estaba desconcertado por la generosidad de Lola y estaba muy emocionado por ver cómo no se acobardaba al tener que tomar las riendas. Perdió el hilo de sus pensamientos cuando Lola extendió su otra mano y le ofreció su dedo índice para que lo

lamiese, Héctor lo capturó y lo succionó con fuerza. Vio como Lola cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás mientras notaba como a consecuencia de su orgasmo anterior la sacudían pequeños estremecimientos. La imagen de abandono que ofrecía fue demasiado para resistirse más, la sostuvo con firmeza por las caderas y, con una única embestida, la llenó con su semilla impulsada por un potente orgasmo que fue acompañado por rugido liberador.

Lola sonrió al ver el placer de Héctor mientras sentía la calidez que había derramado en su interior. Esta vez no iba a dejar que saliese tan pronto de ella y se apresuró a recostarse en su pecho mientras lo abrazaba por la cintura. Sintió que las grandes manos de Héctor recorrían su espalda en una caricia reconfortante. Estuvieron minutos así, abrazados, mientras sus respectivas respiraciones recuperaban un ritmo normal. Cuando Lola comenzó a recibir tiernos besos en su pelo se atrevió a incorporarse y, con Héctor aún dentro de ella, le acarició el rostro, lo miró y se sintió sonrojar al lanzar la pregunta que la inquietaba.

- ¿Te ha gustado?

Héctor sabía que la pregunta no era formulada con la intención de saber si había conseguido satisfacerlo, eso era evidente. La respuesta que Lola buscaba era otra.

- Mucho..., presta atención,... nunca nadie me ha hecho el amor cómo tú. Me has cogido en tus manos y ha sido la experiencia más sensual que jamás he tenido. Lo has hecho tu solita... ¿Lo ves, mi vida? ¿Ves cómo no estás rota? – Héctor la besó dulcemente al comprobar que los ojos de Lola se llenaban de lágrimas. La quiso un poco más cuando percibió sus esfuerzos por no derramarlas – Te quiero, amor mío... Eres perfecta.

Lola aguantaba las lágrimas como una campeona, no iba a ponerse a llorar tras cada orgasmo con Héctor, sabía que esas eran lágrimas producto de la recuperación de la parte de su ser dormida durante tanto tiempo.

- Yo también te quiero... mucho... me gustaría quedarme todo el día así abrazada a ti. No va a ser posible ¿Verdad?

Había llegado el momento de romper la burbuja. Héctor la izó por la cintura al tiempo que salía de ella, volvió a acomodarla en su regazo, y la inclinó sobre su brazo para poder ver sus reacciones ante lo que les deparaba el día.

- Lamentablemente no, no va a ser posible. Te prometo que en cuanto podamos

estaremos todo el tiempo que quieras así, en la cama, abrazados. Hoy tenemos una cita a la que debemos acudir.

-¿Una cita? – Lola le preguntó extrañada. Ella sólo había pensado en volver a la peluquería para decirle a Isabel que había regresado anticipadamente de su semana de vacaciones ya que esa era la excusa que le había puesto para no explicarle el verdadero motivo de su escapada.

- Sí, bonita... - Héctor procedió a explicarle la situación – Al día siguiente de recibir tu nota en la boda de Jack me puse en contacto con Carlos. No voy a consentir, bajo ningún concepto, que el hijoputa de tu exmarido te vuelva a amenazar. No lo quiero cerca de ti, está jugando con fuego y se va a quemar. Hasta ahora me he limitado a romperle la nariz, pero... te juro Lola... que si lo vuelvo a tener delante no lo va a poder caminar en su puta vida.

Lola se estremeció ante la dureza del tono de Héctor. No podía soportar que Juan manchase su nueva vida, sin embargo, era de todo imprescindible que Héctor no saliese dañado en la batalla con su exmarido.

- Cariño..., por favor... no lo hagas... - Lo miró con ojos suplicantes – No te pongas a su altura, él busca una pelea... y yo... no quiero que pueda perjudicarte de algún modo.

Héctor recordaba la expresión ausente y aterrorizada de Lola cuando lo había visto propinarle un puñetazo a su exmarido. La violencia física removía todos los recuerdos dolorosos de su matrimonio y, después de haber leído su expediente, no le quedaban dudas de que Lola no soportaría saberlo enzarzado en una pelea..

- No voy a liarme a puñetazos con él, por lo menos, no voy a hacerlo así, sin más. Vamos a jugar con inteligencia y a dejar que Carlos nos ayude. Sin embargo, si vuelvo a verlo cerca de ti no voy a poder contenerme.

- Héctor... - Lola vio interrumpido su reproche por las siguientes palabras de Héctor. Se avergonzó y horrorizó a partes iguales.

- Lo he visto, Lola... mi vida... tu padre me ha entregado el informe que tu abogado hizo en su día. Lo he leído todo... he visto las fotos... Voy a protegerte Lola, no es negociable.

Lola se tapó la cara porque ahora sí que era incapaz de detener el torrente de lágrimas que acudió a sus ojos al imaginarse a Héctor comprobando lo cobarde

que había sido al permitir que Juan la maltratase de aquella manera. Aquel era un relato pormenorizado de su matrimonio porque Andrés había insistido en hacerlo así. Luego estaban las fotos, aquellas horribles fotos que le había sacado su propia madre, desnuda ante ella se había avergonzado de ver su cuerpo golpeado y con moratones. Su piel era ahora imaculada, no habían quedado marcas físicas de aquello, pero las secuelas psíquicas seguían ahí. Sollozó desconsolada, no entendía cómo su padre podía haber puesto toda esa información en manos de Héctor.

- ¿Cómo ha podido mi padre darte ese informe? – Consiguió preguntarle entre sollozos.

Estas lágrimas de Lola sí le partían el alma. Era increíble cómo esos cabrones maltratadores conseguían dañar a las mujeres, incluso las que habían conseguido escapar de aquel infierno seguían avergonzadas por lo que les había sucedido. La estrechó más contra su pecho, ni siquiera hizo el intento de que Lola apartase las manos de su preciosa cara. Necesitaba ese refugio y él no era nadie para obligarla a salir de él.

- Tu padre me ha entregado el informe para que, si es necesario, lo utilice para protegerte. Ha sido muy perspicaz al comprender que, desde el mismo día que me presenté en su despacho, podía dejarte en mis manos. Supo ver que, a pesar de llevar juntos poco tiempo, eras lo primero para mí. Lola... mi vida... me parte el alma verte llorar.

Sin dejar de llorar, Lola consiguió retirar las manos de su cara para mirarlo a los ojos.

- Yo no quería que lo supieses todo... que vieses mis fotos... Héctor... yo no quería que supieses lo cobarde que fui, todo lo que le permití... Yo no sé cómo pude convertirme en esa mujer... pero fui yo... ¿Entiendes?... Yo le dejé hacerme todo eso... ¿Cómo pude? ¿Cómo puedes mirarme con tanto amor a pesar de saberlo?

- Lo primero – tomó aire antes de continuar – tú no eres una cobarde. Eres la mujer más valiente que conozco por haber conseguido salir del infierno en el que vivías, por haber rehecho tu vida profesional y por haber recuperado tu vida personal hasta el punto de haberme hecho el amor de la manera más dulce hace unos minutos. ¿Tienes idea de la fuerza de voluntad que se requiere para hacer todo eso? Mi vida, te quiero por lo fuerte que eres, aunque yo vaya a cuidarte, a hacerme cargo de darte todo lo que necesites, tú eres, mi princesa, una de las

personas más valientes que conozco. Aun así, ha llegado el momento de dejarlo todo en manos de alguien más fuerte que tú. Yo voy a ser ese alguien, tus padres me han aceptado para el puesto y tú sabes que eres mía desde la primera vez que te besé.

- Sólo prométeme que irás con cuidado – le rogó angustiada – no quiero que te pase nada malo, él sabe jugar sucio.

- Por eso nosotros vamos a ser mucho más inteligentes y vamos a estar preparados. Todo lo que la ley nos permita hacer lo haremos – Omitió decirle que él también podía jugar sucio. A pesar de que sus negocios no eran turbios, los contactos que se hacían en el mundo de la noche no siempre eran escrupulosos a la hora de no seguir las normas.

Para dar por zanjada la conversación la besó, era la única forma que conocía para que dejase de darle vueltas al tema, al menos por el momento. Sintió cómo se relajaba con el beso, le acarició ligeramente el vientre al tiempo que se preguntaba si algo nuevo estaría ya formándose ahí dentro. Estaba por aceptar la sugerencia de Lola de pasar el día en la cama, pero era un placer que se iba a reservar para el día en el que la negra sombra de su exmarido dejase de planear sobre sus cabezas. Tuvo que terminar el beso a pesar de que su miembro buscaba con insistencia algo más de su mañanera ración de placer.

- Vete a la ducha ahora mismo... voy a prepararte el desayuno... - Colocó un dedo en sus labios para que no pudiese formular la petición que ambos esperaban – No. No voy a la ducha contigo, por lo menos hoy no. Son casi las nueve y a las once y media tenemos cita con Carlos.

\*\*\* \_ \*\*\*



## CAPITULO 5

*“Permitir una injusticia significa abrir el camino a todas las que siguen.”*

*Willy Brandt*

Lola estaba terminando de aplicarse un ligero labial en tono rosado cuando Héctor entró en el baño, lo miró a través del espejo mientras él, a su vez, la observaba con un zumo de naranja en la mano. Lola se había vestido con unos ajustados jeans negros y una camiseta también negra con el cuello en pico que realzaba su precioso escote. Para restar potencia al negro llevaba una americana muy entallada con anchas listas horizontales blancas y negras de cuello Mao. La media melena rubia enmarcaba su cara, hoy su piel resplandecía sin necesidad de base de maquillaje. Apenas unos instantes antes, sonriendo, había pensado que era cierto aquello de que el sexo hacía maravillas con la piel de una mujer. Se repasó el sutil colorete con una brocha antes de volverse y enfrentar a Héctor que se acercó tendiéndole el vaso.

- Bebe – Le ordenó – Estás guapísima. Nunca te había visto de negro.

- Gracias – Lola bebió un buen trago del zumo, estaba sedienta y tenía hambre. – Son todo piezas básicas de hace tiempo. Sabes que paso casi todo el día en la pelu, allí sólo uso el uniforme morado – Se encogió de hombros mientras se explicaba – La verdad es que tengo que ir de compras, hace mucho que no invierto en ropa y tengo que actualizarme ahora que he empezado a hacer más vida social.

Héctor observó cómo se terminaba el zumo, le cogió el vaso y lo posó en el lavabo mientras la abrazaba por la cintura entrelazando las manos a su espalda, su postura favorita para hablar.

- Podemos ir de compras esta tarde. Te has cogido la semana libre y aún estamos a jueves así que te propongo que aprovechemos estos días juntos para que te instales aquí con todas tus cosas.

Lola acarició ligeramente los velludos antebrazos que la camisa blanca remangada dejaba expuestos. Héctor la combinaba con unos jeans azules desgastados y unos botines de serraje color camel. Estaba guapísimo, el blanco resaltaba el tono bronceado de su piel. Muchas mujeres matarían por lucir ese bronceado natural. Ella se sintió estremecer en sus brazos. Cada vez que Héctor la sostenía así, todas sus terminaciones nerviosas se ponían alerta, expectantes por lo que había de venir. No acababa de acostumbrarse al sentimiento de

pertenencia que la invadía al verse encerrada en su abrazo. Parecía que nada malo podía sucederle allí. Sin embargo, no era capaz de creérselo del todo, simplemente iba arrinconando esos sentimientos oscuros en un cuarto bien cerrado en una esquina de su mente. No quería pensar en lo que sucedería si un día, en un descuido, se dejaba la puerta abierta. No quería volver a tener que pedir ayuda profesional de nuevo. Tenía la firme intención de sacar adelante la relación por sus propios méritos. Así que se aseguró de que había cerrado ese cuarto con una llave bien grande antes de responderle.

- Me parece bien. Pero quiero ir a ver a Isabel, es una empleada fantástica y la he dejado sola en su primer mes en la peluquería, no es justo por mi parte.

- Vale. Primero acudiremos a nuestra cita con Carlos, luego te llevo a ver a Isabel, te invito a comer donde quieras y por la tarde vamos de compras. Quiero regalarte algunas cosas, podemos ir a la boutique de Ruth – Héctor la sostuvo con firmeza esperando la protesta que no tardó en llegar.

- No. Ni de coña. Me niego en rotundo – Enfatizó su declaración moviendo la cabeza de un lado a otro – No vas a hacer lo que hizo Jack, no voy a dejar que me vistas de arriba abajo. Reconozco que fue divertido comprar con Ruth un guardarropa entero para Helena cuando su ropa quedó destrozada en el asalto a su apartamento, pero no es mi caso – Lola enumeró con los dedos para remarcar sus intenciones – Yo sólo voy a ir a algún centro comercial, voy a comprar dónde siempre lo he hecho y voy a pagarlo yo solita. Además, ya me has regalado el vestido de la gala de la Fundación Anderson y, créeme, has tenido mucha suerte de salirte con la tuya entonces.

- Entonces,... ¿No voy a poder regalarte cosas? – Héctor decidió comprobar hasta donde podía presionarla – Si somos pareja puedo regalarte lo que me apetezca y cuando me apetezca.

Lola sintió crecer una angustia interior al recordar los primeros meses de su noviazgo con Juan cuando los regalos costosos llegaban cualquier día, sin que hiciese falta que para ello hubiese una fecha especial que conmemorar como un cumpleaños o un aniversario. Entonces se sintió halagada por ello, sin embargo, no había sido más que un truco para deslumbrarla. No iba a permitir que Héctor la llenase de regalos, puede que fuese injusta con él, pero no iba a volver a repetir los mismos patrones de conducta del pasado.

- Cariño... - Quería decírselo con tacto – No sé cómo explicarte esto sin que sientas que te estoy comparando con mi exmarido – Miró al suelo buscando las

palabras.

Héctor posó un dedo bajo su barbilla obligándola a levantar la cabeza.

- Nunca mires al suelo cuando hables conmigo, no te avergüences de decir lo que tengas que decirme – La regañó con suavidad.

Lola tomó aliento y sin dejar de mirarlo a los ojos lo soltó todo de un tirón. De nuevo el ejemplo de Helena acudió en su ayuda. Siempre la verdad.

- Me llenó de regalos, cada cual más caro, sin motivo, cualquier día. Me deslumbró y me cegó. Llegué a confundir aquello con amor, no lo era, sabes bien que no lo fue. Cuando salí de su casa dejé todos los regalos allí, al final no significaban nada para mí, miento, significaban el cebo que había utilizado para atrapar a una chica recién llegada a la ciudad. Lo único que recogí fue mi joyero antiguo, no tengo muchas joyas propias, pero las que tengo tienen un significado especial para mí – Hizo una pausa para tomar aire – Cariño... entiéndelo... necesito que cuando me regales algo sea porque hay algo que celebrar como un cumpleaños o un aniversario... De verdad que lo siento, pero no puedo complacerte en esto.

- Lo entiendo... - Se maldijo a sí mismo al haberla presionado de más – Es difícil para mí y para mi forma de ser no hacerme cargo de todo lo que necesites. Lo haré por ti. Te prometo que sólo te haré regalos importantes en ocasiones especiales. El resto del tiempo procuraré aguantarme, pero no me mates si algún día no lo consigo. Por favor...quiero poder enviarte unas flores, regalarte alguna tontería que te guste, no van a ser cosas caras. Los hombres necesitamos expresar nuestro cariño con estos gestos.

Lola reflexionó sobre las palabras de Héctor. Tenía su parte de razón, y su propia madre ya se lo había advertido. Volvió a recordar su consejo, los mismos gestos en hombres distintos no tenían el mismo significado, ni traían consigo las mismas consecuencias. Héctor no podía estar cediendo siempre para complacerla, tenían que empezar a encontrar puntos de encuentro.

- De acuerdo... también lo entiendo... pero, por favor... no te vuelvas loco – Le rogó.

- Bonita, yo sólo estoy loco por ti... - Le sonrió cariñoso – Tenemos que irnos ya, se nos ha hecho tarde, te invito a desayunar en el hotel – Jack y él solían reunirse en el hotel anexo a la empresa de seguridad – Ahora que Carlos tiene el despacho en Anderson & Asociados nos queda de paso y te voy a enseñar lo que

es un desayuno de campeones. Estoy hambriento.

- Yo también lo estoy – Se puso de puntillas para besarle, llevaba bailarinas y, a pesar de su altura parecía diminuta a su lado.

Tomaron un excelente desayuno en el que Lola no daba crédito a la cantidad de comida que había devorado Héctor, aún estaba sonrojada cuando éste le susurró en el ascensor lleno de gente que el sexo con ella lo dejaba hambriento. Ya había conseguido controlarse cuando llegaron a la planta en la que se situaba el nuevo despacho de Carlos.

El abogado los esperaba en el rellano y, tras darle a Lola un cariñoso abrazo y palmear la espada de Héctor, los acompañó hasta sus nuevos dominios. Carlos estaba encantado de haberse trasladado al edificio de la empresa de seguridad de Jack. Su amigo le había confesado días después de haberle hecho la oferta que, además de contar con sus servicios en materia laboral tras el desastre acaecido con la selección del personal de seguridad para el último partido de alto riesgo que habían tenido que cubrir, el hecho de tener a Helena en el edificio de Anderson & Asociados, segura y cerca de él, había pesado bastante en su decisión. Carlos no cuestionaba a Jack, al contrario, lo entendía. Helena había pasado por un infierno y, a pesar de que Harry estaba a la espera de juicio como instigador de todo lo sucedido y tenía una orden de alejamiento de la reciente esposa de Jack, todos ellos seguían especialmente pendientes de Helena, temerosos de que algo pudiese alterarla durante su embarazo de alto riesgo.

Lola observó complacida el nuevo espacio de trabajo de su amiga Helena que era la secretaria, o la “ayudante” cómo a éste le gustaba llamarla, de Carlos. Era una estancia muy amplia, se accedía a ella a través de un pasillo lleno de espacios similares. Carlos les explicó que era un ala del edificio remodelada recientemente con la intención de crear un espacio de multioficinas, bien para uso propio o bien para alquilar a terceros. Ellos ocupaban la tercera “pecera”, así denominaban a los cubículos porque podía verse el interior desde el pasillo. Tras franquear la puerta, se encontraba la mesa de trabajo de Helena, ella no estaba, Lola la sabía disfrutando de una merecida luna de miel, todos ignoraban el destino, Jack no había pronunciado palabra al respecto. Sólo sabían que no iban a irse muy lejos ya que Laura, la ginecóloga de Helena, no veía conveniente que ésta se subiese a un avión teniendo tan reciente aquella amenaza de aborto que los había tenido a todos en vilo durante unas semanas. Conociendo a Jack, imaginaba que un balneario había sido el destino elegido para mimar a su

reciente esposa. Estaba muy enamorado de ella y, si antes ya era protector, ahora que la había recuperado y con un bebé en camino imaginaba que Helena iba a ser la embarazada más mimada de la historia. Ojalá ella pudiese llegar con Héctor a un final igual de feliz

El despacho de Carlos era muy funcional, igual que el resto de la oficina, acero y cristal traslúcido eran los materiales de las mesas de trabajo con sillas de piel blanca tras las mesas y también para las visitas. Había dos puertas cerradas que Lola imaginaba serían el baño y el archivo. Sobre la mesa de Carlos había un ordenador de última generación y una importante montaña de expedientes. Parecía que estaba muy ocupado. Lola hubiese preferido una visita de cortesía, sin embargo, el motivo que los llevaba allí era muy distinto. Tras intercambiar los comentarios corteses de rigor Carlos fue directamente al grano.

- Bueno Lola... me alegro de verte de vuelta de nuevo. Héctor me ha contado que te has asustado al recibir un mensaje de tu exmarido en tu teléfono.

Lola asintió agradecida de que fuese con Carlos con quien tuviese que hablar de su situación, era un hombre maravilloso que no sólo había conseguido defender con éxito a Helena de las acusaciones a las que se había enfrentado su amiga, además la había mantenido a flote todo el tiempo que Jack estuvo separado de ella.

- Bien – Carlos percibía que Lola no estaba del todo relajada. Recordó su cara asustada y cómo había buscado la protección de Héctor cuando le besó la mano el día que se la presentaron en casa de Helena. Durante este tiempo había abandonado aquella expresión, sin embargo aún quedaban miedos y recelos en su interior. Le ponía enfermo tener que tratar con ella el tema de su matrimonio y obligarla a recordar todo aquello, sin embargo, era imprescindible que lo conociese todo sobre el asunto – Supongo que recordarás que cuando hablamos con Helena sobre su problema le advertí de que no iba a entender alguna de mis preguntas, pero que tenía un motivo para formular todas y cada una de ellas – Comprobó que Lola volvía a asentir mientras retorció las manos que tenía apoyadas en su regazo – Pues aquello no fue nada comparado a lo que vas a pasar tú.

Lola abrió mucho los ojos y nerviosa miró a Héctor, éste la cogió de la mano y le habló con dureza a su amigo.

- Joder tío... ¿Tienes que decirlo así?

- Sí – Carlos fue inflexible – Prefiero avisarla de antemano y, de paso, también te aviso a ti. Sobre todo a ti. Si no vas a poder soportarlo, es mejor que nos esperes fuera tomando un café. No quiero ni una protesta por tu parte sobre todo lo que voy a preguntarle.

- Oye Carlos... estás hablando de mi mujer.... ¿Cómo cojones te atreves a insinuar...?

Lola cortó de raíz la discusión que se estaba empezando a formar entre los dos amigos. Confiaba en Carlos, ciegamente, le había demostrado mucho en su forma de llevar el caso de Helena. Si quería verse libre de una vez por todas y olvidar su pasado no le quedaba otra que aceptar su guía y su consejo.

- Basta ya, Héctor – Le apretó la mano – Carlos tiene razón. Si quiero olvidar todo esto tengo que ser más fuerte de lo que he sido hasta ahora. Él no va a poder hacer su trabajo si le oculto datos así que, si eso sirve de ayuda, estoy dispuesta a revivirlo todo.

- Lola... - Héctor intentó protestar, su instinto protector le espoleaba para cogerla en brazos y llevársela de allí para encerrarla en algún sitio lejos de todo peligro. Era de nuevo su yo primitivo el que hablaba. Una vez más tuvo que tragarse sus instintos. A este paso temía el día en que no fuese capaz de controlarlos.

- No – Zanjó Lola con un gesto de su mano – He visto que metías en tu mochila el expediente que te dio mi padre. Quiero que se lo entregues a Carlos. Entiendo que sea demasiado para ti, no me importa quedarme sola con él.

Carlos asistía como testigo mudo al intercambio que se estaba produciendo entre la pareja. Héctor parecía a punto de estallar, conocía el genio de su amigo y no iba a ser una escena agradable para ninguno de los presentes. Milagrosamente, una simple mirada de Lola borró el ceño fruncido de su rostro ¡Joder...! pensó Carlos. No era muy agradable comprobar cómo un hombre muy fuerte pero muy enamorado era derribado con un simple pestañeo. Rogó que el mal que afectaba a sus amigos se mantuviese alejado de él por mucho tiempo.

- Lola... - Héctor inspiró hondo para templar los nervios. Sin importarle tener a Carlos de testigo, se levantó de su silla y con ambas manos le sostuvo la cara a Lola mientras la miraba a los ojos – Lo único que es demasiado para mí es pensar que vas a enfrentarte a todo esto tú sola. Ni se te ocurra pensar en que me voy a mantener al margen. ¿Lo entiendes? Tú te apoyas en mí.

- Sí – Lola le respondió aliviada. No iba a ser capaz de librar dos batallas al mismo tiempo. Tenía suficiente con responder a Carlos sin tener que estar pendiente de las reacciones de Héctor.

Héctor la besó dulcemente en los labios mientras le susurraba un te quiero contra ellos. Luego rebuscó en su mochila y le tendió el expediente a Carlos quien enarcó una ceja a modo de pregunta mientras lo recogía. Héctor se apresuró a explicarle el contenido de aquellos malditos papeles.

- Raúl, el padre de Lola, guardaba este expediente en su despacho. Lola dejó a su exmarido tras una visita sorpresa de sus padres, digamos que...- midió sus palabras para ser delicado sin entrar en los detalles que Carlos iba a comprobar por sí mismo en unos instantes – el estado en el que la encontraron les motivó a llamar al abogado de la familia. Él les aconsejó tomar fotos de Lola para posteriormente redactar con ella un relato cronológico bastante exacto de lo vivido en su matrimonio.

Carlos asintió y, abriendo la carpeta, se mantuvo en silencio durante los minutos que le llevó leer su contenido. Las fotos de Lola le revolviéron el estómago y deseó poder descargar su furia contra aquel individuo. Cinco minutos le sobrarían para acabar con él. Ahora sí podía imaginar el estado emocional de su amigo al saber que el tal Juan volvía a rondar a Lola. Tomó aire sin levantar la mirada y colocó una expresión neutra en su rostro antes de preguntarle a Lola.

- ¿Todo esto consta en la denuncia? – Levantó la mirada incrédulo al escuchar la respuesta de Lola.

- No hubo denuncia. No me veía capaz de hacer público todo esto y además tener que enfrentarme al mismo tiempo a un juicio y a un divorcio. Juan no quería divorciarse. Ese expediente junto con la promesa de mantenerlo oculto para no manchar su nombre ni el de sus empresas y mi renuncia a reclamarle compensación económica alguna, consiguieron hacer que el divorcio fuese rápido.

- No te jode... - respondió Carlos con socarronería – El muy cabrón quedó limpio de polvo y paja... Has de saber que yo nunca te hubiese aconsejado no denunciarlo.

- Lo sé. Lo entiendo – Reconoció Lola – En su momento nos pareció lo mejor a todos. Sobre todo a mí. Quería borrar todo de mi cabeza cuanto antes.

- Bueno... lo hecho hecho está... - Carlos se propuso quitarle hierro al asunto –

Ahora vamos a ir centrando los hechos de uno en uno. Empezaré por preguntarte por ese mensaje de texto que llegó a tu teléfono. ¿Puedes enseñármelo? Dime que no lo has borrado por favor...

- Estuve tentada a hacerlo – Lola rebuscó en su bolso hasta encontrar su teléfono. Manipuló la pantalla con dedos temblorosos y se lo tendió – Al final no lo hice. Pensé que... quizá lo necesitase en un futuro... - Fijó su mirada en la alfombra gris perla del despacho – Si Héctor y yo... - Levantó la mirada llena de amor a Héctor cuando éste acercó su silla y la rodeó con un brazo atrayéndola hacia él.

- Lola no sabía que yo iba a ir a buscarla, sin embargo, su subconsciente sí sabía que yo no iba a dejarla marchar y que mi intención es no permitir que ese hijoputa se acerque más a ella.

- Todo eso está muy bien... - Carlos estaba desbordado por el romanticismo que desprendía la pareja, pero eso no le era de utilidad cuando se ponía en modo profesional – Me alegro de que estéis juntos en esto. Nada me jodería más que estuvieses tan cegato como lo estuvo Jack en su día. Sin embargo, Lola... déjame preguntarte cómo sabes que este mensaje de texto es de tu exmarido.

- Pero... - A Lola le extrañaba la pregunta – Carlos ¿Lo has leído?

- Sí. Cito textualmente “Zorra. Sé dónde estás en cada momento. Sé que estás con tu amiguito. Te vigilo” – Carlos levantó la mirada apesadumbrado por lo que le iba a decir – Este número no está grabado en tus contactos. Entiendo que en su día lo hubieses borrado ¿He de suponer que sabes que éste es el número de tu exmarido?

Lola abrió mucho los ojos y se tapó la boca con la mano al caer en la cuenta de lo que Carlos le estaba preguntando. No era el número de Juan, el suyo lo tenía grabado en la memoria y jamás iba a olvidarlo. Simplemente pensó en que quizás había cambiado de número de móvil porque ¿Quién más iba a amenazarla? Sobre todo después del altercado del Chances ante muchos testigos. Estaba claro ¿o no? Se puso muy derecha en la silla para responderle.

- No es el número que tenía cuando estábamos juntos, pero eso no quiere decir que no sea él el que manda el mensaje, puede haber cambiado de número o haberlo enviado desde otro teléfono.

- A mí no tienes que convencerme Lola – Carlos quiso tranquilizarla – Yo te creo, mejor dicho, sé que este mensaje es de él. Otra cosa es que podamos probar



varias cosas que te voy a enumerar. Uno, que es su teléfono, en cuyo caso el tema lo tengo chupado, pero las cosas nunca son tan fáciles así que, dos, me temo que este teléfono será de un don nadie que, si tenemos suerte, estará dentro del círculo de Juan, me lo pondría un poco más difícil, pero podría con ello, sin embargo, y aquí viene el tres, y lo que yo creo más probable, alguien ha robado este teléfono para enviar el mensaje y luego se ha deshecho de él. No me extrañaría nada que el propietario haya denunciado su robo a la policía. Sucede más a menudo de lo que podáis pensar.

- Entonces estás diciendo que no podemos denunciarlo... - constató Héctor algo más que mosqueado al pensar en que ese cabrón iba a librarse de nuevo.

- Estoy diciendo que Lola puede presentar una denuncia en la que haga constar haber recibido este mensaje amenazador en su móvil, puede decir que sospecha de su exmarido sobre todo después del altercado en el Chances, del que, por fortuna hay testigos, incluso podemos adjuntar este expediente como apoyo a esa sospecha. Sin embargo, la policía no va a poder hacer nada si este número no puede vincularse a su exmarido con claridad.

- Voy a estar siempre en sus manos... - Lola pensaba en voz alta – Esto es una pesadilla...

- Mi amor... estás en mis manos, no en las tuyas... - Héctor la besó en la sien reconfortándola – Vamos a escuchar lo que Carlos nos aconseja.

- Bueno... vamos a ver. El hecho de que hayas sido víctima de violencia de género hace un par de años y no lo hayas denunciado entonces, no implica que no puedas hacerlo nunca. Ha pasado casi un mes desde el incidente en el local de Héctor, en su día no se denunció, es más, lo más probable es que sea Héctor el que se encuentre uno de estos días con que es él el demandado por agresión. Estos individuos suelen hacer uso de contradenuncias para enredar aún más la situación y dilatar lo máximo posible en el tiempo las posibles consecuencias negativas de sus actos. Ese empujón, esa intimidación que sufriste, puede denunciarse ahora, incluso gracias a este expediente se puede acreditar que existe una relación directa entre ese acto actual y lo sucedido durante vuestro matrimonio. Esa amenaza o intimidación se trataría jurídicamente del mismo modo que un episodio de violencia machista propiamente dicho. Lo tendríamos más fácil si en su día lo hubieses denunciado, pero eso ahora no importa. El caso es que este mensaje no va a ser constitutivo de ningún delito, ni tan siquiera de una falta, porque estoy seguro de que no vamos a poder vincularlo con tu

exmarido. Y por eso tampoco va a servirnos como base para solicitar otras medidas de protección como una orden de alejamiento o similar.

- Entonces ¿Qué hago? ¿Lo dejo estar? ¿Espero a que vaya a más? – Lola estaba desconcertada.

- Lo que vamos a hacer, y digo vamos Lola – recalcó Carlos – es lo siguiente. ¿Recordáis al Pecas?

- El ratero que dejó huellas en el asalto al apartamento de Helena – Héctor escuchaba con atención la estrategia a seguir.

- Correcto. Ese tema está abierto todavía, la semana pasada hablé con Hernández, El Pecas sigue desaparecido y no han podido interrogarlo, recordad que en su día ya los pusimos en antecedentes sobre nuestra sospecha de que, al ser un “recadero” de sustancias anabolizantes y similares, pudiera ser que estuviese relacionado con Juan. Lola – la miró intentando animarla – tú misma les hablaste de que el ritmo de vida de tu exmarido no concordaba con las declaraciones de la renta presentadas cuando os divorciasteis, como no reclamaste nada, eso quedó ahí. Hernández me confirmó que iban a indagar un poco más para intentar aclarar con algún soplón si Juan pudiese estar involucrado en el tráfico de estas sustancias. El caso es que están desbordados con otras investigaciones de las que tienen pruebas más contundentes y, hasta que puedan interrogar al Pecas para determinar si la orden de asaltar el apartamento de Helena provino de tu exmarido no pueden justificar el destinar mucho tiempo a investigarlo.

- Hasta ahí lo entiendo – Lola esperaba expectante que Carlos les indicase el camino a seguir.

- Pues lo que voy a hacer es reunirme con ellos lo antes posible, esta tarde si puede ser. Voy a comentarles lo sucedido, nuestras sospechas. Voy a anticiparles la denuncia que mañana vamos a presentar para, de acuerdo con ellos, no hacer nada que pueda advertir a Juan de que vamos detrás de él. Si se siente seguro, tal vez se vuelva algo más osado y haga alguna tontería que lo comprometa como hizo en el Chances.

- Joder... joder... joder... - Héctor se levantó furioso y con los brazos en jarras le gritó a Carlos – No puedes estar insinuando que esperemos sentados a que vuelva a agredir a mi mujer... trabaja en la peluquería, son dos mujeres solas. ¿Lo pillas Carlos?... No voy a permitirlo.

- Eres idiota tío... voy a hacer cómo si no hubiese oído lo que acabas de insinuar porque de lo contrario te partiría la cara. Te estoy diciendo que vamos a ir por delante del cabrón del exmarido de Lola, vamos a ponernos en manos de los inspectores para que ellos nos guíen en los pasos que vamos a seguir para pillarlo con las manos en la masa. Deja que te haga una pregunta ¿Crees que Lola ha estado fuera de peligro desde el incidente en el Chances?... Quizás necesites que te recuerde que enviaste a un tipo a Toledo la misma noche en que Lola se fue y que le ordenaste que estuviese pendiente de ella.

A Lola el corazón le latía a toda velocidad, estaba asustada por ver a Héctor fuera de sí y además por haberse enterado de que había estado vigilada en casa de sus padres. Eso la hacía ser consciente de que la amenaza era real. Todos pensaban que, una vez Juan la había descubierto, iba a hacerle daño de algún modo.

- ¿Tenías a alguien vigilándome en Toledo?

Héctor agachó la cabeza y tomó aire. No había querido revelar ese dato, a él le llegaba con que Raúl lo supiese. Levantó la mirada y la enfrentó con determinación respondiéndole con voz dura y firme.

- Sí. Lo hice. Lo volvería a hacer y lo volveré a hacer cada momento en que yo no pueda estar pegado a tu bonito trasero.

- No estoy enfadada...cariño...no te enfades tú... estoy agradecida de que hayas pensado con claridad cuando yo estaba ofuscada – Le respondió Lola intentando serenarlo – He de reconocer que hasta el asalto al apartamento de Helena, cuando todos llegamos a la conclusión de que pudiera ser que mi exmarido estuviese involucrado, y de que yo confirmase esas sospechas al recordar que Juan manejaba mucho más dinero del que declaraba, pensé que lo del Chances había sido un incidente aislado fruto del tiempo que llevaba sin verme y del rencor por cómo lo dejé. No calibré bien el peligro. Tú lo hiciste por mí. Gracias.

Héctor se desinfló ante las palabras de Lola, aquella mujer era increíble, allí estaba ella, la víctima, intentando calmarlo a él cuando debiera ser al revés. Su sitio era a su lado. Se acuclilló delante de ella, que seguía sentada en la silla y le cogió las manos, las tenía frías y temblorosas. Maldijo para sus adentros en todos los idiomas conocidos. No veía el día en que esas manos únicamente desprendiesen calor.

- Mi vida... lo voy a hacer todo para protegerte, incluso de mí mismo. Lo sabes.

Lola acarició su mejilla y le sonrió con ternura. Qué suerte había tenido con Héctor, su corazón saltaba emocionado cada vez que la llamaba por los apelativos cariñosos que utilizaba con ella, mi vida, mi amor... No podía existir un hombre más dulce y más atento que él. Quizá la diosa fortuna por fin se había apiadado de ella y le había mandado un hombre de verdad, un amante maravilloso, un compañero leal y ojalá un gran padre para el hijo que deseaban tener juntos.

- Puedes enviar a quien quieras para que me vigile, lo sabes – decidió recordarle que su jefe de seguridad ya lo había hecho en una ocasión – Luis estuvo pendiente de mí cuando te fuiste a Londres a buscar a Jack – Alzó la mirada para involucrar a Carlos en la conversación – Si así lo creéis necesario no voy a ponerme difícil con esto.

- Lola..., nena... - Carlos le sonrió agradecido – Es necesario ser precavido, no hay más que ver las noticias, por desgracia cada día nos levantamos con mujeres sometidas a la violencia machista a las que el sistema no ha sabido proteger. Las leyes son muy lentas, a la policía le faltan medios... Es injusto que no se pueda proteger a todas pero... si el cabrón de tu novio puede hacerlo contigo... yo lo apoyo. Sabéis los dos que estoy a vuestra disposición para lo que necesitéis. Esto es como lo de Helena, no es un caso más, somos amigos ayudando a amigos.

Héctor se levantó avergonzado de su arrebato de furia anterior, pero sólo el hecho de imaginar las manos de Juan encima de Lola le hacía verlo todo rojo y limitaba su capacidad de razonar a la del hombre primitivo que llevaba dentro y que, últimamente, tanto pugnaba por salir. Le tendió la mano a Carlos, agradeció que su amigo no dudase en estrechársela tras la forma en la que lo había insultado.

- Lo siento tío... siento haber insinuado que pretendías poner en riesgo a Lola. Agradezco todo lo que estás haciendo por nosotros. Quizá cuando encuentres a tu mujer puedas entenderme.

Mientras le estrechaba la mano, Carlos esbozó la sonrisa que derretía a todas las mujeres en un radio de un kilómetro a su alrededor.

- No pasa nada... pero ya os lo advertí a ti y a Jack...Quiero vacunarme contra lo vuestro tío... no pienso caer tan pronto.

Lola observó emocionada la reconciliación entre ambos amigos. Embobada contempló a Carlos y su excepcional sonrisa. Era más alto que Héctor, si se unía

a ello su pelo rubio con un corte despeinado y sus ojos de un color azul oscuro nada común, era capaz de encandilar a cualquier mujer. Ofrecía la viva imagen de un rompecorazones. Además era un hombre bueno, cariñoso, familiar, leal, muy responsable con sus obligaciones sin renunciar por ello a su gran sentido del humor. En definitiva una joya por descubrir que no dudaría en emparejar con su mejor amiga. Sonrió para sí al pensar en Helena, ella ya estaba emparejada con otro hombre de la misma especie. A Carlos le tenía mucho cariño pero no despertaba en ella las sensaciones que provocaba Héctor en su cuerpo y en su corazón. Era un gran amigo, Héctor era su gran amor. Decidió meter baza y darle a Carlos un poquito de su propia medicina.

- Abogado... - Utilizó a posta el nombre con el que Helena lo llamaba – No lo vas a ver venir..., cuando te des cuenta, eso que tienes dentro del pecho y que se llama corazón te dará un par de golpes que hará que tu estómago se sacuda a su ritmo. Acuérdate de lo que te digo – Lo señaló con el dedo sonriendo – Esa será la señal de que esa mujer es la tuya.

- Joder... qué mal rollo... - Carlos se carcajeó – No me acojones Lola...

Héctor también decidió echar más leña al fuego.

- Acuérdate... Jack y yo estaremos allí... dándonos codazos mientras brindamos por la caída del abogado.

Los tres estallaron en carcajadas relajados por primera vez desde que habían accedido al edificio de Anderson & Asociados.

Tras escuchar cómo Carlos concertaba una cita con el inspector Hernández para la mañana siguiente ya que era imposible que lo recibiesen hoy, abandonaron el despacho con un cambio de planes. A primera hora de la mañana, todos se reunirían con los inspectores y pondrían después la denuncia correspondiente siguiendo las indicaciones que ellos considerasen oportunas.

Héctor conducía su todoterreno entre el abundante tráfico de Madrid, de tanto en tanto miraba a Lola, la veía ensimismada en sus pensamientos mientras su mirada estaba perdida en el infinito.

- Lola... ¿Qué piensas? ¿Te encuentras bien?

- Sí. Estoy bien. – Esbozó una sonrisa destinada a tranquilizarlo – Estaba pensando en lo afortunada que soy.

- ¿En qué sentido lo dices? – Héctor pensaba en que no era precisamente fortuna

lo que Lola había tenido últimamente en su vida.

- Pues en que soy afortunada desde que Helena alquiló el apartamento frente al mío. Éramos dos almas solitarias que se encontraron para hacerse compañía. Fue una suerte que Helena conociese a Jack, que yo me asustase por la intensidad de sus sentimientos hacia él y decidiese ponerla sobre aviso. Eso provocó que ella me invitase a salir para que yo pudiese comprobar que Jack no era como mi exmarido. Esa fue la noche en que cenamos en el Rigoletto, la noche en que te conocí, la noche en que comenzaste a cambiar mi vida. Incluso todo lo que pasamos con Helena hizo que Carlos también entrase en mi vida como otra persona en la que poder confiar. Ya lo ves. Helena, Jack, Carlos y tú, sobre todo tú. ¿Qué es lo que he hecho para que hayáis entrado en mi vida? Todos me habéis sumado, ninguno me ha restado, sin embargo tú... Héctor tengo la suerte de que hayas entrado en mi vida para hacer lo más importante, que yo vuelva a ser.

El dios que regulaba los aparcamientos en la ciudad había tomado a Héctor bajo su ala y le había guiado hasta una plaza libre casi a las puertas de la peluquería de Lola. Debió de ser la maniobra más rápida de la historia ya que Lola apenas había acabado su pequeño discurso cuando se encontró con el cinturón desabrochado, los brazos de Héctor rodeándola y sus labios anhelantes casi posados sobre los suyos.

- Mi vida... eres todo lo que estaba buscando aun cuando yo no era consciente de estar buscando nada. Si tú crees que yo te estoy haciendo volver a ser tú. Tú me estás descubriendo a un yo que tenía muy escondido.

No había más que decir así que la besó, depositó suaves besos en sus labios mullidos y sonrosados. A pesar de que Lola los tenía entreabiertos invitándolo a profundizar en el beso, se hizo de rogar, con la punta de la lengua recorrió su labio inferior, luego el labio superior para acabar besándola en el cuello con el fin de provocarle un estremecimiento que le indicase que iba por buen camino. Luego con su lengua buscó la de Lola que lo recibió como siempre, ansiosa y generosa, dócil y atrevida, tal y como era ella, dos Lolas en una, inocente y tentadora. Y lo tentó hasta que sintió como su miembro amenazaba con hacer trizas la cremallera de sus vaqueros para llegar cuanto antes a su objetivo.

- Tienes suerte de que estemos en plena calle. Vuelve a decirme algo así cuando estemos a solas en algún sitio privado y te follaré sin preguntar en la primera postura que se me pase por la cabeza.

Lola gimió excitada por el beso y por sus palabras. No había imaginado que su declaración terminase con Héctor muy excitado y con sus braguitas negras empapadas porque toda ella estaba preparándose para recibirlo. Se retorció juntando las piernas para buscar algo de alivio. Notó como Héctor se las separaba y colocaba en el centro de su ser la palma abierta. Afortunadamente el todoterreno era alto y los transeúntes sólo podían ver a una pareja abrazándose.

- No busques llegar al placer por ti misma. Es mi trabajo, estoy deseando estar dentro de ti otra vez y aún tenemos mucho que hacer hasta volver a casa. Yo estoy dispuesto a saltarme todos los planes y llevarte ahora mismo a nuestra cama...

Lola no pudo hacer otra cosa que besarlo con avidez, rodeó su cuello con las manos al tiempo que le acariciaba la nuca. Héctor llevaba el pelo muy corto en esa zona y le encantaba la sensación que le provocaba. Cuando sintió la mano de Héctor viajar por dentro de su camiseta hasta acariciar su pecho por encima del encaje del sujetador supo que tenían que echar el freno o los detendrían por exhibicionismo.

- Me tientas... - lo besó con dulzura – Pero tú mismo has dicho que no podíamos aislarnos en cama. Te prometo que seré tuya sin límite de tiempo cuando todo esto esté solucionado.

- Joder... amor mío... estoy contando las horas – Le dijo mientras retiraba su mano del interior de la camiseta – Es mejor que bajes tú primero – Le señaló su evidente erección – Queremos que Isabel siga teniendo un buen concepto de mí así que... en cuanto me relaje un poquito bajo a buscarte.

Lola sonrió complacida de ser capaz de excitar a Héctor de esa manera a pesar de su escasa experiencia en el sexo, por lo menos, en la clase de sexo que Héctor le ofrecía que no tenía nada que ver con lo que había vivido con anterioridad. Aún llevaba una sonrisa de idiota cuando traspasó el umbral de su negocio dispuesta a saludar a Isabel.

\*\*\* \*\*  
\_

## CAPITULO 6

*“Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú. Dónde haya un error que enmendar enmiéndalo tú. Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú. Sé tú el que aparta la piedra del camino.”*

*Gabriela Mistral*

Nada más franquear la puerta de su negocio Lola se encontró con que Isabel estaba barriendo el cabello caído en el suelo tras los cortes de pelo de la mañana. En aquel momento no había ningún cliente en la peluquería y pudo detenerse unos instantes a contemplar con orgullo cómo había sido capaz de reinaugurar su negocio en un barrio nuevo en el que no era conocida. Sin ayuda financiera de sus padres había alquilado y reformado un pequeño local y recordó cómo las decisiones que había tenido que tomar día tras día durante la reforma le habían ayudado a centrarse en su trabajo y a olvidar poco a poco el infierno de su matrimonio. Torció el gesto al aceptar que esa reforma se había convertido en su escudo protector para aislarse de los hombres y de la vida social. Sonrió al recordar como el carpintero odiaba la tarima gris que Lola había elegido y cómo aquel viejo gruñón había despotricado durante los dos días que duró su instalación. La piel blanca y los cromados habían sido los acabados elegidos para los sillones de trabajo, había contrastado la pureza del blanco con tres modernos lavacabezas de diseño en un color negro brillante. El resto del mobiliario consistía en unas ligeras estanterías de un color gris envejecido en donde exponía todos los productos que las clientas podían comprar. La zona de espera había sido uno de los caprichos en los que más dinero había invertido, recreó un pequeño salón con un sofá de piel blanca de dos plazas y dos modernas butacas negras, sobre una sencilla alfombra gris oscuro de pelo corto había instalado una mesa de centro de metacrilato en la que semanalmente actualizaba las revistas que amenizaban la espera de las clientas. La puntualidad era una de las señas de identidad de su negocio gracias a que gestionaban muy bien los tiempos debido a que no había escatimado a la hora de comprar el equipo informático con un moderno programa especializado que le facilitaba enormemente la tarea de ordenar con una precisión casi matemática la agenda de citas. El ordenador quedaba oculto a la vista tras un alto mostrador negro. La pared que quedaba detrás del mostrador era la única decorada de todo el local. Había elegido una obra de arte de estilo abstracto y en tonos grises blancos y negros. En el centro destacaba el nombre elegido, “La Pelu de Lola”, eso le recordaba quién era ella, Lola, simplemente Lola. El grafitero que pintó la pared



había hecho un gran trabajo y Lola no se había arrepentido de contratarlo a pesar de las pintas un tanto peculiares con las que vestía, de hecho, aún venía de vez en cuando a cortarse el pelo y a admirar su obra. Lola se reía, ya que el ego del chaval no tenía límites y solía envidiar para sí un poquito de su elevada autoestima. A esas horas de la mañana el sol entraba a raudales por la fachada acristalada de su establecimiento reflejando la extrema limpieza que era otra de las señas de identidad de la forma de trabajar de Lola.

Isabel levantó la cabeza al sentir la alarma que las avisaba de la entrada de los clientes y le sonrió. Muy contenta de haberla contratado Lola le devolvió la sonrisa, sin duda, había sido un acierto haber elegido a una mujer hecha y derecha en vez de a una jovencita recién salida de la academia. Isabel rondaba los cuarenta y cinco años, de estatura media, era la viva estampa de la mujer andaluza a pesar de ser madrileña por los cuatro costados. Era morena, llevaba un moderno corte de pelo que dejaba toda su nuca al desnudo con un bonito flequillo que resaltaba sus vivarachos ojos negros. Isabel había tenido que abandonar su puesto de trabajo en el que llevaba casi quince años porque a su padre le diagnosticaron una masa tumoral en la cadera, fue sometido a una intervención quirúrgica y a sesiones de quimioterapia y radioterapia que duraron unos meses. Durante la entrevista de trabajo, Isabel le había explicado a Lola que, dado que ella era hija única y que su madre no tenía carnet de conducir, habían acordado que la abuela se haría cargo del cuidado de sus dos nietos de once y siete años de edad, mientras que Isabel acompañaba a su padre en todo el proceso. Tras un año de idas y venidas su padre obtuvo el alta e Isabel intentó recuperar su anterior trabajo. No quisieron readmitirla. Por fortuna, esa circunstancia tuvo lugar cuando Lola comenzó a buscar empleada. Isabel había visto el anuncio en la puerta una mañana cuando se dirigía a visitar a su madre que vivía en el mismo barrio en el que se ubicaba la peluquería. A Lola le agradó Isabel desde el mismo momento en que ésta le entregó en mano su curriculum, prácticamente fue la única candidata de más de veinticinco años que entrevistó. Supo entonces que estaba casada, su marido Oscar era un fontanero con jornadas interminables al que afortunadamente no le faltaba carga de trabajo, Isabel sólo lamentaba que siempre que llegaba a casa los niños estaban ya casi dormidos. Lola siempre había sido muy consciente de que, llegadas a una edad, las mujeres se enfrentaban a muchas dificultades para encontrar un empleo, así que como ella buscaba alguien cabal, sensato y responsable no dudó en que aquella madre de familia iba a cumplir con todas sus expectativas. No se equivocó. Isabel se hizo cargo de la peluquería desde el primer día, conocía a muchas clientas ya que

aquel había sido el barrio de su juventud. Era amable y trabajaba con eficacia, por eso a Lola no le importó que los costes sociales y el salario de Isabel fuesen más elevados que los de una chica sin experiencia. En ese momento de su vida, Lola priorizaba el hecho de no tener que formar a nadie, si había decidido contratar una empleada era para poder empezar a disfrutar de una cierta vida social, otro paso más en la recuperación de su vida. Héctor había estado de acuerdo con la decisión tomada por Lola, incluso llegó a reconocerle que él prefería que sus empleados tuviesen responsabilidades familiares porque, excepto raras excepciones, solían ser personas comprometidas con la empresa. Tanto Lola como Héctor coincidían en que merecía la pena cumplir a raja tabla todas las condiciones laborales reflejadas en los convenios reguladores de su sector de actividad. Héctor le había dicho que gracias a no regatear salarios ni vacaciones u otros derechos, sus negocios podían presumir de una rotación de personal prácticamente nula. El estar de acuerdo también en esa política empresarial y, al fin y al cabo, en esa forma de ver la vida, hizo que desapareciesen todas las reservas iniciales de Lola respecto a que Héctor tuviese negocios en la noche de una gran ciudad.

- Buenos días Isabel – la saludó devolviéndole la sonrisa.

- Buenos días Lola... ¿No estabas de vacaciones?

- Sí. De hecho sólo pasaba para ver qué tal iba todo. Me incorporaré el lunes... pero cuéntame... ¿Qué tal todo?

- Ay Lola... - Isabel suspiró apesadumbrada – La verdad es que estaba dudando si llamarte o no... creo que será mejor que te sienta y que hablemos.

A Lola se le cayó el alma a los pies. Era bien cierto el dicho de que a perro flaco todas son pulgas, por si no tenía bastante con preocuparse por lo que su exmarido pudiese tramar, ahora aparecían problemas en una parcela de su vida que creía controlada, su trabajo. Se sentó en el sofá en el que esperaban las clientas preparándose no sabía muy bien para qué, pero segura de que no iba a tratarse de buenas noticias.

- Isabel, siéntate aquí conmigo por favor... no me tengas en ascuas... – le rogó golpeando suavemente la piel blanca del sofá.

Isabel se sentó y comenzó su relato. Lola debió de palidecer hasta extremos preocupantes porque su empleada se levantó para traerle un vaso de agua dándole algo de tiempo para poder asimilar la información que acababa de

recibir. Justo en el momento en el que Lola iba a comenzar a hablar Héctor hizo su entrada en la peluquería. Su cara debía de ser un poema ya que apenas había traspasado la puerta cuando ya lo tenía en cuclillas frente a ella sosteniéndole las manos congeladas.

- Lola... ¿Qué pasa? – Héctor estaba preocupado por la palidez extrema del rostro de su chica. La piel de Lola era muy blanca pero ahora asustaba su tono. Sus manos heladas y temblorosas no hacían más que confirmarle que algo había pasado en su ausencia.

Lola quería tranquilizar a Héctor, su gesto severo denotaba una honda preocupación. Odiaba preocuparlo tan a menudo, odiaba sentirse débil ante él pero esta vez no podía fingir que nada había pasado. No sabía si sería capaz de contarle sin derrumbarse así que se dirigió a Isabel.

- Por favor... Isabel... ya conoces a Héctor. Él y yo... - Miró a Héctor buscando las palabras exactas porque aún le costaba creer que estaban juntos a todos los efectos.

- Estamos juntos, Isabel – Héctor se hizo cargo de las palabras que Lola no era capaz de pronunciar, le jodía que no fuese capaz de verbalizarlo todavía pero le debía lo prometido, ir a su ritmo – A todos los efectos, menos los legales y espero que por poco tiempo, Lola es mi mujer. Puedes comprobar que no está pasando un buen momento. Imagino que no le has dado buenas noticias. Me gustaría que me lo contases, por favor... no creo que Lola pueda hacerlo en estos momentos.

Isabel observó con atención el cariño con el que aquel hombre sostenía las manos de su jefa. Lola los había presentado en una ocasión y sabía que Héctor había tomado parte en la decisión de contratarla. Era evidente que estaba muy enamorado de ella y empezaba a ser evidente también que ambos desconocían a lo que se había enfrentado Isabel en la peluquería los días en los que Lola se había ausentado. El comprenderlo la tranquilizó, se quitó un peso de encima ya que Oscar, su marido, estaba comenzando a presionarla para que abandonase su puesto de trabajo ante los extraños hechos que estaban ocurriendo en la peluquería.

- De acuerdo, Héctor. Yo te lo contaré todo – Tomó aire para decidir por dónde empezar. No pudo hacerlo porque la puerta de la peluquería se abrió para dejar entrar a un hombre.

Todos giraron la vista para ver al cliente que entraba en la peluquería. Lola se tensó, Héctor al notarlo se incorporó dispuesto a defender a su mujer y a Isabel si fuese preciso hacerlo. Ambos hombres se midieron con la mirada. Eran de una estatura similar, sin embargo el intruso era bastante más delgado que Héctor, lo cual no quería decir que fuese un hombre débil, al contrario, tenía una constitución fibrosa que podía hacer que un rival se creyese superior en un enfrentamiento. Héctor no caería en ese error ya que había comprobado en muchas ocasiones, al seleccionar al personal de seguridad de sus locales, que precisamente aquellos tipos eran los más eficaces a la hora de tener que intervenir en un incidente. Se disponía a preguntarle qué deseaba cuando Isabel se le adelantó y, pasando por su lado, recibió a aquel hombre con una gran sonrisa.

- Óscar... has podido venir... - Isabel aceptó el ligero beso en los labios que su marido acostumbraba a darle por saludo. Había visto que Héctor estaba alerta y, conociendo el disgusto que tenía Oscar, era preciso relajar el ambiente. Tras la reacción de Lola y de Héctor estaba prácticamente segura de que alguien estaba jugándole una mala pasada a su jefa. Sin perder tiempo, se giró para hacer las presentaciones – Es Oscar, mi marido – Isabel le lanzó a su marido una mirada con la que le rogaba calma – Ella es Lola, mi jefa, y él es su pareja, Héctor.

Hubo tres inclinaciones de cabeza. Las de Héctor y Oscar mostraron una fría cortesía. La de Lola había sido poco más que un acto reflejo. Héctor había visto el intercambio de miradas entre el matrimonio y le quedó claro que Oscar había venido a proteger a su mujer de un peligro. Al tiempo, reparó en que en las últimas semanas, concretamente desde el día que había conocido a Lola, él mismo lucía esa mirada con demasiada frecuencia.

- Parece ser que aquí ha sucedido algo durante los días en los que mi mujer – recalcó las palabras – se ha ausentado. Es evidente que Lola está disgustada y que tú has venido a defender a tu mujer de un potencial peligro que yo desconozco. Odio ignorar todo lo que pueda amenazar a Lola en cualquier aspecto de su vida. Isabel estaba a punto de ponerme al día. Mi mujer está tan alterada que no puede hacerlo ella misma.

Oscar se tranquilizó ante las palabras de aquel hombre y asumió que iban a estar del mismo bando, sin embargo, como la conversación no iba a ser agradable hizo su propuesta.

- Tienes razón. Creo que nos vamos a entender bien, sin embargo, os aconsejo

mantener esta conversación a puerta cerrada. Sé que a partir de esta hora no hay ninguna cita, así que, si Lola no ve inconveniente, creo que deberíais echar el cierre.

Héctor miró a Lola buscando su consentimiento, en cuanto lo tuvo, él mismo procedió a bajar la reja que protegía la entrada de la peluquería para indicar a los posibles clientes que el establecimiento estaba cerrado. Se volvió hacia los otros tres. La paciencia estaba agotándosele, odiaba ser el único ignorante del problema así que, con voz seca se dirigió a Isabel.

- Isabel, agradecería me pusieses al día. Por favor, toma asiento y cuéntame.

Isabel asintió y, escoltada por su marido, se sentó al lado de Lola. Ambos hombres se quedaron de pie, cada uno al lado de sus respectivas parejas ofreciéndoles apoyo físico y moral al mismo tiempo.

- Apenas llevo unas semanas trabajando aquí, sin embargo, desde el principio me he sentido como en casa – Miró a Lola con cariño – Debes de saber que no lo digo por quedar bien. Mi marido sabe la verdad, me has dado mucha libertad para ejercer la profesión, no me has impuesto más normas que las lógicas y necesarias para el normal funcionamiento de la peluquería y eso es de agradecer.

- Sin embargo, algo ha sucedido – Héctor la animó a continuar. Lo de los cumplidos estaba muy bien, pero él necesitaba los hechos para ya.

Isabel miró a su marido, éste asintió levemente con la cabeza dándole su apoyo para que contase los problemas que había tenido esta última semana.

- Todo empezó cuando te ausentaste. En principio, Lola me dijo que se iba a tomar libre desde el jueves hasta el domingo de la pasada semana para ayudar a su amiga con los últimos preparativos de la boda. Como volvía el lunes, decidí no amargarle el evento con un par de asuntos que, en principio, me parecieron unas chiquilladas.

- Luego no resultaron serlo, ¿me equivoco? – la volvió a interrumpir Héctor.

- No. No te equivocas. El jueves cuando llegué por la tarde para abrir me encontré con que alguien había sujetado a la reja con unas bridas una cartulina amarilla en la que se comunicaba que la peluquería iba a estar cerrada hasta nuevo aviso por desinfección del centro a causa de un contagio de piojos.

- ¿Piojos? – Héctor estaba incrédulo - ¿Cómo es posible?, es decir, nunca había pensado en que eso pudiese pasar.

- No debería pasar. Nunca he visto un caso en toda mi carrera profesional – le aclaró Lola con voz temblorosa. – Salta a la vista si alguien viene infectado. Lo vemos nada más sentarse en el sillón lavacabezas. Muy discretamente se les dice que no se les puede atender y les damos instrucciones sobre cómo proceder. Incluso las mamás nos llaman para saber si les podemos hacer nosotros aquí algún tratamiento a sus pequeños y siempre, sin excepción, siempre nos negamos. Imagínate, efectivamente tendría que desinfectar todo, desde el instrumental, el mobiliario... todo... - Se estremeció, aquello era un desastre para la imagen de su establecimiento – Pero es no es lo peor Héctor... - Lo miró angustiada y esta vez, por más que quiso contenerse no pudo evitar echarse a llorar desconsoladamente, se tapó la cara con las manos mientras intentaba controlarse.

Héctor apretó la mandíbula al ver a Lola llorar, no podía con sus lágrimas, le partían el alma de la impotencia. Sabía que odiaba llorar delante de la gente, pero especialmente delante de él. Leía en Lola como en un libro abierto y era consciente de que ella seguía pensando que era algo así como mercancía defectuosa para él. Imaginaba que conteniendo las lágrimas que, en cualquier otra mujer, brotarían espontáneamente Héctor la tendría en mejor consideración. No podía estar más equivocada. Era una lucha diaria devolverle la confianza en sí misma, intentar evitar que se escondiese y conseguir que sus sentimientos surgiesen libremente, riendo y llorando, sin reprimirlos, sin que, antes incluso de que surgiesen, estuviese midiendo la posible respuesta de Héctor. Tenía que ser agotador estar controlando tanto las emociones. Cualquier día iban a desbordarse y entonces tendría una gran crisis. Héctor sólo esperaba estar presente en ese momento para poder sostenerla. Deseaba que esa debacle que estaba viendo venir fuese una verdadera catarsis definitiva. No podía hacer lo que realmente deseaba, que era sentarse él en el sofá y permitir que Lola se acurrucase en sus brazos aspirando su aroma, tenían compañía y estaba seguro que sólo conseguiría avergonzarla ante su empleada y el marido de ésta, quién, por otro lado, parecía haber abandonado su gesto tenso al ver a Lola derrumbada. Se limitó a acariciar con suavidad su preciosa melena rubia mientras intentaba consolarla con sus palabras.

- Lola... mi vida... no llores... sea lo que sea vamos a solucionarlo. No puede ser tan malo.

- Tío..., no te conozco mucho... - Oscar había visto un alma afín en el novio de la jefa de su mujer. Esperaba que todo se aclarase ya que no podría cogerse

muchos más días libres para velar por la seguridad de Isabel – Pero créeme, vas a cabrearte, y mucho.

Héctor levantó la cabeza incrédulo, podía hacerse una ligera idea de las cosas que podían incomodar a aquel hombre y no le hizo mucha gracia comprobar que, cuando al fin conociese los hechos, probablemente su rostro fuese a adoptar la misma expresión con la que Oscar había irrumpido en la peluquería, a saber, cabreado y con los cinco sentidos alerta dispuestos para la pelea. Miró a Isabel al tiempo que arqueaba una ceja a modo de invitación a que continuase.

- El caso es que yo pensé que había sido cosa de los chiquillos del instituto. A mediodía suelen volver a casa en pandillas armando bastante alboroto, aunque nunca les he visto meterse en líos. Esa tarde tuve que dar un par de explicaciones a clientas del barrio, pero la cosa no pasó de ahí. Todas concluimos que era una gamberrada de muy mal gusto. Sin embargo, al día siguiente, sobre media mañana se presentó un hombre solicitando un corte de pelo, antes de que me preguntes te diré que su apariencia era absolutamente normal – Isabel tomó aire para relatar con detalle el primero de los muchos incidentes que había soportado durante los días anteriores. Fijó la mirada en Héctor para que este fuese consciente de que Lola estaba destrozada por un buen motivo – Cuando lo tenía sentado en el lavacabezas y me disponía a colocarle una toalla sobre los hombros, bueno...., aún me cuesta decirlo pero...., el caso es que me preguntó si era yo la encargada de proporcionarle su “final feliz” después del corte. Al principio no entendí lo que quería decir, sin embargo, pronto salí de dudas cuando el muy cabrón se señaló sus partes para decirme que estaba muy contento porque le parecía una mujer madura muy atractiva.

Héctor, que aún seguía acucillado sosteniendo las manos de Lola, se levantó como un resorte y, algo incrédulo todavía, necesitó que Isabel le aclarase bien si lo que él acababa de entender era lo que realmente ella había querido decir.

- A ver si lo he entendido... Joder... Ese tío pretendía que tú después de cortarle el pelo... - intentó buscar unas palabras aptas para los oídos de las mujeres que seguían sentadas en el sofá.

- Ese hijoputa quería follarse a mi mujer – Oscar pasaba de andar con sutilezas. A ver si de una vez conseguían aclarar lo sucedido – Ese... y todos los demás que vinieron después, todos los putos días hasta ayer por la tarde.

- Me cago en todo... ¡Joder! ¡Joder! ¡Hijos de puta!... ¿Cómo coño se les ocurre?... – Héctor con los brazos en jarras caminaba de un lado a otro como un

león enfurecido buscando dónde descargar su rabia. De pronto se detuvo cuando una imagen horripilante se le cruzó por la cabeza. Con rapidez se dirigió a Isabel y le apoyó una mano en el hombro sin importarle la cruda mirada que recibió de su marido – Joder... Isabel... dime que no te han tocado ni un pelo... por favor...

Isabel se sorprendió ante la cara angustiada y de preocupación de Héctor. Miró a su marido y, sin necesidad de hablar, ambos asumieron que tal vez habían juzgado la situación con cierta precipitación.

- No. No me han tocado ni un pelo. Tranquilos... - le tendió la mano a Lola quien, si cabe, aún lucía una expresión más atormentada que la de su pareja.

- Dios mío...soy una persona horrible – Lola estaba desbordada por la avalancha de sentimientos que la estaban zarandeando como un velero a la deriva en el mar. Pasaba del terror más absoluto, al alivio momentáneo y a la alegría por tener a Héctor a su lado en estos momentos. No era capaz de hilvanar pensamiento coherente alguno. Uno de sus mayores temores en la vida era el llegar a verse a sí misma dentro de una situación de acoso por parte de un hombre. No sabría cómo habría reaccionado ella en el lugar de Isabel. Ni de lejos hubiese tenido la templanza que ella había demostrado – Ni siquiera se me había ocurrido pensar que ellos pudieran haber... Isabel... perdóname... no sé cómo puedo mirarte a la cara. Te has ocupado de todo mientras yo... yo...

Lola estalló de nuevo en sollozos incontrolados. Héctor tomó aire y esta vez, sin importarle lo que los demás pudieran pensar, levantó a Lola del sofá, se sentó y la acomodó en su regazo empujándole la cabeza contra su pecho, obligándola a olerlo y a que, sin tener que pronunciar palabra alguna, se sintiese de nuevo segura. Recordó lo asustada que estaba la noche en que se conocieron por el simple hecho de que Héctor se estaba acercando a ella para presentarse, cómo había retrocedido en la barra del restaurante intentando huir de él, no por el hecho de ser él, sino por el hecho de ser un hombre, un desconocido, y para Lola eso no era otra cosa que un peligro potencial. Se vio en la obligación de darles a Isabel y a Oscar alguna explicación acerca del estado emocional de Lola. Esperaba que fuesen lo suficientemente comprensivos para entenderla.

- Isabel... permíteme aclárate un par de cosas sobre Lola. Si bien es cierto que en un primer momento su intención era ausentarse un par de días por la boda de Helena, al final, la cosa se torció. Lola no ha estado de vacaciones, se ha visto sometida a muchas tensiones en los últimos tiempos. Esas tensiones han sido



provocadas por su exmarido – Arqueó ambas cejas para que ambos leyesen entre líneas – Lola ha estado fuera meditando acerca de cómo proceder en este asunto.

Lola estaba mucho más tranquila en brazos de Héctor, el verse envuelta en su olor y las tranquilas caricias que recibía su brazo consiguieron serenarla. Era injusto que Héctor estuviese explicándose por ella, el pobre estaba intentando hacerlo sin ser demasiado explícito y Lola consideraba que, si Isabel había sido acosada siendo su empleada y su marido había tenido que soportarlo, merecían una explicación más detallada de su situación. Odiaba que esa fuese su carta de presentación, pero, de nuevo, la verdad era la única opción posible. Se incorporó con la intención de levantarse pero Héctor afianzó su agarre, así que no le quedó más remedio que explicarse desde su regazo. Sólo esperaba que ello no le restase credibilidad a su historia.

- Isabel, Oscar... siento muchísimo haberme derrumbado así. Intento por todos los medios evadirme de mi pasado pero no parece posible, sobre todo últimamente – Lola tomó aire mientras los miraba a los ojos alternativamente. Estaban expectantes al ignorar lo que tenía que decirles – El caso es que mi exmarido era o, quizá debiera decir es, un maltratador de manual. Tal vez debiera ser más explícita, yo permití el maltrato. No fui educada para ser una mujer débil, sin embargo, parece que mis padres han fracasado en este aspecto.

- Lola... de verdad... no es necesario que nos cuentes tu vida... - Isabel tomó la mano de su marido enternecida y horrorizada por igual ante el relato de su jefa – Si bien he de reconocer que en un principio, cuando comenzaron a llegar esos hombres, dudamos de tu honor y de la respetabilidad del negocio, hoy nos ha quedado más que claro que eres ajena a todo lo sucedido. No te hagas esto... por favor...

- Gracias... Isabel... - Lola le reconoció la valentía de admitir ante ella las dudas que había llegado a tener – Pero necesito contároslo, quiero que sigas trabajando para mí mucho tiempo – Incluyó a Oscar en su petición – Si ambos queréis, claro, soy consciente de tu sufrimiento y del de tu marido también. Es horrible todo lo que ha sucedido. Juan volvió a aparecer en mi vida hace aproximadamente un mes, no lo había visto desde el divorcio, hace más de un año, fue en uno de los locales de Héctor y digamos que tuvimos un altercado.

- No... mi vida...No tuviste un altercado. Ese cabrón os agredió a ti y a Helena antes de que Jack y yo pudiésemos llegar a vosotras. ... - Héctor miró a Oscar porque él sí iba a entender su postura – No hay día que no me arrepienta de

haberlo dejado marchar tan solo con una fractura en la nariz.

Oscar asintió de acuerdo con Héctor, aquel cabrón merecía mucho más que una nariz rota. Iba a mostrarle su apoyo masculino pero Héctor aún no había acabado.

- El día de la boda de Helena también le fastidió la fiesta a Lola, creemos que le mandó un mensaje amenazador a su móvil, lamentablemente va a ser difícil probarlo – Héctor iba a poner todas las cartas sobre la mesa. Sólo quería alrededor de su mujer a gente capaz de lidiar con su problema, si ellos mostraban flaqueza o rechazo, le jodería, pero Isabel no iba a poder seguir al lado de Lola – No es sólo eso, también sospechamos que puede haber estado detrás de un extraño robo, y digo extraño, porque no se llevaron nada, simplemente se limitaron a destrozar el apartamento de Helena que, ¡Oh casualidad!, está puerta con puerta con el de Lola. Mañana iremos con nuestro abogado a reunirnos con los inspectores del caso para poner en su conocimiento el tema de las amenazas en el teléfono, ya están investigando a ese hijoputa por lo del asalto. Parece que mañana además de denunciar las amenazas tendremos que denunciar alguna cosa más.

- Héctor... - Lola acababa de hacer las conexiones que Héctor parecía haber hecho hace rato - ¿Crees que él?, es decir, ¿Crees que ha llegado hasta...?

- Bonita... me juego el coche, y no lo perdería, a que el hijoputa de tu exmarido anda detrás de esto. Todo me apesta a él y te lo voy a demostrar enseguida... - Abandonó la mirada de Lola para dirigirse a Isabel – Los individuos que vinieron demandando esa “hora feliz”... ¿Cuántos tenían pinta de mazas de gimnasio?

- La verdad... no lo había pensado... - Isabel intentó hacer memoria pero, excepto el primero, los otros apenas habían pasado de la zona de estar de las clientas ya que habían expresado sus expectativas de manera bastante burda – Pero puede ser que tengas algo de razón. Recuerdo un par de ellos, eran más bajos que yo y estaban excesivamente musculados... creo que la ropa era de deporte, si bien, hoy en día mucha gente viste así por la calle. Lo que sí te digo es que ninguno de los hombres pasaba de los cincuenta años, incluso me atrevería a decir que no llegaban ni a los cuarenta.

- Cuéntale lo del que parecía tartamudear todo el rato – Le recordó Oscar a su mujer, contento de empezar a ponerle cara al causante de sus quebraderos de cabeza en los últimos días.

- Es cierto... - Reflexionó Isabel – Parecía algo retrasado, no era alto...ni tampoco parecía tener mucha fuerza así que me atrevía a preguntarle que de dónde había sacado semejante idea... ¡Dios mío...! Me dijo que se lo había oído decir a su hermano al volver del gimnasio...

- Cabrón, hijoputa... esta vez ha ido demasiado lejos... - bramó Héctor a pesar de tener a Lola en sus brazos... - Me las va a pagar todas juntas... De esta no se libra...

- Tío... cuenta conmigo para lo que sea...- se ofreció Oscar haciendo crujir sus nudillos – cuando tú digas, dónde tú digas...

Lola se puso en pie. Alguien tenía que poner algo de cordura antes de que las cosas se les escapasen de las manos. Juan había ido demasiado lejos esta vez. Parecía un torero ondeando un capote rojo ante los ojos de Héctor. Para ella era evidente que su intención era provocarlo hasta el punto de que hiciese algo que le permitiese denunciarlo. No sabía si tenía más miedo por ella misma o por Héctor. Nada más terminó de formular ese pensamiento se dio cuenta de la importancia de sus sentimientos hacia Héctor. Si bien le había dicho que lo quería, esas palabras ahora parecían no abarcar la inmensidad de lo que Héctor provocaba en ella. No alcanzaban para definir sus sentimientos y no podía encontrar otras que los reflejasen con exactitud. Decidió detenerse a pensar en ello más tarde y se propuso recordarle a Héctor sus propias palabras.

- Me dijiste que íbamos a ser más listos que él, que iríamos un paso por delante. No creo que salir corriendo a buscarlo para mandarlo al hospital de una paliza sea lo más conveniente – Miró a Oscar para advertirlo del mismo modo – No creo que sea muy inteligente por vuestra parte hacerlo de ese modo, lo único que conseguiríais sería dejarnos a Isabel y a mí solas y más vulnerables cuando la policía venga a por vosotros porque, creedme cuando os digo que justo eso es lo que él está buscando. La única de los que estamos aquí que conoce bien a Juan soy yo y, por desgracia, he comprobado muchas veces lo sucio que puede jugar.

- Amor mío... - Héctor se puso en pie y la rodeó por los hombros – Eso me suena a un chantaje puro y duro – Le sonrió – Sabes que no voy a hacer nada que pueda dejarte sola a su merced... hablábamos de un modo figurado. Sigo dispuesto a seguir todos los pasos que Carlos nos indique.

- Está claro que tenéis un plan. Por nuestra parte, mi mujer y yo os apoyaremos en lo que nos digáis – Oscar acarició la mejilla de su mujer que le sonreía agradecida. La había presionado mucho para que abandonase el trabajo, a pesar de

que era consciente de que no iba a tener muchas oportunidades como aquella – Lo único que me preocupa es que Isabel y Lola van a estar aquí solas todo el puto día.

- No lo estarán – Se apresuró a asegurarle Héctor – Ya tenía pensado hacer esto antes de saber lo sucedido. En mis locales no quiero tener ningún problema con la seguridad, por eso entre mi plantilla hay gente sobradamente preparada para proteger a mis clientes. Así que uno de ellos va a pasar a hacer turno de día mientras todo esto no se solucione. Estará aquí desde la apertura al cierre, si es necesario, os acompañará a las dos a casa, incluso si la cosa llega a ponerse muy fea, os recogerá en casa para venir a trabajar.

Oscar estaba de acuerdo con la medida, sin embargo, quería saber en manos de quién iba a dejar la seguridad a su mujer.

- Ese empleado tuyo... ¿es de tu plena confianza?

- Lo es – Héctor asintió para tranquilizar a Oscar – Lola ha estado unos días visitando a su familia en Toledo. Gus no se ha separado de ella ni un minuto – Rodeó a Lola por los hombros y la besó con dulzura en la sien – Yo le he confiado la seguridad de lo que más me importa. No temas, no va a fallar.

Lola miró emocionada a Héctor, a cada momento que pasaba le demostraba lo importante que ella era para él. El hecho que le pusiese una especie de guardaespaldas debía de alertarla como indicativo de una posesividad extrema, como un rasgo más de la línea tan fina que separaba una actitud protectora de sentirse dueño del otro. Costaba ver la diferencia, la luz roja que advertía del peligro no aparecía por ningún lado y eso la desconcertaba. Era muy difícil volver a ser mujer después de todo lo que le había sucedido, era muy difícil dejarse llevar de nuevo. Se obligó a hacerlo. Debía confiar. Confiar era la clave. Confiar en que Héctor no iba a usar indebidamente las concesiones que el corazón de Lola estaba haciendo. Su cabeza mantenía cierta reserva. Su corazón no.

- Héctor... no sé qué decir – Le sonrió encogiendo los hombros para indicar que estaba sin palabras.

- Ni una palabra, Lola – Le advirtió – Negociaremos otras cosas. Tu seguridad y, en este caso la de Isabel, no es materia de debate.

- Amén – asintió Oscar mostrando su conformidad – Me quedo más tranquilo. Estoy trabajando en una obra a las afueras de Madrid y este tema estaba

volviéndome un poco loco.

- Mañana mismo empieza. Isabel, es buen tío. Puedes estar tranquila – Héctor quería que la empleada de Lola no tuviese dudas de que ambos querían no sólo que siguiese trabajando en la peluquería, sino que estuviese a gusto en ella y con ellos.

- No hay problema, Héctor – Les sonrió a ambos – Me alegro de haberlo aclarado, no me gustaría tener que irme.

- Ay Isabel... no quiero que te vayas... bastante cargo de conciencia tengo ya por haberme ausentado todos estos días – Tomó una decisión y se aseguró de que su voz sonase firme – Mañana mismo me incorporo.

- No lo hagas, por favor Lola... Yo estaré bien con ese chico aquí – Le rogó Isabel. Pensaba que a su jefa le vendría bien seguir con sus planes de tomarse la semana libre. Ahora que ya sabía el porqué de lo vulnerable que parecía Lola, tenía claro que relajarse unos días era lo menos que merecía – Te ruego que sigas con tus planes. Has hablado de que tienes que ir a la comisaría, seguro que tienes alguna gestión más que hacer. No debes permitir que tu exmarido condicione tu vida.

Lola dudaba sobre lo que hacer, fue Héctor el que, de nuevo, decidió por ella. En el fondo tuvo que reconocer que simplemente puso voz a sus deseos. Seguía viéndola con mucha más claridad que ella misma.

- Gracias Isabel. Opino como tú. Lola debe de actuar como si el asunto no fuese con ella, sólo así ese cabrón podrá comprobar que ya no tiene influencia sobre su vida.

Lola recibió sorprendida un fuerte abrazo de su empleada, ahora casi amiga.

- Pues no se diga más. Hasta el lunes no quiero verte por aquí... – Isabel le llevaba unos cuantos años así que decidió actuar como una hermana mayor con ella – Jefa... tienes que pelear duro contra ese malnacido. No estás sola. Mi marido y yo estamos aquí para lo que necesites.

- Gracias... - Lola estaba abrumada por el apoyo incondicional de dos personas que apenas la conocían.

- No hay de qué – Le respondió Oscar. Consciente de que era demasiado pronto para que un desconocido abrazase a aquella mujer que por tanto había pasado, se limitó a estrecharle la mano – Eres una buena persona. Isabel no ha dejado de

recordármelo estos días – También estrechó con fuerza la mano de Héctor –  
Quiero que tengas mi número. Lo que sea... cuando digas

Héctor le devolvió el apretón con idéntica fuerza. Asintió con la cabeza a modo de acuse de recibo del mensaje. Si con la policía no era suficiente allí tenía un aliado incondicional.

\*\*\* \_\*\*\*

## CAPITULO 7

*“Ganamos fuerza, coraje u confianza por cada experiencia en la que realmente nos paramos a mirar al miedo a la cara. Debemos hacer lo que creemos que no podemos.”*

*Eleanor Roosevelt*

Héctor abrió la puerta de su casa para dejar pasar a Lola, eran casi las ocho de la tarde y acababan de regresar de su tarde de compras. Antes de subir decidió presentarle a Carlo, el abuelo italiano que regentaba Caffé Carlo y que les había dado de cenar la noche anterior. La consecuencia había sido que aquel granuja secuestró durante casi media hora a Lola. Prescindiendo de las formalidades, Carlo había abrazado a Lola como si de una nieta recién llegada de Italia se tratase, la había escoltado hasta la cocina dejándolo a él solo en la barra, eso sí, con la compañía de un delicioso cappuccino. Se resignó a su suerte con una sonrisa. Lola no le sería devuelta mientras Carlo no hubiese averiguado todo lo que quisiese saber de su mujer. La espera se le hizo eterna, sin embargo, cuando la vio salir de la cocina riendo a carcajada limpia, con las mejillas coloradas por el calor del horno y los ojos brillantes por la risa, le faltó poco para erigir una estatua en honor a Carlo en el mismo centro del parque más cercano. Lola había recibido una sobredosis del adulador carácter italiano, por el contrario, Héctor recibió una dura mirada y un dedo que se agitó amenazador delante de sus narices cuando Carlo volvió a ocupar su lugar tras la barra.

- Bambino... questa bella dona...tú no eres tonto... planificare presto il vostro matrimonio.

- Carlo... por favor... - Le regañó Héctor con una sonrisa de oreja a oreja mientras con un brazo acogía a Lola que llegaba a su lado cargada con lo que parecía la cena de esta noche. – Puedo planificar mi vida yo solito...

- Sciocchezze... che i giovani.... – despotricó Carlo agitando ambas manos mientras miraba al techo como clamando ayuda divina – Tonterías... ésta juventud...il amore...

Héctor no pudo evitar reírse a carcajadas ante la arenga que Carlo le estaba lanzando cual párroco guiando desde el púlpito las almas descarriadas de sus fieles y aún sonreía cuando, cargado con las bolsas de las compras que había hecho Lola, la seguía hasta la cocina de sus casa.

- Mira lo que me ha dado... - Lola había depositado la bolsa en la encimera y

estaba sacando unos tupper de su interior – Es Risotto mare-monte. Lleva crema, langostinos y setas... también hay otro trozo de tiramisú... Es un encanto...

Lola se volvió al recibir el silencio como respuesta a su comentario y se quedó sin aliento al ver la expresión que lucía el rostro de Héctor que estaba apoyado displicentemente en la pared, con los brazos cruzados y los ojos clavados en ella. Su sonrisa asomó lentamente y entonces le temblaron las piernas y sintió cómo se humedecía el centro de su ser cuando Héctor extendió una mano y arqueó una ceja para decirle con voz ronca.

- Ven aquí.

Lola se acercó muy despacito, Héctor ni se movió. Desde que salieran de la peluquería había tratado de distraerla de mil maneras, habían comido en un sencillo mesón cercano al centro comercial en el que Lola solía comprar. A lo largo de la comida la entretuvo con una conversación constante sobre su familia, le había preguntado por ellos sabiendo que Lola estaba muy unida a sus padres y que, probablemente eso la evadiría de los problemas que parecían hacer cola esperando su turno para abordarlos en cualquier momento. Ya de tiendas, le había costado mucho más llevar una sonrisa a los preciosos labios que, a menudo, se tensaban pesarosos sin que su dueña fuese plenamente consciente de ello. Un pellizco cariñoso en la mejilla o un breve beso habían sido sus únicas armas para conseguir sacarle una breve sonrisa. Lola debía de ser la excepción a la regla de todas las mujeres que iban de compras ya que no se había concedido ningún capricho. Fue imposible comprarle algo, ni tan siquiera una mísera camiseta. Había admirado el tejido de un precioso vestido de primavera pero rápidamente lo devolvió al perchero cuando vio su precio. Héctor hizo amago de volver a cogerlo pero la mano de Lola detuvo su gesto, maldijo para sí al ver aquellos ojos que lo miraban suplicantes, podía permitirse regalarle el puto vestido y veinte más como aquel, sin embargo sólo asintió con sequedad tragándose la réplica que tenía en la punta de la lengua aún a riesgo de provocarse una úlcera por la frustración acumulada. Aquello pareció entristecer a Lola quien, en apenas una hora había finalizado lo que ella consideraba una tarde de compras. Héctor estaba loco por colmarla con mil detalles, pero había tenido que reprimirse una y otra vez barruntando cuanto tiempo sería capaz de contenerse. Seguía pensando que no era bueno moderar su carácter, no poder ser él mismo al cien por cien. Sólo esperaba que, poco a poco, Lola fuese aflojando los límites tan severos que había marcado. Ahora se moría por besarla a conciencia, estaba duro desde el momento en que la vio salir de la cocina de



Carlo con su rostro mostrando alegría. Era guapa, pero contenta resplandecía y él estaba ansioso por volver a su refugio, cinco minutos era esperar demasiado para volver a estar dentro de ella.

Lola se aferró a la mano de Héctor cuando la encontró en su camino, rápidamente se vio impulsada hacia delante hasta estrellarse contra aquel cuerpo duro. En un breve parpadeo la lengua de Héctor estaba saqueando su boca con voracidad. Apenas había tenido tiempo de tomar aire, sólo pudo aferrarse a sus brazos y salir a su encuentro con idéntica pasión. Sabía que había sido injusta con Héctor esta tarde. Después de todo lo que estaba haciendo por protegerla a ella y a su negocio, había tenido la caradura de no aceptar un simple vestido, no había sido capaz de complacerlo y devolverle una pequeña parte de lo que ella estaba recibiendo. A pesar de que le había dicho que necesitaba tener algún detalle con ella, Lola no pudo soportar su gesto al coger el vestido descartado. Su mente seguía haciendo asociaciones indebidas, posteriormente se daba cuenta, pero en el momento no era capaz de ordenar a su cabeza que dejase de atormentarla. Extendió una mano para acariciar la mejilla de Héctor, estaba encerrada en sus brazos, temblando de excitación embriagada por el aroma que la envolvía.

- Te deseo – Héctor murmuró sobre sus labios – Mucho. Ya. Ahora – Atrapó su labio inferior entre los dientes.

Lola gimió y Héctor lo interpretó como su consentimiento y la alzó en brazos para llevarla hasta la cama. La mesa de la cocina era perfecta para él, sin embargo, la reciente vuelta al sexo de Lola merecía que le hiciese el amor en una cama y no sobre cualquier superficie plana.

- Puedo caminar... - le sonrió Lola mientras Héctor la ponía en pie a los pies de su enorme cama.

- Lo sé... me gusta llevarte... ya irás comprobando que tengo una parte neandertal que se deja ver de vez en cuando... - La americana de Lola ya estaba en el suelo y la camiseta muy pronto iba a acompañarla – espero que te guste.

Lola alzó los brazos mientras Héctor la desnudaba, comenzó a desabrocharle la camisa blanca mientras él soltaba en botón de sus vaqueros y tiraba de ellos con fuerza para bajárselos, eran tan ajustados que sus esfuerzos eran inútiles. A Lola le hizo gracia la situación, sobre todo cuando Héctor maldijo a todos los fabricantes de aquellos pantalones ajustados que eran más difíciles de sacar que un cinturón de castidad.

- Déjame a mí... - le sonrió mientras se sentaba en la cama.

- Ni de coña... - Héctor la tumbó con un leve empujón y le levantó las piernas al tiempo que tiraba de los vaqueros hasta conseguir sacárselos de un tirón – Joder... bonita... mi amor... ¿no te gustan los vestidos?... – Le preguntó mientras él mismo acaba de desabotonarse su camisa y se bajaba pantalones y calzoncillos al tiempo que descalzaba y se sacaba los calcetines – Ya desnudo, la miró con los brazos en jarras – Me encantan los vestidos, son fáciles de sacar y... para un rapidito... se levantan y listo.

Lola tenía la boca seca ante la visión que tenía de Héctor erguido en todo su esplendor a los pies de la cama. No le respondió, simplemente extendió los brazos para reclamarlo.

- Joder... Lola... - Héctor miraba embobado a la hermosa mujer apenas cubierta por una exquisita lencería de encaje negro que le tendía los brazos ansiosa por recibirlo - Eres preciosa...

Lola sintió la mirada de Héctor como una caricia en todo su cuerpo. Se estremeció y decidió compensarlo por lo del vestido con algo que sabía que iba a agradarle, tomar la iniciativa. Se sentó separando ligeramente las piernas al tiempo que llevaba las manos a su espalda para soltar el cierre del sujetador y dejarlo resbalar lentamente por sus brazos hasta descartarlo sin mirar a un lado de la cama. Los ojos de Héctor se volvieron aún más negros por la pasión. Sin darle tiempo a reaccionar introdujo los pulgares en sus braguitas brasileñas y se las sacó primero por un pie y luego por el otro, con elegancia y sin prisas las depositó junto al sujetador. Luego se recostó y se apoyó sobre sus codos esperando, cediéndole el testigo para que los guiase a ambos en el siguiente tramo de su carrera hacia el placer.

Héctor tomó una nota mental para comprarle a Jack una botella de la mejor ginebra británica a modo de agradecimiento por haber tropezado con Helena en el vestíbulo de Anderson & Asociados, ya que esa circunstancia llevó a Lola a su vida, a sus brazos y a su cama. Sin perder ni un minuto más colocó sus manos sobre las rodillas de su preciosa mujer para separarlas y situarse entre sus piernas con su miembro, ya goteante apuntando a la entrada de su refugio. Con mucha suavidad pasó ligeramente un dedo acariciando los pliegues de Lola para comprobar si estaba lista para él. Estaba empapada y dio gracias, no podía perder tiempo con los preliminares en este primer asalto. Luego la mimaría hasta la extenuación, ahora necesitaba alivio inmediato.

- Estás muy mojada... mi vida – Su miembro palpitó ansioso al escuchar el gemido de Lola – Voy a entrar ya... no aguanto más...

Lola no respondió, el simple roce de aquel dedo indagador había puesto en alerta máxima todas sus terminaciones nerviosas. Sólo pudo asentir al tiempo que alzaba los brazos para acogerlo. Sintió la punta de su miembro indagar en su entrada resbaladiza hasta que poco a poco se introdujo por completo en su interior. Héctor se derrumbó sobre ella tomándose un momento para recuperar el aliento. Lola besó su hombro y el punto dónde latía su pulso acelerado. Sonrió agradecida al escuchar su pregunta suplicante.

- ¿Estás bien? Puedo parar si estás dolorida...- No sabía cómo cojones iba a hacerlo pero aunque le quedase un dolor de huevos permanente lo haría si ella se lo pedía. No iba a haber dolor, por mínimo que fuera, en su cama.

- Hazme el amor... cariño...

Héctor ya estaba incorporado sobre sus brazos y comenzando un ligero movimiento de vaivén antes de que Lola acabase de pronunciar sus palabras. Sus ojos se encontraron y no se soltaron. Le hizo el amor, no sólo con su cuerpo, sino también con su mirada. Perdidos en una dimensión desconocida hasta entonces para ambos, únicamente el rítmico movimiento de Héctor entrando y saliendo de Lola, sin prisas, sin alterar el ritmo y, sin necesidad de ningún otro estímulo consiguió hacerlos llegar al orgasmo. Héctor contuvo el suyo hasta que sintió que Lola se estremecía cerrando los ojos para soportar el placer que la desbordaba, apenas emitió un gemido audible pero la expresión de su cara relajada y sonrosada fue suficiente para que Héctor se dejase ir vaciándose en su interior. ¡Hostia puta! Pensó ¿Qué coño acaba de pasar aquí? El orgasmo les había llegado sin que sus manos se acariciasen, sin que sus labios se besasen. Sus cuerpos sólo habían estado unidos por un punto y, por su parte, desde que entró en Lola dejó de ser consciente todo excepto una cosa, sus ojos, dos brillantes lagos azules en los que se sumergió hasta sentir como el orgasmo de ella provocaba que los ojos se le cerrasen perdiendo el contacto. Seguía dentro de ella incorporado sobre sus brazos, Lola se los estaba acariciando suavemente, mientras con la cabeza vuelta hacia un lado parecía estar quedándose dormida.

Lola no estaba dormida, pero estaba muy relajada. No sabría poner nombre a la experiencia que acababa de vivir. Era la primera vez en su vida que tenía un orgasmo así, no había sido demoledor, ni una explosión arrolladora, había sido una ligera ola que la estremeció de arriba abajo con una serena intensidad de la

que aún no se había recuperado del todo. Lo fascinante del momento había sido que, por primera vez, no había necesitado mucho estímulo para alcanzar el placer, sólo con sentir a Héctor en su interior y engancharse a sus ojos negros fue suficiente. Estaba desconcertada y emocionada, relajada y expectante al mismo tiempo. Era una sensación desconocida imposible de calificar. Lo desconocido solía asustarla, y más si tenía que ver con la intimidad, pero no sentía miedo, sentía una especie de paz, sí, esa era la palabra adecuada, paz. Sonrió al notar los labios de Héctor en su mejilla, besándola al tiempo que se retiraba de su interior.

- ¿Duermes? – Le preguntó mientras se colocaba de costado a su lado e instintivamente posaba una de sus grandes manos en su vientre.

- No... sólo pensaba – Lola giró su cabeza para enfrentarlo. El corazón le había empezado a latir muy deprisa al notar la mano de Héctor en su vientre como tanteando lo que podía estar sucediendo allí dentro.

- ¿En qué piensas? – No tenía intención de retirar la mano de allí, notaba el pulso de Lola latir acelerado. Le divertía desconcertarla y conseguir que nada sucediese como ella preveía. Le encantaba romper todas las ideas preconcebidas que Lola tenía acerca de su relación.

- Nunca fue así.

- ¿El qué? – Lo que Héctor esperaba es que respondiese que todo. Que nada estaba siendo como antes.

- Esto... - Lola se sonrojó ligeramente – Casi ni me has tocado, ni me has besado... y yo...por primera vez...

- Tú – le sonrió mientras acariciaba su mejilla colorada – no sé por qué... pero tú estás dándome a mí muchas primeras veces también.

-¿Sí? – preguntó desconcertada.

- Sí – enfatizó sus palabras asintiendo con la cabeza – hoy también para mí fue una primera vez.

- Vaya... - Lola no esperaba que a Héctor le hubiese sucedido lo que a ella, al fin y al cabo los hombres eran más de estímulos visuales que las mujeres, o eso pensaba ella.

- Sí. Vaya... - Héctor estaba conteniendo una carcajada de pura satisfacción masculina al ver la expresión asombrada de Lola. Su hombre primitivo estaba dándose golpes en el pecho anunciando al mundo que era él era un verdadero

macho.

- En realidad.... Es todo – Lola reflexionó en voz alta mirando al techo – Es todo... todo lo que hago, todo lo que siento contigo es distinto, es nuevo... no lo había sentido así antes. No sólo cuando me tocas – quiso aclararle – es todo lo demás también. Haces que todo parezca tan sencillo...

- Lola... mi vida... es que es sencillo, sólo tú y yo..., tú sólo siente y déjame el resto a mí... yo me encargaré de todo por los dos...- movió ligeramente la mano posada en el vientre – por los dos y por todo lo que hagamos juntos.

Lola quería, su corazón estaba deseando saltar de su pecho para entregarse gustoso al cuidado de las manos de Héctor, pero su cabeza aún no le permitía una entrega ciega. Estaba molesta por esa mini barrera que no conseguía derribar y que parecía aparecer en el momento más inoportuno. Esa barrera no era obstáculo para Héctor, podría romperla o atravesarla en cualquier momento, sin embargo era Lola la que tenía que cruzar al otro lado, la que tenía que saltarla para volver a ser libre de nuevo. Libre para entregarse por completo. Héctor no lo merecía y se vio de nuevo en la obligación de asumir la verdad.

- Sé que no es suficiente... - lo miró a los ojos con pesar – cariño... sé que no te lo estoy dando todo todavía...pero aún no soy capaz... Estoy aquí viviendo contigo... para mí es un paso de gigante... pero sé que tú lo necesitas todo y yo...

- Amor mío... a tu ritmo... Lola... Sé que lo voy a tener todo, no tengo prisa.

Héctor pasó a demostrarle sus palabras con un beso, lento, casi perezoso, eran sólo lenguas bailando una danza antigua pero consiguieron avivar las cenizas apenas extinguidas de la pasión que acababan de compartir. Lola se vio manejada como una muñeca cuando Héctor le dio la vuelta hasta conseguir que su espalda quedase apoyada contra él y en menos de un minuto volvía a estar dentro de ella. En aquella postura Lola estaba totalmente sometida a Héctor, sólo podía agarrarse al brazo que la sostenía por la cintura y abandonarse a la espera de recibir el placer que sabía que le iba a proporcionar el hombre que se movía lentamente en ella, ese hombre que estaba haciendo muchas cosas al mismo tiempo que conseguían arrancarle pequeños gemidos y suspiros de placer de su garganta. Mientras estaba firmemente sostenida por su brazo, la mano viajó por su vientre hasta encontrar su clítoris para acariciarlo con mucha suavidad, al mismo tiempo, la lengua se paseaba con idéntica lentitud entre su hombro y su cuello para, de vez en cuando, detenerse y susurrarle al oído aquellas palabras

con la que solía referirse a ella. Así, escuchando muchos “bonita”, “amor mío”, “mi vida”, “mi princesa”, llegó a un orgasmo que, esta vez, sí la estremeció hasta el punto de querer huir de su intensidad. Héctor no lo permitió y afianzó su agarre obligándola a aceptar todo aquel placer mientras seguía embistiéndola hasta volver a vaciarse en ella con un fuerte rugido.

La respiración de Lola ahora sí le decía que estaba casi dormida. Sin salir de su cálido interior y sin dejar de sostenerla Héctor estuvo bastante tiempo reflexionando sobre su situación. Entendía sus reservas a entregarse a él al cien por cien, sin embargo, eso no evitaba que le doliese. Querría haber sido el primer hombre al que se entregaba, sin embargo, había confiado en otro hasta el punto de casarse con él. Tenía que convencerla de que no estaba rota, que podía dejar de reservarse una parte. Por pequeña que fuese esa parte, la quería para él y no iba a parar hasta conseguirla. Al ritmo que llevaban, pronto habría un bebé durmiendo junto a ellos en esa cama y Héctor sólo quería una cosa antes de eso. Quería saber que Lola era suya sin reservas antes de compartir su amor con otra persona, aunque esa persona fuese su hijo. Él la necesitaba entera, sin miedos y temía hacer algo que estropease el frágil equilibrio sobre el que estaban cimentando su relación. Sólo deseaba que cada día fuesen uniéndose un poquito más y que la visita de mañana a la comisaría pudiese eliminar todas esas sombras que el exmarido de Lola estaba arrojando sobre sus cabezas. No se percató de que Lola estaba despierta hasta que escuchó sus palabras.

- Me gustaría que me regalases aquel vestido.

- ¿El vestido? – Héctor estaba desconcertado por su petición, los orgasmos debían de haberle hecho papilla el cerebro porque tardó un tiempo en hacer la conexión. Demasiado tarde, Lola se lo aclaró antes de que él reaccionase.

- El vestido que descarté. Me pareció caro y tú quisiste comprarlo. No te dejé. Lo siento, siento ser tan egoísta al pensar sólo en mí.

La voz se le quebró al finalizar la frase y Héctor supuso que, de nuevo, estaba conteniendo las lágrimas en un intento por mostrarse fuerte. Supo que a Lola le estaban desbordando las emociones extremas, el amor, la pasión, el desconcierto y el miedo le llegaban desde distintos frentes en oleadas y sin avisar, sin darle tiempo a procesarlos en el momento. Cuando se tranquilizaba era cuando reflexionaba sobre ellos y ella misma se daba cuenta de sus “errores” que, si bien no podían definirse como tales, sí era cierto que eran pequeños escollos en su camino que intentaba esquivar tiempo después. Se sentía aliviado de que, aunque

fuese a trompicones, intentase corregir aquellas cosas que les impedían a los dos actuar con plena normalidad.

- Lola, bonita... tendrás tu vestido – Le aseguró – Pero yo lo elegiré. Si me vas a dejar que te haga un regalo, el que será mi primer regalo desde que estás aquí conmigo, será una sorpresa.

- No te gastes...

Estaban hablando sin mirarse, sin cambiar la postura en la que habían hecho el amor y Héctor iba a aprovechar esa cercanía al máximo.

- Ahora ya no puedes poner condiciones... te tengo pillada – le proporcionó un suave azote en el culo. – No seas mala, no me pongas un caramelo en la boca para luego quitármelo.

Lola sonrió al imaginarlo haciendo un puchero. Se lo debía así que suspiró y accedió.

- De acuerdo, tú ganas.

- Y tú también ganas, mi amor... ya lo verás – Héctor la besó en la mejilla al tiempo que se incorporaba – Es tarde. No te muevas. Voy a por la cena y comeremos en la cama.

Y eso hicieron. De nuevo en un solo plato dieron cuenta del delicioso risotto de Carlo. Otra primera vez, aunque a Lola le pareció algo decadente aquello de comer desnudos en la cama se sintió como una princesa cuando Héctor se encargó de recoger todo mientras ella se cepillaba los dientes en el baño para luego arroparla antes de caer rendida, relajada tras los orgasmos pero teniendo bien presente que le quedaban apenas tres días para disfrutar de la burbuja en la que se metía cada vez que entraban en casa. Al día siguiente pondría otro pie fuera de ella al acudir a la comisaría. Esperaba fuese el pie derecho. Con el izquierdo ya había comenzado muchos días en su antigua vida.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 8

*“No puedes cambiar tu destino de un día para otro, pero puedes cambiar tu dirección de un día para otro.”*

*Jim Rohn*

Héctor observaba preocupado el rostro inexpresivo de Lola mientras iban en el coche de camino a la comisaría. Bien temprano la había despertado para hacerle el amor y estaba descubriendo, en contra de lo que siempre había pensado, que estaba muy bien aquello de dormir con una mujer y tenerla calentita y accesible bajo las sábanas cada mañana. En el fondo sabía que no sólo estaba bien, estaba descubriendo que despertar acompañado, hacer juntos el desayuno y ver como su mujer se arreglaba para salir le proporcionaba muchas satisfacciones. Nunca lo había hecho antes, dormir toda la noche con una mujer, velar su sueño, acurrucarla cuando estaba inquieta. Llevaba durmiendo con Lola todas las noches desde que se conocieron y había estado bien, sin embargo, el hombre primitivo que vivía en su interior reconocía que tenerla en su casa, en su cama le daba otra dimensión al asunto. Por no hablar del sexo, desde el principio sabía sin ningún género de duda que iban a encajar bien, lo que nunca imaginó fue que, una vez la tuvo por primera vez, el deseo que siempre había sentido se había multiplicado en vez de disminuir. El caso es que se excitaba al verla por casa en cualquier situación, sentada en el sofá, tomando el café, maquillándose en el baño... como la cosa no se regulase por sí misma tenía serias dudas de poder volver a concentrarse en alguna otra cosa que no fuera Lola. Volvió a observarla mientras acariciaba distraídamente su muslo al detenerse en un semáforo. Estaba preciosa otra vez, torció el gesto al sentir el tejido de su vaquero azul, de nuevo ajustado, difícil de sacar. Cuando saliesen de la comisaría nadie la iba a librar de comprar ese vestido, tal vez fuesen esos vestidos si la Diosa que guiaba a las mujeres obstinadas obraba un milagro con Lola. El vaquero iba acompañado de una sencilla camisa de listas azul claro con varios botones desabrochados que no mostraba nada más de lo debido y una americana azul marino. Llevaba los zapatos de tacón rojos que le habían dejado mudo el día en que la conoció. Ese era hoy su toque sexy, de nuevo dos Lolas en una, dulce y sensual. Se sentía afortunado de poder saborear ambas ya que si tuviese que quedarse con una no sabría cuál de las dos escogería.

- Princesa... ¿Estás bien? Ya conoces a los inspectores, no debes estar nerviosa.

Lola lo miró al tiempo que acariciaba la mano que Héctor tenía posada en su



muslo. El semáforo se puso en verde y no la soltó, simplemente enlazó sus dedos mientras colocaba la marcha para arrancar lentamente y volver a posarse en su regazo. Hoy estaba especialmente sensible a su tacto. Suponía que era debido al hecho de que se había despertado al sentir su cuerpo acariciado por las grandes manos de Héctor al tiempo que depositaba delicados besos en todo su rostro. Aún soñolienta se había sentido humedecer y excitarse con rapidez, él se percató también ya que se introdujo en ella en cuanto la vio abrir los ojos. Con movimientos perezosos consiguió llevarla al orgasmo acariciándola con todo su cuerpo mientras sostenía su peso con los antebrazos apoyados en la almohada, encerrándola así en un abrazo que le permitía saquear con su lengua toda su boca. El gemido de Lola se perdió entre sus labios y el de Héctor le erizó la piel al morder ligeramente su cuello mientras lo sentía derramarse en su interior. Suspiró abandonando el recuerdo de la mañana. Odiaba preocuparlo tanto, ojalá pudiesen tener una relación convencional sin todo el lastre que llevaba encima, sin embargo, aquella no hubiese sido la misma Lola de ahora y tal vez no se hubiesen conocido. No sabía si creer en el destino pero, desde luego, alguien había dejado un regalo en su vida en forma de hombre paciente y cariñoso.

- Lo sé. No puedo evitarlo... No te preocupes por mí... Odio preocuparte tanto... Al final vas a acabar por mandarme...

Héctor le habló con severidad.

- Ni se te ocurra acabar la frase... – Héctor se desesperaba cada vez que veía que Lola dudaba de que fuese perfecta para él – Sabes que nuestro final ya está escrito, te cuesta imaginarlo y estás lejos de estar preparada para oírlo pero no voy a parar hasta que lo veas con una claridad meridiana.

- Lo siento – Lola reaccionó con rapidez al tono cortante de Héctor – Por favor, perdóname cariño... no puedo evitarlo.

Héctor llevó sus manos entrelazadas a su boca para besarlas con cariño.

- Lo sé, bonita... - Imprimió una ternura especial a sus palabras – Tienes que intentar verte como te vemos los demás Lola... eres una mujer preciosa, buena amiga, emprendedora... por favor... mírate bien.

Lola le sonrió algo insegura, eran palabras sencillas y muy bonitas pero realmente eran la verdad, eran su verdad, sólo tenía que empezar a repetir las todas los días para interiorizar el mensaje que sonaba muy parecido al lema de un famoso anuncio.

- Porque yo lo valgo, ¿no?

Héctor soltó una carcajada al escucharla y al tiempo que aparcaba el coche en un parking cercano intentó hacerla sonreír de verdad.

- Mi vida... Tú lo vales, yo lo valgo y juntos vamos a ser invencibles.

Carlos los esperaba tomando un café en la barra de una cafetería cercana. Sonrió al verlos entrar cogidos de la mano. No acababa de acostumbrarse a ver a sus amigos tan pillados, bueno, uno más que pillado estaba ya con los grilletes puestos. No podía olvidarse llevar su chaqué a la tintorería porque probablemente no tardase mucho en volver a utilizarlo cuando Héctor se atase voluntariamente a Lola. En el fondo reconocía la suerte de sus amigos al haber encontrado, cuando no lo buscaban, a dos mujeres fantásticas. Lola era espectacularmente bella, Helena era mucho más normalita, aun así había sido capaz de conquistarlo enseguida. Se trataba de un amor platónico claro está, Jack y Helena estaban hechos el uno para el otro, pero él siempre iba a vigilar que el inglés no volviese a meter la pata con ella. Ahora estaba Lola, la buena de Lola que tanto había apoyado a Helena, sin condiciones, sin horarios. Estaba seguro de que cuando el reciente matrimonio regresase de su luna de miel y se enterase de todo lo que estaba pasando con ella se sumarían sin duda a la tarea de proteger a aquella mujer que tanto había sufrido ya. Cuando llegaron a su altura fingió no oír el gruñido de Héctor mientras besaba en ambas mejillas a su chica.

- Hola nena... Estás preciosa – Le dijo mientras estrechaba la mano de Héctor, éste se la apretó con más fuerza de la normal por lo que decidió picarlo un poco más - ¿Todavía sigues con este cabronazo? ¿No te has cansado de sus gruñidos de troglodita? Ya sabes que me tienes aquí esperándote cuando decidas darle la patada.

- Ay... Carlos... eres incorregible... - Lola esbozó una gran sonrisa – No voy a darle la patada... - Al tiempo entrelazó su mano con la de Héctor que se había puesto tenso de repente. Estaba claro que no le hacían gracia las bromas de su amigo y éste, sabiéndolo, lo provocaba continuamente – Quizá me la de él antes a mí.

Aquella última frase terminó con la paciencia de Héctor, se colocó delante de ella dándole la espalda a Carlos y la sostuvo con firmeza por los hombros.

- Ya basta Lola... - sentenció – Voy a decírtelo por última vez. Tú y yo sólo tenemos un final y te juro que seré paciente pero me mata que aún no lo veas.

Lola se tensó sorprendida por el tono enfadado de Héctor. Estaba siendo injusto porque esta vez ella sólo estaba bromeando, aun así, se encogió un poquito y no fue capaz de decírselo, simplemente salió de su boca lo que siempre salía cuando su exmarido le reprochaba algo. Al tiempo que pronunciaba las palabras se dio cuenta que no debía haberlo hecho.

- Lo siento.

- ¡Eh...! Vamos tío... - Carlos le colocó una mano en el hombro para tranquilizar a Héctor. ¡Joder! No iba a bromear más con Héctor a costa de su chica. Por un momento, Lola se había quedado lívida aunque rápidamente recuperó la compostura – Sólo estábamos bromeando... ¿Verdad Lola?

- Sí – Murmuró apenas susurrando – Sólo era una broma.

Si fuese posible Héctor se daría una paliza a sí mismo en estos instantes. Durante unos segundos vio a la que debió ser la Lola esposa de aquel malnacido. Saber que él solito se las había arreglado para traerla de vuelta casi le producía arcadas. “Lo siento”, apenas había sido un murmullo pero se le clavó en el corazón como un puñal. Aún la sostenía por los hombros y sentía la mano de Carlos apretando el suyo. La atrajo con fuerza hacia su pecho, y le acarició la espalda. Lola, tan dulce, no se resistió y sintió como lo respiraba. “Cabrón” se dijo. “No eres más que un cabrón insensible”.

- Mi vida... - Le susurró al oído. No quería que Carlos lo oyese – Perdóname si puedes... te lo ruego... he perdido los nervios a pesar de haberme prometido a mí mismo no hacerlo.

Lola cerró los ojos angustiada. “Mi vida” eran las únicas palabras diferentes, el resto las había oído demasiadas veces ya en boca de otro hombre. El aroma de este nuevo hombre la envolvía peleando con fiereza por introducirse en ella y batirse en un duelo a vida o muerte para acabar con el monstruo que habitaba en aquel cuarto cerrado con llave de su mente. No podía pronunciar palabra. En la distancia, su madre con su último consejo acudió en su ayuda. Las mismas palabras en distintos hombres no tienen el mismo significado.

- Tranquilo – Se oyó decir sin mirarlo – No pasa nada – Otra vez volvió a pronunciar ella las palabras malditas. La cuestión era si en ella sí significaban lo mismo que cuando las había pronunciado para otro hombre.

- ¡Mierda Lola!... mi amor... - Héctor estaba muy angustiado – Esto ya lo has oído antes ¿verdad?...no me mientas ahora por favor... mírame a los ojos y

dime... princesa... ¿He dicho lo mismo que él?

Lola lo miró y se perdió en sus ojos negros atormentados y angustiados. Eso sí que era algo nuevo, recordaba las palabras arrepentidas, sin embargo, comprendió la diferencia al ver la expresión de Héctor, puro dolor. Juan en la vida la había mostrado. No le mintió.

- Sí. Has dicho lo mismo.

Carlos se sentía un intruso entre las confesiones de los enamorados y, además, tenían que irse. Ya iban con cinco minutos de retraso sobre la hora de la cita con los inspectores. Lo sentía en el alma pero Héctor tendría que arrastrarse más tarde.

- Chicos... lo siento... pero vamos tarde. El inspector Hernández ha tenido que hacer encaje de bolillos con su agenda para poder recibirnos.

Lola se hizo cargo de la situación, de la incomodidad de Carlos y del abatimiento de Héctor. Asintió mirando a Carlos y cogió a Héctor de la mano dándole un ligero apretón.

- Vamos... acabemos con estos cuanto antes.

Héctor con un millón de réplicas en su cabeza sólo le devolvió el apretón y la guio hacia la comisaría. Un jovencísimo agente los acompañó por las modernas instalaciones hasta una sala de reuniones. Allí los inspectores les estrecharon la mano y les sonrieron con amabilidad.

- Siéntense por favor...

Tras seguir las indicaciones del inspector Hernández, los tres amigos quedaron sentados enfrente a los dos inspectores. Por unos instantes reinó el silencio entre los cinco y ello provocó que el corazón de Lola comenzase a latir a una asombrosa velocidad, los oídos comenzaron a pitarle y tuvo que tomar una profunda bocanada de aire para conseguir evitar el consiguiente ataque de ansiedad. Recordó la angustia que había pasado como espectadora de las dos crisis de Helena y, ni de broma, iba a tener una delante de todo el mundo. El inspector Ferreras, que con su volumen parecía ocupar dos asientos, rompió el silencio con su voz profunda.

- Bien... Carlos, cuéntenos... ¿a qué viene tanta prisa por esta reunión?

- Les he pedido esta reunión porque necesitamos su consejo sobre cómo proceder o más bien diría yo, cómo no interrumpir la investigación que están

llevando a cabo sobre el ex marido de mi representada.

- ¿Ha sucedido algo que debamos saber? – preguntó interesado el inspector Hernández.

- Sí – procedió a confirmar Carlos – Sin embargo, me gustaría saber si han avanzado algo en la investigación del asalto al apartamento de Helena. Estaba preguntándome si El Pecas ha salido de su guarida y han podido sacarle alguna confesión.

Los inspectores cruzaron una mirada que no pasó inadvertida para Carlos. Ya sabía que aquellos dos hablaban más con los ojos que con la boca. Los suponía reacios a compartir la información pero él iba a presionar todo lo que fuera posible.

- Inspectores... - A posta imprimió un tono cansino a su voz – No nos hagan pasar otra vez por lo mismo... saben que hemos colaborado al cien por cien en la investigación de los incidentes del partido de fútbol, que nuestra ayuda fue imprescindible para localizar y detener al señor Brown... además...

El inspector Ferreras no tenía tiempo para escuchar el discurso del abogado. La relación con aquella pandilla había sido provechosa en su anterior caso y, si de él dependía, también lo sería en este. Eran gente honrada y con muchos contactos que podrían facilitarles la tarea de desenmarañar el par de nuevos asuntos que habían surgido a raíz de los incidentes en aquel partido de fútbol. Sin embargo primero quería oír lo que tenían que aportar.

- ¡Ya! Abogado... guárdese su retórica para la siguiente vista. Primero díganos lo que ha sucedido y luego ya veremos lo que podemos compartir con usted y lo que no.

- De acuerdo – Carlos sabía que no tenía más remedio que hablar él primero – Lo primero es recordarles que mi clienta, Lola, ante la posibilidad de que su exmarido estuviese involucrado en el asalto al apartamento, les informó en su día de lo sucedido durante su matrimonio. Ustedes quedaron en profundizar un poco en esa línea de investigación mientras esperaban a que El Pecas, que dejó sus huellas por todas partes, apareciese para poder interrogarlo. Nosotros nos mantuvimos al margen esperando sus noticias. El caso es que el día de la boda de Jack y Helena Lola recibió en su móvil lo que se puede considerar un mensaje amenazador. Sospecha que es de su exmarido, aunque creo que no podremos probarlo.

- ¿Qué decía el mensaje? – El inspector Hernández quería oír la respuesta de la boca de Lola.

- Bueno... decía algo así como que sabía dónde me encontraba yo... y mi amiguito... se refería a Héctor, por supuesto.

A continuación se produjo un breve cambio de impresiones entre los inspectores y Carlos que les llevó a la conclusión que el abogado ya había previsto. No iban a poder vincular el teléfono con su exmarido. Lola estaba cada vez más desanimada y eso que aún no habían hablado de lo sucedido en la peluquería. Héctor estaba extrañamente silencioso esta vez. Eso la hacía sentirse más insegura de lo habitual. Aun así, consiguió sacar fuerzas de flaqueza para exponer lo sucedido en su negocio.

- Lo entiendo. Además de eso, ayer me he enterado de que han sucedido unos extraños sucesos en mi negocio mientras yo estaba ausente – Se dirigió a Carlos quien la miraba desconcertado. Sabía que odiaba las sorpresas en una entrevista – Lo siento Carlos, debí llamarte ayer pero, la verdad, sólo quería olvidarme de todo – Recordaba perfectamente cómo lo había olvidado pero no quiso mirar a Héctor, si comenzaba a retraerse con ella, tendría que aceptarlo. Tarde o temprano iba a suceder. Le estaba doliendo horrores pero iba a aferrarse a su dignidad como mujer que, aunque escasa, aún le quedaban algunos restos esparcidos entre su maltrecha confianza en si misma.

- No pasa nada – Carlos quiso restarle importancia al olvido. La tenía, pero Lola estaba nerviosa y Héctor no estaba ayudando mucho a calmarla. Estaba por darle una colleja para hacerlo espabilar – Lola, por favor, dinos lo que ha pasado.

Todos escucharon atentamente el relato que una Lola con la mirada fija en la pared les había hecho con una voz clara y serena. Fue el inspector Ferreras el que tuvo que darle un nuevo golpe a aquella mujer.

- Lola... – la tuteó ya que no era la primera vez que hablaban y ella lo había pedido así – nos pasa lo mismo que con el teléfono..., no tienes ningún dato personal de esos clientes, ni su nombre..., nada de dónde rascar... Puedes poner una denuncia haciendo constar todo lo que te ha sucedido esta última semana. A pesar de que ahora sólo parezca papeleo engorroso puede que en un futuro sea de utilidad.

- De acuerdo. Lo entiendo. Carlos ya me lo había explicado – Lola no podía hacer otra cosa que asentir sumisa.

- Sólo hay una cosa que puedes denunciar con nombre, apellidos y testigos – le recordó Carlos – El episodio del Chances, si lo unimos al expediente que me ha entregado Héctor puede servir para que un juez dicte una orden de alejamiento contra tu exmarido. Eso para empezar... luego habría que ver si se celebra un juicio por el altercado.

- Ha transcurrido más de un mes desde que pasó todo – Reflexionó Lola en voz alta – Estaba borracho, no tengo parte de lesiones. La peor parada fue Helena al cortarse con los cristales... yo sólo me llevé un empujón.

Héctor pronunció sus primeras palabras desde que habían salido de la cafetería. Muy serio y muy seco hizo su comentario.

- No sólo fue un empujón, te insultó como mujer. Te hizo proposiciones sexuales inadecuadas... No digas que no fue nada.

Lola se mantuvo en silencio porque el inspector Hernández fue el que tomó el testigo de las palabras de Héctor.

- A ver... vamos a centrar el asunto. Para ello necesitáis conocer algunos datos. El Pecas ha aparecido ayer por la mañana, nos llamaron del hospital. Está ingresado, le dieron una paliza y tiene magulladuras por todo el cuerpo, su cara es un poema... El caso es que conseguimos que admitiese su culpabilidad en el asalto al apartamento de Helena. Es consciente de que sabemos que no actuó por cuenta propia, no es más que un pequeño ratero, sin embargo nos ha pedido unos días de reflexión para cruzar definitivamente la línea que lo convierta en un informador de la policía.

- Al indagar un poco sobre tu exmarido – prosiguió el inspector Ferreras – nos topamos con que nuestros colegas de la Sección de Consumo, Medio Ambiente y Dopaje de la Unidad Central de Delitos Especializados y Violentos, la UDEV para entendernos, llevan casi dos años inmersos en una operación que pretende desenmascarar a un grupo de traficantes de anabolizantes y otras sustancias dopantes. Este grupo de personas, que están relacionadas entre sí, se dedican a comercializar medicamentos ilegales para el aumento de masa muscular en el entorno de gimnasios y centros deportivos. No sólo estamos hablando de Madrid, al parecer hay ramificaciones en otras provincias, incluso se sospecha que el fallecimiento de un par de culturistas y las lesiones de otro pueden vincularse al consumo de estos productos.

- Es algo gordo – El inspector Hernández quiso aclarar muy bien este punto por

lo que les iba a pedir – No sólo estamos hablando de un par de propietarios de gimnasios, hay también algunos médicos, varias tiendas de nutrición, un farmacéutico... es más, no se descarta que tengan algún contacto entre las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad.

- Quieren decirnos con esto que Juan, el exmarido de Lola, pertenece a esa trama – dedujo Carlos mientras tomaba nota mental de lo relatado por los inspectores. Estaban confiando mucho en ellos al revelarles todos estos datos.

- Quiero decir que es altamente probable que así sea, nuestros compañeros nos han pedido discreción. Entiéndeme Lola – le pidió el inspector Hernández – No es que las amenazas a tu persona no sean relevantes. Lo son, y mucho. Sabemos que tu marido es un maltratador, que eres su víctima y prácticamente podemos asegurar que va a estar detrás de todo lo que te está pasando.

- ¿Pero? – preguntó Héctor temiéndose lo peor.

- El pero no existe – El inspector Ferreras decidió ser especialmente cauteloso – Lola puede acusar formalmente a su exmarido por el episodio de la discoteca. Va a ser difícil que el juez os conceda una orden de alejamiento aunque aportéis como apoyo ese expediente del que habláis. Se necesita que Lola aporte pruebas suficientes de la comisión de un delito para que el juez considere que es necesario dictar esa orden para protegerla. Entended que me voy a poner en lo peor... a pesar de que hay testigos que pueden corroborar el empujón y la intimidación, no hay parte de lesiones de ese día, y aún consiguiendo vincularlo con la violencia de género acaecida durante el matrimonio, es probable que se tenga en cuenta que Juan llevaba más de un año sin acercarse a Lola, no la ha ido a buscar en todo este tiempo y finalmente se han encontrado por casualidad en un sitio público. Él va a alegar que estaba borracho, incluso puede que reconozca que no estaba en el uso de todas sus facultades por haber consumido algún tipo de estupefaciente. Es un empresario de éxito, no tiene ningún antecedente, es más, apenas tiene un par de multas de tráfico. No es difícil que el juez considere que son delitos leves que, si bien pueden ser sancionables, no merecen que se dicte una orden de alejamiento. Abogado... sabes tan bien como yo que este es el escenario más probable.

- Lo sé – reconoció Carlos – Me jode, perdón por la palabra, pero estoy de acuerdo. Pondremos la denuncia y Lola no va a verse beneficiada de ninguna protección oficial.

- No. Sin embargo, si en la denuncia sólo hacemos constar la amenaza del móvil



y los incidentes en la peluquería sin acusar a nadie y omitimos los hechos de aquella noche...

Héctor, que no era tonto, había escuchado atentamente la conversación y ya había visto lo que pretendían los inspectores.

- Ese hijo de puta no podrá estar sobre aviso de que lo están investigando por estos hechos y seguirá con sus actividades ilícitas sin cortarse un pelo. Entonces podréis trincarlo por lo del tráfico de sustancias...

- Eso es. Además, estos delitos sí van a implicar penas de cárcel. Lo otro, lamentablemente no – Reconoció el inspector Hernández – Lola, sin embargo, quiero dejarte claro que te apoyaremos si decides presentar denuncia por todo lo que te está haciendo.

- Joder... no pueden dejar en sus manos una decisión así – Héctor golpeó la mesa con los puños emanando frustración en sus palabras – Le están pidiendo que se arriesgue a que ese cabrón vaya a por ella...

Lola había prestado mucha atención a la explicación de los inspectores. Héctor estaba a punto de perder la compostura. Suponía que estaba reviviendo el caso de su hermana y sentía una enorme pena por él, sin embargo la decisión era suya y le estaban poniendo en bandeja la posibilidad de que su exmarido fuese a la cárcel por los delitos de tráfico de sustancias. Las penas por todo lo que le había hecho a ella no alcanzarían ni de broma una condena semejante.

- No me están pidiendo eso – Lola vio cómo cuatro rostros sorprendidos se clavaban en ella pendientes de sus palabras. Con voz serena prosiguió – Me están ofreciendo casi una garantía de encerrar a mi exmarido por unos delitos que, si bien no cometió contra mí, acarreamos una condena muy superior a la que yo podría conseguir denunciándolo por lo que me hizo, y eso suponiendo que recibiese alguna condena por esos hechos. Todos vosotros sabéis tan bien como yo que mi caso no es tan claro como el de otras mujeres y, aún en esos casos tan evidentes, muchos maltratadores quedan sin castigo.

- No vamos a dejarte en la estacada Lola... - Le aseguró el inspector Ferreras agradecido por la mente lúcida de aquella mujer– Te prometo que estaremos todo lo pendiente de ti y de tu negocio que podamos, una patrulla rondará por tu barrio con mayor frecuencia hasta que los de la UDEV consigan cerrar el caso.

- Gracias. La verdad es que el altercado en el Chances hubiese quedado sin denunciar si no fuera por los incidentes en la peluquería y la amenaza en el

teléfono. Como no puedo probar que él esté detrás de todo esto...

- No estoy de acuerdo Lola... - sentenció Héctor molesto – Su deber es protegerte.

- Héctor... le estamos diciendo que la vamos a proteger... - intentó tranquilizarlo el inspector Hernández.

No consiguió su propósito. Lola sabía que en su cabeza Héctor sólo estaba viendo a su hermana muerta y las fotos de su cuerpo golpeado que su padre le había entregado. Así que, sin importarle los testigos, lo tomó de la mano y lo obligó a mirarla.

- Cariño...vas a poner a Gus a mi lado todo el día en la peluquería...

- Ya te dije que eso no era negociable – le advirtió – y mucho menos ahora.

- No lo estoy negociando... Héctor... ¿no lo ves?... Nunca va a ir a la cárcel por lo que me hizo, es difícil que haya orden de alejamiento, sabe Dios cuándo será el juicio y mientras esperamos Juan estará en la calle campando a sus anchas. Si lo cogen por tráfico de sustancias va a ir a la cárcel de inmediato, sin esperas. Desaparecerá de mi vida... yo sólo quiero eso... - no pudo evitar que una lágrima solitaria se escapase – yo sólo quiero otra oportunidad y si tiene que ser de este modo... lo acepto.

Héctor la sostuvo por la nuca al tiempo que barría esa lágrima con su pulgar. Era tan vulnerable y tan valiente al mismo tiempo... y él no había hecho más que disgustarla desde que salieran de casa esta mañana. Su relación estaba complicándose, sabía que con ella no iba a ser un camino de rosas pero estaba siendo más duro de lo que pensaba porque, como protector que era, no soportaba el hecho de no poder llevar las riendas y tener que confiar en que otros guiasen sus pasos. Era consciente de que iba a volver a estallar en otro momento, sólo esperaba tener la suerte de que si volvía a suceder Lola fuese capaz de sacarlo del pozo de frustración que suponía para él no poder llevársela bien lejos hasta que todo pasase. Era un cínico porque lo único que quería Lola era una vida normal y él sólo quería protegerla a toda costa sin importarle alterar todas y cada una de sus rutinas. Se lo tragó todo de nuevo.

- De acuerdo. No llores... bonita... por favor... - La besó en la frente mientras se dirigía a los inspectores – Sólo espero que mi mujer no sufra ni un arañazo, inspectores... no me gustaría tener que enfrentarme a ustedes... pero no lo duden, lo haré si le sucede algo.

Ambos asintieron conformes y, al tiempo, aliviados de que la operación principal contra el exmarido de Lola no se viese comprometida por una denuncia que no tenía muchas perspectivas de prosperar. El inspector Hernández zanjó la conversación.

- Abogado... mañana mismo expira la oferta que le hemos hecho al Pecas. Le mantendremos informado de los avances. En cuanto a usted – se dirigió a Héctor – le agradecería enormemente que nos facilitases el contacto del hombre que va a poner a proteger a Lola para que las patrullas lo conozcan y puedan prestarse ayuda mutua si fuese necesario.

- Esta tarde tendrán todos sus datos – Carlos se apresuró a contestar por su amigo. No quería que pagase la frustración acumulada con los inspectores – No les entretenemos más. Quedamos a su disposición para cualquier cosa que necesiten.

Ambos inspectores volvieron a estrecharles la mano a modo de despedida. Una vez solos el inspector Hernández le comentó a su compañero.

- A este paso, el abogado y sus amigotes van a convertirse en nuestros mejores ayudantes. Van dos casos de dos... miedo me da el tercero... primero la chica de Jack, luego la de Héctor....Veremos qué problema trae la que elija Carlos.

- ¿Por qué va a traer un problema?

- Por lo que son esos tres hombres, salvadores, protectores o como mierda les llamen ahora en las novelas que lee mi mujer.

Ambos sonrieron al salir de la sala dispuestos a comunicarles a sus jefes las buenas noticias y a solicitar especial atención a la peluquería de Lola.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 9

*“Existe, en verdad, un magnetismo o más bien una electricidad del amor, que se comunica por el solo contacto de las yemas de los dedos”*

*Ferdinand Galiani*

El silencio era atronador dentro del coche de Héctor. Lola iba sumida en sus pensamientos, no le apetecía hablar, necesitaba meditar sobre lo sucedido en la cafetería. No podía esconder que, durante un breve instante, había visto a su exmarido reencarnado en Héctor. Su enfado había hecho saltar el candado de la puerta de su mente que mantenía cautivo al monstruo. No estaba orgullosa de haber formulado una disculpa cuando la agraviada había sido ella. En cambio, si estaba orgullosa de cómo había tomado las riendas durante la entrevista con los inspectores. Consideraba todo un logro haber sido capaz de controlar su ansiedad para atender y analizar con serenidad sus explicaciones. Consideraba un éxito rotundo el haber podido tomar ella sola una decisión que afectaba a su vida sin dejarse influenciar por el miedo de Héctor. Volvía a Héctor, estaba muy serio y apenas la miraba. No quería perderlo, una vez había hablado con Helena sobre el amor y ambas habían estado de acuerdo en que no se puede obligar a nadie a quererte, a mantenerse a tu lado cuando las cosas se ponen difíciles. Había que dejar marchar a esas personas, sin embargo, eso no quería decir que una se mantuviese pasiva esperando la huida inevitable. Si era sincera consigo misma, sabía que ella siempre había ido a remolque de Héctor en su relación, ella dudaba, huía, recibía... y creía no estar dando tanto como él. Lo sabía arrepentido y atormentado por su reacción ante su enfado y, siendo consciente de que no debería haber reaccionado así, tenía que hacer algo para recuperar al Héctor del que estaba enamorada. Miró por la ventanilla y, al constatar que estaban cerca de su apartamento, se le ocurrió una idea. Sonrió para sí porque sabía que lo iba a sorprender.

-¿Podemos parar en mi casa un momento?

Héctor estaba respetando su silencio. Sabía que Lola estaba meditando y él, a su vez, estaba valorando cómo debía abordar de nuevo el tema de su miedo a contrariarlo por cualquier motivo. No sabía si en su estado era conveniente seguir el plan de ir a comprar un vestido a la boutique de Ruth. Lo mismo salía escaldado si se lo recordaba. Agradeció que ella propusiese un plan.

- Claro que sí. ¿Necesitas algo? – le preguntó con voz suave.

- Me gustaría llevarme algunas cosas más a tu casa – Era la verdad, pero no era el motivo que la llevaba a buscar un lugar a solas donde poder reconducir el día que se había torcido.

- Pues vamos allá, a ver si tengo suerte y aparcamos cerca.

Tuvo suerte y apenas caminaron un par de manzanas hasta llegar al portal. Héctor, cauteloso, no le cogió la mano como era costumbre en él. Se le hacía extraño llevarla a su lado sin que sus manos estuviesen unidas o su brazo estuviese rodeándola por los hombros. Estaba sufriendo en silencio por ello. Era su mujer, la madre de sus futuros hijos y él sólo podía pensar que la había asustado con su enfado. No se creía con derecho a actuar con normalidad, como si no hubiese pasado nada. Ya en el interior del apartamento, Héctor se sentó en el sofá mientras la veía desaparecer en el dormitorio que castamente habían compartido tantos días. Tras unos minutos oyó que Lola lo llamaba. Pensando en que necesitaba que le cogiese alguna cosa en lo alto del armario acudió en su ayuda. Se quedó parado en la puerta cuando la encontró sentada a los pies de la cama, descalza y sin la americana. Estaba desconcertado porque, por una vez, no adivinaba su estado de ánimo y ello lo situaba en desventaja. La vio palmear con suavidad el colchón diciéndole con el gesto que se sentase a su lado. Inseguro como hacía mucho tiempo que no se sentía se sentó sin tocarla. Posó su mirada en los ojos azules de Lola y vio mucha ternura en ellos. Alzó la mano para acariciar su cabello y rápidamente desistió al dudar de si sería bien recibido.

La caricia retirada le dolió a Lola más que ninguna otra cosa. Era la primera vez que sucedía y, en el fondo, parte de la culpa la llevaba ella porque le estaba costando encajar su relación de pareja con Héctor dentro de unos parámetros diferentes a los que habían regido su matrimonio y acorde a los cuales estaba acostumbrada a reaccionar. Tomó aire y rebuscó su maltrecha confianza en sí misma. Sobre sus cenizas tenía que empezar a remontar el vuelo.

- Necesitaba hablar contigo en un sitio tranquilo y no se me ocurrió otro que éste.

- Está bien... - Héctor tenía miedo de que las palabras que fuesen pronunciadas a continuación sacasen a Lola de su vida – Dime todo lo que quieras, no tengas miedo, aceptaré lo que decidas.

- ¿Lo que decida? – Lola preguntó extrañada por sus palabras, ella sólo necesitaba explicarse.

- Sí. Lo que decidas. Si quieres volver aquí, lo aceptaré, incluso si quieres volver sola. Me las arreglaré para protegerte de alguna manera – La miró con firmeza a los ojos – Es lo único que no voy a negociar. No me lo pidas.

Lola entendió de repente que Héctor contaba con que ella huyese de nuevo de él porque se había enfadado con ella. Se reiría a gusto si el tema no fuese tan serio. Aquel hombre tan viril, tan macho alfa, estaba desconcertado e inseguro de ella por primera vez desde que se conocían. Con su reacción Lola le había dado donde más le dolía, para Héctor sólo el hecho de pensar que le había hecho daño a su mujer era más de lo que podía soportar. Sabiendo que a él le gustaba abrazarla para hablar y que no iba a hacerlo esta vez, se levantó y se colocó delante de él.

Por puro instinto Héctor separó las piernas y casi tembló al sentir el cuerpo de Lola acercarse al suyo y sentarse en su regazo. Sus manos por voluntad propia rodearon su cintura encerrándola en un abrazo. La miró inseguro a los ojos. Los azules de Lola brillaban emocionados y él estaba a punto de gritar de la frustración al no saber a qué atenerse, si debía besarla hasta dejarla sin sentido como su troglodita interior le gritaba desesperado o si debía aguardar en silencio el siguiente paso que su mujer tuviese planeado. Lola no le dio la oportunidad de decidir, sintió como su mano helada acariciaba su mejilla.

- Héctor, cariño... - le sonrió temblorosa – Sólo quiero explicarme. No quiero irme de tu lado. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. ¿Cómo voy a abandonarte? Me sentiría una mitad sin ti. Te quiero.

Héctor soltó todo el aire retenido en su pecho y se oyó a sí mismo verbalizar un pensamiento del que no había sido consciente hasta ese momento pero que parecía haber echado el ancla en su conciencia. Recordó su promesa y se reafirmó en ella.

- Lola... no soy un maltratador.

A Lola se le anegaron los ojos de lágrimas ante esas palabras. Héctor no merecía la angustia que su reacción le estaba provocando. Era un insulto a todo lo que él había sido como hermano, como amigo y como hombre. Emitió un extraño sonido al intentar inútilmente ahogar un sollozo que pugnaba desesperado por salir. Tenía un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla. Hundió los hombros derrotada y no pudo sostenerle la mirada.

- A veces tengo un pronto jodido, puedo ser muy brusco, muy borde... pero no

soy un maltratador – Soltó una mano de su cintura y la posó bajo su barbilla obligándola a enfrentarlo. Estaba llorando a lágrima viva. No soportaba verla así – No llores, por favor...

Lola consiguió controlar sus lágrimas el tiempo justo para responder de un tirón.

- No lo eres. No lo has sido. No lo serás. No sabes lo que me duele haberte hecho sentir así. Te has retraído en comisaría, apenas me has hablado y ni siquiera me has tocado. Hace un rato ibas a acariciar mi pelo como siempre haces y no has podido – Las siguientes palabras salieron entre sollozos porque no pudo contenerse más – Necesito sentir tu piel más que nada en el mundo. Negármelo es el mayor castigo que puedes infligirme. Perdóname por no controlarme... lo siento mucho... cariño... es lo único que quería decirte.

Héctor no sabía muy bien cómo cojones había pasado de estar dispuesto a arrodillarse ante Lola suplicándole su perdón, a tenerla a ella llorosa y temblando en su regazo disculpándose por no saber controlar sus emociones. Si aquella jodida situación no acababa con ellos antes, iban a convertirse en la pareja más unida de la historia. Amor no les faltaba a ninguno de los dos y ganas de sacar la relación adelante tampoco. Las palabras no iban a ser suficiente esta vez. Iba a hacerle el amor en su cama. En lo que había sido su refugio hasta entonces. Ahora quería ser él el único refugio de Lola. Se irguió con ella en brazos y rodeó la cama hasta depositarla en medio.

Lola no dejó de percibir las manos de Héctor en ella en ningún momento. Los ojos negros del hombre del que estaba enamorada tampoco la abandonaron ni un minuto, ni tan siquiera cuando comenzó a desabotonarle la camisa. Su piel clamaba por sentir la piel de Héctor y, a su vez intentó comenzar a desnudarlo.

- Déjame a mí... princesa... déjame hacerlo todo por ti – le pidió Héctor rogando que Lola comprendiese que no sólo se refería a la ropa.

Lola se dejó hacer. Héctor la desnudó con rapidez sin poder contener un improperio mientras tiraba de sus pantalones ajustados. Ni siquiera tuvo que despegar la espalda de la cama para verse despojada del sujetador. Con la boca seca observó cómo el musculoso cuerpo de Héctor aparecía tras despojarse de toda la ropa y tumbarse desnudo a su lado. Estaba muy excitado y Lola sintió que empapaba sus braguitas, la única prenda de ropa que todavía llevaba puesta. Por unos segundos ninguno se movió, Lola boca arriba, expectante y Héctor tumbado de lado considerándose afortunado de tener a aquella belleza a su lado. Presentaba una imagen erótica deliciosa con aquellas braguitas blancas de encaje

tapando su lugar más secreto, tan bonita era por fuera como por dentro y él iba a demostrárselo sin perder ni un minuto.

- Voy a besarte entera – le anunció mientras muy despacio bajaba las braguitas por sus largas piernas – voy a comerte muy despacio.

Lola contuvo el aliento cuando Héctor comenzó a depositar besos en todos los rincones de su rostro, excepto en sus labios. Su clavícula, sus hombros, el contorno de sus pechos, pero no sus pezones anhelantes. Sus costillas su ombligo, sus caderas, su vientre, pero no su centro empapado. Sus pies, sus tobillos, sus rodillas, ambos muslos, y vuelta a empezar saltándose en su viaje todos los puntos que arrancarían gemidos desesperados de su boca. Finalmente se colocó entre sus muslos al tiempo que le separaba bien las piernas y la miraba a los ojos. Lola se encontró con dos pozos negros nublados por el placer.

- Ahora voy a besarte aquí – y posó su dedo índice en el centro de su ser con una lenta caricia que recorrió sus labios empapados de arriba a abajo.

Lola gimió por su contacto y entreabrió los labios intentando recoger todo el aire posible. Nunca, durante su matrimonio, Juan había vuelto a practicarle sexo oral. A ella sí se lo pedía, sin embargo evitaba besarla ahí. Héctor observó su gesto asombrado y su miembro palpitó expectante. Perdió el contacto con sus ojos mientras se agachaba y depositaba un ligero beso que hizo salir de su guarida al responsable del placer de Lola, lo besó una vez, dos, tres... hasta que Lola comenzó a retorcerse desesperada por encontrar una rápida salida a la espiral de placer que crecía descontrolada en su vientre. Héctor sonrió y cruzó un brazo en su vientre sujetándola con firmeza al colchón mientras se daba un banquete digno de un rey. Dulce, salada, fresca y caliente, todos los matices llegaban a sus labios para ser bebidos, sin pausa, su lengua la repasó de arriba abajo, se introdujo en su interior para a continuación volver a salir y comenzar de nuevo su tortura. Lola lanzaba grititos desesperados ante el asedio al que estaba sometida, sentía corrientes de placer por todo su cuerpo humedecido, sus pezones estaban arrugados y tirantes demandando un contacto que sabía no iba a llegar, su lengua repasaba sus labios resacos buscando a una compañera de baile que también la iba a dejar plantada. Los labios, la lengua y las manos de Héctor sólo tenían un objetivo, hacerla temblar con el orgasmo más espectacular que jamás había sentido. Héctor se sabía muy cerca de su objetivo porque los espasmos de Lola ya eran continuos, pero esta vez no iba a darle un empujón final que la catapultase al placer más absoluto, iba a obligarla a recibirlo solita



cuando sus terminaciones nerviosas no fueses capaces de soportar más estímulo sin quebrarse. Así fue, Héctor no cesó en su saqueo y Lola sintió cómo todo se desbordaba en su cuerpo, el placer más absoluto jamás sentido, el grito de alivio que emitió, los escalofríos que recorrían su espalda y los espasmos en su vientre que seguía bien sujeto al colchón por el abrazo firme de Héctor, las piernas que se elevaban y se ceñían a las caderas de Héctor apretándolo en un intento de detener el placer que rayaba en lo insoportable. Héctor incorporado estaba asistiendo al espectáculo más gratificante de su vida. Su preciosa mujer desecha y desmadejada en la cama sufriendo los últimos espasmos de un orgasmo que sabía había sido muy potente. Su miembro estaba rígido y palpitante y casi sin darse cuenta ya estaba introduciéndose en una Lola, que con los ojos cerrados intentaba recuperar la consciencia. Tan sensible estaba que sólo el hecho de notar como Héctor se introducía lentamente en ella y comenzaba a embestirla desencadenó un segundo orgasmo que si bien, no fue tan potente, la dejó sin fuerzas para rodear a Héctor con sus piernas y con sus brazos. Intentó abrir los ojos para comprobar que su compañero estaba sintiendo tanto placer como ella pero apenas fue capaz de entreabrirlos. Héctor comenzó a bombear cada vez más rápido, su orgasmo estaba llegando e iba a ser tan potente como el que había sido capaz de provocarle a Lola. Sólo necesitaba una cosa. Que los ojos azules de la mujer de su vida no estuviesen cerrados, quería que viese en él, que tomaran conciencia de que era él el que estaba a punto de derramarse en su interior, que era él el único capaz de acompañarla el resto de su vida.

- Mi vida... me voy a correr... abre los ojos mi amor... mira todo lo que me haces.

Tras un esfuerzo titánico Lola consiguió abrir los ojos y fijarlos en el rostro perlado de sudor de Héctor, era el vivo retrato del placer, pupilas dilatadas, labios entreabiertos y un gemido gutural que acompañó sus últimas embestidas al tiempo que sentía en su interior el chorro caliente de su semilla.

Héctor no supo cómo fue capaz, pero había utilizado sus últimas fuerzas para colocarlos a ambos frente a frente, la cabeza de Lola apoyada en su brazo y su mano afianzando el agarre en su cadera. Sentía las manos de Lola repasando los rizos de su pecho rítmicamente. Ambos abrieron los ojos al mismo tiempo y estuvieron un rato mirándose sin más. Lola elevó su mano para acariciar la mejilla de Héctor.

- Gracias por no huir de mí – detuvo la réplica con un casto beso en los labios

que los acercó más en su abrazo – No va a ser fácil, cariño...

- Nadie nos dijo que la vida fuese fácil, Lola – le dijo muy serio – pero va a merecer la pena el esfuerzo mi amor... sabes que no quiero hacerte daño ¿verdad?

- Lo sé. Tengo que luchar por matar al monstruo que, a veces, no me deja verte.

- Mi vida... yo sólo puedo quererte cada día más... me jode no poder matarlo por ti... pero ambos sabemos que es una lucha tuya... me frustró de impotencia cada vez que sucede... princesa... quiero acabar con él ya... Lola... mi amor... cuando me miraste supe que estabas viéndolo a él en mí... y me morí un poco por dentro.

- Cariño... No te rindas... por favor... promételo...

- No lo haré... pero Lola... tengo que ser sincero. Voy a cumplir la promesa que le hice a tu padre. Si veo que te hago daño te daré espacio...

- No lo digas... no quiero oírlo... - negó Lola desesperada.

- No voy a dejarte nunca mi vida... pero soy lo suficiente hombre para darte el espacio que necesites hasta que puedas comprobar que yo no soy él... mi amor... eres mía para siempre y yo soy tuyo para siempre... No quiero hacerlo, pero prefiero no tenerte un tiempo a perderte de por vida.

- No lo entiendo... si me quieres...

- Te quiero más que a mi vida. Sé que no lo entiendes y rezo porque no suceda nunca, pero si sucede, tienes que saber que eres la mujer de mi vida y que no voy a estar nunca dentro de otra mujer que no seas tú, que nadie más va a ser la madre de mis hijos y que tenemos un futuro juntos – Le dijo muy serio. Héctor estaba convenciéndose de que esa iba a ser la única manera de liberar a Lola de su monstruo, dejarle un espacio, un tiempo de soledad en el que ella luchase a brazo partido por volver a él sin esperar encontrar en cada uno de sus gestos los restos del infierno de su anterior matrimonio. – Yo siempre voy a estar esperándote. No llores mi vida... princesa... Sólo ten en cuenta mis palabras si algún día no estoy a tu lado.

- Héctor...no lo entiendo... te prometo que no volverá a suceder... – le dijo entre lágrimas.

A Héctor le partía el alma ver como se humillaba ante él por retenerlo a su lado. No necesitaba hacerlo y era una reacción automática de su mente. Se moría por

prometerle la luna pero tenía la firme intención de cumplir su promesa. Aceptaba que Lola fuese algo sumisa en su relación, que prefiriese dejarle llevar el peso de la misma, pero eso no quería decir que quisiese a su lado a una mujer sometida y dependiente, miedosa y contenida por temer sus reacciones. Quería a Lola, pero quería que fuese una Lola verdadera que le gritase y le contestase cuando fuese necesario, no que se plegase a él como un si fuese inferior. Quería una Lola igual a él. La sujetó con ternura por las mejillas y mientras le limpiaba las lágrimas con los pulgares la besó con dulzura, sólo labio contra labio moviéndose con una lentitud desesperante. No quería despertar el deseo de ella, quería demostrarle que su amor no tenía fecha de caducidad.

- Te quiero Lola... te quiero... te quiero...

Los besos de Héctor consiguieron serenarla.

- Siempre acabo llorando después de hacer el amor... - le dijo con un amago de sonrisa.

- Es dónde tienes que hacerlo, en la cama, en mis brazos. Lola... prepárate para ser fuerte. Sólo si eres fuerte saldremos adelante. Te quiero entera. Ahora sí, ahora ya te digo que lo quiero todo de ti, también tus enfados y tu mal genio. Quiero que me riñas cuando me pase, que tenga que arrastrarme para hacer las paces porque metí la pata y que hagamos el amor para reconciliarnos después.

- Nunca lo he hecho – le confesó - ¿Es eso lo que me quieres decir? ¿Qué me estoy ocultando para no perderte? – Esperó su respuesta, pero en el fondo la conocía de primera mano.

- Sí. Te estas ocultando para no perderme igual que te ocultaste para evitar el fracaso de tu matrimonio. Hasta ahora he cuidado de ti, no había sexo de por medio, no convivíamos. Estamos en la etapa más difícil, eres más vulnerable porque todo son cambios. Yo también tengo que hacer ajustes pero creo que no me equivoco si digo que quieres que lo nuestro sea para siempre.

- Claro que lo quiero... más que nada en el mundo...

- Pues no me hagas convivir sólo con una parte de ti. Lo quiero todo, lo bueno y lo malo y para conseguir ese para siempre voy a hacer todo lo posible, incluso alejarme de ti... - la besó para tranquilizarla – aunque sea por un tiempo.

Lola le devolvió el beso, empezaba a entender las razones de Héctor. Como siempre, leía en ella como un libro abierto y sabía perfectamente que Lola se

estaba conteniendo para evitar molestarlo, entendía que no merecía el mismo trato que le había dispensado a su exmarido pero eran reacciones tan inconscientes que no sabía si, llegado el momento, conseguiría replicarle enfadada en vez de asentir sumisa, aún peor, si conseguiría no asustarse con una discusión en la que Héctor elevase el tono de voz. Así que sólo podía intentar con todas sus fuerzas abandonar a esa Lola por la Lola segura de su valía como mujer que no tuviese miedo a verse abandonada por una simple discusión de pareja.

- Y ahora ¿qué? – Aventuró Lola - ¿Cómo vamos a seguir adelante? ¿Qué tengo que hacer?

Héctor sonrió ante las ansias de Lola por no fracasar en su propósito.

- Ahora vamos a ir día a día. Tú y yo. Acoplándonos poco a poco. Queriéndonos mucho. Haciendo mucho el amor y... lo más importante – necesitaba quitarle hierro al asunto – comprando muchos vestidos para que pueda acceder a ti cada vez que me apetezca. Estás preciosa con esos pantalones ajustados pero te juro que empiezo a odiarlos.

- ¿Muchos vestidos? – Lola agradeció la tregua - ¿No era un solo vestido?

- Tú dirás princesa... lo que tú quieras... - Héctor le cedió el mando expectante.

Lola reflexionó su respuesta. Las mismas acciones en distintos hombres significaban cosas distintas. Héctor merecía que le permitiese comportarse como realmente era.

- Espero no arrepentirme de esto... - esbozó una gran sonrisa – algunos vestidos.

- ¿Los que yo quiera? – Sonrió Héctor mientras le pellizcaba un moflete - ¿Vas a dejar que yo decida?

Lola simplemente asintió y Héctor la besó con dulzura.

- Vamos a vestirnos rápido... no quiero darte tiempo a que cambies de opinión – Héctor ya se estaba poniendo los calzoncillos mientras la apremiaba a vestirse.

- ¿Podemos pasar después por la peluquería? Me gustaría saber cómo le ha ido a Isabel con Gus – Lola lo miró por encima del hombro mientras se dirigía desnuda al aseo.

Héctor se quedó con la boca abierta ante la imagen sensual que Lola le ofrecía. Entrecerró los ojos y le tendió la mano.

- Sí. Ven aquí. No estoy muy seguro de querer que te vistas.

Lola negó con la cabeza mientras escapaba riéndose a carcajadas.

- No. Me has prometido compras y quiero compras.

Héctor no pudo más que sonreír a pesar de intentar sonar amenazador.

- Provocadora... huye... huye... verás cuando te pille esta noche.

Ruth, la prima de Héctor los recibió encantada en su boutique de la calle Serrano. Le encantaba Lola, había trabado una bonita amistad con ella a raíz de la descomunal compra que Jack les había encargado para reponer la ropa dañada en el asalto al apartamento de Helena. Consideraba que era la mujer perfecta para su primo Héctor, era dulce, cariñosa y lo necesitaba. Su primo nunca iba a ser consciente de todo lo que había hecho por conseguir que su hermana Sonia rompiera con el maltratador de su novio, sabía que aún hoy tenía dudas sobre si le había quedado algo por hacer. Ruth conocía la respuesta y se la había recordado, sin éxito, en multitud de ocasiones. No. La respuesta era no. Ni Héctor, que no la perdía de vista ni un solo día, ni el resto de la familia habrían podido hacer más. Eso era así porque Sonia nunca había querido tomar las riendas de su vida para escapar de aquel monstruo. Le había faltado esa pizca de voluntad que sí tuvo Lola, ese momento de lucidez para reconocer que, sabiendo que no iba a estar sola, no tenía que seguir vinculada a aquel hombre que la maltrataba de mil maneras distintas. Admiraba a Lola por haberlo logrado y admiraba a su primo por ser cómo era, el mejor hermano, el mejor primo y estaba encantada de comprobar cómo su mirada había recuperado la luz desde que Lola estaba en su vida.

- Lola... me alegro de verte... - le dio un abrazo sincero - ¿Qué os trae por aquí?

Lola le devolvió el abrazo con una sonrisa. Le encantaba Ruth, era guapísima y tenía un estilo para caerse de espaldas. Lola estaba segura de que, incluso con un mandilón comprado en cualquier mercadillo podría salir en la portada de una revista de moda. Su lisa melena pelirroja era su seña de identidad, su maquillaje siempre estaba aplicado con maestría y no intentaba ocultar su rostro pecoso, tenía unos bonitos ojos castaños oscuros, muy parecidos a los de Héctor y hoy vestía un sencillo vestido verde esmeralda que se ajustaba a su delgada figura. Apenas llevaba complementos, sólo unos grandes aros de plata además de unas preciosas sandalias de tacón, también plateadas, completaban su look.

- Estás guapísima Ruth – Le dijo Lola admirando su estilo – Hemos venido a verte porque Héctor quiere regalarme un vestido.

- Ya era hora primito... - bromeó Ruth mientras aceptaba el abrazo cariñoso de Héctor – No irás a consentir que tu amigo Jack se convierta en mi mejor cliente.

- Tengo que dejarlo ganar a algo, de lo contrario se vuelve insoportable... - Héctor decidió no caer en la trampa – Me gustaría comprarle a Lola – la miró escrutando su expresión – algunos vestidos.

Ruth como gran vendedora captó enseguida dónde iba a estar el problema, conocía a Lola y había comprobado de primera mano que no era una caza fortunas, una interesada. Le había costado Dios y ayuda ocultarle el precio del vestido que le había vendido para la gala de la Fundación Anderson ya que no paraba de insistir en que no fuese demasiado caro. Ahora sabía que Héctor quería comprarle más de un vestido pero Lola iba a resistirse. Ella no quería provocar una discusión entre la pareja así que se dirigió a Lola.

- Justo ayer llegaron cosas nuevas para la temporada de primavera verano. ¿Quieres verlas?

Lola asintió y le lanzó una mirada cautelosa a Héctor que se limitó a sostenérsela sin mostrar expresión alguna. Cuando se dio cuenta, ya estaba en el probador con, los había contado dos veces, diez vestidos, cada cual más bonito. Ya se los había probado todos, todos eran de su estilo y le sentaban como un guante. Estaba claro que Ruth era una asesora de primera. También le agradecía que estuviese entreteniendo a Héctor, los oía a lo lejos pero no podía distinguir sus palabras. Con tal de que lo mantuviese ocupado, por ella como si hablaban del tiempo ya que ahora venía la parte más difícil. Decidir lo que se iba a llevar y lo que no. Por el precio no se podía guiar ya que en la boutique de Ruth ninguna prenda llevaba etiquetas colgando, cosa que la exasperaba. Desde luego no iba a quedarse los diez vestidos y llevarse sólo uno le parecía hacerle un gran feo a Héctor, sobre todo delante de su prima, tal vez dos fuese lo adecuado... Un suave golpecito en la puerta del probador la sacó de sus pensamientos.

- Lola... ¿estás bien?

Era Héctor. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada en el probador pero debía de ser el suficiente para que su hombre protector se preocupase. Le contestó a través de la puerta.

- Estoy bien. Ya acabo.

- ¿Me dejas entrar?

Lola miró al techo nerviosa... si lo dejaba entrar iba a presionarla para hacer una gran compra, si lo dejaba fuera era un gran desprecio a un hombre que no se lo merecía, además le había prometido que iba a dejarle decidir. Hizo de tripas corazón y corrió el pestillo.

Héctor apenas abrió la puerta para entrar en el espacioso probador de la boutique. Lola lo miró con una sonrisa vacilante en su cara. Sabía perfectamente el dilema al que estaba sometida su preciosa mujer. Vestida sólo con la ropa interior que le había sacado apenas hacía unas horas estaba para comérsela. Se contuvo ya que, a pesar de lo que se veía en las películas, el probador de una tienda no estaba en su lista de lugares fascinantes donde follarse a su mujer.

- ¿No te gusta ninguno? – le preguntó cauteloso.

- Sí, me gustan todos – asintió Lola. La verdad por delante, se recordó – Estaba intentando decidir cuál me iba a llevar.

Héctor intentó ocultar su decepción porque Lola no iba a ceder ni un milímetro, estaba hablando de llevarse un solo vestido a pesar de su conversación anterior. No iba a presionarla más, tendría que decidir ella solita.

- ¿Puedo ayudarte en algo? – Se ofreció – Tal vez prefieras que venga Ruth.

Lola se apresuró a negar. Le tenía mucho aprecio a Ruth pero no quería que la convenciese de que se llevase más de la cuenta.

- De acuerdo. Entonces te dejo sola – Todo su ser protestaba ante sus palabras y su troglodita interior estaba cruzado de brazos llamándole calzonazos por no coger todos los puñeteros vestidos y pagarlos de una vez.

Lola observó silenciosa como Héctor salía del probador. Nada más cerró la puerta comenzó a llorar sentada en el suelo. Se sentía algo así, como abandonada a su suerte, obligada a tomar una decisión por sí misma en un tema que podía molestar a su pareja según lo que decidiese. Pensó en lo que hubiera hecho si fuese Juan el que estuviese al otro lado de la puerta. Sin duda se habría visto obligada a comprar todos los vestidos para no ofenderlo. Ahora no iba a hacer eso, sin embargo, se trataba de un regalo. Diez vestidos eran muchos, quizás tres fuesen suficientes. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se levantó. Rápidamente eligió tres vestidos, se trataba de aquellos a los que les sacaría más partido. Los tres iban con las sandalias color nude que Ruth le había dejado en el

probador y que sabía que, sí o sí, iban a formar parte del lote así que, al final, serían cuatro prendas. Eligió uno blanco, con un alegre estampado de grandes flores en tonos vivos, rosas fucsia, azules turquesas y verdes, sin mangas y con falda de vuelo, el segundo vestido era el verde que Ruth llevaba puesto, ella le había asegurado que sólo lo usaba dentro de la boutique y que se lo probase de primero, había acertado, por último eligió un sencillo vestido recto, también sin mangas, en un clásico color azul marino con un cinturón beige ceñido a la cintura. Se vistió con su ropa y revisando que no se le notase demasiado la llorera salió del probador. Se llevó un pequeño susto al ver a Héctor casi apoyado en la puerta. Estaba serio y de brazos cruzados, sin embargo, le habló con un tono muy cariñoso.

- ¿Ya te has decidido? – Héctor había oído su llanto desde la puerta. Había estado a punto de derribarla para coger a su mujer en brazos y decirle que se olvidase de todos los puñeteros vestidos. Que podía ir con mismos vaqueros ajustados toda su puñetera vida porque él iba a quererla igual. Sin embargo había resistido la tentación. Lola tenía que empezar a tomar decisiones en su vida de pareja sin tener en cuenta si Héctor iba a enfadarse o no. Sobre todo cuando se trataba de un tema tan inocuo como unos vestidos. No iba a pedirle que tomase decisiones transcendentales ella sola pero tenía que romper el cascarón poco a poco.

- Sí. Me llevo estos tres. Y los zapatos – Lola apenas susurró su respuesta.

- De acuerdo – Héctor la rodeó por los hombros y la besó en la cabeza. – Vamos a decirle a Ruth que te los prepare.

Bendita Ruth que, habiéndose percatado de todo lo que sucedía, parloteó sin cesar todo el tiempo que le llevó envolver cuidadosamente los vestidos y guardarlos en una bolsa. Héctor le agradeció el gesto y que no se parase a cobrarle en ese momento. El que Lola viese cómo sacaba su tarjeta para pagar podía ser el golpe que rompiese el dique que estaba conteniendo las lágrimas que su mujer pugnaba por no derramar. Por fortuna, un par de clientas habían entrado en la boutique y eso les permitió despedirse con un breve gesto. Ya en la calle, en silencio y rodeándola por los hombros acompañó a Ruth hasta un coqueto restaurante situado apenas a unas manzanas y que ya conocía de alguna que otra ocasión. La mañana había sido intensa, ambos necesitaban sentarse y reponer fuerzas para enfrentar lo que quedaba del día.



\*\*\* \*\*

## CAPITULO 10

*“Las caricias son tan necesarias para la vida de los sentimientos como las hojas para los árboles. Sin ellas, el amor muere por la raíz.”*

*Nathaniel Hawthorne*

Era temprano para que el restaurante elegido por Héctor estuviese en todo su apogeo. Por ello no le fue difícil solicitar una mesa para dos en un pequeño reservado que les iba a ofrecer intimidad ya que no las tenía todas consigo respecto al estado emocional de Lola. Ofrecía un aspecto tan frágil que parecía a punto de quebrarse en cualquier momento. La veía leer la carta de arriba abajo, de nuevo indecisa. Su corazón sufría por ella y, esta vez, no pudo evitar rescatarla. No era un monstruo que estuviese amaestrando a cualquier mascota. La pobre se merecía un descanso. Le retiró la carta de la mano y así consiguió que, por primera vez desde que saliesen de la boutique, Lola lo mirase a la cara. Le sonrió con cariño y colocó la mano sobre la suya para evitar que continuase jugando con la servilleta.

- ¿Puedo pedir por los dos? – Le solicitó con voz suave – He estado en este sitio antes y podemos pedir un par de cosas para compartir.

Lola asintió con un nudo en la garganta. Mientras Héctor hacía una seña al camarero para ordenar el pedido, ella se preguntaba cómo su tercer día de convivencia estaba convirtiéndose en una carrera de obstáculos que tenía que superar. Primero la comisaría, luego la boutique y ahora... ahora ni siquiera se había visto capaz de pedir la comida. ¿Qué demonios le estaba pasando? Hasta el momento de convivir juntos las cosas rodaban como la seda. Bien era cierto que ambos se habían volcado con Helena y con Jack, pero también habían tenido sus momentos de intimidad en los que las cosas fluían entre ellos con total naturalidad. El punto de inflexión había sido la convivencia. Estaba a un tris de admitir su derrota. No estaba preparada, ni de lejos, para convivir con Héctor. Hasta ahora no había sido consciente de que aún le quedaba mucho que superar, su monótona vida yendo de la peluquería para casa y viceversa la había hecho creer que volvía a ser dueña de sí misma. Parece que se había engañado a sí misma y a los demás. Observó como el camarero se retiraba y enfrentó la mirada de Héctor. Era tan dulce y le mostraba tanto cariño que el nudo se hizo una bola y no pudo retener las lágrimas, avergonzada, se tapó la boca para ahogar un sollozo.

- Mi amor... Lola... ven aquí... - sin importarle si volvía el camarero con las bebidas logró que se levantase de su silla y la acomodó en su regazo.

Lola se dejó hacer, se recostó contra la camisa de Héctor inhalando su aroma, eso la reconfortó tanto como las lentas caricias en su pelo. Sintió el dedo de Héctor elevándole el mentón y aceptó la sedosa caricia de sus labios.

- Están siendo unos días duros ¿verdad? – Héctor murmuró sobre sus labios poco dispuesto a poner distancia entre ellos.

Lola elevó su mirada a los ojos compasivos de su pareja. Le debía la verdad.

- Demasiado. No lo sabía. Creía que estaba recuperada. Parece que me engañé a mí misma. Siento haberte engañado a ti – Intentó incorporarse para volver a su silla pero Héctor no lo permitió. Le sostuvo con firmeza el mentón girándole la cara para besarla con dulzura.

- Yo no me siento engañado, princesa... - volvió a besarla – me siento afortunado de que me hayas elegido a mí para volver a ser, como tú dices.

- Ay Héctor... - Apoyó pesarosa la frente contra la suya - ¿No lo ves?... Apenas he sido capaz de decidir lo que quería comer...

- Pero has sido capaz de elegir tres preciosos vestidos que me van a volver loco ¿verdad?

- He llorado cuando te has ido del probador – Le confesó – Me sentí mal. Obligada a decidir sin saber si te sentirías decepcionado conmigo al ver mi elección.

- Lo sé. Te he oído llorar. Ha ido en contra de todos mis instintos pero te he dejado llorar. Quería que decidieses por ti misma. Lo que te pareciese bien y lo que te pareciese adecuado.

- ¿Y al final?... Seguro que hubieses querido que me comprase todos los vestidos...

- Yo te compraría la boutique entera, mi vida... - le sonrió pellizcándole la mejilla con cariño – pero me has hecho feliz con tu decisión. Por lo menos no te has llevado uno solo.

- Lo he pensado por un momento – reconoció pesarosa.

- También lo sé. Pero al final has sido justa. Ni ganas tú ni gano yo.

- ¿Basta con eso? ¿Es suficiente con ser justa? – preguntó ansiosa por encontrar la fórmula mágica del éxito en una relación.

- No. No es suficiente con ser justos. Es un truco para ir saliendo adelante Lola. Tienes que ser libre para ni siquiera tener que pensar en ser justa. Tú aún no eres libre – Héctor sabía que iban a dolerle sus siguientes palabras pero no pensaba retirarlas. Eran la verdad y cuanto antes la asumiese antes podía meditar sobre cómo ponerle remedio – Por eso no eres del todo mía todavía. Él todavía es dueño de una parte de ti y, francamente Lola, debes de ser tú la que te liberes. Yo estoy aquí, con los brazos abiertos deseando llamarte mía. Te quiero. No importa lo que tardes, mi vida...

Lola no lo contradijo, sabía que estaba en lo cierto, sólo pudo verbalizar su mayor miedo.

- ¿Y si no soy capaz?

- Lo serás, Lola. Un día vas a venir a mí libre, no sé cuándo sucederá pero no dudo que así será.

El camarero llegó con el primer plato y evitó que Lola profundizase más en el tema. Héctor lo agradeció, ambos necesitaban un respiro. La intensidad de todo lo que les estaba sucediendo amenazaba con romper el frágil equilibrio sobre el que estaban cimentando su relación. Recordó que, mientras estaban en la boutique, había recibido un mensaje de Jack comunicándole que adelantaban el regreso de su luna de miel, esa misma noche estarían de vuelta en Madrid. La puso al día mientras le servía a Lola la mitad de una deliciosa tosta de pollo y lechuga con queso de cabra y salsa de mostaza verde.

- Por cierto, mañana tenemos una cita.

- ¿Una cita? – Lola se extrañó al tiempo que se maravillaba del sabor de la comida – Esto está buenísimo...

- Me alegra que te guste... Ya conocía este sitio de antes, he comido aquí con Jack en alguna ocasión, y es precisamente con Jack y con Helena con quién tenemos una cita. Nos han invitado a comer mañana en la casa de sus padres. Llegan esta noche de su luna de miel.

- Oh...Son muy amables al invitarnos... la verdad es que estoy deseando ver a Helena, seguro que ya se le nota la barriguita...

Probablemente Lola no era consciente de la preciosa sonrisa que acompañaba su

expresión soñadora al hablar de su amiga Helena, pero a Héctor le derritió el corazón por lo que creía que significaba.

- Realmente deseas tener un bebé ¿verdad?

- Sí – Lola se sintió sonrojar al ver descubierto uno de sus mayores anhelos – Lo deseo con toda mi alma.

Héctor dejó los cubiertos en la mesa para posar la mano en su vientre. Ambos se la quedaron mirando embobados.

- ¿Cuándo podremos saber algo? – Héctor quería estar al tanto de todo. Para él era nuevo eso de echar cuentas. Siempre se había protegido en sus relaciones y nunca había tenido nada que temer.

- Es pronto – Lola se sonrojó aún más si eso era posible. Antes nunca había hablado con su pareja tan explícitamente de su período, como Juan no la tocaba, ni siquiera se interesaba por el tema – Tuve la regla la semana pasada, así que... hasta dentro de un mes...

- ¿Te da vergüenza hablar conmigo de eso? – Héctor estaba sonriendo ante el sonrojo de Lola.

- No. No sé... Es la falta de costumbre... supongo. Nunca he hablado de ello antes...

Héctor lo comprendió. El capullo de su exmarido ni siquiera se interesaba por algo tan importante como el período de su mujer. Para él, en cambio, era importante saberlo, conocer las fechas, si tenía dolor, si estaba más irritable... era su misión aliviar todos sus efectos negativos.

- ¿Te suele doler? ¿Qué necesitas cuando te duele?

- A veces me duele mucho antes de que me baje, o el primer día... Sólo necesito sentir calor ahí, en el vientre.

- Me gustaría que me avisases..., es decir, si te molesta quiero darte yo ese calor que necesitas. ¿Lo harás?

Lola soltó una carcajada nerviosa ante la petición.

- Es la petición más extraña que jamás me han hecho. Pensaba que los hombres huíais de esos días como de la peste.

- Tal vez otros hombres. Yo no. Yo necesito saber que vas a acudir a mí si te

encuentras mal. Yo no soy esos hombres – recalcó – soy diferente.

- Lo sé Héctor... y doy gracias por ello.

Terminaron esa extraña conversación cuando el camarero les trajo el segundo plato, una enorme ración de calamares que no les dejó espacio para el postre. Tomaron un rápido café y pusieron rumbo a la peluquería. Lola rezaba para no tener que saltar más obstáculos en lo que quedaba del día.

Lola y Héctor sonrieron al encontrar a Gus con cara de enfadado mientras Isabel le regañaba al tiempo que le cortaba el pelo.

- Que te digo que no... chiquillo... que esas greñas ochenteras no te van. Que no puedes estar aquí sentado con ese pelo... tu jefe te va a matar si espantas a los clientes de su novia.

Gus no era precisamente un hombre pequeño, igualaba la estatura de Héctor pero era mucho más musculado. No era un hombre precisamente guapo, era un rostro corriente, con un pelo castaño común y unos vivos ojos marrones. Isabel estaba haciéndole un corte de pelo casi militar por los lados y un poco más largo por el resto para que le permitiese lucir ese efecto despeinado que estaba tan de moda. Los dos brazos tatuados de Gus estaban cruzados sobre su pecho mostrando su disconformidad.

- Anda... anda... pon otra cara... que aún encima que te va a salir gratis el nuevo look las chicas harán cola para tener una cita contigo.

- Las chicas solo traen problemas – murmuró el gigantón entre dientes.

Héctor no pudo reprimir una carcajada que delató su presencia. Ambos rostros se giraron sorprendidos ya que estaban tan enfrascados en su conversación que ni siquiera alcanzaron a oír el aviso de la puerta.

- No todas Gus... no todas traen problemas... ya lo verás... - Héctor lo señaló con el dedo... a pesar de ser jefe y empleado su relación no se limitaba a la laboral, confiaba mucho en él y por eso le concedía ciertas licencias en el trato – Estás muy guapo, por cierto...

Gus hizo amago de levantarse del asiento pero la firme mano de Isabel en su hombro lo impidió.

- Che Che Che... tranquilito que aún no he acabado...

Gus bufó y se centró en su jefe que lo miraba con cejas arqueadas.

- Todo controlado, jefe... Menos por este momento – le dijo señalando a Isabel por encima de su cabeza – me lo estoy pasando en grande. No tienes ni idea de la cantidad de cosas que he aprendido hoy... ya sé la receta de una tarta de queso, el color de moda de este verano e incluso qué hacer cuando a un niño le sale su primer diente....

- Ja ja ja... – le respondió Isabel con socarronería – Ni caso Lola.. lo que no te dice es que las abuelitas que han venido esta mañana le han apretado los mofletes agradeciéndole que estuviese aquí protegiéndonos... no sé cómo ha pasado, pero todo el barrio está al tanto de lo sucedido y están indignados.

Lola se disgustó un tanto con la noticia de que sus problemas eran de dominio público cuando ella era la discreción personalizada. Pronto cambió de opinión al oír las palabras de Gus.

- Cierto – reconoció – y nos viene de puta madre...eso va a disuadir a esos desgraciados de venir reclamando su hora feliz...

- ¿Hoy ha venido alguien? – preguntó Lola insegura.

- Sí. Pero apenas han pasado de la puerta – le dijo Isabel entre risas.

- ¿Gus? – Héctor quería los detalles.

- Nada jefe... dos cincuentones entrados en carnes... casi tropiezan con sus propios pies cuando me levanté del sofá y les dije que fueran tomando asiento, que la hora feliz se la iba a dar yo en menos de un minuto – Le explicó con una sonrisa socarrona al tiempo que hacía crujir sus nudillos como preparándose para dar el primer golpe.

Héctor soltó una carcajada y Lola se desinfló aliviada de tener a aquel hombre allí. Ahora que le ponía cara estaba más tranquila respecto a Isabel que, además, parecía haberlo acogido bajo su ala, La tranquilizaba enormemente el saber que ninguna de sus clientas se iba a ver violentada. Gus se estaba levantando, se miró brevemente en el espejo y encogiéndose de hombros le estrechó la mano a su jefe. Luego se dirigió a ella y Lola se descubrió ofreciéndole una tranquila sonrisa. Todo un logro, ya que para ella conocer a un hombre nuevo siempre era un momento de tensión. Seguro que se debía a que este hombre en concreto ya la había protegido con anterioridad aunque, por entonces, ella no fuese consciente de ello.

- Hola Lola. Yo soy Gus. No me conoces pero yo a ti sí – Gus le tendió la mano,

no se le ocurría besarla en la mejilla, sabía que su jefe no le gustaría.

- Hola Gus – Lola le estrechó la mano algo intimidada por su tamaño – Me alegro de conocerte por fin y poder agradecerte cara a cara todo lo que has hecho por mí, primero en Toledo y ahora aquí.

- Tonterías... es mi trabajo y estoy encantado de hacerlo. Además – le guiñó un ojo – en Toledo no me diste mucho que hacer... apenas saliste de casa.

- Ya...- reconoció Lola – No estaba en mi mejor momento.

- Bueno... pues espero que pronto puedas olvidarte de todo esto. Por cierto – se dirigió a Héctor – puedes decirle a Carlos que un coche patrulla ha pasado varias veces a lo largo del día por delante de la peluquería. Me pidió que estuviese al lero. No han entrado pero Carlos me ha dicho que puedo llamarlos si se presenta un problema.

Héctor asintió conforme y contento de que Gus estuviese poniendo en orden aquel despropósito, con él al frente sabía que era un tema del que podía olvidarse. Los interrumpió Isabel quien, con los brazos en jarras, procedió a regañarlos.

- Bueno... pues ya veis... todo está perfecto. Así que... Lola... hazme un favor y no aparezcas por aquí hasta el lunes... disfruta del fin de semana, descansa... qué se yo... vete de compras, un masaje.... Ala... fuera de aquí... - agitó los brazos expulsándolos de la peluquería sin dejarles pronunciar palabra.

Lola se vio en la acera, diciendo adiós con la mano a través del cristal. Estaba atónita, literalmente la habían echado de su negocio. No sabía si reírse o enfadarse.

- No habías podido elegir una empleada mejor, Lola... - Héctor la rodeó por los hombros – Es una joya... Apenas son las cinco. ¿Qué te apetece hacer ahora?

A Lola solo le apetecía una cosa. A pesar de que quedaba toda la tarde por delante el día había sido mentalmente agotador para ella.

- ¿Podemos irnos a casa y acurrucarnos en el sofá?

Héctor arqueó las cejas sorprendido y agradecido por su petición. Lo único que le apetecía era abrazarla y mimarla durante horas para compensarla por el día que llevaba.

- Es el plan perfecto, princesa... vamos.



El trayecto en coche y el saber que volvían a casa dónde nadie iba a exigirle que tomase decisiones sobre su vida y donde no iban a encontrar problemas la relajó hasta el punto de caer dormida. Héctor, con una sonrisa en la cara, la zarandéo suavemente para despertarla.

- Despierta... princesa... ya estamos en casa.

Lola abrió los ojos desubicada y se encontró con que Héctor la miraba con una sonrisa divertida.

- Me he dormido – declaró innecesariamente.

- Pues sí, como un bebé... iba hablando contigo y de pronto me encontré hablando solo.

- Lo siento... - Lola se estiró antes de salir del coche, Héctor ya estaba abriéndole la puerta – Estoy como si me hubiese atropellado un camión, siento que he vivido tres días en apenas una mañana...

- No pasa nada – Héctor la tomó de la mano mientras se introducían en el ascensor que iba del garaje al piso – ahora una duchita, ropa cómoda y te relajas en el sofá.

- Suena genial... - sonrió Lola – Es justo lo que necesito.

Lola se dirigió al dormitorio. Héctor la seguía con la bolsa de los vestidos.

- Dame – le ordenó Lola – voy a colgarlos ya, no sea que se arruguen en la bolsa... te has gastado una pequeña fortuna en ellos y no quiero que se estropeen.

Héctor la sostuvo del brazo antes de que entrase en el vestidor y le habló con voz seca y firme.

- Lola... ¿una pequeña fortuna?...

- Lo siento – Lola bajó la cabeza avergonzada. Había hablado sin pensar de nuevo.

- Bonita...mírame a los ojos – Héctor se lo pidió algo arrepentido de volver a presionarla, pero no iba a tener compasión con ella en este tema – Una pequeña fortuna es lo que me voy a gastar en ti el día que me lo permitas. Me estoy portando bien porque me lo has pedido... y lo sabes... pero estoy deseando que me permitas portarme fatal – Le dio un ligero cachete en el culo para compensar su crítica – Vamos... ve... yo te espero aquí.

Lola colgó los vestidos con rapidez, asombrada de lo bien que encajaban sus cosas en aquel vestidor. Los zapatos los colocó en el lugar dispuesto para ellos en su parte de los armarios. Hacía calor ya, la primavera avanzaba con rapidez hacia temperaturas más calurosas y por ello escogió un ligero pijama corto de dos piezas de raso color visón con unos coquetos topitos en blanco, el escote y el borde de los shorts llevaba una puntilla de encaje blanco. Colgó cuidadosamente su eterna americana azul, la pieza todoterreno de su armario. Agradecida se descalzó, liberándose de los tacones y, aún vestida, se dirigió al baño. Quería lavar toda aquella ropa que se le antojaba sucia como si llevase días con ella puesta. Iba mirando al suelo valorando si cambiar el color rosita de las uñas de sus pies por un rojo algo más atrevido y no vio a Héctor apoyado en la puerta del baño. Tropezó con él, comprobó que estaba totalmente desnudo cuando la sostuvo por los hombros.

- Epa... que te caes... ¿En qué pensabas? – sonrió al ver su expresión de asombro al verlo totalmente desnudo - ¿Te has quedado muda?

Lola asintió sosteniendo el pijama contra su pecho, sí, efectivamente, se había quedado muda, gracias a Dios ciega no, pero muda sí al contemplar la belleza de aquel cuerpo masculino trabajado en el gimnasio que no resultaba ni excesivo ni vulgar. Aquel cuerpo era suyo, al menos por el momento, para siempre si ella era capaz de librarse de sus monstruos.

Héctor sonrió y se limitó a coger el pijama al que Lola se aferraba y lo posó en el toallero más cercano. Por segunda vez en el día, comenzó a desabotonarle la camisa, la lanzó al suelo, luego se intentó pelear con los malditos vaqueros ajustados, esta vez Lola se despojó de ellos por él, tiempo que aprovechó para liberar sus pechos perfectos de la tiranía del sujetador. Apenas había salido de los pantalones, Héctor ya estaba de rodillas bajándole las braguitas mientras ella tenía que apoyarse con una mano en la pared para no caerse, estaba segura de que sus rodillas no iban a sostenerla porque habían comenzado a temblar de anticipación al sentir las manos de Héctor sobre su cuerpo.

- Mañana – Héctor la besó en el vientre al tiempo que se incorporaba – quiero verte con un vestido, por favor...

Lola sólo pudo asentir de nuevo. Estaba húmeda, preparada, los pezones ya erectos, la piel erizada intentando adivinar el próximo movimiento de Héctor, quien simplemente posó sus grandes manos en su cintura y la besó en la frente.

- Te prometo que en nuestra próxima casa habrá una bañera gigante en el

dormitorio, pero por ahora tendrás que conformarte con una ducha en vez del baño relajante que te mereces.

Lola se sentía flotar arropada por una sensación de calidez que recorría su cuerpo de arriba a abajo. Por fin podía abandonarse por primera vez en el día, ceder las riendas y dejar que Héctor la mimase como parecía ser su intención. Dócilmente se dejó arrastrar a la gran ducha, sin soltarla de la mano, Héctor abrió el grifo y, mientras dejaba que el agua cogiese la temperatura adecuada, volvió a tomarla de la cintura antes de introducirla en la ducha y la acercó a su cuerpo. Su erección era algo más que evidente y Lola no resistió la tentación de acariciarla con suavidad.

Héctor gimió al sentir el contacto, no lo esperaba, estaba tan bonita aceptando todo lo que él le hacía, en silencio, con los ojos muy abiertos y la respiración agitada. La sostuvo por la muñeca, y se la apartó ligeramente, el momento era para ella, no para él, aunque sabía que el placer que iba a recibir a cambio de dejarla saciada era más satisfactorio que ser únicamente receptor de sus caricias.

- Ahora no. Esto es para ti.

- Pero yo quiero... - Lola pronunció sus primeras palabras para decirle que quería darle placer pero Héctor la calló con un beso.

- Ahora no. Ven.

Lola se introdujo en la ducha de la mano de Héctor, éste se colocó de espaldas para recibir el impacto del chorro del agua, sentía caer las gotas dispersas sobre su cuerpo. Se estremeció por la sensación.

- ¿Está fría? - Héctor no necesitaba ver como su cabeza negaba para saber que la respuesta era que no. Estaba encantado de poder leer con claridad en el cuerpo de Lola. La sabía anhelante y dispuesta a disfrutar de lo que él tuviese preparado para ella.

Héctor colocó sus manos sosteniéndola por la nuca acariciando el punto más sensible de ésta bajo su pelo. Lola sólo pudo echar la cabeza para atrás para recibir el esperado beso, casi gimió sobre los labios de Héctor al sentir que se posaban en los suyos y que, con la lengua comenzaba el asedio a todos sus sentidos. No le dio tregua. Tras unos instantes en los que la cabeza de Lola se quedó en blanco, simplemente recibiendo pequeñas descargas de placer, pasó a la acción. Acariciando los sedosos rizos de su pecho, su lengua salió al encuentro de la de Héctor lamiendo con avidez. Héctor gimió a su vez, de nuevo

sorprendido por la capacidad de Lola de tumbarlo de espaldas cada vez que tomaba la iniciativa en el sexo. La dejó unos instantes porque percibía que no iba a contentarse únicamente con recibir, la notaba ansiosa por dar. Lola sintió que volvía a perder el control cuando las manos de Héctor comenzaron a vagar sin descanso tocando todos y cada uno de sus lugares más sensibles casi al mismo tiempo. Notaba sus manos acariciando con posesividad sus nalgas, las palmas masajeando unos pezones que comenzaban a acercarse peligrosamente al límite que separaba el simple placer del placer insoportable. Necesitaba coger aire y lo consiguió rompiendo el beso y echando la cabeza para atrás. Dio un pequeño respingo cuando a través de los ojos nublados por el placer alcanzó a ver la mano de Héctor entre sus piernas, tanteando su entrada con su dedo corazón y masajeando su clítoris al mismo tiempo. Iba a correrse sobre su mano, el orgasmo amenazaba con explotar en cualquier momento. Héctor sentía que Lola estaba a puntito de dejarse ir, con la cabeza echada hacia atrás y el cuerpo salpicado de gotitas de agua le ofrecía una imagen sensual, lo más sexy que recordaba haber visto en su vida. Con un brazo la sostuvo con fuerza por la cadera mientras su dedo se introducía en su interior. Sin ningún aviso introdujo su lengua en la boca de Lola hasta encontrar su compañera y la acarició al mismo ritmo con el que su dedo acariciaba su interior. Lola se agarró con fuerza a los antebrazos de Héctor al tiempo que se estremecía con un orgasmo que le sobrevino con rapidez cuando se sintió acariciada por todas partes. Sintió que no era capaz de sostenerse por sí misma al mismo tiempo que se veía levantada en brazos y, por instinto, rodeó las caderas de Héctor con sus piernas. Héctor no podía aguantar más y la levantó lo suficiente para introducirse en ella, consiguió apoyarla contra la pared de la ducha para embestirla con comodidad. Había abandonado su idea de un polvo romántico y dulce por follársela como un verdadero animal contra la pared. Sentía a Lola abrazarlo con fuerza para soportar las duras embestidas que no podía ni quería controlar. Tenía la mente en blanco con un único objetivo correrse dentro de ella a la mayor brevedad posible, el agua golpeándole la espalda y Lola, resbaladiza y gimiendo contra su cuello provocaba que toda su piel estuviese erizada esperando la liberación. Héctor embestía y embestía tensándose cada vez más hasta que el acto más inesperado provocó que se vaciase en Lola con un rugido que debió de oírse en la primera planta del edificio, Lola le había mordido el cuello para después lamérselo avariciosa y eso hizo que Héctor estuviese a punto de caerse arrastrándola a ella al suelo. Reunió todas las fuerzas que pudo para no caer y la apretó contra la pared para evitarlo. No sabía si le estaba haciendo daño pero

necesitaba un minuto para reponerse. Lola no supo si transcurrió un minuto o cinco mientras Héctor la seguía sosteniendo contra la pared, sólo intentaba recuperar el aliento mientras lo sentía aún dentro de ella. Lo sintió moverse y sostenerla suavemente al tiempo que salía de ella y la posaba en el suelo verificando que podía aguantarse en pie. Héctor la atrajo hacia su pecho y la besó dulcemente en el pelo, sin decir nada alargó su mano hacia el gel y comenzó a lavarla acariciando todo su cuerpo con mimo, le lavó el pelo con el champú que Lola había dejado en su repisa. Sin soltarla se lavó él con rapidez y los envolvió a ambos en una gran toalla, así consiguió secarla, abrazándola. Ya fuera de la ducha le secó el pelo con otra toalla, Lola estaba a punto de caer dormida por la relajación que el orgasmo y los mimos posteriores le habían provocado. No protestó cuando Héctor le puso el pijama, no supo como, sin soltarla, consiguió ponerse un ligero pantalón de pijama gris. En sus brazos llegó al sofá, sentada en su regazo, por fin lo miró a los ojos, sus miradas volvieron a engancharse para no soltarse como la noche anterior.

- Te quiero Héctor – murmuró Lola sin ser apenas consciente de haber hablado.

- Te quiero mucho, mi vida... - le respondió Héctor con una sonrisa. Estaba satisfecho por tenerla en sus brazos, saciada y relajada por primera vez en el día – Duerme un poco..., yo me quedo aquí abrazándote.

Lola ya cerraba los párpados cuando Héctor la besó con dulzura en los labios.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 11

*“Amigos son aquellos extraños seres que nos preguntan cómo estamos y se esperan a oír la contestación.”*

*Ed Cunningham*

Lola abrió los ojos, ya no estaba desubicada, sabía que estaba en la que empezaba a considerar su cama, con Héctor. No sabía cómo había llegado allí, su último recuerdo era del de dormirse entre sus brazos en el sofá, tras escuchar un te quiero. Giró la cabeza ligeramente y comprobó que Héctor aún dormía, cosa extraña ya que parecía tener un radar que detectaba el mínimo movimiento de Lola. Estaba tumbado boca arriba, un brazo extendido sobre su vientre y el otro bajo la cabeza de Lola, siempre protegiéndola. La ropa de cama se arremolinaba en sus caderas, siempre dormía destapado, y era un regalo para ella despertarse con la visión del atractivo torso de Héctor. Desde que ambos volvieron de Toledo Lola siempre se había despertado con una ración de lo que él denominaba polvos mañaneros. Ella nunca conseguía estar lo suficiente despierta como para participar activamente en ellos. Hoy era distinto y decidió aprovechar para devolverle un poquito del placer que siempre recibía. Tomar la iniciativa seguía costándole pero estaba decidida a complacerlo. El día anterior, en la ducha, le hubiese gustado hacerlo con sus caricias, sin embargo, Héctor no se lo permitió, con el argumento de que aquel momento era sólo para ella le apartó la mano de su miembro. Pues bien, ahora estaba dormido y era ella la que decidía que aquel momento era para él. Recordó que su exmarido siempre le había dicho que era una ruina para el sexo oral, desechó ese pensamiento al tiempo que se levantaba con movimientos muy suaves para no despertarlo. Se arrodilló a la altura de su cadera y con la punta de los dedos deslizó muy despacio la ropa de cama lo justo para que el miembro de Héctor quedase al descubierto. Comprobó que seguía dormido y lo acarició casi sin tocarlo con su dedo índice. Volvió a mirar si se había despertado, al ver que no era así, se armó de valor y depositó un casto beso en el centro, era suave y desprendía un aroma almizclado que le gustó, fue depositando tiernos besos al tiempo que notaba cómo iba endureciéndose y volviendo a la vida. Lo sostuvo con mucha suavidad para no hacerle daño y se introdujo la punta en la boca para acariciarlo con la lengua, lo envolvió unas cuantas veces rodeando su corona. El gemido de Héctor al tiempo que notaba que se estaba incorporando hizo que, sin dejar de acariciarlo, se sentase sobre sus rodillas para observar su reacción.

- Lola... mi vida...

Héctor no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Su preciosa mujer se había despertado antes que él y estaba dedicada a darle placer. No había previsto que Lola se animase a practicarle sexo oral tan pronto, ni siquiera había pensado en pedírselo a pesar de que a él le había encantado hacérselo el día anterior. Se había despertado al sentir unas pequeñas descargas de placer provocadas por la lengua de Lola envolviendo su miembro. Esa visión casi le provoca un orgasmo instantáneo por lo inesperado de la misma.

- ¿Te gusta? – A Lola le sobrevino un ligero pánico al ver la expresión asombrada de Héctor. Quizá no le gustase, no sabía si le gustaba, no había hombre al que no le gustase, el problema quizá fuese ella, su técnica, pensó recordando los reproches de su exmarido.

Héctor maldijo para sí al ver la expresión asustada de Lola. Los ojos abiertos como platos y un ligero temblor en su barbilla. No sabía qué cojones se le estaba pasando ahora por su linda cabeza pero estaba seguro que no era nada bueno.

- Bonita... no sólo me gusta... estás preciosa ahí... ¿Quieres hacerlo de verdad?  
– le dijo ofreciéndole una salida para tantear el motivo de su expresión asustada.

Lola asintió y algo temblorosa aún, se inclinó para seguir acariciándolo y volvió a introducirse en la boca, pudo apreciar el sabor salado de su goteante corona y no dejó de mirarlo mientras lo lamía para comprobar que Héctor sentía placer. Sus ojos no le mentían, estaban nublados y se mordía el labio inferior ahogando un gemido. Lo vio asentir con la cabeza como animándola a seguir, Lola consiguió relajarse un poco y siguió dándole placer, lamiendo, acariciando su longitud, sus testículos y vuelta a empezar. Supo que Héctor estaba cerca del orgasmo cuando empezó a levantar las caderas para ahondar más en su boca.

- Lola... me voy a correr... – Héctor quiso avisarla porque sabía que no iba a aguantar más. Probablemente fuese la mamada más corta de su historia sexual pero era Lola la que estaba haciéndosela y eso marcaba claramente la diferencia  
– No tienes que seguir...

Lola hizo oídos sordos e intensificó sus caricias y sus lametones. Quería que se corriese en su boca, que su placer fuese completo. Sintió como Héctor se tumbaba derrotado en el colchón al tiempo que levantaba sus caderas y gemía mientras se corría. Le costó un poco pero consiguió aguantar hasta que lo sintió relajarse, entonces levantó la mirada y vio cómo sus manos avanzaban hacia ella

para agarrarla y tumbarla encima de su cuerpo. Insegura y avergonzada, escondió su cara en el cuello de Héctor y lo besó con dulzura. A Héctor se le puso la piel de gallina al sentir el beso en el pulso que aún tenía descontrolado. Acarició la espalda de Lola mientras recuperaba la respiración y la compostura. La sorpresa había sido total y sabía que era otro gran paso en su relación. La agarró por la nuca y la obligó a levantar la cabeza. Lola cruzó los brazos en su pecho y apoyó la barbilla en ellos para enfrentarlo. Héctor detectó algo de vergüenza mezclada con inseguridad en su mirada y no pensaba permitirlo. Quería muchas más mañanas como esa.

- Mi amor... no lo esperaba... no he aguantado mucho porque estabas preciosa dándome placer. Son los mejores buenos días que jamás he tenido.

- ¿Seguro? – Lola no buscaba un cumplido, ni siquiera lo esperaba, sólo necesitaba saber que no se había equivocado al tomar la iniciativa – Sé que yo no soy muy buena en esto...

Héctor entendió por dónde iban los tiros y sumó un punto más en su lista de motivos para propinarle una paliza a su exmarido. Aquella preciosa mujer dudaba de su habilidad y él acababa de comprender que no era la mejor técnica lo que le proporcionaba el placer sino que el verse acariciado por la mujer que uno amaba era lo que llevaba a un hombre al éxtasis más exquisito.

- Perfecta... Lola... eres perfecta... has estado perfecta... me he corrido como un adolescente mi amor... eres un regalo que no merezco – Le habló mirándola fijamente a los ojos.

La sonrisa que le dedicó Lola iluminó toda su cara y eso fue más de lo que Héctor pudo resistir. Si el complacerlo le proporcionaba tanta alegría, no entendía como el capullo de su exmarido la había dejado marchar. No se iba a quejar por ello. Había hombres que eran verdaderos idiotas, él no se iba a incluir entre ellos. Aquella mujer iba a ser suya para siempre y no le iban a quedar dudas al respecto. Tuvo mucho tiento al pronunciar su declaración, no quería que huyese despavorida.

- Lola... - la sujetó de las manos – Sé que te dije que iríamos a tu ritmo, lo prometí, te dije que no tenía prisa... pero... amor mío... no puedo esperar a que seas mía... en todos los sentidos Lola... ¿me entiendes?...

Lola tragó saliva nerviosa. Era demasiado pronto para que Héctor le exigiese esa repuesta, habían sido muy pocos días de convivencia para que le formulase la



pregunta. Estaba muy lejos de estar preparada. Se quedó literalmente sin respiración al pensar en qué iba a contestar si Héctor le formulaba la pregunta en ese mismo instante, de repente el aire parecía no llegar a sus pulmones y se asustó.

- Mierda, mierda... - Héctor sabía que Lola estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad, no quería verla en el estado en que había visto a Helena un par de veces – No, Lola... ya basta... mi vida... no voy a hacerte la pregunta ahora mismo... mi amor... respira conmigo... princesa... Lola... ya... bonita... ya...

Lola se sintió algo mejor cuando Héctor la cogió en brazos y la sentó en su regazo, se acurrucó contra su pecho y lo rodeó con sus brazos, se apretó con fuerza a él sin importarle parecer una niña asustada. Poco a poco su corazón recuperó su ritmo normal pero aun así no aflojó su agarre.

- Lola... - Héctor no era capaz de encontrar un milímetro de separación entre él y el cuerpo de Lola – Mírame, por favor... tenemos que hablar...

- No quiero hablar... - Lola negó con la cabeza, no quería enfrentarse a ese tema ahora.

- Vamos a hacerlo. Vamos hablar como una pareja normal y no vas a esconderte de mí.

Lola estalló con la frustración acumulada, se incorporó y de rodillas en la cama lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

- Yo no soy normal... ¿Es que no lo ves?... ¿No te das cuenta?... Dime... ¿Qué clase de loca tiene esta reacción cuando su novio le dice lo que tú me has dicho?... No. Soy. Normal.

Héctor tuvo que contar hasta diez para no soltar una barbaridad por la boca. Estaba tremendamente dolido de que Lola ni siquiera fuese capaz de repetir las palabras que él le había dicho. Y ahora... ¿cómo cojones se suponía que tenía que actuar un hombre cuando su mujer entra en pánico ante la sospecha de una petición de matrimonio? Malditos fueran todos los maltratadores de mujeres... ¡Joder!...

Lola lo vio agachar la cabeza. Estaba frustrado, como ella. Iba a tirar la toalla, estaba segura y para evitar otra crisis respiró hondo, una, dos, tres veces...No había podido evitarlo... y estaba avergonzada de su comportamiento.

- Héctor... - su voz fue apenas un susurro apagado.

Héctor levantó la mirada, no sabía por dónde tirar con Lola cuando tenía esa especie de ataques histéricos. Entendía que ella sintiese que era precipitada la insinuación de que pronto iba a proponerle matrimonio. Le dolía, pero podía justificarlo, apenas llevaban ni una semana conviviendo y ella temía repetir la historia con su exmarido. Una y otra vez se interponía entre ellos la sombra acechante de aquel malnacido. Pero por otro lado, llevaba días haciéndole el amor sin ninguna protección, habían hablado de tener un hijo. Ciertamente que él le aseguró que el orden que dictaba la sociedad le daba igual. Tal vez se precipitó en esa afirmación. Lo cierto es que quería atarla a él cuanto antes pero también estaba dándose cuenta de que sus ritmos eran muy distintos. Él estaba totalmente entregado, ella aún no. Paciencia, se recordó, apenas hacía un mes estaba besando a un ratoncillo asustado, ahora ese ratoncillo acababa de darle el mejor despertar de su vida.

- Lo siento... Lola... - La miró a los ojos al tiempo que se encogía de hombros – Es lo que deseo, quería que lo supieses, que estuvieses preparada. Ya veo que no lo estás, que es pronto para ti.

- Héctor... - Lola no soportaba ver su semblante triste.

- No – Héctor levantó una mano pidiéndole que no siguiese – Déjame terminar, por favor... Podría prohibirte decir en mi presencia que estás loca, por muchos motivos, el principal, no estás loca. Estás intentando racionalizar todo esto para que siga un proceso lógico según tus estándares de lo que debe ser una pareja. Sé que el hecho de que yo no sea el primer hombre de tu vida va a marcar todos mis pasos. El hecho de que él te haya hecho tanto daño está complicando los comienzos de nuestra relación. Sólo necesito decirte que sigues sin ser un capricho pasajero, te quiero en mi vida. Si fuese por mí, hoy mismo serías mía en todos los sentidos posibles, sin embargo, voy a prometerte una cosa, y es la segunda cosa que te prometo, no volveré a sacar este tema hasta que vengas a mí diciendo que eres mía. Recuérdalo bien mi vida, dos promesas, te daré tiempo si te hago daño, me alejaré y no te haré esa pregunta que tanto temas hasta que tú seas mía de verdad.

- Lo siento... Héctor... lo siento mucho... - Lola no era capaz de desbloquear su mente tras la declaración de su pareja.

- ¿Qué es lo que sientes? Lola... princesa... dime... - Héctor extendió la mano para acariciarle el cabello de la forma que siempre hacía.

A Lola aquella caricia le supo a gloria y le animó a decirle la verdad. A

verbalizar lo que llevaba un par de días barruntando.

- Siento ser todavía una prisionera. Siento no poder decirte esas palabras a pesar de que soy tuya, pero realmente no lo soy aún. No sé explicarme... Héctor... quiero que me entiendas... yo soy tuya... pero sé que una parte de mí aún no lo es y tú me quieres entera, no un trozo de mí.

- Te quiero entera... bonita... - le confirmó mientras seguía acariciándole el pelo – pero tengo que aprender a esperar por lo que deseo, no es algo a lo que esté acostumbrado.

- ¿Podrás esperarme? – le preguntó esperanzada.

Héctor la atrajo hacía sí y volvió a sentarla en su regazo aliviado de haber puesto parte de sus cartas sobre la mesa y de haberse podido mantener firme en su deseo, aunque todo ello hubiese provocado el aspecto desamparado que ahora le ofrecía la que iba a ser su mujer.

- Podré, mi amor... claro que podré – Le aseguró Héctor sabiendo que ahora la pelota estaba en el tejado de Lola. Era ella la que tenía que liberarse, él sólo podía ir ofreciéndole esas pequeñas redes de seguridad, “Te daré tiempo si te hago daño”, “Te quiero en mi vida”, “Te esperaré”. Sólo le quedaba rezar porque fuesen lo suficiente firmes como para sostenerla en la caída que cada día veía más cercana.

Lola levantó la mirada ofreciéndole una sonrisa apenas dibujada en su cara. Recibió un fuerte abrazo y un reconfortante beso en la frente.

- Tranquila mi vida... no va a poder con nosotros.

Lola alzó su brazo para sostener a Héctor por la nuca y obligarle a bajar la cabeza. Sobre sus labios murmuró sus palabras antes de besarlo.

- Gracias, cariño... te quiero.

Héctor aceptó el beso cariñoso, movió sus labios suavemente sobre los de ella, posó la mano en su vientre y se lo acarició con dulzura. Al sentir el gesto Lola alzó la mirada y se encontró con un derroche de ternura en la expresión del rostro de Héctor.

- Tú también lo deseas... - le dijo recordando su pregunta del día anterior.

- Mucho. Te deseo a ti y deseo tener un bebé... - le sostuvo el mentón para que volviese a mirarlo – Deseo dejarte embarazada. Deseo verte con mi hijo en

brazos en una bonita casa con jardín. Deseo protegeros de todo lo malo. Deseo hacerte feliz, haceros felices. Te quiero y quiero hacerte el amor ahora mismo.

Lola se embriagó con las palabras de Héctor, las más dulces que jamás le habían dirigido. Sólo pudo cerrar los ojos y entreabrir los labios para aceptar el beso que le erizó la piel despertando todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. La lengua de Héctor fue igual de dulce que sus palabras, esta vez no había prisas, no se trataba sólo de sexo, se trataba de confirmar con su cuerpo la aceptación de todas y cada una de sus palabras. Sintió la erección contra su cadera y se colocó a horcajadas para sostenerla y guiarla hacia su interior. Héctor se introdujo lentamente en ella sin dejar de besarla. Lola estaba preparada, húmeda y receptiva a pesar del duro momento que acababan de vivir. Héctor sabía que aquello era lo que iba a sacar adelante su relación. El amor que ambos sentían, fiel, fuerte, inquebrantable a pesar de todos los golpes que estaba recibiendo y, de los golpes que sabía que le quedaban por recibir. Sostuvo a una jadeante Lola por las caderas, se movía con languidez sobre su miembro, sus lenguas aceptaban el ritmo que el cuerpo les marcaba, alzó sus manos para acariciar sus pechos despacio, con suavidad. Alternado las caricias entre sus pezones y sus nalgas, siguiendo la cadencia que marcaba Lola, estuvieron disfrutándose lo que les pareció una eternidad. Lola sintió que su orgasmo se formaba lentamente en el vértice de su placer, una pequeña espiral que creció sin pausa hasta que estalló provocando que su gemido se vertiese en la incansable lengua de Héctor que, sosteniéndola por la nuca no la dejó abandonar el beso. Cuando Lola se derrumbó sobre su pecho, Héctor la tomó de la cintura y la tumbó en la cama sin salir de su interior. Ahora era su turno para adorarla y se apoyó en sus antebrazos al tiempo que le acariciaba el pelo y la penetraba con un ritmo lento pero constante. Estaba muy mojada y aún se estremecía con los restos del orgasmo que acababa de disfrutar. La vio abrir los ojos y sonreírle. ¡Dios! Era guapísima... Esa sonrisa hizo estragos en su corazón y aceleró sus embestidas hasta que el orgasmo le sobrevino en el momento que la oyó susurrar un te quiero casi gemido con desesperación. Se mantuvo unos instantes en su interior hasta que sus miradas se volvieron a encontrar.

- Todo va a salir bien – Le aseguró Héctor – No importa el tiempo que tarde. Todo va a arreglarse.

Lola asintió deseando confiar en que Héctor no se equivocase y se refugió en su abrazo. Sólo fue consciente de haberse dormido cuando Héctor la despertó con un beso en los labios.

- A la ducha. Te llevo a desayunar. Hace una mañana estupenda para estar en casa. Vamos a pasear hasta la hora de nuestra cita con Helena y Jack.

Tras otro desayuno de campeones en la terraza de una preciosa pastelería, Lola y Héctor pasearon de la mano por los jardines del Retiro. La mañana era soleada pero el calor no era agobiante y sus fosas nasales eran asaltadas por cientos de aromas diferentes a cada paso que daban. Lola notaba que Héctor no dejaba de mirarla embobado.

- ¿Te pasa algo?

- Sí. Me pasa que estás preciosa con ese vestido y no puedo parar de mirarte – le confesó Héctor.

- Gracias – le dijo algo sonrojada.

Lola no era tonta y sabía que estaba especialmente guapa. Tal y como le había prometido se decidió por un vestido de los que Héctor le había comprado, en concreto, eligió el vestido blanco estampado con las grandes flores en bonitos tonos primaverales, los rosa fucsia, verdes y azules encajaban a la perfección con la gama de colores de cualquiera de los jardines por los que paseaban. Se sentía diminuta a su lado ya que, pensando en el paseo había optado por unas bailarinas de color verde agua que tenía desde hacía un par de temporadas, se alegró de haber cogido la cartera de mano a juego el día que fueron a su apartamento, el tenerla, le había salvado el look. Se había maquillado ligeramente y sus labios lucían un precioso tono fucsia mate. Héctor también estaba guapísimo con unos vaqueros muy gastados, deportivas blancas y un polo verde botella que le sentaba genial a su tono de piel, llevaba unas Ray-Ban protegiendo sus ojos del sol y Lola había sonreído al comprobar como atraía la atención de varias mujeres a su paso.

- Tú también estás guapísimo... todas las chicas me envidian esta mañana.

Héctor se detuvo al oír sus palabras y la rodeó con sus brazos.

- ¿Te envidian a ti? – Le sonrió – Me estoy conteniendo para no soltarles un par de lindezas a los capullos que no te quitan los ojos de encima mientras paseamos.

- No seas bobo... - Lola se sintió enrojecer – No es cierto...

- Anda que no... ¡Pobres infelices!... Llegan demasiado tarde, yo te encontré primero y no pienso soltarte – La atrajo hacía sí. Apenas le llegaba a los

hombros con zapatos planos – Anda... dame un beso para ponerlos verdes de envidia...

Lola se apoyó en sus hombros para ponerse de puntillas y poder besarlo, sin embargo Héctor no bajo la cabeza por lo que sólo pudo besarlo en el mentón una y otra vez.

- Así no... - Héctor sonrió con picardía.

Sin esperarlo, Lola se vio alzada por la cintura y rodeó con fuerza el cuello de Héctor, éste la colocó a la altura perfecta para besarla. Le dio un casto beso en los labios, luego otro, otro un poco más largo y en el siguiente sus lenguas salieron de su escondrijo para acariciarse. Héctor apoyó la frente en la de Lola cuando la sintió gemir, no dejaba de sorprenderse cada vez que comprobaba que ella siempre respondía con la misma pasión que él.

- ¡Dios...! Me pones a mil... Lola... estoy loco por estar dentro de tí otra vez – le dijo desesperado mientras la posaba de nuevo en el suelo.

- Yo también lo deseo – le acarició la mejilla – es el único sitio dónde no nos asaltan los problemas. Cuando hacemos el amor está todo perfecto.

- Eso es porque tú eres perfecta – Le recalcó – Eres. Perfecta.

- No lo soy. Lo sabes. – Bajó la cabeza avergonzada – Pero eres tan bueno conmigo que haces que yo sea mejor.

- Lola... mi vida... - Héctor estaba emocionado. Eran unas palabras preciosas – Vamos a ser muy felices, no importa lo que tardemos porque vamos a conseguirlo.

Lola no le respondió, sólo acortó la distancia entre ellos y lo rodeó con sus brazos apoyando la cabeza en su pecho y envolviéndose en su aroma. Sin moverse y ajenos a las personas que pasaban a su alrededor, estuvieron abrazados durante unos minutos. Héctor la besó en la cabeza.

- Hora de irse.

- Sí. Estoy deseando ver a Helena – Lola comenzó a caminar cuando Héctor la agarró de la muñeca y la detuvo. Se volvió para ver qué era lo que sucedía.

- Yo estoy deseando verte a tí con una preciosa barriga.

Lola le sonrió y tiró de él para obligarlo a caminar. Poco podía decir ante un deseo que compartía, al parecer, con la misma intensidad que ella.

Lola saludó a Jack a través de la ventanilla. Los estaba esperando en el jardín delantero de la casa de sus padres. La única diferencia en el atuendo de ambos amigos era el color de su polo, el azul marino de Jack destacaba los preciosos ojos verdes que habían vuelto loca a Helena. Se acercó al coche para abrirle la puerta y, galantemente, la tomó de la mano para ayudarla a bajar. Lola no acababa de acostumbrarse del todo a las muestras de afecto de aquel hombre. Le había hecho tanto daño a Helena que aún estaba algo cohibida con él, sin embargo, le agradó verse envuelta en un gran abrazo.

- Hola Lola. Estás guapísima. Gracias por venir.

Lola asintió mientras, sin soltarla, Jack estrechaba la mano de su amigo y hermano, como ambos se llamaban. La cortesía británica de Jack era uno de los rasgos que más la reconfortaban, siempre tenía las palabras apropiadas en la boca.

- Suelta a mi mujer ya – bromeó Héctor - ¿Dónde está Helena?

Jack se carcajeó de su amigo y soltó a Lola. Héctor no tardó nada en rodearla con su brazo.

- Viene ahora. Estaba algo revuelta esta mañana y la he obligado a tumbarse un rato.

- ¿Está bien? – Lola estaba preocupada por su amiga.

- Sí. Creo que está algo agotada. Ayer cuando llegamos a casa, Anne no la dejó en paz ni un minuto, sólo quería tocar su barriga una y otra vez. Por fortuna hoy no está, mis padres han ido a una reunión de amigos y los ha acompañado.

Anne era la hermana adolescente de Jack, era una preciosa niña que los tenía a todos locos. Tenía Síndrome de Down y ella había sido una de las piezas claves para unir a Helena y a Jack. Su historia no hubiese podido arrancar sin que Helena hubiese considerado a Anne como una hermana. Lola fue la primera que divisó a Helena acercarse a ellos, llevaba un vestido rojo, con rayas marineras en blanco, era largo y ajustado al cuerpo por lo que se podía distinguir perfectamente la forma de su barriguita. A pesar de haber pasado sólo una semana, ésta parecía haber crecido bastante. Lola se llevó las manos a la boca muy emocionada de verla y salió a su encuentro con los brazos extendidos. Ambas mujeres se abrazaron a unos pasos de sus hombres que las observaban con una sonrisa, la de Jack, orgullosa, y la de Héctor anhelante.

- Tío... esa mirada... - Jack no pudo evitar hacer un comentario al ver la expresión de su amigo.

Héctor lo miró sopesando hasta dónde podía desvelar su intimidad, Jack era su mejor amigo, su hermano, y necesitaba un aliado si las cosas con Lola se torcían como todo parecía indicar.

- Escúchame bien Jack – se colocó de espaldas a las chicas para que no pudiesen oír lo que iba a decir – Lola tiene un problema con su exmarido y no me refiero a lo ocurrido en el Chances.

- Lo sé. Esta mañana Carlos me ha puesto al corriente de todo lo sucedido. Sabe que, para mí, la seguridad de Helena es lo primero, ahora incluyo a Lola en mi círculo. Sabes que lo que necesites tú o ella, lo tienes. Ni me lo pidas. Sólo dime lo que vas a necesitar de mí o de mi empresa.

- Gracias, Jack – Héctor estaba aliviado por no tener que explicarse desde un principio – Sólo voy a necesitar una cosa. Es lo más importante que te voy a pedir en mi vida.

- Tío... ¿Qué te preocupa? – Jack se puso muy serio al escuchar la severidad en el tono de su amigo.

- Necesito que cuides de Lola, que la protejas y no la dejéis sola si yo no estoy.

- A ver....a ver... Héctor... ¿Qué cojones está pasando? ¿A dónde coño te vas a ir?... No cometas el mismo error que yo...

- No es el mismo error, déjame te explique. Le hice al padre de Lola una promesa, si le hacía daño a su hija me apartaría de ella, le daría espacio. Lola no está bien. Tiene secuelas..., tiene miedo de hacer o decir algo que me disguste y que ello provoque mi enfado...

- Joder... ¿Me estás diciendo que tiene miedo a que la maltrates?

- Sí y no. No es tan sencillo. Sabe que antes me corto las manos que hacerle algún daño, pero... - miró a Jack a los ojos – ya ha sucedido una vez. Si grito un poco o me enfado, algún resorte salta en su mente y se bloquea... Tío, he visto el miedo en su rostro ante un mosqueo mío y sé que no voy a ser capaz de verlo otra vez. He visto a la Lola sumisa ante el maltrato, su cara, su voz... y esa imagen va a acompañarme siempre. Si la vuelvo a ver, y sé que la voy a volver a ver en breve, voy a tener que irme.

- ¿Hablas de dejarla para siempre?... perdona que te diga... pero eso es de



cobardes.

- No quiero dejarla para siempre. Sé lo que hice con mi hermana y lo que no funcionó. Escúchame bien... estoy tejiendo redes de seguridad en torno a Lola, pero es ella la que tiene que librarse para siempre de esa tiranía que la oprime.

- ¿Y en serio crees que huyendo de ella vas a conseguirlo?

- Sí. Estamos muy enamorados. Los dos. Lo nuestro es muy fuerte pero creo firmemente que Lola va a necesitar estar sin mí para saber que sólo puede ser feliz conmigo y que yo no soy él.

- Héctor, si eso es verdad, si estáis tan enamorados, y yo creo que sí, no te imaginas el infierno por el que vas a pasar si te alejas de ella, por no decir el que le vas a hacer pasar a ella.

- A lo mejor ambos necesitamos ese infierno para tener lo que vosotros tenéis. ¿Sabes que estamos de acuerdo en tener un bebé?

Jack no pudo evitar reírse. Ahora sí entendía la mirada de Héctor.

- Tú lo del orden lógico de las cosas no lo llevas muy bien ¿no?... La vas a dejar sola aun sabiendo que puede estar embarazada... no tienes ni puta idea de lo que dices...

- Jack... no me jodas... esta mañana Lola casi tiene un ataque de ansiedad porque le insinué que pronto quería formalizar nuestra relación, ayer prácticamente entró en pánico porque le grité. Le hice dos promesas, la que sabes y otra más, no le pediré que se case conmigo hasta que me diga que es mía, hasta que el cabrón de su exmarido no tenga retenida una parte de ella.

Jack mantuvo silencio sopesando las palabras de su amigo.

- Jack... sólo te pido que la protejas, que la cuides...

- No me jodas Héctor... sabes que lo haría aunque no me lo pidieses. Sé que ella es tu mujer igual que tú supiste que Helena era la mía y la cuidaste por mí cuando yo la jodí. Sólo espero que te equivoques, no soy capaz de imaginar que Lola pueda temerte.

- No me teme, Jack... no lo estás entendiendo... Asocia cualquier reacción mía con lo sucedido en su matrimonio. No me tiene miedo a mí en concreto, sólo que, en ocasiones, no puede controlar su reacción y automáticamente intenta protegerse de un castigo. ¡Joder tío! He visto fotos de su cuerpo y su cara

golpeados... ¿Cómo no va a costarle gestionar algo tan fuerte como lo que nos está pasando? Eso, sin unirlo a todo lo que Carlos te ha contado. Me mata no poder llevármela de aquí hasta que ese hijoputa esté entre rejas.

Jack posó una mano en el hombro de Héctor para tranquilizarlo.

- Sólo avísame en el momento que suceda. Iré a por ella. No importa la hora. Hemos decidido no mudarnos hasta que nazca el bebé, así que no tengas reparo en llamarme. No la dejaré sola. Aquí hay sitio de sobra para ella.

- Gracias tío.

Ambos hombres se quedaron reflexionando sobre sus palabras mientras veían a sus mujeres enfrascadas en una conversación paseando por el cuidado jardín de los Anderson.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 12

*“Un amigo es la mano que despeina tristezas.”*

*Gustavo Gutiérrez Merino*

Lola y Helena detuvieron su paseo bajo la sombra de unos de los árboles donde Lucía, la madre de Jack, había instalado un sencillo banco para descansar.

- Siéntate Helena... Jack nos ha dicho que estás agotada – Lola aún estaba algo asustada por la amenaza de aborto que Helena había sufrido hace semanas.

- Vale... me sentaré... pero Jack está exagerando... Ayer me cansé durante el viaje de vuelta, nada raro, pero ya sabes cómo es...

- Por tu aspecto radiante diría que está siendo un buen marido.

- El mejor que jamás había soñado tener – Helena aún no era capaz de hablar de Jack sin sonrojarse – Estoy en una nube.

- Me alegro por ti – Lola le sonrió con sinceridad – Nadie lo merece más que tú después de todo lo que has pasado.

- Tú también lo mereces – Helena aprovechó que Lola le daba pie para comentar con ella su preocupación – Jack ha hablado con Carlos esta mañana. Le ha contado todo lo que te está pasando. Ni si siquiera he tenido que pedirle que te ayude, él mismo ha dicho que haremos por vosotros todo lo que esté en nuestras manos. Lola cariño... no llores – Le acarició el cabello como tantas veces había hecho Lola con ella durante los malos momentos – Estoy segura de que todo va a salir bien, estará en la cárcel, lejos de ti...

Lola, avergonzada, se enjugó las lágrimas. No quería disgustar a Helena en su estado, pero necesitaba una amiga y, hoy por hoy, ella era la única persona a la que podía considerar como tal.

- Lo siento Helena... no quiero disgustarte... el bebé es lo primero.

- No seas boba... - Helena le apretó la mano – El bebé está bien. Yo estoy bien. Jack no permitiría otra cosa... A tí te preocupa algo más ¿Me equivoco?

- No. No te equivocas. – La miró a los ojos. Por primera vez desde que la conocía Helena le devolvió una mirada serena, tranquila, parecía otra mujer tras haber superado su infierno particular. Decidió confiarle sus preocupaciones – Soy yo. No estoy siendo justa con Héctor.

- ¿Tú?... Lola... tú eres la persona más justa que conozco.

- En este caso no. Helena... me vas a llamar idiota.

- Lo dudo mucho Lola... - Helena estaba deseando que Lola confiase en ella. Tenía unas ganas enormes de devolverle todo lo que había hecho por ella – Por favor, confía en mí...

- Está bien – Lola tomó aire – No estoy siendo capaz de convivir con Héctor sin revivir una y otra vez lo sucedido con mi exmarido.

- Bueno Lola... eso es normal...

- No. No lo es. No lo entiendes. Estoy tratando a Héctor como si él fuese a reaccionar como reaccionaba Juan cuando yo hacía algo que no le gustaba. No soy capaz de librarme de esa sensación de que debo protegerme, de que debo hacer todo lo posible porque no se enfade, por no discutir, por no disgustarlo... y, créeme Helena, me estoy muriendo poco a poco por dentro cada vez que lo veo sufrir por ello.

- Vaya... eso no me lo esperaba... Héctor es... - Helena elevó las manos al cielo como buscando inspiración – Héctor es Héctor y es Jack al mismo tiempo, es todo un hombre, educado, protector. Lo tienes loco desde el día en que os conocisteis.

- Lo sé, si en el fondo lo sé. Por eso me duele. Porque no soy capaz de controlarlo. Primero reacciono mal y luego, cuando me sereno, veo mi error. Sé perfectamente que nunca va a hacerme daño por lo que puedes imaginar lo ridícula que me siento cuando mis miedos me dominan. Además de ello, no quiero pensar en lo que puede pasar.

- ¿Qué es lo que puede pasar?

- Pasa que Héctor, como hombre hecho y derecho que es, le ha prometido tanto a mi padre como a mí misma que en el momento en el que él entienda que me hace daño me dejará tranquila.

- No lo entiendo...

- Dice que me quiere tanto que prefiere dejarme tranquila antes que ver el miedo en mi rostro. Ya ha sucedido una vez Helena., fue por una tontería, ni siquiera me gritó, sólo se enfadó un poco y yo... - las lágrimas volvieron a su rostro – te juro que, por una milésima de segundo, mi cabeza vio a Juan.

- Ay... Lola... - Helena estaba sintiendo mucha pena por su amiga.
- No sólo eso. Casi tengo un ataque de ansiedad cuando me insinuó que quería casarse conmigo pronto.
- Eso es maravilloso. Imaginaba que no iba a tardar en pedírtelo.
- No quiero que me lo pida aún. Es la otra promesa que me ha hecho, que hasta que yo vaya a él asegurándole que ya soy sólo suya, que no tengo en mi cabeza los restos de Juan, no me va a volver a insinuar nada sobre el matrimonio.
- Pero Lola... ¿Tú quieres a Héctor?
- Más que nada en el mundo Helena... hasta el punto de que no estamos tomando ninguna precaución para no quedarme embarazada. Quiere tener un bebé pronto y yo también lo deseo – Lola esbozó una tímida sonrisa ante la cara de estupefacción de su amiga – Nunca te lo dije, pero ese era uno de mis mayores anhelos... estoy comprometida con Héctor hasta ese punto y él conmigo también. Es el hombre perfecto para mí. Sólo tengo que arreglar ese problema y creo que no va a ser fácil.
- Cariño... me alegro mucho por vosotros...
- Lo sé. Mira Helena...sé que voy a tener un ataque de pánico en el momento más inesperado. Sé que Héctor va a cumplir su palabra y yo voy a quedarme sola. Sólo espero que cuando yo pueda ir a su lado, él aún esté dispuesto a todo conmigo.
- Lo estará... Lola... Estoy segura.
- Ojalá no te equivoques. Pero hay muchas mujeres preciosas sin los problemas que tengo yo...
- ¡Basta Lola!... Eso sí que no... Héctor es tu hombre y no va a mirar a nadie más. Te adora... cariño... no puede ocultarlo.
- ¿Te acuerdas cuando pensabas que Jack no iba a volver por ti?

Helena se estremeció al recordar aquellas semanas negras que ya casi había conseguido borrar de su mente, asintió ligeramente con la cabeza.

- Pues en este caso es al revés. Soy yo la que va a tener que volver a él. Entera, como él dice. No puedo negar que tiene razón, Juan tiene cautiva una parte de mí.

- Sabes que estaré contigo si es que eso sucede aunque, permítame que te lo diga, lo dudo mucho – Le aseguró Helena intentando tranquilizarla.

- Yo no lo dudo. Héctor es un hombre que se castiga a sí mismo si considera que ha hecho algo mal. Si piensa que me hace daño se va a ir. El caso es que no es él el que me hace daño, él es el hombre que siempre soñé, bueno, generoso, paciente. Soy yo la que me estoy haciendo daño a mí misma.

No les dio tiempo a más confidencias porque Héctor y Jack llegaron junto a ellas para escoltarlas hasta el porche trasero de la casa dónde iban a degustar la humeante paella que Carmen, la cocinera de los Anderson, ya estaba depositando en el centro de una mesa perfectamente dispuesta como siempre sucedía en aquella casa.

- Buenos días, chicos... - Les obsequió con una de sus maternales sonrisas – Espero que os guste.

- No lo dudes Carmen – le señaló Héctor frotándose la barriga. Sabía que cualquier cosa que hubiese preparado Carmen iba a satisfacer su gran apetito.

- Sentaos, por favor... - Jack le separó la silla a Helena mientras Héctor hacía lo propio con Lola. Cuando Helena se sentó, Jack se colocó tras ella y le tapó los ojos – Pequeña...cierra los ojos...

- ¡Jack!- Helena emitió un grito entre risas - ¿Qué haces?

- Tranquila preciosa... hay una sorpresa para ti.

- Ay Jack... otra vez... no puede ser... - A Helena aún le costaba recibir regalos de Jack, y ahora como su marido, no se cortaba ni un pelo en mimarla hasta el absurdo.

Lola observaba con una gran sonrisa la cara de pillo de Jack y la gran complicidad que había entre la pareja. Desprendían tanto amor que, en ocasiones, resultaba apabullante. Bajó la cabeza unos instantes, algo avergonzada de que pudiese quedar al descubierto su anhelo por conseguir lo que ellos tenían. Como siempre, con Héctor no fue posible esconderse. Acercó sus silla a la de ella y le acarició la nuca al tiempo que le susurraba al oído.

- Mi amor... sólo queda un pequeño pasito. No tengas miedo, no te avergüences de desear lo que ellos tienen. Tú también vas a tenerlo. Yo te adoro – Héctor la besó en la sien con mucha ternura.

Lola alzó la mirada algo insegura.

- ¿De verdad?

- Sí – Héctor le sonrió con dulzura – Más de lo que ahora puedas imaginar.

Su breve momento de intimidad se vio interrumpido por el sonido de los zuecos de Carmen golpeando las baldosas de barro del porche. Ambos observaron cómo posaba una bandeja delante de Helena, que, aún con los ojos tapados, fue capaz de adivinar su sorpresa.

- Empanada.... Huela a empanada gallega.... – Le separó las manos a Jack quien las posó en sus hombros con una gran sonrisa en el rostro – De bacalao con pasas... mi favorita... ¿Cómo lo has hecho?... Estas no se suelen hacer aquí en Madrid – Se le escapó una lágrima y rápidamente se la secó con su mano - ¡Qué boba soy!... Me emociono con una empanada... las hormonas... lo siento chicos....

Helena parecía no saber cómo detener su verborrea incesante y Jack salió en su ayuda besándola en la cabeza y abrazándola con ternura.

- Pequeña... no eres boba... Es el primer antojo que tienes. Hace días que me hablas de esta empanada y... ¡Maldita sea si voy a permitir que mi niño salga con un lunar en forma de empanada gallega!...

- ¿Niño?... – Lola aplaudió entusiasmada – ¿Ya sabemos que es un chico?

-¡Noooo! – Le aclaró Helena entre risas – Hasta la semana que viene no lo sabremos.

- Claro que sé que es un niño. Un Anderson. Eso dice mi padre. Que todas las mujeres Anderson traen al mundo un primogénito varón – Les aclaró Jack muy serio.

- Tío... - Héctor estaba muerto de risa – Y luego dices que yo tengo un troglodita interior... eso suena muy....

- Muy británico, Héctor... - lo cortó Helena – Suena como un duque que necesita un heredero... - hizo una mueca burlona – como sea niña les da un ataque.

Olvidando su prudencia habitual, Héctor posó su gran mano en el vientre de Lola y ésta casi se cae de espaldas al oír su declaración.

- Pues yo estaría encantado si aquí estuviese creciendo ya una Lola pequeñita... o dos... - les guiñó un ojo con una pícara sonrisa.

- ¿Dos?... – Helena no podía parar de reír ante el intenso sonrojo de Lola – Ay Lola... lo siento... definitivamente tú te has llevado al peor de los neandertales...

Sin perder la sonrisa todos se dispusieron a degustar la famosa empanada gallega que Jack estaba repartiendo. Lola miró a Héctor, no daba crédito ante la falta de pudor de éste al anunciar que podían estar esperando un bebé.

- ¿Gemelos?... Héctor... ¿Tenías que anunciarlo a bombo y platillo? Aún no sabemos nada...

Héctor la tranquilizó con un ligero beso en los labios y una gran sonrisa.

- Jack ya lo sabía, se lo he dicho antes y tú se lo has dicho a Helena... lo sé... porque son nuestra familia. Además, es posible que tengamos gemelos... en mi familia hay antecedentes.

- ¿Y me lo dices ahora? – Lola estaba un tanto histérica pensando en cómo iba a poder hacer frente a esa posibilidad.

- Mi vida... No te preocupes por eso... sólo es una posibilidad... además... si es así lo afrontaremos juntos...

Lola no pudo responderle lo que se le estaba pasando por la cabeza. No quería pensar en que cabía la posibilidad de que Héctor no estuviese junto a ella si todas las veces que habían hecho el amor daban el resultado esperado. Simplemente lo miró cautelosa mientras daba un ligero mordisco a la empanada.

- Está buenísima... - Lola miró a Helena que estaba comiendo a dos carrillos – Helena... madre mía... te encanta...

Helena asintió ante la sonrisa complacida de Jack. Héctor, en cambio, se quedó un tanto fastidiado al comprender cuál había sido el último pensamiento de Lola. Por una vez maldijo su locuacidad y sus ansias por atar a Lola a su lado a la mayor brevedad posible. Para él había quedado claro como el agua que ella daba por sentada esa separación de la que habían hablado. Ahora, viendo la barriga de Helena y a Jack exudando orgullo por los cuatro costados se preguntaba cómo cojones iba a ser él capaz de abandonar a Lola. Aún siendo consciente de que esa decisión iba a ser lo mejor para ambos, no había previsto la fuerza con la que estaba comenzando a desgarrársele el corazón con sólo imaginar la situación. Una suave caricia en su mejilla lo despertó de su pesadilla particular. Su preciosa mujer le sonreía con ternura y parecía haber comprendido su dolor.



- Cariño... por favor... disfrutemos del día. No te tortures más... me mata causarte tantas preocupaciones. Sé que, aunque me duela, harás lo correcto para los dos.

Lola quiso reconfortar a Héctor con sus palabras, sonaban razonables y maduras, lo que había pretendido al pronunciarlas. Eran una mentira. Y de las gordas. Su corazón lloraba a lágrima viva porque por fin veía que Héctor era consciente del infierno por el que ambos iban a pasar cuando cumpliera su promesa., y decía “cuando”, no “si” porque también había comprendido que, para poder conseguir lo que Jack y Helena tenían, iban a tener que sufrir los dos. Héctor besó su palma y la encerró en su gran mano posándola en la mesa. No iba a soltarla en toda la comida. Jack, percatándose de la incomodidad de Lola por el estado taciturno en el que Héctor se había sumido por unos instantes, consiguió hacerles olvidar todo al comenzar a contar anécdotas de sus correrías durante la época universitaria que provocaron que el ambiente mudase por completo.

Lola y Helena descansaban en unas tumbonas situadas a la sombra del jardín, ambas habían renunciado a tomarse un café tras declarar que, tras la exquisita tarta de chocolate que Carmen les había servido, no podían tomar nada más. Helena parecía dormitar mientras Lola procuraba dejar su mente en blanco por unos instantes. Estaban muy a gusto juntas y no necesitaban llenar el silencio con charlas intrascendentes. Cerró los ojos unos instantes y debió de quedarse dormida porque cuando volvió a abrirlos, tenía una ligera manta color arena tapando sus piernas desnudas. Miró a Helena quien le sonrió señalándole sus piernas también tapadas.

- Ha venido Héctor, primero te ha tapado a ti diciendo que podías enfriarte al quedarte dormida y luego me ha tapado a mí diciendo que el bebé tiene que estar calentito. Le he asegurado que el bebé tenía dentro de mí la temperatura adecuada – Elevó ambas cejas para enfatizar su discurso – Que sepas que me ha dicho que no se fiaba – Helena estalló en carcajadas – Lola... está loco por ti... si hubieses visto con que ternura te miraba mientras se aseguraba que no tuvieses frío...

- Lo sé... - reconoció Lola con una sonrisa – Es por eso por lo que estoy sufriendo. Es perfecto. Me trata como una princesa y yo no puedo darle todo lo que espera de mí.

- Mira Lola, yo no soy mucho de consejos... lo sabes, además no sé qué demonios puedo decir para ayudarte. Creo que no acabo de entender lo que os

pasa. Tras haber perdido a Jack durante un tiempo he de reconocer que, desde el día que nos volvimos a ver en el hospital, mi corazón no pudo atender las razones que mi mente repetía para no confiar. Por eso, lo único que te digo es que vuestros corazones se pertenecen y eso no entiende de distancias físicas.

Lola la miró. Helena era la franqueza personalizada, iba a agradecerle su apoyo cuando el vozarrón de un hombre que ambas conocían muy bien hizo que ambas girasen la cabeza hacia Carlos quien, con una gran sonrisa y los brazos extendidos se acercaba a ellas.

- ¿Dónde están mis chicas? – Carlos lucía una amplia sonrisa y venía dispuesto a pinchar a sus dos amigos en su punto más débil, sus mujeres.

Héctor y Jack pusieron los ojos en blanco al escucharlo. Ambos estaban sentados disfrutando del segundo café de su sobremesa. Desde sus asientos podían vigilar la siesta de sus mujeres y ahora, fingiendo contrariedad, observaban cómo Carlos desplegaba sus encantos ante ellas.

- Voy a partirle la cara un día de estos – Héctor se cruzó de brazos mirando a Jack.

- Si le toco un sólo pelo, Helena me pide el divorcio – Jack sonrió – Menos mal que ya es mía. El muy cabrón llegó a amenazarme con que se iba a quedar con ella si yo volvía a cagarla.

- No jodas.... – Reflexionó Héctor – Bueno, la verdad es que Carlos se volcó con Helena cuando todo se fue al garete.

- Todos lo hicisteis. Nunca voy a poder agradeceróslo como merecéis – Reconoció Jack con gesto taciturno recordando aquellas semanas tormentosas.

- Tío... olvídale – Héctor palmeó la espalda de Jack.

- No puedo olvidarlo Héctor. He estado pensando, en Lola, en ti. Puede ser que tengas razón, quizá os venga bien la distancia. No quiero que sufras con la incertidumbre como yo lo hice. La cuidaré como tú hiciste con Helena.

Héctor asintió con un nudo en la garganta. Estaba empezando a arrepentirse de haber lanzado esa promesa. Antes, cuando se levantó para tapar a una Lola dormida, su corazón sufrió un vuelco al imaginarla dormida, sola y vulnerable sin que él velase su sueño. Pero era un hombre fiel a su palabra y nunca podría ganarse el respeto de su futuro suegro si rompía su promesa. Desvió la mirada y el nudo se hizo más grande al comprobar la preciosa sonrisa con la que Lola

recibía a Carlos. Era un cabrón egoísta porque quería que esas sonrisas fuesen solo suyas. Ahora sintió que era Jack el que le palmeaba la espalda a él.

- ¿Recuerdas lo que me dijiste en Londres cuando supe que Carlos estaba ayudando a Helena? - Jack no esperó a conocer la respuesta – Voy a repetírtelo. Ni un pelo, Héctor. Lo sabes. Es un tío de fiar. Las respeta, las quiere... y le encanta sacarnos de quicio.

- Lo sé – Reconoció Héctor incorporándose – He puesto a Lola en sus manos y no me arrepiento. Es mi otro hermano, Jack. Venga, vamos allá. Debemos mantener intacta nuestra reputación de trogloditas.

Jack se carcajeó al escuchar a su amigo.

- A ti no va a costarte nada hacerlo.

Carlos estaba en cuclillas entre las dos tumbonas, con cada brazo rodeaba a una de las chicas y lucía su sonrisa más sincera para ellas.

- Estáis guapísimas... ¡Dios!... la primavera es lo más. Todos esos vestidos alegrándome la vista. ¿Cómo va el pequeño Anderson?

- Carlos... - le reconvino Lola con una sonrisa - ¿Tú también? Como al final sea niña...

- Jack no lo permitiría.... – Afirmó Carlos con rotundidad.

- ¿Y yo? – Preguntó Helena con una sonrisa - ¿No tengo nada que decir al respecto?

- Tú tienes que cuidarte para que mi hijo esté bien – Jack se sentó al lado de su mujer y apartó el brazo de Carlos – Suelta... pelmazo.... – Besó a Helena en los labios – Después haremos todas las niñas que quieras.

Carlos sonrió ante la mirada embobada que Helena le dirigía a Jack. Estaba feliz de haber contribuido a su historia de amor. Sintió que una gran mano apartaba su brazo de los hombros de Lola. El gruñido que acompañó el gesto le confirmó que Héctor estaba en plan troglodita otra vez. Recordando el desagradable incidente de la cafetería decidió no pincharlo más. Observó cómo Héctor no se limitaba a sentarse al lado de Lola, directamente la cogió en brazos para sentarla en su regazo. Sintió un extraño anhelo al ver como Lola se acurrucaba en el pecho de Héctor acariciándolo con su mejilla como si estuviese respirando paz. Rápidamente procedió a aplastar semejante pensamiento. ¡Qué cojones! Él no necesitaba atarse a una mujer tan pronto. Desconcertado, sacudió la cabeza como

para espabilarse. Dio gracias a Héctor por apelar a su profesionalidad con la pregunta que le formuló.

- Ya sé que es sábado pero... ¿Has sabido algo?

- Sí – Asintió con gesto serio – Hernández me ha llamado esta mañana. Luego os cuento.

- Por favor.... – Le rogó Lola – No me importa que hables delante de todos... al fin y al cabo, Helena también ha sufrido por mi culpa.

Tres voces la interrumpieron a la vez con sendas protestas.

- Lola... tú no tienes la culpa de nada – Le aseguró Jack.

- Ni se te ocurra volver a decir eso.... – Helena la regañó – Tú eres la mejor amiga que tengo...

- Lola... mi vida.... - Héctor la besó en la sien – Deja de asumir culpas que no te corresponden.

Lola encajó las protestas. Miró a Carlos, el único que se había mantenido en silencio.

- Nena... somos tus amigos. Todos estamos contigo. Ahora no estás sola frente a él. La cosa funciona así. Nosotros te protegemos a ti, no al revés. Apenas te quedan fuerzas y tienes que mantenerte en pie porque serán unas semanas muy duras.

Todos mantuvieron silencio porque el abogado había verbalizado los pensamientos de todos los presentes. Helena rompió la tensión para que Lola pudiese relajarse un poco. Iba a reventar con la presión que estaba acumulando.

- Ese es mi jefe – Le sonrió a Carlos con dulzura – Venga... danos alguna noticia buena.

- La buena noticia es que El Pecas ha involucrado a Juan con el asalto a tu apartamento. Al parecer, le ordenó entrar en el tuyo porque no se atrevió con el de Lola.

Héctor ahogó una maldición. Lola había comenzado a temblar. Cogió la manta descartada a los pies de la tumbona y volvió a cubrirle las piernas.

- ¿Podemos ir ya por él? – Preguntó Jack. Estaba deseando que Helena olvidase todo aquello.

- Sí y no. El Pecas ha accedido a convertirse en un informador de la policía. Al parecer está confirmando una por una las sospechas de los agentes de la UDEV. Quieren utilizarlo para planificar el golpe final a la red de tráfico de sustancias dopantes.

- ¿Cómo van a hacerlo? – Héctor también estaba ansioso por terminar con el exmarido de Lola.

- Van a soltarlo para que siga haciendo recados para Juan. Al parecer el Pecas vive de las propinas que Juan le da por hacer de recadero. No es tonto y sabe que la paliza que le han dado es un aviso de Juan para que mantenga la boca cerrada. Ya han identificado al topo de la Guardia Civil, gracias a su chivatazo, Juan supo que El Pecas había dejado huellas por todo el apartamento y quiso advertirlo para que no lo delatase. Es el cebo que van a utilizar, van a fingir que El Pecas ha asumido toda la responsabilidad en el asalto y que está libre a la espera de juicio.

- ¿Cuánto tiempo podemos estar así? – Lola tenía el estómago revuelto y sólo pudo formular su pregunta con un hilo de voz apenas audible.

- No mucho – Carlos quiso tranquilizarla – Al parecer están coordinando un par de detalles para que la operación no se caiga por cualquier pequeño descuido. Tienen que solicitar algunas órdenes de registro y coordinarlo todo muy bien para que no se destruyan pruebas.

- Ya casi está, mi amor – le susurró Héctor al oído para que nadie lo oyese.

- Muy bien – Jack mostró su conformidad – En el momento que esté detenido quiero que presentes una solicitud para que no pueda acercarse a Helena.

- Tranquilos... presentaremos entonces todas las solicitudes, las denuncias de Lola... Todo... nadie nos ha pedido que no lo hagamos, nos han pedido que esperemos para no levantar la liebre – Miró a Lola – Tienes que estar tranquila Lola. No tiene escapatoria.

- Ojalá sea así – contestó Lola con voz temblorosa - ¿Qué tengo que hacer mientras tanto?

- Seguir con tu vida, con nuestro plan. Gus con vosotras en el trabajo y poco más. Si necesitan algo o si sucede algo que nos afecte nos llamarán. Me han dicho que te asegure que seguirán pendientes de la peluquería. Que estés tranquila.

- Estaré tranquila cuando sepa que está encerrado – Le aseguró Lola – Mientras tanto... no puedo evitar preocuparme.

Nadie fue capaz de contradecirla. En el fondo todos iban a preocuparse hasta que el exmarido de Lola estuviese detenido. En ese momento, tácitamente, y con una simple mirada los tres hombres decidieron abandonar el tema y ofrecerles a las mujeres una relajada tarde primaveral entre amigos. Se enfrascaron en una reñida partida de Trivial y cuando se dieron cuenta Carmen los estaba convocando para cenar.

Casi era medianoche cuando regresaron a casa. Héctor siguió a Lola hasta el vestidor y la observó mientras se descalzaba. Habían pasado un día agradable, les había venido bien estar rodeados de amigos, sin embargo él tenía una sensación agridulce. El haber estado con Jack y Helena comprobando de primera mano lo que él podía tener en un futuro le había generado un ansia viva por acelerarlo todo. Por poder llamar suya a Lola, por acariciar su barriga abultada tal y como había visto hacer a Jack. La promesa que había hecho ahora le pesaba como una losa sobre los hombros.

- ¿Estás bien? – Lola estaba observando el gesto pensativo que se había instalado en el rostro de Héctor desde el momento en el que se sentó en el sillón del vestidor.

Héctor la miró. Era preciosa. Casi era suya. Casi. La palabra que lo reconcomía por dentro.

- Ven aquí – Le tendió la mano.

Lola cogió su mano y se vio sentada en su regazo.

- No me has contestado. Estás muy pensativo....

- Lola... - Acarició su pelo con dulzura – Me estoy arrepintiendo...

A Lola el corazón le comenzó a latir muy deprisa. ¿Arrepentido? ¿De estar con ella? No le dejó explicarse.

- ¿De estar conmigo? – consiguió que no le temblase la voz.

- No. No seas boba – Le sonrió tranquilizador y la besó con dulzura en los labios – Estoy arrepentido de haber hecho una promesa que no quiero cumplir.

Lola se tranquilizó un poco, aun así lo miró cautelosa.

- Me has hecho dos promesas.

- Sí.

- ¿Cuál no quieres cumplir? – Lola preguntó con un hilo de voz.

- Ninguna – Héctor la sostuvo por la barbilla para enfrentar sus preciosos ojos azules – Ninguna. No quiero alejarme de ti y quiero pedirte que seas mi mujer.

- Héctor.... – Lola estaba desconcertada. Héctor era un hombre de palabra. No sabía a qué atenerse si él comenzaba a flaquear.

- Lo sé mi vida.... - La besó con dulzura en los labios – No quiero hacerlo pero lo haré. Respetaré mis promesas. Si traiciono mi palabra... ¿Cómo vas a creerme cuando prometa cuidarte en las alegrías y en las penas?

Pura lógica. Lola no respondió, simplemente recostó la cabeza en su hombro pensando en que la lógica no le serviría de mucho cuando se viese sola sin el soporte de Héctor.

- ¿Qué piensas Lola? – Héctor quería saber el motivo de su silencio.

Lola se revolvió en su regazo y le rodeó el cuello con sus brazos.

- Quiero que nos vayamos a la cama ahora. Quiero tener muchos recuerdos juntos para cuando tenga que pasar las noches sin ti.

Volvió el nudo a la garganta de Héctor. Tragó saliva para intentar deshacerlo. Lola se resignaba a la separación y no sabía si debía alegrarse por ello. Ese reconocimiento les obligaba a ambos a vivir su historia de amor como una cuenta atrás.

- Lola... mi amor.... – Se levantó con ella en brazos y la llevó hasta la cama – Si encuentro otra manera de hacerlo... de librarte de tus miedos... ¡Joder!... Te quiero. Bonita, sólo ten presente eso. Te quiero.

Lola asintió mientras tumbada en la cama se dejaba desnudar por un Héctor que parecía querer arrancarle la ropa a tirones. No tardó nada en estar desnuda y en menos tiempo Héctor ya estaba también desnudo y dentro de ella. Lola sabía que estaba haciéndole el amor de manera desesperada. Desgarrado, como si fuesen a separarse mañana mismo. Ella intentó tranquilizarlo acariciándolo por todas las partes a las que llegaban sus manos. Previendo un rápido final Héctor se arrodilló sin salir de ella y la sostuvo por las caderas elevándola para facilitar sus movimientos, con movimientos rotatorios y penetrándola con profundidad consiguió llevarla al orgasmo apenas unos segundos antes de caer desplomado sobre ella mientras se vaciaba en su interior.

- Te quiero Héctor – Lola lo besó en el hombro – Soy yo la que tiene que encontrar la manera de ser libre para ti. Cariño... no hablemos más de este tema. Nos estamos destruyendo poco a poco cada vez que lo hacemos. Simplemente vivamos. Lo que tenga que venir vendrá.

- Eres un sol, Lola – Héctor la acurrucó bajo las sábanas – Estoy de acuerdo mi vida... descansa. Mañana vaguaremos todo el día en casa. No quiero compartirte con nadie el último día de tus vacaciones.

Los dos omitieron que aquello eran unas vacaciones forzadas y se durmieron anhelando haber pasado ya la crisis que ambos daban por segura.

\*\*\* \_ \*\*\*



## CAPITULO 13

*“En un bosque se bifurcaron dos caminos, y yo... Yo tomé el menos transitado. Esto marcó toda la diferencia.”*

*Robert Frost*

Vestida con el uniforme morado de la peluquería Lola observaba con los ojos como platos otro de los desayunos de campeones que Héctor había dispuesto sobre la mesa de la cocina. Zumo de naranja, tostadas, mantequilla y mermelada de frutos rojos, un plato con pavo y queso fresco, un cuenco con plátano y fresas troceadas, café y su té favorito para desayunar, English Breakfast.

- ¿A quién has invitado a desayunar? – le preguntó irónica.

Héctor la cogió de la mano y le separó la silla para que se sentase, decidió seguirle la broma.

- A una chica preciosa que me tiene loco. Tiene que desayunar fuerte porque le espera un largo día de trabajo – La besó en la cabeza – Tienes que tomar un poco de todo.

- Voy a ponerme gorda como una vaca si desayuno así todos los días.

- Tonterías – Héctor comenzó a rellenarle un plato con un poco de cada cosa – Te he visto salir de casa decenas de veces con apenas un té y un par de galletas. Eso se acabó.

- Vale, vale.... – Lola admitió su derrota – Sé que soy un poco vaga para el desayuno... Gracias por prepararlo para mí. Mañana te prometo que lo haré yo.

- Pues va a ser que no – Le respondió Héctor mientras daba cuenta de la fruta – El desayuno va a ser cosa mía de aquí en adelante, y puede que la cena también...

-¿Y qué se supone que debo hacer yo en casa? – Lola estaba alucinando, quería contribuir algo a las tareas propias del hogar – Tienes una asistenta que viene a limpiar y hace la colada, vas a hacerme el desayuno y la cena...

- Tú tarea en casa es estar tranquila y feliz, ya te dije que voy a cuidarte. No pretenderás ponerte a cocinar cuando vuelvas de trabajar habiendo estado todo el día de pie en la peluquería – Héctor veía absurdas las objeciones de Lola.

- Mucha gente lo hace... – Lola no quería empezar una discusión pero tampoco iba a quedarse de brazos cruzados – Cuando podamos comer en casa a mediodía

yo cocinaré y también quiero hacer la cena de vez en cuando... el desayuno me da igual... prefiero estar cinco minutos más acurrucada en cama...

Héctor la miró con una gran sonrisa en la cara. Lola estaba discutiendo con él. Estaba dejando clara su postura sin el más mínimo miedo a contrariarlo. Había sido algo totalmente espontáneo e inesperado. Tal vez, rogaba que así fuera, no fuese necesario tomar medidas tan drásticas como las que había prometido.

-¿Te hago gracia? – Lola estaba enfurruñada.

- Me haces inmensamente feliz – Le acarició la mejilla – Estoy de acuerdo. Así haremos. ¿Te das cuenta que me has llevado la contraria?

Lola se refugió en la caricia de Héctor y abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que había hecho. Nunca, desde el primer incidente una vez casados, había vuelto a contradecir a Juan. Le tembló la mano con la que sujetaba el tenedor con una fresa pinchada.

- Come... Bonita... no habrías podido hacerme un regalo mejor para comenzar la semana.

- No me he dado cuenta... no he pensado antes de hablar.

- Lo sé – Héctor no podía ni quería borrar la sonrisa de su cara – Es una buena señal, te sientes en casa, relajada, segura y... simplemente has sido tú.

- Tal vez.... – Lola temía verbalizar su esperanza.

- Paso a paso... mi vida.... – Le recordó el acuerdo al que habían llegado la noche anterior – No hablaremos de ello.

Tras dejar a Lola en la peluquería y asegurarse de que Gus ya estaba con ellas, Héctor acudió al despacho que tenía en el Chances, su local principal. A esas horas de la mañana los empleados de la empresa de limpieza eran los únicos moradores del local. Los saludó con amabilidad, eran muy eficientes y cada mañana dejaban el local como los chorros del oro preparado para la siguiente noche de fiesta. La consecuencia de haberse tomado la última semana libre era que tenía la mesa repleta de notas que atender y llamadas que debía devolver. Tenía unos cuantos mails urgentes que responder de algunos de sus proveedores y lo hizo con eficacia aprovechando el silencio que lo rodeaba. No se arrepentía de estar ahora desbordado de trabajo al haberse ausentado. Saber que a última hora de la tarde recogería a Lola en la peluquería y que juntos volverían a casa era la mejor recompensa al arduo día de trabajo que lo esperaba. Llevaba casi

dos horas delante del ordenador cuando una llamada de teléfono lo obligó a hacer un descanso. Era Paul, se recostó en su silla sonriendo mientras respondía la llamada. Paul, el lord británico amigo de Jack, se había convertido en un buen amigo para Héctor pese a lo reciente de su relación. Se habían conocido con anterioridad, pero realmente habían intimado cuando, un par de meses atrás, Héctor había volado a Londres para presentarse en la mansión de Paul con la firme intención de hacer reaccionar a Jack y traérselo de vuelta a Madrid para que enmendase el grave error que había cometido con Helena. No hizo falta presionarlo mucho, de hecho, recordaba con cierto apuro el momento el que su amigo se había derrumbado delante de ellos, Paul y Héctor se habían apresurado a abandonar el salón dejando a un desconsolado Jack llorando como un crío en brazos de una embarazadísima Susan, la mujer de Paul. Recordó también las largas conversaciones que había tenido con Paul ese día, Jack había desaparecido por la mañana sin decir a dónde iba y volvió avanzada la tarde con una resaca de mil demonios. Durante esas charlas ambos hombres encontraron un punto de interés común. Paul estaba interesado en abrir un local nocturno en Londres, pero era un sector totalmente ajeno a los negocios que habitualmente gestionaba, así que le había pedido asesoramiento a Héctor, quien, buscando siempre oportunidades de expandir su negocio le habló a Paul de lo que haría él en su lugar en una ciudad tan cosmopolita como la londinense. Paul debió de quedar impresionado por las ideas de Héctor porque no tardó mucho en ofrecerle la posibilidad de asociarse en un proyecto común. Héctor tampoco lo pensó demasiado. Desembarcar internacionalmente en Londres y de la mano de una persona de la alta sociedad como era Paul hacía que el riesgo de fracaso del proyecto se redujese. Desde aquel día no habían vuelto a verse, se habían intercambiado unos cuantos correos electrónicos sobre las características que debería tener el local perfecto. Habían acordado verse en la boda de Jack, pero finalmente Paul no había podido viajar a Madrid ya que su esposa Susan había dado a luz a una preciosa niña, la segunda de los hijos del matrimonio. Héctor lo había felicitado y le había enviado un gran ramo de flores a Susan y un pequeño oso rosa para Catherine, la niña de los ojos de Paul.

- Good mornig, Paul... What a surprise!

- Buenos días Héctor – Paul le respondió en un perfecto castellano – Déjame practicar contigo mi español por favor... con Jack es imposible hacerlo.

- Ok. Tú mandas. ¿Qué tal todo? ¿Cómo va Susan y los niños?

- Genial... El pequeño Paul está poniéndonos un poco difícil... ya sabes, es el rey destronado. Susan está haciendo lo que puede por dividirse entre los dos y mi pequeña Cat... me tiene loco... Es la cosa más bonita que he hecho en mi vida...

Héctor sintió una punzada de envidia por la estampa familiar que describía Paul. Ojalá pronto él pudiese mantener una conversación similar con sus amigos.

- Me alegro mucho. Dale un abrazo de mi parte. ¿Qué puedo hacer por ti?

- Así lo haré. Bien, el motivo de mi llamada es sencillo, he seguido tus indicaciones y puede ser que haya encontrado el local perfecto para nuestro proyecto. Está en un barrio histórico y considero que es una excelente elección ya que está bastante cerca de la City y lo bastante alejado de los barrios residenciales a cuyos vecinos les podría molestar un local nocturno.

-¿Y semejante joya en Londres está libre para nosotros? Con la falta de espacio en la ciudad parece difícil de creer – Héctor sabía que dos meses era un tiempo relativamente corto para haber encontrado un local disponible y con tan buena proyección como el que Paul estaba describiendo.

- La clave son los contactos Héctor y, como sabes, yo los tengo. Sólo he tenido que dejar caer mis intenciones en las reuniones sociales adecuadas y mi agente ha recibido varias propuestas en este tiempo. No he necesitado hablar contigo para descartarlas, sin embargo, este local es diferente.

- Ya veo.

- Escucha, me gustaría que pudieses venir cuanto antes a Londres para verlo. He conseguido que no salga al mercado hasta que yo tome una decisión. Me han dado dos o tres semanas de margen para cerrar la operación.

- ¿Me hablas de comprar? Eso son palabras mayores... Un local en Londres...

- Lo entiendo. Si es el adecuado voy a comprar el local, no pretendo que tú te hagas cargo de la mitad de la operación.

- Todo es cuestión de estudiarlo.

- Pues eso haremos, si encaja en tu presupuesto de inversión lo compramos juntos. De lo contrario, yo me hago cargo y lo pongo a disposición de la sociedad.

- De acuerdo, son cuestiones en las que no merece la pena perder el tiempo hasta

ver el local.

- ¿Cuándo puedes estar aquí?

Héctor se recostó en el sillón cerrando los ojos y pensando a toda velocidad. Era una putada. Necesitaba ir a Londres, no quería perder la oportunidad de negocio, pero al mismo tiempo no quería dejar sola a Lola tan pronto a pesar de que, si él salía de viaje, Gus no se iba a despegar de su lado. Tal vez con un par de días fuese suficiente. Le debía a Paul una explicación sincera, sobre todo si de ahora en adelante iban a ser socios.

- Escucha Paul. Si pudiese viajar dentro de dos semanas ¿sería suficiente?

- Supongo que sí. No habrá problemas, sin embargo, pensé que volarías esta misma semana.

- Lo haría si pudiera... pero tengo un gran problema entre las manos – Héctor procedió a poner al día a Paul de los pormenores de su situación con Lola esperando que el inglés se hiciese cargo y comprendiese su dilema.

- Vaya lío... Lo entiendo Héctor. No habrá problema. Llámame en cuanto cojas el vuelo, pasaré a recogerte y haremos las gestiones que necesitemos lo más rápido posible.

- No te imaginas lo que te lo agradezco Paul. Es importante para mí estar seguro de que Lola estará bien.

- Tranquilo... Pediré que nos envíen unas fotos del local y podemos empezar a trabajar sobre ellas.

- Me parece perfecto. Tengo unas cuantas ideas en la cabeza y, si veo que encajan, te iré comentando mis impresiones por correo electrónico.

- Ok. Saluda a Jack de mi parte. Susan y yo estamos deseando conocer a Helena. Espero que podamos viajar en un par de meses.

- Los saludaré de tu parte. Está como loco por saber si el bebé será niño o niña.

- Será niño – Aseguró Paul sin dudarlo.

- Ingleses... - Lo vaciló Héctor con socarronería – Vivís según normas de hace siglos...

- Y nos va así de bien. Me despido Héctor, me entra otra llamada.

- Hablamos Paul.

Héctor colgó el teléfono agradecido de que Paul fuese un tipo comprensivo con el asunto de Lola. Aunque desconocía la historia, sabía por Jack que él también había tenido lo suyo para conquistar a Susan. Parecía ser que los celos de Paul casi destruyen la relación, en cambio, una vez superados los problemas eran una pareja perfecta, como Jack y Helena. Una vez más deseó poder dar un salto en el tiempo para volver a aparecer en el momento exacto en el que Lola estuviese delante del altar diciéndole “sí quiero”.

El resto de la semana se instaló entre la pareja una sencilla rutina en la que apenas hubo sobresaltos. Las visitas a la peluquería de hombres solicitando un “final feliz” fueron disminuyendo hasta prácticamente desaparecer. Héctor no podía evitar burlarse de Gus cada tarde cuando acudía a recoger a Lola tras el trabajo. El chico había sido adoptado por una decena de abuelas del barrio que a diario lo visitaban para llevarle algún dulce casero alegando que un muchacho tan grande necesitaba alimentarse bien. Tenían miedo de que dejase a las chicas solas y trataban de conquistarlo a través del estómago. Gus se dejaba hacer y aseguraba quemar cada noche en el gimnasio todas las calorías de más ingeridas a lo largo del día. Lola estaba relajada y comenzaba a pensar que un futuro sin grandes sobresaltos, lo que siempre había sido su objetivo, podría ser posible. Héctor trabajaba en la gestión de sus negocios las mismas horas que Lola estaba en la peluquería. Lola sabía que debido a la semana que se había tomado libre tenía mucho trabajo pendiente. No habían podido comer juntos ningún día de la semana y, a pesar de que Lola lo extrañaba muchísimo, no intentó que cambiase sus planes. Le gustaba que fuese un hombre serio y trabajador y estaba realmente sorprendida del ingente trabajo que requería llevar cuatro locales de copas. Cualquiera hubiese pensado que era algo mucho más sencillo. Quizá el éxito de Héctor se debiese a esa dedicación. Lola se veía recompensada cada noche teniendo a Héctor sólo para ella y dedicado en cuerpo y alma a hacerle la vida más fácil. Vigilaba su descanso como una madre preocupada. Alguna vez le había insinuado que reposase en el sofá nada más llegar del trabajo, Lola sabía que Héctor pensaba en un posible embarazo y se le llenaba el corazón de ternura al pensar lo mal que lo iba a pasar si la posibilidad se convertía en realidad, estaba segura de que iba a intentar meterla en una burbuja para evitar cualquier riesgo. Esa realidad era cada vez más cercana, por lo menos, estaban comprando todos los boletos para el sorteo. Cada noche hacían el amor. Héctor era muy apasionado unos días y tierno hasta el extremo otros, de tal manera, que Lola se sentía la mujer más amada, protegida y mimada de la faz de la tierra.

El sábado a mediodía, tras despedir a su última clienta y recoger el local, Lola estaba esperando con Gus a que Héctor pasase a recogerla. A pesar de que Isabel se había resistido, la envió para casa para que disfrutase con sus hijos del fin de semana en cuanto pudo atender ella sola a las últimas clientas. Era una manera de agradecerle la dedicación al trabajo y el apoyo moral con el que Isabel se estaba ganando el corazón de su jefa. Héctor aparcó en doble fila y Gus se apresuró a ayudarla a cerrar la verja, la acompañó hasta el coche y le abrió la puerta sosteniéndola por el brazo mientras se subía.

- Todo controlado jefe. Un único desgraciado... pan comido – Se sopló los dedos con chulería.

- Gracias Gus – Héctor estaba pensando en gratificar de manera especial a Gus por la tranquilidad que le aportaba el saberlo cuidando de Lola – Disfruta del fin de semana.

- Eso haré jefe.... – Se despidió con un saludo militar – Nos vemos el lunes.

- Cuídate Gus. Gracias por todo – Lola lo despidió con una gran sonrisa. Le había cogido mucho cariño e iba a echarlo de menos cuando todo terminase.

Lola observó que Héctor se dirigía a una de las salidas de Madrid, concretamente a la que se dirigía a Toledo.

- ¿Has comido? – Se interesó Héctor.

- Sí – Lola ya se había acostumbrado a la pregunta. Héctor siempre se preocupaba por su alimentación, en realidad se preocupaba por todo su bienestar y era una gran diferencia respecto a su anterior experiencia – Hemos pedido una pizza.

- ¿Estás cansada? ¿Te duelen las piernas? – Héctor acarició su muslo por encima del vaquero que Lola llevaba puesto. Estaba preciosa incluso con una sencilla camiseta blanca y unas deportivas negras.

- Pues la verdad es que sí. Los fines de semana son una locura. Empiezan las bodas y las comuniones. Estos meses trabajamos muy bien.

- Me alegro – Héctor siguió acariciando su muslo – Puedes recostarte en el asiento y echar una pequeña siesta. Nos queda una horita de camino.

- ¿Una horita? ¿A dónde vamos?

- A Toledo. He hablado con tu madre. Recuerda que les he prometido que te

llevaría a menudo. Volveremos mañana a la noche.

- Oh...Vale – Lola estaba sin palabras. Le apetecía ver a sus padres – Pero... no he hecho la maleta.

- Yo la he hecho por tí – Héctor le sonrió con dulzura – Nos alojaremos en el Palacio Buenavista. Tenemos la tarde libre hasta la cena. He reservado mesa para los cuatro.

- ¡Héctor!... – Lola se incorporó para protestar – Es el mejor hotel de Toledo... es carísimo...

Héctor sonrió ante la objeción de Lola. Lo que tenía más que claro es que su futura mujer no era nada interesada, al contrario, le daba un apuro tremendo el que Héctor se gastase su dinero en ella. Pues iba lista. Tendría que empezar a acostumbrarse, su holgada posición económica le permitía disfrutar de ese hotel y de muchas otras cosas que tenía pensado para ella en cuanto Lola levantase el veto que le había impuesto. Era consciente de que todo lo que tenía, sin Lola, carecía de sentido. Cambiaría sin dudar el saldo de su cuenta bancaria por una vida austera con Lola. Afortunadamente, no era el caso. Nunca había sido un derrochador y había llegado la hora de empezar a disfrutar un poco de los beneficios de tantos años de esfuerzo.

- ¿De veras? – Héctor decidió fingir sorpresa – Vaya... ¿Entonces debo anular la reserva?

Lola lo miró desconcertada. ¿Qué debía contestar? No sabía si Héctor estaba bromeando o realmente sería demasiado pasar la noche en ese hotel tan maravilloso del que tanto había oído hablar pero nunca había visitado. Comenzó a angustiarse al dudar lo que debía responder. Recordó como Helena le había hablado de los enfados de Jack cuando ésta sacaba a relucir de manera inconsciente las diferencias económicas entre ambos.

Héctor comenzó a maldecir para sí al percatarse de la angustia de su preciosa mujer. Ni una sola vez en toda la semana había aparecido esa expresión en su rostro. Parecía que Lola iba a dar un paso atrás en apenas unos instantes. Afortunadamente apareció ante él la salida hacia un área de servicio y la tomó sin dudar. Aparcó el coche a la sombra de unos árboles y se bajó con rapidez. No había nadie más en esa zona y realmente agradecía no tener público para hacer lo que tenía que hacer. Abrió la puerta de Lola y se inclinó sobre ella para sacarle el cinturón.



- Baja bonita.... – La sostuvo de la mano mientras una Lola muy dócil bajaba del coche.

Lola agradeció el cambio de ambiente, hacía calor pero a la sombra de aquellos árboles el aire era puro y reconfortante, sin embargo, no lo era tanto como el pecho de Héctor contra el que se vio empujada dentro de un gran abrazo. Apoyó su mejilla en el polo gris de Héctor e inhaló su aroma. El efecto fue el esperado. Todos sus músculos se fueron destensando uno por uno. Héctor debió de percibirlo. Porque apenas la apartó unos centímetros para adoptar su postura favorita para hablar. Las manos entrelazadas a su espalda encerrándola en sus brazos.

- ¿Mejor? – Héctor le preguntó con voz suave contento de haber atajado con cierta rapidez el amago de ataque de ansiedad de Lola.

Lola asintió y apoyó sus manos en sus bíceps repasándolos con una suave caricia.

- Lo siento.... – Estaba arrepentida de su reacción.

- No me pidas disculpas... No has tenido ni un episodio en toda la semana... No pasa nada...

- Eres tan bueno conmigo.... – Lola hizo una mueca – No te merezco...

- Soy yo el que no estoy seguro de merecerte... - La besó con dulzura en los labios – Pero soy afortunado de poder pasar un perfecto fin de semana contigo, en una preciosa habitación de hotel que... – la soltó para sostenerla por la nuca y evitar que le rehuyese la mirada – por fortuna nos podemos permitir sin tener que escatimar en nada de lo que nos apetezca hacer, ya sea cenar con tus padres, hacer algunas compras o simplemente disfrutar de la fantástica suite en la que vamos a descansar. Dime que sí... mi vida... si quieres nos iremos a la pensión más cutre que pueda encontrar – Fingió un escalofrío de disgusto – Mi amor... no me rechaces por mi dinero.

Fue un puñetazo en el corazón de Lola. Las mismas palabras que Jack le había dirigido a Helena. La misma injusticia que ambas habían cometido contra aquellos hombres increíbles que había entrado en su vida. Echarles en cara lo que tenían. Héctor había trabajado como un mulo toda la semana para poner sus asuntos al día. No merecía esa reacción.

- Cariño.... – Le acarició la mejilla – Me encantará disfrutar contigo de esa suite.

Dicen que es un hotel precioso. Gracias por llevarme a ver a mis padres.

La gran sonrisa que iluminó el rostro de Héctor le llenó el corazón de alegría. Eran tan sencillo hacerlo feliz, pedía tan poco, que era un crimen no dárselo. Se puso de puntillas y alzó sus brazos para rodear su cuello y acariciar el corto cabello de su nuca. Acercó sus labios a los suyos y lo besó. Héctor la atrajo contra sí y transformó el dulce beso en un apasionado baile de lenguas que hizo que su miembro despertase a la vida. Lola notó su erección contra el vientre y se excitó. Emitió un suave jadeo y consiguió apartarse lo suficiente para mirarlo a los ojos negros que estaban velados por la pasión contenida.

- No podemos...

- No – Héctor apretó la mandíbula – Aquí no. Vamos, sube al coche y hazme el favor de echarte una buena siesta. En cuanto llegemos a la habitación te quiero desnuda en la cama y no voy a conformarme con otra cosa.

Lola tragó saliva. Estaba ansiosa y excitada por el placer que prometía la dura expresión de Héctor. Recibió una palmada en el trasero mientras se subía al coche. Estaba segura de que no iba a poder conciliar el sueño. Se equivocó. Se durmió como un bebé apenas cinco minutos después. Cuando se despertó, ya estaban circulando por las cercanías del hotel. Lola no dejó de admirar el Palacio de Buenavista durante todo el tiempo que les llevó realizar el check in. Era un edificio del siglo XVI, se decía que lo había diseñado nada más y nada menos que el Greco. Tenía unas vistas panorámicas y privilegiadas del casco histórico de Toledo. Alguna clienta suya se había alojado allí para su boda y le había hablado maravillas de su Spa y de los jardines donde había ordenado servir los aperitivos. Su padre había acudido a alguna convención allí y también hablaba muy bien de las instalaciones y de su restaurante. Héctor la cogió de la mano mientras eran acompañados por un amable botones que se encargó de llevar la única maleta que portaba la pareja. Lola barruntaba si Héctor habría sido capaz de coordinar mínimamente la ropa que había introducido en esa maleta.

- Ahora les enseñaré su habitación.

- Es muy amable pero no será necesario – Héctor interrumpió al botones quien lo miró contrariado por no poder llevar a cabo parte de sus funciones que consistían en explicarles a los clientes los detalles de la habitación. Con expresión resignada aceptó con discreción el billete que le ofreció – Muchas gracias.

- Muy bien, si necesitan algo, no duden en avisarnos.

Lola observó con una sonrisa el rostro impaciente de Héctor mientras la tomaba de nuevo de la mano para introducirla en la habitación y cerrar la puerta con rapidez. Fue entonces cuando Lola se quedó literalmente sin palabras al ver la clase de habitación que había reservado Héctor. No sabía si el resto de las habitaciones del hotel eran similares pero aquello era, de lejos, lo más lujoso que Lola había visto en su vida. Las paredes beige tenían un zócalo de madera muy oscura, casi negra, que rodeaba la habitación. Tenían un sofá a su disposición coronado por un cuadro abstracto de colores neutros y los muebles eran de corte clásico, lujosos y de madera oscura. Había un escritorio bastante cómodo en un extremo de la habitación. Incluso le pareció ver una cafetera con servicio de café a su disposición. Su vista pasó rápidamente por toda la estancia y dos cosas atrajeron su mirada, ya no vio nada más. La enorme cama, con su cabecero tapizado y su ropa extremadamente blanca estaba llena de pétalos de rosa blancos y rojos. A sus pies, en una pequeña mesa se enfriaba una botella de cava, a su lado, dos copas y un sencillo jarrón con una única rosa blanca. Dio unos pasos hacia ella y se detuvo sin saber qué hacer. Se volvió hacia Héctor que la miró con una de sus sonrisas canallas y enarcó una ceja interrogante.

- ¿Te gusta? – Héctor quería parecer muy seguro de sí mismo. No lo estaba. Tenía muy presente que su exmarido la había llevado a París y podía imaginarse la clase de hotel en el que se habían alojado. No tenía intención de enzarzarse en una competición con él, sobre todo porque no existía tal competición, sin embargo, no podía evitar sentir una pequeña punzada de celos por no ser el primero para Lola en muchas cosas.

- Es preciosa... - Lola lo miró temblorosa – Es la habitación más bonita en la que jamás he estado.

- No es París – Héctor dudó de las palabras de Lola y odió sonar inseguro.

Lola abrió la boca sorprendida por la declaración de Héctor. Le dio pena que en esos momentos estuviese pensando en ella y su exmarido durante su petición de mano en un hotel en París. Aquel hotel había sido excesivamente moderno y minimalista para el gusto de Lola. Héctor no lo sabía. A pesar de que le había dicho que no iba a intentar superar lo que Juan había hecho entonces, parecía que no era del todo cierto. Ella quería acabar con aquello ya. No pudo evitar que su voz sonase apesadumbrada.

- No. Tienes razón. No es París. Una ciudad que no conozco. Sólo estuve dentro de un frío y moderno hotel. No pisé las calles. Fue una visita de una noche. A la

mañana siguiente nos volvimos a Madrid.

- Lo siento. Lola... no quería.... – Héctor trató de disculparse.

- Sí Héctor, sí querías. Querías saber. Quieres saber si esta habitación es mejor que la de París. Lo es. Por muchos motivos. El primero es que estoy en Toledo. En casa. Me encanta Toledo. El segundo es que es una habitación muy romántica, clásica, en un palacio. Como una princesa ¿recuerdas?...El tercer motivo eres tú. Tú la has reservado pensando en mí. Has cumplido la promesa que le hiciste a mi madre de que los visitaríamos pronto. Tú estás en la habitación conmigo y... – Tomó aire para soltar de un tirón lo más importante – Todo lo que vayas a decirme entre estas paredes será verdad. Serán palabras bonitas que te saldrán del corazón, pero no serán palabras bonitas destinadas a deslumbrarme y que no volveré a oír nunca más de tus labios. Por favor... no intentes competir... ¿No ves que te pones a su altura? ¿Acaso crees que si no pudieses permitirte reservar este hotel para nosotros no estaría contigo? ¿Es eso?... Creí haber dejado claro que no me importa tu dinero. Héctor... eres tú. Me importas tú. Quiero estar contigo, aquí o en un pequeño hostel. Eres tú....

Lola le dio la espalda con tristeza. La expresión de su rostro le partió el corazón a Héctor. Su macho neandertal estaba escondido en su cueva arrepentido de haber iniciado una competición para ver qué hombre de la manada meaba más lejos. La vio tomar el pétalo de una rosa y acariciarlo entre sus dedos. Tomó aire dispuesto a arrastrarse por toda la habitación para disculparse y se acercó a ella muy despacio. Posó sus grandes manos en los hombros de Lola y los acarició. Se agachó y la besó en el cuello, la sintió estremecer y dio gracias al cielo de que no lo rechazase. La volvió a besar en el otro lado.

- Lo siento... mi amor.... – Le susurró en al oído – No volverá a pasar... lo prometo.

Lola suspiró con la piel de gallina por sus besos.

- No tiene sitio aquí entre nosotros. No lo traigas más... por favor Héctor.

- Nunca más – Había aprendido bien la lección – Déjame hacerte el amor...

Lola se giró entre sus brazos y le sonrió.

- Gracias.

Héctor recordó que era un cabrón afortunado porque la suya era una de las mujeres más dulces que había en el mundo, sin perder ni un segundo más,

comenzó a desnudarla.

\*\*\* \*\*  
—

## CAPITULO 14

*“Tener un lugar a dónde ir es un hogar. Tener alguien a quien amar es una familia. Tener ambos es una bendición”*

*Donna Hedges*

Lola tenía la piel de todo su cuerpo erizada. Nunca la habían desnudado con tanta delicadeza, tan despacio. Las yemas de los dedos de Héctor acariciaban apenas sin tocarla cada tramo de piel que iba quedando al descubierto. Se ruborizó un poco cuando se quedó en ropa interior, era muy sencilla, blanca, de algodón, muy práctica, muy cómoda para trabajar y muy poco seductora. Había pensado que tendría tiempo de cambiarse para Héctor, pero éste la había sorprendido con el viaje. Esa ropa formaba parte de su anterior yo, deseoso de pasar desapercibida para los hombres. Posó una mano en el pecho de Héctor, lo sentía subir y bajar a través de la tela de su polo.

- No es bonita. Es para trabajar – Quiso explicarse. No quería que Héctor pensase que era una mujer descuidada.

- Lo sé. Tranquila... Eres bonita lleves lo que lleves puesto – Héctor acarició el contorno de su pecho siguiendo la línea del sujetador – Todo lo que hay aquí es precioso para mí y no me gusta que esté escondido.

Héctor procedió a demostrarle lo mucho que le gustaba su cuerpo limitándose a observarla con los ojos velados por el deseo. Fueron segundos pero a Lola le parecieron horas. Temblorosa, quiso terminar con su agonía y extendió sus manos para asir el bajo de su polo y levantarlo tan lentamente como él había hecho antes con su sencilla camiseta blanca. Le devolvió sensación por sensación. Al tiempo que le subía el polo las yemas de los dedos rozaron levemente sus abdominales. Lo sintió estremecer, Lola levantó la mirada y le dedicó una expresión interrogante. Héctor sólo pudo asentir animándola a seguir. Aún a riesgo de correrse antes de que ella terminase, estaba decidido a resistir el asedio de los dedos de Lola recorriendo su cuerpo. Nada ni nadie iba a conseguir que él se moviese ni un milímetro. Iba a disfrutar de las caricias de Lola, de su iniciativa, ya no tan extraña pero todavía infrecuente y aún temerosa. La ayudó a terminar de sacarse el polo, él mismo se descalzó de un puntapié y se deshizo de los calcetines. Verla arrodillada ante él con su boca cerca de su miembro sí iba a ser más de lo que podía aguantar sin derramarse como un adolescente. A Lola le temblaron las manos mientras desabrochaba el botón de

sus vaqueros y bajaba con delicadeza la cremallera. Notaba a través del bóxer la excitación de Héctor y percibió su palpitación. Retiró los pantalones deslizándolos por sus caderas, Héctor se apresuró a salir de ellos y contuvo la respiración mientras Lola lo desnudaba por completo. No la dejó agacharse y la sostuvo por los codos mientras la levantaba. La acercó a él para que su erección quedase apoyada en su vientre y ella fuese consciente de su excitación.

- Esto es lo que me haces – le dijo mientras deslizaba las manos por su espalda para desabrochar el cierre del sujetador – sólo tú – lo dejó caer al suelo deslizándolo por sus brazos – puedes hacer que esté a punto de correrme – él sí se agachó para deshacerse de las sencillas braguitas blancas – como si fuese la primera vez que estoy con una mujer – de rodillas la sostuvo por las caderas y la besó en el ombligo, redondo y perfecto.

Las rodillas de Lola estaban a punto de ceder debido a la excitación que se había apoderado de todo su cuerpo viendo la expresión del rostro de Héctor y escuchando cada una de las palabras susurradas.

- Héctor... te necesito ahora – Le suplicó apoyando las manos en sus hombros.

Héctor se regocijó al oír su voz temblorosa y se apresuró a levantarse para tomarla en brazos y tumbarse con ella en la cama. Por pura necesidad de alivio enseguida se vio acogido entre las piernas ligeramente levantadas de Lola. Se sostuvo sobre los antebrazos mientras sus miradas se enganchaban. Los ojos azules de Lola brillaban excitados.

- Mi vida. No tienes que suplicarme... pero me encanta que me necesites porque yo estoy hambriento de ti y voy a comerte entera.

Lola pretendía explicarle que no necesitaba más preliminares, apenas pudo emitir un balbuceo antes de que la lengua de Héctor comenzase a saquear su boca sin descanso. La parte racional de Lola debió de escabullirse a un universo paralelo en el que se puso en modo pausa. Liberada de tener que enlazar cualquier pensamiento racional Lola sólo tuvo que ocuparse de sentir y las terminaciones nerviosas de su piel tomaron el mando erizándose, calentándose y estremeciéndose por cada lugar por el que la boca de Héctor decidía pasar. Como solía hacer, evitaba todos sus puntos sensibles y, aun así, en el vientre de Lola ya comenzaba a formarse un orgasmo. Héctor vio sus párpados entrecerrarse y sus labios entreabiertos dejando escapar suaves gemidos entrecortados, ello unido a que Lola levantaba rítmicamente sus caderas en su busca, le dio las pistas que necesitaba para saber que estaba a punto de llegar al final. El macho prehistórico

había vuelto a salir muy ufano de su cueva pavoneándose de sus habilidades para darle placer a su hembra. Decidido a evitar sus pezones y su clítoris, dejó vagar su boca por la parte más sensible de su cuello, sus hombros, su vientre, su ombligo, al tiempo que la inmovilizaba sujetándole las manos por encima de su cabeza. Por último introdujo la lengua en su boca simulando la penetración que las caderas de Lola reclamaban a gritos. Lola no lo soportó más y el orgasmo estalló en ella, intentó cerrar las piernas para mitigar su intensidad, pero Héctor, allí encajado, lo hizo imposible. Entonces gritó, gimió, gritó y se desplomó con los espasmos que no dejaban de sacudirla aun cuando la cima del placer había sido superada. Cerró los ojos e intentó tomar un poco de aire para regular su respiración entrecortada. Héctor la miraba embelesado, todo su cuerpo sonrosado y brillante debajo de él, las piernas abiertas, el centro de su ser empapado. Su miembro no pudo resistirlo más y se dirigió a su refugio, lo encontró caliente y resbaladizo.

- Amor mío... por favor... abre los ojos bonita... quiero verte – le suplicó al tiempo que comenzaba a penetrarla con más facilidad que nunca.

Lola hizo un esfuerzo titánico por obedecer. Abrió sus ojos y vio a Héctor inclinado sobre ella, sostenido sobre las palmas de sus manos mientras controlaba la profundidad de la penetración. Cuando ya no pudo introducirse más a fondo en ella, levantó la mirada y se encontró con Lola excitada de nuevo, los pezones tensos y estirados clamaban atención y no dudó en darle lo que necesitaban al tiempo que entraba y salía de ella. Sin darle tregua de nuevo, tenía la firme intención de que Lola tuviese otro orgasmo antes de que él se permitiese su propia liberación. No tuvo que esperar mucho. Lola apenas podía creer que otro orgasmo podía crecer en ella tan pronto y con más intensidad que el anterior. Tampoco controló su grito esta vez. Héctor sintió como las paredes de Lola lo apretaban exprimiéndolo más fuerte que nunca. También gritó, se estremeció y entre espasmos se corrió dentro de ella. Parecía que nunca iba a terminar de vaciarse y sentía las gotas de sudor caer desde su frente y por su espalda. Cuando terminó se desplomó al lado de Lola y la arrastró con él colocándosela encima al tiempo que salía de ella. Asió el extremo de la colcha y los tapó. Lola encajó la cabeza en el hueco del pecho de Héctor y cerró los ojos al sentirse tapada y cobijada. Héctor necesitaba tranquilizarse tras su apasionado encuentro. No salía de su asombro, cada encuentro era mejor que el anterior y aún tenía toda la noche por delante para satisfacer su inagotable apetito de Lola. Cerró los ojos al sentir la respiración acompasada de Lola y decidió dormir



unos minutos saboreando la satisfacción de tener a su mujer, dormida y saciada, entre sus brazos.

En cuanto se despertó, Héctor alzó la muñeca para ver la hora en su reloj . Eran las cuatro y media. Aún tenían toda la tarde para disfrutar juntos antes de su cita para cenar con los padres de Lola. Su movimiento debió de despertar a Lola, quien había dormido su pequeña siesta sin moverse ni un milímetro de la posición en la que Héctor la había colocado. La observó desperezarse sobre él. Estaba sonrosada y soñolienta. Ternura era la palabra que mejor definía lo que estaba sintiendo en esos instantes.

- Hola dormilona – Sonrió al ver cómo fruncía su ceño – Tenemos toda la tarde para hacer lo que te apetezca... tú dirás.

Lola no necesitaba pensar mucho su respuesta. Le encantaba hacer lo mismo cada vez que visitaba su ciudad.

- Me apetece callejear por el casco histórico, ver gente, turistas... merendar en una de las pastelerías que hay por allí. Pero si tú quieres hacer otra cosa... no me importa.

- ¿Es lo que más te apetece? ¿Nada de compras? ¿Sólo pasear? – Héctor no iba a decirle que él prefería quedarse en la cama jugando con ella toda la tarde así que decidió pincharla con el tema de las compras antes de que Lola deshiciera la maleta y comprobase su contenido.

- Nada de compras... sólo pasear... contigo... de la mano y sin prisas por llegar a ningún sitio. ¿Podemos?

- Princesa... – le dio un sonoro cachete en el culo al tiempo que se incorporaba – claro que podemos... voy a ducharme. ¿Por qué no vas deshaciendo el equipaje?

Lola asintió mientras contemplaba el espectáculo de un Héctor desnudo dirigiéndose al baño. Suspiró y se levantó para abrir la maleta que había quedado olvidada en la entrada de la habitación. Ahogó un grito de sorpresa al ir sacando prenda a prenda el contenido de la misma. Había un vestido nuevo, lo recordaba perfectamente, era uno de los que se había probado en la boutique de Ruth. Le había encantado a pesar su sencillez. Era un vestido muy entallado, de color rojo intenso, con un drapeado que cruzaba desde el hombro derecho hasta la cadera. Lo había descartado casi de inmediato porque no se imaginaba dónde demonios iba a lucirlo ella. Claro que tampoco había pensado en una cena en uno de los hoteles más lujosos de su ciudad. Lo estiró sobre el sofá de la habitación y pasó

a descubrir un ancho y vaporoso pantalón beige con una caída espectacular. Era de cintura alta e iba perfecto con la blusa blanca que lo acompañaba, la alzó y comprobó que dejaba un hombro al descubierto y que el escote iba ribeteado con un volante ancho. También lo depositó en el sofá. A continuación aparecían cuatro delicadas bolsitas de tela rosa, las abrió una por una, unas preciosas alpargatas con cuña de rayas beige claro y doradas, unos preciosos Peep toe nude y un bolso de mano beige apto para los dos conjuntos. Sólo quedaba una cosa, la ropa interior. ¡Cómo no! Apareció en la cuarta bolsa. Un espectacular body de encaje blanco para llevar por debajo del vestido y un coqueto conjunto color visón de sujetador y braguita sin costuras para llevar con la blusa y el pantalón, además había una sencilla camiseta blanca básica y otro conjunto de encaje blanco. Debajo de todo aquello aún pudo sacar un ligero trench primaveral, también válido para ambos conjuntos. Después estaba la ropa de Héctor, un chino beige con un polo negro, y un pantalón de vestir negro con una camisa de un blanco immaculado. Le encantó el suave tejido de un jersey de pico gris muy ligero, ropa interior, un par de camisetas blancas y unos clásicos zapatos negros con cordones. Había un neceser con sus productos de aseo personal, Héctor parecía haber vaciado en su interior todo lo que Lola había guardado en su cajón del baño. Observó la maleta vacía, eso era todo. Desnuda, se sentó en el borde de la cama sin apartar la vista del despliegue de ropa que había en el sofá. ¿Qué iba hacer con Héctor? Y más aún ¿Qué iba a hacer con Ruth? La ropa era perfecta. El fin de semana había comenzado de manera perfecta, habían hecho el amor, habían descansado algo, iba a dar un paseo por su barrio favorito e iba a cenar con sus padres en un restaurante maravilloso con el hombre que quería que se quedase en su vida para siempre. ¿Qué pedía él a cambio? Realmente no pedía nada, solo a ella, ofrecía todo y no lo condicionaba a ningún comportamiento ni a ninguna contrapartida. Llevaba quince días conviviendo con él. La última semana, a pesar de que Héctor trabajaba tanto como ella, la había mimado al máximo, haciéndole el desayuno, vigilando su descanso, su alimentación. Justo lo que había prometido la noche en que ambos se conocieron “Sólo falta que alguien te trate como una princesa y yo voy a hacerlo” Desde luego estaba empeñado en ello. Antes de ver al protagonista de sus pensamientos, lo sintió acercarse cuando el aroma fresco de la ducha comenzó a envolverla. Se volvió hacia el olor. Héctor la observaba con una toalla alrededor de sus caderas y con los brazos cruzados sobre su pecho, parecía un modelo en un anuncio de perfume. Se levantó para enfrentarlo.

Héctor, algo inseguro por su osadía, esperó pacientemente a que Lola llegase a

su altura. Había ensayado dos o tres réplicas ante el previsible disgusto de su futura mujer. Ahora dudaba de su decisión, igual se había pasado de listo. La expresión de Lola no le daba pistas y, el no poder leer en ella tendía a crispar sus nervios. Casi se tambalea cuando Lola rompió una vez más sus esquemas.

- Héctor, cariño... gracias – Lola se acercó y se puso de puntillas para besar su mentón – Me gustan mucho todas las cosas.

- ¿Pero?... – Héctor reaccionó sosteniéndola por las cadera. No daba crédito lo que sus oídos acababan de escuchar, tal vez necesitase volver a la ducha y lavárselos de nuevo porque no era posible que Lola hubiese levantado la veda.

Lola acarició su pecho con una sonrisa en la cara. Héctor llevaba mucho tiempo deseando ser el destinatario de esa sonrisa deslumbrante. Recordó los celos que había sentido días atrás cuando Lola había esbozado una gran sonrisa para recibir a Carlos, sin embargo esa sonrisa era diferente, era deslumbrante y era sólo suya. Era puro amor.

- No hay peros. Me has preparado el mejor fin de semana de mi vida. De nuevo. Gracias.

- ¿Esto es el mejor fin de semana de tu vida? – Héctor no acababa de creerlo – Lola mi amor... no tienes por qué...

- Exacto. No tengo por qué fingir. Es el mejor fin de semana de mi vida porque estoy en un hotel precioso, en una habitación romántica, contigo, que te has encargado de todos los detalles y además has incluido a mi familia en el plan. Nuestra primera escapada juntos y me traes aquí, para mí la ciudad más bonita del mundo, con mis personas favoritas en el mundo, mis padres y tú. Contigo, Héctor. Ya lo eres todo para mí. Te quiero.

- Mi vida... yo también te quiero – Héctor se había quedado sin palabras, sin embargo, una cosa sí le había quedado muy clara – Vas a ser muy fácil de complacer ¿verdad?

- Ojalá lo veas ya de una vez... Héctor... soy sencilla. Sólo quiero vivir sin grandes sobresaltos. Trabajar en mi peluquería, un hogar, una familia... no necesito grandes lujos, no significan nada para mí.

- Lo veo. Estoy empezando a entenderlo y, ahora sólo falta conciliar todo lo que yo quiero darte, todo lo que, como mi mujer, quiero que poseas con la sencillez que tú quieres.

No hubo más que decir, sólo besarse hasta que Héctor decidió que o la mandaba a la ducha o no habría paseo.

- Ve. Dúchate y vístete ya. Quiero presumir de ti esta tarde y esta noche y... Lola... te espero abajo – Le sonrió con picardía – Fíjate bien en el baño, te prometí una bañera, ahí la tienes, es enorme y esta noche será toda para tí y para mí.

Lola no borró la sonrisa de su cara durante toda la tarde y ese fue el mejor regalo que le podía haber hecho a Héctor. No dejaba de mirarla, estaba preciosa, afortunadamente la temperatura era primaveral, casi veraniega, y no había necesitado cubrirse con el trench. El hombro descubierto de Lola estaba volviéndolo loco. ¿Quién hubiera dicho que un hombro y una clavícula podían ser tan sexys?. Tras serle revelado que la sencillez era la mejor manera de hacerla feliz, Héctor descubrió el placer de pasear de la mano con una mujer que no era consciente de que hacía girar las cabezas a su paso. En alguna otra ocasión, con alguna otra acompañante ya olvidada, esos paseos se habían convertido en una tortura de paradas ante decenas de escaparates con insinuantes caídas de pestañas incluidas. Ni una sola vez se había detenido Lola ante un escaparate. Sólo hizo una cosa que le sorprendió y que desconocía de ella. Sentado en el sofá de la habitación, ya arreglado y, mientras esperaba a que ella terminase de maquillarse, recordó su petición.

- ¿Podemos entrar aquí un momentito? Es decir, a mí me gustaría entrar, si tu no quieres puedes esperarme fuera, no me parece mal.

Héctor alzó la mirada sorprendido, era una iglesia.

- ¿Quieres entrar en esta iglesia? – le preguntó extrañado. Sus padres lo habían educado en la religión católica, como a casi todos los niños de su edad, sin embargo, a pesar de que su madre iba a misa todas las semanas él no era nada religioso.

- Sí. Es la Iglesia de Santo Tomé, es famosa porque aquí está el cuadro del Greco “El entierro del Señor de Orgaz” pero no es por eso por lo que quiero entrar. Siempre vengo a rezar un poco si paso por aquí, enciendo una vela... Te prometo que sólo será un ratito.

Héctor observó cómo Lola, algo indecisa, se encogía de hombros como disculpándose. Su futura mujer parecía dispuesta a sorprenderlo todo el fin de semana, primero, con la aceptación de su regalo y segundo, con aquella

inesperada petición.

- Princesa... claro que podemos entrar. No pienso esperar en la puerta. Te acompaño.

Y eso hizo, en silencio la acompañó. Lola se acercó a un lateral de la Iglesia y allí rebuscó en su bolso unas monedas que le permitieran encender algunas velas. Luego se sentó en uno de los bancos de la parte de atrás, Héctor lo hizo junto a ella y observó cómo en silencio y con los ojos cerrados Lola se refugió en sus pensamientos. Le calculó unos cinco minutos hasta que, tras persignarse, le indicó que ya podían irse. Ya fuera de la iglesia, sentados en la terraza de la pastelería favorita de Lola, mientras Héctor tomaba una caña Lola le explicó el motivo de su petición al tiempo que se daba un homenaje tomando un té con una gran porción de tarta Sacher.

- Soy creyente, no de ir a misa todos los domingos y eso. Estudié en un colegio de monjas, recibí educación religiosa y realizar estas visitas me reconfortan, me dan paz y las necesito de vez en cuando. A veces, doy gracias, a veces pido algo, y otras veces sólo me siento a pensar.

- No lo sabía – Reconoció Héctor.

- Lo sé. No es algo de lo que uno pueda presumir hoy en día. La mayoría de la gente que conozco no lo entiende. Me alegro de que hayas querido entrar.

- Mi madre sí va a misa todas las semanas, sobre todo desde la muerte de mi hermana.

- Le ayuda a sobrellevar la pérdida.

- Eso le dice ella a mi padre. Yo sólo voy si hay una boda, un funeral... ya sabes...

- Sí. No importa que no quieras venir más, de verdad...

- Iremos siempre que lo necesites.... – Héctor necesitó aclarar una duda que lo acechó de pronto dejándolo algo inquieto – Lola... tu boda... ¿fue por la Iglesia?

- No – Negó con expresión neutra – Dijo que se estilaba una ceremonia civil en la que él pudiese escoger la decoración del sitio y el estilo de boda, ya sabes... fue una boda en un recinto con jardín y eso... muy al estilo de las películas americanas. Algo parecido a lo de Jack y Helena pero con mucha más gente y en un sitio muy grande.

- ¿Tú querrías casarte en una ceremonia religiosa? – Esa era la pregunta que le quemaba en la lengua.

Héctor notó cómo Lola comenzaba a temblar con el tema prohibido y lo miraba con expresión vacilante.

- No es una petición Lola. Te hice una promesa. Sólo me gustaría saberlo, pero si no quieres contestar no pasa nada.

- Sí. Sí me gustaría casarme en una iglesia, pero no en cualquier iglesia. Me gustaría poder casarme en una que signifique algo para mí, como por ejemplo, la capilla de mi colegio. Alguna ex-alumna ha conseguido celebrar allí su boda.

- Vale.

- ¿Vale?

- Sí, sólo quería saberlo. ¿Está rica tu tarta?

Héctor sonreía al recordar la expresión desconcertada de Lola ante su brusco cambio de tema. Volvió la cabeza al oír la puerta del baño y su mandíbula casi se descuelga hasta el suelo. Su yo neandertal tenía directamente los ojos fuera de las órbitas. Aquello era la aparición de la mujer de rojo de las fantasías de cualquier hombre. El vestido marcaba su perfecta silueta. No sabía qué demonios se había hecho en el pelo, pero lo llevaba recogido y algunos mechones sueltos marcaban sus facciones. El colofón a toda aquella visión eran unos labios rojos que estaban pidiendo a gritos ser besados. Consiguió levantarse sin que su erección lo dejase en evidencia. Aquel pantalón de traje no era como un vaquero y revelaba más de lo debido.

Lola estaba quieta, expectante. Se había esmerado en arreglarse el cabello. El vestido era perfecto. Ruth sabía demasiado sobre armas de seducción y estaba claro que le tenía tomada la medida a su cuerpo y a su estilo. Dudaba mucho que, de ahora en adelante, comprase sus vestidos en ningún otro sitio. Por fin Héctor se levantó y, sin quitarle los ojos de encima, se dirigió a ella caminando muy lentamente. A su altura la tomó de la mano y la obligó a girar sobre sí misma.

- Preciosa. Eres preciosa. Quiero más de estos... no me niegues el placer por favor... - Héctor empezaba a entender la obsesión de Jack por la boutique de Ruth.

- Creo que no lo haré. Si te hace feliz lo acepto.

- ¿Dónde has escondido a la Lola de estas últimas semanas?
- ¿La echas de menos? – preguntó coqueta porque estaba segura de la respuesta.
- No. Me gustaba mucho – La tomó de la cintura y la besó en la frente – Pero esta me gusta más. Si no fuese hora de irnos te comería esos labios rojos.
- Tal vez después – le sonrió Lola
- Tal vez no. Seguro – Le dijo al tiempo que la tomaba de la mano para salir de la habitación, aún obnubilado por la tan esperada sonrisa de Lola.

Lola abrazó a sus padres que los estaban esperando en la recepción del hotel. Mientras Héctor estrechaba la mano de Raúl Lola recibía el visto bueno de Sofía.

- Lola estás guapísima. Ese vestido es fantástico – Sofía estaba verdaderamente encantada con el aspecto que le ofrecía su hija, radicalmente opuesto al que había presentado Lola en su última visita.
- Es un regalo de Héctor. Su prima tiene una boutique preciosa en Madrid y me ha regalado varios vestidos de allí – Lola lo soltó todo de un tirón para ver la reacción de su madre. No contaba con que Héctor estuviese atento e interviniese en la conversación mientras besaba a su madre en ambas mejillas.
- Sofía, estás muy guapa. La verdad es que a Lola no le gusta que le compre cosas. Pero yo... no le he hecho mucho caso esta vez.

Sofía miró a su hija y lo entendió todo. Otra vez Lola recordaba a Juan en gestos de Héctor. Aquello iba a suponer un problema gordo. Héctor le gustaba mucho. Había cumplido su promesa de visitarlos y lo había hecho antes de lo que Raúl y ella habían esperado. Fue toda una sorpresa recibir su llamada comunicándoles la visita y pidiéndoles que no le dijese nada a Lola, quería sorprenderla. El maître del Restaurante Quixote, el restaurante del hotel, los condujo a su mesa. La conversación se vio interrumpida mientras Héctor, previa consulta a sus futuros suegros, ordenaba para todos el menú degustación del hotel que constaba de cinco platos y dos postres. Mientras Raúl aprobaba el vino ofrecido, Sofía aprovechó para hablar con Héctor.

- Héctor... mi hija no ha tenido muy buena experiencia con eso de los regalos inesperados.
- Mamá.... – Lola no quería a Juan en esa velada e intentó interrumpirla – Por favor.... – Afortunadamente para ella, Héctor se hizo cargo de su incomodidad.

- Lo sé Sofía – Héctor sabía que debía tranquilizar a la madre de Lola – Sin embargo, está haciendo un esfuerzo enorme por borrar de su cabeza todo lo sucedido – Cogió la mano de Lola y se la besó – Va a conseguirlo porque es la mujer más fuerte que conozco.

- Lo es Héctor – Sofía se enjugó una lágrima que amenazaba con desbordarse por la emoción que le provocaron las palabras de Héctor.

- Si me lo permitís, hoy que es nuestra primera cena juntos me gustaría que brindásemos – Raúl tomó la mano de su mujer y le dio un cariñoso apretón para reconfortarla.

Todos asintieron alzando su copa de vino.

- Brindemos porque hoy sea el primero de muchos días buenos en la vida de mi hija. Gracias Héctor por todo lo que estás haciendo por ella.

Todos bebieron un poco de su copa. Héctor consiguió tragar el vino a pesar del nudo que tenía en la garganta. Esas palabras eran todo un cumplido por parte de un padre al que le tenía que costar horrores ver a su hija con un hombre y no recordar el pasado.

- Raúl. Te hice una promesa. Recuérdala por favor – No quiso sonar enigmático pero eso fue lo que sucedió.

Afortunadamente para Héctor enseguida les trajeron el primer plato del menú, bombones de queso manchego en escabeche toledano y anguila. A partir de ahí, y durante el resto de la cena, la conversación se orientó a temas triviales. El postre era una delicia para el paladar, Torrija de cuaresma con helado de vainilla. A Sofía ya no le extrañó ver a Héctor ofrecerle a Lola la cuchara con delicadas porciones a pesar de que, esta vez, él tenía su propio postre.

- ¿La tradición? – se limitó a apuntar con una sonrisa.

- Siempre – Héctor le sonrió a su vez complacido de la aceptación de la madre de Lola.

Mientras esperaban a que les sirviesen el café, Lola y su madre se dirigieron al baño. Mientras se retocaban los labios en el tocador Sofía, totalmente encandilada por Héctor, quiso asegurarse de que las cosas iban bien para Lola.

- Y bien Lola... no tendremos muchas ocasiones para hablar a solas esta noche, así que, dime ¿Cómo estás? ¿Cómo va la convivencia?



Lola terminó de aplicarse su labial Dragon Girl de Nars antes de responder. Esperaba la pregunta y había meditado su respuesta. Héctor y ella habían acordado no asustar a su padres con los incidentes en la peluquería, así que sólo tenía que contestar acerca de sus sentimientos, lo cual, no era ni de lejos lo más fácil.

- Esta semana algo mejor. La primera semana fue muy dura. No sólo para mí, para los dos.

- Es comprensible, sobre todo en tu caso, hija...

- Mamá. Héctor es el hombre que hubieseis elegido para mí. Es detallista, protector, cariñoso, se preocupa por mí, por mi trabajo...

- ¿Pero? – Sofía sabía que había un pero.

- Pero yo soy tremendamente injusta con él y sigo asociando sus gestos con los de Juan. Esta semana he avanzado mucho pero sé que en cualquier momento voy a retroceder ¿Recuerdas el brindis?

Sofía asintió, había oído a Héctor hablar de una promesa, sin embargo, Raúl nada le había comentado de ello.

- Pues bien. Héctor me ha prometido, y a papá también, que si algún día él piensa que tengo miedo a su lado me dejará tranquila.

- Pero Lola... eso es imposible... se ve a las leguas que Héctor te quiere... ¿Cómo va a dejarte?

- Lo va a hacer mamá. Yo tampoco lo entendía en su día, pero ahora sí lo hago. No podemos salir adelante, construir una familia, si Juan sigue siendo dueño de una parte de mí.

- Lola... ¿qué me dices? Juan no puede tener ese poder sobre ti a estas alturas...

- Pues lo tiene mamá, lamentablemente aún lo tiene. Puede ser pasado mañana, o dentro de un mes..., el caso es que, en cualquier momento va a pasar... voy a asustarme. Ya ha sucedido una vez.

- Me parece de cobardes abandonarte cuando más débil estarás y, sinceramente, Héctor puede ser muchas cosas, pero creo que ser un cobarde no se incluye entre ellas.

- No lo es. No es un cobarde. Es un hombre de palabra. Es la mejor persona que conozco y ruego para que tenga la paciencia suficiente para esperarme. Esta

tarde en la iglesia sólo hice una petición, que Héctor aún me quiera en su vida cuando yo consiga eliminar de mi cabeza todo lo malo que me ronda cuando menos lo espero. No es justo que no pueda ofrecerle todo lo que se merece.

- ¿Qué es eso que se merece Lola y que no puedes darle? – Sofía estaba algo molesta con la actitud de Héctor y con la pasividad que mostraba su hija dando por segura esa separación.

- Se merece tener una mujer a su lado que sea capaz de llevarle la contraria, de discutir con él. Una mujer que sea capaz de enfadarse cuando algo no le gusta sin estar pensando en posibles represalias ¿No te parece justo mamá?

Sofía tomó conciencia en ese mismo momento de que su hija estaba menos recuperada de lo que ella había supuesto y eso, como madre, le dolió.

- Cariño... yo no sabía que tú... es justo Lola, claro que es justo.

- Lo sé mamá.... – Lola abrazó brevemente a su madre para consolarla – Yo tampoco lo sabía, pero es la realidad y lo he asumido.

- ¿Qué vas a hacer?

- Pues voy a procurar que no suceda, como te he dicho, esta semana ha ido mucho mejor. Si aun así, sucede, no voy a parar hasta conseguir librarme de Juan e intentar recuperar a Héctor.

- Te estará esperando, Lola... seguro que sí.

- Eso espero pero mamá... hay muchas chicas buscando a un hombre como Héctor, sabrán lo que vale...

- Pero él está loco por ti...

- Mamá... no quiero pensar en lo que sucederá... sólo quiero ir paso a paso... e ir afrontando retos de uno en uno.... Si me paro a pensar en lo que puede ser o no, ni tan siquiera voy a disfrutar de lo que estoy viviendo ahora y quiero hacerlo. Creo que me lo merezco.

- Claro que sí... cariño, sabes que estaremos a tu lado.

- Lo sé mamá. Siempre lo estáis pero, esta vez... Esta vez tengo que hacerlo sola.

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 15

*“La felicidad no reside en las posesiones, ni en el oro, la felicidad habita en el alma.”*

*Demócrito*

Tras una larga sobremesa en uno de los salones del hotel, pasaba largo de la medianoche cuando Héctor y Lola regresaron a su habitación. Lola se descalzó agradecida de liberarse de los tacones y comenzó a deshacer su peinado mientras Héctor vaciaba sus bolsillos y dejaba sus pertenencias en la mesilla. Lola no pudo evitar un gran bostezo, estaba agotada, el día había sido largo e intenso.

Héctor se giró al escuchar el bostezo, sonrió con ternura, su mujer estaba agotada. Se percató de que apenas podía mantener los ojos abiertos. Regañó al macho neandertal de su interior que estaba cruzado de brazos a las puertas de la cueva, enfurruñado porque sus planes en la bañera acababan de venirse abajo. Se acercó a Lola y la obligó a volverse mientras le bajaba la cremallera de su vestido rojo y la ayudaba a salir de él. Aquel body blanco de encaje que marcaba su precioso trasero no estaba siendo de mucha ayuda pero el descanso de Lola estaba por encima de su libido. Desde que había leído que durante las primeras semanas de embarazo las mujeres estaban agotadas y caían dormidas en cualquier esquina estaba obsesionado con que Lola descansase lo suficiente. Le bajó los tirantes del body con delicadeza y sin ninguna intención sexual, aunque no pudo evitar besarla en sendos hombros. Cuando la tuvo desnuda la abrazó y se reafirmó en sus intenciones cuando Lola apoyó la espalda en su pecho y recostó la cabeza contra él. Supo que la leve caricia que hizo a su vientre pasó inadvertida porque Lola no se tensó como era costumbre cuando Héctor dejaba vagar su mano por esa zona. La alzó en brazos y ella, tan dulce, se agarró a su cuello y cerró los ojos refugiándose, como siempre, en su olor.

Lola estaba durmiéndose en brazos de Héctor, más le valía espabilarse para poder recompensarle por la sorpresa del viaje a Toledo estrenando la enorme bañera de la habitación. Sabía que era su deseo y quería complacerlo. Sin embargo, se sorprendió cuando Héctor la introdujo entre las sábanas y la tapó con mimo. Lo miró mientras se sentaba a su lado en la cama.

- A dormir – le ordenó Héctor – Estás agotada.

- Pero tú dijiste... es decir – Lola no sabía cómo hacerle ver que quería darle lo que necesitaba – Dijiste que al volver...

- Que estrenaríamos la bañera... - terminó por ella con una gran sonrisa – Que yo sepa nadie va a venir esta noche a desmontarla, estoy seguro de que mañana por la mañana seguirá ahí. Ahora tienes que descansar y.... – atajó con rapidez la protesta que ya asomaba a sus labios – no voy a negociar con esto Lola – La besó con suavidad en los labios – Va... cierra esos preciosos ojos azules y descansa.

Lola obedeció al tiempo que lo sujetaba por la muñeca para impedir que se levantase.

- ¿No vienes?

- Claro que sí... anda... dame un minuto.

Cuando Héctor se metió en la cama Lola ya estaba profundamente dormida. Ni siquiera había apagado la luz. Héctor estuvo un buen rato contemplando su respiración suave. Podía pasarse la noche entera velando por el sueño de la mujer que era el centro de su vida. Había sido una semana fantástica. Aunque no quería alzar las campanas al vuelo era inevitable pensar en la posibilidad de no tener que alejarse de ella. Con ese pensamiento apagó las luces y se dispuso a conciliar el sueño unas pocas horas.

Al final durmieron más que unas pocas horas. Cuando Héctor se despertó apenas quedaba una hora para tener que abandonar la habitación. Soltó una maldición al mirar el reloj y se levantó como un resorte de la cama. Lola abrió los ojos confundida.

- ¿Qué pasa? – Su voz sonó ronca y soñolienta.

- Buenos días mi amor – Le dio un ligero beso en los labios – Nos hemos saltado de largo la hora del desayuno... me temo que apenas tenemos tiempo de darnos una ducha rapidita y hacer de nuevo la maleta.

- ¿La bañera? – preguntó Lola con una sonrisa al ver a Héctor desaparecer a toda velocidad hacia el baño.

- Se ve que no era nuestro destino para este fin de semana... – Le respondió Héctor desde el baño – Pero no te preocupes... te juro que la próxima vez te pondré a remojo una hora.

Héctor se duchó con una sonrisa en los labios al escuchar las carcajadas de Lola mientras la sentía trajinar en la habitación con la maleta.

Lola disfrutó del brunch en la cafetería del hotel mucho más que si hubiesen

llegado a tiempo para el servicio del desayuno. Le encantaban los brunch, con su gran variedad de zumos, tostas y platos calientes. Estaba hambrienta y se dio un festín. Héctor, de apetito insaciable, no se quedó atrás. No quisieron conducir sin haber bajado antes la comida, así que volvieron a pasear por el centro de Toledo, compraron la prensa dominical y alguna revista y, un par de horas más tarde, partieron rumbo a Madrid. Ambos querían disfrutar de una relajada tarde de domingo en el sofá antes de iniciar lo que para Héctor iba a ser otra ardua semana de trabajo. El día anterior había recibido un mensaje de Paul comunicándole el envío de las fotografías y los planos del local en Londres, así que el lunes, sin falta, tendría que dedicar buena parte del día a estudiarlos con detenimiento.

Trabajo, trabajo y más trabajo. Esa fue la semana para Héctor. Afortunadamente habían comido juntos un par de días y, mientras Lola se encargaba de cocinar tal y como habían pactado, Héctor se encerraba en el despacho de su casa ante el ordenador. Sólo paraba para comer e incluso Lola se había despertado a medianoche para verlo sentado en la cama tecleando sin parar.

- ¿Mucho trabajo? – le preguntó con voz baja mientras acariciaba su brazo.

- Bonita... te he despertado... lo siento mucho. Ahora mismo lo apago – Héctor acarició el cabello de Lola extendido sobre la almohada.

- No me molesta... sólo me preocupa que te agotes...Esta semana estás trabajando horas y horas delante del ordenador.

- ¿Quieres saber por qué? – le preguntó Héctor con una sonrisa. Nunca hablaba de su trabajo con otras mujeres pero Lola era diferente y, si quería estar al tanto de su día a día, él estaría agradecido de compartirlo con ella.

- Sólo si tú quieres hablar de ello, no quiero ser cotilla – Lola quería ser prudente. Héctor era un hombre que no hablaba mucho de los pormenores de su trabajo y ella odiaría que él acabase pensando que ella era una entrometida. Otro mal recuerdo de su anterior vida. Para Juan sus empresas no eran asunto de Lola mientras el dinero siguiese entrando en casa.

- Me encantaría hacerte partícipe de mi trabajo. No lo he hecho antes porque no estaba seguro de que te interesase.

- Héctor... cariño... – Lola se incorporó en la cama para besarlo en la mejilla – Claro que me interesa, todo lo que tenga que ver contigo me importa.

- ¿Incluso conocer a mis padres? – Héctor aprovechó la ocasión para manifestar un deseo que llevaba rondándole la cabeza desde la cena con los padres de Lola. Su madre, sorprendentemente animada, había mostrado mucho interés por conocer a Lola.

Lola no imaginaba que Héctor tuviese dudas sobre si ella estaría dispuesta a conocer a su familia. Estaba claro que era un paso más en su relación y ella estaba dispuesta a darlo por él, al fin y al cabo, Héctor ya conocía a sus padres.

- Me encantaría conocerlos Héctor, claro que sí. No hablas mucho de ellos.

- Son muy diferentes a tus padres. Parte de su vida terminó con la muerte de mi hermana, sobre todo para mi madre. Mi padre es muy reservado, apenas podrás ver en él una muestra de cariño, sin embargo, es fuerte y leal como una roca. Sé que sin él, mi madre se hubiese hundido definitivamente.

- Lo entiendo. No puedo imaginar nada peor que perder un hijo – Le dijo Lola entristecida – Se me ponía un nudo en la garganta cada vez que imaginaba la posibilidad de que Helena podía perder a su bebé. A pesar de que no es algo raro en el primer trimestre de un embarazo sentía mucha pena por ella y por Jack.

- No quiero verte triste. Ni quiero que pienses en esas cosas desagradables – Héctor sólo quería pensamientos positivos en la mente de Lola – Tal vez no sea buen momento para conocerlos, mi madre desprende mucha tristeza... Le he hablado de ti y me ha preguntado cuándo podrían conocerte, sin embargo...

Lola entendía cada vez mejor a Héctor, se alegraba de empezar a poder leer en él igual que él lo hacía en ella. Estaba asustado por el posible embarazo, quería tomar precauciones ante un riesgo inexistente, como si una historia triste pudiese provocarle un aborto espontáneo en el caso de estar embarazada.

- Héctor... no estoy embarazada.

- No lo sabes con certeza. Podrías estarlo ya.... – Objetó Héctor sin ser consciente de que acababa de delatar su miedo.

- Cierto, siempre hay una posibilidad pero déjame decirte que, aún en ese caso, no va a pasarme nada por conocer a una mujer que está muy triste con un marido que, al parecer, es tan fuerte como su hijo.

- Serás la primera mujer que les presente. No soy como Jack, él llevó a casa a varias chicas antes de Helena. Mi madre va a entender el mensaje y va a empezar a imaginarse con nietos.

- Y eso... ¿es tan malo? – preguntó Lola extrañada por la reserva de Héctor.

- No es malo.... – Héctor dejó el ordenador en la mesilla y rodeó a Lola con un brazo acariciando con delicadeza su cabeza – Me encantaría llevarte... lo que no quiero... no sé cómo explicártelo... Tengo miedo de que su tristeza te alcance.

- Ay Héctor – Lola sonrió al pensar en lo valiente que había sido Héctor al enfrentarse a sus padres cuando la fue a buscar a Toledo y en lo ciego que estaba al no ver con claridad cuál iba a ser la reacción más probable de su propia madre el día que se conociesen – Cariño... creo que tu madre va a alegrarse de ver que vas en serio con una mujer, eso le va a dar esperanzas, como tú dices, de tener unos nietos. Le devolverá la ilusión, estoy segura. Lo único malo que puede pasar es que yo no les guste. Que yo no sea el tipo de mujer que habían pensado para ti.

- Mi vida.... – Héctor la besó con dulzura agradecido por sus palabras – Vas a encantarles. No lo dudo. Si estás segura le diré a mi madre que iremos a comer este domingo, ella no va a restaurantes desde lo de Sonia.

- Claro que sí... estoy segura... quiero conocerlos – Le apetecía mucho, era lo correcto ya que estaban viviendo juntos y además, Lola quería complacer uno de los pocos deseos que Héctor se había atrevido a manifestar – Ahora cuéntame... ¿En qué estás trabajando tanto?

Héctor volvió a coger el ordenador y procedió a explicarle el proyecto en el que estaba inmerso con Paul, le enseñó planos, fotos e imágenes de ideas sobre las que estaba trabajando. Varias veces levantó la vista del ordenador para comprobar que Lola seguía despierta. Lo estaba, es más, estaba muy atenta a sus explicaciones. Comprobó la hora en el ordenador y vio que si seguía enseñándole cosas, su mujer apenas iba a dormir cinco horas. Sabía que los jueves y los viernes eran días de trabajo duro en la peluquería por lo que Lola iba a estar mucho tiempo de pie y era del todo imprescindible que descansase lo suficiente. Héctor no sólo estaba velando por ella, también lo hacía por lo que pudiese haber ya dentro de ella. Posó la mano en su vientre y sonrió al sentir la ya familiar tensión de Lola.

- Suficiente. A descansar. Mañana te contaré más – Le dijo mientras apagaba el ordenador y la acurrucaba – Buenas noches mi vida.

- Buenas noches – Lola se acomodó entre sus brazos – Me gusta ver cómo trabajas. Te esfuerzas mucho porque tus empresas salgan adelante. Mereces todo



el éxito que tienes.

Héctor la besó en la frente. No le respondió. Quería que se durmiese cuanto antes. Él, por su parte, pensaba en que el único éxito que perseguía en estos momentos era conseguir que Lola fuese suya.

El sábado volvió a traer una sorpresa para Lola. Esta vez fue ella la despedida de la peluquería antes de la hora de cierre. Isabel estaba decidida a devolverle a su jefa el favor que le había hecho el fin de semana anterior cuando le permitió salir temprano, además, Lola le había dado libre la tarde del miércoles para que elle pudiese ayudar a su hijo mayor a estudiar un examen que se le estaba atragantando. Héctor había llamado para preguntar cómo iban con la agenda del día porque unos amigos los habían invitado a comer, Isabel, sin decirle nada a Lola le aseguró que podía pasar a recogerla a media mañana.

- ¿Pero cómo me voy a ir? Isabel... Todavía van a entrar un par de cortes y uno de ellos con mechas...

- Pues por la puerta... te vas a ir por la puerta en cuanto ese novio tan guapo que tienes aparezca. Tenéis una comida con no sé quién y no pretenderás ir así... Hace un día precioso, mira que sol tan radiante... Deberías estrenar uno de esos vestidos maravillosos de los que me hablaste.

- Isabel... - Lola quería regañarla pero no podía. Cuando a su empleada se le metía algo en la cabeza no paraba hasta salirse con la suya.

- Isabel... nada – Isabel se cruzó de brazos resuelta a no ceder ni un milímetro – Además, si me veo apurada pongo a Gus a lavar cabezas... que lleva una semana de un relajao... - bromeó señalando con la cabeza al susodicho que estaba sentado en el sofá enfrascado en su tablet.

- Te he oído morena.... – Respondió Gus con voz grave. A pesar de que esa semana sólo había espantado a un par de tipos, Héctor le había ordenado vigilar la peluquería hasta que el tal Juan dejase de ser un problema. Su jefe decía que sería pronto. Estaba encantado de hacerlo, las chicas eran muy agradables y suponía un cambio refrescante respecto a los conflictos de la noche – No me importaría lavar la cabeza de esa pelirroja que viene los sábados.

- ¡Gus!... – Le reprendió Lola con una sonrisa – Lorena es una chica monísima y... está casada.

- ¡Lo sabía! – Gus fingió sentirse contrariado al tiempo que revisaba un mensaje

entrante en su móvil – ¡Todas las buenas estáis pilladas!... Vamos Lola, Héctor está fuera aparcado en doble fila.

Lola estaba en el vestidor decidiendo qué vestido estrenaría esta vez. Héctor ni siquiera había querido entrar en la habitación, le había dicho que la esperaría en el café de Carlo tomando un aperitivo. En su momento a Lola le extrañó, pero ahora, con las puertas del vestidor abiertas de par en par entendía el motivo. Habían llegado más vestidos nuevos, junto con los complementos apropiados y una nota de Ruth que sostenía entre las manos “*No me mates. No mates a Héctor. Por favor... así me ayudas a hacer publicidad de la boutique y haces feliz al troglodita de mi primo.*” Aún sonreía imaginando a los dos primos conspirando para averiguar la mejor manera de evitar su enfado. No se lo diría jamás, pero esa era ya una batalla que había dejado de pelear. Esta vez iban a volver al Rigoletto, el lugar donde todo había empezado de nuevo para Lola. Al parecer Jack los había invitado a comer. Sabía que Helena había ido al ginecólogo esta semana. Cuando hablaron por teléfono le había dicho que todo iba bien pero que el bebé estaba escondido y no habían podido conocer su sexo. Se carcajeaba al imaginar la frustración de Jack por tener que esperar otra semana para conocer si esperaba un heredero o una heredera. Suspiró y volvió a revisar los vestidos para decidir cuál era el apropiado para una agradable comida entre amigos, El ganador fue un vestido skater en un color azul grisáceo estampado con flores y mariposas en tonos blancos, rosas, amarillos y grises. El cuello alto llevaba un delicado volante y por atrás tenía una coqueta abertura en forma de ojal que se cerraba con un botón. Llevaba un bonito cinturón trenzado en piel azul pastel y la falda era de vuelo con una caída muy delicada. De nuevo optó por la comodidad y se calzó las bailarinas blancas que Ruth también había incluido en el lote. Un bolso blanco, de tamaño mediano y asas cortas, completaba el look. Optó por aplicarse unos polvos de sol y un poco de colorete en tono rosado, máscara de pestañas y un labial rosa mate era todo el maquillaje que iba a llevar. Afortunadamente esta semana se había hecho la manicura en un delicado tono rosa pastel que iba perfecto con los colores del vestido. A pesar de que fue rápida, debió de tardar más de lo previsto en arreglarse ya que, al tiempo que cogía las llaves de la consola del recibidor, la puerta de la casa se abrió y Héctor entró deteniéndose de inmediato al verla.

¡Madre mía! ¡Esto va de mal en peor! Fue lo primero que pensó Héctor al contemplar a la delicada mujer que lo miraba con una sonrisa en la cara. Iba a cortarle el grifo a Ruth. Cada vez que le mandaba algo para Lola él estaba

condenado a pasar el día con una erección permanente. ¡Joder! ¡Ni de coña le iba a cortar el grifo! ¡Iba a abrir una línea de crédito permanente en la boutique! Al final, Ruth se había salido con la suya y Héctor y Jack iban a iniciar una competición para averiguar cual de los dos iba a llevarse el título de mejor cliente.

- Estás preciosa... mi amor... ven aquí... déjame abrazarte. Te he echado de menos.

Lola se acercó con una sonrisa coqueta. Se dejó envolver por Héctor, que tardó nada y menos en introducir una de sus manos a través de la abertura de la espalda con una ligera caricia que la hizo estremecer.

- ¿Me has echado de menos? Pues esta mañana has sido muy agradable despertándome – Lola recordó que esta mañana le había tocado el Héctor tierno y delicado.

- ¿Sólo agradable? – A Héctor estaba volviéndole loco la abertura del vestido y la sensualidad que desprendía Lola, relajada y provocadora entre sus brazos.

- ¿Muy agradable está mejor? – Le sonrió mientras se ponía de puntillas para besarle apoyándose en sus antebrazos. Como siempre que llevaba bailarinas sólo llegó al mentón, allí depositó un casto beso – Gracias por el vestido, los vestidos... debería decir.

Héctor acarició su pelo suelto, de nuevo estaba sorprendido por la aceptación de los regalos.

- ¿Has leído la nota que te escribió Ruth? – La vio asentir y sonreír a un tiempo – Entonces... ¿Tenemos tu perdón?

- Lo pensaré – Lola respondió enigmática y, como represalia, recibió un sonoro cachete en el culo.

- Voy a ayudarte a pensarlo.

Lola no pudo replicar ya que Héctor introdujo con rapidez las manos bajo su falta y, agarrándola por el trasero, la levantó y la sostuvo contra la pared del recibidor. Sólo pudo rodearlo con las piernas y jadear al sentir la erección de Héctor contra el centro de su ser a través de la ligera tela de sus pantalones chinos color beige.

- Dime que estamos indultados y bésame – Le ordenó Héctor con voz ronca.

- No – Lola no sabía de dónde había salido esa respuesta pero se sentía poderosa y provocadora. Nunca había sentido lo que se daba en llamar el poder femenino y tenía que reconocer que era algo muy agradable de experimentar – Tendrás que ganarte mi perdón.

La negativa encendió a Héctor más de lo que ya estaba. Esa faceta juguetona de Lola era completamente nueva para él y estaba algo más que encantado de llegar tarde a su cita si el motivo de su retraso era jugar con Lola.

- Muy bien... princesa... Tú lo has querido.

Sosteniéndola con una sola mano se desabrochó el pantalón y se lo bajó hasta las rodillas junto con el bóxer. La presionó contra la pared al tiempo que introducía la lengua en su boca y saboreaba el gemido de Lola que se perdió en su garganta. Lola nunca había estado tan excitada, aquello iba a ser un aquí te pillo y aquí te mato en toda regla. Sintió la gran mano de Héctor asir la cintura de sus braguitas azules de encaje. No esperaba el fuerte desgarrón, quiso protestar pero no pudo. Héctor la izó hasta la altura adecuada para penetrarla con profundidad y dejarla caer con lentitud contra él. Todo ello la excitó tanto, que casi se corre antes de que Héctor comenzase a embestirla contra la pared. Lola no temía caerse, con una mano en el trasero y la otra sosteniendo su nuca era imposible huir del saqueo de la lengua exploradora de Héctor. Héctor no tuvo que esperar mucho tiempo hasta sentir que Lola comenzaba a estremecerse, apretándolo y gimiendo mientras el orgasmo era liberado. Él tampoco iba a aguantar mucho más. Ni en sus mejores sueños húmedos con Lola había aparecido un encuentro tan carnal, salvaje y desesperado como aquel. Gimió contra su cuello apretándola más contra la pared para evitar que se cayese mientras él se corría dentro de ella marcándola como suya una vez más. Lola, aún temblorosa, dejó que Héctor la sostuviese contra él mientras volvía a poner los pies en el suelo. La falda del vestido volvió a caer sobre sus muslos, sentía la humedad resbalar por ellos y los restos de su braguita enredados en un tobillo. No sabía si sonrojarse avergonzada o reírse afortunada de haber conseguido liberarse tanto como para haber tenido semejante encuentro erótico que parecía salido de las novelas que su amiga Helena leía sin parar.

- ¿Estás bien? – Héctor no podía ver la expresión de Lola porque tenía la cabeza escondida en su pecho, sentía su respiración a través de su camisa de finas listas azules y el movimiento de su cabeza le indicó que estaba asintiendo. Sin embargo, sabía las consecuencias de lo que acababa de hacer así que, tras volver

a subirse los pantalones, la cogió en brazos – Mi amor... voy a llevarte al baño.

Lola se aseó en el baño, recompuso su maquillaje y su pelo antes de volver al vestidor a por otra braguita azul. Por fortuna, su particular obsesión por vestir siempre ropa interior a juego le ahorró el cambiarse de sujetador ya que solía comprar dos braguitas iguales para cada conjunto. Héctor la esperaba sentado en el sillón del vestidor. Con orgullo masculino, contempló como su mujer, con el rostro aún sonrojado por el orgasmo, se ponía una braguita nueva. El neandertal de su interior estaba golpeándose el pecho y saludando al resto de los machos de la manada.

- Mi vida, ven aquí... - le rogó al tiempo que extendía la mano hacia ella.

Lola se la tomó sabiendo que iba a acabar sentada en su regazo. Así fue. Lo miró curiosa sin saber muy bien qué decir en esos instantes. Héctor habló por ella.

- Sé sincera... por favor... ¿He sido demasiado duro?

Lola negó mientras sentía que el sonrojo acudía a sus mejillas.

- ¿Entonces te ha gustado? – Por esta vez, Héctor iba a aceptar los movimientos de cabeza por respuesta. Lola volvió a asentir y lo sorprendió con su aclaración.

- No sabía que yo podía... es decir, yo nunca antes...

- ¿Qué?... ¿Nunca antes qué?

- Nunca había sido así.

- ¿Cómo así? – Héctor no acababa de entender lo que Lola quería decir. Ya habían tenido sexo de pie en la ducha, más de una vez, así que no podía tratarse de eso.

- Así... como fuego... tan rápido... tan apasionado... tan...

- Tan sexo puro y duro... ¿Un poco sucio y salvaje? ¿Un aquí te pillo aquí te mato? ¿Nunca antes?... – Héctor quería estar seguro de lo que Lola quería decir.

- Sí. Todo eso – Le aclaró avergonzada.

Héctor no pudo resistirlo y la abrazó besándola con mucha ternura.

- No sabes el tiempo que llevo deseando ser para ti una primera vez en algo.

- Héctor... Tú eres muchas primeras veces para mí.... – Lo regañó Lola acariciándole la nuca. Estaba comprendiendo que para Héctor también era difícil lidiar con la existencia de un exmarido.

- No las suficientes y, desde luego, no todas las que yo querría... - Héctor no quería estropear el resto del día metiéndose en ese jardín, así que se levantó con ella en brazos y la depositó en el suelo encerrándola en un abrazo – Pero me alegro de que alguna de ellas sea mía. Te quiero mucho, mi vida...

- Yo también cariño.... – Lola acarició su mejilla pensando en que más tarde tendría que analizar en profundidad las palabras de Héctor para intentar comprenderlo mejor.

Cuando llegaron al restaurante fueron conducidos a un pequeño reservado en el que Helena, Jack y también Carlos ya disfrutaban del aperitivo.

- Lo siento chicos... - se apresuró a disculparse Lola – He tardado más de lo previsto en la peluquería.

Todos se levantaron al verlos llegar y Lola se acercó a Helena para abrazarla con cariño.

- Helena...Estás guapísima – Helena lucía un vestido de corte premamá en un arrebatador tono rojo. Sus eternas bailarinas de leopardo ribeteadas en rojo completaban su maravilloso aspecto.

- Ay... guapa estás tú... He visto ese vestido en la boutique de Ruth – hizo un delicioso mohín – pero no entro en él ni con calzador.

Jack, siempre atento a las palabras de su mujer se apresuró a consolarla.

- Pequeña... estás preciosa... Mi bebé necesita espacio... va a ser un campeón como su papá.

Helena fingió enfado mientras todos tomaban asiento.

- ¡Pues Ala! Listillo...ya me has fastidiado la sorpresa.

Carlos y Héctor se miraban sin entender nada, pero Lola lo había cazado al vuelo.

- ¡Un niño! – Exclamó al tiempo que aplaudía – Jack se ha salido con la suya y vais a tener un niño... me has mentado por teléfono... eres terrible...

A Lola se le saltaron las lágrimas y volvió a levantarse a abrazar a Helena al tiempo que Carlos y Héctor felicitaban a Jack mientras bromeaban sobre su hombría. Helena también tenía los ojos llorosos y las dos mujeres comenzaron a llorar como dos crías incapaces de contener su emoción.

- No llores bobita... Quería decírtelo en persona... – Le decía Helena a Lola.

- Ay... – Lola se enjugaba las lágrimas y reía al mismo tiempo – Estoy tan contenta por ti... – Se giró para sonreírle a Jack que se había acercado preocupado al ver las lágrimas de su mujer – Felicidades Jack. Me alegro mucho por vosotros.

Jack no cabía en sí de orgullo. Rodeó a ambas mujeres con sus brazos y, mientras besaba los rizos de Helena, atrajo a Lola hacia su abrazo.

- Gracias Lola...una vez más.

- Ay Jack... ya basta de dar las gracias cada vez que me ves.

- No. No basta. Nunca va a ser suficiente Lola...

- Aparta tus manazas de mi mujer – Héctor también estaba emocionado pero intentaba ocultarlo sacando a pasear a su homólogo neandertal. Odiaba ver los ojos de Lola anegados en lágrimas aunque éstas fuesen de pura alegría.

- No seas bruto.... – Lo reprendió Helena con una sonrisa al tiempo que Carlos la engullía en un gran abrazo.

- Ven aquí... pequeñaja – Héctor apartó a Helena de los brazos de Carlos y la abrazó con ternura – Cuídate mucho ¿vale?... no queremos más sustos – Le rogó recordando la angustia que habían pasado con su amenaza de aborto.

- Lo haré – Helena aprovechó la ocasión y, agarrando a Héctor de las manos, hizo un aparte con él – Héctor... cuidaremos de Lola, todos nosotros... lo sabes ¿verdad? He hablado con Jack y con Lola... Si es necesario... no dudes de que no la dejaremos sola. Os lo debo todo.

- Helena... lo sé – Héctor volvió a abrazarla – Gracias. Ojalá pueda cuidarla yo para siempre...

- Ojalá Héctor... ojalá.... – Helena lo deseaba con todo su corazón – Sólo quiero que lo sepas. Tú cuidaste de mí mientras Jack no estaba... yo no quiero que Lola sufra más...

- Olvídate de todo eso Helena... no te preocupes – Héctor sabía que Jack le cortaría los huevos si osaba preocupar a su mujer – Vamos a celebrar la noticia.

Lola observaba con alegría el abrazo entre Héctor y Helena, las dos personas más importantes en su vida, su pareja y su mejor amiga. Recibió a Héctor con una gran sonrisa al ver que extendía sus brazos hacia ella.

- Llorona... - Héctor bromeó con ella mientras le acariciaba la espalda. Sabía que en la mente de ambos estaba su proyecto de bebé – Tú casi nunca lloras...

- No me gusta llorar... y menos delante de la gente... pero esto es pura alegría.

Alegría pura es lo que desprendieron los cinco amigos durante la comida y la larga sobremesa. Ya por la tarde, mientras paseaban bajo el sol primaveral por el parque del Retiro, los tres hombres escoltaban a las dos mujeres que, cogidas del brazo, se hacían confianzas unos pasos por delante de ellos. Carlos estaba siendo objeto de las bromas de Jack y de Héctor acerca de su taimada soltería. Ni de broma iba a admitir delante de ellos que estaba comenzando a sentir una sana envidia de sus nuevas vidas en pareja. Una extraña ansia insatisfecha se estaba apoderando de él y trataba de resistirse a ella con todas sus fuerzas.

- Que no tío... que con vosotros dos retirados del mercado voy a convertirme en el rey de la pista.

-¿Pista? Llevas siglos sin salir y sin ligar... Tú estás igual de desgano de esa vida que nosotros – Héctor lo señaló con el dedo – Sabes que tengo razón.

- Tú espérate y verás... Si tienes la misma suerte que yo... un tropezón pondrá a la mujer de tu vida en tu camino – Jack sonreía burlón ante la expresión horrorizada de Carlos.

- O si tienes la misma suerte que yo... la amiga de la que tropezó primero será la que te robe el corazón.

- Me voy con las chicas.... Paso de vosotros... parecéis dos viejas cotorras...

Héctor y Jack observaron entre carcajadas como Carlos se colocaba en medio de las chicas y las rodeaba por los hombros mientras refunfuñaba algo. Ambas se volvieron hacia atrás reprochándolos con la mirada.

- Joder tío.... – dijo Héctor – Las tiene en el bote a las dos.

- ¡Qué me vas a decir a mí! Porque estoy muy seguro de Helena que si no... iba a joderme un huevo y parte del otro ver el buen rollo que se traen.

Tras merendar en una terraza. Todos los amigos se despidieron. Mientras Lola abrazaba de nuevo a Helena y a Jack. Carlos hizo un aparte con Héctor.

- No quise decir nada porque era el momento de Helena y de Jack. Quiero que sepas que el lunes tengo una reunión con los inspectores. Dicen que tienen una propuesta que hacerme pero no he podido sonsacarles nada. ¿Podremos comer



juntos ese día?

- ¡Qué raro! – Héctor estaba extrañado por lo enigmático que sonaba todo – Claro que sí. Comeremos en mi casa. Le diré a Carlo que nos prepare algo. Has hecho bien en no decir nada. Quiero que Lola tenga un fin de semana tranquilo.

- ¿Cómo va? – Se interesó Carlos.

- Lleva dos semanas fantásticas... pero no estoy seguro todavía... Tengo una extraña sensación que no me gusta nada...

- ¿Y eso?

- Creo que ambos estamos inmersos en una burbuja y me temo que no va a tardar mucho en estallar.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 16

*“Otras cosas nos pueden cambiar, pero empezamos y terminamos con la familia.”*

*Anthony Brandt*

Lola no quería ir con las manos vacías a casa de los padres de Héctor, así que se arregló pronto e incluso terminó antes que él porque tenía una misión que cumplir, quería pedirle ayuda a Carlo. No quiso pasarse de arreglada y combinó los fluidos pantalones beige que había estrenado en Toledo con una sencilla camiseta blanca y una gargantilla gruesa de piedrecitas marrones que había comprado en una feria de artesanía le dio el toque elegante que buscaba. Las mismas alpargatas y el clutch a juego completaban el look.

- Te espero abajo... voy a hablar con Carlo – Le gritó desde la puerta de la calle antes de que Héctor pudiese volver a repetirle lo que llevaba diciéndole toda la mañana, que no era necesario llevar nada. ¡Ja! Pensó para sí. No iba a ir a conocer a sus padres con las manos vacías sobre todo cuando la habían invitado a comer.

Héctor salió escopetado de la ducha tratando de detener a Lola. Asomó la cabeza al pasillo y vio que ya había salido. Llevaba toda la mañana asegurándole que no tenía que llevar nada a casa de su madre, pero Lola, haciendo caso omiso, directamente lo había dejado plantado y desnudo en el baño. Cuando vio el charco de agua que había dejado por toda la habitación maldijo en voz alta. Ahora tendría que limpiarlo todo y tardaría más en bajar. Al volver a la ducha observó su expresión frustrada y algo enfadada en el espejo del baño y se detuvo en seco. ¡Hostia puta! gritó a nadie en particular. Asombrado, estaba tomando conciencia de lo que acababa de suceder. El conejillo asustado había planificado cuidadosamente su huida sin tener en cuenta varias cosas que, tan sólo un mes antes, Lola no habría sido capaz de obviar. Uno, Héctor no quería que llevase nada como agradecimiento a la invitación y se lo había manifestado por activa y por pasiva. Dos, no había tenido en cuenta que él podría enfadarse al verse contrariado, había tomado su decisión ella solita y la había llevado a cabo sin pensar en los deseos de Héctor. Eso, por lo de pronto, era algo extraordinario y maravilloso. Cada vez veía más lejos la posibilidad de tener que cumplir aquella maldita promesa. Con una gran sonrisa en la cara terminó de ducharse y rápidamente se vistió con unos vaqueros azules muy desgastados y un polo negro, deportivas blancas, gafas de sol tipo aviador y salió pitando en busca de

su mujer.

Lola estaba sentada en una de las mesas del café de Carlo delante de un delicioso capuchino cuando vio a Héctor entrar como una exhalación revisando el local en su búsqueda. Cuando por fin la divisó una gran sonrisa iluminó su cara y se dirigió a ella. Lola se preguntaba a qué venía tanta alegría, no tuvo tiempo de formularle ninguna cuestión porque Héctor le sostuvo la cara con sus grandes manos y le dio un beso de película. Cuando se separó, Lola observó a Carlo reír complacido mientras fingía limpiar la barra.

- Estás decidida a hacerlo todo fácil ¿verdad? – le preguntó Héctor al tiempo que tomaba asiento a su lado y hacía señas a Carlo para que le sirviese otro capuchino.

- ¿Yo?... No sé a qué te refieres... ¿Estás bien? – Lola estaba extrañada por la desbordante de alegría de Héctor.

- Estoy mejor que cuando me dejaste en pelotas en la ducha.

- ¡Héctor!.... – Lola estaba escandalizada – Baja la voz... cualquiera puede oírte...

-Princesa... no lo entiendes ¿verdad?

- Pues no. Y estás empezando a asustarme.

- Mi vida... - Héctor le acarició el pelo con cariño – Te he dicho que no bajaras a ver a Carlo, que no hacía falta que llevases nada a casa de mis padres...y no me has hecho caso.

Lola abrió los ojos asombrada al empezar a comprender la línea de pensamiento de Héctor.

- ¡Oh!... yo no pensé...

- Exacto... no pensaste... no me hiciste caso e impusiste tu opinión sobre la mía – Héctor no podía borrar la sonrisa de su cara.

- Es verdad... ¿Es por eso por lo que estás tan contento?

- Sí.

- Es que no podemos ir a casa de tu madre con las manos vacías. Es una descortesía.

- Vale. Lo que tú digas.

- ¿Lo que yo diga?

- Sí – Asintió Héctor mientras tomaba un sorbo del capuchino que Carlo le acababa de servir.

- Vale – Lola también lucía una gran sonrisa al comprender que Héctor era feliz porque ella no había pensado en “un castigo” posterior por “desobedecer” sus deseos – Yo también estoy contenta.

- Lo sé – Héctor acarició su nuca – Un paso de gigante, mi amor... paso a paso... sigue así.

Lola entró en pánico mientras el ascensor los llevaba al piso de los padres Héctor. Durante el trayecto le había explicado que, pese a que lo había intentado de todas formas posibles, no había sido capaz de convencer a su madre de que debía mudarse a una casa más moderna que la de su infancia.

- Héctor... si se mudan, para ella será como romper definitivamente con el vínculo material que le queda con tu hermana.

- Pues yo creo que justo eso es lo que le convendría – Le replicó Héctor convencido de que su postura era acertada.

Ahora el corazón de Lola iba latiendo a mil por hora, le faltaba algo de aire y sintió la mano de Héctor sosteniéndola por la nuca.

- Ya. Para. No tengas miedo. Eres preciosa. Vas guapísima. Llevas el tiramisú de Carlo y sabes que es para caerse de espaldas. Yo te quiero, es lo único que les va a importar, ellos te querrán.

- ¿Saben lo mío? – Preguntó Lola algo arrepentida de no haber averiguado antes lo que Héctor había comentado con su madre.

- Sí. Lo saben. He hablado de ello con mi madre.

-Van a odiar que tengas que bregar de nuevo con todo eso, con mi pasado.

- Princesa.... – Héctor la encerró en su abrazo para que aspirase su aroma – Déjalo ya... aquí nadie va a odiar a nadie... Dales una oportunidad... por favor.

- Lo sé. Lo siento. Estoy prejuizgándolos. Es horrible por mi parte...

- Va... ya está... olvídalo ¿vale?

Lola asintió y no dio tiempo a más. El ascensor los dejó en su destino y Héctor utilizó su llave para abrir. El piso era la típica vivienda de clase media, los

muebles del recibidor eran antiguos pero muy bien conservados. Recordaba el estilo de la casa de su infancia. Sus padres se habían mudado cuando Lola abrió su peluquería y todos sus muebles eran ahora de corte mucho más moderno. Olía a fresco, a limpio. Le gustó el ambiente, la reconfortó comprobar que los orígenes de Héctor eran muy similares a los suyos y, ver aparecer a su madre en delantal y secándose las manos con un trapo de cocina la retrotrajo a la época en la que su abuela vivía con ellos y se encargaba de recibirla todos los días al volver del colegio. Marisa, la madre de Héctor, era una mujer de baja estatura, algo regordeta y con el pelo totalmente blanco. Lo llevaba muy corto y peinado con la raya a un lado. Su cara era lo que más le llamó la atención. Héctor era igual a ella, los mismos ojos negros y una sonrisa que recordaba ligeramente a la de su hijo.

- Héctor.... – Marisa lo regañó mientras aceptaba su abrazo y el beso en la mejilla – Pensé que llamarías antes... hijo... me coges en delantal.

- Mamá... ¿Qué importa eso? – Héctor percibía el nerviosismo de su madre y trató de tranquilizarla – Te aseguro que a Lola no le importa que la recibas en delantal.

- Claro que no – Lola se apresuró a responder – Al fin y al cabo está usted cocinando para nosotros.

Marisa observó a la mujer que su hijo había traído a casa. La primera en toda su vida y sabía que la última. En su día, tras perder a Sonia le había formulado a su hijo una única petición. Que sólo llevase a casa a la chica con la que pretendiese formalizar su noviazgo. No quería exponer su dolor a mujeres que iban a estar de paso en la vida de Héctor. No quería encariñarse con ellas y que se llevasen una parte de su corazón tras romper con su hijo. Afortunadamente, Héctor nunca le había hablado de una novia, de una pareja formal. Un par de semanas atrás, por sorpresa, les comunicó que se iba a Toledo a buscar a Lola para traerla de vuelta con él. A su casa. Fue entonces cuando les relató su pasado, todo lo que aquella mujer había sufrido con su exmarido. En un primer momento Marisa temió que Héctor no estuviese enamorado de esa mujer, sino que viese en ella la oportunidad de salvarla, de hacer lo que nadie había podido hacer con Sonia. Su hijo se apresuró a sacarla de su error y a asegurarle que aquella era la mujer de su vida, la definitiva. Lo cierto es que era guapísima, fácilmente podía pasara por modelo de cualquier revista, sin embargo Héctor le había dicho que era una sencilla peluquera, emprendedora, valiente y poco amante de los grandes lujos

que Héctor quería ofrecerle. Conocía por su sobrina Ruth el episodio de los vestidos y se había reído con su relato. Lola no lo sabía, pero tenía una defensora a ultranza en su sobrina. Le había jurado por activa y por pasiva que aquella chica era la otra mitad de Héctor y que su primo, y habían sido palabras textuales “estaba perdidamente enamorado” de Lola. Ante semejante aval, Marisa estaba impaciente por comprobar si todo lo que decían era verdad y si su secreta esperanza, aquella que ni tan siquiera Alfredo, su marido, conocía, podía llegar a hacerse realidad. Ella no quería una nuera, quería ganar una hija a la que querer. Lola parecía algo cohibida y, Marisa, como mujer que recordaba perfectamente el temblor de sus piernas el día que conoció a su suegra, tomó las riendas del asunto y abrió los brazos para recibirla. Por fortuna fue correspondida con un cálido abrazo de aquella mujer mucho más alta que ella pero con un aspecto igual de frágil que el suyo.

- Encantada de que estés en casa y de conocerte Lola.

- Lo mismo le digo. Gracias por invitarme – Lola le respondió con cortesía. Había sido un reconfortante abrazo maternal.

- Marisa por favor... nada de usted – La tomó del brazo y la guio al salón sin mirar a su hijo que había guardado silencio mientras ellas se presentaban – Voy a presentarte a Alfredo, mi marido. Suele encerrarse en el salón y escucha su música favorita con los cascos puestos, por eso no os habrá oído llegar.

Se trataba de un salón comedor amplio, sencillo y que seguía la estética del recibidor. La limpieza era extrema, Lola había reparado en el brillo de la cristalería expuesta en un aparador cuyos cristales parecían inexistentes. No pudo reparar en mucho más ya que Marisa la condujo hasta un hombre delgado y muy alto que se estaba levantando al tiempo que se quitaba los cascos y los dejaba en el asiento de su sillón orejero.

- Alfredo – le anunció Marisa – Ya han llegado. Esta es Lola.

Alfredo contempló a aquella preciosa chiquilla de ojos azules que lo miraba con cierto susto en la cara. Sabía que, de primeras, solía intimidar a la mayoría de la gente con su parquedad, tantas veces tomada como antipatía o incluso soberbia, sin embargo, no era así. En su infancia y adolescencia, su familia no había sido dada a demostrar públicamente su afecto y él, hasta conocer a Marisa, desconocía que hubiese otra forma de entender el amor y la familia. A pesar de que había cambiado con los años, Marisa aún tenía que recordarle que tuviese una actitud un poco más amistosa con los demás. Ahora le rogaba con los ojos

que hiciese lo que llevaba un par de días pidiéndole sin descanso. Que recibiese a Lola con los brazos abiertos. Él sabía, aunque Marisa nunca le había hablado de ello, que su mujer esperaba la llegada de una hija de la mano de Héctor, otra chiquilla que pudiese mitigar el dolor por la pérdida de su preciosa Sonia. Él pensaba que eso era imposible pero le debía a aquella chica un recibimiento adecuado a la importancia que ella parecía tener para su hijo quien, expectante, aguardaba sus palabras.

- Bienvenida Lola – le tendió la mano y la chica se la cogió con rapidez – Me alegro de conocerte. Espero que estés a gusto en nuestra casa.

Alfredo casi se tambalea cuando aquella muchacha, aprovechando el apretón de manos, se acercó a él y lo abrazó ligeramente. A pesar de que el contacto fue mínimo, le tocó el corazón sentir aquel cuerpo joven, como el de su hija, entre sus brazos. Desde Sonia no había sentido nada parecido, su hijo Héctor se limitaba a estrecharle la mano palmeándole la espalda cada vez que se saludaban.

- Encantada de conocerte Alfredo – Lola veía a Héctor reflejado en cada gesto de aquel hombre, puede que la cara la hubiese heredado de su madre, sin embargo, el carácter era de su padre. Afortunadamente, Héctor era mucho más expresivo con ella pero, a primera vista, ambos impactaban por su aparente seriedad. Mientras se alejaba unos pasos recordó la primera vez que había visto a Héctor en el Rigoletto y cómo prácticamente había huido al percibir su dureza.

Héctor suspiró aliviado al ver la expresión de su padre. En el fondo él sabía de antemano que su madre estaba ganada por la promesa que le había hecho en su día de no llevar a casa a una novia tras otra, tampoco es que hubiera tenido ocasión de romper esa promesa porque Lola era su primera novia, su primera relación seria. Su padre, aparentemente duro por fuera era otra cosa. Sonia era la única capaz de sacarle una sonrisa cuando eran críos, lamentablemente las sonrisas de su padre habían empezado a disminuir con la situación que vivía su hija para terminar por desaparecer al tiempo que ella había desaparecido. Tenía la sensación de que Lola, con su habitual dulzura, había conseguido abrir una pequeña brecha en la coraza de su padre. Para romper el silencio alzó la bolsa que contenía el postre y habló como si ya todos fuesen una familia.

- Mamá Lola se ha empeñado en traer el postre. Le he dicho que no hacía falta pero no ha valido de nada.

- Es tiramisú. Lo ha hecho Carlo, el dueño del café del edificio donde vive

Héctor – Aclaró Lola poco dispuesta a que Marisa pensase que ella era una buena cocinera – Yo no paso de un bizcocho de yogur o una sencilla tarta de queso.

- Bobadas... mamá. No es tan mala cocinera como ella piensa... y Lola... – Alzó ambas cejas para advertirla de su error – No es el edificio donde vive Héctor, es nuestra casa.

Lola encajó la reprimenda algo avergonzada. No sabía que responder, por fortuna Héctor la atrajo hacia él rodeándola con un brazo y tendiéndole el postre.

- No pasa nada...

- Yo aún conservo mi apartamento – Lola se vio en la obligación de explicarse – Llevamos dos semanas viviendo juntos y aún me cuesta reconocerla como mi casa.

- Pues claro que te cuesta...¡Qué bobada! - Marisa se apresuró a cogerla del brazo para guiarla hasta la cocina – Este hijo mío puede ser un poco brusco a veces, ha salido a su padre... ven conmigo y dejémoslos aquí solos, pondremos eso en el frigorífico y revisaré el cordero que tengo en el horno.

- Mamá... – Héctor no quería que su madre lo tratase como un crío delante de Lola. Probablemente había sido un error hacerle ver a Lola su lapsus, pero él quería dejarles claro a sus padres que ya eran una pareja en toda regla.

- Puedes acabar de poner la mesa Héctor, gracias.

Lola sonrió ante la cara que puso Héctor al oír la orden de su madre y lo saludó con la mano mientras acompañaba a aquella mujer hasta la cocina. Allí Marisa la obligó a sentarse en una de las sillas y tomó asiento a su lado después de revisar el horno y meter el tiramisú en el frigorífico. Marisa le cogió la mano encerrándola entre las suyas.

- Lola... me alegro de que Héctor te haya traído. Probablemente no sepas lo que eso significa para nosotros y estoy segura que mi hijo no te ha dicho nada al respecto. Yo creo que es justo que lo sepas y voy a contártelo – Marisa esbozó una serena sonrisa destinada a tranquilizar a Lola ya que había percibido un ligero temblor en su mano - Unos meses después de que Sonia se fuese supe que mi hijo estaba tonteando con una chica, ya era un hombre hecho y derecho y, a pesar de que no me debía ninguna explicación, yo le obligué a hacerme una promesa. Quería llevar nuestro dolor en la intimidad, no quería verlo expuesto



ante los ojos de esa chica, y luego de otra y de otra... así que le pedí, algo egoísta por mi parte, que no trajese a casa a sus novias. Le hice prometer que sólo me presentaría a la mujer con la que él tuviese pensado formar una familia.

- No lo sabía – Lola había empezado a temblar ante las palabras de Marisa – Aún es pronto para nosotros. Yo no estoy del todo recuperada de mi pasado.

- Ay... Lola... no me entiendas mal... sólo quiero decirte que me alegro de que estés aquí, de que Héctor te tenga a ti y tú, después de todo lo que te ha pasado, tengas a Héctor a tu lado. No me ciega la pasión de madre si te digo que mi hijo es un buen hombre que se viste por los pies. Afortunadamente, el tiempo ha mitigado aquel dolor y entiendo que tal vez no llegues a ser mi nuera, lo que quiero decirte es que ya estoy preparada para abrirte las puertas de esta familia y, desde ya te digo que ojalá quieras quedarte con nosotros.

- Quiero hacerlo – Se apresuró a aclarar Lola – Quiero hacerlo con todo mi corazón, pero a veces el pasado me golpea con fuerza y Héctor no lo merece. Quiero que sepas que está haciendo todo lo posible y más para que yo pueda recuperarme. Tu hijo es lo mejor que me ha pasado en la vida.

- Lola.... agárrate a la vida. Agárrate al amor. Mi hijo te quiere, te quiere de verdad. No me lo ha dicho con esas palabras, me lo ha dicho al traerte aquí. Aquí nos tienes, a él por supuesto, y a nosotros para ayudarte a que te libres de todo aquello que mi hija no fue capaz de superar.

Aquellas palabras emocionaron a ambas mujeres y las lágrimas anegaron sus ojos. A través del nudo que atenazaba su garganta Lola consiguió responder a la madre de Héctor.

- Gracias, gracias por no odiar que tu hijo se haya visto envuelto en mis problemas.

-Cariño.... – Marisa palmeó las manos de aquella encantadora chica que ya empezaba a gustarle de verdad – No llores... no podría odiarte y me avergonzaría de mi hijo si huyese de ti a causa de la situación que, lamentablemente, has tenido que vivir.

Marisa se levantó dando por terminada la emotiva conversación y se puso a trajinar en la cocina mientras le daba a Lola unos minutos para recomponerse antes de que su hijo Héctor acudiese en su rescate.

Héctor estuvo especialmente pendiente de Lola durante toda la comida. Tras

acabar de poner la mesa y pasarse por la cocina, los ojos llorosos de ambas mujeres lo habían puesto un tanto nervioso. Por más que intentó sonsacarles, ninguna de las dos estuvo dispuesta a explicarle lo que había sucedido en aquella cocina mientras él no estaba presente. Afortunadamente, tras el postre y la conversación, ambas parecían haber recuperado la compostura. Lola estaba sentada en el sofá con su madre, mientras, su padre y él se sentaban en sendos sillones, con un segundo café dispuesto sobre la mesa de centro. Su madre se había esmerado especialmente con la comida. Había cocinado un refrescante salpicón de rape, el preferido de Héctor, y una pierna de cordero con patatas asadas. Estaba tan delicioso y tan tierno que se deshacía en la boca. Su padre se había declarado fan del tiramisú de Carlo y, ahora, con el café estaban picoteando unas deliciosas casadiellas caseras que su madre, de origen asturiano, incluía siempre en sus comidas cuando tenían invitados. La copiosa comida amenazaba con hacerlo caer dormido, estaba amodorrado en el sofá mientras la dulce voz de Lola le relataba sus orígenes.

- Mis padres son de Toledo, ambos, de dos pueblecitos vecinos. Se instalaron en la ciudad cuando yo nací y mi padre comenzó a trabajar en la gestoría. Mi madre tuvo la fortuna de poder estudiar y pronto entró a trabajar como cajera en el banco, incluso antes de que yo naciese. Al nacer yo, mi abuela que era muy moderna para su época, se negó en rotundo a que mi madre abandonase su trabajo por mí. Siempre nos decía que una mujer no debe depender del sueldo de su marido, que debía de ser libre para tomar sus propias decisiones.

- Pues sí que era moderna, Lola. Yo, en cambio, fui educada para atender a mi familia. Nunca trabajé fuera de casa – Marisa le explicó a su vez – Y, que conste, no me quejo por ello.

- No lo he dicho con intención de menospreciar el trabajo de un ama de casa – Lola necesitaba explicarse para que Marisa no pensase que ella despreciaba el trabajo doméstico – Mi abuela se trasladó a vivir con nosotros entonces y, viéndola a ella, entendí el sacrificio y el esfuerzo que supone atender a una familia. No hay horarios, no hay vacaciones...

- Tranquila cariño... - Marisa se apresuró a calmar la angustia que reflejaba el rostro de Lola. Aquella chica era puro corazón y ella ya la había cogido bajo su ala – Entiendo lo que quería decir tu abuela. Hoy en día, si tu llegases a casa – quería hacerle ver a Lola que para ellos ya era parte de la familia – y me dijese que vas a dejar de trabajar por atender a tu hijo, yo intentaría por todos medios

quitártelo de la cabeza.

- Pues tampoco pasaría nada si Lola decide que quiere hacerlo – Héctor intervino en la conversación. La imagen amorosa de Lola con un bebé en brazos comenzaba a aparecer con frecuencia en su mente y, aunque sabía que era egoísta, le encantaría que madre e hijo fuesen sólo suyos y no tener que compartirlos con un trabajo.

Marisa captó la mirada ansiosa de su hijo y el azoramiento y la duda de Lola. Allí había algo más que una mera conversación sobre la hipótesis de un bebé. Su corazón dio un gran vuelco y una serena alegría comenzó a invadir sus venas. La sentía correr por todo su ser como hacía tiempo que no le sucedía y se apresuró a echarle un cabo a su, ahora sí que la quería llamar así, futura hija.

- Pues hará lo que ella quiera, no lo que tú quieras y Héctor... hazme el favor de dejar ese aire troglodita... ni tu padre ni yo te hemos educado así.

- Sí señora – Héctor encajó la reprimenda con una sonrisa. Ver a su madre abandonar su aire lánguido para enarbolar la bandera de la defensa de Lola lo satisfacía más de lo que nadie pudiese imaginar.

- A mí, si se diese el caso – Lola hizo hincapié en que estaban hablando simplemente de una hipótesis – Me gustaría poder conciliar las dos cosas, ser mamá y trabajar.

- Pues no se diga más – Marisa zanjó el tema – Haces bien en intentar hacer lo que tu corazón y tu cabeza te dicte. Ahora me gustaría enseñarte el resto de la casa y nuestro álbum de fotos familiar.

- El álbum no mamá... – Héctor no concebía tortura mayor para un hombre que la de que su madre sacase del baúl de los recuerdos las fotos de su infancia y adolescencia – Venga...por favor... si Lola me ve con ortodoncia y vestido de comunión, tardará nada y menos en dejarme.

- No seas bobo.... – Marisa ya estaba en pie tendiéndole la mano a Lola para guiarla por toda la casa – Anda... quédate aquí a ver el partido de tenis de Nadal con tu padre, no te quiero refunfuñando detrás de nosotras.

Lola acompañó a Marisa mientras ésta le iba enseñando el resto de la casa. No era tan pequeña como ella había pensado en un principio. Además del dormitorio de matrimonio y del cuarto de Héctor, que era el cuarto de un fan del rugby y que le sacó una sonrisa al imaginárselo de adolescente trasteando por allí, Marisa

le enseñó una pequeña salita de estar muy femenina, según le explicó, aquel era su territorio. Al parecer, en aquel cómodo sillón beige con delicadas florecillas azules, Marisa pasaba las tardes viendo la tele mientras atendía a una de sus pasiones, la costura, la calceta o el ganchillo. Le enseñó un mantel que estaba bordando para la hija de una vecina que se casaba este verano y Lola quedó maravillada ante la obra de arte que Marisa sostenía entre sus manos.

- Marisa... esto es una maravilla... tienes unas manos de oro.... – Lola le expresó un halago sincero que le salió del corazón.

- Cariño... - Marisa se emocionó al ver reconocido su talento. Afortunadamente Lola no era como tantas jóvenes de hoy en día que no ponían en valor aquellos oficios de antes. Su entusiasmo le hizo hablar reflejando en cada una de sus palabras todos sus anhelos – Tendrás tu mantelería, tus toallas bordadas con las iniciales, los arrullos de tus bebés...

- Ay Marisa.... – Lola cerró los ojos desbordada por las expectativas de aquella mujer. Se merecía ver complacidas todas y cada una de ellas.

- Lola... por favor.... – Marisa no estaba arrepentida de haber expresado sus deseos pero sí algo temerosa de haber causado un dolor innecesario a Lola – Por favor..., te lo pido... no hagas caso de esta vieja. Olvida lo que he dicho...

Marisa se apresuró a sacarla de aquel cuarto para guiarla hasta el último cuarto, el dormitorio de Sonia. Abrió la puerta del cuarto de su hija y, por primera vez desde su ausencia, comprendió que, a pesar de haber fallecido con apenas veintitrés años, Sonia nunca dejó de ser una adolescente. Por primera vez pudo ver, a través de los ojos de una mujer joven como Lola, el último año de la vida de Sonia. Posters de cantantes en una pared, un corcho con notas y fotos con amigas, por supuesto, había retirado aquellas en las que salía aquel hombre indeseable que era el culpable de todas sus penas. Sus escasas joyas seguían a buen recaudo en una cajita de música que le habían regalado el día de su Primera Comunión. En su escritorio aún estaban apilados los libros de aquel último intento por parte de sus padres de que hiciese algo de provecho matriculándola en un ciclo de formación profesional en la rama administrativa. Sonia se había dedicado a pasear los libros esperando que aquel malnacido saliese de su trabajo de mecánico para recogerla en el centro de enseñanza y desaparecer hasta la noche, en el mejor de los casos, o la mayor parte de las veces, hasta el día siguiente. Aún podía oír el sonido de las zapatillas de un desvelado Alfredo recorriendo el pasillo toda la noche mientras esperaba el regreso de su hija.

Habían sido muchos los días en los que había acudido a su trabajo como funcionario del Ministerio de Cultura sin haber pegado ojo en toda la noche. El hecho de tener a Lola a su lado, la hizo reflexionar sobre la conveniencia de mantener ese cuarto tal y como lo estaba viendo en esos momentos. Debió de hablar en voz alta porque, de repente, se vio encerrada en los brazos de Lola al tiempo que escuchaba sus palabras de consuelo.

- Marisa... nadie te va a juzgar si dejas este cuarto así, tampoco nadie tiene derecho a juzgarte si decides utilizarlo para otra cosa. Tú, mejor que nadie, sabes lo que Alfredo y tú necesitáis.

- Hasta ahora pensé que necesitaba ver esto así... sin embargo hoy... al abrir la puerta junto a ti he pensado en que tal vez ya ha llegado el momento.

- Lo que hagas, bien hecho estará – Le sonrió Lola – En todo caso, no tienes que precipitarte, madura la decisión antes de hacer algo de lo que luego puedas arrepentirte.

Marisa clavó sus ojos en los de aquella mujer que, sin saberlo, estaba haciendo resurgir en su interior emociones largo tiempo dormidas en su interior. La cogió de las manos y decidió echar el todo por el todo con ella.

- Lola..., como te he dicho antes, me encantaría que te quedases con mi hijo, y por consecuencia, con nosotros. Por lo que dices, te queda un camino por recorrer para encontrarte del todo bien, pero me gustaría decirte que, ya que tus padres están en Toledo y que mi hijo es un hombre muy protector y a veces algo tozudo, puedes contar conmigo para lo que necesites. Las puertas de esta casa están abiertas para ti en cualquier circunstancia. Te pido por favor que acudas a nosotros si te pasa algo, si necesitas hablar. Mi hijo es muy buen hombre pero ellos a veces no pueden entender cómo reaccionamos las mujeres. Soy mayor y he estado bastantes años fuera de la sociedad pero... Lola... acude a nosotros si lo necesitas.

- Gracias Marisa – Lola estaba muy emocionada por el ofrecimiento, por la humildad de aquella mujer que, habiendo perdido una hija en unas circunstancias parecidas a las suyas, le tendía la mano. Aquella familia parecía hecha a la medida de sus necesidades emocionales y decidió aceptar su ofrenda. Ellos le pedían muy poco a cambio de lo que le estaban ofreciendo. Para Lola, la familia era lo más importante – Lo prometo. Lo haré.

Su intimidad se vio rota por el grito de Héctor.

- Mamá... ¿Hay más café?

Ambas mujeres se echaron a reír mientras Marisa ponía los ojos en blanco.

- Mi hijo... hace años que vive solo pero, en cuanto vuelve a casa de mamá, se convierte en un niño chico.

Afortunadamente para Héctor su madre se olvidó de sacar el álbum familiar y pasaron el resto de la tarde repantigados en el sofá viendo el partido de tenis. Su madre les obligó a cenar una tortilla de patata antes de dejarlos marchar haciéndoles prometer que pronto volverían de visita.

Héctor condujo de regreso a casa deseando conocer las impresiones de Lola sobre su familia, sin embargo, respetó su silencio durante todo el trayecto. Al llegar a casa, ambos se sentaron en el sofá, Héctor se quitó las deportivas de un puntapié y apoyó los pies sobre la mesa.

- Hasta tus pies son bonitos – Le dijo Lola mirándolos.

- ¿Mis pies?... son... eso... pies... nada más... no son bonitos... bonitos son los pies de chica... los tuyos... anda dame – le palmeó las pierna para que se descalzase – voy a darte un masaje.

Lola se desató las cintas de las alpargatas y se recostó en el sofá apoyando los pies sobre las piernas de Héctor. Sintió como éste se los cogía y depositaba un casto beso en el empeine.

- Bonitos y sexys.... Estos sí que son unos pies bonitos – Héctor comenzó a masajearlos mientras observaba como Lola relajaba su expresión – ¿Te gusta?

- Mmmm.... mucho.... si me haces cosquillas te mato.... – le advirtió con una sonrisa.

Tras un tiempo en silencio Héctor se atrevió a preguntar.

- ¿Qué te han parecido?

- Encantadores... por cierto... tu madre se olvidó de enseñarme tus fotos... voy a tener que recordárselo la próxima vez que vayamos a verlos.... – Lola dio un respingo al sentir las cosquillas en la planta de los pies.

- Bruja.... – le dijo Héctor con cariño – Mi padre es parco en palabras, ya lo has visto. Me preocupa más mi madre. Tal vez te haya agobiado un poco.

- Para nada – Lola estaba muy relajada por el masaje – Tienes una madre

maravillosa... me ha dicho que puedo contar con ellos para lo que necesite y que tengo abiertas las puertas de su casa siempre que quiera visitarlos.

Tal vez Lola no lo supiese, pero él sí sabía lo que esas palabras significaban de verdad, se vio en la obligación de aclarárselo para que tomase conciencia de lo que suponían.

- Debes saber que con esas palabras mi madre te estaba dando la bienvenida a la familia... que ya te ve como su futura nuera.

- Lo sé. Me lo ha dicho – Lola no estaba dispuesta a traicionar las confianzas de Marisa.

- ¿Y? – Héctor estaba poniéndose nervioso ante la naturalidad con la que Lola estaba tratando la conversación tantas veces temida y que se había convertido en un tema tabú entre ellos.

- Y nada. Sabe que aún tiene que pasar algún tiempo para pensar en eso, pero agradezco todo el cariño que me ofrece.

Héctor se dio cuenta de que no iba a sonsacarle más y decidió cambiar de tema. Lamentablemente había llegado el momento de advertirla sobre la visita que Carlos les haría mañana a mediodía. Se lo había ocultado hasta ese momento para no ensombrecer su fin de semana, pero ahora no le quedaba otra que afrontarlo.

- Mi vida... - Le dio una palmada en los pies dando por finalizado el masaje. Cuando la vio abrir los ojos le tendió los brazos para que se sentase en su regazo. Lola se acomodó en brazos de Héctor relajada tras el masaje reparando al mismo tiempo en su expresión grave. No le dio tiempo a preguntar porque Héctor comenzó a hablar enseguida.

- Mañana a mediodía viene Carlos a comer. Le he invitado porque me ha dicho que tiene una reunión con los inspectores. Lo han llamado para comentarle algo en persona y luego vendrá a decirnos de qué se trata.

Lola no pudo evitar tensarse entre sus brazos como le sucedía cada vez que se veía obligada a abandonar la burbuja en la que estaba tan a gusto.

- ¿Qué será? – preguntó inquieta.

- Hasta mañana no lo sabremos. Le pediré a Carlo que nos prepare una lasaña. Te quiero tranquilita cuando vuelvas de trabajar, no quiero que te pongas a cocinar.

Además, de ahora en adelante yo también te ayudaré en la cocina, sé que estás en la temporada de bodas y comuniones y no vas a cerrar por descanso ningún día de la semana.

La mirada de Lola se fijó en un punto en la pared y no se movió de allí al tiempo que su expresión comenzaba a tornarse sombría. Héctor odiaba esa expresión y sólo conocía una manera de hacerla desaparecer, sustituyéndola por placer. Y eso hizo. La tomó en brazos y se dirigió al dormitorio, la desnudó con ternura y la depositó en la cama. Se desnudó y se reunió con ella abrazándola.

- Ahora sólo estamos tú y yo, juntos, en la cama. No cabe nada más, ni nadie más. Déjame hacerte el amor...

\*\*\* \_ \*\*\*



## CAPITULO 17

*“El hombre es hijo de su pasado, más no su esclavo, y es padre de su porvenir.”*

*Viktor Frankl*

Lola asintió mientras alzaba la mano para acariciar la mejilla algo rasposa de Héctor y a continuación pasó sus brazos alrededor de su cuello repasando la línea de su nuca con las yemas de los dedos, había descubierto que aquel parecía ser uno de sus puntos erógenos y su gemido gutural segundos antes de tomar posesión de sus labios no hizo otra cosa que confirmarlo, ello, unido a la rigidez de su miembro junto a su cadera le hizo saber que Héctor estaba muy excitado. Deslizó las manos en una lenta caricia desde su nuca que recorrió sus anchos hombros y finalizó en su bíceps.

Héctor estaba volviéndose loco con los escalofríos que recorrían toda su espalda y que eran provocados por las suaves manos de Lola. Él no necesitaba mucho estímulo adicional, sólo con besarla ya estaba preparado para introducirse en ella. Prefería dar a recibir y le encantaba escuchar aquellos gemidos entrecortados que sus manos y sus labios conseguían provocar en Lola. Se incorporó al tiempo que la agarró por las muñecas y se las colocó por encima de su cabeza mientras la obligaba a abrir las piernas para situarse entre ellas.

- Quietecita – le dijo muy serio – no me provoques con tus caricias si quieres que esto dure algo más que un caramelo a la puerta de un colegio.

Los labios de Lola se fruncieron en un mohín de protesta.

- Me gusta acariciarte – Le dijo mimosa.

- Y a mí me vuelve loco que lo hagas, pero esto es para tí – Acarició con su lengua toda la longitud de sus labios.

- Algún día tendrás que dejar que te acaricie yo primero.... – Objetó Lola mientras sentía crecer la excitación en su vientre.

- Lo prometo.

La lengua de Héctor abandonó los labios tentadores y se concentró en lamer alternativamente sus pezones sin detenerse hasta escuchar la protesta de Lola. Los miró, brillantes y tensos estaba seguro que la habían llevado a esa zona en la que el placer comenzaba a resultar insoportable. Las siguientes palabras de Lola confirmaron su pensamiento.

- Por favor... ya... Héctor... te necesito ya dentro de mí.

Héctor abandonó su intención de lamerla entera ante el ruego desesperado de Lola, quien, con los ojos nublados por el placer, se retorció buscando encontrar alivio frotándose contra su cuerpo. Se arrodilló entre sus piernas y guio su erección hacia la resbaladiza entrada que lo engulló golosa. Cuando consiguió llegar hasta el final la sostuvo por las caderas y rodó con ella colocándola a horcajadas sobre su cuerpo.

- Tu turno... princesa... muévete para mí.

Lola obedeció encantada y se incorporó elevando sus caderas arriba y abajo mientras se apoyaba en el pecho de Héctor para no perder el equilibrio. Se sintió poderosa cuando vio que él no podía apartar la mirada del rítmico movimiento de sus pechos. La imagen de Héctor mientras se humedecía con la lengua sus labios reseca la catapultó hasta el nivel de excitación previo al orgasmo. Había leído sobre parejas que alcanzaban el placer justo al mismo tiempo, pero a ella nunca le había sucedido cosa semejante, ni tan siquiera con Héctor con quien se mostraba totalmente desinhibida. Decidida a conseguirlo, intentó retener su orgasmo mientras llevaba una mano a su espalda para comenzar a acariciarle los testículos. Héctor se tensó al sentir el suave masaje de Lola y elevó sus caderas para profundizar en la penetración a pesar de que era ella la que llevaba la voz cantante. Lola se veía regia cabalgándolo cada vez con más rapidez, el aumento de esa cadencia, el masaje a sus testículos y ver cómo con la mano libre estiraba sus pezones en una caricia frenética provocó que no fuese capaz de aguantar su orgasmo hasta que Lola se liberase primero. Decidido a ser un amante considerado, formuló su petición con la voz ronca por el deseo.

- Córrete conmigo, cariño... juntos por favor...

El chorro salió disparado al tiempo que la sostenía con firmeza por las caderas para que no huyese por los fuertes espasmos que la sacudían. La obligó a recibir todos y cada uno de ellos hasta que con un gemido final cayó desplomada en su pecho. Sentirla saciada entre sus brazos estaba convirtiéndose en uno de sus momentos favoritos. Acarició su espalda y la besó en el pelo. Aún tratando de recuperar el aliento, acertó a pronunciar un halago a la belleza que sus ojos acababan de contemplar y que estaba seguro no iba a borrarse jamás de su cabeza.

- Maravillosa.... Mi amor... eres maravillosa.

Lola extremadamente relajada y con la mente fuera de los problemas que estaban por venir, sólo consiguió murmurar antes de caer dormida.

- Eres tú. Tú eres maravilloso. Tú sacas lo mejor de mí.

Héctor tardó un buen rato en conciliar el sueño conmovido por el significado de la declaración de Lola. Había palabras que conseguían decir más que un simple te quiero, que fue lo que él consiguió murmurar en su oído mientras la acomodaba para dormir envolviéndola en sus brazos.

Carlos estaba sentado golpeando rítmicamente con los dedos la mesa de la sala de reuniones a la que una agente de policía lo había conducido. Estaba expectante por conocer el motivo de esa reunión tan urgente. Le habían pedido discreción y no sabía si eso significaba buenas noticias para Lola o todo lo contrario. Preocupado, se masajeó la nuca, los problemas de Helena habían sido complicados, sin embargo, los de Lola no se quedaban atrás. Aún se le revolvía el estómago cuando abría la carpeta que guardaba a buen recaudo en su caja fuerte. Las fotos de una Lola golpeada y con la vergüenza reflejada en sus ojos lo enfurecían hasta el límite de querer golpear al desgraciado que le había hecho tanto daño entonces y que no era capaz de dejarla en paz ni tan siquiera cuando Lola ya estaba fuera de su vida. Helena y Lola, Lola y Helena... aún se asombraba de aquellas dos mujeres que habían entrado a la vez en su vida y que se habían ganado su corazón en tiempo récord. Él, que era un hombre tremendamente afectuoso y cariñoso, las había acogido a ambas bajo su ala y bromeaba constantemente con ellas a costa de Jack y de Héctor. Le encantaba provocar sus sonrisas cuando les pedía que abandonasen a aquel par de hombres de las cavernas para fugarse con él. Sus amigos fingían enfado seguros del amor de sus mujeres y él, en el fondo, sabía que las quería con locura pero que ninguna de las dos era para él. Su pareja estaba por llegar, a pesar de que gritaba a los cuatro vientos que quería una vacuna para el amor arrebatador y fulminante que había aquejado primero a Jack y ahora a Héctor, en su fuero interno reconocía una ligera ansia por poseer algo como lo que ellos tenían. Sabía que no le valdría cualquier mujer, estaba asqueado de cómo muchas mujeres se ofrecían seductoras fingiendo mostrar un interés real en su persona cuando tenía más que comprobado que, a la mayoría, sólo les atraía su aspecto. Sabía que era guapo, muy guapo para ser exactos, y eso había bastado durante un tiempo. No era tan cínico como para no reconocer que había utilizado esa belleza para pasarlo bien, sin embargo, pese a que aún bromeaba con Jack y Héctor cuando éstos hacían insinuaciones sobre cómo pasaba las noches de los fines de semana,

ambos se sorprenderían si conociesen el tiempo que llevaba sin acostarse con una chica. Todas le parecían iguales y se había vuelto perezoso, no le satisfacía la conquista y había llegado el momento de buscar algo más, la cuestión era dónde y cómo iba a encontrar él una joya como Helena o como Lola. Tal vez la cuestión era no buscar y dejar que el azar hiciese su trabajo, al menos eso era lo que había sucedido con sus amigos. No buscaban y encontraron. En esa reflexión estaba cuando se abrió la puerta y los ya familiares inspectores Ferreras y Hernández hicieron su aparición. Aún ahora, a pesar de llevar tiempo tratando con ellos, se sonreía internamente al comprobar que eran dignos clones de el gordo y el flaco. Se levantó para estrecharles la mano y su expresión grave le confirmó que las noticias no eran del todo buenas. El inspector Ferreras tomó la palabra cuando todos estuvieron sentados.

- Abogado... Carlos, gracias por venir.

- Estoy a su disposición, mis clientes y yo, lo saben. Díganme... ¿ha sucedido algo por lo que deba preocuparme?

- Bueno... no sé si preocupar será la palabra exacta... Le tengo que pedir que aguardemos un instante antes de comenzar la reunión. Hay un compañero fuera atendiendo una llamada que debería estar presente mientras charlamos, de hecho ha sido él quien ha solicitado nuestra ayuda.

Carlos asintió cada vez más intrigado por lo atípico de la reunión. Afortunadamente no tuvo que esperar mucho tiempo para conocer al misterioso “compañero”, como lo habían denominado los inspectores. La puerta se abrió y un hombre de aproximadamente su edad hizo su entrada. Todos volvieron a ponerse en pie y Carlos fue presentado al agente Velasco, de la UDEV. Ambos hombres se estrecharon la mano con firmeza. El agente Velasco, que había pedido que lo llamase Jaime, llevaba todo el brazo con tatuajes étnicos de colores vibrantes y una tupida barba ocultaba parte de su rostro, con los ojos verdes y el cabello muy rapado no podía ofrecer una imagen más diferente a los otros dos inspectores de mediana edad que lo acompañaban.

- De acuerdo, Jaime, llámame Carlos por favor... aquí los inspectores siguen insistiendo en tratarme de usted y yo les complazco con gusto – Le guiñó un ojo tratando de establecer un contacto amistoso que facilitase el transcurso de la reunión.

- Nosotros somos de la vieja escuela...abogado... - el inspector Hernández le sonrió con socarronería.

- Bien... ahora que estamos todos... Abogado... - recalcó el inspector Ferreras – me gustaría que el agente Velasco le explicase el motivo de la reunión. Antes, he de decirle que él está al corriente de la situación de su clienta Lola. Todos agradecemos enormemente la colaboración que ella ha prestado hasta la fecha.

- Y seguirá siendo así – Le confirmó Carlos.

- Espero que tras oír lo que te tengo que decir sigas opinando lo mismo.

La voz profunda y las palabras de Jaime hicieron que Carlos arquease ambas cejas.

- Tú dirás entonces... soy todo oídos.

- Verás, si no te importa y aunque conoces los inicios de la historia como yo, me gustaría retomarla desde el principio para dar coherencia a todo el relato.

- Me parece bien – dijo Carlos abriendo su bloc de notas.

- La cosa se remonta hace casi dos años. Tras el fallecimiento de un par de culturistas en distintos puntos de Madrid y el ingreso hospitalario con graves lesiones de otro en el Hospital Universitario de Guadalajara nos llegan datos de que estas personas podrían ser consumidoras de cierto tipo de sustancias para conseguir aumentar la masa muscular. Tirando un poco del hilo entre los amigos y las familia de los fallecidos, conseguimos identificar a los miembros de una red de traficantes de anabolizantes y otras sustancias dopantes. En un principio pensamos que eran una pequeña red, pero pronto descubrimos que trabajaban a nivel nacional. Sus cabecillas están radicados aquí, en Madrid. No puedo dar nombres pero hay varios propietarios de gimnasios involucrados, algún comerciante de productos de nutrición para el deporte, un farmacéutico que surte a la red y por los menos dos médicos con consulta en la capital. Lamentablemente tenemos localizado a un compañero de una gran comisaría en la zona centro al que estamos vigilando las veinticuatro horas del día y al que le estamos haciendo llegar informaciones falsas para que no pueda reventarnos todo el operativo.

- Todo esto ya lo conocía por los inspectores – Señaló Carlos – El exmarido de mi clienta es uno de los involucrados.

- Correcto. La operación está terminada, tenemos las órdenes de registro, tenemos autorizados los efectivos adicionales... todo. Agradecemos que su clienta haya esperado para denunciar todo el acoso sufrido por su exmarido, de

no haberlo hecho, probablemente hubiese sido imposible no alertar a la red de que estaban siendo investigados.

- Entonces... si ya está todo perfilado como dices... ¿Qué hago yo aquí?

- Ahora llegamos. Los inspectores ya te han dicho que hemos conseguido que El Pecas colabore con nosotros. Está acojonado pero, la verdad, ha hecho un buen trabajo. Ha vuelto a ganarse la confianza de Juan y ya le han encargado varios trabajos de trapicheo en la ciudad. Sin embargo, el viernes acudió realmente asustado a la reunión semanal que tenemos con él en un garito de mala muerte de las afueras. Al parecer, sostiene que Juan se ha vuelto loco con el tema de su exmujer y que, no contento con el asalto al apartamento de su amiga quiere propinarle a Lola, tu clienta, un escarmiento de campeonato que haga que “esa zorra” – hizo el signo de comillas con los dedos – sepa de una vez por todas con quién está tratando. La nariz rota de aquella noche en el Chances ha herido su orgullo masculino y quiere que ese tal ¿Héctor? – buscó confirmación con los inspectores sobre el nombre de la pareja de Lola, al verlos asentir prosiguió – entienda que Lola sigue siendo suya...El Pecas dice que parece un lunático cuando habla del tema.

Carlos estaba asimilando la información, su primer pensamiento, por supuesto, fue para Lola y su seguridad, sin embargo, casi de inmediato pensó en que Héctor iba a volverse loco con el tema. Reflexionó en voz alta sobre si la figura de Gus sería suficiente para proteger a Lola

- Lola suele estar siempre acompañada, o está con Héctor o está en la peluquería, donde su novio ha puesto a uno de sus empleados de seguridad ¿Consideran que eso es suficiente para protegerla?

Los tres inspectores se miraron entre sí con expresión grave y Carlos se puso nervioso al comprender que había algo más que no le habían contado todavía.

-Vamos a ver... ¿Qué es lo que pasa? – preguntó algo molesto por no acabar de llegar cuanto antes al meollo de la cuestión.

Jaime comprobó el enfado del abogado y se apresuró a tranquilizarlo. Ahora más que nunca, lo necesitaban de su lado.

- Juan ha ordenado al Pecas que controle a Lola en su horario de cierre, que fije un día de esta semana para conseguir quedarse a solas con ella en la peluquería. Que la retenga allí para que él pueda encontrarse con ella y darle su escarmiento.

Carlos tragó saliva. Su mente se inundó de nuevo con la imagen de Lola golpeada y asustada.

- Hay más ¿me equivoco?

- Sí. Hay más – Jaime sabía que había llegado el momento clave de la reunión, tenía que conseguir la colaboración de Carlos y de su clienta – No solemos hacer este tipo de peticiones para llevar a cabo nuestras operaciones. Tenemos todo bien atado con el resto de los acusados, pero Juan es especialmente escurridizo, sobre todo en los últimos tiempos. Hay días que lo perdemos de vista por completo, no conseguimos saber dónde pasa algunas de las noches. Este jueves tenemos planeadas todas las detenciones, queremos hacerlas a la misma hora y para coordinarlo bien necesitaríamos saber que Juan va a estar exactamente dónde pensamos.

- En la peluquería de mi clienta – Carlos entendió de golpe el motivo de la reunión y la necesidad del secretismo con el que había sido convocado a la misma.

- Sí. Hemos planificado una trampa para Juan, si podemos nunca utilizamos civiles, pero en este caso necesitamos que Lola se quede unos instantes a solas con su exmarido en la peluquería.

Carlos levantó la mano deteniendo el discurso de Jaime.

- Para... ¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo? ¿Tienes idea de las fotos de mi clienta que guardo en mi caja fuerte?... Lola palidece cada vez que se nombra a su exmarido, tiene secuelas emocionales graves. Está comenzando a rehacer su vida con un hombre que la entiende.... Para ella esto puede ser....

Jaime se apuró a ofrecerle al abogado su mejor argumento.

- Esto puede ser para Lola la única oportunidad de ver entre rejas y fuera de su vida al malnacido de su exmarido. Por mis huevos te garantizo que no estará ni dos minutos a solas con él. Lo tenemos muy organizado, habrá decenas de agentes de paisano fuera, en la cafetería de al lado, por la calle....Carlos, créeme por favor... no te pediríamos ayuda si no fuese imprescindible... Me comprometo a estar allí personalmente, a velar por la protección de Lola...yo mismo elegiré a cada uno de los agentes que me acompañarán... sólo los mejores. Sin Juan, toda la investigación puede venirse abajo.

Carlos sabía que ese argumento era irrefutable, incluso Lola había tomado

conciencia de que sólo había una forma de que su exmarido saliese de su vida y esa forma pasaba por el éxito de esa operación contra el tráfico de sustancias dopantes. No podía responder por ella, ni tan siquiera iba a intervenir en la toma de la decisión, aunque él quisiese hacerlo, Héctor no iba a permitirlo y dudaba mucho de que éste no intentase evitar por todos los medios que Lola consintiese participar en aquella trampa para Juan.

- Muy bien – Golpeó la mesa ligeramente con ambas manos y luego extendió las palmas hacia los agentes para explicarles cómo estaba la cosa – Esto es lo que vamos a hacer. He quedado a comer con Lola y con Héctor y les trasladaré vuestra petición de ayuda.

Los tres hombres que se sentaban enfrente a él parecieron respirar aliviados y pronunciaron a coro su agradecimiento.

- No me lo agradezcan todavía. No he dicho que sí. No puedo, ni quiero, responder por Lola. Ella tomará la decisión, no voy a condicionarla para que acepte – interrumpió la protesta de Jaime elevando una mano – ni tampoco voy a aconsejarla que no lo haga. Sólo voy a respaldarla en la decisión que tome. Estamos a lunes y el jueves es el día marcado, así que, en cuanto tenga su respuesta se la comunicaré.

Todos los hombres se levantaron a la vez, volvieron a estrecharse las manos y abandonaron la sala de reuniones en silencio.

Aún faltaba una hora para su cita con Lola y con Héctor y Carlos necesitaba pensar bien en cómo iba a articular su discurso. En vez de volver a su despacho, se sentó a la sombra de un árbol en un parque cercano al domicilio de Héctor. A esas horas no había el barullo de niños gritando y corriendo, sólo unos cuantos jubilados paseando en silencio y lo agradecía, tenía mucho en lo que pensar. Le preocupaba más la reacción de Héctor que la de Lola, era evidente que ella iba a asustarse y para Carlos, conociendo tanto a su amigo, era más evidente aún que Héctor iba a enfurecerse. Sólo esperaba que la furia le permitiese pensar con claridad en lo que iba a ser mejor para Lola. Eso era fácil de decir, pero casi imposible de conseguir porque Carlos aún no conocía al hombre que consintiese poner en peligro, aunque fuese un peligro remoto, a su mujer. Eso, hablando de hombres normales, Héctor, y sus circunstancias, eran harina de otro costal. ¿Cómo iba a ser capaz su amigo de dejar a Lola a solas con su exmarido habiendo perdido a su hermana debido a la violencia machista? Carlos dudaba seriamente de que Héctor pudiese hacer frente de manera racional a ese dilema y



él no podía ayudarlo a tomar ninguna decisión. Apenas quedaban diez minutos para la cita. Se levantó, se sacó la corbata que estaba ahogándolo, la dobló cuidadosamente y la metió en el bolsillo de su americana. A continuación y, con paso lento se dirigió a casa de Héctor para afrontar una de las conversaciones más difíciles que jamás había tenido con un cliente, y eso que había llevado ya varios casos extremadamente complicados que habían conseguido endurecer su forma de afrontar su vida profesional. Pero en este caso la profesionalidad quedaba al margen. Eran amigos cuidando de amigos y eso, eso marcaba la diferencia.

Héctor abrió la puerta a Carlos, se estrecharon la mano y no le gustó la expresión grave de su amigo ni tampoco el hecho de que apenas le había sostenido la mirada. Lo condujo a la cocina donde Lola estaba sacando del horno la lasaña de verduras que Carlo había preparado.

Lola acababa de colocar la fuente en el centro de la mesa cuando se volvió para recibir a Carlos con una gran sonrisa en la cara. Al ver la expresión de ambos hombres, sus rodillas comenzaron a temblar y sintió cómo su corazón latía errático mientras un escalofrío recorrió toda su espina dorsal. Se agarró a la encimera y odió una vez más que su voz sonase débil al preguntar.

- ¿Qué ha sucedido?

- Hola nena... - A Carlos le dolió la expresión de Lola y se maldijo al sentirla temblar cuando la besó en ambas mejillas – Tenemos que hablar.

- Vale. ¿Comemos primero? – A Lola se le había cortado el apetito de raíz pero sabía que ambos hombres eran de buen comer y estaba dispuesta a esperar para conocer las noticias que traía Carlos, las malas noticias, de eso estaba segura.

- Creo que es mejor que vayamos al salón – Héctor no les dio otra opción – Ni comer ni hostias, él quería saber ya qué coño había sucedido, coger a Lola y largarse al punto más lejano del planeta al que no llegasen los ecos de esta puta situación que los estaba poniendo a prueba día sí, día también.

Lola fue la primera en sentarse, lo hizo en el sofá esperando que Héctor se sentase a su lado. No lo hizo, se apoyó en la pared de brazos cruzados sin despegar la mirada de Carlos, éste haciendo caso omiso al rictus de su amigo tomó asiento en uno de los sillones negros, cerca de ella pero manteniendo la distancia. Lola ya no podía más con la incertidumbre.

- Por favor, Carlos, sea lo que sea... suéltalo ya – Le rogó.

- Bien. Hoy he estado reunido con los inspectores Hernández y Ferreras y con un agente de la UDEV, Jaime Velasco. El caso es que tienen ya ultimada y con fecha la operación para detener a toda la red de traficantes de anabolizantes y sustancias dopantes de la que nos hablaron en su día.

- ¿Incluido a Juan? – preguntó Lola temblorosa.

- Incluido a Juan – Confirmó Carlos asintiendo con la cabeza.

Héctor vio como Lola respiraba aliviada, pero él sabía que ahí no se terminaba el tema. Si Carlos no estaba haciendo bromas con una sonrisa de oreja a oreja era que había algo más. Algo no muy agradable para ellos.

- ¿Pero? – Preguntó con voz firme manteniendo los brazos cruzados – Porque hay un pero ¿me equivoco?

Lola miró asombrada a Héctor y a continuación comprobó cómo Carlos desviaba la mirada hacia el suelo. Se tensó cuando lo vio tomar aire y mirarla fijamente a los ojos, a ella, no a Héctor.

- Tienen un problema con la detención de Juan. No saben dónde localizarlo a cualquier hora, no mantiene unas rutinas que les permitan saber dónde estará un día determinado a una hora concreta, incluso parece ser que, en ocasiones, le pierden la pista. La operación tiene que producirse con una precisión horaria digna del mejor reloj suizo. Tienen que proceder a las detenciones de todos los sospechosos a la misma hora para evitar que se avisen entre sí y que puedan destruir pruebas.

-Y eso.... ¿En que nos afecta a nosotros? – Héctor seguía con la mosca detrás de la oreja.

Carlos siguió sin mirar a su amigo, sabía que estaba empezando a irritarse y no quería entrar en una guerra dialéctica con él, así que se centró en Lola, ésta lo miraba con los mismos ojillos asustados que el día en que la conoció y recordó como ella había corrido a refugiarse en los brazos de Héctor. El idiota de su amigo estaba tomando la misma actitud que había hecho daño a Lola aquella mañana en la cafetería cercana a la comisaría. Carlos no conseguía entender cómo, en vez de estar abrazando a su mujer, Héctor estaba con gesto furioso y de brazos cruzados apoyado en la pared.

- Nena... escúchame bien. No puedo aconsejarte en esto, la decisión es tuya. Jaime, el agente de la UDEV, me ha explicado que Juan está obsesionado con

vengarse de ti, y de paso de Héctor, por el episodio del Chances. Lo saben por El Pecas, ha conseguido volver a infiltrarse en la organización de Juan haciendo trabajitos para ellos e informando de sus movimientos a la policía – Carlos extendió una mano hacia Lola y le sonrió cuando ésta se la aceptó temblorosa. Ni siquiera se molestó en comprobar si ese gesto irritaba aún más a Héctor – El Pecas ha recibido órdenes de Juan de acorralarte un día al cierre de la peluquería, conseguir que te quedes a solas con él para facilitarle a Juan la entrada y que éste pueda llevar a cabo su venganza.

Lola empezó a temblar mirando a Carlos. Necesitaba el abrazo de Héctor pero éste seguía impertérrito de brazos cruzados y apoyado en la pared. Con su actitud estaba empezando a crisparle los nervios, sin embargo, la voz de Héctor la relajó un tanto cuando lo oyó preguntar con cautela.

- ¿Cuál es el plan?... Porque algún plan habrá ¿no?... Hoy mismo podemos coger un avión y plantarnos en cualquier punto del planeta – A Héctor no le entraba en la cabeza cualquier otra opción que no fuese la de aislar a Lola hasta que la policía consiguiese detener al malnacido de su exmarido.

Carlos se preparó para el estallido que estaba por venir y fijó su mirada en Lola, le apretó la mano con cariño para transmitirle su apoyo antes de soltar la bomba que desataría la furia de Héctor.

- Lola, la reunión era para solicitar tu ayuda. La UDEV te pide que este jueves accedas a fingir con El Pecas que éste ha tenido éxito, que ha conseguido retenerte. Pretenden detener a Juan en el mismo momento en que se quede a solas contigo dentro de la peluquería. Creen que esa la única manera de tenerlo localizado en un lugar y a una hora concreta que permita su detención sin poner el riesgo el resto del operativo.

Lola asimiló la información al mismo tiempo que el estómago le daba un vuelco. Sorprendentemente su mente se serenó y tomó una decisión en cuestión de segundos. Menos tardó Héctor en plantarse delante de Carlos para ponerse a gritar como un energúmeno.

- Tú estás loco...ni de coña... ¿Me oyes bien?... Dile a la puta policía que se vayan olvidando de utilizar a Lola como cebo, ponerla en el camino de su exmarido.... ¡Joder!... ¡Me cago en la puta!... Carlos... ¿Cómo te atreves a venir con esto?... Precisamente tú que has visto las putas fotos....

Carlos se levantó para enfrentar a su amigo que estaba perdiendo los papeles. Lo

entendía como hombre pero como profesional tenía que transmitirle esa petición a su cliente.

- No la van a poner en peligro... los mejores hombres estarán allí, en la calle, de paisano, preparados para actuar en cuanto Juan entre en la peluquería... ni cinco minutos les llevará entrar... ¡Joder!... Mi obligación es transmitirle la petición a Lola...

- ¡A la mierda con tus obligaciones! ¡Me importan un huevo!... En cinco putos minutos puede matarla... ¿Qué cojones les importa Lola a ellos?... ¡A la mierda...! ¿Me entiendes?... Vas y les dices que se vayan a tomar por el culo... ya estás tardando....

Lola estaba poniéndose nerviosa al ver cómo un Héctor enfurecido le gritaba a Carlos, su mejor amigo. Nunca le había escuchado pronunciar tantas palabrotas en tan poco tiempo y tampoco lo había visto nunca tan enfadado. Estaba empezando a recordar episodios de su antigua vida que quería olvidar y odiaba que Héctor diese por hecho que podía decidir sin consultar el asunto con ella. Había dos Lolas batiéndose en duelo en su cabeza. La Lola sumisa, deseando encogerse en un rincón y taparse la cabeza a la espera de que su hombre decidiese por ella, y la Lola de los últimos días que había empezado a manifestar sus opiniones sin miedo, a decidir por ella misma dentro de la relación que mantenía con su hombre. Ambas se gritaban, ambas gesticulaban y estaban comenzando a provocarle dolor de cabeza. La segunda Lola pareció ganar la batalla y se abrió paso con celeridad hasta llegar a su boca y hacerse dueña de sus palabras. Su voz sonó serena y firme, apenas tuvo que gritar ya que ambos hombres se volvieron a ella en cuanto se levantó del sofá.

- Diles que lo haré – No miró a ninguno de los dos – Que me expliquen bien lo que tengo que hacer y lo haré.

Héctor estaba alucinando por colores. Lola había perdido por completo la cordura. Ni de coña iba a quedarse a solas en un local cerrado con su exmarido. Por encima de su cadáver.

- Lola... no sabes lo que dices.... – Héctor intentó captar su mirada pero esta vez Lola no se volvió a él y eso lo irritó – Lola ¡Joder!... razona...

- Tranquilo tío.... – Carlos estaba viendo cómo el rostro de Héctor enrojecía mientras la frustración y la furia se iban apoderando de su cuerpo.

- ¡Y una poya me voy a tranquilizar! – Le espetó furioso a Carlos - ¿Estáis locos?

La segunda Lola siguió al mando, a pesar de los ruegos de la Lola sumisa que estaba de rodillas suplicándole sumisa que cediese y no enfadase a Héctor.

- Carlos, por favor, vete y déjanos solos. Luego te llamaré.

Carlos dudaba en dejar a Lola sola con un Héctor furioso, era mejor que él estuviese allí para ayudarla a calmarlo, a hacerlo entrar en razón si ella había decidido prestar su ayuda a la policía.

- Nena... es mejor...

- Vete Carlos.... – Lola se mostró inflexible y extendió un brazo invitándolo a abandonar la estancia.

- Ya la estás oyendo.... – Apuntilló Héctor conteniendo las ganas de propinarle un puñetazo a él, a la pared o al primer insensato que se cruzase en su camino.

Carlos asintió. No podía hacer nada más y enfurecer a Héctor no iba a contribuir a solucionar las cosas. Se acercó a Lola, le apretó un hombro y la besó con calidez en la mejilla, al tiempo que le decía con voz suave.

- Te llamaré en un par de horas. Siento no poder darte más tiempo pero...

- Lo entiendo – Lola asintió con la cabeza sin mirarlo.

Lola y Héctor no se movieron ni un milímetro de sus posiciones hasta que oyeron que la puerta de la calle se cerraba. Lola respiró hondo dispuesta a argumentar su decisión pero no pudo ni empezar ya que un enfurecido Héctor comenzó a pasearse por el salón braceando y gritando.

- No voy a permitirlo Lola... A solas con él no... Haremos las maletas y cogeremos un avión esta misma tarde.

- No voy a ir a ningún lado Héctor... voy a ayudarlos.

- ¡Joder Lola!.... No te pongas terca en esto – Se detuvo para enfrentarla - ¡Basta de jueguecitos! Esta es la parte no negociable... ¿recuerdas?... Por si te olvidas... métetelo en la cabeza. No – Héctor estaba furioso con la tozudez de Lola, no entendía que ella consintiese en ponerse en peligro. Estaba poniéndose nervioso y volvió a pasearse por el salón dando vueltas de un lado a otro de manera frenética – No. No y no... ¡No voy a permitirlo!

En ese momento se dio la vuelta con brusquedad y tropezó con la mesa del salón, se golpeó la espinilla y la volcó. Los mandos volaron por los aires, el cristal se salió y se partió con estrépito al golpearse con las patas de bronce. El

dolor le subió por toda la pierna y a la pata coja maldijo con un fuerte grito.

- ¡Mierda! ¡Joder!...

La segunda Lola parecía haber agotado toda su energía con el esfuerzo de mantenerse firme en su decisión, los gritos de Héctor no la estaban ayudando mucho y un temblor conocido y temido comenzaba a adueñarse de su cuerpo. En su mente, la segunda Lola se estaba haciendo chiquitita frente a la Lola primera que, asustada y con los ojos muy abiertos, comenzaba a intentar pasar desapercibida. “Te avisé” le reprochaba a la segunda Lola, “No me hiciste caso y ahora verás lo que pasa” “Te avisé”... seguía con su letanía cuando un estruendo y un ruido de cristales rotos la hizo encogerse sobre sí misma y protegerse la cabeza con los brazos.

Héctor se quedó de piedra cuando se dio cuenta de la postura que había adoptado Lola. Podía percibir su temblor y eso que estaba, por lo menos, a cinco pasos de distancia de ella. Le partió el corazón en mil pedazos ver a su mujer de rodillas, encogida sobre el suelo con los brazos protegiendo su cabeza mientras esperaba a que llegasen los golpes. Confuso, se acercó a ella y, aún sin tocarla, quiso hablarle pero se detuvo al escuchar una extraña voz que salía de Lola, parecía la cantaleta de una cría asustada. “Te avisé” repetía “Te avisé”. Tragó saliva al comprender que tenía ante sí la situación que había intentado evitar por todos los medios. Se maldijo por su arranque de furia y su incontinencia verbal. Recordó su promesa y maldijo con más fiereza. ¡A la mierda con la promesa! Era su mujer y no iba a abandonarla. Se agachó a su lado y le habló con ternura.

- Lola.... Mi amor... soy yo... princesa... Lola... mírame... ya pasó... vamos a hablar... Lola...

Lola oía una voz cariñosa a lo lejos, no podía fiarse, tenía que seguir protegiéndose, Juan iba a engañarla de nuevo pero esta vez ella no iba a moverse ni un poquito del escondite elegido, tal vez así pasase la tormenta.

Héctor se puso muy nervioso al ver que Lola no reaccionaba a sus palabras. Entonces la tocó, con suavidad posó su mano en el hombro y la reacción de Lola lo desgarró.

Lola se incorporó de golpe y aún arrodillada intentó evitar el golpe levantando un brazo para, instintivamente, proteger su cara. Juan la había encontrado y estaba tocándola, estaba asustada e iba a suplicarle clemencia, se giró y lo miró.

La mirada de Lola era aún peor que la que Héctor había visto aquella mañana en

la cafetería. Era puro terror, pura indefensión mezclada con una muda súplica por salvarse. Levantó las manos para indicarle que no iba a tocarla mientras poco a poco se volvía a poner en pie y se alejaba un paso de ella. Era inevitable. Tenía miedo de él. Tenía que irse.

Las lágrimas ya corrían sin descanso por el rostro de Lola, en su mente comenzaba a abrirse una pequeña luz. Aquella no era la casa de Juan, aquel hombre que levantaba las manos alejándose de ella no era Juan. Aquel era Héctor, estaban en su salón. Su mente seguía confundida pero la sensación de peligro comenzaba a disiparse muy lentamente. Ahora oía la voz de Héctor, no era la voz de siempre. Parecía hablarle a una niña pequeña.

- Mi vida... Ha llegado el momento. No tengas más miedo. No me voy a acercar a ti.

- Héctor... - consiguió murmurar Lola desconcertada por sus palabras. ¿Qué momento había llegado?

- Sí... mi amor... soy yo – Héctor respiró algo aliviado de que por lo menos Lola fuese consciente de que hablaba con él – Escúchame bien. Me voy a ir ahora. Tengo que cumplir la promesa ¿recuerdas?

- La promesa... - Lola recordó de golpe la promesa que Héctor le había hecho. “Te dejaré tranquila si veo que a mi lado tienes miedo.” Se había confundido, no era Juan, era Héctor el que estaba a su lado. Héctor nunca le haría daño.

- Sí... mi vida... la promesa... – Héctor tenía un nudo en la garganta – Escúchame bien. Quiero que te quedes en aquí en casa. Yo voy a hacer un viaje. Lola... mi amor... te quiero más que a mi vida. Volveremos a estar juntos. Es nuestro destino.

- No te vayas... por favor... - Lola intentaba evitar quedarse sola y su mente no terminaba de aclararse del todo – No lo volveré a hacer.

Esa súplica y esas palabras desbordaron a Héctor. Las lágrimas acudieron a sus ojos y se volvió para evitar que Lola las viese.

- Tengo que hacerlo mi vida.... Eres perfecta. No lo dudes... Lola, date tiempo y ven conmigo mi amor.

Héctor sabía que si se daba la vuelta y la veía llorar, no iba a ser capaz de irse. Ni tan siquiera hizo las maletas, se dirigió al recibidor y de allí cogió su maletín de trabajo, su cartera y las llaves. Los sollozos desconsolados de Lola lo

acompañaron durante todo el proceso. Cerró la puerta con llave y bajó en el ascensor hasta el garaje. Como un autómatas cogió su coche y se dirigió al aeropuerto. Circuló por Madrid sin ser consciente de lo que estaba haciendo hasta que llegó al parking del aeropuerto. Desde allí hizo varias llamadas, la primera a Jack, no lo dejó hablar.

- Soy yo. Carlo tiene una copia de las llaves de mi casa y Gus tiene otras llaves del coche. Ha llegado el momento de que me ayudes. Me voy de viaje. La he cagado con Lola, está sola en casa, por favor... cuídala por mí. Por favor... Jack...quiero que se quede en mi casa, puedes recoger el coche en el aeropuerto... seguro que lo necesita... Jack... ella es toda mi vida...y la he destrozado. Adiós.

La segunda llamada era aún más difícil y esa no podía despacharla con una orden seca como había hecho con Jack, su amigo, su hermano.

- Raúl. Soy Héctor.

- Hijo. ¿Qué sorpresa? ¿Va todo bien?

- No – El nudo en la garganta volvió a atenazarlo – Escucha. Te lo prometí. Lo siento mucho. Hemos discutido, más bien he discutido yo y Lola se ha asustado bastante. La he dejado en casa. Jack va ahora para allí. Os he fallado Raúl.

- Héctor.... – Raúl podía notar el sufrimiento de Héctor a través de la línea telefónica – No seas tan duro contigo mismo hijo... Lola te necesita.

- Lo sé... y yo a ella... pero prometí darle tiempo y voy a cumplirlo. ¿Qué clase de hombre sería si rompiera mis promesas?

Raúl no sabía cómo responder a eso y se mantuvo en silencio.

- Escucha Raúl, salgo de viaje. Dejo a Lola en mi casa, con Jack. Gus estará vigilándola pero me gustaría que hablastes con ella. Hay algo relativo a su exmarido que lo ha desencadenado todo.

- ¿Debo preocuparme? – Le preguntó Raúl deseando que Héctor fuera más explícito.

- La quieres. Como yo. Nunca vas a dejar de preocuparte. Yo tampoco. Por favor... sólo habla con ella y dile que...

- ¿Qué? Hijo... ¿Qué quieres que le diga?

- Es igual... No entiendo cómo aún puedes llamarme hijo. Tengo que colgar.



Héctor localizó los baños del aeropuerto con la mirada nublada por las lágrimas y allí se encerró unos minutos hasta lograr recomponerse para hacer una tercera llamada. Ordenó a Gus que no se separase del culo de Lola por tiempo indefinido, que se turnase con Luis, su jefe de seguridad, si fuera preciso, pero le dejó claro que Lola era su único trabajo de ahora en adelante. Agradeció la fidelidad de su empleado que se limitó a asentir sin preguntar nada más. Al salir de allí, se dirigió a comprar un billete sólo de ida hacia su próximo destino.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 18

*“Si sientes que todo perdió su sentido, siempre habrá un “te quiero”, siempre habrá un amigo.”*

*Ralph Waldo Emerson*

Jack colgó el teléfono y se levantó de la butaca de la suite situada en la planta baja de la casa de sus padres en la que Helena y él se habían instalado tras su boda. Ambos estaban ultimando los detalles de la vivienda situada en la finca vecina con la que Jack había sorprendido a Helena. En realidad, llevaban allí desde que Jack había vuelto de Londres dispuesto a arrastrarse a los pies de Helena pidiendo mil perdones por haberla acusado de traicionarlo a él y a su empresa. Aquel fue el día más impactante de su vida, fue el día en que se enteró de que iba a ser padre. Miró a su ahora mujer, dormitaba tumbada en la cama tras la comida, de costado, con una mano sobre la tripa dentro de la cual crecía su hijo. Recordó aquel otro día, también estaba tumbada en la cama, pero en la cama del hospital, pálida, ojerosa, más delgada y temblorosa. Se prometió que nunca más iba a verla así. Ahora sentía pena por Héctor, sabía lo que era huir, separarse del amor de su vida había sido la prueba más difícil que jamás había tenido que afrontar. La situación de Héctor con Lola era muy distinta y Jack pensaba que ambos eran conscientes de que aquello no era una ruptura sino una separación temporal, sin embargo, no las tenía todas consigo respecto a lo acertado de la decisión de Héctor. Dudaba de que Lola la comprendiese. También dudaba sobre si contárselo o no a Helena. Habían quedado para ir juntos hasta Anderson & Asociados, Helena iba a trabajar un par de horas en unos documentos que Carlos necesitaba y Jack también tenía mucho papeleo que atender. Pero Lola iba primero, el trabajo iba a tener que esperar en esta ocasión.

Helena observaba con los ojos a medio abrir el ceño fruncido de su marido. Sabía que había hablado con Héctor. Conocía la melodía que Jack le tenía asignada a su amigo. Algo había sucedido y el protector de su marido estaba sopesando si contárselo o no. Iba listo si pensaba dejarla al margen.

- ¿Qué le pasa a Héctor? – le preguntó sonriendo al ver que lo había cazado desprevenido.

- Pequeña... ¿Te he despertado? – Jack se sentó al borde de la cama y le acarició la mejilla intentando ganar tiempo para decidir lo que era mejor para el embarazo de alto riesgo de su mujer.

- No me has despertado y no intentes distraerme con tus caricias... Jack... me preocuparé más si no me lo cuentas... no es bueno que me preocupe.... – Helena había aprendido unos cuantos trucos sucios de mano de su suegra Lucía, quien dominaba como nadie el arte de explotar las meteduras de pata de su marido.

- Chantajista.... – le sonrió Jack. Le encantaba consentir a su mujer y sabía que Helena estaba tomando lecciones aceleradas de su santa madre que, como una leona, peleaba por el bienestar de su nuera aún a riesgo de enfadar a su querido hijo.

- Jack... ¿Qué pasa? ¿Lola está bien?

Jack se puso serio. No iba a ocultarle a Helena nada. Lola había sido un puntal en la recuperación de su mujer y nada de lo que él pudiese hacer por ella iba a saldar esa deuda, por otro lado, Helena también tenía derecho a devolverle a su amiga parte de lo que ésta le había ofrecido. La situación de la pareja les preocupaba a ambos y Helena le había expresado en varias ocasiones su intención de estar al lado de Lola si la cosa se descontrolaba tal y como parecía haber sucedido hoy.

- Ha sucedido. No sé los detalles pero Héctor ha dejado a Lola sola en casa. Estaba en el aeropuerto. Me ha pedido que vaya a buscarla.

Helena se incorporó de inmediato echando los pies de la cama en busca de sus bailarinas.

- ¿Y se puede saber a qué estamos esperando? Vamos... espabila y tráeme el bolso... - Helena estaba indignada por los minutos que habían perdido coqueteando mientras la pobre Lola estaba sola, probablemente rota de dolor, en casa de Héctor

- Helena... yo creo que es mejor.... – Jack iba a expresar el deseo de que su mujer esperase allí tumbada a que él volviese. Pronto se dio cuenta de que estaba muy equivocado si pensaba que Helena iba a colaborar en no perturbar su tranquilidad sabiéndola segura y tranquilita en casa.

- Ni se te ocurra pensarlo... voy contigo... Me estoy cansando de repetirte que estoy embarazada y no enferma... ¿Me oyes Jack?... ¡No estoy enferma!... Y si no me llevas ahora mismo contigo, te juro que cojo el coche de tu madre y me voy yo sola.

Jack sonrió para sí, le encantaba ver a su pequeña mujer furiosa. Estaba para

comérsela con el ceño fruncido. Se agachó para colocarle las bailarinas en sus pies y la besó con ternura en los labios.

- Vamos. Hay que darse prisa... Héctor estaba hecho polvo... tengo miedo de cómo pueda estar Lola – Le confesó por fin su temor a lo que se podían encontrar en casa de su amigo.

Helena dulcificó su expresión y acarició la mejilla de su adorado marido.

- Yo también tengo miedo, pero estaremos los dos allí para ella. Igual que ellos estuvieron para mí.

- Sabes que sí. Salgamos por la terraza, de lo contrario mi madre querrá saber a dónde vamos tan temprano y no quiero perder tiempo dándole explicaciones.

Helena asintió, ella también tenía prisa por llegar junto a su amiga, ya tendría tiempo después de contarle a Lucía lo sucedido. Estaba encantada de haber conseguido una madre al casarse con Jack, sabía que la suya, desde el cielo, estaría también agradecida de la suerte que había tenido su hija al formar parte de una familia tan unida.

Jack abrió la puerta del ático, Carlo le había entregado las llaves sin rechistar. Conocía al italiano, había cenado con Héctor en su café en multitud de ocasiones. Era muy perspicaz y se había dado cuenta de que algo sucedía con Héctor y Lola ya que había meneado la cabeza de un lado a otro con pesar mientras le decía, en una mezcla de italiano y español, “Quella ragazza... é una joya...”. Jack no se entretuvo con él ya que había dejado a Helena esperando en el portal. La casa estaba en silencio y tras echar un vistazo a la cocina se dirigieron al salón. A Jack se le heló la sangre en las venas con la imagen que se encontró. El salón estaba tan ordenado como siempre pero la mesa de centro estaba volcada y el cristal se había partido en varios trozos, todos los mandos estaban esparcidos por la alfombra y con ellos, tumbada y con la mirada perdida estaba Lola. Miró a Helena, quien con ambas manos se tapaba la boca ahogando un gemido.

Helena estaba temblando con la impresión de ver a Lola tan desamparada. Se lamentó de las palabras que salieron de su boca justo cuando las terminó de pronunciar y antes de que Jack con un gesto brusco la sacase de su error.

- No le habrá...

- Antes se corta las manos... Helena... ¿Cómo puedes...?

- Lo siento... lo siento.... – Se apresuró a disculparse horrorizada de que ese pensamiento hubiese cruzado por su cabeza – No sé qué me ha pasado...

- Tranquila pequeña.... – Jack le acarició la mejilla y la mandó a la cocina para darle tiempo a recomponerse un poco porque, alterada como estaba, no iba a ayudar a Lola – Trae un poco de agua, por favor...

Helena asintió y dejó a su amiga en las capaces manos de su marido. Ella necesitaba unos minutos para ordenar sus pensamientos.

Jack se acuclilló al lado de Lola y la observó unos instantes. Aparentemente había permanecido ajena al intercambio de palabras del matrimonio, sin embargo, fue consciente de que había oído punto por punto toda la conversación a pesar de que seguía con la mirada perdida en el infinito y sin moverse.

- No me ha pegado. No me ha puesto un dedo encima.... – Lola apenas reconocía como suya la voz que salía de su boca. Le dolía mucho la garganta, recordaba haber gritado mucho al ser consciente de que Héctor se había ido. Las sienes le pulsaban con un martilleo constante.

- Lo sé... Lola... cariño... voy a tocarle ¿vale?

Como Lola no protestó, Jack se arrodilló a su lado y muy lentamente alzó la mano y la posó con mucha suavidad en su cabeza. Durante unos segundos se limitó a dejar que se acostumbrase a su contacto. Héctor le había contado en alguna ocasión los temores de Lola hacia los hombres, recordaba vagamente el relato de Carlos del día en que la conoció y también sus propias impresiones la tarde en que, sentada en el sofá del apartamento de Helena, él mismo había podido comprobar su vulnerabilidad. Lentamente comenzó a acariciar su cabello. El gesto pareció hacer que Lola volviese un poco a la vida, por lo menos estaba abandonado su actitud pasiva, aunque sólo fuese para dejar correr un reguero de lágrimas por sus mejillas. Jack no podía dejarla llorar en el suelo y, rogando no ser rechazado ni asustarla, la tomó en sus brazos y se irguió. ¡Bendita fuera su buena suerte! Respiró aliviado cuando Lola, no sólo no lo rechazó, sino que se abrazó a él recostando la cabeza en su pecho mientras sollozaba desconsolada. Se sentó en el sofá y la acomodó entre sus brazos, sintió como se tensaba unos instantes pero la sostuvo con más firmeza mientras con una mano guiaba de nuevo su cabeza hasta su pecho. Entonces levantó la mirada y vio a su mujer en la entrada del salón. En una mano llevaba un vaso y en la otra una jarra con agua fresca. La miró a los ojos y se encontró con que los de Helena también estaban anegados en lágrimas. Maldijo a Héctor, aún no sabía

exactamente qué era lo que había sucedido, pero sabía desde ya mismo, que dejar a Lola sola no era la decisión más acertada. Alzó la mano indicándole a su mujer que se acercase, por fortuna, Helena esta vez no protestó y dejando el vaso y la jarra a los pies del sofá, se sentó a su lado. La envolvió con un brazo y la besó en la cabeza mientras se acurrucaba contra él recostando los pies en el sofá. Así, con dos mujeres en su brazos, una sollozando en silencio y la otra dejando escapar una lágrima solitaria tras otra Jack comenzó a reconciliarse consigo mismo al entender que acababa de empezar a devolver a sus amigos una mínima parte de lo que éstos habían hecho por él cuando perdió la cabeza y abandonó a la mujer más importante de su vida.

Helena no supo cuánto tiempo tardó en recuperar la compostura. Había llegado al salón justo en el momento en que Jack, con la misma voz suave que utilizaba con ella y con Anne, avisaba a Lola de que iba a tocarla. Ella se había quedado paralizada, expectante y temerosa de la reacción de Lola. Sabía que no le gustaba el contacto con los hombres, Héctor había sido el único en conseguir derribar todas sus defensas y Jack iba a sentirse muy mal si Lola se asustaba. Soltó el aire retenido y no pudo evitar las lágrimas al ver cómo su marido, con una ternura infinita, conseguía abrazar y coger en brazos a su amiga. En ese momento sucedió algo que le hubiese parecido imposible de conseguir, en ese momento se enamoró un poco más de Jack. De su atento, cariñoso y protector amante, del cortés, fiel e incondicional amigo. No dudó en cobijarse bajo su brazo, necesitaba sentirlo junto a su piel. Le agradecía que mantuviese la serenidad necesaria para atender a Lola ya que ella la había perdido en menos de un minuto. Ahora era hora de sacar fuerzas y conseguir que Lola se abriese a ellos para conocer exactamente qué es lo que había sucedido.

El sonido de un teléfono los sacó de sus pensamientos. Helena se levantó con rapidez y localizó el teléfono de Lola en la consola de la entrada de casa. Deseando que fuese Héctor miró la pantalla. “Papá móvil”. Era el padre de Lola. ¿Qué demonios iban a decirle? Cogió el terminal y con rapidez se lo acercó a Jack. Lola seguía llorando, era evidente que no podía atender el teléfono.

- Es su padre – Le dijo a Jack con voz baja. El teléfono dejó de sonar, pero, en apenas unos segundos, la melodía volvió a oírse indicándoles que el padre de Lola no iba a darse por vencido hasta conseguir hablar con su hija.

Jack conocía los términos de la promesa hecha por Héctor al padre de Lola y estaba casi seguro de que su amigo lo habría llamado para advertirlo de lo

sucedido. Había que tener muchos cojones para hacerlo, pero Héctor iba sobrado en ese aspecto. Conocía a pocos hombres como su amigo, como su hermano, con los huevos bien puestos para afrontar cualquier adversidad, cualquiera excepto una. Ambos no estaban especialmente satisfechos de haber descubierto que tenían un punto débil, sus mujeres, y no sabía muy bien cómo, en ocasiones, acababan actuando como gilipollas en lo que a ellas concernía. No conseguía recordar el nombre del padre de Lola pero tenía que contestar al teléfono y tranquilizar a aquel hombre respecto al estado de su hija.

- Voy a contestar.... – Sin decirle nada a Lola la acomodó en el sofá y Helena se apresuró a ocupar su lugar tendiéndole el teléfono.

Jack salió del salón para conseguir algo de intimidad y poder hablar sin alterar más a Lola. Conocía la distribución del ático y se dirigió al estudio. El teléfono volvía a sonar después de haberse detenido de nuevo. Ahora, por fin, pudo contestar.

- Buenas tardes, le habla Jack Anderson – Se presentó ya que no sabía si el padre de Lola conocía su existencia.

- Buenas tardes, Jack. Soy Raúl el padre de Lola. Héctor me ha llamado hace apenas media hora. Has acudido rápido.

Jack respiró aliviado, la voz y el tono de Raúl eran un bálsamo para sus nervios. No iba a tener que enfrentarse a un desconocido beligerante.

- Es más que mi amigo, es mi hermano. Recientemente él cuidó de mi mujer por mí. Ahora voy a hacerlo yo por él.

- Supongo que estás al tanto de lo sucedido.

- No del todo Raúl. Sólo sé que, hace semanas, Héctor me dijo que era probable que necesitase mi ayuda. Que a Lola le estaba costando adaptarse a la relación y que tal vez fuese necesaria una separación para solucionar el problema. Permítame decirle que dudo mucho de lo acertado de esa decisión pero, en todo caso, es lo que ha sucedido.

- Jack... lo primero que necesito saber es cómo está mi hija – Raúl confiaba ciegamente en el criterio de Héctor y sabía que Jack tenía que ser un buen hombre para que su futuro yerno consintiese en dejar a Lola en sus manos. Necesitaba conocer todos los datos antes de hablar con Sofía de lo sucedido.

- Raúl, su hija está físicamente bien...

- No me trates de usted Jack, por favor... Sé que Héctor no le haría daño a mi hija conscientemente.

- Es un alivio para mí que seas consciente de ese punto. Héctor se cortaría las manos antes de ponerle un dedo encima a Lola – Jack estaba sorprendido de la serenidad con que aquel hombre estaba afrontando una conversación que se preveía dura y difícil.

- Lo sabemos, mi mujer y yo. Lo hemos visto. Escucha Jack... sabemos lo que le pasa a Lola. Mi hija no ha superado del todo lo sucedido con su exmarido. Por si tú no lo sabes, ella misma le ha contado a su madre que estaba equivocándose, que estaba llevando su relación como si Héctor fuese a comportarse como Juan. Sofía ha intentado hacerla entrar en razón pero ambos nos tememos que Lola necesita someterse a una terapia que le ayude a superar definitivamente lo sucedido. En su día nos costó que acudiese a unas pocas sesiones... ojalá ahora podamos convencerla.

- Raúl, probablemente tú sepas más de los problemas de Lola que yo. Héctor me ha contado algo parecido a lo que tú relatas. Estamos en casa de Héctor, Lola está con mi mujer, ambas son grandes amigas, está llorando y aún no ha podido contarnos lo sucedido. Para tu tranquilidad, he de decirte que ha dejado que la abrace y la consuele. Estamos dándole algo de tiempo para que se reponga y así poder decidir lo que hacer. Lo que te puedo garantizar es que, ni Helena ni yo vamos a consentir que pase la noche sola, sea aquí o sea en nuestra casa, Lola va a estar siempre acompañada.

- Gracias Jack. Mi mujer va a querer ir para ahí en cuanto la ponga al día de lo sucedido, sin embargo yo voy a intentar evitarlo. Puede sonar insensible pero te voy a explicar mis motivos.

- Te escucho – Jack estaba extrañado, había esperado que los padres de Lola se pusiesen en camino de inmediato para comprobar por ellos mismos el estado de su hija.

- Bien. Lo primero es que Lola sabe que siempre cuenta con nuestro respaldo, pero esta vez no quiero servirle de escudo. Héctor es el hombre adecuado para Lola y ambos lo sabemos. Si me traigo a Lola a casa va a empezar a cuidarnos como si fuésemos dos ancianos inválidos, así lo ha hecho hace poco. Eso le sirve para tener la mente ocupada y esperar a que Héctor vuelva a por ella. No quiero que tenga la mente ocupada, quiero que ella misma compruebe que necesita a Héctor en su vida, que tenga ganas de afrontar la terapia y que viva la vida plena



de una mujer de su edad sin el lastre que supone cargar con lo que está cargando. Mi hija necesita ayuda, no necesita protección.

- He de reconocer que me extrañaba, pero visto tu razonamiento hasta puedo compartir tu opinión. El médico de mi empresa tiene buenos amigos en todas especialidades de la medicina. Si te parece bien, puedo hablar con él y que nos recomiende un buen psicólogo aquí en Madrid. Helena y yo nos encargaremos de convencer a Lola para que asista.

- No sabes lo que te lo agradezco – Raúl estaba encantado de que su hija se hubiese rodeado en Madrid de aquellas personas que mostraban una calidad humana excepcional – No importa la minuta, por favor, en cuanto sepas quién es el profesional adecuado dale mi número para hacerme cargo de todos los gastos.

Jack no se comprometió. Los gastos iban a correr de su cuenta o de la de Héctor, pero, en todo caso, no le convenía iniciar una discusión con Raúl por ese tema.

- Esta misma tarde me pongo con ello.

- Muy bien. Lo dejo en tus manos. En las mías queda convencer a Sofía de que, esta vez, lo adecuado es no actuar.

- ¿Hay algo más que te preocupe? – preguntó Jack deseando que aquel hombre tuviese más suerte que él a la hora de convencer a su mujer de que actuase de modo opuesto a lo que pensaba.

- De hecho sí. Héctor no fue muy explícito en su llamada, pero mencionó un problema con su exmarido. Creo que pasa algo y que ambos nos han mantenido al margen para no preocuparnos. Héctor insistió en que hablásemos con Lola del tema. ¿Sabes algo al respecto?

- Algo sé, ya que, en cierto modo me afecta. Juan también ha hecho daño a mi mujer, por supuesto, nada que ver con lo que ese hijoputa ha hecho con Lola pero, de todos modos, llamaré a Carlos, nuestro abogado y el de Lola, para que me ponga en antecedentes. Con lo que sea me comprometo a mantenerte informado.

- Gracias de nuevo Jack. Una cosa más. Hay una especie de guardaespaldas... Héctor ha mencionado que le ha pedido que no se separe de Lola.

- Es Gus. Un tipo extraordinario. Sabes que me dedico a la seguridad. Puedo garantizarte que desearía tener a Gus entre mis empleados, de hecho a veces se lo robo a Héctor para algún caso importante, sin embargo, Héctor y él tienen una

relación más allá de lo profesional y no puedo competir con eso. Gus es fiel a Héctor por encima de todo. De hecho me extraña que aún no haya aparecido por aquí, me imagino que no tardaré mucho en ver su cara. Puedes estar tranquilo.

- Lo hago. Pero aunque sea desde la distancia quiero tener atados todos los cabos. Espero que me vayas informando poco a poco. Me va a costar mantener a Sofía al margen pero, al menos por unos días, voy a intentarlo.

- Escucha Raúl, se me ocurre una cosa... ¿Qué te parece si este domingo venís a comer a casa de mis padres? Mi madre estará encantada de recibirlos y así matamos dos pájaros de un tiro. Tranquilizas a tu mujer respecto a Lola y nos reunimos para hablar de toda la situación... eso suponiendo que Héctor no regrese antes...

- Me parece bien, y... Jack... Héctor no va a regresar antes... Ese chico estará sufriendo horrores por mi hija, por pensar que le ha hecho daño... también necesita tiempo para asimilarlo todo. Así que, sí, acepto tu invitación. Besa a mi hija de nuestra parte y dile que en unos días la visitaremos.

- De acuerdo pues. Te mantendré informado de todo.

- Gracias de nuevo Jack. Me alegra de que mi hija esté con vosotros.

- Y nosotros estamos agradecidos de haberla conocido. Es una gran mujer y algún día te contaré todo lo que le debo, todo lo que ha hecho por mí. Soy consciente de que nunca voy a poder saldar la deuda que he contraído con ella.

Tras despedirse de Raúl, Jack se tomó un respiro antes de realizar la siguiente llamada. Primer reto superado. Los padres de Lola estaban lo suficientemente tranquilos y confiaban en él, más bien confiaban en Héctor y a él le resultaba increíble cómo su futuro suegro había calado tan bien a su amigo. Estaba deseando conocer a ese hombre tan perspicaz. Ahora sólo tenía que llamar a Carlos y podría volver al salón con las chicas.

Helena acariciaba el cabello de Lola que continuaba con la cabeza recostada en su regazo. No podía ver su cara, pero prácticamente podía asegurar que había dejado de llorar, incluso pudiera ser que se hubiese quedado dormida. No le vendría nada mal. Recordó como, en sus peores momentos, conseguir dormir era todo un reto y un alivio al mismo tiempo. Un reto porque, a pesar del cansancio, no era fácil conciliar el sueño y un alivio porque sólo entonces la cabeza dejaba de funcionar. Pero no. Lola no dormía, sus palabras rompieron el silencio que las rodeaba.

- Te peso – Lola había conseguido dejar de llorar, le seguía doliendo la garganta y la cabeza. Empezaba a tomar conciencia de que estaba sola, en casa de Héctor y también de que había tenido una gran crisis. La crisis que ambos esperaban y temían a la vez. Héctor, como no podía ser de otra manera, había cumplido su promesa. Lola le había fallado, su cabeza había fallado. Lo había confundido con Juan. Debía de estar algo loca, cómo si no se entendía semejante disparate. Se incorporó lentamente – Molestaré al bebé.

- Lola cariño... – Su amiga estaba intentando esconderse de nuevo. Anteponer el bienestar de los demás al suyo propio. El bebé era la excusa perfecta para que Helena comenzase a hablar de su embarazo, el tema era inagotable pero no iba a caer en la trampa – Vamos a hablar de lo que ha pasado. Te doy tiempo hasta que vuelva Jack. Está hablando con tu padre.

- Héctor lo habrá llamado, siempre piensa en todo... siempre pendiente de que todo el mundo esté bien... Se ha ido.... ¿Lo sabes?

Helena asintió, estaba algo nerviosa porque de pronto Lola parecía haber recuperado la serenidad. De hecho, estaba demasiado serena para su gusto. Minutos atrás estaba llorando desconsolada y ahora parecía ser dueña de sí misma de nuevo. Debía de estar haciendo el papel de su vida.

- Lo sé. Lo sabemos. Héctor llamó a Jack. Hace un tiempo le pidió que si él se iba acudiese a buscarte. Eso hemos hecho.

Un detalle acudió a la mente de Lola y su voz salió estrangulada.

- Jack me abrazó. Me cogió en brazos y me consoló. Dejé que me acariciase...

- Pues claro que te abrazó... ¿Cómo no iba a hacerlo? – Helena no entendía las palabras de Lola hasta que escuchó su explicación y vio cómo se rompía de dolor.

-No puedes entenderlo... dejé que Jack me tocara cuando antes no pude dejar que Héctor lo hiciera... ¡Lo confundí con Juan!... durante un rato no supe dónde estaba ni con quién estaba.....¡Lo confundí con Juan!.... – Las lágrimas volvieron a aparecer y furiosa las secó con el dorso de la mano – ¿Sabes lo que eso significa para Héctor?

Helena lo sabía perfectamente pero Lola necesitaba desahogarse así que se limitó a negar con la cabeza.

- Significa que lo convertí en un maltratador... aunque sólo fuera durante unos

minutos... ¿Cómo crees que va a mirarme a partir de ahora? ¿Cómo va a querer tocarme? Es tan bueno y me cuida tanto... y yo... yo lo he estropeado todo... Su hermana murió y él no pudo evitarlo y voy yo... y como una estúpida no le he dado todo de mí..., peor aún... ¿Cómo he podido?

Jack estaba en la puerta del salón. Tras hablar con Carlos, quien tras soltar una sarta de maldiciones ya estaba de camino para reunirse con ellos y, tras escuchar la última parte de la conversación, tenía una idea bastante clara de lo que había sucedido allí. No se movió de su sitio y decidió, muy a su pesar, ponerse duro con Lola para provocar una reacción rápida en ella.

- ¿Tú creíste en algún momento que yo iba a abandonar a Helena definitivamente? ¿Pensaste alguna vez, cuando consolabas a mi mujer, que era un hijo de puta por haber hecho lo que le hice?

Lola se tensó ante el tono duro de Jack y comenzó a temblar.

- ¡Jack! ... - Helena estaba escandalizada de que su marido se dirigiese a Lola con aquel tono de voz que ella odiaba porque le recordaba al Jack que la había acusado de traición y de infidelidad.

- Contesta Lola.... – Jack hizo caso omiso a la reprimenda de Helena. Ya la compensaría después.

El tono de Jack era inflexible y Lola se sintió obligada a obedecerlo. No estaba para discutir, quería intentarlo pero no tenía fuerzas para escuchar a las dos Lolas pelearse de nuevo en su cabeza. Así que respondió. Con la verdad, como siempre.

- Nunca. Héctor nunca dudó de tí, siempre quiso convencer a Helena de que ibas a volver a por ella. Yo no quería meterme en medio, pero al final lo hice. Porque en un principio... tuve miedo por Helena... iba todo tan deprisa que me recordaba... Luego te conocí y conocí a Héctor y... todo cambió.

- Aun así.... – Jack se acercó a ellas con paso lento. No quiso darse por enterado de la mirada de advertencia de Helena – Siempre te has reservado algo conmigo..., sin embargo con Carlos... Lo adoras.

- No sé lo que quieres decir.... – Lola no quería pensar. Jack se estaba adentrando en un terreno resbaladizo para ella.

- Sabes perfectamente lo que quiero decirte Lola – Llegó hasta ella y se acuclilló delante teniendo cuidado de no pisar los cristales esparcidos por el suelo – Yo fui

una amenaza para Helena. Incluso ahora, muy en el fondo, tienes miedo de que vuelva a hacerle daño. Por eso no te abres al cien por cien a mí. Sin embargo Carlos.... Ese cabrón nunca supuso una amenaza, ni para ti ni para Helena, siempre lo tratáis como un hermano pequeño.... Lola... tienes miedo de que te hagan daño, de volver a sufrir... no estás recuperada... He tardado algo en verlo. No creí a Héctor en su día. Ahora sé que ha tomado la decisión adecuada.

-¿Desde cuándo es una decisión adecuada abandonar a su suerte a tu novia? – Helena no quería volver con antiguos reproches pero Jack se lo estaba poniendo muy difícil.

- En mi caso fue un error. Fui un estúpido y eso ha quedado más que demostrado para todos. En cambio Héctor... es mucho más valiente que yo... ¿Verdad Lola? – No la dejó responder – Es mucho más valiente que yo porque ha sabido ver que su mujer necesita una cosa, una cosa muy difícil de dar para un hombre tan enamorado y tan alfa como él. Te ha dado libertad. Te ha dado espacio. Te ha dado una oportunidad que con él no ibas a tener porque él siempre iba a estar ahí para tirar de ti. Te ha dado la oportunidad de – hizo el signo de comillas con los dedos – “curarte” para volver a ser una mujer que ama sin miedos y que es capaz de entregarse al hombre de su vida.

Lola se quedó en silencio. Ahora entendía a Helena cuando decía que Jack se anticipaba a sus pensamientos. Con Héctor le sucedía lo mismo, eran hombres tremendamente perspicaces y sólo una trampa bien tejida, como la que le habían tendido a Jack, conseguía confundirlos. En este caso nadie había tramado contra ellos. Ella solita se había cargado la relación y sabía lo que tenía que hacer. Sus padres habían insistido y ella se había negado. No quería hablar de aquello, esa era la consecuencia. Estaba enferma, su enfermedad había alejado a Héctor de ella. Los enfermos necesitaban un médico. Ella necesitaba un médico y Jack lo sabía.

- Quiero volver a ser – Les dijo entre lágrimas al tiempo que enterraba la cara entre sus manos – Necesito ayuda. Necesito un médico.

Jack la encerró de nuevo entre sus brazos y la obligó a apoyar la cabeza en su hombro. Miró a Helena y le sonrió. Su mujer no salía de su asombro y le pedía explicaciones con la mirada. Asintió a modo de acuse de recibo a su muda petición. Ahora lo primero era Lola.

- Tendrás tu médico cariño... yo lo buscaré. Yo te llevaré y te prometo que cuando estés curada, cuando vuelvas a ser tú... te dejaré en los brazos del cabrón

de mi hermano.

- Lo he perdido.... – Lola tenía miedo de que Héctor no pudiese superar lo sucedido.

- No... Lola... no lo has perdido... Sólo tienes que encontrarte a ti y el resto vendrá solo.

Lola abrazó a Jack por primera vez sin miedos y sin reservas, éste la apretó con fuerza y le frotó la espalda. Entonces se desinfló y se sintió ligera. Aquella sensación era como cuando en las películas salía una reunión de alcohólicos anónimos y uno se levantaba y decía “Soy alcohólico”. Reconocía el problema y la necesidad de ponerle remedio. Ella acababa de hacer lo mismo. “Soy Lola y estoy enferma”.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 19

*“El secreto de salir adelante es comenzar.”*

*Mark Twain*

Carlos no sabía cuántas multas de tráfico podía haber acumulado en el trayecto hasta casa de Héctor. La llamada de Jack le había puesto los pelos de punta. Se maldecía por no haber encontrado una excusa que le hubiese permitido quedarse con ellos y controlar el estallido de Héctor. Comprendía que la petición de la UDEV era para su amigo la peor de sus pesadillas, el hecho de consentir que Lola y su exmarido estuviesen a solas, aunque sólo fueran unos minutos, era mucho más de lo que se le podía pedir a un hombre extremadamente protector como él. Incluso sin el peso adicional de la muerte de su hermana, Carlos dudaba seriamente de que, en el caso de que él estuviese en el sitio de Héctor, hubiese reaccionado de otra manera diferente. Fue Helena la que le abrió la puerta y, literalmente, se tiró en sus brazos.

- Eh.... Tranquila... va a ir todo bien... ¿Cómo está Lola? – Le dijo mientras envolvía a su amiga y empleada en un cariñoso abrazo. Aún se le ponían los huevos de corbata recordando el día en que la tuvo que llevar en volandas al hospital con lo que más tarde supo era una amenaza de aborto. Desde aquel día la llevaba entre algodones. Entre su marido y su jefe, Helena debía ser la mujer más mimada del planeta.

- Está mejor... cuando llegamos estaba fatal, en el suelo... con la mirada perdida... la mesa del salón volcada, el cristal roto por toda la alfombra.... – Helena miró a su jefe con arrepentimiento. – Ay... Carlos... por un momento pensé lo peor... fue sólo un segundo... pero no puedo perdonarme por ello después de todo lo que Héctor hizo por mí.

- Bueno... ya está.... – La rodeó por los hombros – Héctor estaba muy nervioso cuando me fui, pero sabes que nunca le haría daño a Lola. Sabes que nosotros no somos así.

- Lo sé... Lo siento tanto.... – Helena se enjugó una lágrima - ¿Cómo es que estabas aquí con ellos?

- Primero necesito ver a Lola. Luego hablamos – Carlos quería comprobar cómo estaba Lola antes de explicarles a sus amigos el dilema que había provocado que todo estallase por los aires.

Lola seguía llorando abrazada a Jack cuando Carlos entró en el salón. Se le partió el corazón verla tan hundida y apretó los dientes maldiciendo la mala fortuna de esa mujer. En esos momentos deseaba tener delante al cabrón de su exmarido para darle una paliza por cada uno de los golpes que tenía grabados en su mente y por el golpe moral final que había conseguido reventar a una pareja tan perfecta como la de Héctor y Lola. Saludó a Jack con una mano y éste le devolvió el saludo soltando por unos instantes a Lola, ésta se giró, lo vio y sus sollozos ganaron en intensidad. Carlos se acercó con rapidez y la sacó de los brazos de Jack.

- Creo que tu mujer te necesita – Le dijo en voz baja – Por el bien de tu heredero ve y convéncela de que no es una persona horrible por pensar que Héctor le había hecho daño a Lola.

El gesto de Jack mudó con rapidez y, sin mediar palabra, se dirigió a Helena que observaba toda la escena desde la puerta del salón. La abrazó con ternura y la tomó de la mano, de nuevo iba a visitar el estudio de Héctor.

- Pequeña... ven conmigo... – Su mujer estaba realmente afectada y él tenía que ocuparse de que recuperase el estado de ánimo tranquilo del que había disfrutado las últimas semanas.

En el estudio Helena se derrumbó abrazada a su marido.

- Soy mala persona... Jack... ¿Cómo he podido pensar que le había pegado?... Con todo lo que Héctor hizo por mí y así se lo pago.

- Preciosa... tranquilízate... por favor... sabes que tienes que estar tranquila... El bebé está bien pero no te conviene disgustarte. Nadie piensa que eres mala. Has visto a una mujer tirada en el suelo, cristales a su alrededor, una mesa volcada... cualquiera hubiese pensado lo mismo que tú.

- Tú no lo hiciste.

- No. Pero yo no soy una mujer embarazada con las hormonas disparadas. Estás extremadamente sensible a todo.

- Lola va a pensar que soy una desagradecida – Miró a su marido haciendo un mohín.

- Lola tiene muchas cosas en las que pensar. Te necesita a su lado. Necesita tu apoyo.... Soy egoísta y quiero asegurarme de que puedes con todo esto... yo puedo encargarme de todo lo que Lola necesite pero tú... Helena... ¿Puedes con



ello?

- Eres demasiado bueno conmigo Jack...

- Tengo mucho que enmendar... pequeña.... – Toda esta situación también estaba afectándole. Podía ver el sufrimiento que le había causado a Helena a través de lo que Lola estaba pasando. Estaba hundida y eso que, ni mucho menos, se había tenido que enfrentar a que Héctor lanzase falsas acusaciones en torno a ella.

- Jack... no podemos dejar que esto nos haga volver a recriminaciones pasadas. Antes me he dejado llevar y te pido perdón – Helena también lamentaba el comentario desafortunado sobre dejar abandonadas a las novias en apuros.

Jack daba gracias todos los días al cielo porque su mujer lo había perdonado y nunca le recriminaba lo sucedido. Tomó su cara entre las manos y la besó con dulzura.

- Tú – beso – No – beso – Tienes – beso – Que– beso – Pedirme – beso – Perdón– beso – Por – beso – Nada – Beso – Tú sólo tienes que estar tranquila para que nuestro bebé crezca dentro de ti – Posó la mano en la abultada tripa de Helena. Todo el mundo le decía que para el poco tiempo de embarazo que llevaba tenía una barriga enorme y Jack estaba encantado con ella – Te quiero mucho pequeña.

- Yo también te quiero Jack... Te prometo que pararé si es demasiado para mí.

- Eso es lo único que te pido. Ahora vamos a ver si conseguimos aclarar exactamente qué es lo que ha sucedido antes de tomar ninguna decisión.

Lola, algo más serena, estaba sentada con Helena en el sofá mientras que Carlos y Jack se habían sentado en los sillones negros. Minutos antes habían procedido a retirar los cristales de la alfombra para dejarlo todo como si allí no hubiese sucedido nada raro.

- Bien Lola.... – Le dijo Carlos – Yo puedo imaginarme lo sucedido pero... ¿quieres contárnoslo tú?

- Prefiero que empieces tú – Le rogó Lola – Me duele mucho la cabeza y la garganta, además no sé si voy a poder contarle sin venirme abajo.

- Bien... yo lo haré... El caso es que hoy he venido a reunirme con ellos...

El sonido de alguien introduciendo una llave en la cerradura y entrando en el

ático interrumpió la conversación. Ambos hombres se levantaron mirándose interrogantes y Lola miró a Helena esperanzada, tal vez Héctor hubiese vuelto de nuevo a por ella... La esperanza pronto murió en sus ojos cuando vio a Gus hacer su aparición por la puerta del salón.

Gus no esperaba encontrarse en el salón de su jefe a tanta gente. Conocía a Jack y a Carlos, aquella mujer embarazada debía de ser la esposa de Jack y luego estaba Lola. Le había cogido mucho cariño estas últimas semanas mientras velaba por su seguridad y le jodió ver su rostro lloroso. Él nunca pedía explicaciones, su jefe le había ordenado pegarse al culo de su mujer y eso iba a hacer. Sus razones tendría Héctor para ausentarse. A él no le incumbían, sólo tenía que hacer su trabajo, nunca le había fallado a Héctor y por sus cojones, esta vez menos que nunca. Estaba cristalino como el agua que esta era una misión especial.

- Me preguntaba cuánto iba a tardar en ver tu cara fea por aquí – Jack se acercó con una sonrisa a Gus y le palmeó la espalda – Me alegro de verte. No sabía que tenías llaves.

- Tengo llaves de todos los sitios de los que Héctor tiene llave – Se limitó a responder la verdad.

- Algún día me vas a tener que contar que es lo que ha hecho ese cabrón para merecer tanta fidelidad y dedicación por tu parte – Jack estaba intrigado por el estrecho vínculo entre ambos hombres pero Héctor siempre había sido discreto al respecto y Gus... bueno, Gus era igual que una tumba, nadie conseguía sacarle nada que él no estuviese dispuesto a contar.

- Algún día... – Gus no tenía la más mínima intención de contarle a Jack que estaba vivo gracias a que Héctor lo había rescatado malherido tras una pelea en el callejón trasero de uno de sus locales cuando aún era menor de edad. Lo había ayudado a rehabilitarse de una juventud plagada de palizas y drogas y le había dado un oficio y una oportunidad para vivir.

Lola asistía impasible a la conversación que mantenían Jack y Gus. Ya había supuesto que Gus era algo más que un empleado, pero estaba sorprendida de que tuviese acceso al rincón más íntimo de Héctor, su vivienda. Observó cómo Gus se desentendía de Jack y acudía con paso seguro hacia ella. Se detuvo, se acuclilló ante ella y, sin tocarla, le habló con voz firme y suave a la vez.

- No puedo, ni quiero, despegarme de tu culo. Son las ordenes que he recibido y

pienso cumplirlas quieras o no – Gus iba a ser franco y directo con Lola, nada de medias tintas que diese lugar a berrinches o confusiones.

- ¿Dónde está? – le preguntó Lola ansiosa por tener noticias.

- No lo sé.

- Pero... ¿Está bien?

- No lo sé.

- Gus... por favor... necesito saberlo.... – le rogó con lágrimas en los ojos.

- No te miento. No lo sé. No necesito saberlo para hacer mi trabajo. Sólo tengo órdenes de avisarlo cuando yo crea que hay algo que él necesite saber, vamos, lo que yo entiendo por una situación límite.

- ¿Qué significa eso de una situación límite? – preguntó Lola confusa.

- No necesitas saberlo – Gus le respondió con parquedad. Sólo él decidía si era conveniente avisar a Héctor. Esas eran sus órdenes. Si Lola se encontraba razonablemente bien no debía ponerse en contacto con su jefe – Sólo necesito que me respondas una cosa.

- Tú dirás – Para Lola era evidente que ella no iba a dominar esa conversación.

- ¿Me lo vas a poner fácil o difícil?

Si no fuera por lo crítico de su situación, de buena gana se hubiese reído con la pregunta de aquel grandullón lleno de tatuajes y con nuevo corte de pelo. Aun así reflexionó su respuesta. Creía conocer el significado de que Gus estuviese allí delante de ella. Héctor pretendía decirle que seguía velando por ella aún en la distancia, que seguía siendo importante para él pero que la separación era necesaria para un futuro en común. No era nada nuevo y ya lo habían hablado antes. Era un recordatorio de que aún había una pequeña esperanza para ella y no era tonta, necesitaba un punto de apoyo para arrancar e iba a aferrarse a esa esperanza. Si luego resultaba falsa ya se ocuparía de eso más tarde, igual que Scarlett O'Hara en Lo que el Viento se llevó: “Ya lo pensaré mañana”.

- Nunca te lo he puesto difícil y no voy a comenzar a hacerlo ahora – Le dijo con una media sonrisa.

- Gracias – Gus se levantó aliviado. Ahora ya tenía carta blanca de Lola para justificar su presencia allí. Lanzó a Jack y a Carlos una mirada de advertencia – Ya lo habéis oído. Me quedo y no hay más que hablar.

- Tranquilo Gus. No pensábamos meternos en tu trabajo – Le dijo Jack con una sonrisa – Puedes empezar por ir a recoger el coche de Héctor al aeropuerto. Quiere que Lola lo utilice mientras él no esté.

- Muy bien. No hay problema. ¿Algo más que deba conocer?

- Toma asiento y escúchame con atención – Carlos le indicó que tomase una silla del comedor y se acercase – Estaba a punto de contarles a qué viene todo esto.

Por segunda vez en el día Carlos relató el contenido de la reunión que había mantenido aquella mañana y la petición que la UDEV había trasladado a Lola. Carlos alternaba la mirada entre Jack, Gus y Helena. A Lola había dejado de mirarla porque tenía la cabeza recostada en el sofá y estaba con los ojos cerrados.

- Lola me pidió que los dejase a solas. Dudé, pero Héctor fue inflexible. Hasta aquí lo que yo sé. Después me fui al despacho y allí recibí tu llamada.

El silencio en el salón era ensordecedor. Lola abrió los ojos. Había escuchado el relato de Carlos respirando profundamente para conseguir mantener la compostura y no echarse a llorar. Ahora era su turno. Habiendo reconocido que estaba enferma y que necesitaba ayuda el siguiente paso era desnudarse del todo delante de sus amigos rogando que no la tomasen por loca.

- En líneas generales, todos sabéis lo de mi exmarido, evidentemente Carlos sabe muchos más detalles que ahora no importan. Quizá penséis que estoy loca cuando os cuente lo que ha pasado, no os juzgaré si así lo hacéis porque hasta yo misma dudo de estar en mis cabales.

- Lola... No... - Helena intentó evitar que su amiga se flagelase de esa manera.

- No me interrumpáis... por favor... necesito soltarlo todo de un tirón.... – Lola acalló la protesta de Helena.

- Perdona... sigue por favor – Concedió Helena, ya le rebatiría después una por una todas las barbaridades que a Lola se le ocurriese decir sobre sí misma.

- Gracias. Cuando Carlos nos estaba contando todo esto, en mi cabeza parecían sonar dos voces. Eran como dos yo. Como dos partes de mí que se gritaban la una a la otra. Una era la yo de mi exmarido, sumisa, callada, evitando llamar la atención y dejando que él decidiese por mí. La otra era mi yo de antes de Juan, mi yo que, con Héctor, estaba consiguiendo salir a flote. Esa es Lola, que decide sobre su vida, que toma la iniciativa, que no vive con un miedo constante a

contrariar a su pareja por las represalias que vendrán a continuación... es la Lola que quiero volver a ser. Esta Lola ganó la primera batalla. Le dije a Carlos que lo haría. Que me explicasen bien cómo tenía que actuar y que lo haría. Es la única manera de garantizar que mi exmarido salga definitivamente de mi vida. Yo lo sé. Podréis imaginar que Héctor se negó en rotundo. Le gritó a Carlos injustamente y yo le pedí que se fuese porque quería hablar con Héctor a solas. Sólo sé que no me dio tiempo. Recuerdo a Héctor gritando y moviéndose por el salón diciendo que nos iríamos de aquí... – No miró a nadie para continuar su relato. Ahora venía la parte difícil. Fijó su mirada en la pared que tenía enfrente – Mi yo de ahora estaba agotado, y mi yo de antes le recriminaba haber molestado a Juan. Sí a Juan... de loca ¿verdad? – Nadie le respondió – Me confundí, pensé que estaba en casa con mi exmarido, hubo un estruendo de cristales y yo me tiré al suelo y me protegí la cabeza. Los golpes ahí no se pueden esconder ¿lo sabíais?... aún con maquillaje, en la cara es difícil taparlos. Entonces Juan intentó tocarme y me asusté, no sé si grité, no sé lo que dije... pero entonces, vi a Héctor con las manos levantadas y retrocediendo. Mi mente aún estaba confusa pero empecé a reconocer el salón, reconocí a Héctor y empecé a darme cuenta de que algo raro me había pasado. No estaba con Juan y Héctor nunca me haría daño – Se enjugó las lágrimas con el dorso de ambas manos y sorbió por la nariz para poder continuar su relato – Creo que le dije que no lo volvería a hacer o algo así y él.... Él tuvo que cumplir la promesa que nos hizo, a mi padre y a mí... ¿Adivináis cuál es?... Pues que se alejaría de mí si alguna vez le tenía miedo. No lo entendí nunca del todo.... ¿Por qué tenía que alejarse?... Hasta hoy. Estoy loca, estoy muy enferma y la única opción que tengo es curarme, que esa antigua yo desaparezca del todo. Entonces podré ser de nuevo una mujer normal. Quizá vuelva a ser una mujer completa. Tal vez Héctor pueda perdonarme algún día, o tal vez no quiera volver a verme porque lo he tratado como un maltratador.... Y decidme... después de todo lo que ha pasado con su hermana ¿Cuál es el mayor castigo que alguien le puede infligir a Héctor? No hace falta que respondáis, lo sabéis tan bien como yo, que alguien lo vea como un maltratador... ¿y quién le ha hecho sentir así?... Pues yo misma... Creo que tendré suerte si algún día consigue perdonarme, por ahora prefiero engañarme a mí misma diciéndome que tendré una segunda oportunidad porque si no me digo eso... no voy a ser capaz de afrontar todo lo que tengo por delante. Así que ya veis... Soy Lola. Estoy enferma y soy culpable.

Lola lloraba, Helena lloraba abrazada a ella y los tres hombres se miraban entre sí horrorizados por igual ante el relato de lo sucedido. Los tres habían vivido de

primera mano el infierno por el que Héctor había pasado con la muerte de Sonia. Era cierto que no había mayor ofensa para su amigo que la de ser tildado de maltratador y no podían imaginar el dolor que habría sentido al ver el miedo en los ojos de su pareja. Sólo Jack podía hacerse una ligera idea. Héctor estaba igual de enamorado que él y recordaba perfectamente cómo había sentido desgarrarse todo su interior en el momento en que fue consciente de haber arriesgado la seguridad y la salud de Helena y de su futuro hijo. Aún hoy no estaba del todo recuperado y la angustia lo atenazaba cada vez que, por cualquier motivo, recordaba aquellos días. La familiar sensación amenazaba con presentarse justo en aquellos momentos, pero ahora no podía abandonarse a ese sentimiento. Héctor no estaba y tenía que velar por su mujer, igual que él había hecho con la suya. Fue el primero en levantarse para abrazar a las dos mujeres, se sentó entre ambas y rodeó a cada una de ellas con sus brazos.

- Shh... Ya está... chicas... no lloréis más por favor...

Carlos tenía claro que Jack estaba rememorando su propio pasado con esta historia ya que su rostro pasaba de la seriedad más absoluta a reflejar, tan sólo por breves instantes, un dolor infinito. Pensaba que de todos los presentes él era el que mejor comprendía a Lola porque tenía documentados todos los golpes físicos que había sufrido, había leído y releído un relato pormenorizado de su matrimonio y no había que ser un experto en psicología para determinar que Lola aún sufría una especie estrés postraumático que había ido creciendo en intensidad hasta que, probablemente la unión de los gritos de Héctor y el sonido del cristal rompiéndose, habían sido demasiado para ella. No estaba loca. Había llegado al punto máximo de presión que su mente podía resistir.

- Nena... no estás loca... has petado... así de simple. Tu cabeza ya no pudo más con la presión – Una idea acudió de pronto a su mente – Lola... tú, en su día no denunciaste a Juan... Nena... ¿Por lo menos fuiste a terapia?

Jack sabía la respuesta pero permitió que fuese Lola la que contestase. Helena había dejado de llorar y Lola estaba secándose las lágrimas con el dorso de su mano.

- No exactamente... fui a unas cuantas sesiones... mis padres insistieron pero yo..., no quería contar mi intimidad... estaba avergonzada... puede que aún lo esté.

- Vergüenza es lo mínimo que va a sentir ese cabrón como lo pille por banda – Gus hizo estallar sus nudillos. Había estado atento a la conversación y se le

habían puesto los pelos de punta imaginando a aquella preciosa mujer con la cara golpeada por un hombre que hubiera debido protegerla.

- No – En eso Lola iba a ser inflexible – La policía va a encargarse. No quiero que ninguno de vosotros tenga un problema por mi culpa ¿entendéis?... confío en ellos. Gus... te aviso... si no me haces caso... te lo pondré difícil....

- Lo que tú digas jefa – Gus murmuró entre dientes. Pensaba hacer lo que Héctor le había ordenado pero la rabia lo corroía por dentro.

- Vamos a tranquilizarnos un poquito ¿vale? – Carlos asumió el mando de la conversación – Vamos a ir por partes. Lo primero es que voy a ponerme en contacto con Jaime, el agente de la UDEV, para que nos reunamos y te expliquen bien o te entrenen o qué sé yo.... para el día en cuestión, que, por cierto, es este jueves. Estamos a lunes así que tienen tres días para preparar todo.

- Yo voy a estar presente – Gus no pensaba quedarse al margen. Miró a Carlos – Pegado a su culo, ¿recuerdas?

- Muy bien, Gus... - Aceptó Carlos no sin antes lanzar una seria advertencia – Pero te aviso...como te pongas en plan Kevin Costner en El Guardaespaldas, el que va a pegarse a tu culo soy yo... pero con una patada que te pondrá en órbita. Vamos a obedecer al cien por cien lo que nos digan, ellos están entrenados para esto. Si te permiten estar presente, estarás, si no lo hacen... pues obedeces y punto ¿De acuerdo? – Le sostuvo la mirada a Gus hasta que logró que éste asintiese conforme.

- Yo también quiero estar informado. Aún tengo cuentas pendientes con ese cabrón – advirtió Jack recordando que Juan había ordenado el asalto al apartamento de su mujer.

- Todos informados pues – Concluyó Carlos – Cambio de tema. Segundo punto. Lola ¿Dónde vas a quedarte todo este tiempo? ¿Seguirás aquí?

Lola no se había planteado esa cuestión. Helena no le dio tiempo a comenzar a barajar sus opciones ya que se levantó como un resorte del sofá para anunciar con los brazos en jarras lo que Lola iba a hacer.

- Se viene con nosotros a casa. No puede quedarse sola – Sentenció Helena. No concebía otra solución.

- No nos han presentado aún, Helena.... Soy Gus... y aún a riesgo de sonar estúpido vuelvo a repetir que Lola no va a estar sola. Me pego a su culo. Aquí,

en su apartamento, en la peluquería... en tu casa... su sombra... - Arqueó ambas cejas para enfatizar su explicación.

- Pero... ¿Dormirás aquí? – Helena estaba extrañada de que Héctor confiase tanto en un hombre del que ella no había oído hablar hasta la fecha.

- Hay una cama bastante cómoda en el estudio. No es la primera vez que duermo aquí – A Gus le divertían las objeciones de aquella mujer diminuta.

- Helena... Gus es de toda confianza – Jack quería tranquilizar a su mujer que se estaba poniendo en modo mamá leona – Llevo años intentando contratarlo, pero no quiere venirse conmigo, ni con un cheque en blanco... Además creo que Héctor querría que Lola no se mudase, vuestros apartamentos han dejado de ser seguros hasta que el exmarido de Lola sea detenido.

- Me lo pidió – Lola acababa de recordar las palabras de Héctor – Me dijo que me quedase aquí.... Aunque no sé si será lo correcto.

- Nena... vamos a ver... - Intervino Carlos para aportar algo de sensatez – Héctor quiere que vivas aquí, que utilices el coche, te ha mandado a Gus... pero no tienes obligación de – hizo comillas con los dedos – “obedecer”... No hay represalias, tú lo has dicho... quieres decidir por ti misma. ¿Dónde vas a estar más cómoda? Sobra decir que también puedes venirte conmigo. Piensa en ti... sólo en ti.

- Carlos tiene razón – Intervino Jack – Hoy mismo contactaré con el médico de la empresa para que me recomiende el mejor profesional. Pediré una cita cuanto antes pero no me hace falta el título de psicología para saber que no puedes empezar a recuperar tu yo obligándote a hacer lo que Héctor quiere cuando tú realmente prefieres otra cosa.

Lola meditó unos instantes y sus amigos se mantuvieron en silencio respetando su reflexión. Vivir con Jack y con Lola estaba totalmente descartado, Lucía, la madre de Jack, la acogería con los brazos abiertos, pero ella no se sentiría cómoda invadiendo su intimidad familiar. Con Carlos pasaba otro tanto de lo mismo, no iba a invadir la casa de un hombre soltero. Le daba la sensación de que Carlos, por lo menos en la actualidad, estaba en modo pasota en el tema del ligoteo, pero no iba a ser ella la que le impidiese llevar a su casa a quien estimase oportuno. Además de todo eso, no sabía cuánto tiempo iba a llevar la terapia, así que sólo quedaban dos opciones, su apartamento o el ático. Intentó visualizarse en el apartamento de nuevo y no lo consiguió, para mal o para bien,



era una fase que había dejado atrás. Había empezado a considerar el ático como su casa. Aquí estaban sus cosas. También estaban las cosas de Héctor y eso la reconfortaba. Por ahora no podía hacer frente a muchos cambios bruscos, las decisiones de una en una y los retos de uno en uno. Esa lógica hizo que tomase una primera decisión.

- Antes de nada una cosa. Sólo puedo afrontar los desafíos de uno en uno. Jack... por favor... ¿Puedes pedir esa cita para después del jueves? Necesito centrarme primero en el tema de la policía, estar al cien por cien con ellos – Le rogó esperanzada de que no intentasen hacerla cambiar de opinión.

Jack se quedó pensativo unos instantes. En principio era partidario de empezar la terapia ya, pero, por otro lado, día arriba día o abajo no iba a suponer una diferencia, mucho menos, si eso iba a provocar que Lola estuviese distraída y no tuviese los cinco sentidos puestos en el operativo de la policía. No iba a añadir un factor de riesgo adicional al ya existente por el mero hecho de estar a solas con su exmarido. Sin embargo iba a poner sus condiciones.

- Muy bien – La vio respirar aliviada pero aún no había acabado – Pero hay varias condiciones, la primera es que quiero, mejor dicho, Helena y yo queremos verte a diario, comerás con nosotros todos los días.

- Acepto – Lola no tenía problema en disfrutar de la compañía de Helena a diario. Ahora estaba más o menos serena porque su cabeza estaba ocupada tomando decisiones a diestro y siniestro, sin embargo sabía que, en cuanto todos se fuesen, la pena iba a consumirla.

- No he acabado – Le sonrió Jack – Alguien de nosotros, y no cuento a Gus en esto porque va a ir contigo a todos los lados, va a acompañarte a las sesiones de terapia. Vamos a estar pendiente de que cumplas con todas y cada una de las especificaciones de los especialistas.

Lola se quedó de piedra. No esperaba esa petición. No sabía si iba a ser capaz de soltarse con el psicólogo si sus amigos estaban delante. Se apresuró a formular una sugerencia, aunque al momento rectificó su idea original.

- Prefiero que venga Helena... ¡Oh!... No... lo siento... lo he olvidado... tú no puedes ir... el bebé tiene que estar tranquilo y no va a ser algo agradable...

- Iré... – Helena sabía que Jack iba a apoyar ese argumento a las primeras de cambio y ella no iba a consentir que la dejaran al margen – Este bebé no estaría aquí sin ti... Iré a todas y cada una de las sesiones que necesites y si Jack o

Carlos necesitan estar tranquilos – Alzó las cejas en una muda advertencia al tiempo que los miraba a ambos – Pueden esperarnos en la puerta y llevarnos a tomar algo después.

Jack y Carlos abrieron la boca para protestar y la cerraron a un tiempo comprendiendo que Helena acababa de manipularlos a los dos con una habilidad extraordinaria. Entre dientes murmuraron su consentimiento mientras Gus sonreía con socarronería al ver a aquellos dos hombres de negocios plegarse como dos gatitos castrados a los deseos de la pequeña.

- Gracias Helena... - Lola estaba emocionada por el apoyo de su amiga – Jack... te prometo que si veo que es demasiado para ella la echaré fuera y consentiré que uno de vosotros entre conmigo. No voy a ponerla en peligro.

- Lo sé Lola... Te lo agradezco – Jack no estaba del todo conforme pero esa promesa tendría que bastar, sobre todo teniendo en cuenta que, hasta la fecha, Lola había demostrado ser una mujer extraordinariamente sensata.

- Entonces he de decirles que elijo quedarme aquí. Gus se quedará conmigo. Sólo voy a mudarme si, una vez iniciada la terapia, el médico me dice que no es bueno que viva aquí en la casa de Héctor, como si aún fuésemos pareja... Necesito sentirlo de algún modo... porque salir de aquí implica aceptar que no hay más que hablar, que me ha dejado y ahora mismo.... – No pudo evitar las lágrimas – Eso es más de lo que puedo soportar. Necesito enfrentarme esa posibilidad más adelante, cuando esté preparada, si es que lo estoy alguna vez. Ahora no soy capaz de afrontar al mismo tiempo lo de mi exmarido, una terapia que me va a hacer revivir la peor etapa de mi vida y una ruptura con Héctor.

- Lola... sabes que Héctor no ha roto contigo... está loco por ti – Jack tenía que sacarle esa idea de la cabeza, sobre todo porque Héctor había insistido en su día que se alejaría de Lola por su bien pero había dejado claro que hablaba de una separación temporal. Su amigo no era un cobarde que fuese a dejar a Lola en la estacada. A Héctor se le había metido en la cabeza que con su ausencia iba a conseguir recuperar a Lola. A Jack no le parecía del todo correcto pero, ahora mismo, esas eran las cartas con las que tenían que jugar.

- Sólo te voy a decir una cosa que Helena, tu mujer, no se cansaba de repetir día tras día cada vez que nosotros utilizábamos ese argumento y, de antemano, siento si os causo dolor al recordarlo. “Héctor ahora no está aquí. Vosotros sí” Que yo necesite fingir unos días que simplemente se ha ido de viaje no va a esconder lo que, en el fondo, temo que haya sucedido. Que bregar con mi

problema sea más de lo que Héctor puede soportar y yo no tengo derecho, por mucho que lo quiera, a obligarlo a vivir con una mujer con la que tenga que andar con pies de plomo sorteando una crisis detrás de otra.

- Lola... sabes que los dos os necesitáis – Helena sentía mucha pena por su amiga.

- No. Helena... yo lo necesito, pero tengo que aprender a estar sin él para tener derecho a pedirle otra oportunidad. La diferencia es que Héctor no me necesita, ni a mí ni a todos mis problemas. Necesita una mujer completa. Yo no lo soy. Y cuando consiga serlo, si es que lo consigo, puede ser que otra preciosa mujer sana y sin una mochila como la mía haya conseguido llegar a su corazón.

- Jefa... – Gus no aguantaba más tiempo callado – Estás muy equivocada. Las ovejas no vuelan. El jefe no necesita buscar otra mujer porque ya tiene una. Eres tú.

Lola estalló en sollozos descontrolados porque las palabras de Gus le habían llegado al corazón. Estaba agotada de haber mantenido la compostura durante toda la conversación. Miró el reloj, eran casi las siete de la tarde y desde el desayuno no había ingerido alimento alguno. No tenía apetito pero tampoco tenía fuerzas. Había intentado obviar el dolor de cabeza y de garganta pero ahora sufría una migraña de campeonato y apenas podía hablar. Miró a Helena, la única persona que podía entenderla. Ella sabía exactamente cómo se sentía Lola porque había pasado hacía bien poco por algo parecido.

- No puedo más... - le rogó entre lágrimas.

Helena comprendió de inmediato la petición de Lola. Necesitaba intimidad para llorar, necesitaba a su amiga. Bregar, como lo había hecho ella, con tres hombres, firmes y masculinos con mayúsculas, era más de lo que esperaba de una mujer que tenía el corazón roto y que, un par de meses atrás, apenas era capaz de entablar conversación con alguien del género opuesto.

- Vamos a la habitación. Necesitas descansar – Helena la tomó de la mano e impartió órdenes a aquellos hombres que no osaron rebatirla – Voy con ella, necesita un baño y tranquilizarse un poco. Podéis recoger la cocina y buscar algo para cenar. Jack, puedes avisar a tu madre de que, al menos esta noche, voy a quedarme aquí. Estaría bien que fueses por una muda porque asumo que no vas a dejarme sola con Lola y con Gus. ¿Me equivoco?

- Sabes que no – Jack se dispuso a obedecer a su mujer. Había tenido la

esperanza de que con Gus fuese suficiente, pero entendía que esta primera noche Lola necesitase a Helena y... donde dormía Helena dormía él.

- En menos de una hora estoy aquí de vuelta.

- Nosotros recogeremos todo esto y aprovecharé para hablar con Jaime – Les explicó Carlos.

- Avisadnos cuando la cena esté lista – Les pidió Helena mientras guiaba a Lola fuera del salón.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 20

*“Una de las más bellas cualidades de la verdadera amistad es entender y ser entendido.”*

*Séneca*

Lola se dirigió a la que ahora era su habitación. Helena la siguió en silencio. Observó la suite por la que su amiga trajinaba, ahora estaba en el asombroso vestidor despojándose de la ropa para seguir su consejo y tomar un baño.

- Madre mía... Lola... esta habitación es el sueño de cualquier mujer... no me puedo creer que Héctor tuviera todo este espacio para él.

La espontaneidad de Helena era un cambio refrescante respecto a su estado de ánimo y esbozó una media sonrisa.

- Es verdad. La primera vez que estuve en el vestidor casi me da un pasmo... me parecía estar en el probador de una boutique de lujo...

- Es que la decoración de la habitación es preciosa... ¿Lo ha elegido todo él? – si así era Helena ya había encontrado un decorador para su nueva casa.

- No lo sé. El ático es alquilado.

- Pensé que sería de Héctor...

- No. Héctor quiere comprar una casa, como vosotros, para que los niños puedan correr por el césped, dice que esto no es lo apropiado para su familia.

Helena mantuvo silencio al tiempo que observaba cómo Lola se derrumbaba tras sus últimas palabras, se apoyó en la puerta de uno de los armarios y fue resbalando hasta sentarse en el suelo con la cabeza apoyada en sus brazos.

- ¿Ves lo idiota que soy? Hablo como si ya fuésemos una familia... y ahora mismo ni siquiera sé dónde está, si está bien... si esto es definitivo... No sé si es buena idea que me quede aquí... - Lola levantó la cabeza y entre lágrimas miró a su amiga que se había arrodillado a su lado - ¿Qué debo hacer? Ayúdame por favor... tengo mucho miedo... a todo... a ver a mi exmarido, a que me haga daño otra vez, a no poder curarme..., a que Héctor no me quiera a su lado.... Helena... ¿Por qué me pasa todo esto a mí?... Yo sólo quería ser un poco feliz, no necesito lujos... sólo quiero vivir sin sobresaltos... y lo necesito... necesito a Héctor...

Helena obligó a Lola a recostarse en el suelo y a que apoyase la cabeza en su

regazo. Tenía varias cosas que decirle pero para ello la necesitaba serena. Acariciando la preciosa melena rubia que tanto envidiaba pasaron unos minutos. Lola se incorporó y Helena vio arrepentimiento en su mirada.

- No digas ni mu... - la advirtió – Al baño... ¿los pijamas?

Lola señaló el cajón destinado a tal fin y Helena rebuscó hasta dar con algo lo suficiente cómodo como para pasar la noche. Se notaba que Lola había vuelto un poco a la vida a tenor de la lencería que llenaba el cajón, todo lleno de colores vibrantes, mucho raso y encaje, pero eso hoy no iba a valer. Eso era para disfrutar en pareja. Encontró un sencillo short en tono beige con unas grandes flores verde agua y el correspondiente top a juego, era de tirantes y también tenía encaje verde agua, aunque era de raso, resultaba apropiado para poder reunirse después con los chicos. Helena esperó pacientemente sentada en el retrete a que Lola terminase su ducha. A pesar de no tener bañera, aquel baño era enorme. El aroma a rosas la envolvía, le recordaba el antiguo perfume de su madre, tanto tiempo al lado de Lola y era precisamente ahora cuando hacía esa asociación. Sonrió con ternura, otra mujer oliendo a rosas la había consolado como una madre durante semanas. Eso sí que era una señal del cielo. Observó cómo Lola se envolvía en una gran toalla, tras secarse y aplicarse un aceite que también olía a rosas Helena le tendió el pijama y la obligó a sentarse en el retrete para cepillar su pelo.

- ¿Recuerdas cuando tú me peinaste a mí? – le preguntó Helena con una sonrisa.

- Sí, claro que lo recuerdo. Nunca voy a olvidar el miedo que pasé aquella mañana. Ahora eres tú la que me peinas.

- Sí – Concedió Helena –Yo no tengo miedo, bueno... tal vez tenga un poquito de miedo por eso que vas a hacer con la policía, pero confío en los inspectores y en Carlos.

- También está Gus. Yo confío en él – Lola confiaba tanto en él como en Carlos.

- ¡Madre mía! Me había olvidado del grandullón... sabía que tenías una especie de guardaespaldas... parece buen tío pero me da que si se cabrea puedes comenzar a temblar.

-Y eso que no lo has visto en acción, como hemos hecho Isabel y yo, pero es encantador... le he cogido mucho cariño.

- Ven – Helena la cogió de la mano y la condujo hasta la gran cama – Siéntate.

Quiero hablar contigo y vamos a poner las piernas en alto como dos viejas comadres.

Lola obedeció cautelosa respecto a la conversación que Helena quería mantener. No tuvo que esperar mucho.

- Tengo tanto que decirte que no sé por dónde voy a empezar – Helena cogió la mano de Lola, estaba fría a pesar de que la temperatura en la habitación era la ideal – Lo primero. Estoy muy contenta que hayas decidido hacer terapia. No sabía que en su día no habías querido y creo que nadie puede superar por sí mismo, por muy fuerte que sea, y tú lo eres, algo como lo que te ha sucedido a ti. Quiero decirte que haremos todo lo posible y lo imposible para que vuelvas a ser esa Lola que dices querer ser. Me ha dolido que digas que estás loca porque eres de las personas más cuerdas y sensatas que han pasado por mi vida. Estoy de acuerdo con Carlos, no estás loca, tu cabeza ha dicho que ya basta. Simplemente eso. Luego está Héctor, no voy a intentar convencerte de que va a volver, de que está loco por ti, de que es el hombre de tu vida, de que te adora...porque eso, a mí no me valió de nada. Mi cabeza necesitaba pensar que Jack no iba a volver por mí, era pura protección Lola. Estaba tan dolida que necesitaba saber que podía salir adelante por mí misma, no quería volver a depender de Jack... aunque al final... la realidad se impuso a lo que yo quería creer y, en cuanto lo vi cruzar la puerta de la habitación del hospital, mi corazón volvió a ser suyo a pesar de que mi cabeza tardó algo más de tiempo en aceptarlo. Lo que quiero decirte con esto es que el corazón no miente. Yo sufrí, Jack sufrió porque nos queríamos, nos necesitábamos y no nos teníamos. Tú estás sufriendo ahora, cariño... con el paso de los días no va a mejorar... lo siento mucho, me gustaría decirte que pronto vas a estar bien de nuevo pero... sólo va a mejorar cuando volváis a estar juntos.

- ¿Y si no podemos volver a estar juntos? ¿Y si Héctor no quiere? No quise decirlo delante de ellos pero sé que él no va a volver a por mí.

- ¿Por qué estás tan segura?

- Mira Helena, no es la primera crisis que he tenido, aunque sí la más grande, Héctor siempre supo que este momento iba a llegar y un día me dijo que iba a ser yo la que volvería a él completa, dispuesta a entregarse sin reservas.

- Pues irás tú. Te montarás en un avión e irás.

- Se ha ido en avión ¿verdad?... Está realmente lejos... - preguntó Lola con los

ojos llenos de lágrimas.

- Me temo que sí cariño... llamó desde el aeropuerto. ¿Tienes idea de dónde puede estar? ¿Te habló de algún viaje pendiente?

Lola reflexionó sobre las últimas conversaciones mantenidas con Héctor y sólo se le ocurrió una opción.

- Héctor estaba metido en un proyecto con el amigo de Jack, con Paul. Van a asociarse para montar un local de copas en Londres. Me enseñó unos bocetos en los que estaba trabajando.... Quizá...

- Quizá nada... Lola... Héctor es muy trabajador, como Jack, como Carlos. Sabe que allí tendrá la mente ocupada. Abrir un negocio como el suyo, y aún más en Londres tiene que suponer un trabajo ingente. Cariño... Paul y Susan lo cuidarán bien...

- Tal vez se enamore de una rica heredera inglesa como esas de las novelas románticas que no dejas de leer... - Lola no pudo retener más las lágrimas y volvió a sollozar desconsolada – Ya lo echo mucho de menos...

Helena abrazó de nuevo a su amiga.

- Tal vez esté trabajando mucho para que los días se pasen rápido mientras espera a que tú vayas a buscarlo – Helena sabía que eso era lo que había hecho Jack en Londres y París, matarse a trabajar para conseguir sacársela a ella de la cabeza.

Jack ya había regresado y se dirigía al dormitorio para ver cómo le iba a Helena con Lola. Tras explicarle a su madre la situación, ésta le ayudó a preparar una pequeña maleta con lo que Helena pudiese necesitar. Mientras Jack recogía una muda para él, su madre no dejó de preocuparse por Lola insistiendo en que debía mudarse con ellos de inmediato. Jack agradecía todos los días la familia que le había tocado en suerte. No había mujer más sensible y más empática que su madre. Siempre estaba ahí para él, para su hermana Anne y para Helena. Desde el primer momento, Helena había sido una hija más para Lucía y Jack sabía que eso había sido clave para recuperar a su mujer. Ahora asomó ligeramente la cabeza por la puerta de la habitación de Héctor.

-¿Puedo pasar?

- Pasa Jack – respondió Lola aún recostada sobre las piernas de Helena. Se incorporó mientras veía entrar al marido de su amiga arrastrando una pequeña



maleta. Alzó una ceja interrogante mirando a Helena.

- Lucía... - respondió Helena a modo de explicación – Estoy segura que ahí dentro hay todo un arsenal para solucionar cualquier imprevisto que pueda surgir.

- Exacto – Jack se acercó a besar a su mujer. Le acarició la mejilla con ternura antes de dirigirse a Lola. Metió las manos en los bolsillos. Le salía de dentro abrazarla, pero ambas mujeres seguían sentadas en la cama y dudaba de si su gesto podría asustar a Lola – Lola, mi madre te manda un beso muy grande, ha insistido en que te mudes a nuestra casa aunque ya le explicado que has tomado una decisión. Mañana comerá con nosotros y tengo que advertirte de que va a ser implacable.

Lola asintió. Estaba emocionada por el cariño que Lucía le demostraba, era una mujer fantástica. Se acordó de Marisa, la madre de Héctor, y se preguntó cuándo iba a enterarse de que, por su culpa, su hijo estaba fuera del país. No quería aventurar cuál iba a ser su reacción. No podía añadir un frente más a sus problemas. Mañana... tal vez mañana pudiera pensar en ello. Igual que en su madre. Recordó que Jack había hablado con su padre horas antes.

- Has hablado con mi padre... Gracias... Tendré que llamarlo para que esté tranquilo... no sé dónde he dejado el teléfono – Lola se giró buscando en ambas mesillas su terminal.

- Tu teléfono está en el salón. Puedes hablar con tu padre si quieres pero no te preocupes por ellos. Héctor ha llamado a tu padre.

- Cómo no... - a Lola se le llenaron los ojos de lágrimas – Es la segunda vez que da la cara ante mi padre... ¿Cómo he podido ser tan idiota? Los conquistó enseguida, a los dos, y eso que mi madre era bastante escéptica respecto a él.

- Dentro de lo que cabe, tu padre está tranquilo. Le he asegurado que no vamos a dejarte sola y que buscaremos un buen médico para ti.

- Siempre han insistido en ello pero yo... no quise.

- Lola... - Jack no pudo aguantar más y se sentó en la cama rodeándola con un brazo – Eso es pasado. Sólo debes de volver a él lo estrictamente necesario. El futuro está ahí, delante de ti, esperando a que llegues a él totalmente recuperada.

- Será un futuro maravilloso.... – Helena se unió al abrazo – Ya lo verás cariño... vas a tener la tranquilidad que quieres y vas a ser feliz.

- Por lo de pronto.... – Jack, feliz que Lola aceptase acurrucarse contra él, se atrevió a besarla en la sien – Olvídate de tus padres, los he invitado a comer a casa el domingo. Han querido darte unos días y así, podrán comprobar de primera mano que te cuidamos bien.

- Aunque nada vuelva a ser lo mismo.... – Lola acalló la réplica que Helena parecía tener preparada ya – Tengo que pensar también en esa posibilidad... y tú lo sabes – Le recordó que apenas unos minutos antes ella le había hablado de esa misma necesidad – Me alegro de que estéis en mi vida. Aunque sea sólo por un tiempo.

- ¿Cómo por un tiempo? – Helena estaba extrañada por esas enigmáticas palabras.

- Si Héctor y yo no conseguimos... ya me entiendes... No voy a ponerme en una situación delicada al respecto. Vosotros sois su familia, sois sus amigos. Os quiere mucho... a todos.... Jamás podría perdonarme, si además del daño que le he hecho ya, mi presencia provocase situaciones incómodas... porque yo no podría estar con él de otra manera... viendo cómo rehace su vida con otra mujer.... – El nudo en la garganta no le permitió decir más...

Jack no salía de su asombro mientras comprobaba, en vivo y en directo, cómo el cerebro de una mujer era capaz de tergiversar verdades muy simples, retorciéndolas de tal manera que ningún hombre conseguiría imaginar jamás. Como, de lo que claramente era una separación temporal, una crisis de pareja que ninguno de los amigos dudaba de que iba a ser superada, Lola había conseguido imaginar, en su preciosa cabeza, al hombre de su vida con otra mujer en una hipotética reunión de amigos. Amigos de los que ya en su mente se había apartado en beneficio de su otra mitad. ¡Era una locura! ¡Ni aunque viviera trescientos años iba a entender esos razonamientos! Aquello había que pararlo ya porque Helena miraba a Lola con ojos suspicaces y, Jack no se equivocaba al imaginar que su pequeña mujer estaba buscando una respuesta definitiva a la película que Lola se había montado en su cabeza. Entrecerró los ojos expectante mientras veía cómo Helena esbozaba una sonrisa inocente y se echó a temblar... era la misma sonrisa que su madre y ella estaban practicando con demasiada frecuencia en las últimas semanas cuando Henry, o él mismo la mayoría de las veces, metían la pata hasta el fondo en algún asunto relacionado con sus mujeres.

- Pues lamento decirte.... – Helena colocó en su rostro la sonrisa más inocente

que pudo encontrar para al mismo tiempo, advertir a Jack con la mirada de que, como la contradijese, era hombre muerto – Que eso no va a ser posible..., obviando el hecho de que vais a volver a estar juntos y de que Héctor no miraría ni dos veces a Gisele Bündchen estando tú presente... he de comunicarte algo.

Lola miraba la sonrisa de Helena y se preguntaba por dónde iba a salir su amiga esta vez. La respuesta hizo que abriese los ojos como platos y que los sollozos incontrolables volviesen a adueñarse de ella, mientras tapaba su rostro y sentía cómo Jack le acariciaba la espalda.

- Nunca vas a dejar de formar parte de nuestra vida, ni lo sueñes. Héctor tampoco... aunque tengo serias dudas de que en algún momento él haya pensado en esa posibilidad. Hemos decidido que los dos – se acarició la barriga con una sonrisa que iluminaba su rostro – seáis los padrinos de este pequeño Anderson que está creciendo aquí dentro.

Jack sonrió a su mujer y, sin dejar de abrazar a Lola, la sostuvo por la nuca y le dio uno de sus besos más castigadores, aquellos con los que la volvía loca lamiendo sus labios y saqueando toda su boca sin darle tregua. Pronto dio por terminado el beso ya que su miembro había dejado de acostumbrarse a tener que demorar su recompensa y, en este caso, no la tendría con Lola llorando entre ellos. Apoyó la frente en la de su mujer y le susurró.

- Te quiero, pequeña... eres lo mejor de mi vida.

- Te quiero Jack – Helena estaba agradecida de que su marido aceptase su deseo – Temía que no te pareciese bien.

- No sólo me parece bien. Estoy encantado de que hayas pensado en ellos. Nadie mejor para velar por nuestro bebé.... – Besó la cabeza de Lola – Ya lo ves Lola... Tienes que recuperarte pronto para poder reunirte con el cabrón de mi hermano cuanto antes y vigilar que vuestro ahijado sea feliz.

- Estáis locos.... – Lola estaba segura de que ambos habían perdido la cabeza – Vuestro bebé ya tiene madrina... ¿lo habéis olvidado?... Laura, la mujer que te ha cuidado tanto Helena....

Helena no lo había olvidado y ya tenía preparada su réplica.

- Si los príncipes pueden tener todos los padrinos que quieran, mi príncipe también los va a tener, así que si quiero que tenga dos madrinas y dos padrinos así será. Además todos me habéis cuidado...

Lola no daba crédito a lo que estaba escuchando.

-¿Has dicho dos padrinos? Si Héctor es uno de ellos ¿Quién es el otro?

- Carlos – Helena bufó como si la respuesta fuera obvia - ¿Quién si no? - Helena estaba deseando ver la cara de su jefe cuando le explicase su decisión.

- Vuestra familia va a mataros... - reflexionó Lola.

- Nuestra familia estará encantada de que ambos hayamos decidido que los padrinos de nuestro hijo sean buenas personas como lo sois vosotros – recalcó Jack.

No hubo opción a responder porque Carlos también asomó la cabeza en la habitación pidiendo permiso para entrar. Una vez le fue concedido no dudó en sentarse en la cama y abrazar a las dos mujeres mientras Jack ponía los ojos en blanco al comprobar como ambas, sin dudarle, se cobijaban bajo los brazos del abogado.

- Aprende del maestro – Carlos le guiñó un ojo a Jack. Le encantaba picar a sus amigos. Las chicas lo aceptaban sin reservas y él se derretía con ellas – La cena está. Aún he podido hacer algo útil con esa lasaña. Estamos solos. Gus ha aprovechado para ir a su casa a recoger sus cosas. Tiene intención de instalarse aquí contigo – Miró a Lola y le sostuvo la barbilla con la mano – Nena... sé que Héctor se fía de Gus... pero si vas a estar incómoda... o me quedo o te vienes conmigo.

- También puede venirse con nosotros – insistió Helena, que prefería tener a su amiga protegida bajo su ala en la guarida de los Anderson.

- No – Lola procuró sonar firme – Nadie va a ningún lado. Gus no me hace sentir incómoda. Es un buen chico y me he acostumbrado a verlo cerca de mí. No quiero que cambiéis vuestras rutinas por mí culpa...

- Nadie va a hacer nada que tú no hayas hecho antes.... – Quiso recordarle Jack – Así que te aconsejo que también te acostumbres a vernos a nosotros a tu alrededor – Sabiendo que tenía que llamar a Raúl para ponerlo al tanto de todo lo relativo al exmarido de Lola le preguntó a Carlos – ¿Has podido hablar con ese policía?

-¿Con Jaime? Sí. Debía de estar ansioso por recibir mi llamada porque respondió apenas el teléfono comenzó a sonar. Escucha Lola.... – Miró sus ojos azules que le devolvieron la mirada con expresión asustada – No tienes por qué hacerlo,

nena... todo el mundo lo entenderá...

- Quiero hacerlo – Afirmó Lola obviando su miedo – Debo hacerlo y quiero hacerlo.

- En ese caso, mañana mismo iremos a comisaría, conocerás a Jaime y él te explicará cómo tienen organizado el operativo. Te piden una cosa más, que Isabel no vaya a trabajar hasta el viernes. Prefieren que no haya más civiles involucrados... pero has de ser discreta respecto a los motivos que le das a tu empleada para justificarlo.

- Ya lo había pensado desde el momento en que acepté – Era cierto. Lola no tenía la más mínima intención de poner en riesgo a Isabel – La llamaré para darle libre hasta el viernes. He faltado mucho en estas semanas, ella se ha quedado algún día hasta tarde sin dudarlo, la obligaré a coger unos días libres. Puede que se niegue al principio, pero su hijo mayor está en exámenes y flojea en alguna asignatura, así que usaré ese argumento si decide protestar.

- Todo arreglado pues... ¿A cenar? – aventuró Carlos.

- Me muero de hambre.... – dijo Helena.

Jack se levantó de inmediato para ayudar a su mujer. Estaba especialmente sensible con la alimentación de su pequeña desde que había sabido que prácticamente había dejado de comer cuando estuvieron separados, afortunadamente, ya había recuperado el peso perdido.

- Id vosotros... no tengo hambre.... – Lola no iba a ser capaz de tragar nada, y menos en la cocina de Héctor, en una reunión de amigos pero sin su presencia.

Helena puso los brazos en jarras y se situó delante de su amiga. Imprimió a su voz el tono más imperativo que pudo encontrar.

- Era lo que te faltaba... ponerte mala por no comer... ¡Ni de broma Lola!... Te juro que soy capaz de darte de comer como a un niño pequeño.

-Helena.... – Carlos la riñó en tono cariñoso – No hace falta que te enfades... estoy seguro de que Lola no querrá disgustarte y provocarte una indigestión con su negativa a comer. Hará un esfuerzo y comerá, aunque sólo sea un poquito... -  
Juntó su dedo índice y el pulgar en un claro gesto que indicaba el pequeño esfuerzo que le pedía a Lola.

- Eso es chantaje.... – Lola sabía perfectamente que acababan de utilizar con ella el único argumento que la haría levantar el culo de la cama.

- Chantaje o no... tienes que comer – Sentenció Jack guiándolos a todos hasta la cocina.

No consiguieron su propósito., Lola apenas ingirió un par de bocados de la exquisita lasaña de Carlo que, esta vez, le supo a cartón. Toda la cháchara intrascendente, con la que los tres amigos intentaron distraerla fue inútil. Los chistes a costa de la cara que se le había quedado a Carlos cuando le habían comunicado que sería el cuatro padrino del bebé de Jack y Helena sólo consiguieron arrancarle media sonrisa. Lola agradecía su esfuerzo, pero estaba deseando meterse en cama y cerrar los ojos para invocar a un sueño, que mucho se temía, iba a evitarla toda la noche. Las sienes habían comenzado a palparle de nuevo tras una breve tregua, necesitaba tomar un calmante y sentía la garganta como papel de lija. Pensaba que no debía ausentarse así, sin más, le apeteciera o no, en esos momentos era la anfitriona de sus amigos y debía atenderlos con corrección.

- ¿Os apetece un café? – les dijo levantándose con algo de esfuerzo.

- Nena.... – Carlos, Jack y Helena llevaban minutos intercambiando miradas de preocupación. Sabían que, a pesar de que procuraba mantener las formas, Lola estaba mentalmente agotada. – No puedes con el alma... ¿Te duele la cabeza? – Carlos extendió la mano para evitar que se levantase.

Las palabras amables de Carlos pudieron de nuevo con ella y respondió con ojos llorosos.

- Me revienta la cabeza... me duele la garganta...

Helena se puso en pie dispuesta a atender a su amiga, Lola necesitaba un buen sueño, aunque por experiencia, sabía que iba a resultarle complicado dormir.

- ¿Dónde tienes calmantes?

- En la mesilla, no es muy frecuente pero a veces tengo migrañas...

Jack también se puso en pie y utilizó su tono más imperativo con ambas mujeres.

- A la cama. Las dos. Tú – señaló a Lola con el dedo – porque no puedes más y tú – señaló a Helena – porque necesitas descansar y poner esas piernas en alto.

- Jack y yo nos las apañaremos para dejar esto como los chorros del oro... - Carlos se levantó para dar un beso de buenas noches a ambas mujeres – Lola, a las nueve estaré aquí. Tened listo el café y yo traeré croissants para todos. No os asustéis si oís la cerradura porque Gus va a volver para pasar la noche. No he

podido convencerlo de que con Jack aquí no era necesario.

- No importa – dijo Lola, aunque de pronto se le vino a la cabeza un inconveniente - ¿Dónde vais a dormir?... Helena... os dejaré el dormitorio principal a Jack y a ti. Yo me iré al estudio.

- Ni hablar – Helena sabía exactamente cómo iba a pasar la noche – Dormiremos juntas. Jack y Gus pueden jugarse a los dados la cama y el sofá.

- Pero... - intentó protestar Lola.

- Sin peros – Sentenció Jack – Voy a adelantar trabajo por la noche y Gus está acostumbrado a dormir en cualquier lado, así que dadme un beso de buenas noches y a dormir. Las dos – Advirtió a Helena con la mirada.

A pesar de que eligió el lado de la cama que habitualmente ocupaba Héctor y en el que, mientras Helena estaba en el baño, había rociado su perfume, Lola no era capaz de conciliar el sueño. Lo echaba terriblemente de menos y estaba sumida en una mezcla de sentimientos, una profunda tristeza, un tardío arrepentimiento por no haber acudido a terapia en su día y un gran miedo a lo que pudiera suceder el jueves cuando se encontrase de nuevo a solas con su exmarido. No podía dejar que los demás percibiesen ese último sentimiento pues, daba por seguro que Jack, Carlos y Gus la meterían en una burbuja protectora en cuanto percibiesen una mínima fisura en su decisión. Por fortuna, había dejado de llorar y los calmantes habían mitigado su dolor de cabeza, sin embargo, estaba sumida en un estado de inquietud que le impedía dormir. Miró a Helena y sonrió al ver como su amiga, con todos los rizos extendidos sobre la almohada, dormía de costado con una mano sobre su vientre y con la respiración tranquila. Se había quedado frita nada más posar la cabeza en la almohada. Jack debería estar con ella, dudaba de que estuviese medianamente cómodo en la pequeña cama del estudio o tal vez estuviese en el sofá arriesgando su cuello a una segura contractura. Era un hombre alto, como Héctor y nunca podría descansar en ese sofá. Ya que ella estaba desvelada decidió cambiarle el puesto y permitir que por lo menos una pareja pudiese dormir abrazada esta noche. Descalza recorrió el pasillo y se sobresaltó cuando, a la altura del estudio, un Gus en camiseta y pantalón de deporte le salió al encuentro.

- Me has asustado – Le susurró en voz baja mientras se llevaba la mano al pecho para comprobar como su corazón latía descontrolado.

- Lo siento – Gus también le habló en voz baja. Había oído ruidos y se asomó

para ver si las chicas se encontraban bien – ¿Necesitas algo?

Lola volvió a sobresaltarse al oír una voz a su espalda. Era Jack que, en camiseta blanca y pantalón gris de pijama, se acercaba a ellos por el pasillo.

- Vete a dormir – Le indicó a Gus – Lo que Lola necesita no está aquí ¿verdad rubita? – Le dijo en tono cariñoso mientras la rodeaba con el brazo – Anda... ven conmigo, este desgraciado me ha ganado la cama a los dados.

Lola observó cómo Gus le hacía un feo gesto a Jack con el dedo corazón al tiempo que se volvía a introducir en la habitación. Pocos hombres se atreverían a hacerlo y estaba a punto de reprenderlo por sus modales cuando la carcajada de Jack le indicó que el trato entre ellos era más cercano de lo que había pensado. Se dejó guiar por él hasta el sofá, el portátil de Jack estaba encendido, él se limitó a bajar la tapa y a apoyarlo en el suelo. Se sentó y la obligó a cobijarse bajo su brazo.

- No puedes dormir sin Héctor a tu lado ¿me equivoco? – Le preguntó con voz cariñosa.

Esa recién descubierta intimidad con Jack la tenía desconcertada. Aún no comprendía muy bien cómo había conseguido aceptarlo sin reservas en apenas unas horas, Jack había estado en lo cierto, Lola nunca se había abierto a él como a Carlos. Tal vez fuese porque, aunque a consecuencia de una trampa, él había sido un hombre capaz de hacerle daño a su novia y suponía que su subconsciente la había obligado a reservarse con él, en cambio ahora, todo era diferente. Jack había llegado a ella tomando el mando de la situación, dándole la mano para sacarla del pozo en el que ella solita se había metido y, de rebote, había metido a su mejor amigo, a su hermano, a Héctor.

- No te equivocas.

- ¿Sabes por qué no me equivoco? – Jack apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, al tiempo que acariciaba el brazo de Lola de arriba abajo para reconfortarla. Llevaba tres horas adelantando el trabajo del día siguiente por si Lola lo necesitaba. Ahora agradecía el descanso. Tenía los ojos enrojecidos de mirar la pantalla del portátil en la oscuridad y los cerró para darles una tregua.

- No. No lo sé – Le respondió Lola. Estaba a gusto, acurrucada y reconfortada por la caricia de Jack. No había nada sexual en ese abrazo, en esa caricia y Lola, hija única, se imaginó que eso era lo que se sentía cuando una tenía un hermano mayor que la protegiese.



- Voy a contarte una historia. Creo que estuve casi tres días completos sin pegar ojo en París cuando me fui dejando sola a Helena. El hotel era el de siempre pero el que no era el de siempre era yo. Mi cuerpo se había acostumbrado a dormirse acurrucando a una pequeña mujer, sucedió en muy poco tiempo. ¿Sabías que no habíamos dormido separados ni un solo día desde la primera vez que yo me quedé a dormir en el apartamento? Cuando llegué a Londres Hobson, el mayordomo de Paul, me abrió la puerta y me condujo directamente a mi habitación, cerró las cortinas, bajó las persianas y simplemente me dijo que lo avisase cuando me despertase. Mi cara debía de reflejar todas y cada una de las horas de insomnio que llevaba a cuestas.

- Vaya... un mayordomo... como en las novelas. ... Nosotros tampoco hemos dormido separados desde el día en que nos conocimos. Desde que mi exmarido estropeó aquella cena perfecta... Bueno.... – Recordó Lola – Miento... estuve tres días sola en Toledo, sin Héctor, cuando hui de vuestra boda... aún no os he pedido disculpas por ello... la verdad, apenas conseguí dormir.

- Olvídalo... estabas asustada, Helena y yo lo entendemos. El caso es que yo creo que cuando uno encuentra a su pareja y sabe lo que es dormir con ella, nunca más vuelve a dormir bien solo.

Lola recordó el motivo por el que se había levantado de cama.

- Por eso me levanté. Debes dormir con Helena. De todos modos... yo no voy a dormir esta noche...

- Y ella ha caído rendida y está durmiendo como un tronco ¿Me equivoco? – Jack sonrió al recordar los sueños profundos en los que caía su mujer a consecuencia del embarazo.

- No. No te equivocas... Ve con ella Jack... estaré bien... – Lola intentó incorporarse pero Jack se lo impidió.

- Helena no me necesita hasta que amanezca, se despertará con un apetito voraz y querrá desayunar cuanto antes. Tú me necesitas ahora.

- Jack... - Lola intentó protestar – Ya estáis haciendo demasiado por mí.

- ¿Demasiado? No lo creo... Mira Lola... voy a contarte algo que nunca le he dicho a nadie, ni siquiera a Helena. Cuando vi la primera ecografía de mi hijo, cuando vi su como latía su corazón fui consciente de que yo mismo había puesto su vida en riesgo. Era mi culpa todo lo que Helena había pasado y supe que

nunca iba a poder perdonármelo...

- Fue una trampa Jack... os tendieron una trampa rastrea...

- Cierto. Fue una trampa y caí en ella como un estúpido. No lo soy ¿Sabes? No soy un estúpido y por eso doy gracias de que tú, Carlos y Héctor me sustituyeseis y cuidaseis de mis dos tesoros. Ahora es mi turno. Héctor sabía que esto iba a llegar y sólo me pidió una cosa, que te cuidase. Y eso voy a hacer. Hasta que vuelva.

- No va a volver él... voy a tener que ir yo a dónde quiera que esté – decidió no hablarle de la posibilidad de que Héctor estuviese en Londres.

- Pues iremos... iremos a buscar a ese cabrón neandertal para que ocupe el lugar que le corresponde.

- No puedo... no debo hacerlo hasta que esté recuperada... - Le dijo Helena con los ojos llorosos.

- Pues iremos cuando estés recuperada.

- ¿Querrá? Jack... ¿Querrá ocupar ese lugar que dices?

- Rubita... – Jack besó su cabeza – No ha dejado de hacerlo. Puede que esté a kilómetros de ti pero su corazón sigue aquí, contigo. Además te garantizo que el insomnio también será su compañero unas cuantas noches.

- Eso no me consuela... al contrario... me siento culpable... Debería estar aquí con los suyos...

- Él lo ha decidido así... por vuestro bien... creo que hace lo correcto para los dos. Me jode decirlo porque se lo recliné en su día y no fui muy comprensivo cuando me contó todo lo que él pensaba que iba a suceder.

- Jack... Creo que está en Londres... con tu amigo Paul.

- Es probable... ya lo había pensado... Están emprendiendo juntos un proyecto... Allí estará todo lo bien que pueda estar en su estado... Paul y Susan velarán por él.

- ¿Lo llamarás? – Lola ansiaba tener noticias de Héctor.

- No. No lo haré. No espera mi llamada ni está preparado para recibirla. Gus tiene unas órdenes muy concretas. No debe contactar con él salvo que sea estrictamente necesario, y no lo es. Estás con nosotros y vas a recuperate – Jack

la apretó contra él para reconfortarla – Es muy terco. Deja que te cuente un par de historias sobre ese hombre gruñón y primitivo que me ha dado en adoptar como hermano.

Casi media hora después de relatar unas cuantas batallas que Héctor nunca le iba a perdonar haber revelado, Jack sonrió al ver que Lola había conseguido dormirse acurrucad a él. Eran casi las cinco de la mañana. Helena despertaría a las siete como un reloj, cerró los ojos y recostó de nuevo la cabeza en el sofá y consiguió dormir un par de horas.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 21

*“Es sólo a través del trabajo y del esfuerzo doloroso, por la energía sombría y el valor resuelto, que pasamos a cosas mejores.”*

*Theodore Roosevelt*

Lola se esforzó en completar lo que Jack y Carlos consideraban un desayuno decente. Casi sin respirar consiguió terminarse el zumo de naranja. Con el croissant le fue algo mejor, nunca había probado uno tan rico, eran artesanos y eso marcaba la diferencia. Mientras revolvió el café miraba cómo Gus se zampaba una tortilla francesa con aguacate, pavo y una enorme tostada de pan. El grandullón debió de sentirse observado porque levantó la mirada y enarcó una ceja señalando con el tendedor la taza del café.

- Lo vas a marear con tanta vuelta... ¿Por qué no eres buena y te lo bebes ya?

Jack, Carlos y Helena enmudecieron ante el tono cariñoso con el que Gus le habló a Lola, expectantes esperaron la respuesta de la peluquera.

- No quiero... tengo miedo de ponerme más nerviosa... por favor.... – Lola recorrió con su mirada a todos los que la acompañaban en el desayuno – No me entra nada más...

- Lola cariño.... – Helena sabía exactamente cómo se sentía Lola – Pues ya es suficiente... no tomes el café... ¿Quieres otra cosa?

Lola negó agradecida por el apoyo de su amiga.

- Voy a lavarme los dientes...

- Dame cinco minutos – dijo Carlos apurando su café – y nos vamos.

Lola se sintió segura y protegida al entrar en la comisaría escoltada por Carlos y por Gus. El olor y el ambiente no la intimidaron tanto como había pensado y eso que iba más nerviosa que en su primera visita, esbozó una sonrisa nerviosa al darse cuenta de los prejuicios que las películas americanas dejaban en la mente de los espectadores. Se acercó a Gus algo intimidada por el hombre al que Carlos le estrechaba la mano con efusividad. Era un hombre alto, llevaba una camiseta negra que se ajustaba a su torso musculado y uno de sus brazos estaba lleno de tatuajes, cada cual más colorido. Era muy moreno, su pelo era negro, lo sabía por su tupida barba porque la cabeza la llevaba casi rapada al cero. En su rostro destacaban unos ojos verdes, no eran como los de Jack, eran de un verde

muy peculiar, tan claro que casi parecía transparente. Ahora la miraban con expresión curiosa mientras se acercaba a ella. Lola no se había percatado de que el brazo de Gus la rodeaba, lo miró.

- Tranquila. No hay de que asustarse – Le dijo Gus en voz baja. Ya respetaba a Héctor por muchos motivos pero ahora acababa de subir un peldaño más en su nivel de admiración. Muchos hombres, incluidos él mismo, no habrían tenido los huevos de tomar una decisión como la que él había tomado teniendo en cuenta lo vulnerable que era Lola.

- Lo sé – Lola le respondió enderezándose. No quería mostrarse como una chiquilla asustada delante de aquel agente. Quería demostrar que era capaz de enfrentarse con valentía a lo que se esperaba de ella aunque, en ese preciso instante, sus rodillas no hacían otra cosa que temblar. Tomó aire y estrechó la mano que el hombre le tendía, fue suave y delicado y agradeció que no se la retuviese más que el tiempo estrictamente necesario para saludarla.

- Buenos días Lola. Soy Jaime Velasco, agente de la UDEV.

- Buenos días – Lola esbozó una tímida sonrisa.

- ¿Y usted es? – Jaime necesitaba saber quién era el desconocido que rodeaba a aquella preciosa mujer. No esperaba que Lola fuese una belleza con un cuerpo de escándalo, pero así era. Se había quedado cautivado por el azul de sus ojos y por su brillante cabello. Las rubias eran su debilidad y lamentaba no haberla conocido antes ya que el caso que se traía entre manos impedía cualquier tipo de acercamiento que no fuera el estrictamente profesional.

- Soy Gus. Gustavo Sánchez – Le respondió en tono seco. Tenía demasiada experiencia debido a su trabajo en la noche y no le pasó desapercibida la mirada apreciativa que el agente le había dedicado a la mujer de su jefe. No habría problemas mientras el asunto se quedase en eso. En mirar – Trabajo para Héctor Avellaneda, la pareja de Lola –Alzó ambas cejas para remarcar el vínculo – Mis órdenes son no separarme de Lola ni un instante. Así que me temo que voy en el paquete, donde ella va... yo voy.

Jaime miró a los ojos negros de aquel hombre y admiró su valentía al enfrentarlo. Estaba claro que el tal Héctor no era idiota y, a pesar de que sabía por Carlos que estaba ausente por tiempo indefinido, se había asegurado que su novia estuviese segura. Le jodía admitirlo, pero estaba empezando a caerle bien aquel cabrón afortunado. Con tantos casos a sus espaldas, una de las cosas que lo

tenían hartos era el hecho de ver a demasiados novios supuestamente modernos que, bajo su opinión, no eran más que unos peleles que no se preocupaban ni medio segundo por proteger a sus mujeres y las dejaban regresar solas a casa obviando los peligros que acechaban en la noche de una gran ciudad como Madrid. Estaba cansado de ver a mujeres destrozadas por haber sido violadas en algún callejón, asaltadas para robarles el bolso e incluso perdidas y desorientadas para comprobar después que algún desalmado había vertido alguna sustancia ilegal en sus bebidas. El tiempo que había pasado en las calles le había endurecido el corazón y lo había vuelto extremadamente protector con los suyos. Sus hermanas pequeñas tenían la orden inflexible de avisarlo cada vez que tuviesen que regresar solas a casa. Le producía pavor imaginarlas en una situación comprometida. Hacía dos años que su última novia lo había dejado porque no soportaba su gesto taciturno tan habitual por aquel entonces ni tampoco sus estrictas instrucciones para protegerse. Jaime vio como su novia había empezado a salir con un banquero mucho más aburrido que él, pero con una vida menos agitada. Desde aquel entonces no había conocido a nadie interesante, hasta hoy. El problema era la señal de dirección prohibida que Lola llevaba escrita en la frente. Asintió a Gus con la cabeza a modo de acuse de recibo de la advertencia y lo tranquilizó al respecto de su papel en toda esta historia.

- Por mí no hay problema de que vayas dónde Lola vaya siempre y cuando no entorpezcas el operativo y siempre y cuando tengas claro que no vas a estar con ella dentro de la peluquería.

- Eso tendremos que hablarlo.... – Gus se puso algo chulo porque sus intenciones quedaron al descubierto, su plan era colarse de algún modo dentro del operativo.

- No es negociable – advirtió Jaime.

Lola preveía una pelea entre ambos hombres. Miró a Carlos que se mantenía al margen y se encogió de hombros como diciéndole que Gus no iba a atender a razones. Así que no le quedó más remedio que mediar entre ellos. Su postura la tenía clara.

-Gus. Vas a hacer todo lo que el agente te diga. No te quiero allí conmigo, ni a ti ni a Isabel.... – Miró a los ojos verdes del agente – Porque no va a sucederme nada malo allí dentro ¿verdad?

- Lola... te prometo que estarás a solas con tu exmarido el menor tiempo

posible, si puede ser un minuto, no serán dos – Afirmó Jaime con rotundidad agradecido de que Lola hubiese zanjado el asunto con tanto aplomo – Si me acompañáis a una sala de reuniones os explicaré todo lo que vamos a hacer. Lamentablemente no podemos ensayar en la peluquería para no levantar sospechas pero creo que con estos dos días tendremos suficiente para prepararte.

Lola estaba agotada tras salir de la reunión con Jaime, había resultado ser un hombre encantador, muy parecido a Héctor, a Jack y a Carlos, tal vez por eso había resultado sencillo comprender cuál iba a ser su papel en la charada. Sólo tenía que buscar un lugar seguro en la peluquería, a modo de escudo entre ella y Juan. Entre todos hicieron un boceto de la peluquería, Gus demostró tener una habilidad prodigiosa al dibujar con una precisión casi milimétrica cada uno de los muebles del su centro de belleza. Al final, todos concluyeron que debía situarse tras los lavacabezas y tirarse al suelo protegiéndose la cabeza con los brazos justo en el momento en que viese a los agentes entrar. Su posición le permitiría ver con claridad la puerta de entrada y la acera mientras que Juan estaría de espaldas y no podría advertir la presencia de los agentes. Jaime se cansó de reiterarle por activa y por pasiva que estaría segura y protegida, que era importante que no se quedase paralizada al ver a su exmarido y que mantuviese el aplomo necesario para seguir una conversación más o menos coherente que hiciese que Juan no apartase la vista de ella. En un visto y no visto los tres hombres movieron mesas y sillas de la sala de reuniones hasta conseguir una disposición similar a la peluquería. A Gus se le asignó el papel de Juan y Lola había perdido la cuenta de las veces que Jaime la obligó a repetir aquel teatrillo. Al final fue Carlos el que le señaló a Jaime que Lola estaba agotada y que no iban a repetir más la escena. Éste había parecido algo estupefacto por la interrupción pero rápidamente le pidió disculpas por no haberse percatado de su cansancio, se deshizo en atenciones hacia ella explicándole que había olvidado que no estaba ensayando con compañeros de profesión y le rogó encarecidamente que al día siguiente regresase a la comisaría para pulir todos los detalles. Lola se apresuró a tranquilizarlo diciéndole que lo haría tantas veces como fuese necesario pero que, en esos momentos, necesitaba un descanso. Todos estuvieron de acuerdo en que, ya que el operativo estaba previsto para el jueves sobre las ocho de la tarde, al día siguiente, miércoles, se reunirían a la misma hora y, el jueves por la mañana, ya sin Isabel, Jaime acudiría a la peluquería para verificar que lo ensayado era lo correcto. Carlos se despidió de ellos a las puertas de la comisaría no sin antes asegurarse de que Lola estaría bien. Lola necesitaba que sus amigos hiciesen su vida normal para no sentir una

culpa adicional por estar trastocando sus rutinas, además, tenía a Gus con ella así que, lo despidió con un abrazo y un beso y le informó de sus planes para el resto del día. Iría a la peluquería para advertir a Isabel de que tenía el jueves libre y después acudiría a la cita con Jack y Helena para comer. También le informó que pasaría trabajando todas las horas que no estuviese en la comisaría y que no los quería ver revoloteando alrededor de ella. No consiguió que Carlos prometiese cumplir su último deseo y con un lacónico “ya veremos” la dejó al cuidado de Gus. No pudo sorprenderse más cuando, apenas a unos metros de la comisaría, Gus le abrió las puertas del todoterreno de Héctor que estaba perfectamente aparcado. Lo miró con expresión interrogante y aguardó pacientemente a que se dignase a responderle, tuvo que morderse un carrillo para no sonreír al ver como Gus ponía los ojos en blanco mirando al cielo.

- ¿Voy a tener que explicártelo todo?

- Pues te lo agradecería... la verdad.... – Lola puso los brazos en jarras y fue inflexible – Me lo debes. Bastante control estoy cediendo ya...

- Está bien.... – Resignado le ofreció la explicación demandada – Ya has oído a Jack. Héctor quiere que lo utilices y fui a recogerlo al aeropuerto.

Lola había intentado mantener a Héctor alejado de su mente toda la mañana, pero ese detalle lo devolvía a sus pensamientos de golpe. Y el golpe fue fuerte. En apenas unos segundos pasó de la tristeza al enfado, para volver de nuevo a derrumbarse al tener que utilizar su coche sin él, vivir en su casa sin él y tener que hacer frente a su vida sin él. Sus palabras reflejaron toda su amargura.

- Héctor quiere... él quiere... su casa... su coche... tú... Y yo... yo quiero mi vida... ¿lo entiendes?.... No quiero sus cosas... lo quiero a él aquí ahora mismo y no quiero esperar más...

Gus observaba perplejo el berrinche de Lola. La había visto triste, asustada, reír con las pullas que él e Isabel se lanzaban a todas horas, incluso la había visto llorar el día anterior pero esa mezcla de enfado y desesperación era nueva y no sabía cómo responder. Para complicarlo todo su rostro estaba anegado en lágrimas que ella intentaba borrar con cierta brusquedad utilizando las palmas de sus manos.

Lola veía que Gus estaba atónito y que no sabía cómo tratarla, odiaba tener que reprimir sus emociones para evitar el disgusto de los demás. Eso había alejado a Héctor de ella y hasta Gus, que apenas la conocía, estaba sorprendido al ver



cómo perdía los papeles. Tenía la sensación de que lo había perdido todo, incluso su derecho al pataleo, ante el giro que había dado su vida. Así que se hizo cargo de la situación alzando un dedo amenazador para señalarlo mientras lo advertía.

- Ni una palabra... abre el coche y llévame a la peluquería... y más te vale estar calladito... como Isabel se huela algo no va a cogerse el día libre.

Lola respiró aliviada al salir de la peluquería para dirigirse a comer con Helena y su familia. Gus había sido un modelo de comportamiento, es decir, se había comportado tal y como era él, metiéndose con Isabel desde el minuto uno, ello había contribuido a distraer a su empleada quien, por fortuna, se limitó a agradecer el día libre explicándoles, tal y como Lola había previsto, que su hijo mayor necesitaba su ayuda con un par de asignaturas de las que iba a examinarse en breve. Ahora Gus acababa de detener el coche delante del porche de la casa familiar de los Anderson. No iba a quedarse a comer, aprovechando que la dejaba en manos de Jack, le explicó que tenía asuntos que resolver. Lola hubiese deseado preguntar si esos asuntos tal vez incluían una llamada a su jefe, pero sabía que Gus no le iba a contestar así que, con amargura, se tragó su pregunta y descendió del vehículo. Al mismo tiempo vio que la puerta de la casa se abría y Jack traspasaba el umbral dirigiéndose hacia ella seguido de cerca por su madre. Jack llegó primero y se limitó a besarla en la mejilla y a darle un ligero abrazo mientras su atención se dirigía a Gus, ambos hombres se ocultaron tras el vehículo y Lola suponía que Gus estaba poniéndolo al día sobre lo sucedido durante la reunión con la UDEV. Tuvo que volver la cabeza y dejar de mirarlos cuando sintió la presencia de Lucía a su lado, la mirada amable y comprensiva de aquella mujer le tocó el corazón y su labio empezó a temblar como el de una niña pequeña. Bendita fuera la suegra de su amiga, rápidamente la rodeó con un brazo guiándola sin detenerse hasta la salita de estar que la familia usaba con las visitas menos formales. La obligó a sentarse en un cómodo sofá mientras cerraba la puerta. Nada más sentarse a su lado y tomarla de las manos, Lola dio rienda suelta a las lágrimas que llevaba intentando evitar desde que se había sentado a la mesa del desayuno esta mañana dándose cuenta de que, aún con todos sus amigos alrededor, se sentía sola sin Héctor a su lado. Estuvo unos minutos sollozando en los brazos de Lucía mientras ésta, sin mediar palabra, se limitaba a sostenerla. No era justo para la madre de Jack tener que soportar su llantina y Lola intentó recomponerse.

- Lucía... lo siento... no quería derrumbarme así.

- Ay Lola... no digas bobadas... cómo no vas a derrumbarte con todo lo que tienes encima. Helena me ha puesto al día, Jack no quería contármelo todo pero, afortunadamente, mi nuera tiene más sentido común que él y sabe que yo puedo ayudarte, sobre todo sabiendo que tu madre está en Toledo.

- Vendría si se lo pidiese – Lola no quería que Lucía pensase que su madre no se preocupaba por ella.

- Lo sé... cariño... me has entendido mal... no quiero sustituir a tu madre... tú has ayudado a mi nuera incondicionalmente y yo te lo debo todo, a ti y a Héctor.

Lola tenía una objeción a esa afirmación.

-Lucía... Héctor es de vuestra familia... siempre lo será... no puedo ocupar su lugar... no podría hacerle más daño del que ya le he hecho...

- Pero chiquilla... ¿Qué clase de ideas raras se te han metido en la cabeza?... Considero a Héctor como un hijo y a ti, su pareja, como una hija. ¿Acaso no vais a ser los padrinos de mi nieto?

- Lucía.... – Lola no pudo evitar expresar su mayor temor a esa buena mujer. Ella no estaba embarazada como Helena y no tenía miedo a sobresaltarla y tampoco era Jack que no daba crédito a sus miedos – En estos momentos no sé en qué punto estoy con Héctor, mejor dicho, no sé en qué punto está él conmigo.

- ¿En qué punto estás tú? – preguntó Lucía. Ella tenía muy claro lo que iba a sacar de esa conversación.

- Yo... lo quiero.... – Lola no consiguió retener las lágrimas de nuevo – Quiero esta con él pero no puedo...

-¿Por qué no puedes?

- Porque no estoy completa Lucía... estoy mal... ¿Te puedes creer que lo he hecho sentir como un maltratador?... ¿Existe mayor desprecio para Héctor?... ¿Cómo va a perdonarme?

- Lola... voy a serte franca. Héctor no tiene nada que perdonarte, al contrario, creo que ha de ser él el que acabará pidiéndote disculpas por abandonarte en plena crisis... – Lucía detuvo con un gesto la réplica de Lola – Ya lo sé. Jack me lo ha explicado pero no lo entiendo. Helena también lo ha intentado, pero sigo sin estar de acuerdo. Creo que su lugar es aquí junto a tí y no dejando que te recompongas sola.

- Lucía... yo también querría tenerlo aquí... pero esta separación me ha dado el empujón que necesitaba para hacer la terapia que debiera haber hecho hace tiempo. Héctor se dio cuenta muy pronto de que estaba adoptando con él exactamente el mismo papel que con mi exmarido, escondiendo mi verdadero yo para no molestarlo.

- Lola... ¿Tú quieres ir terapia por ti o por Héctor?

Lola no esperaba esa pregunta. ¿Por qué había decidido buscar ayuda profesional? Estaba claro que la separación de Héctor había sido el catalizador de su decisión pero también quería hacerlo por ella misma, sus padres habían tenido razón cuando la advertían de que todo lo que se guardase para ella de esa experiencia traumática acabaría por pasarle factura, y eso era exactamente lo que había sucedido. Así que su respuesta estaba clara.

- Quiero ir por mí, pero también por mis padres y, por supuesto, por Héctor. Lo quiero en mi vida y no tengo derecho a pedírselo si yo no puedo ser completamente yo, si algo en mi cabeza me tiene retenida.

- Ay Lola... ¡Que difícil ha sido tu vida!... ¿Quién sabe quién está en lo correcto? Parece que tú también entiendes a Héctor... debo de estar algo vieja ya... Yo sólo quiero veros a los dos bien. Juntos.

- Ojalá sea posible Lucía...

- Bueno... - Lucía se palmeó los muslos contenta de que la conversación hubiese llegado al punto que ella estaba esperando – El caso es que Jack me ha dicho que iba a pedir ayuda al doctor Navarro para que le recomendase un buen especialista, pero yo no le he dejado hacerlo porque Laura, mi amiga ginecóloga, coopera con un excelente psicólogo que pasa consulta en su mismo edificio. No es la primera vez que me habla de él. Es el Doctor Cisneros, no es un hombre mayor pero Laura le ha enviado algún caso difícil y ha sacado adelante a varias mujeres con problemas graves.

- Suena bien.... – Lola estaba contenta de estar enfocando su camino en la línea correcta, por un lado la UDEV iba a ayudarla a librarse de Juan y por el otro, los Anderson la estaban ayudando a volver a ser.

- Mira Lola... me he tomado la libertad de pedirle a Laura que te concierte una cita, le he dicho que eres una víctima de la violencia machista aunque no he entrado en detalles de tu caso, es tu intimidad y yo la respeto. Me he limitado a decirle que necesitas ayuda profesional por un trauma relacionado con tu

matrimonio. El Doctor Cisneros tiene la agenda muy ocupada pero te recibirá el próximo lunes a media mañana.

- Oh – Lola no esperaba tener una cita tan pronto y le dio algo de vértigo el pensar en enfrentarse a esa visita.

- Por supuesto que puedes cancelar la cita y buscar otro médico tú misma... o pedirle ayuda a Jack...

No... no... - Lola se apresuró a sacar a Lucía de su error – Es perfecto. Laura me cae muy bien y prefiero estar con alguien referenciado por ella, es sólo que me ha cogido por sorpresa, no esperaba tener una fecha para empezar tan pronto. El lunes es perfecto. Lo de mi exmarido ya estará listo y yo sólo voy a tener que centrar mis esfuerzos en la terapia.

- Lo he tenido en cuenta... Jack me lo advirtió.

- Jack está siempre en todo... como Héctor.

- Sí. A veces me crispa con sus aires de machito alfa, pero he criado un buen hijo – Lucía le sonrió aliviada – Hay una cosa más que he hecho. Jack no lo sabe y Helena tampoco.

- Pues dime... Lucía... ¿Qué ha pasado? – Lola estaba intrigada.

- He pensado que antes de enfrentarte a una terapia de ese tipo necesitas unos días para poner en orden tus recuerdos y tus ideas, relajarte en un ambiente reposado.

- No lo había pensado.

- Yo sí lo he hecho y te he reservado el fin de semana en un balneario en la sierra. Es un recinto cerrado con bastantes hectáreas de campo. Es probable que te cruces con algún famoso por allí. He pensado en ese lugar porque así podrás decirle a ese chico que te acompaña a todos lados que no es necesario que esté pegado a ti, cuenta con bastantes medidas de seguridad.

Lola no salía de su asombro. No sabía qué decir. No sabía cómo reaccionar. No sabía ni siquiera si quería enfrentarse a dos días de absoluta soledad con sus pensamientos. De pronto, un rayo de luz pareció iluminar su mente y pensó en cómo sería su fin de semana. Se estaba visualizando a sí misma rodeada de sus amigos que intentarían distraerla de sus pensamientos con diversas propuestas de ocio, paseos, cine, meriendas...No le apetecía lo más mínimo, y no porque fueran una mala compañía, sino porque realmente necesitaba alejarse de todo y

fue entonces cuando empezó a ver esa soledad como un regalo caído del cielo.

- ¿Qué me dices Lola? – Lucía deseaba saber la línea de pensamiento de Lola ya que se había quedado muda tras su propuesta – ¿Aceptas mi invitación?

- Acepto. No sabía que lo necesitaba hasta que lo has mencionado. Gracias Lucía...

-Es un regalo que te hago de corazón. Sabes que la vida con Anne fue siempre una carrera de obstáculos y no siempre tenía la fuerza necesaria para saltar uno detrás de otro. Entonces, en esas ocasiones, Henry me reservaba allí un fin de semana. Puede sonar egoísta pero necesitaba un par de días para mí, para reflexionar, mimarme un poco y, créeme Lola, cada uno de esos fines de semana supuso un punto de inflexión en mi vida. Espero que también lo sea para ti.

Lola se mantuvo en silencio asintiendo con la cabeza mientras valoraba el coraje de aquella mujer que había trabajado muy duro para que su hija con Síndrome de Down fuese lo más independiente posible. Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus pensamientos, su responsable era Helena quien hizo su entrada en la salita algo agitada.

- Ya me he enfadado con Jack. Me he echado un rato y no ha venido a avisarme de que estabas aquí hasta que me ha llamado para comer.... Lo siento Lola... ¿Cómo estás?

- Estoy bien. He hablado con Lucía un rato. Quédate tranquila. Tu reposo es lo primero.

- Lo sé... - Helena se acarició la barriga acentuada por las mallas y la camiseta ajustada de color amarillo desvaído que solía usar por casa – Pero quiero apoyarte en todo como hiciste tú conmigo.

- Ya lo haces, Helena. Hay una diferencia. Yo no tenía que ocuparme de que un bebé estuviese a gustito ahí dentro – Lola señaló la barriga con una sonrisa.

- Apoyo la moción – Secundó Lucía deseando meter baza – Todos ayudaremos a Lola, incluida tú Helena, pero ella tiene razón, hay una diferencia y tienes que actuar con serenidad.

- Lo sé... me consuela saber que voy a estar en las sesiones de terapia contigo.

- Pues la primera es este lunes a las doce – Le señaló Lola – ¿Podrás?

- No lo dudes... estaré a tu lado. Eso compensará mi ausencia el jueves. Jack me

ha advertido que me encerrará en un cuarto bajo llave si se me ocurre presentarme por la zona.

- Y yo tiraré la llave al río si te oigo volver a mencionar semejante barbaridad – Lola la amenazó con los brazos en jarras secundando sin dudarlo la advertencia de Jack.

Se hizo el silencio entre las tres y mirándose a los ojos estallaron en carcajadas al escuchar a Jack decirles desde la puerta.

- Os juro que esta mujer mía se levanta con el propósito de matarme a disgustos – Les indicó con la mano que lo siguiesen – La mesa está puesta. Vamos a comer. Carmen nos ha hecho ensalada de pasta al gusto de Helena... un antojo nuevo – Jack les guiñó el ojo contento de tener por unas horas a aquellas tres mujeres bajo control.

La comida supuso para Lola un momento de desconexión total. Lucía, experta anfitriona, dirigió la conversación de tal manera que nunca hubiese silencios incómodos. Hablaron de moda, de niños, de arreglos florales, de los progresos de Anne... Cuando Lola quiso darse cuenta, Gus ya estaba aparcando el todoterreno dispuesto a recogerla para llevarla a la peluquería. Lucía fue implacable al insistir en que Lola debía comer con ellos a diario. No escatimó en argumentos y a Lola se le agotaron las excusas. La tarde en la peluquería transcurrió sin sobresaltos. La noche fue harina de otro costal. Gus, bendito fuera, se hizo un sencillo bocadillo para cenar y desapareció en el cuarto de invitados dándole las buenas noches. Tras una rápida ducha Lola pasó por la cocina consciente de que tenía que comer algo. Allí se encontró con una bandeja en la encimera. Perfectamente envuelto en una servilleta la estaba esperando un bocadillo, a su lado una manzana y un yogur. Apoyada en la botella de agua mineral había una nota, la cogió y esbozó una sonrisa al leer su mensaje “Cómete todo lo que puedas. El jefe va a matarme si pierdes peso”, por única firma figuraba una carita sonriente. Se sentó a la mesa colocando la bandeja delante de ella, por primera vez desde que Héctor la había dejado Lola se encontraba realmente sola. El silencio la rodeaba y cerró los ojos unos instantes para saborearlo. Lamentándolo mucho por Gus, descartó el bocadillo y se comió la manzana y el yogur, digerirlo le supuso un gran esfuerzo porque no tenía apetito. Se consolaba pensando en que por lo menos había conseguido terminarse la ensalada de pasta gracias a que la conversación en casa de los Anderson la había distraído. Al terminar, recogió la bandeja y, sin nada más que hacer, se dirigió al dormitorio.

Recordó que la asistenta se habría pasado esa mañana al ver las sábanas cambiadas. Acarició la almohada de Héctor y se agachó a olerla, olía muy bien, fresco, a limpio, pero no olía a él. Sin titubear se dirigió al baño y volvió a coger el bote del perfume de Héctor y roció la almohada con él, no contenta con ello se dirigió al vestidor y rebuscó hasta encontrar una de las camisetas blancas que él solía usar con aquellos pantalones de pijama tan sexys. Se la acercó a la nariz, tampoco olía a él, así que también la roció con su perfume. Se había puesto el mismo pijama de raso que la noche anterior, se deshizo de la parte de arriba y se enfundó la camiseta. Aparentemente satisfecha, retiró la colcha de la cama y se introdujo entre las sábanas, apoyó la cabeza en la almohada y la respiró, se abrazó a sí misma y el movimiento llevó a sus fosas nasales el perfume amado. El pobre sustituto que había intentado crear no fue suficiente. Entonces una avalancha de sentimientos la golpeó con fuerza, se sentía estúpida por haber pensado que era el perfume de Héctor lo que conseguía calmarla. ¡Qué equivocada había estado! Era Héctor el que la calmaba, verse encerrada en sus brazos. Estaba arrepentida por, en su día, haber tenido miedo a verbalizar ante un desconocido, por muy médico que fuera, sus traumas. La consecuencia era que había perdido algo más de un año de su vida. No resolver esos traumas había provocado la separación con Héctor. Estaba inquieta y llevaba todo el día así, había achacado la falta de sosiego a los nervios, ahora sabía lo que le faltaba, un beso, un abrazo y sentir a Héctor dentro de ella antes de dormir. También estaba muy triste, se sentía muy sola y desamparada teniendo que enfrentarse a todo lo que se le venía encima sin el respaldo constante que Héctor le ofrecía. Sentía mucha pena por Héctor, quería pensar que ahora mismo estaba en su cama de Londres, desvelado y pensando en ella como ella estaba pensando en él. Por su cordura no quería ni podía pensar en otra posibilidad. Él debía de estar aquí, rodeado de su familia y sus amigos, en cambio, estaba a cientos de kilómetros de distancia por su culpa. Quién decía que ojos que no ven corazón que no siente estaba muy equivocado porque su corazón sentía, sentía tanto que le dolía constantemente y asumía que sólo había una persona capaz de volver a hacerlo latir con tranquilidad. No sabía qué tipo de terapia era la indicada para su problema, no sabía el grado de “locura” que la aquejaba, pero, aferrada a la almohada y llorando ya a lágrima viva se prometió hacer todo lo posible por acortar los plazos al máximo. Siempre había trabajado por objetivos, primero sus estudios, luego su profesión, abrir su peluquería... tan sólo había habido una excepción, su matrimonio. Su matrimonio hizo que en su mente se resignase a que pasasen los días. Si había conseguido reabrir su peluquería tras eso, tendría

la fuerza necesaria para volver a ser una mujer digna de Héctor. Su objetivo ahora era claro. Quería estar abrazada a Héctor, oliéndolo, con la cabeza apoyada en su pecho mientras escuchaba sin cesar sus “mi vida” y “mi amor”. El último sentimiento hizo su aparición con fuerza, la rabia. La rabia que hizo que se frotase con fuerza las mejillas para borrar el rastro de las lágrimas. La rabia de haber perdido el tiempo y, como consecuencia, haber perdido al amor de su vida. La pena, la tristeza, la rabia y las lágrimas no la dejaron dormir ni tan siquiera una hora en toda la noche. A la mañana siguiente una Lola ojerosa y agotada se dispuso a afrontar el día previo a su primer reto: enviar a Juan al sitio que le correspondía, a la cárcel.

\*\*\* \_ \*\*\*



## CAPITULO 22

*“El orgullo de quienes no pueden edificar es destruir.”*

*Alejandro Dumas*

Lola llegó agotada a la comida del jueves en casa de los Anderson. El día anterior había sido un día calzado al del martes, por la mañana había ensayado en la comisaría y por la tarde gracias al trabajo de la peluquería su mente pudo descansar al menos por unas horas. Suponía que era la adrenalina la que la mantenía en pie, estaba cansada pero alerta, le pesaba el cuerpo pero estaba haciendo un esfuerzo por tener la mente despejada. Hubiese preferido quedarse en la peluquería pero Gus fue implacable y la obligó a acudir a la cita con un argumento irrefutable.

- No me jodas hoy, Lola...Esta tarde el Geyperman ese de la UDEV me va a hacer estar a una manzana de aquí... No voy a poder hacer mi trabajo... así que vas a ser buena y vas a dejar que, por lo menos, me sienta útil un ratito.

Lola miraba de reojo su gesto serio mientras aparcaba el todoterreno en el porche y se arrepintió de haberlo contrariado, tenía que ser difícil para él acatar unas órdenes que iban en contra de lo que Héctor le había pedido. Había sido un compañero perfecto, un modelo de discreción cuando llegaban a casa y le había resultado muy fácil adaptarse a su compañía. Tenía que agradecerle todo lo que había hecho por ella, confiaba en Jaime y en sus compañeros de la UDEV y no quería que se sintiese culpable si las cosas se torcían.

- Gracias Gus – Apoyó su mano en el brazo del grandullón que aún sostenía con firmeza el volante – Por todo. Estoy segura de que todo saldrá bien, no debes preocuparte.

Gus cerró los ojos y, derrotado, echó la cabeza hacia atrás. Hubiese preferido que Lola no le agradeciese su trabajo, que no fuese una mujer tan dulce y sensible. El mal humor del que había hecho gala toda la mañana solía ser un eficaz repelente cuando algo se torcía en alguno de sus trabajos. Todo el mundo sabía que era mejor dejarlo a solas con su genio y hacer como si no estuviera presente. Así él se protegía y podía ver las cosas con una perspectiva que ahora, con aquella mano sobre su brazo, acababa de perder por completo. No quería que Lola estuviese a solas con su exmarido. Él no iba a poder hacer nada por ella si algo no salía según lo previsto y nunca podría mirar a la cara a su jefe si Lola sufría un solo rasguño mientras estaba a su cargo. Nadie sabía que Héctor estaba

puntualmente informado de todos los pasos que estaban dando. Cada noche le enviaba un correo electrónico y, a lo largo del día, lo informaba por WhatsApp si había algo digno de mención. Héctor nunca contestaba, hasta esta mañana. Cuando se despertó, verificó su correo y se encontró con que su jefe había respondido a su mensaje de la noche anterior. “Cuídala. Es lo único que tengo.” La responsabilidad que Héctor ponía sobre sus espaldas no lo arredraba, estaba preparado para asumirla, pero poco podía hacer cuando tenía que cederle el control a aquel agente Velasco. Estaba agradecido de que, por lo menos, fuese un hombre extraordinariamente franco y competente, aun así estaba jodido y llevaba varias horas dándole vueltas a una cosa. Era el momento de exponer su plan alternativo.

- Lola... escucha con atención por favor... ¿Qué es lo más tóxico que tienes en la peluquería?

A Lola le extrañó la pregunta, pero el semblante serio de Gus la obligó a responder.

- Cada vez se utilizan más tintes naturales, sin embargo, siguen existiendo tintes y decolorantes muy agresivos. Hay que manipularlos con guantes, evitar salpicaduras cuando los viertes en un recipiente para mezclarlos, procurar no inhalarlos...

- Me vale.... – Gus cortó la explicación. Apenas tenía unos minutos antes de que alguien apareciese para recibir a Lola – ¿Cuánto tardas en preparar una mezcla de esas?

- Nada. Escasos minutos.

- Bien. Esto es lo que vas a hacer. Te colocas tal como hemos ensayado tras el lavacabezas y allí, te pones unos guantes y preparas lo más agresivo que tengas en la peluquería. Quiero que lo escondas pero que lo tengas al alcance de la mano y, cuando ese hijoputa se acerque a ti lo suficiente, quiero que se lo arrojes a los ojos con toda la fuerza que puedas.

Lola estaba sorprendida. Nadie había pensado en eso, no lo habían ensayado a pesar de que, una vez formulada, le parecía una idea fabulosa que la hacía sentir mucho más útil que permaneciendo pasiva tras el lavacabezas como le pedía la UDEV.

- No lo hemos ensayado así – Objetó sin mucha convicción.

- Lo sé. Pero también sé que vas a estar sola allí dentro. Que yo no voy a llegar a tiempo si algo se tuerce y que eso te va a dar el minuto que necesitas para salir corriendo de la peluquería si la UDEV no puede entrar tan rápido como ellos piensan.

- ¿Acaso no crees que todo va a salir bien? – Lola necesitaba que Gus fuera franco.

- Probablemente salga todo bien pero quiero asegurarme de ello y esta es la única forma que se me ha ocurrido. ¿Qué me dices Lola? ¿Les echamos un cable a esos agentes de la UDEV?

Lola esbozó una amplia y sincera sonrisa, la primera desde el fatídico lunes de esa semana. Le tendió la mano a Gus y éste se la estrechó con delicadeza.

- De acuerdo. Me parece buena idea. Gracias por pensar en ello.

Gus se limitó a asentir con la cabeza agradecido de no tener que insistir en su propuesta. Imaginaba que su cara era muy parecida a la de Jaime, el agente de la UDEV, cuando conoció a Lola. Aquella mujer era preciosa por fuera y, además, él sabía que era preciosa por dentro, podría hacer que cualquier hombre bailase al son que ella dictase pero, en cambio, era lo más opuesto a una mujer fatal que él había visto en su vida. Por fortuna le debía a Héctor la vida y nunca lo traicionaría, miraba a Lola como a una hermana pequeña y así iba a seguir siendo.

- Tengo que pedirte una cosa. – Lola aprovechó para informar a Gus de dónde iba a pasar su fin de semana.

- Dime.

- Lucía, la madre de Jack, me ha regalado un fin de semana en un balneario al que ella suele ir. Está en la sierra y es un recinto cerrado. Al parecer, reciben visitas de muchos famosos y por eso, es discreto y muy seguro.

- No veo el problema – Gus no veía objeciones al viaje.

- El problema es que quiero ir sola – Lola arqueó las cejas e inclinó la cabeza para remarcar su decisión.

- Ni de coña – Gus se cruzó de brazos negándose en rotundo.

- Escucha, por favor... Si todo va bien hoy... Juan estará en la cárcel. No hay nadie más que suponga una amenaza para mí. El lunes inicio la terapia, necesito

estar sola y aislada para centrar mis ideas... por favor Gus... te prometo que no saldré del recinto – Le tendió una nota en la que había garabateado el nombre del balneario – Échale un ojo... por favor...

Gus cogió la nota que le tendía Lola y leyó el nombre del balneario. Lo conocía. En alguna ocasión, había escoltado hasta allí a la familia de un conocido futbolista en uno de los muchos trabajos que solía hacía para Anderson & Asociados, la empresa de Jack. Se tranquilizó un tanto porque sabía que el recinto era inexpugnable. Tenía una clientela de mucho nivel y era un lugar seguro. Sin embargo, eso no iba a decírselo a ella. Iba a aprovecharse de la situación.

- Tres condiciones. La primera – Enumeró alzando el dedo pulgar – Yo te llevo el viernes y yo te recojo el domingo.

Lola se apresuró a asentir.

- La segunda – Alzó el dedo índice – El teléfono contigo en todo momento. Encendido. Quiero un WhatsApp por la mañana, otro al mediodía y otro a la noche. Me da igual lo que pongas. Un Ok es suficiente. Y me llamas si quieres irte del balneario antes del domingo.

Eso también era fácil y Lola asintió de nuevo.

- La tercera y última – Gus le mostró los tres dedos alzados – Bajo ninguna circunstancia salgas del balneario, ni sola ni mucho menos acompañada...

- Voy a pensar y a descansar Gus... no me apetece hacer vida social.

Gus asintió.

- Lo sé. También espero que duermas. Llevas dos noches sin pegar ojo.

- ¿Cómo lo sabes? – Lola estaba asombrada. Era una experta en maquillaje y había camuflado bien las secuelas de su insomnio.

- Yo lo sé todo. ¿Hay trato? – Zanjó la conversación con esa pregunta al tiempo que extendía la mano ya que estaba viendo como Jack se acercaba para abrir la puerta y ayudarla a descender del coche.

- Hay trato – Lola le estrechó la mano sellando el trato y se bajó del todo terreno sostenida por un caballeroso Jack que la guió hasta el interior de la casa.

Eran las siete y media de la tarde cuando Lola despidió a su última cliente del día. Nada más la vio salir por la puerta pudo sacarse la careta que había llevado

puesta desde que Jack la había acompañado al comedor de la casa familiar. Carmen, la persona que ayudaba a los Anderson, era una excelente cocinera y la paella que les había servido tenía una pinta estupenda y sabía mejor, pero para Lola, era como si le hubiesen servido el pienso del gato. Se obligó a comer, sin embargo, la mayor parte del tiempo se dedicó a pasear el tenedor por el plato. Por fortuna, esta vez, todos parecieron ser comprensivos y nadie señaló su falta de apetito, cosa que sí había sucedido en días anteriores. También la fortuna se había puesto de su parte ya que, Anne, aquejada de un leve resfriado, no había acudido al colegio y, como siempre sucedía cada vez que se veían, había insistido hasta la saciedad para que Lola le hiciese una trenza de princesas. Lucía y Jack habían intentado disuadirla pero no había sido posible, golpeando el suelo con el pie y a punto de iniciar una rabieta de campeonato, Anne se salió con la suya. Lola les garantizó que un ratito con Anne era justo lo que necesitaba y, sin remordimiento alguno, los dejó en la mesa con la palabra en la boca y acompañó a Anne hasta su habitación rosa. Antes de Anne, Lola nunca había tratado con ninguna persona que tuviese síndrome de Down. Para ella estaba siendo toda una revelación descubrir la extrema sensibilidad de aquella niña que hizo que se le saltasen las lágrimas cuando, tras terminar una bonita trenza de espiga, Anne la abrazó con fuerza y le dijo que si estaba triste sólo tenía que hablar con su hermano Jack, porque él acababa con todos los malos. En su cabecita aún coleaban los trazos de conversaciones que había escuchado cuando Harry decidió salirse del camino recto y tirar por la borda años de amistad entre Henry, el padre de Jack, y el suyo propio, tendiéndole una trampa ruin a Jack y a Helena. Para Anne, Jack era y sería siempre su héroe particular y aquella niña tenía mucha suerte de contar con un hermano como él. Suspiró recordando todo aquel embrollo y miró su reloj, pasaban ya de las siete y media. Miró a través del escaparate y no observó nada raro, el transcurrir de la calle era el habitual de aquellas horas. Ni rastro de Jaime, ni rastro de sus compañeros. No dudaba de que estaban allí fuera pendientes de ella, al igual que Gus, Carlos y Jack, si bien éstos estaban a una manzana de distancia. Las rodillas comenzaron a temblarle y el corazón le latió errático, un sudor frío le recorrió la espalda y se estremeció. ¡Basta ya! Se dijo a sí misma. Realizó unas profundas inspiraciones y dejando su mente en blanco decidió situarse ya tras los lavacabezas. Se colocó los guantes y comenzó a preparar la mezcla que iba a utilizar para asegurarse de que Juan no se acercase a ella lo suficiente como para poder tocarla.

A una manzana de distancia y en la terraza de una cafetería desde la que lograban vislumbrar a lo lejos la entrada de la peluquería de Lola, Jack, Gus y

Carlos ofrecían una imagen que no favorecía el acercamiento de cualquiera que pretendiese una charla amistosa. Tres hombres grandes, de brazos cruzados, gafas de sol puestas y con el ceño fruncido habían hecho que la simpática camarera borrara su permanente sonrisa al tiempo que les servía las tres cañas solicitadas. Aceptó el billete con el que le pagaron y, agradeció con un gesto de cabeza la propina cuando el rubio con traje pero aspecto surfero le ordenó que se guardase el cambio para ella. Carlos observó a sus dos compañeros de mesa, no sabría decir cuál de los tres estaba más tenso porque todos irradiaban una ligera hostilidad contra el mundo en general, y contra el capullo exmarido de Lola en particular. Los tres, por diferentes motivos, le debían a Héctor el velar por su mujer. Desconocía exactamente la deuda moral que Gus tenía con su amigo, lo mismo que sabía de la deuda impagable que Jack insistía en mencionar cada vez que, por uno u otro motivo, salía a colación lo sucedido meses atrás. Carlos, por su parte, le debía a Héctor muchos de sus primeros casos cuando inició su aventura en solitario abriendo su propio despacho de abogados. A pesar de todo ello, era consciente que ninguno de los tres estaba allí con la intención de saldar ninguna deuda. Entre amigos ese juego no valía, por lo menos, Jack y Carlos estaban allí porque su amigo los necesitaba y punto. Lola era importante para todos ellos, se había ganado su corazón, pero para Héctor era lo primero, lo único. Ese motivo bastaba para que los tres se sintiesen impotentes al tener a la mujer de su amigo, a unos cientos de metros de distancia a punto de exponerse a un peligro sin que ellos pudiesen descargar toda la furia contenida usando la fea cara de Juan como punching ball.

- Joder Gus.... – Carlos miró la pierna izquierda del grandullón que no paraba de moverse golpeando el suelo con el pie – Para ya... que me estás poniendo de los nervios.

- ¡Que te jodan! – Le espetó Gus al abogado. No tenía el día para escuchar tonterías.

- Manda huevos.... – Carlos alzó el dedo corazón delante del rostro de Gus quien se lo apartó de un manotazo – ¿Lo entiendes o te lo explico?

- ¡Basta ya!... Los dos.... – Jack ordenó con voz seca – Dejad de comportaros como dos putos macarras... No creo que tenga que recordaros que el matón de gimnasio al que todos queremos partirle la cara no está en esta mesa. ¡Joder!... Estamos aquí por Héctor, por Lola... yo también mataría por estar allí pero hay que joderse y esperar aquí quietecitos hasta ese tal Jaime nos autorice a

acercarnos.

Jack comprobó cómo los otros dos aceptaban la reprimenda asintiendo ambos con la cabeza. Gus fue el primero en tenderle la mano a Carlos quien se la estrechó con fuerza.

- Lo siento tío. Estoy de los nervios. Mi trabajo es estar allí con ella... y no aquí tomando una caña como si nada fuera conmigo.

- Te entiendo – Admitió Carlos. Su trabajo tampoco era poner a su clienta ante un riesgo potencial, pero tenían que aceptar la decisión de Lola de participar en toda esta charada.

- Os juro que si Lola sufre un solo rasguño... voy a darle una paliza a ese Geyperman de la UDEV y después voy a esperar pacientemente a que el hijoputa de su exmarido salga de la cárcel para darle su merecido.

Jack y Carlos intercambiaron una mirada asombrada ante la vehemencia del empleado de su amigo Héctor. El abogado, siempre dispuesto a manejar información, aprovechó para indagar un poco más.

- Lo tuyo con Héctor es serio, tío... ¿Qué cojones habrá hecho por ti?

Gus lo miró a los ojos y con voz neutra respondió al abogado.

- La vida. Me ha dado una puta vida. ¿Satisfechos? – Ahora miró a alternativamente a ambos retándolos a profundizar más en el tema.

Jack arqueó una ceja mirando a Carlos y éste se encogió de hombros. Era suficiente por hoy. La cuerda con Gus estaba lo suficientemente tensa como para que, de insistir en el tema, se rompiese llevándose a alguno de ellos por delante. Desde ese momento y, sin abandonar los ceños fruncidos, el silencio se instaló entre ellos justo hasta el instante en el que en el teléfono del abogado sonó la señal acordada. Los tres se levantaron como un resorte y echaron a correr cual alma que lleva el diablo.

Lola seguía removiendo la mezcla en el cuenco. Era el segundo que preparaba. Poco le importaba si las proporciones eran las correctas dado que aquel contenido no iba a terminar en el cabello de una de sus clientas. Removía sin cesar porque ello parecía detener el temblor de manos que había regresado justo en el momento en el que acabó su primera mezcla. Levantó la mirada al reloj de pared que utilizaba para controlar los tiempos de los trabajos y, al mismo tiempo, el timbre que avisaba de que alguien había entrado sonó. Giró la cabeza y un

hombre bajo, extremadamente delgado, con la cara demacrada y muy pálido hizo su aparición. El Pecas. Se puso en tensión mientras lo veía avanzar hacia ella. Se detuvo a mitad de camino y levantó las manos como queriendo decirle que no iba a hacerle daño. Lola sujetó el cuenco con la mezcla química con tanta fuerza que temió romperlo. El Pecas era un individuo realmente desagradable, de mirada huidiza, del tipo del que si una se lo cruzaba en la calle aceleraba el paso para distanciarse de él. Su voz era ronca, de hombre mayor, aunque Lola dudaba seriamente que tuviese mucho más de treinta años, sin embargo, su cabello encanecido, su cuerpo enclenque y el rostro ajado eran prueba de la mala vida que aquel individuo parecía haber llevado. Lola no apartó su mirada de él ni un segundo. No se fiaba ni un pelo.

- Lo siento, señora... no tenga miedo... yo estoy con los buenos.

Lola se hubiese reído en su cara de semejante afirmación si no fuese por el hecho de que temía perder la concentración y el dominio de sí misma si le explicaba a aquel inútil todos los motivos por los que él no estaba de lado de los buenos. Podía enumerar desde el asalto al apartamento de Helena, pasando por el trapicheo para Juan y su banda y terminando por sabía Dios cuántos delitos más. Al Pecas parecía darle igual que Lola no apartase la mirada de su rostro, se limitó a introducir las manos en los bolsillos y silbar una desconocía melodía mientras escrutaba cada recoveco de la peluquería. Lola desconocía si era curiosidad o, simplemente, estaba verificando el terreno para su exmarido. Pudiera ser que estuviera colaborando con la UDEV pero Lola estaba segura de que aquel tipo era perfectamente capaz de jugar a dos o tres bandas aún a riesgo de quemarse en el intento. El timbre de la puerta volvió a sonar y ésta vez sí Lola temió perder la compostura al ver cómo su exmarido invadía con su presencia uno de los lugares en los que ella se había considerado a salvo. El color abandonó su rostro y se tambaleó ligeramente. Tuvo que agarrarse con fuerza a uno de los lavacabezas para no salir de su lugar seguro. De pronto y, como si de brujería se tratase, en su mente escuchó la voz de Héctor. “Mi vida... se fuerte. Ya no puede hacerte daño”. El color regresó a su rostro de golpe, la mente se le aclaró como el agua cristalina de un río en la montaña y sus manos se dirigieron a sostener con firmeza el cuenco con la mezcla. Desde el incidente en el Chances no había vuelto a ver a su exmarido, y, si de aquella le había sorprendido su cambio, éste parecía haberse acentuado en los últimos meses. Seguía estando excesivamente musculado para su altura, siempre le había molestado que ella fuese un par de centímetros más alta y, por ello, le exigía calzar bailarinas. Uno



de sus gestos de rebeldía tras haber escapado de su yugo había sido la compra de aquellos stilletes rojos que lucía el día en que conoció a Héctor. Conocía su rostro a la perfección y le agradó comprobar que la fractura de su nariz no había curado bien e imprimía a su rostro un extraño y no muy agradable aspecto. Sabiendo la importancia que Juan le daba a su apariencia externa, casi le parecía un justo castigo divino el que el resto de sus días tuviese que ver la fealdad de su interior reflejada en esa nariz cada vez que se mirase al espejo. Tal y como Jaime le había asegurado, el Pecas se apresuró a abandonar la peluquería nada más obtener el permiso de Juan quien, con un seco gesto de cabeza, le indicó la salida.

Juan observó con una sonrisa socarrona a su exmujer. La muy hija de puta se había parapetado tras aquel mueble. Iba lista si pensaba que iba a ser escudo suficiente para él. La rabia lo reconcomía por dentro desde que el nuevo novio de Lola le había desfigurado el rostro. Había jurado que ambos se las iban a pagar y casi tenía una erección al imaginar el rostro de aquel cabrón cuando acudiese a recoger a su novia al trabajo y se la encontrase tirada, en un charco de sangre y con el rostro desfigurado por la paliza que iba a propinarle. Si él iba a recordar el puñetazo en la nariz, a Lola no le iban a quedar ganas de mirarse al espejo nunca más. Incluso tal vez, aliviase esa creciente erección forzando su seco canal tal y como debía haber hecho hace tiempo.

- Vaya... vaya... vaya... Tu amiguito te ha dejado sola... ¿No estás contenta de verme Lola?

Lola se esforzó en mantener el rostro impassible y afianzó los pies en el suelo para evitar el tembleque de rodillas.

- Bueno... bueno... pues vamos a pasarlo bien tú y yo... Tal vez quieras saber lo que tengo planeado para ti.

Lola intentaba no prestar atención a sus palabras procurando no derramar el contenido del cuenco sobre ella. Su concentración amenazó con abandonarla y tuvo que aguantar las arcadas mientras lo veía avanzar con paso lento relatándole minuciosamente los planes que estaba seguro iba a llevar a cabo con ella.

- Cuando tu amiguito venga a recogerte esta noche es posible que no te reconozca. Desde luego tu cara no va a volver a ser la misma, es mejor que vayas despidiéndote de ella... Ah... por cierto, es posible que no quiera volver a tocarte ni con un palo...porque sólo tendrá las sobras que queden de ti cuando acabe de follarme ese coño seco que tienes....

Ya casi estaba a la altura del lavacabezas cuando vio que su intención era la de rodearlo. Lola no pudo evitar los temblores, sin embargo, no dejó de mirarlo a la cara en ningún momento. Los de la UDEV estaban tardando demasiado en entrar, no sabía si había habido algún problema, no sabía si tan siquiera estaban allí ya que habían acordado no avisarla de sus posiciones para no ponerla nerviosa. Aquellas precauciones ahora le parecían ridículas ante el miedo que la estaba invadiendo. Sentía crecer un miedo interior, miedo y repulsa, no sólo a la paliza, todas esas heridas provocadas por los golpes acababan curando, lo que la estaba haciendo entrar en pánico era la amenaza de la violación. Temía desmayarse antes de poder cumplir con el plan de Gus ya que parecía ser que la UDEV la había abandonado. Juan estaba a menos de dos pasos de ella y realizó un rápido movimiento que la desconcertó. Consiguió asirla por una muñeca y comenzó a retorcerle el brazo. Lola no supo de dónde sacó las fuerzas pero con la mano izquierda agarró el cuenco con firmeza y con un grito desgarrador volcó su contenido en el rostro de Juan. De inmediato se vio libre y se apartó de su exmarido que, con las manos en el rostro aullaba de dolor. Retrocedió hasta apoyarse en la pared al ser incapaz de pasar por su lado para huir corriendo. En ese momento la puerta se abrió con un gran estrépito y varios policías con cascos, pasamontañas y armados hasta los dientes entraron en la peluquería y no tardaron ni medio segundo en reducir a su exmarido. Lola había observado la escena con los ojos desorbitados, el corazón se le salía del pecho, temblaba y no se dio cuenta que lloraba emitiendo gritos ahogados hasta que se vio envuelta en unos fuertes brazos que la estrechaban contra un pecho protegido por un duro chaleco antibalas.

Jaime estaba maldiciendo a diestro y siniestro, habían tardado dos minutos más de lo previsto en entrar porque había habido un incidente en el paso de peatones que daba acceso a la peluquería. Aunque sin heridos, la discusión de tráfico había congregado a una pequeña multitud de curiosos que había dificultado el paso a sus hombres. Cuando él entró, Juan ya estaba reducido y estaban sacándolo a rastras de la peluquería. Un rápido análisis le hizo constatar que Lola estaba en buen estado físico. No sangraba ni parecía herida en ninguna parte de su cuerpo, sin embargo estaba rota de dolor y tremendamente asustada. La abrazó obviando las miradas curiosas de sus hombres quienes obedecieron sin mediar palabra a su gesto con la cabeza, indicándoles que abandonasen el local. Lola se agarraba a él con fuerza y él tenía unas ganas enormes de cargársela a un hombro y llevársela de allí reclamándola como suya. Tuvo que reprenderse mentalmente con severidad y apelar a su conocido y famoso

autocontrol para no hacer algo de lo que iba a arrepentirse más pronto que tarde. Aquella mujer era de otro hombre. Un buen hombre por lo que había oído hablar al abogado y a aquel guardaespaldas, además él no era la clase de tipos que rompen una pareja. Ahora bien, nada iba a impedirle estar atento y, si en un futuro cercano, el tal Héctor no hacía acto de presencia iba a intentar un acercamiento con aquella preciosa mujer que lloraba en sus brazos. Sin soltarla del todo, sacó su móvil y envió la señal acordada al abogado que estaba a una manzana de distancia de su posición.

- Ya está Lola... Se ha terminado... Lo siento mucho... nos hemos retrasado un par de minutos... Te he fallado... Lo siento mucho...Dime que no te ha hecho daño... Lola tenemos que llevarte a un médico si tienes algún golpe...

Al oír las palabras del hombre que la consolaba Lola supo que estaba en brazos de Jaime, el agente de la UDEV, sonaba verdaderamente arrepentido y preocupado. Procuró serenarse y se apartó ligeramente mientras se limpiaba las lágrimas de la cara. Jaime la sostuvo por los hombros mientras se agachaba para escrutar su rostro.

- Lola...

- Estoy bien... sólo me ha cogido de la muñeca... me la ha retorcido un poco.

Jaime le sostuvo la mano derecha con delicadeza y acarició ligeramente la rojez que estropeaba la perfecta blancura de la piel. Era una muñeca muy delicada y Juan fácilmente podría habérsela roto de haber apretado con más fuerza.

- ¿Te duele?

- No. No me duele. Me soltó rápido. Hice lo que Gus me mandó – Lola estaba algo inquieta por la caricia del agente. Quería suponer que sólo era interés profesional pero sus instintos de mujer le decían otra cosa y, ni quería, ni necesitaba ese problema en estos momentos. Por fortuna Jaime, intrigado por su respuesta, desvió la atención de su mano y sin dejar de sostenérsela la interrogó.

- ¿Lo que Gus te mandó?

Agradecida por la vuelta al tono profesional y estando segura de haber malinterpretado la situación Lola consiguió dejar de llorar unos instantes para explicarse.

- Preparé una mezcla de tintes. De los más agresivos que tengo... Gus me dijo que se la lanzase a los ojos si se acercaba demasiado antes de que vosotros

entrarseis.

- Cabrón inteligente.... – Masculló Jaime entre dientes. Estaba admirado de la audacia del guardaespaldas que había visto un punto débil en el operativo que ninguno de sus colaboradores había podido prever. Dado el número de agentes destinados a cubrir los alrededores prácticamente daban por seguros los tiempos de actuación – Lo siento de nuevo Lola... debió de haberseme ocurrido. Estábamos tan seguros... Lo habíamos cronometrado decenas de veces, pero un puto loco al volante casi atropella a una pareja y se ha congregado mucha gente en la acera. Eso nos ha entorpecido la entrada. No imaginas lo estúpido que me siento en estos momentos.

Jaime parecía realmente afectado. No iba a mejorar su ánimo el hecho de conocer el miedo y las dudas que ella había tenido al pensar que la UDEV la había abandonado a su suerte, así que, una vez más, pensó en los demás antes que en ella cuando lo tranquilizó.

- Ahora ya está... Quiero olvidarme de todo... ¿No vais a soltarlo verdad? – La mera posibilidad de que eso sucediese volvió a inundar su rostro de lágrimas y Jaime volvió a abrazarla.

- No. No vamos a soltarlo. El juez está deseando dar por finalizada esta operación y encerrar a todos los implicados. Créeme Lola... se ha terminado... del todo.

Otro estrépito en la entrada hizo que Jaime y Lola volviesen la cabeza y viesen a Gus llegar casi a las manos con los agentes que custodiaban la entrada de la peluquería. Carlos intentaba argumentar con su jerga legal que tenían derecho a entrar. Jack se limitó a esperar la orden de Jaime que hizo que sus hombres les permitiesen el acceso y fue el primero en entrar. Sintió pena por el agente de la UDEV al ver la ternura con la que sostenía a Lola. ¡Pobre infeliz! Aquella mujer era de otro hombre y no tenía la más mínima oportunidad. Sonrió confiado cuando Lola, nada más verlo, se deshizo del abrazo del agente y corrió a refugiarse en sus brazos. La abrazó con fuerza y se atrevió a besarle la cabeza repetidas veces mientras acariciaba su espalda dejándola llorar. Alzó la mirada y arqueó una ceja al ver a Jaime observándolos fijamente. Jack tenía que reconocerle las agallas, no se arredró al verse descubierto y finalmente se vio obligado a aceptar el gesto de Jaime asintiendo con la cabeza, dándose por enterado de que Lola estaba fuera de su alcance y dejó que fuesen Carlos y Gus, que estaba hecho una fiera, los que le exigiesen las explicaciones oportunas. Jack

se limitó a coger a Lola en brazos y sentarse con ella en el sofá blanco que había a la entrada de la peluquería.

- Se acabó rubita... Eres libre... Tendrías que haber visto cómo iba llorando como una nenaza mientras lo metían en el furgón. Llevaba la cara en carne viva... Gus nos ha contado el plan. Has sido muy valiente, cariño.... Estamos orgullosos de ti.

Lola asimiló la información que Jack le intentaba transmitir. Se sentía desfallecer y algo mareada. Tenía escalofríos y no dejaba de temblar ni podía detener las lágrimas que caían sin control por sus mejillas. Sin embargo había una cosa que tenía clara. Aún no era libre para lo que realmente le importaba. Héctor. Aún tenía que esperar un tiempo para reunirse con el amor de su vida.

- No se acabó Jack – Le dijo entre hipidos – No puedo ir a buscarle todavía. Aún no soy totalmente libre – El descontrol de sus emociones hizo que expresase su mayor miedo a Jack – Creo que lo he perdido... todo esto ha sido demasiado para él...Cómo va a querer estar con este desastre... mírame Jack...No tengo nada que ofrecerle... sólo problemas...

- Shh... rubita... – Jack ya se consideraba un experto en la línea errática de pensamiento de las mujeres, de un grano de arena eran capaces de formar un volcán – Cariño... tú eres recompensa suficiente para Héctor. Vas a ponerte bien y comprobarás que mi amigo, mi hermano, sólo quiere una cosa. Te quiere a ti.

Lola no estaba tan segura como Jack, sin embargo, agotada, dejó que la conversación muriese en ese punto. Le latían las sienes, le escocían los ojos y la garganta, además, estaba temblando de frío. Cobijada en brazos de Jack cerró los ojos y procuró dejar la mente en blanco.

Jaime había recuperado la cordura al ver cómo Lola se refugiaba en brazos del amigo de su novio. Lo aceptó con caballerosidad y se dispuso a bregar con los otros dos. Un abogado con gesto demasiado serio y un guardaespaldas manifiestamente hostil. Tomó la palabra antes que ellos para no ceder las riendas en la conversación. Tras explicarles los motivos por los que habían accedido a la peluquería con un par de minutos de retraso y que Lola apenas tenía una leve magulladura en la muñeca derecha, se centró en Gus.

- Gracias tío... tu plan alternativo ha sido todo un acierto. Nunca contemplé una aglomeración de gente en esta zona. Es de los barrios más tranquilos de la ciudad. Llevamos días observando la calle a esta hora y la acera nunca ha estado

tan concurrida como hoy. Me jode reconocerlo, pero has tenido una idea cojonuda. No me importaría nada que trabajases con nosotros.

- No estoy en venta Geyperman... a veces pienso que no tenéis ni puta idea de cómo se puede torcer una operación – Gus aún estaba enfadado, algo más tranquilo después de comprobar el estado físico de Lola pero muy poco dispuesto a mostrarse amistoso con el agente.

Jaime encajó el insulto con elegancia sabiendo que, en este caso, Gus llevaba razón. Habían pecado de un exceso de confianza en una operación en la que habían involucrado a un civil. Sabía que sus superiores iban a exigir muchas explicaciones y sabía también que esta operación iba a repetirse en su cabeza durante muchos días. Le esperaban unas cuantas noches en vela barruntando todo lo que había podido salir mal. Centró ahora su atención en el abogado y le indicó lo que esperaba de él.

- La llamaremos en unos días para que preste declaración – Acalló con un gesto la protesta de Carlos – Te avisaré y tú pondrás el día, cuando ella se encuentre en condiciones.

- De acuerdo – Concedió Carlos. Conocía a todo lo que se iba a enfrentar Jaime cuando levantase el informe del operativo y tuviese que dar cuenta del retraso que podía haberles causado un disgusto, así que decidió no hurgar más en la herida – ¿Ya podemos poner la denuncia por acoso y violencia de género contra ese hijoputa? Hace días que la tengo redactada cogiendo polvo encima de mi mesa.

Jaime agradeció que el abogado no se cebase en su error y admiró que consiguiese mantener a raya a Gus.

- Ya estás tardando. Hay que sumarle todos los años posibles a la condena de ese cabrón.

Un agente alertó a Jaime de que tenía una llamada de teléfono y éste dio por finalizada esta parte de la operación. Le esperaban unas largas jornadas porque ya conocía que el resto de las detenciones se habían llevado a cabo sin problemas. Estrechó la mano del abogado y de Gus y se dirigió al sofá donde Lola permanecía con los ojos cerrados en brazos de Jack. Le estrechó la mano a éste y se disponía a abandonar el local cuando Lola, con voz ronca, lo llamó por su nombre. Se giró y la vio de pie, escoltada por los tres hombres. Se acercó a ella y se sorprendió cuando además de estrecharle la mano Lola volvió a

abrazarlo y le habló con aquellos ojos azules mirándolo fijamente.

- Gracias por todo Jaime. No te sientas culpable. Habéis hecho un buen trabajo, a veces las cosas se tuercen un poco... por favor... agradece a tus compañeros su trabajo de mi parte. Nunca sabréis lo que esto ha significado para mí.

Jaime la dejó volver a refugiarse en sus amigos mientras, sin poder pronunciar palabra, asentía con la cabeza. Al salir de la peluquería se encontró añorando tener a su lado una dulce mujer como Lola y envidiando al tal Héctor ya que, después de lo que acababa de ver, había comprendido que cuando una mujer como ella entregaba su corazón lo hacía para siempre y, en este caso, el corazón de Lola ya tenía un dueño.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 23

*“No siempre quien sonríe es feliz. Hay lágrimas en el corazón que no llegan a los ojos.”*

*Jane Austen*

Lola se despert  muy desorientada. En un primer momento no reconoció el dormitorio en el que estaba y se incorporó en la cama algo asustada. Sonrió ligeramente al ver a Helena dormida a su lado y fue entonces cuando recordó lo sucedido la pasada tarde cuando, agotada, no tuvo fuerzas ni para decidir dónde iba a pasar la noche. Gus quer  llevarla al  tico a toda costa y Jack no hab  cedido ni un milímetro mientras aseguraba saber exactamente lo que necesitaba Lola en aquellos momentos. Lo cierto es que no se equivocaba. Sin ánimos para discutir, se dejó introducir en el deportivo de Jack y cayó dormida antes de que él arrancase el motor. Se despert  cuando, en sus brazos, traspasaba el umbral de la casa de los Anderson y rápidamente fue acaparada por una hist rica Helena que sólo se tranquilizó cuando repas  su estado físico por dos o tres veces. Por más que Jack le aseguraba que su amiga sólo estaba agotada, ella no dejaba de llorar y tuvo que ser Lola la que, con las últimas fuerzas que le quedaban, hiciese algo para tranquilizar a su amiga embarazada. Conocía las palabras mágicas que detendrían de inmediato su llanto.

- Tengo hambre – Le dijo con voz cansada.

-  Hambre?...  Dios bendito! Soy idiota... Jack, acomp  ala a la salita... voy a prepararle una bandeja.

- Yo ir  a la cocina. Helena por favor... relájate...preciosa...

Lola pudo sentir toda la pena de su corazón desbord ndose e inundando cada centímetro de su ser cuando vio cómo Jack abrazaba con ternura infinita a su mujer y la besaba con dulzura en los labios. No podía expresar lo que sentía porque suponía que la iban a tachar de desagradecida, pero todos los abrazos de consuelo que ella estaba recibiendo de sus amigos no eran lo que necesitaba. No negaría que esos abrazos la reconfortaban, pero no calmaban su espíritu herido. Eso sólo podía hacerlo una persona y, lamentablemente para ella, estaba muy lejos y tampoco tenía una fecha en su horizonte más cercano que le permitiese mitigar su tristeza descontando días en el calendario.  Qui n sabía cuánto tiempo iba a pasar hasta poder reencontrarse con Héctor?  Qui n sabía lo que sus vidas habrían cambiado en ese tiempo?  Qui n sabía si podrían volver a estar juntos?



¿Quién sabría si otra habría tenido éxito donde ella había fracasado estrepitosamente? Eran demasiados ¿Quién sabía? Helena la estaba observando con suspicacia así que, de cara a la galería, trató de recomponer su expresión, pero su amiga, con los brazos en jarras, pronto le hizo saber que no había conseguido engañarla.

- Conmigo no te va a funcionar, tal vez con los demás sí. Estoy segura de que sí porque eres una experta en ocultar tus sentimientos para que nadie se preocupe por ti. Pero... cariño... hace unos meses yo he necesitado lo que tú necesitas ahora y sé exactamente lo que se siente cuando no puedes tenerlo, así que, conmigo puedes quitarte la careta – La cogió por un brazo guiándola hacia la salita familiar – Vamos... quiero que me lo cuentes todo.

Lola volvió a mirar a su amiga, respiraba con tranquilidad y dormía con la mano protegiendo instintivamente su vientre. Anoche le había dado muestra de su profundo cariño. Tras conocer el relato pormenorizado de lo sucedido, mientras ella daba cuenta de un sencillo sándwich de pavo y un vaso de leche, insistió en que debían dormir juntas. De nuevo Jack fue desterrado de su cama, no sin que antes le transmitiese que sus padres ya estaban al corriente de todo y que estaban tranquilos sabiéndola acompañada por sus amigos. A Jack, el destierro no pareció importarle demasiado ya que, justo en ese mismo momento, hacía su entrada en la habitación cargado con una enorme bandeja con un completo desayuno para dos. Zumos, café, té, bollería, dos cuencos de fruta fresca. Vamos... un festín que su estómago se negaba a reconocer como adecuado

- Buenos días rubita... ¿Habéis descansado? – Jack estaba desando abrazar a su mujer como todas las mañanas pero no iba a hacerlo. Helena le había pedido ayer que contuviese un poco sus infinitas muestras de cariño estando Lola presente. “Le hacen añorar aún más a Héctor. Lo sé porque a mí me sucedió exactamente eso”. Con esas palabras su corazón había vuelto a apenarse por enésima vez por la tremenda prueba que ambos habían tenido que superar. Por fortuna todo había quedado atrás, así que ahora se limitó a tenderle a Lola el vaso con el zumo de naranja mientras se sentaba al lado de Helena y la sacudía ligeramente para despertarla.

Medio despierta medio dormida Helena reconoció las manos de Jack que, como todos los días, la desperezaban para desayunar. Soñolienta se sentó en la cama y se echó en sus brazos al tiempo que le daba infinitos besos por toda su cara.

- Buenos días... Te quiero.... – Helena se sorprendió de que Jack no la besase en

los labios como hacía cada mañana y se retiró un tanto para observarlo. Lo vio alzar las cejas y señalar ligeramente con la cabeza a Lola. Entonces recordó su petición del día anterior y se horrorizó porque había olvidado completamente que había dormido con su amiga – Lo siento Lola.... – Se sintió enrojecer al formular su disculpa.

Lola había observado el intercambio entre el matrimonio y si bien, en un principio le había extrañado que Jack no se mostrase con Helena todo lo cariñoso que solía, ahora, al escuchar la disculpa lo entendió todo y se sintió mal por sus amigos.

- No lo hagáis más. Si veo que os comportáis de manera diferente a como soléis hacer cuando estáis juntos, os juro me iré – Levantó la mano para que Jack la dejase terminar – Os adoráis, Jack... no eres capaz de mantener las manos alejadas de Helena por mucho tiempo cada vez que estáis en la misma habitación y... sí, me gustaría que Héctor estuviese aquí ahora mismo siguiendo nuestro propio ritual de buenos días – Los ojos se le humedecieron y un pequeño nudo se formó en su garganta. Afortunadamente pudo controlarlo – Pero no lo está, no sé cuándo lo estará y ni siquiera sé si volveré a dormir junto a él, así que... decidme... ¿Me creéis tan horrible como para pedirnos que dejéis de mostrar lo felices que os hacéis el uno al otro sólo porque yo no soy feliz como vosotros? – Ver las lágrimas en el rostro de su amiga provocaron el desborde de las suyas propias.

Jack suspiró aliviado por la cordura de Lola. Estaba jodido por tener que contenerse con Helena pero ni muerto iba a contrariar ni a su mujer embarazada, ni a sus hormonas alteradas. Lola estaba demostrando que de “loca”, como decía ella, tenía muy poco y su sensatez le decía que, probablemente, su recuperación fuese más rápida que lo que ella misma imaginaba. Entonces él podría hacer lo que tenía planificado desde que supo que Héctor estaba en Londres con Paul, coger a Lola, embarcarla en el primer avión y darle a su hermano el mejor regalo que iba a recibir en su vida. Para eso faltaba un tiempo, esperaba que bastasen con unas pocas semanas. Ahora tenía otra prioridad, debía ocuparse de consolar a las dos mujeres llorosas que habían aceptado acurrucarse bajo sus brazos y procurar que ambas diesen cuenta del desayuno que Carmen había preparado. No tenía dudas de que Helena, con su característico apetito voraz de cada mañana, iba a dar cuenta de toda su parte, en cambio Lola apenas iba a probar bocado y él no iba a devolverle a su amigo una mujer mucho más delgada que la que él había dejado antes de partir. Así que tomó aire preparado para escuchar

sus protestas y obvió comentarle a Lola la sorpresa que le esperaba a mediodía, simplemente se limitó a informarla de lo que iba a hacer durante la mañana.

- Ha llamado Gus. Isabel está al tanto de todo lo sucedido y ambos... cito textualmente – Jack hizo el signo de comillas con los dedos – Te prohíben que te acerques por la peluquería hasta el martes. Quieren que hoy descanses, que disfrutes del fin de semana en el balneario y que el lunes sólo te centres en tu primera cita con el doctor.

- No me lo puedo creer – Lola iba a matar a Gus. Sólo a través de él Isabel habría podido enterarse de lo sucedido – Gus me va a oír... el muy canalla...

- No ha sido Gus – La advirtió Jack antes de que siguiese cargando contra él – El despliegue policial no ha sido precisamente discreto, además, el barrio estaba al tanto de tus problemas.... Así que ha sido la propia Isabel la que ha llamado a Gus esta mañana.

Lola abrió y cerró la boca sin saber qué decir. Era increíble el apoyo que Isabel le estaba dando, increíble e impagable. No sabía ni cómo ni cuándo iba a devolverle tanto cariño y dedicación, desde luego, de no ser por la eficacia de su empleada, con lo descentrada que ella estaba, su negocio se habría visto comprometido.

- Así que hasta la hora de la comida estas dos señoras tienen la mañana libre para relajarse y tumbarse al sol en el jardín. Hace un día precioso – Les señaló Jack indicándoles la puerta de la suite que daba acceso al jardín.

Lola miró la vieja camiseta de Helena que había utilizado a modo de pijama y, como siempre, fue práctica.

- Debo ir casa de Héctor Necesito una ducha y cambiarme de ropa.

- Que yo sepa – le dijo Jack con socarronería – la última vez que miré, esta suite tenía un precioso baño y alguien ha mandado una maleta con cosas para ti – Les señaló a ambas mujeres una pequeña maleta plateada que él mismo había depositado a los pies de la cama a primera hora de la mañana mientras ambas dormían.

Helena miró alternativamente la maleta que le era familiar ya que ella había recibido una así en varias ocasiones y miró a Jack, la sonrisa de su marido le dio la pista definitiva que esperaba. Ruth había vuelto a ganarse un encargo de vestidos nuevos. Esta vez, había sido Héctor quién, desde la distancia, le había

enviado un inequívoco mensaje a Lola, si es que esta era capaz de sumar dos más dos en cuanto abriese la maleta, cosa que se disponía a hacer en estos mismos momentos. Expectante, Helena tomó la mano de Jack y se la apretó emocionada. Se alegraba mucho por su amiga. Ese gesto de cariño era lo que Lola necesitaba en esos momentos, Héctor le estaba diciendo que seguía estando ahí para ella.

Intrigada, Lola se arrodilló en el suelo y abrió la maleta. Sacó un precioso vestido de primavera, sin mangas y con falda de vuelo, como a ella le gustaba. Era rojo, rojo pasión con unos delicados topitos blancos. El vestido llevaba una etiqueta, le dio la vuelta y comprobó que llevaba el logotipo de la boutique de Ruth, sacó las bailarinas a juego, la ropa interior, también roja y tremendamente sensual y un pequeño bolso de mano blanco. Desconcertada, transcurrieron unos minutos en los que su mente se esforzaba por averiguar cómo demonios había llegado esa maleta hasta sus manos. Entonces tuvo la revelación, sólo había dos posibilidades. Miró a Jack, quién le respondió con una enorme sonrisa en el rostro.

- Yo no he sido.

Sólo quedaba otra opción. Héctor. A él le volvían loco los vestidos, y este era rojo, rojo pasión, rojo como un gran corazón que le enviaba. Temía ilusionarse con lo romántico del gesto pero no pudo evitar recordar que el día anterior, en su peor momento, la voz de Héctor apareció en su mente dándole la fuerza necesaria para enfrentar a su exmarido. Entonces rompió a llorar desconsolada, de alegría por confirmar que Héctor estaba al corriente de lo sucedido, de alegría por saberse en sus pensamientos y también de pena. Lloró con una pena que le desgarraba el alma por no estar lista para subirse a un avión y arrojarse en sus brazos.

- Me recuerda.... – acertó a decir entre sollozos.

- No es eso... Lola..., rubita.... – Jack le acarició el cabello sin dejar de sostener la mano de su también emocionada mujer – No sólo te recuerda... Héctor te ama.

Lola y Helena estaban recostadas en unas tumbonas a la sombra de uno de los árboles del hermoso jardín de los Anderson. El sol ya quemaba demasiado a esas horas del mediodía como para exponerse a sus rayos. Helena no se cansaba de decirle a Lola que estaba preciosa, porque así era, el vestido le sentaba como un guante, se había recogido el pelo en una sencilla coleta que despejaba su rostro

libre de maquillaje y hacía destacar sus grandes ojos azules. Quería animarla todo lo posible, porque esos ojos reflejaban una profunda tristeza, el sueño no había conseguido borrar sus ojeras y su rostro aún reflejaba una ligera rojez provocada por las lágrimas intermitentes que lo habían surcado toda la mañana. Escucharon el característico ruido que hacía el portalón de la finca al abrirse y distinguieron la maniobra del todoterreno que conducía Gus que acabó aparcado junto al porche.

Lola esperaba que Gus hiciese acto de presencia en cualquier momento y allí estaba. Lo vio bajar del coche. Lo que no esperaba es que todas las puertas del todoterreno se abriesen al mismo tiempo para que más personas descendiesen del vehículo. Abrió los ojos incrédula cuando descubrió la identidad del resto de los ocupantes del vehículo. Eran sus padres y estaban acompañados, nada más y nada menos, que por los padres de Héctor. Se quedó paralizada por la impresión hasta que recibió un ligero golpecito de Helena en el hombro que la hizo volver la cabeza.

- Anda boba... ve con ellos... yo avisaré a Lucía de que sus invitados ya han llegado.

- ¿Tú sabías esto? – le preguntó aún confundida.

- Claro. Lo planificamos entre las dos. Los necesitas. A los cuatro. Lo saben todo cariño... deja que te queramos Lola... no te escondas bajo esa falsa alegría esta vez por favor... deja salir todo lo que guardas dentro.

Lola la vio alejarse sin permitirle responder. Volvió a dirigir la mirada hacia sus padres que aún no la habían visto y comprobó cómo Marisa, la madre de Héctor y su propia madre admiraban el jardín cogidas del brazo. Estaba en shock. Parecían amigas de toda la vida. Su padre y Alfredo parecían charlar sobre las enormes ruedas del todoterreno junto a Gus. Aquello era como una reunión familiar... sólo que sin familia. No eran familia. No eran una verdadera familia. Héctor y ella estaban en un punto muerto y aquella reunión daba una falsa sensación de familia que, tal vez, nunca llegase a convertirse en realidad. No dudaba de la buena fe de Helena y Lucía al concertar esa reunión, sin embargo, no las tenía todas consigo acerca de su capacidad para soportar todas las emociones que, al mismo tiempo, estaban golpeando su corazón. Alegría y pena, incertidumbre y miedo. Todas dolían, dolían mucho y se echó a llorar cuando su madre la descubrió y la saludó con la mano esbozando una gran sonrisa. Lola se sintió de nuevo como una niña pequeña y corrió a refugiarse en los amorosos

brazos de su madre.

- Ay Lola... hija... no llores... mi niña... ya pasó todo... – Sofía estaba emocionada pero estaba segura de poder aguantar la compostura. Si ella lloraba Lola iba a llorar más y se trataba de consolarla, de animarla antes de su terapia y no iba a hacer un drama de este feliz reencuentro.

- No esperaba veros hasta el domingo...

- Lo sé... pero el domingo no vas a estar ¿verdad? Lucía nos llamó para ver si podíamos venir hoy. Es muy amable de su parte recibirnos y hacerte ese regalo que creo que te va a venir muy bien antes de que, por fin, inicies la terapia.

Sofía estaba deseando contarle a su hija que llevaban toda la mañana en compañía de Marisa y de Alfredo. Que los padres de Héctor le habían parecido excelentes personas y que ella les había causado una muy buena impresión. Los padres de Héctor habían estado informados por Gus puntualmente de todo lo que iba sucediendo lo mismo que ellos recibían las llamadas de Jack varias veces al día. Fue precisamente Jack, quien esta mañana los había reunido a todos en el salón privado de un hotel cercano a la sede de su empresa. Jack era un hombre, un hombre hecho y derecho, un joven extraordinario, igual que Héctor. Eran los yernos que toda madre hubiese deseado para su hija y, al igual que había felicitado a Marisa y a Alfredo por haber criado a un hijo como Héctor, estaba deseando felicitar a Lucía y Henry, los padres de Jack, a los que esperaba conocer en unos instantes. Besó el rostro anegado en lágrimas de su hija y fingió reprenderla para que recuperase el control de sus emociones.

- Cariño... deja de llorar... Marisa ha venido a verte...

Lola sorbió por la nariz y se secó las lágrimas mientras seguía refugiada en aquellos brazos tan familiares que la habían consolado desde niña. Sabía que le debía una explicación a Marisa y no podía esconderse tras las faldas de su madre. Se armó de valor y la enfrentó sin saber muy bien cómo iba a ser recibida, sin embargo, recibió otro abrazo maternal que hizo inútiles todos sus esfuerzos por recomponerse porque volvió a romperse de nuevo.

Marisa abrazaba emocionada a aquella chica tan importante para su hijo. No acababa de entender los motivos de Héctor para estar alejado de ella cuando más parecía necesitarlo, pero hacía tiempo que había dejado de juzgar los actos de su hijo. Sabía que era un buen hombre, que había sufrido lo indecible con lo de su hermana Sonia y que, aún a día de hoy se sentía responsable de lo sucedido. Gus

les había informado de que su hijo había viajado a Londres y que, en su ausencia, iba a pasarse de vez en cuando por su casa para ver si necesitaban algo. No le extrañó porque Héctor siempre hacía lo mismo cuando salía de viaje. Sin embargo, el miércoles a la hora del mediodía Gus, a petición de Héctor, les había explicado con detalle todo lo sucedido con Lola y, por sorpresa, a continuación recibió la llamada de Lucía, la madre de Jack, invitándoles a comer el viernes. Aceptaron enseguida al conocer el propósito de la invitación. Vivieron en tensión la jornada del jueves, estaban extremadamente preocupados por Lola y respiraron aliviados cuando, ya por la noche, recibieron la llamada de su hijo. Héctor estaba muy serio y fue parco en palabras.

- Mamá... todo ha salido bien. Lola está a salvo. Está en casa de Jack. Pasará la noche allí.

- Lo sé Héctor – Marisa tanteó el estado de ánimo de su hijo antes de comunicarle que pronto verían a Lola – ¿Regresarás pronto?

- No puede ser... aún no... Tengo que dejarte. Llamad a Gus si necesitáis algo, él sabe cómo localizarme.

Marisa sabía que su hijo había colgado el teléfono con un nudo en la garganta que le impedía hablar. Lo conocía a la perfección y ahora tenía en sus brazos la respuesta a todas sus plegarias. Lola era su futura nuera. La mujer que había llegado a sus vidas para poner un poquito de luz en ellas. Hasta su marido Alfredo había expresado su preocupación por ella y eso que nadie había sido capaz de conmovirlo desde la muerte de Sonia. Lola sí lo había conseguido hasta el extremo de exigirle a Gus que no permitiese que le sucediese nada a la novia de su hijo. Por eso, las palabras que salieron de la boca de Lola la sorprendieron por lo equivocada que la muchacha estaba respecto a ellos.

- Lo siento Marisa... me he portado fatal con Héctor – Lola lo soltó todo de un tirón aún a riesgo de embotar la cabeza de la madre de Héctor con su discurso inconexo – Es mi culpa que no esté aquí, con vosotros, lo he tratado muy mal... He hecho algo horrible... Algo se rompió en casa y yo me asusté... Héctor estaba disgustado... gritaba... y yo... yo pensé..., lo confundí... no lo veía a él... veía a Juan... ¿Lo entiendes Marisa?... Lo he insultado de la peor forma posible... y ahora no está... no está...

Marisa sostuvo con fuerza a Lola que no hacía más que estremecerse con el llanto. Miró a Sofía quien, a su vez, miraba a su marido con una pena infinita en su rostro. Raúl la sostenía y trataba de calmarla para evitar que también se

derrumbase. Se percató entonces de que Alfredo estaba tras ella y que estaba apartándola para abrazar a Lola. Marisa enmudeció al ver de nuevo en el rostro de su marido un gesto familiar para ella, pero ya casi olvidado. Era el mismo gesto de amor infinito que Alfredo no podía evitar cuando había tenido que consolar a su hija. Llego a tambalearse de la impresión al escuchar sus palabras y comprender que su marido había vuelto a la vida con Lola.

- Muchacha... no quiero oírte decir más esa sarta de bobadas... No llores ¡Por Dios! En esta familia ya hemos tenido lágrimas suficientes para toda una vida. Estás viva, ese cabrón está entre rejas. ¿Me has oído? Tú tienes que hacer todo lo que ese médico te diga para ponerte buena. Mi hijo va a volver. Y puedo jurarte que Héctor no se ha sentido insultado. Mi chico es un chico listo. No es un mequetrefe de tres al cuarto. Mi hijo te ha traído a casa y por lo tanto ya eres nuestra. ¿Lo entiendes muchacha? Me importa un carajo todo lo demás. Él te ha traído y punto. No hay más que hablar.... – Alfredo se había percatado de la mirada alucinada de su mujer y de sus futuros consuegros. Por fortuna sólo Marisa era consciente de que él acababa de pronunciar su discurso más largo desde la muerte de su querida hija Sonia pero... ¡Maldita fuera su estampa! si iba a consentir que la vida le arrebatase de nuevo la posibilidad de querer a una hija. Y él estaba seguro de que iba a querer a Lola y de que iba a quererla mucho.

Lola se enderezó al escuchar las palabras de Alfredo, por momentos, el tono de su voz le recordaba al de su hijo e incluso se hubiese reído del momento neandertal en el que declaraba que Lola ya era suya por el simple hecho de que Héctor la hubiese llevado a casa, si no fuese porque ese momento neandertal hacía que la ausencia de Héctor fuese más evidente para ella, ya que Héctor era el rey de los pensamientos neandertales. El discurso había detenido sus lágrimas y Alfredo accedió a soltarla para que pudiese saludar a su padre como era debido. Raúl, siempre paciente, había observado toda la escena esperando su turno para hablar. Como siempre, sus palabras fueron un fiel reflejo de lo sucedido.

- Lola... hija... eres muy afortunada – Le dio un beso en cada mejilla a modo de saludo como siempre solía hacer – Ahora tienes dos padres y dos madres velando por ti.

Los cuatro mantuvieron silencio antes las palabras de Raúl porque ninguno de ellos hubiese podido decir tanto con tan pocas palabras.

Ya era media tarde cuando Lola, acompañada por Gus, se dirigía a pasar el fin de



semana en aquel balneario de la sierra de Madrid. Lucía y Henry habían sido unos anfitriones perfectos, Marisa y Alfredo ya habían coincidido con ellos en otras ocasiones dado el estrecho vínculo que unía a sus hijos. Lucía estuvo especialmente cariñosa con ambas mujeres y al sentarse a la mesa advirtió a todos los presentes que lo sucedido el día anterior ya era pasado y no tenía lugar en esa mesa. Helena tomó su relevo al expresar que el motivo de aquella reunión no era otro que celebrar que, su querida amiga Lola, iba a iniciar la terapia que le permitiría salir del pozo en el que se había hundido. Y así fue. Fue una celebración, aunque Lola no consiguió dejar de pensar en Héctor ni un solo instante. Sonreía cuando notaba que alguien la miraba y asentía a su interlocutor aunque no tuviese la más remota idea de lo que le estaban diciendo. Sólo Helena parecía percatarse del dolor que recorría todo su ser al sentirse una mitad en medio de todos. No estaba sola, pero se sentía sola a pesar de estar rodeada de aquella gran familia. Mientras circulaban entre el denso tráfico de un viernes por la tarde en la ciudad, aprovechó para analizar una circunstancia que la había tenido preocupada desde que se habían sentado a comer. Era la primera vez en su vida que, a pesar de estar junto a su madre y a su padre, sentía que aquel no era su lugar. Ni tan siquiera cuando se había casado con Juan había dejado de sentir que ellos eran su verdadera familia. Ahora en cambio, seguían siendo su familia y eran una pilar fundamental en su vida, pero acababan de descender un puesto porque, y esa era la verdadera revelación de ese día, Héctor había ocupado su lugar. Héctor era ahora su familia, la persona con la que estaba dispuesta a pasar el resto de su vida. Lo veía con tanta claridad que no entendía cómo no se había dado cuenta de ello hasta ese momento. El hecho de que Anne hubiese regresado del colegio cuando ellos estaban en la sobremesa tomando el café le había enseñado una vez más la alegría que su inocencia provocaba en todos los presentes. Al principio Anne se encontraba algo cohibida ante tanta cara nueva y se sentó en el regazo de su padre permaneciendo muy atenta a la conversación que mantenían los adultos. Pronto se sintió segura y se fue acercando poco a poco, inevitablemente acabó sentada entre las piernas de Lola mientras ella le hacía la ya famosa trenza de princesas. Cuando finalizó, Anne se le colgó del cuello y anunció a voz en grito a todo el que la quisiera oír, que su amiga Lola era la mejor del mundo y que de mayor iba a ser peluquera como ella y que iban a estar juntas para siempre jamás. Todos estallaron en carcajadas al oírla. Todos menos Jack, quien, con los ojos entrecerrados y mirando a su querida hermana le aseguró, con una amplia sonrisa, que ella podía ser de mayor todo lo que quisiese ser. Lola, especialmente sensible, tuvo que esconder el rostro en el

cuello de aquella chiquilla que acababa de demostrarle que, aunque Lucía y Henry aún estaban presentes y ojalá lo estuviesen por muchos años, Anne ya pertenecía a otra familia, la que habían formado Jack y Helena, familia que estaba a punto de ampliarse con la llegada en unos meses del deseado heredero Anderson, su ahijado, el ahijado de Héctor. Iban a ser sus padrinos, a formar parte de la vida de ese pequeño, a pertenecer a su familia. Familia, familia y familia. Nunca se acababan, al contrario, crecían y se multiplicaban y ella quería seguir perteneciendo a todas aquellas que estaban presentes ante sus ojos, pero quería una por encima de todas las demás. La suya. La suya y la de Héctor. Ese anhelo tenía que ser la base sobre la que empezase su reconstrucción personal. El motivo para iniciar el lunes la terapia con fuerza . Volver a ser. Recuperar a Héctor. Compartirse pero pertenecerse. Gus, que había permanecido en silencio desde que salieron de la finca de los Anderson, interrumpió sus pensamientos.

- Queda una horita de camino ahora que por fin hemos salido de la ciudad. ¿Por qué no te recuestas y duermes un poco? Ha sido un día intenso.

- Lo ha sido – Reconoció Lola – Por cierto... ¿Has hecho tú esa maleta que va en el asiento de atrás?

Gus sonrió con socarronería.

- El jefe me cortaría las pelotas si me atrevo a remover el cajón de tu ropa interior. La he recogido en la boutique de Ruth.

- ¿Otra vez? – Lola elevó los ojos al cielo por el dispendio. Si Héctor hubiese estado presente lo regañaría. No podía hacerlo. No estaba. De nuevo la ausencia la golpeó. Miró a Gus y se atrevió a formular la pregunta que había querido hacer durante toda la semana. – Gus... ¿Está bien?... Héctor...es decir, él...

- No Lola. No me pidas lo que no puedo hacer.

- Lo siento – Sus disculpas eran sinceras. No pretendía ponerlo en un brete – Pensé que tal vez... si has hablado con él...

- No. No he hablado con él...

- De acuerdo... lo siento... no volveré a preguntar.... – Lola había perdido las ganas de conversar y se dedicó a mirar por la ventanilla del coche.

Gus estaba cabreado por no poder responder a las preguntas de Lola. Le tenía mucho aprecio y le jodía ver sus constantes bajones pero Héctor había insistido mucho en ese punto. Sin embargo, nada le impedía animarla.

- Escucha Lola. ¿Recuerdas las normas que hemos pactado?
- Sí – Lola respondió mecánicamente. – Tres mensajes al día. Avisar si me quiero ir antes y no salir del recinto. No me olvidaré, quédate tranquilo... creo que no te lo he puesto difícil hasta ahora.
- Cierto. Mira Lola...sólo puedo decirte una cosa. Procura hacer caso a ese médico y pronto volverás a verlo.
- Todos estáis muy seguros de eso y yo procuro haceros caso, sin embargo... tú mismo dijiste un día que las mujeres sólo traían problemas y a Héctor yo le he traído un carro así de grande – hizo un gesto con las manos para enfatizar el tamaño de sus problemas – de preocupaciones, disgustos y problemas.
- Puede ser que yo estuviese equivocado – Gus se reprendía por ser un bocazas.
- Tal vez... pero yo imagino que en este tiempo que pasaremos separados Héctor va a conocer a más mujeres. Está en Londres, está con Paul y su mujer, irán a alguna fiesta, saldrán a cenar y habrá muchas mujeres que se interesen en él. Mujeres guapas.
- Tú eres guapa – Constató Gus entre dientes.
- Gracias. Pero sabes a lo que me refiero. Mujeres muy guapas, alegres, simpáticas. La rabia por estar tan triste se reflejó en sus siguientes palabras. – Mujeres sanas... Gus... sin que tengan que ir a un puto loquero a que les ponga su cabeza en orden porque han pensado que su novio iba a darles una paliza. ¿De veras crees que tras conocer a una de esas mujeres voy a tener una segunda oportunidad? – Furiosa se enjugó las lágrimas – Voy a curarme, porque lo necesito, porque ya me lo merezco, llevo toda la semana fingiendo que todo va a salir bien al final, me engaño para no derrumbarme porque hay una posibilidad muy real de que lo haya perdido del todo y no puedo enfrentarme a eso ahora.
- Te equivocas. Y si vuelvo a oírte decir que estás loca o incluso si me entero de que lo estás pensando.... Te juro que voy y se lo casco a la mujer de Jack, te las verás con ella y te va a llamar de todo menos bonita.
- No serás capaz... está embarazada... no puede disgustarse.... – Ni de coña Lola iba a consentir que su amiga llevase un disgusto.
- Soy capaz de eso y mucho más. No me conoces....
- Gus... por favor te lo pido...

- Por favor te pido yo que dejes de pensar bobadas sobre mi jefe. Hazlo por ti, hazlo por él, hazlo por quien quieras pero hazlo ya... termina la terapia con éxito.

No iban a llegar a un acuerdo sobre ese tema. Ella no pensaba bobadas sobre Héctor, no le recriminaba nada, no le culpaba de nada. No podía haberse portado mejor con ella, no podía haberse sentido más querida, más amada y más protegida. Era ella la que lo había echado todo a perder. La culpable. Había visto el dolor en su rostro cuando se alejó de ella y esa imagen era la que se repetía en su cabeza una y otra vez desde el lunes. Superarlo, sí. Recuperarlo...eso era harina de otro costal.

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 24

*“Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida.”*

*Arthur Schnitzler*

El balneario estaba siendo toda una revelación para Lola. Nunca había pernoctado en un lugar tan tranquilo, apenas se oían ruidos en el recinto. La gente caminaba despacio, conversaba casi en susurros y respetaba la intimidad del resto de huéspedes. A pesar de que le habían informado de que la señora Anderson se había asegurado de que tuviese acceso a cualquier tratamiento de los que el balneario disponía, Lola rehusó todos y cada uno de los que le fueron ofrecidos. Veía a la gente pasar de una cabina a otra con aquellos albornoces blancos, parecían relajados y felices, pero ella no tenía el ánimo predispuesto para abandonarse y disfrutar de un masaje con plenitud. Sólo le apetecía una cosa y era lo que había hecho una y otra vez. El terreno alrededor del edificio central estaba lleno de jardines y senderos por los que pasear. Cada cierto tiempo, uno se encontraba con algún rincón íntimo en el que habían dispuesto solitarios bancos para que los paseantes se sentasen a descansar, a leer o a reflexionar. Lola leer no leía, ni se había traído su Kindle, ni hubiese podido concentrarse en seguir cualquiera de las novelas policíacas que le gustaban. Lola se sentaba, se sentaba en silencio, siempre en el mismo lugar. Era el más alejado del balneario, rara vez se cruzaba allí con otro huésped y eso le venía como anillo al dedo. Además el sitio era precioso y la había encandilado. El banco era como los de los parques, de madera, de los de toda la vida, lo especial del lugar era que estaba situado al borde de un estanque y que había grandes árboles alrededor, esos árboles tenían nidos de pájaros y su trino era la única melodía que Lola deseaba oír. Suponía que le recordaba al parque de Toledo al que solía ir a pensar, el mismo lugar en el que se había reencontrado con Héctor cuando él había ido a buscarla tras su huida de la boda de Jack y Helena. Cada vez que se sentaba recordaba ese momento, el abrazo, los besos, incluso en ocasiones tenía la sensación de percibir su olor. Nadie sabía que en su bolso llevaba el frasco del perfume de Héctor y que seguía rociando cada noche la almohada con su aroma. Inequívocamente a ese recuerdo le sucedían otros, todos felices, la primera vez que, después de tanto tiempo, se había sentido de nuevo mujer cuando Héctor le hizo el amor. El primer desayuno juntos, retazos de conversaciones, muchos “mi amor” y “mi vida”. Lo malo era que de inmediato surgían todos los errores que ella había cometido y los enumeraba uno a uno, empezaba por su exigencia de

que Héctor no la halagase con regalos, con su negativa a hablar de matrimonio, con sus miedos, sus reservas... y su relato mental finalizaba siempre con la visión de Héctor con las manos levantadas, caminando muy lentamente hacia atrás cual ladrón cogido en falta. Sólo que él no era un ladrón ni había cometido falta alguna. A continuación, siempre lloraba hasta que las lágrimas parecían agotarse, entonces se levantaba y regresaba al edificio para comer. La tarde del sábado su rutina había sido la misma, tampoco había variado la mañana del domingo. Entre medias, una noche en blanco más, dormitando a ratos pero sin lograr alcanzar un sueño profundo y reparador. Gus acudiría a recogerla a media tarde así que tras lograr comer la mitad de una ensalada, cogió una manzana del bufé y volvió al que se había convertido en su refugio. La rutina fue la misma y el relato mental no varió de sus versiones anteriores. Inevitablemente acabó llorando. Excepto los pájaros nunca había visto otro animal cerca del estanque, por eso se sorprendió al ver a un par de cachorros de gato que parecían perdidos. Se enderezó en el banco y buscó a la madre en los alrededores, no la vio. Estaba a punto de levantarse y apartarlos de un pequeño recodo que parecía más profundo que el resto cuando la vio aparecer, los dos gatitos seguían enredados uno en el otro, jugando ajenos al peligro. La gata se acercó y arrastró a uno de ellos lejos de la orilla. El otro, al verse solo, siguió a su mamá y también terminó a salvo. Suspiró aliviada y comprobó la hora en su reloj. Se levantó y, echando una última mirada al lugar, se dirigió de nuevo al balneario. Gus la recogería en media hora, al día siguiente empezaría su terapia y, tal vez ese fuese el primer paso para tener una nueva oportunidad de que su vida tuviese sentido.

Ya en la mañana del lunes Lola apagó el despertador antes de que éste comenzase a sonar. Estaba agotada tras otra noche en la que había alternado algún momento de sueño ligero con otros en los que, desvelada y con los ojos como platos, sentía la ausencia de Héctor en cada centímetro de su piel. Varias veces se encontró despierta y recordando haber soñado con los gatitos al borde del estanque, no entendía porqué había soñado con ellos. Además estaba inquieta y algo alterada, era debido a su último sueño o a su última pesadilla, no sabría cómo calificarlo. De nuevo soñó con Héctor, comenzó con un momento feliz, uno de aquellos momentos en los que tenían alguna conversación mientras él la retenía entre sus brazos, de repente no estaba entre ellos, estaba en los brazos de Juan, éste sonreía como un lunático y trataba de forzarla. Lola era capaz de sentir su aliento a alcohol, él era mucho más fuerte que ella y estaba muy asustada, temía acabar recibiendo una paliza. Se despertó sudando y entre escalofríos se sentó en la cama, respiraba agitadamente y no fue consciente de

que estaba llorando hasta que sintió las lágrimas caer sobre sus manos temblorosas. Tuvo miedo a sufrir una crisis de ansiedad y procuró tomar aire de manera sosegada. Intentó olvidar su pesadilla, apartarla a un rincón de su mente pero no fue capaz. A pesar de que faltaba más de una hora para que sonase el despertador decidió levantarse, tomó una larga ducha y procuró distraerse eligiendo cuidadosamente el look para su primera cita con el médico. Aún tenía vestidos por estrenar, pero no era capaz de hacerlo sin que los ojos de Héctor fuesen los primeros en verla con ellos. Podía parecer una tontería pero para ella tenía todo el sentido del mundo, así que se dirigió a la zona del armario en la que había colocado todo su vestuario antes de Héctor y mientras se vestía con unos clásicos pantalones de verano azul marino y una sencilla camiseta blanca se hizo una promesa, no volvería a ponerse aquellos vestidos hasta estar totalmente recuperada. Se calzó unas cuñas peep toe que llevaban años con ella y se dispuso a preparar el desayuno. Se llevó una sorpresa cuando se encontró con la mesa preparada con un sencillo pero completo desayuno. Gus estaba sirviéndole su té cuando levantó la cabeza y le ofreció una sonrisa comprensiva.

- Buenos días madrugadora...

- Gus... Buenos días...¿Te he despertado?... Lo siento... - Lola aceptó el vaso de zumo que Gus le tendió.

- He oído la ducha. No te preocupes por mí. ¿Has conseguido dormir algo?

Lola evitó responder bebiéndose el zumo de golpe y tomando una de las tostadas de pan con aceite que Gus había dispuesto en un plato, fue entonces cuando reparó en que a la mesa no le faltaba detalle y ese fue el pie que necesitó para cambiar de tema con rapidez.

- Vaya... vaya... Gus, nunca hubiese pensado que fueses capaz de hacerle a una chica un desayuno tan perfecto... tu madre hizo un buen trabajo contigo.

Gus sabía perfectamente que Lola evitaba decirle que no había dormido ni un par de horas seguidas en toda la noche, respetó su decisión a pesar de que, de seguir así, no le iba a quedar más opción que avisar a Héctor de que su mujer estaba perdiendo peso y ganando ojeras en la misma proporción. Ni siquiera el balneario había servido para eliminar el rastro de agotamiento de su rostro. Sólo él lo sabía ya que era el único que la veía al despertarse justo antes de que Lola hiciese milagros con todos los potingues que tenía en el baño. Dudó si responder a su pulla con otra de las muchas que guardaba en su repertorio para cuando quería parecer un tipo normal, sin embargo, sin saber muy bien cómo, ni por

qué, se encontró respondiéndole la sencilla y cruda verdad.

- No conocí a mi madre. Las monjas del orfanato me enseñaron buenos modales, era el requisito imprescindible para conseguir que nos dejaran jugar al balón en el patio.

Lola abrió la boca y la volvió a cerrar. No sabía que responder a la revelación de Gus, había intentado promover una conversación trivial y, en cambio, Gus le había dado acceso a una parte de su interior que estaba segura que solo era conocida por una pequeña minoría.

-Gus... lo siento... no pretendía...

- Tranquila Lola... eso forma parte del pasado. Acabemos de desayunar. Recuerda que hemos de recoger a Helena antes de acudir a tu cita.

Lola asintió ya que no tenía la mente lo suficientemente lúcida como para afrontar una conversación de ese calibre con Gus, por no mencionar que su estómago parecía estar revelándose contra el desayuno. Obvió las náuseas y se obligó a terminarse la tostada y el té.

El doctor Jorge Cisneros era un hombre joven. La última vez que había intentado ir a terapia en Toledo le había resultado imposible establecer la mínima confianza que Lola necesitaba para abrirse con aquel psicólogo de mediana edad. Esta vez fue diferente, Jorge, así había insistido en ser llamado, las recibió a ambas con una gran sonrisa a la puerta de la consulta. Era una estancia confortable, con muebles clásicos y oscuros. Lo que más le llamó la atención a Lola fueron los dos sofás chéster color café que ocupaban gran parte del espacio y que restaban protagonismo a la mesa de trabajo del psicólogo. Allí las acomodó a ambas y ellas aprovecharon para intercambiar una breve mirada de aprobación mientras Jorge se dirigía a su mesa para coger un portafolios donde Lola suponía iba a tomar sus notas. Aún estaba nerviosa y el estómago no había conseguido asentarse del todo cuando Jorge se situó frente a ellas acomodándose en el otro sofá. Al lado de Héctor, Jorge era un hombre bajito, con algo de sobrepeso y con un rostro totalmente convencional, lo único destacable era su cuidada barba rubia y unas gafas marrones de pasta que le daban el toque moderno a su anodino traje gris. Su voz era clara, serena y grave; le recordaba a la de su padre y eso hizo que pudiese relajarse un poco antes de afrontar los primeros minutos de su sesión.

- Muy bien Lola, en esta primera sesión no me importa que tu amiga Helena te



acompañe, pero he de advertirte de que es algo excepcional. Como deferencia a Laura, y ya que sois como su familia según me ha dicho, voy a permitir que al finalizar cada sesión pueda entrar unos minutos para que los dos le expliquemos qué tal te ha ido. ¿Estás de acuerdo?

Pocas opciones tenía, así que Lola se limitó a asentir.

- Gracias Jorge. Te aseguro que lo último que quiero es molestar. Todos queremos que Lola se recupere lo antes posible – Helena quería dejar claro que todos los amigos estaban volcados con Lola.

- Perfecto. Pues vamos allá. Lo primero que voy a decirte es algo que cae de cajón pero que, aun así, a veces es necesario explicar. Verás Lola, cada paciente es diferente y por ello cada tratamiento es distinto. En esta cita lo que voy a intentar es encontrar la terapia más adecuada a tu caso particular. Lo primero que necesito saber es qué efectos o qué consecuencias ha tenido para ti la violencia que has sufrido a manos de tu pareja. A esto lo llamamos hacer una evaluación psicológica.

- Pero doctor... - Lola rectificó rápidamente al ver el gesto del psicólogo – perdón... Jorge, pensaba que en la primera sesión iba a tener que relatar todo lo sucedido.

- Bueno... así es en la mayoría de los casos pero, afortunadamente, parece ser que tienes mucha gente alrededor deseando ayudarte. Tu abogado me ha enviado un dossier en el que hay un relato bastante detallado de tu historia. Seguro que sabes de lo que te hablo ¿verdad?

Lola asintió. Estaba visualizando el momento en el que Héctor había hecho entrega de la documentación a Carlos. Por entonces no pensaba que esos papeles acabarían en la consulta de un médico, sin embargo, ahora estaba enormemente agradecida de la previsión de su amigo y abogado.

- Lo sé. Me alegra no tener que relatar todo lo sucedido, además me alegra ahorrar tiempo. Necesito acabar la terapia lo antes posible.

- ¿Por qué?

Lola no dudó al responder.

- Quiero volver a ser yo, a ser la de antes, para poder arreglar la relación con Héctor que yo solita me he encargado de estropear.

- ¿Crees que es por tu culpa? Explícame eso con un poco más de detalle.

Lola tenía muy clara la respuesta porque ésta rondaba en su cabeza desde hacía tiempo.

- No he sido capaz de liberarme del todo de mi exmarido. He iniciado mi vida en pareja bajo los mismos parámetros que regían mi matrimonio. Para evitar molestarle he mantenido un perfil bajo, casi sumiso, le he impedido ser como él hubiese deseado y, al final, he acabado tratándolo como un maltratador, el peor insulto que podría infligirle jamás.

- Eres muy dura contigo misma Lola... Deja que te haga una pregunta ¿Cómo era vuestra intimidad como pareja?

Lola no esperaba tener que analizar el único aspecto de su relación que había funcionado. Miró a Helena dubitativa y ésta le ofreció una salida.

- Si prefieres estar sola te espero fuera – Helena quería que Lola se soltase de veras y, si su presencia era un impedimento, estaba decidida a sentarse en la sala de espera el tiempo que fuese necesario.

- No. Prefiero que hoy estés aquí – La respuesta de Lola era sincera. Miró al psicólogo y procuró no enrojecer al responderle – Nuestra intimidad era perfecta. Héctor quiso esperar hasta que yo estuviese preparada para volver a poder estar con un hombre. Fue muy paciente y una vez pasó... lo que quiero decir es que ahí no había problema. Ahí sí que conseguía olvidarme de todo.

Entre el informe detallado que había llegado a sus manos y esta breve conversación, Jorge estaba empezando a ver con claridad los problemas de Lola. Que hubiese conseguido recuperar la intimidad con otro hombre era un paso de gigante en la recuperación de una mujer maltratada y parecía ser que su pareja, Héctor, había hecho un excelente trabajo en devolverle la autoestima en ese tema. Sin embargo, las palabras de Lola destilaban otra serie de emociones conflictivas. Mostraba una cierta ira contra sí misma a la hora de juzgarse y condenarse como culpable en el fracaso de su intento de retomar una vida en pareja. Esa condena hacía que sus miedos ganasen demasiado peso. Había manifestado que mantenía una posición sumisa para no molestar a su pareja con la única finalidad de evitar perderla, nada que ver con otras relaciones de sumisión mutuamente consensuadas y que podían ser perfectamente sanas. En realidad lo que estaba manifestando era una total y absoluta falta de confianza en su persona. Puede que hubiese recuperado la autoestima en el aspecto físico de la relación, pero estaba claro que aún tenía que recuperar la confianza en el aspecto emocional. Además, como en tantos otros casos, el miedo de la paciente le había

permitido identificar, al mismo tiempo, y bien pronto para tratarse de la primera sesión, el objetivo y las expectativas que Lola se había marcado al iniciar su terapia. Lola quería volver a ser la mujer de antes de su matrimonio, pero estaba equivocada en una cosa, no podía volver a ser, como había dicho. Tenía que aceptar esa cicatriz, debería de aprender a convivir con ella y que, al finalizar la terapia, se transformase en un recordatorio de lo fuerte que había conseguido ser al dejar todos sus traumas atrás. Afortunadamente, parecía no tener problemas para relacionarse con los demás, tenía un sólido círculo de amigos y su pareja parecía un hombre cabal y dispuesto a luchar por su relación. Laura le había manifestado su disconformidad con que el chico hubiese decidido darle tiempo y espacio a Lola, sin embargo él estaba convencido de que Héctor sabía que sólo había una cosa capaz de hacer salir a Lola de la falsa zona de confort en la que había decidido vivir hasta la fecha, y esa cosa era nada más y nada menos que el amor. La emoción más importante que podía sentir el ser humano. El amor por unos padres, por unos hijos, por una pareja podía conseguir que lo imposible se convirtiese en realidad. Así, Jorge ya tenía todos los datos que necesitaba para perfilar una terapia, que, comparada con otros casos que había tenido, no iba a suponer un gran reto ni para él ni para Lola, que, sin saberlo, traía gran parte de los deberes hechos de casa.

- Muy bien Lola... Lo primero que necesito es que me expliques cómo Héctor hace que tú imagines que se van reproducir los patrones de conducta de tu exmarido.

Lola no había pensado que en esta primera sesión iba a hablar más de Héctor que de Juan. Había acudido a la consulta con unas ideas preconcebidas que parecían estar equivocadas.

- Pues... han sucedido varias cosas...

- Empieza por una y el resto saldrán solas....

- Bueno... - Lola se mordió un labio indecisa sobre cómo proseguir.

- Lola... - Jorge fue inflexible - ¿Qué es lo primero que hizo saltar tus alarmas cuando comenzasteis la convivencia?

- Los regalos...

- ¿Los regalos? ¿No te gusta que te hagan regalos?

- Supongo que sí – Lola no sabía cómo explicarse.

- Cuéntame por qué el hecho de que Héctor te hiciese un regalo traía a Juan a tu memoria.

- El caso es que... Juan hacía regalos sin ton ni son al comienzo de nuestra relación. Casi a diario aparecía con algún paquete y no eran las típicas flores o bombones... eran cosas lujosas, un perfume, una joya o un bolso, un pañuelo... pero todo de firma ¿sabes?

- Muchas mujeres estarían encantadas de tener un novio así.

- Y yo fui una de esas muchas – Tuvo que reconocer Lola pesarosa – Juan me deslumbró y no vi la realidad. A veces pienso en que tal vez me dejé comprar... En mi descarga tengo que decir que no conozco a muchas chicas capaces de resistirse a ser agasajadas de semejante manera – Lola miró a Helena y esbozó una sonrisa pesarosa – Bueno... Helena es una de ellas, yo, para mi desgracia no lo fui.

Jorge levantó la mirada del portafolios donde estaba tomando sus notas.

- No estamos aquí para valorar por qué Juan hacía eso, sin embargo, he de decirte que existen personas con baja autoestima que piensan que para ser aceptados necesitan realizar exageradas muestras de su supuesta valía. Su intención con esos regalos desmesurados suele ser demostrar, en este caso ante una mujer, que ellos son mejores que otros hombres. Por descontado, ningún hombre normal agasaja diariamente y sin control a su pareja. Muchas de esas mujeres caen en sus redes porque están en una etapa difícil, se sienten solas, han sufrido algún cambio reciente en sus vidas. ¿Por qué crees que te deslumbró?

- Pues visto así, es cierto que yo era nueva en Madrid, vivía sola, era la primera vez que estaba sin mis padres cerca y aún no conocía a nadie aquí. Apenas tenía amigos con los que salir y la peluquería estaba arrancando. Él llegó como un salvador, me presentó a muchos clientes, me invitó a salir, parecía preocuparse por mí pero... - Lola levantó la mirada angustiada – Creo que en el fondo yo sabía que aquello no estaba bien. Sus valores no coincidían con los que mi familia me inculcó, humildad, prudencia, discreción... a pesar de ello... cerré los ojos y me casé con él.

- No debes ser tan dura contigo misma Lola. Estabas en una época de transición y si te sirve de consuelo, es cierto que pocas mujeres hubiesen sido capaces de distinguir las verdaderas intenciones de tu exmarido, y desde luego las que lo hubiesen hecho serían mujeres mucho más experimentadas de lo que tú eras por

aquella época – Para Jorge era importante eliminar el sentimiento de culpa de Lola. Ese era uno de los rasgos más típicos de las mujeres maltratadas – Además cuando de verdad empezó tu matrimonio todo se destapó y finalmente, según mi opinión profesional, has conseguido salir bastante entera de todo esto.

- Soporté un año su maltrato – Lola no consideraba que eso fuese salir indemne de su matrimonio.

- Cierto, lo he leído. Pero también he leído que en cuanto tu familia fue consciente de tu problema no dudaste ni un minuto en salir de aquella casa cerrando la puerta por fuera – Jorge se ajustó las gafas con su dedo índice dispuesto a comenzar ya su terapia – Tengo que decirte que eso que tú hiciste sin titubear es lo más difícil, eres de las pocas mujeres que he tenido en mi consulta que han sido capaces de no caer en la tentación de volver con su maltratador. Eso hubiera sido un error y tú no lo has cometido. Estoy seguro de que sabes tan bien como yo que ese error suele traer aparejadas consecuencias fatales.

- Lo sé – A Lola no le quedaba más remedio que reconocerse la valentía que Jorge le estaba atribuyendo, sobre todo porque tenía un ejemplo bien cercano de esas consecuencias fatales – Sonia, la hermana de Héctor, fue una de esas mujeres de las que hablas. Ella no fue capaz y le costó muy caro, le costó la vida.

Jorge no sabía que la hermana de Héctor había sido una víctima de la violencia de género. Eso le daba una nueva dimensión al papel de la pareja de Lola en toda esta historia, sinceramente, le hubiese gustado conocerlo, y así se lo manifestó.

- Me gustaría conocer a Héctor.

- No es posible – Al oírlo, Lola se echó a temblar en el sofá y tuvo que hacer un esfuerzo considerable por retener el desayuno en el estómago – Héctor no está aquí. Por mi culpa...

- Otra vez con tu culpa... Lola... a ver... cuéntame el episodio que desencadenó todo.

Lola no fue consciente del tiempo que estuvo hablando, solo supo que cuando terminó el relato su rostro estaba anegado en lágrimas, miró a Helena, a ella también le costaba retenerlas y Jorge les tendía a ambas sendas cajas de pañuelos de papel mientras tomaba algunas notas.

- Bien. Tómate un respiro... tú también Helena... - Jorge se levantó y fue hacia su mesa, no tenía nada que hacer, la sesión estaba prácticamente finalizada y

había ido mejor de lo previsto porque Lola había conseguido sacarlo todo para fuera sin reservarse nada.

Helena apretaba con fuerza la mano de Lola mientras ambas se recomponían.

- Lola cariño... lo has hecho muy bien.

-¿Entonces por qué lloras?

- Porque soy una embarazada muy sensible que te quiere mucho.

- Yo también te quiero a ti. Helena... gracias por venir...

- Bobadas... ahí viene Jorge, a ver que te dice ahora.

Jorge había escuchado toda la conversación y estaba contento por su paciente, con semejantes apoyos la terapia iba a resultar pan comido, incluso era posible que en apenas un mes Lola hubiese conseguido dejarlo todo atrás. Realmente sólo le quedaba un pequeño paso y estaba claro que era una mujer muy fuerte porque había llegado a él en mucho mejor estado de lo que hubiese cabido esperar.

- Muy bien Lola... hoy es lunes y volveré a verte el viernes. No suelo dar dos citas en la misma semana pero en tu caso voy a hacerlo porque no esperaba encontrarme con una mujer que tuviese tanto trabajo ya adelantado. Créeme cuando te digo que eres una mujer muy fuerte, casi lo has conseguido sin ayuda profesional y eso no es para nada lo habitual.

- ¿Tú crees? - Lola no tenía nada que objetar a tener las citas tan seguidas pero le sorprendía la consideración del psicólogo.

- Lo sé Lola. Verás – Jorge enumeró con los dedos – Has recuperado tu intimidad con una nueva pareja y sin traumas, has conseguido ponerte cara a cara con tu agresor y hacer algo por defenderte, con eso has demostrado que has tomado las riendas para cerrar definitivamente este capítulo y, con él fuera de juego, creo que no me equivoco si me aventuro a decir que has dejado de sentirte amenazada.

- Es verdad, pero sigue en mi cabeza... - Lola se explicó – Yo necesito estar segura de que la próxima vez que vea a Héctor, mi exmarido no va a interponerse entre nosotros.

- Pues lo primero que vas a hacer es practicar técnicas de relajación. Vas a hacerlo aunque no estés estresada, y por supuesto, cuando tengas alguna de esas

pequeñas crisis de ansiedad. Eso va a ayudarte a ser dueña de ti misma, a dejar la mente en blanco y a no dejarte vencer por los malos recuerdos.

- Nunca lo he hecho antes – Lola tenía unas ganas enormes de empezar ya.

Jorge asintió al tiempo que comenzaba a explicarle cómo quería que practicara una respiración profunda, es decir, que inspirase, retuviese el aire y lo expulsara de forma lenta y rápida, pero sin llegar a forzar las distintas fases de la respiración.

- Luego está la llamada técnica de relajación de Jacobson. Lo que debes hacer es tensar todos los músculos que se tensan en una situación de ansiedad para luego obligarte a relajarlos conscientemente.

- Suena más fácil lo de respirar – Apuntó Lola.

- Lo es, pero con la práctica continua de esta técnica lo que vas a conseguir es relajarte en situaciones en las que antes hubieses considerado imposible hacerlo. Sólo debes ser constante. ¿Podrás?

- Podré – Afirmó rotunda.

- Pues entonces, vamos a ello. Os enseñaré a hacerlo. A ti también te vendrá bien Helena.

Tras repetir los ejercicios varias veces, ambas amigas se despidieron de Jorge llevando consigo una nueva cita para el viernes a la misma hora y con el recordatorio de que Helena debía esperar en la sala de espera. Lola acompañó a Helena a saludar a Laura cuya consulta estaba un par de pisos más abajo que la de Jorge y salió de allí con una sonrisa al recordar cómo la ginecóloga había aprovechado la ocasión para recordarle a Helena los cuidados que necesitaba llevar a cabo. Todos se volcaban en mimarla y es que su amiga los había asustado tanto que la alegría de verla recuperada era enorme. Por su parte, Laura se interesó por Lola y le quitó importancia a las muestras de agradecimiento que éste le había intentado transmitir, sin embargo, fue implacable en agendarle una cita para una revisión completa cuando se enteró de que Lola llevaba casi dos años sin hacerse un chequeo. Observando las dos tarjetas de citas en su mano Lola tenía la sensación de que estaba en el buen camino. Tenía unas instrucciones precisas y concretas para entrenar la relajación y era consciente de que, una vez retomadas sus relaciones sexuales, necesitaba hacerse un chequeo ginecológico completo.

Al salir a la calle Lola se sorprendió al no encontrar a Gus esperándola. Helena no parecía sorprendida y eso le indicó que habían conspirado a sus espaldas. Jack y Carlos las esperaban con los brazos abiertos. Siguiendo escrupulosamente su costumbre y las indicaciones de Lola, Jack envolvió a su mujer en sus brazos y la besó con pasión sin importarle las miradas de sus amigos y del resto de los transeúntes. Lola sonrió mientras veía a Carlos poner los ojos en blanco al tiempo que la rodeaba con un brazo y la saludaba con un beso en ambas mejillas.

- No te reirás tanto cuanto te toque a ti – Le advirtió Lola.

- Estoy vacunado... Nena... ¿Qué tal te ha ido? - Carlos estaba realmente preocupado por Lola. La quería mucho, igual que a Helena, pero no podía estar tan presente en su vida como lo había estado en la de su amiga cuando Jack la cagó. Héctor había dejado a Lola al cuidado de Gus y éste cumplía con creces con su trabajo, por ello, la presencia constante del abogado no era tan necesaria.

- Me ha ido bien. Gracias Carlos, el haberle mandado el expediente a Jorge ha adelantado mucho la terapia. No sé cómo se te ha ocurrido pero me alegro de que lo hayas hecho y de que ese maldito expediente por fin sirva para algo.

- Me gustaría apuntarme el mérito pero no puedo. Ha sido idea de mi hermana. Me ha visto preocupado y no ha parado hasta averiguar el motivo. Le he contado lo que podía sin traicionar tu confianza y ella me ha sugerido lo de enviar el expediente. Verás, María estuvo en terapia por acoso en el trabajo y me explicó que lo peor había sido relatar desde el inicio toda su historia, que si su médico la conociese de antemano se hubiese ahorrado algún mal trago.

- Vaya... lo siento en el alma por tu hermana. Dale las gracias, ha acertado, Jorge ya estaba al tanto de todo lo sucedido en mi matrimonio y hemos podido centrarnos en la etapa actual... el viernes tengo que volver... me ha dicho que va a ser un caso fácil porque considera que ya estoy bastante recuperada, parece ser que esperaba encontrarme peor.

- ¡Esa es mi chica!... Nena... hay que celebrarlo... he reservado mesa en El Rigoletto para comer.

Lola no pudo responder ya que comenzó a temblar al recordar, como si la estuviese viviendo de nuevo, la primera vez que vio a Héctor en la barra del restaurante italiano. Su primera cita, su primer beso tras su matrimonio, la primera noche que habían dormido juntos. Los ojos se le humedecieron y no supo que Helena y Jack se habían acercado hasta que escuchó a su amiga regañar



a Carlos.

- Abogado... no me lo puedo creer... de todos los benditos restaurantes italianos que invaden Madrid a ti no se te ocurre otra cosa que reservar mesa en el lugar en el que Héctor y Lola se conocieron.

- ¡Hostia puta!.... Joder.... - Carlos estaba arrepentido y se dirigió a Lola sosteniéndola por los hombros – De veras que lo siento nena... no lo sabía... lo juro... de haberlo sabido nunca lo hubiera hecho... llamaré ahora mismo para cancelarlo.... - Carlos no podía soportar aquellos ojos azules brillantes por las lágrimas que estaban a punto de derramarse – Venga... Nena... Lola... no llores por favor... anulo la reserva ahora mismo.

Lola negó con la cabeza tomándose un minuto para respirar tal y como Jorge le había indicado.

- No. Iremos. Si el destino ha querido que el primer día de mi terapia coma donde fue mi primera cita con Héctor por algo será. No te preocupes. No es tu culpa.

- No va a ser fácil.... - Helena sabía de lo que estaba hablando – Tal vez sea mejor otro sitio. Todo te va a recordar a Héctor...

Los tres amigos enmudecieron con la respuesta de Lola y se limitaron a asentir conformes.

- Helena... todo en mi vida me recuerda a Héctor. Duermo en su cama sin él, me despierto cada mañana sin él. En el armario está su ropa, en el baño están sus cosas. Utilizo su coche. Gus no me deja ni a sol ni a sombra, es un gran chico, pero no lo quiero a él a mi lado, quiero a su jefe. Quisiera que fuese Héctor el que estuviese en esta acera junto a vosotros. No lo está. Por favor... ayudame a dar esos primeros pasos que acorten la distancia que nos separa. Por favor... lo necesito.

Después de comer, Gus la recogió en el restaurante y dejó en el ático a una Lola agotada mientras él salía a hacer unos recados con la promesa de que no se movería de casa. Lola le juró y perjuró que estaba agotada y que sólo quería echar una siesta. No podía más con ella misma y sentía que sus sentimientos la aplastaban. Helena había tenido razón. Había sido muy duro afrontar la comida en El Rigoletto, a pesar de los esfuerzos de Jack y de Carlos por distraerla de los recuerdos que sin cesar acudían a su mente. El resultado de mantener una calma aparente y de practicar casi sin descanso los ejercicios que Jorge le había

prescrito era un cansancio general que, unido a un leve malestar estomacal, hizo que se desplomase vestida en la cama. Apenas fue consciente de abrazar la almohada con el olor a Héctor antes de quedarse dormida.

Gus estaba saliendo del supermercado cuando recibió una llamada inesperada. El tono asignado a Héctor hizo que contestase con rapidez.

- Jefe.

- Gus – Héctor estaba mirando por la ventana de un pub en una calle perdida de Londres - ¿Ha ido al médico?

- Sí – Gus sabía que su jefe quería respuestas concretas y concisas. Si deseaba ampliar la información, él mismo solía pedirlo.

-¿Está bien? - A Héctor le temblaba la mano que sostenía la pinta de cerveza negra. Se había resistido a llamar a Gus. Hacía una semana de su marcha y había procurado mantener la cabeza ocupada, sin embargo, la cancelación a última hora de una cita con un proveedor había hecho flaquear sus fuerzas al encontrarse sin nada que hacer durante un buen rato. El pub había sido la solución más fácil.

- Jefe... esa pregunta tiene trampa... si te digo que bien, te miento, si te digo que mal vendrás corriendo y no sé si eso es lo que quieres hacer. Vamos a dejarlo en que sobrevive, sólo eso.

Héctor colgó sin responder porque Gus tenía razón. El anhelo por coger el primer vuelo, presentarse en Madrid y arrodillarse ante ella pidiéndole mil disculpas era mayor ahora que antes de marcar el número de su empleado. Se sentía solo a pesar de que Paul y Susan eran una compañía inmejorable e incluso lo habían invitado a alguna fiesta. Héctor había asistido por no hacerle un desprecio a su anfitrión pero estaba empezando a odiar a todas aquellas mujeres solteras que recorrían la alta sociedad en busca de un marido cuya cartera pudiese mantener su estilo de vida, incluso se sentía aún más contrariado al comprobar el número de mujeres casadas que buscaban diversión a espaldas de sus maridos viejos pero ricos. Gran parte de la alta sociedad inglesa no encajaba en su estilo de vida al igual que no lo hacía cierta parte de la llamada alta sociedad madrileña. Sólo necesitaba sentir un cuerpo delgado acurrucado en sus brazos, una perfecta nariz respirando su pecho, un suave cabello rubio bajo su barbilla y que aquellos ojos azules no pudieran esconderse de él. La quería. ¡Dios cómo la quería! No había creído a Jack cuando le advirtió de que estaba

loco por abandonar a Lola. No sólo lo estaba pasando mal. Estaba roto por dentro. El día en que Lola se había enfrentado sola a su exmarido había sido el peor de su vida, no exageraba, quería mucho a Sonia, y aún lloraba su pérdida, pero la sensación de ahogo que había tenido todo el día hasta recibir el mensaje de Gus era indescriptible. Paul había percibido su estado y lo había obligado a subir a la máquina de correr que había en el sótano de la mansión y eso había hecho, correr hasta caer desplomado y sin fuerzas. Luego se había echado a llorar cuando supo que su mujer había salido indemne de todo aquel despropósito contra el que había estado en contra desde un principio. Susan lo encontró así, apoyado en la pared, con la cabeza escondida en las manos y sollozando como un crío de dos años. Aquella bendita mujer se sentó a su lado y no tuvo reparos en abrazarlo a pesar del sudor pegajoso que corría por su cuerpo. Con una sonrisa había intentado animarlo al decirle que estaba convirtiéndose en una tradición para ella el tener que consolar a españoles enamorados. Fue entonces cuando Héctor se acabó de romper y le relató de un tirón su historia con Lola. Susan se limitó a escucharlo sin interrumpir, para al final lanzarle un único mensaje, le había dicho que a pesar de que los cuerpos pudieran separarse, las almas enamoradas jamás lo hacían. Héctor repetía a diario ese mantra rogando que Lola no lo considerase un cobarde por dejarla sola. Se había creído en posesión de la verdad, había sido tan arrogante que ni siquiera había consultado con un psicólogo lo acertado de su decisión y ahora, ahora rezaba para que otro no se interpusiese en su camino y le arrebatase a la mujer de su vida. Su teléfono sonó y el nombre de Paul apareció en la pantalla. Se bebió la pinta de un trago y antes de responder murmuró al aire una promesa. “Mi vida... ya queda menos mi amor... voy a quedarme aquí para cumplir mis compromisos con Paul pero, en cuanto pueda, voy a por ti, sólo un gilipollas como yo podía haber hecho esto.”

\*\*\* \_ \*\*\*

## CAPITULO 25

*“A veces falta una persona y parece que el mundo entero está despoblado.”*

*Alphonse de Lamartine*

Gus observaba indeciso a Lola, estaba tendida sobre la cama. Había tardado un par de horas en hacer los recados, le había llevado otra hora ordenar las compras que había hecho para surtir la despensa de casa y contestar algunos correos de Luis. El jefe de seguridad de todos los locales de Héctor, a pesar de que era un tipo competente e independiente, en ausencia del jefe siempre solía pedirle su opinión sobre la mejor manera de proceder con éste o aquel problema. Aunque que eran dos gallos en el mismo corral ninguno se metía en el trabajo del otro y como Gus trataba a Daniela; la camarera del Chances y prometida de Luis, con extrema cortesía, se había ganado el respeto de su compañero. En total sumaban algo más de tres horas desde que Lola había caído exhausta en la cama y decía caído porque ni siquiera había sido capaz de ponerse cómoda y seguía vestida con ropa de calle. Se acercó sigilosamente y le tocó la frente para ver si tenía fiebre o se encontraba mal, su respiración era normal y sosegada, eso lo tranquilizó. Supuso que por fin había conseguido agotarse lo suficiente como para dormir varias horas de un tirón después de una semana sin descansar. Se disponía a salir de la habitación cuando la oyó murmurar, se volvió rápidamente pensando en que se había despertado y se acercó para comprobar que seguía dormida como un tronco pero que, arrugando la nariz y con el ceño fruncido decida algo sobre unos gatitos en peligro. Se encogió de hombros y se dispuso a dejarla descansar, si para la hora de la cena no se había levantado, la despertaría para que comiese algo. No había perdido mucho peso, sin embargo, era una mujer delgada y un par de kilos menos se notaban bastante.

Lola se despertó desorientada. No sabía qué hora era, si era por la mañana o por la noche. Se sentó en la cama y observó que estaba vestida con la ropa con la que había ido a la consulta del psicólogo y recordó que nada más llegar se había tirado en la cama tras prometerle a Gus que no saldría de casa sin él. Se sentía sucia y, mirando el reloj, comprobó que eran ya la siete y media de la tarde, había dormido algo más de tres horas y necesitaba una ducha urgentemente. Se levantó y se tuvo que apoyar en el cabecero de la cama cuando se tambaleó. Lola solía tener la tensión baja y, a veces, si no comía lo suficiente se mareaba. Hoy apenas había jugueteado con la lasaña vegetal que había pedido, sabía que debía comer algo más, pero el desayuno era la única comida del día que le apetecía.

Ahora se había despertado con hambre así que después de la ducha se prepararía algo para merendar o, dada la hora que era, más bien para cenar. Al salir de la habitación un delicioso aroma la condujo hacia la cocina. Ya no se sorprendió al ver la mesa puesta y a Gus ayudándose con un plato para darle la vuelta a una tortilla de patata que presentaba un aspecto delicioso.

Gus levantó la mirada al percibir a Lola en la puerta, estaba realmente guapa con aquel sencillo pijama de algodón azul clarito con una gran mariposa de colores en la camiseta. Volvió a pensar en que Héctor era realmente afortunado al contar con aquella mujer en su vida, no sólo porque era guapa sino porque él si iba a tener la certeza de que Lola estaba enamorada de él. Aquella mujer estaba haciendo todo lo posible por superar sola sus traumas para poder recuperar su relación. Nunca ninguna de las mujeres con las que había estado hubieran sido capaz de hacer algo así por él y, aunque seguía siendo un cínico en lo que a las mujeres se refería, en estos últimos días estaba empezando a cuestionarse sus propias opiniones. Aún le entraban sudores fríos si pensaba en la posibilidad de enamorarse pero había dejado de reírse de ello.

- ¿Has descansado?

- Parece que sí. Eso huele realmente bien – Esta vez Lola no quiso bromear sobre sus habilidades culinarias, no quería llevarse más sorpresas con Gus.

-¿Tienes apetito? - Gus le indicó con un gesto de la cabeza que se sentase a la mesa mientras él le servía una buena porción.

Cenaron en silencio. Lola comenzó a comer con bastante apetito pero a la mitad se detuvo. El estómago se le cerró de nuevo y no pudo comer más. El silencio había provocado que su mente vagase sin rumbo y casi siempre que eso sucedía acababa pensando en Héctor. Era él el que debía estar cenando a su lado, él nunca permitiría que ella estuviese mucho rato en silencio, siempre encontraba la manera de hacerla hablar. Era Héctor el que debía acurrucarla esta noche y ella no debería meterse en una cama fría rociada con su puerfume. Era él, y no Helena, el que debía acompañarla a terapia. Jorge decía que ella no era culpable de cómo se sentía y se sorprendió de que, esta vez, junto con la angustia y el desconsuelo, el enfado hubiese aparecido entre sus ya conocidas emociones. Levantó la mirada y se encontró con que el grandullón la estaba observando desconcertado.

-¿Qué pasa? - Le señaló con un dedo el plato - ¿No vas a terminártelo?

- Creo que debo volver a mi apartamento – Lola hizo caso omiso a su pregunta.
- No me jodas... Lola... ¿A qué coño viene eso?
- Incluso creo que debes de volver a lo que quiera que sea que haces para Héctor... cualquier cosa menos ser mi niñera.
- Pero... - Gus estaba empezando a mosquearse de verdad - ¿Qué cojones te pasa ahora?

A Lola no le intimidó el tono de Gus y lo encaró con una renacida seguridad en sí misma que intentó manejar lo mejor que pudo.

- Me pasa que estoy cansada. Cansada de ser buena, de ponértelo fácil a ti, a Héctor, a todo el mundo en general. No pienses que no agradezco lo que has hecho por mí esta semana, lo agradezco y lo valoro, pero ahora que mi exmarido estará en al cárcel mucho tiempo, ya no estoy en peligro. No tengo miedo y creo que es hora de que vuelva a mi casa. Héctor no está aquí... - tragó saliva para armarse de valor – ni siquiera se dónde está, supongo que en Londres con Paul pero...

- Vamos a ver... si yo me aclaro – Gus notaba que estaba perdiendo aquella batalla - ¿No era tu intención recuperate e ir a buscar a Héctor para que podáis volver a estar juntos? - Prosiguió cuando la vio asentir - Dime por qué no puedes hacer todo eso desde aquí.

- Porque quiero esta sola, porque aunque estoy rodeada de vosotros estoy sola y he decidido que no quiero estar aquí suponiendo cosas. Quiero enfrentarme a mi realidad. No quiero seguir en esta casa si él no está. No quiero que tú me protejas, quiero que sea él, si aún quiere, el que lo haga.

- Sabes que es así. Sabes que está en Londres. Sabes que está pendiente de ti y que se preocupa. Sabes que esto es temporal.

- Lo que sé es lo que he decidido.

- Así de simple... Te echas a dormir y te levantas dando un giro de ciento ochenta grados a tu forma de ver las cosas.

Lola se limitó a encogerse de hombros y asentir. Era como si se hubiese quitado un peso de encima.

- No voy a convencerte de que te quedas aquí ¿verdad?

Lola negó con la cabeza.

- Me lo vas a poner difícil. Sabes que voy a informarle de todo y que voy a seguir pendiente de ti.

Lola esbozó una sonrisa.

- Tú haz lo que tengas que hacer... pero termínate esa tortilla y llévame a mi casa.

Gus asintió resignado y se preparó mentalmente para la bronca que iba a recibir de su jefe en cuanto le comunicase que había dejado a Lola en su viejo apartamento. Eran casi las once de la noche cuando salió de allí dispuesto a pasar la noche en el coche vigilando el portal del edificio. Marcó el número de Héctor en el móvil, aquella no era una noticia que pudiera darse a través de un correo electrónico.

- Gus – Héctor estaba extrañado y asustado por la tardía llamada de su empleado.

- Jefe. Tengo que contarte algo.

Héctor se mantuvo en silencio mientras Gus le relataba cómo había transcurrido la tarde de Lola. En un primer momento estuvo a punto de gritarle a Gus por haber cedido a los deseos de Lola, sin embargo, en su cabeza resonó algo que en principio había pasado por alto en el relato de Gus. Lola se había enfadado. Tardó unos segundos en procesar lo que eso significaba y, cuando lo hizo, estuvo tentado en reírse a carcajadas. Pudo imaginar la cara de sorpresa de Gus cuando le respondió.

- De acuerdo Gus. Lo que ella diga está bien.

- Pero jefe... ¿Mi misión sigue en pie? - Gus estaba empezando a dudar de la cordura de aquella pareja. Ahora era Héctor el que daba un giro de ciento ochenta grados.

- Yo no he dicho lo contrario. Pero sé discreto y quiero que dejes de informarme diariamente de lo que hace Lola ¿Entendido?

Gus no entendía nada pero respondió afirmativamente antes de colgar y volver a su idea original de que, eso de enamorarse hasta las trancas, no compensaba en absoluto.

Héctor colgó el teléfono y se recostó en la cama de la suite que Paul había dispuesto para él. Tenía una gran sonrisa en el rostro, las cosas parecían ir bien. Lola se había enfadado, había tenido la valentía de imponerse a Gus y a sus

deseos. Imaginaba las bruscas palabras que su empleado le habría dirigido y aun así su mujer no se había amilanado. Tampoco había tenido miedo de contrariarle a él y eso era la mejor noticia que podía haber recibido en el comienzo de su segunda semana sin Lola. Aunque cualquiera pudiera pensar que estaba loco, Héctor conocía al dedillo el devenir emocional de Lola, había convivido con él y era una señal excelente el que hubiese defendido hasta el final su parecer. Por supuesto que no iba a dejar de velar por su seguridad desde la distancia e imaginó que ya quedaba menos para sentirla de nuevo entre sus brazos, para volver a estar dentro de ella. De corazón esperaba que aquella fuera la primera y la última separación que iban a vivir, una vez se reencontrasen jamás consentiría alejarse de su lado otra vez. Miró una foto en su móvil, Lola le sonreía mimosa posando para él en el Retiro. “Te quiero mi amor” le susurró al tiempo que imaginaba un dulce beso.

Lola estaba llorando acurrucada en su cama. El apartamento estaba tal cual lo había dejado antes de huir a Toledo el día de la boda de Helena. Sin embargo no era el mismo, Héctor también había dejado su presencia allí, en aquella casa, en aquella cama. Ella no era la misma y estaba empezando a comprender que tampoco podría volver a ser la misma que antes de su exmarido. Todo lo vivido desde que había puesto un pie en Madrid había conformado una nueva mujer. Estaba empezando a descubrir a esa nueva mujer al comenzar a salir del cascarón en el que se había refugiado con Héctor. Sólo le quedaba confiar en que el amor que los había unido fuese lo bastante fuerte cómo para esperar el tiempo que restaba hasta que Jorge considerase que Lola podía dar por terminada la terapia. Ni se molestó en enjugarse las lágrimas, se adormeció y se estremeció al sentir un hormigueo en sus labios. Sin saber porqué le susurró un te quiero a su almohada perfumada con el aroma de Héctor.

A lo largo de la semana Lola había visto en la distancia a Gus que continuaba vigilándola aunque había dejado de ser una presencia constante a su lado. Suponía que había informado a Héctor de su nueva situación y no sabía exactamente cómo debía interpretar que sus deseos fuesen respetados. Por un lado se sentía halagada y satisfecha, por el otro lado comenzaba a pensar que tal vez ella hubiese dejado de importarle a Héctor. Ese dilema era la consecuencia de haber reprimido su carácter, como siempre había procurado no contrariarlo ahora se encontraba con que no sabía interpretar las reacciones de Héctor. Ya era jueves y había quedado con Carlos para acudir a la comisaria a fin de que le tomasen declaración sobre su papel en la operación para detener a Juan y para



formalizar aquella denuncia por acoso y violencia de género que, en su día, le habían recomendado posponer. Les había atendido Jaime y se lo había puesto tremendamente sencillo, en apenas una hora habían terminado todos los trámites y ahora sólo quedaba esperar a que se celebrasen los juicios para zanjar definitivamente esa historia. Jaime le había asegurado que, hasta entonces, no había ninguna posibilidad de que Juan saliese en libertad. Cuando se despidieron con un apretón de manos, Lola se sorprendió cuando Jaime le entregó una tarjeta de visita con su número de teléfono personal diciéndole que quedaba a su disposición para cualquier cosa que pudiese necesitar en el terreno profesional o personal. Lola se había limitado a asentir. De camino al sitio elegido por Carlos para comer Lola sostenía pensativa aquella tarjeta.

- Otro que ha caído en tus redes – A Carlos no le habían pasado desapercibidas las intenciones de Jaime y aunque en un principio le había molestado que intentasen levantarle la novia a su amigo delante de sus narices, cuando vio el desconcierto de Lola casi sintió pena por aquel agente. No tenía la más mínima oportunidad de desbancar a Héctor en el corazón de aquella rubia.

-¿Cómo dices?

- Jaime, el inspector, que está interesado en tí.

- Estás de broma... - Lola no creía ni por un minuto que eso pudiese ser verdad – Sólo estaba siendo amable.

- Ja ja ja....ya sé yo el tipo de amabilidad que estaba dispuesto a ofrecerte – Carlos estaba siendo sarcástico – Pobre infeliz, no tiene ninguna oportunidad frente a Héctor.

- ¿No? - Lola estaba molesta porque todos daban por sentado que Héctor y ella seguían juntos.

- Ni de broma... - Carlos no había detectado el tono crispado de Lola.

- Pues déjame decirte que Héctor no está aquí tendiéndome la mano y Jaime sí lo ha hecho.

Las palabras tan inesperadas de Lola hicieron que Carlos perdiese momentáneamente la concentración y tuvo que frenar con brusquedad para evitar que se saltasen un semáforo en rojo.

-Joder Lola... no bromees cuando voy conduciendo.

- No estoy bromeando – Lola estaba sorprendida de su serenidad – Estoy

constando un hecho.

Carlos detuvo el coche a un lado de la carretera dispuesto a defender a su amigo y se giró en el asiento para enfrentar a Lola.

-Sabes que para Héctor ha sido de todo menos fácil tomar la decisión que ha tomado. No me puedo creer que ahora estés echándole en cara su ausencia.

- ¿Acaso no tengo derecho a hacerlo? - Ahora sí que estaba enfadada – Todos, y cuando digo todos yo también me incluyo, habéis aceptado como correcta la decisión de Héctor. Reconozco que era el empujón que necesitaba para decidir someterme a terapia, sin embargo, ahora, tras una semana agotadora, sin dormir, cansada de llorar y de sentirme sola empiezo a preguntarme si no había otra manera.

- Lola.... Odio hacerlo... pero te recuerdo que te asustaste al pensar que Héctor iba a pegarte – Recordárselo era jugar sucio y Carlos lo sabía.

Lola abrió y cerró la boca asombrada por la ruda franqueza de su abogado y amigo. Sus palabras la hicieron aterrizar de golpe y tomar conciencia de que realmente el enfado que había empezado a sentir no era justo para ninguno de los dos ni tampoco les iba a ser de utilidad. Si era franca, tenía que reconocer que no podía traspasar a Héctor la responsabilidad por sus flaquezas y debilidades. Lo echaba tanto de menos que lo fácil era culparlo a él por todo lo que ella estaba sintiendo, porque ya comenzaba a ser insoportable la necesidad de sentir sus manos sobre su piel. Lo quería, lo quería allí ya pero no podía hacer nada por acelerar su reencuentro y dilucidar si era posible tener una segunda oportunidad.

Carlos se maldijo por su rudeza al ver cómo Lola se iba haciendo cada vez más pequeña en el asiento y cómo por su rostro comenzaban a caer lágrimas silenciosas. Recordó una situación muy parecida con Helena y supuso que las mismas palabras que la habían consolado a ella lo harían ahora con Lola.

- Nena... ¿Héctor te ha dicho que te quiere?

Lola asintió sin poder mirar a Carlos a la cara a pesar de que el abogado la rodeaba con el brazo y la atraía hacia él abrazándola.

- No lo hubiese hecho si tú no fueses para él la mujer definitiva. Héctor nunca le ha dicho a ninguna otra esas palabras.

-¿Cómo lo sabes? - Lola murmuró contra su pecho.

- Lo sé porque yo no las he pronunciado aún y no lo haré hasta que no me quede

otra y Jack, el bueno de Jack, ha hecho lo mismo. Para nosotros no son palabras que se digan a la ligera... Nena... no te derrumbes ahora... ya queda poco...

Lola asintió temblorosa pero le llevó un buen rato recuperar la compostura, en el esfuerzo por recomponerse había perdido totalmente el apetito. Aunque intentó escaquearse de la comida alegando trabajo en la peluquería, Carlos fue inflexible y la llevó a comer a una pequeña taberna en la que se servían unos deliciosos sándwiches elaborados con productos ecológicos. A pesar de su estómago cerrado consiguió tomarse la mitad del suyo, otra cosa fue digerirlo. Durante la comida Carlos fue implacable al intentar comprobar que ella estaba al cien por cien segura de la decisión que había tomado volviendo a su apartamento. Realmente fue agotador convencerlo, su amigo y abogado no cesó de mirarla con desconfianza hasta que, señalándola con el dedo, le aseguró que estaría vigilando si se cuidaba como era debido. Afortunadamente el trabajo de la tarde fue llevadero y agradeció que Isabel se ofreciese a cerrar la peluquería por lo que regresó relativamente temprano a su apartamento. Ya no se molestó en buscar a Gus, sabía que no andaría muy lejos de allí. Se tomó un yogur natural para no irse a la cama sin cenar. Se acordó de poner el despertador antes de caer desplomada en la cama, Jack y Helena la recogerían la mañana siguiente para su segunda sesión con el psicólogo. No descansó profundamente y el sueño con aquellos gatitos que había visto en el balneario se repitió una y otra vez. Por la mañana, mientras daba cuenta con apetito de un buen desayuno, estaba tentada de buscar a un intérprete de sueños al que poder preguntarle por el significado de su sueño más recurrente en los últimos tiempos.

Helena apretó la mano de Lola cuando Jorge asomó por la puerta de su consulta para llamar a su amiga.

- Ánimo Lola...

Lola no respondió, esbozó una ligera sonrisa y siguió a Jorge al interior de la consulta, éste le señaló el mismo sofá que la vez anterior y, caballerosamente, esperó a que ella estuviese sentada para acomodarse con su portafolios apoyado en las rodillas. Se ajustó las gafas con su dedo índice, un gesto que Lola ya identificaba con el Doctor Cisneros.

- Muy bien Lola.... - Jorge había constatado el aspecto agotado de Lola que el maquillaje apenas conseguía ocultar – A riesgo de no resultar educado, he de decirte que no tienes muy buena cara. Cuéntame... ¿Qué tal duermes?

Lola sabía que tarde o temprano no iba a ser capaz de seguir disimulando bien

sus ojeras, no había corrector en el mercado que pudiese ocultar quince días de insomnio. Ante Jorge no debía ocultarse así que fue sincera.

- No he dormido una noche entera desde que Héctor se fue, algunas noches consigo dormir un par de horas, luego sueño cosas extrañas, a veces tengo pesadillas...

- Es normal, tal vez necesites tomar alguna pastilla, algo flojito, lo justo para relajarte y poder conciliar el sueño.

Lola no estaba dispuesta a tomar ningún medicamento que pudiese atontarla. En su familia no habían tenido una buena experiencia con los antidepresivos, una prima de su madre había acabado enganchada a ellos y andaba todo el día en Babia. Había tenido que seguir un tratamiento contra las adicciones igual que un drogadicto.

- Preferiría no tomar nada, no me gustan mucho los medicamentos para la depresión. Puedo manejar este tema.

- Bien. Si tú lo consideras así, estoy de acuerdo, pero si veo que la cosa se descontrola te extenderé la receta. Créeme Lola... yo tampoco soy partidario de medicar a diestro y siniestro.

Lola asintió conforme.

- Ahora dime.... ¿Has practicado las técnicas de relajación? ¿Has tenido que usarlas muchas veces desde el lunes?

- Las he practicado mucho. Comencé justo al salir de aquí ya que fue un día duro, mis amigos me invitaron a comer al restaurante donde Héctor y yo nos conocimos. Todo fueron recuerdos.... acabé agotada.

- Y... ¿Cuándo más has necesitado recurrir a ellas? - Jorge tomaba notas en su portafolios para evaluar si Lola había conseguido hacer algún avance en esos días.

- Pues.... Creo que debes de saber una cosa antes de responderte a esa pregunta.

- Tu dirás – Jorge estaba contento de que Lola se mostrase más relajada que el lunes.

- He vuelto a mi apartamento, he dejado el ático de Héctor. Ha sido una decisión difícil.

- ¿Por qué lo has hecho?

- Porque estaba entre cansada y enfadada de que todo el mundo, incluida yo, diese por buena la decisión de Héctor de dejarme sola cuando yo le tuve miedo, cuando lo confundí con mi exmarido. Él fue fiel a su promesa y reconozco que yo necesitaba ese empujón para decidir iniciar esta terapia, para decidir – hizo comillas con los dedos – curarme del todo. Sin embargo me enfadé porque lo quiero aquí a mi lado, lo necesito apoyándome, lo necesito para descansar... - Lola miró nerviosa al suelo, algo avergonzada cuando le contó su mayor secreto a Jorge – Incluso necesito rociar la almohada con su perfume para envolverme en su olor y sentirme segura.

- Eso es algo normal. Estás enamorada y las cosas que pertenecen a Héctor te reconfortan.

- Sí. Pero he de tener en cuenta la posibilidad de que no tengamos una nueva oportunidad. Por eso debo recuperarme sin estar rodeada de Héctor, cómo voy a conseguirlo durmiendo en su cama, utilizando su coche... en definitiva, viviendo en su casa. Creo que he de hacerlo en mi apartamento, así cuando consiga estar bien tendré alguna garantía de que puedo sobrevivir sola si él me niega una segunda oportunidad. Por lo menos ya no tendré que lidiar al mismo tiempo con la pena y la mudanza.

Jorge escuchaba con atención las palabras de Lola y estaba realmente asombrado de que Lola, por sí misma, estuviese dando los pasos lógicos para recuperar su identidad como mujer. Normalmente, en estos casos era preciso utilizar diferentes técnicas de reestructuración cognitiva para identificar y modificar los pensamientos distorsionados que tenían muchas de las mujeres víctimas de violencia de género. Había que hacerles salir de sí mismas para que pensasen en lo que les diría un amigo o un familiar sobre la forma en la que se veían. Luego había que entrenarlas en la solución de problemas por sí solas, primero sobre el papel y luego con pequeños juegos de rol play. Como último paso, esas mujeres necesitaban trabajar la asertividad, necesitaban recuperar sus habilidades sociales mejorando la comunicación con los demás mediante la expresión y la defensa de sus opiniones, es decir, entrenaban la autoconfianza. Lola había hecho esto ella solita, en un corto espacio de tiempo y era la excepción a la mayoría de las mujeres víctimas de violencia de género que él había tratado. Por todo ello debía colegir que el problema de Lola no era el típico pack completo de la mujer que acababa de dar el primer paso para reconocerse como víctima. Lola estaba ya en la recta final, era indudable que tenía habilidades sociales, contaba con un grupo de amigos y gestionaba con eficacia un negocio que requería el

trato con la gente. También había decidido volver a su apartamento tomando consciencia de la posibilidad, él pensaba que remota pero eso no iba a decírselo, de que no volviese a recuperar su relación con Héctor. Eso era uno de los puntos que él tenía pensado recomendarle para cuando llegasen a la quinta o sexta sesión, como herramienta para fomentar su autoestima como mujer al saberse capaz de vivir sola fuera de la red de protección de su pareja. Sólo tenía que trabajar un par de cosas con Lola y para eso no iban a hacerle falta mucho más que dos o tres sesiones. Tenía que ser franco con ella porque esa chica merecía ser consciente de lo valiente que había sido y de la fuerza interior que poseía.

- Lola, voy a ser sincero porque ni yo quiero perder el tiempo ni tú mereces perder el tuyo conmigo.

Lola estaba sorprendida de las palabras de Jorge. Por un momento temió haber dicho o hecho algo mal, sin embargo, pronto descartó ese pensamiento porque realmente ella se sentía mejor consigo misma con las decisiones que había tomado.

- Confío en tu criterio Jorge. Estoy preparada para escuchar lo que tengas que decirme.

- Eres una mujer muy valiente que, sin conocimientos de psicología, ha conseguido dar todos los pasos de la terapia que yo sigo con las mujeres víctimas de la violencia de género – Jorge sonrió ante la expresión asombrada de su paciente – Me explico. Tienes autoestima, si alguna vez la habías perdido, ya la has recuperado. La autoestima física la recuperaste el día en el que volviste a tener relaciones satisfactorias con un hombre. La autoestima interior, si quieres llamarla así, la recuperaste de varios modos, pudiste enfrentarte de manera lo suficientemente eficiente a un encuentro a solas con tu maltratador, sentiste miedo, es lógico, pero lo apartaste a un lado y tuviste las agallas de defenderte cuando pretendió atacarte. Además, no estás viviendo en una ilusión, eres consciente de que tal vez no tengas una segunda oportunidad con Héctor y has tomado las medidas adecuadas para que esa posible separación no te coja desprevenida, es decir, has dejado de vivir en el entorno de Héctor para volver al tuyo propio, a tu apartamento. Por último, no necesito entrenar tus habilidades sociales, las tienes, cuentas con un grupo de amigos con los que puedes salir y hablar de todo sin problema, además, por si todo esto fuera poco, eres capaz de gestionar eficientemente un negocio con todo lo que ello implica, desde tratar con el público hasta llevar una correcta relación laboral con tu empleada.

- Entonces... - Lola estaba sorprendida de reconocerse en las palabras de Jorge. Era verdad que todo eso lo había conseguido ella solita. Sin embargo, tenía una duda - ¿Que debo hacer ahora?

- Bien. A esto quería llegar contigo. Sólo hay una cosa que tengo anotada y subrayada desde el lunes. Sólo hay un punto en tu relato que necesitas trabajar, si es que no te has dado cuenta de ello ya.

- ¿Qué es ese punto? - preguntó Lola intrigada.

- Tú me dijiste que necesitabas venir a terapia por una razón, querías volver a ser tú.

- Sí, eso dije. Quiero volver a ser.

- Lola... sabes que eso no es posible – Jorge la miró a los ojos para evaluar su reacción. La vio mirar al suelo, luego levantar la cabeza y abrir mucho los ojos como aquel al que acaba de serle revelada una gran verdad.

- Lo he pensado estos días, cuando volví al apartamento en busca de la Lola de antes.

- ¿Y? - Jorge le preguntó con una sonrisa, estaba casi seguro de que Lola no iba a defraudarlo con su respuesta.

- Pues que la Lola de antes de Héctor, la Lola de antes de mi exmarido, incluso la Lola que salió de Toledo no existe ya.

-¿Por qué no existe esa Lola?

- Porque todo lo que esa Lola ha vivido hasta ahora ha conformado la Lola que soy hoy. Todas las experiencias buenas, como conseguir abrir mi negocio, conocer a mis amigos, a Héctor... y todo el infierno por el que pasé en mi matrimonio han contribuido a lo que soy hoy. No puedo cambiarlo. No puedo volver atrás.

- Entonces ¿Cuál crees tú que es la solución?

- Admitir que ese infierno formó parte de mi vida y que ya ha pasado. Ha dejado huella y he de convivir con ella. Tal vez me cueste un tiempo superar mi miedo a discutir o a contrariar a mi pareja pero, si de verdad es para mí, ha de quererme como soy.

- Eso es... eres una campeona – Le aplaudió Jorge sonriendo ante el sonrojo de Lola – Si hay amor entre vosotros la lógica dice que tú, poco a poco, vas a dejar

atrás ese miedo y, sinceramente Lola, creo que ya has empezado a hacerlo.

- Entonces... ¿Estoy curada? ¿No he de volver? - El corazón de Lola latía a toda velocidad.

- Bueno... me gustaría verte una o dos veces más, pero más que nada para que charlemos sobre cómo te va, sin embargo, me gustaría hacerlo cuando ya sepas si Héctor y tú volvéis a estar juntos.

- ¿Por qué?

- Porque si estáis juntos, entre los tres podremos encontrar la mejor manera para que ambos reaccionéis si vuelves, aunque no tiene porqué suceder, a tener una crisis. Por otro lado, si no estáis juntos, tal vez necesites mi ayuda para superar la ruptura.

Lola se quedó en silencio unos minutos interiorizando las palabras del doctor. Eran pura lógica y estaba contenta de que él no diese por sentado, al igual que hacía ella, que Héctor y ella volverían a estar juntos. Lola lo deseaba más que nada en el mundo, pero estaba perfectamente preparada para afrontar esa posibilidad a pesar de que, sólo con imaginárselo, el corazón se le partía por la mitad y un gran nudo le atenazaba la garganta y le retorció el estómago.

- Ha llegado la hora entonces.

-¿La hora? - preguntó Jorge.

- La hora de volver a ver a Héctor.

Jorge sabía que Lola estaba deseando ir al encuentro de su novio y que no había previsto poder hacerlo tan pronto, aun así, decidió ser franco con ella.

- No soy quién para prohibirte correr ahora mismo al encuentro de Héctor, pero me gustaría que aceptases mi sugerencia...

- Por supuesto que la acepto – Lo interrumpió Lola – Comprendo lo que me quieres decir, mi – hizo comillas con los dedos – cura pasa por el día a día, por convivir con él, por acoplarnos... la diferencia es que ya no tengo miedo a fallar. El único miedo que tengo es que haya podido perder mi oportunidad.

- Me alegro de que comprendas que no estás – le devolvió las comillas – curada. Es la convivencia diaria, con ayuda de unas pautas que gustosamente os daré a ambos, la que pondrá cada cosa en su justo lugar. Por eso, te sugiero que no corras ahora mismo a buscar a Héctor. Me gustaría que disfrutases, no sé, una



semana o diez días de tí misma, de tu apartamento, de tus amigos... Aprovecha para reconciliarte con tu interior, cómprate una libreta bonita, anota en ellas tus deseos, tus expectativas de futuro en lo profesional, con tu pareja... Así, cuando te reencuentres con Héctor tendrás una estructura clara de lo que realmente quieres en tu vida y lo que no.

- Parece buena idea... - Lola se mordió el labio dubitativa – Sin embargo... diez días... ¿Y si es demasiado tiempo?

- Lola... no estoy en la cabeza de Héctor pero... ¿realmente querrías a tu lado a una persona que, en apenas un mes, sea capaz de sustituirte por otra mujer?

La sola idea le revolvió las tripas pero Jorge tenía razón Si Héctor la había reemplazado tan pronto, eso querría decir que su historia no significaba lo mismo para él que para ella.

- Lola... sé que ese pensamiento duele... pero sabes que tengo razón.

- La tienes – Lola lo miró a los ojos y tomó una decisión rápida – Diez días. De acuerdo. Si para entonces me ha olvidado.... Me tendrás aquí destrozada buscando tu ayuda.

- Voy dar por finalizada esta sesión ahora mismo – Jorge se levantó y le tendió la mano.

Lola sorprendida por el brusco final se la tomó y se levantó algo insegura.

- Ahora que ya no estamos dentro de la sesión y que en estos momentos no soy tu terapeuta, permíteme que te diga una cosa – Jorge rodeó a Lola por los hombros al tiempo que la acompañaba hasta la salida – Cuando las ranas críen pelo será cuando ese hombre te cambie por otra. Pídeme una cita cuando estéis juntos de nuevo y, por supuesto, si me necesitas antes de ese pequeño viaje, no dudes en llamarme, te haré un hueco a la hora que sea.

Lola sonrió antes las palabras de Jorge. Eran toda una inyección de moral viniendo de alguien que sabía tanto del comportamiento humano.

- Gracias Jorge. Me has ayudado mucho.

- Poco he tenido que hacer Lola, has venido con mucho trabajo adelantado. Créeme cuando te digo que eres una mujer muy valiente. No te voy a desear suerte porque sé que, en lo que se refiere a Héctor no la vas a necesitar.

## CAPITULO 26

*“En esta vida hay que morir varias veces para después renacer. Y las crisis, aunque atemorizan, nos sirven para cancelar una época e inaugurar otra.”*

*Eugenio Trías*

Hoy era Gus el que estaba esperando a las chicas a la salida de la consulta. Mientras subían al todoterreno de Héctor, Helena se explicó.

- Jack tenía hoy unas reuniones imposibles de aplazar y Carlos debía asistir a un juicio a esta misma hora, por eso no han podido venir.

En cierto modo, Lola se alegraba de que la vida continuase para sus amigos, eso quería decir que sus problemas estaban empezando a dejar de condicionarlos y, para ella, era la segunda buena noticia del día. Aún no le había contado a Helena la primera buena noticia. No tenía intención de hacerlo delante de Gus, éste era muy capaz de contarle todo a Héctor más pronto que tarde y Lola quería planificar muy bien su viaje a Londres durante esos diez días que Jorge le había recomendado reservarse para ella misma. Llevaba toda la semana sin hablar con Gus, sabía que no era merecedor de su indiferencia ya que era ella la que estaba dificultando su trabajo y él permanecía a su lado incondicionalmente.

- Hola Gus – lo saludó en cuanto el grandullón se sentó al volante - ¿Cómo te va?

- Hola Lola – Gus esbozó un amago de sonrisa a través del espejo retrovisor mientras iniciaba la maniobra para salir del aparcamiento – Simplemente me va, nada más.

A Lola le disgustaba verlo contrariado. Alargó la mano y le apretó un hombro.

- Lo siento Gus – también lo miró a través del espejo retrovisor – siento no poder complacerte, supongo que no has estado muy cómodo estos días...

- Lola... déjalo estar. Es mi trabajo y no es ni el mejor ni el peor que voy a realizar – Gus no tenía el cuerpo para disculpas, el todoterreno era cómodo pero varias noches en él habían hecho mella en su estado de ánimo.

A Lola le dolió que Gus se refiriese a ella simplemente como un trabajo después de todo lo que habían pasado juntos. Agachó la cabeza resignada y se mantuvo todo el trayecto en un pensativo silencio, de hecho, nadie más pronunció palabra durante el tiempo que duró el viaje hasta la casa de los padres de Jack. Helena fue la que primero descendió del vehículo con la ayuda de Gus y Lola no osó descender del coche sin esperar a que Gus le sostuviese la mano, por lo menos, mientras estuviera con él iba a procurar contrariarlo lo menos posible, sentía que debía compensarlo porque estaba segura de que el coche del que acababa de descender se había convertido en su domicilio desde que ella abandonara el ático. En cuanto sus pies tocaron el césped, Gus le soltó la mano y Lola lo vio volverse para subirse de nuevo al volante. Se iba sin despedirse y eso ensombreció el buen ánimo con el que había abandonado la consulta de Jorge. No sabía qué más podía decirle, así que se quedó quieta esperando verlo partir. Sin embargo, una bombilla se encendió en su mente y, ansiosa por ofrecerle un poco de tranquilidad a aquel hombre que seguía siendo su sombra en la distancia, decidió comentarle sus planes.

- No voy a salir de casa en todo el fin de semana. Han sido quince días muy intensos y necesito descansar – Seguía hablándole a la espalda de Gus pero, por lo menos, se había detenido poniendo los brazos en jarras y mirando al cielo como clamando ayuda divina – Lo digo porque puedes descansar en tu casa, te doy mi palabra de que no saldré. He llenado la nevera y, si necesitase o quisiese salir, prometo llamarte.

Gus miró al cielo y agitó la cabeza incrédulo de que aquella mujer, armada tan solo con un par de frases, fuese capaz de derribar todo el muro de indiferencia que había intentando erigir en torno a su relación. Era una patraña todo aquello que le había dicho sobre que ella era simplemente un trabajo más para él. Había visto su expresión dolida a través del retrovisor y llevaba arrepentido desde entonces, pero no sabía cómo romper el silencio atronador que se había instalado en el coche durante todo el trayecto. Ahora las palabras de Lola lo hacían sentir mezquino. Ella simplemente estaba dando los pasos que creía necesarios para recuperarse del infierno que había vivido durante su matrimonio y todo lo que había venido después. Era una mujer valiente, capaz de enfrentarse ella sola al monstruo que provocaba sus peores temores y él le había hecho daño sin necesidad. Torpemente se volvió sin saber qué coño iba a decirle ahora, las habilidades sociales y la conversación intrascendente no era su fuerte así que hizo lo único que le salió. Se volvió y, sin ser capaz de enfrentar su mirada,

extendió los brazos a modo de disculpa. Se sorprendió cuando se encontró con Lola entre sus brazos, al parecer, había interpretado su gesto como una invitación a un abrazo. Le valía. Por lo menos así no tendría que esforzarse en buscar las palabras adecuadas, sin embargo, éstas salieron de su boca sin que fuese consciente de haber hilvanado en su mente discurso alguno.

- A ver jefa... Tienes que hacer tu vida. Es lo que querías, lo que decías que necesitabas para poder curarte y volver con Héctor. Yo no importo, puedes salir y entrar sin rendirme cuentas.

- Gus... - Lola se sentía a gusto abrazando al grandullón por la cintura – A mí si me importas, me has ayudado mucho, confío en tí tanto o más que en Carlos o en Jack. Por eso, aunque no puedo volver a colocarme bajo tu ala, si puedo evitar que pases el fin de semana metido en este coche, lo haré.

Las palabras de la rubia le estaban tocando el corazón y, por primera vez en su vida, se le estaba formando un nudo en la garganta. ¡Joder con las mujeres! ¡Qué mierda de poder tenían sobre el género masculino! Lo mínimo que le debía era una sincera disculpa.

- Siento lo de antes, Lola. Estoy algo cansado y hablé sin pensar. No eres un trabajo más. Lamento haberte dicho eso. Te considero... no sé... el caso es que ...

Lola, sonriendo contra su pecho se apiadó de las torpes palabras que salían de la boca de quien había sido algo más que su sombra en los últimos tiempos.

- Amigo, Gus... para mí eres ya un amigo y estaría encantada de que tú también pudieses llamarme amiga – Lola alzó la mirada y se mordió el labio para no soltar una carcajada ante la expresión alucinada de su nuevo amigo. Tras la revelación sobre su infancia imaginaba lo dura que debía haber sido su vida y se le encogió un poquito el corazón – Anda ven... ¡No seas bobo!... - Se alzó sobre las puntas de los pies al tiempo que Gus obedecía y bajaba la cabeza para recibir un sonoro beso en la mejilla – Prométeme que descansarás el fin de semana. Lo digo en serio. No saldré y te llamaré si necesito algo. Confía en mí, por favor Gus.... Confía en mí.

Gus sentía un cosquilleo en la mejilla en donde había recibido el beso de Lola, asintió sin poder pronunciar palabra y se dio la vuelta para subirse al coche. Le hizo un leve gesto de despedida con la mano y salió con rapidez de la finca. Cuando dejó atrás la urbanización donde residía Jack, detuvo el coche en el

arcén y apoyó la cabeza en el volante. Una lágrima cayó por su mejilla y no hizo nada por limpiarla, al fin y al cabo estaba solo y nadie iba a ser testigo de su emoción. Era la primera vez en su vida que una mujer lo besaba inocentemente proclamando su cariño y amistad. Creía firmemente en el destino desde que Héctor le dio una nueva vida al sacarlo del agujero en el que estaba metido y ahora era Lola, la mujer de Héctor, la primera mujer que tocaba de verdad su corazón. Sabía que aquellos dos estaban hechos uno para el otro y, por lo que a él le correspondía, iba a hacer todo lo posible para que nadie pudiese hacerles daño. Arrancó de nuevo el coche y se dirigió a su pequeño apartamento. No dudaba de la palabra de Lola, pero sería suficiente con dormir esta noche en su cama. Al día siguiente, a mediodía a más tardar, volvería a proteger desde la distancia a su nueva y única amiga.

Tras comer una deliciosa merluza en salsa verde, Lola estaba relajada por primera vez en semanas. Revolvía su café mientras ella y Jack estaban atentos a la conversación que mantenían Carlos y Helena sobre el juicio al que el abogado había asistido esa misma mañana. Hacía una tarde espléndida y Lola sólo echaba en falta la presencia de Héctor a su lado aunque ahora, junto a la pena y la angustia, convivían el ansia porque los diez días transcurriesen con rapidez y la esperanza de que le fuese concedida esa segunda oportunidad. Su mirada debió de ser soñadora de más porque notó la mirada suspicaz de Helena justo antes de que ésta le formulase la pregunta que Lola estaba esperando.

- ¿Cuándo tenemos la próxima cita? Siento no haberte preguntado antes pero – encogió los hombros a modo de disculpa – nada más bajar del coche tuve que ir corriendo al baño. No hago más que hacer pis a todas horas.

Lola sonrió cariñosa, Helena tenía mucha gracia cuando relataba todos y cada uno de los síntomas de su embarazo.

- Pues... he de decirte que no sé cuándo tengo la siguiente cita. Lo que sí puedo decirte es que no vas a tener que venir más.

Helena entrecerró los ojos dudando sobre el sentido real de las palabras de su amiga. Sólo cabían dos opciones, o Jorge le había dado el alta, o Lola seguía intentando protegerla, a ella y a su bebé, de cualquier contratiempo. Antes de hablar escrutó la expresión de Jack por si su protector marido fuese cómplice de Lola en el asunto de evitarle algún disgusto, pero lo vio tan desconcertado como ella, es más, fue Jack el primero en interrogar a Lola.

- Lola... ¿estás diciéndonos que has abandonado la terapia?

Lola casi pudo sentir los suspiros de alivio de sus tres amigos cuando respondió, quiso sonreír pero imaginaba que si lo hacía la iban a tomar por loca, además le dolía que todos imaginasen que era capaz de dejar la terapia así como así. Procedió a explicarles lo mejor que pudo su situación.

-No. No he abandonado la terapia. Me duele que penséis que soy capaz de dejar el tratamiento. Pensé que teníais claro que, una vez aceptado mi problema, necesitaba ponerle solución por muchos motivos, por mí, por Héctor, por mis padres...

- Nena.... No nos interpretes mal. Sabemos que estás haciendo un esfuerzo enorme por superarlo todo... nos gustaría hacer más por tí... - Carlos comprendía que Lola estuviese molesta pero todos estaban deseando ver a sus amigos juntos de nuevo.

- A ver Carlos... no podéis hacer más por mí de lo que ya estáis haciendo. Ni en sueños hubiese imaginado que una persona como yo, que nunca ha tenido lo que se conoce por amigas íntimas, podría tener a su lado unos amigos como vosotros.

- Eso que dices es una bobada... más bien somos nosotros los afortunados de contar con alguien como tú... Lola... me has ayudado tanto... - Helena, con las hormonas disparadas por el embarazo, se emocionaba siempre que la conversación versaba sobre los sentimientos – Yo sólo quiero devolverte un poquito... e ir contigo a terapia me hacía sentir útil.

A Lola la conversación se le estaba yendo de las manos. En un principio había pensado en planificar todo por su cuenta, sin embargo, aquellos tres pares de ojos lo veían todo.

- Y lo has sido Helena, no lo dudes. ¿Dices útil? Voy a recordarte que he comido en tu casa todos los días desde que Héctor se fue, has venido a las dos citas que he tenido en el médico y, sinceramente... nadie mejor que tu sabe lo que siento. Independientemente de que al final Héctor y yo podamos volver a estar juntos – Lola tragó saliva tras verbalizar ante sus amigos su mayor temor – os estaré eternamente agradecida.

Jack se sentía frustrado. Ver lo mal que estaba Lola sin Héctor le recordaba diariamente lo que había pasado su mujer meses atrás. Le habían dicho que Helena había conseguido ocultarles a todos sus mayores temores y, estaba casi seguro, de que Lola estaba haciendo tres cuartos de lo mismo. Había una

diferencia, Carlos, Héctor y Lola no dejaron a Helena sola ni un solo día. Eso había sido relativamente sencillo de llevar a la práctica porque su mujer había comenzado a trabajar en el despacho de Carlos, además, Lola y ella eran vecinas de apartamento y, como Héctor por aquella época ya pasaba más tiempo en casa de Lola que en la suya propia, Helena casi nunca estaba sola. Lola, en cambio, les había presentado como hecho consumado la vuelta a su apartamento, Carlos había intentado, sin éxito, hacerla cambiar de parecer. Jack no había querido quemar sus cartuchos en batallas perdidas de antemano y lo había dejado correr. Sabía que Gus seguía vigilándola y se aseguró de que éste lo informase si algo extraño sucedía. Por si fuera poco, Lola regentaba su negocio con normalidad y, allí, ellos tampoco eran de utilidad. Todo en ella hablaba de una apariencia de normalidad. Sin embargo, no engañaba a un perro viejo como él. El maquillaje ya no conseguía ocultar los signos de fatiga, le calculaba entre tres y cinco kilos menos, los ojos siempre estaban enrojecidos y su mirada era triste a pesar de que siempre respondía lo que se esperaba de ella en las conversaciones que mantenían a la hora de la comida. La situación podía eternizarse y enquistarse. Héctor no daba señales de vida, había llamado a Paul y él le había confirmado que ambos estaban trabajando como negros y que, a este paso, su nuevo local de copas en Londres se inauguraría en tiempo récord. Era el momento de que él hiciese algo y llevaba un par de días debatiéndose entre la posibilidad de viajar a Londres y traerlo de vuelta, repitiendo así el patrón de lo que Héctor había hecho en su día, o provocar a su amigo lo suficiente con el estado de Lola para que fuese él mismo el que cogiese el primer avión a Madrid. Se estaba decantando por esta opción, no iba a tener ningún tipo de remordimientos exagerando la situación y, al mismo tiempo, mataba dos pájaros de un tiro al tranquilizar su conciencia porque, de esta manera, él permanecía en Madrid y no dejaba sola a su mujer con un embarazo de alto riesgo. Se sentía un capullo egoísta por pensar así, pero se le ponían los huevos de corbata cada vez que revivía la imagen de Helena tendida en una cama de hospital. Decidió acorrallar a Lola para que, de una vez por todas, les dijese qué coño estaba pasando con la terapia.

- Lola... déjame hacerte una pregunta. Entiendo que quieras preservar tu intimidad, pero... ¿podrías explicarme porqué no sabes cuándo vuelves a tener cita?... - Levantó la mano para detener a Lola cuando vio que se disponía a responder con rapidez – Creo que tus posibilidades de éxito con Héctor dependen de esa terapia ¿no es así?

Helena se levantó enfadada y sorprendida por la rudeza de su marido. Había

observado cómo Lola había palidecido tras escuchar las palabras de Jack. Miró a Carlos, éste tampoco podía ocultar su malestar así que fue la primera en hablar dispuesta a ahorrarse a todos una desagradable discusión.

- Jack... No me puedo creer que seas tan insensible... Lola no merece que le hables así...

- No tienes ni puta idea Jack... - Carlos también se había levantado y su tono de voz no ocultó su enfado - ¿Cómo tienes los cojones de echar más sal en la herida de la mujer que estuvo al lado Helena cuando tú la cagaste? Nena... - le tendió la mano a Lola – vámonos de aquí... no tienes por qué aguantar esto...

Lola estaba pálida por las bruscas palabras de Jack y aún había palidecido más al ver a Carlos y a Helena tan alterados, eso no era bueno para el bebé. Su mente aún asociaba los gritos a la violencia y tuvo que poner en práctica todas las técnicas que Jorge le había enseñado para evitar tener una crisis. Tras una última y profunda inspiración, obvió a Helena y a Carlos y se centró en Jack quien la miraba con una expresión insondable. Lola no lo conocía tanto como para poder discernir sus intenciones pero sí estaba segura de una cosa, Héctor y él se adoraban. Tal vez Jack hubiese cambiado de opinión y ahora estuviese de acuerdo en que una mercancía defectuosa como ella no era la adecuada para su amigo, ello, unido a que aún barruntaba los motivos por los que Gus, y por tanto, Héctor habían aceptado de buen grado la vuelta a su apartamento hicieron que la posibilidad de que no tuviese una segunda oportunidad fuese ganando peso. Todo el razonamiento ensombreció la alegría contenida con la que había abandonado la consulta de Jorge, de nuevo un nudo en su garganta provocó que sólo pudiese hablar con tembloroso hilo de voz.

- Soy consciente de que no soy la mujer que deseabas para tu amigo, mejor dicho, para tu hermano, tal y como vosotros os llamáis. No he dejado la terapia y creo que poca intimidad me queda ya tras haberos desvelado las zonas más oscuras de mi vida – Obvió mirar a Helena para no derrumbarse ya que la sabía dolida e indignada – Parece ser que Jorge, mi doctor, opina que – se encogió de hombros – por un milagro extraño que ni yo misma comprendo he completado por mi misma casi todos los pasos necesarios para que una mujer se reponga de una situación como la que yo he vivido. Me ha enseñado técnicas para controlar mi ansiedad en situaciones límite o dolorosas y me ha dicho que el resto de mi – hizo comillas con los dedos – cura pasa por el día a día de la vida en común con Héctor. Me ha dicho que mi siguiente cita puede ser de dos maneras. La primera,



es que Héctor y yo acudamos juntos para que él nos guíe y nos enseñe como afrontar las crisis que yo pueda volver a tener. La segunda es que yo vuelva sola para que me ayude a superar una ruptura definitiva. Así que – extendió las manos con las palmas hacia arriba dando por finalizado su pequeño discurso – Mi siguiente cita no depende sólo de mí. Ha llegado el momento de viajar a Londres para poder comprobar si entre Héctor y yo aún hay un nosotros. Sólo quiero agradeceros lo que habéis hecho por mí y deciros que viajaré a Londres en diez días, Jorge me ha recomendado esperar este tiempo para tomar conciencia de mí misma y de mis deseos. La buena noticia es que – se levantó al borde de las lágrimas – ya queda poco para que recuperéis a vuestro amigo. Sé que lo echas de menos y estoy segura de que él a tí también.

Jack estaba muy satisfecho pero procuro no sonreír porque seguía queriendo conservar intacta su nariz y Carlos parecía dispuesto a que eso no fuese así, bastante cara iba a salirle ya con su mujer la escena que había provocado, a Helena le iba a costar perdonarlo aunque él esperaba que, una vez conociese los motivos que lo habían llevado a ser tan brusco, su dulce mujer lo indultara no sin antes haber recibido un buen rapapolvo. Se levantó y, adelantándose a Carlos que ya extendía la mano para coger a Lola y largarse de allí, consiguió envolverla entre sus brazos y apretarla contra él. Sintió como se tensaba y lo comprendió. A pesar de darle la espalda a Helena y a Carlos, los sabía pendientes de sus palabras.

- Lola... rubita... - le acarició el pelo con ternura – perdóname pero lo he hecho a posta. Quería hacerte salir del cascarón, de esa falsa normalidad que muestras desde que volviste a tu apartamento. Sabes tan bien como yo que ese no es tu sitio y sabes tan bien como yo que no estarás bien hasta que vuelvas con Héctor. Déjame decirte que el idiota de mi hermano se lleva la segunda mejor mujer que conozco – Se atrevió a volverse para mirar a Helena, la dulzura volvía a asomar a sus ojos mientras se secaba las lágrimas con las manos – comprenderás que reserve el primer puesto para mi amada esposa.

Lola no pudo responder, aún estaba asimilando las palabras de Jack. No podía controlar las lágrimas porque no sabía cuánto necesitaba un abrazo hasta que se vio envuelta en los brazos de Jack. Tenía toda la razón, había levantado un escudo de falsa normalidad para tranquilizar a sus amigos pero estaba lejos de sentirse bien. Las noches seguían siendo difíciles, el silencio del apartamento la agobiaba, incluso echaba de menos saberse acompañada por Gus aunque éste se hubiese mantenido encerrado en el estudio el tiempo que convivieron en el ático

de Héctor. Le dolía todo, el corazón lloraba por Héctor, su olfato buscaba su aroma, sus oídos ansiaban escuchar un mi vida o un amor mío, sus ojos lo veían en cada rincón del apartamento y su piel junto con sus labios clamaban por una caricia. Sintió que otros grandes brazos la rodeaban y que una pequeña mano comenzaba a acariciar su melena. Jack seguía sin soltarla y todos la dejaron llorar a gusto. Estaba agotada, quería volver a su apartamento y tumbarse a dormir todo el fin de semana, tenía el estómago revuelto, suponía que los nervios estaban haciendo trizas su digestión. Se enderezó y sus tres amigos le concedieron el espacio que solicitaba. Los primeros ojos con los que se tropezó fueron los verdes de Jack, ahora sí, ahora veía el cariño en ellos y le sonreía al tiempo que posaba las manos sobre sus hombros para agacharse y susurrarle al oído.

- Te quiere Lola, te quiere mucho... y yo te quiero para él. Sé que eres perfecta para él.

Jack miró a Helena que le sonreía temblorosa y en ese momento tomó su decisión. Su mujer estaría bien. En su ausencia, iba a estar arropada por sus padres que la querían como una hija y la mimaban a diario. Además, su decisión lo iba a reconciliar con su anterior pensamiento egoísta. No quería ser así, pero Helena era algo más que su punto débil, era la razón de su vida y hacerla feliz era el objetivo diario de Jack. Sabía que su decisión iba a hacerla feliz, también haría feliz a Héctor y, al fin y al cabo, eso era lo único que realmente importaba. Se había prometido hacer todo lo que estaba en su mano por hacer felices a los que lo rodeaban y viajar con Lola a Londres no sólo era algo estaba en su mano, era su deber. Anunció su decisión con voz grave y recibió una fuerte palmada de Carlos en la espalda acompañada de un “cabronazo” que le hizo sonreír.

- Iré reservando el vuelo y el hotel. En diez días estarás en Londres rubita. Yo te llevo. No es negociable.

Lola era incapaz de responder. Para ella era un alivio tremendo el no tener que ocuparse de los pormenores de organizar ese viaje, por no mencionar que, si bien se defendía en inglés, su conversación era demasiado básica como para afrontar un viaje en solitario. Ahora sí podía ocuparse de lo que Jorge le había recalado como importante, anotar en una libreta sus anhelos, sus objetivos y proyectos personales. Necesitaba ese fin de semana para ella. Le esperaban diez días intensos, además de la cita para su revisión ginecológica con Laura, debía dejar bien organizado el trabajo de la peluquería para los días que fuese a estar

ausente. Por fortuna, podía contar con Isabel para asumir su parte del trabajo y tomó nota mental de avisar a la asesora para que, además de un aumento de sueldo, este mes fuese gratificada en su nómina por convertirse en tan poco tiempo en alguien imprescindible para ella.

Helena observaba con los brazos en jarras como su marido, recientemente indultado pero con una conversación pendiente entre ambos, y su jefe, armado con toda la dialéctica de abogado, intentaban por todos los medios convencer a Lola de que era una pésima idea encerrarse sola en su apartamento todo el fin de semana. Personalmente, ella hubiese preferido organizar algún plan para todos los amigos que hiciese que el fin de semana fuese lo más corto posible para su amiga. Lola no dejaba de hablar de que tenía que pensar y escribir sus pensamientos en una libreta, que Jorge le había dado instrucciones precisas sobre ello. Aunque Jack y Carlos parecían mofarse de tal ejercicio y le aseguraban que lo mejor para ella era un paseo por la sierra y un buen helado, Helena le tenía mucha fe a Jorge y si éste quería que Lola hiciese tal ejercicio de introspección antes de su viaje, era porque realmente iba a ayudarla a enfrentar su reencuentro con Héctor.

- Bueno. Ya basta. Si Jorge dice que es necesario debe hacerlo y qué mejor momento que el fin de semana. Eso sí – señaló a su amiga agitando su dedo índice – si me entero de que te angustias, te agobias o te apetece dar una vuelta y no me llamas... te juro que te vas a enterar.

Lola respiró aliviada, Jack y Carlos estaban siendo implacables y ella estaba al límite de sus fuerzas. No osó decirles que tenía el estómago revuelto y que estaba ligeramente mareada. De saberlo, no la dejarían marchar y la obligarían a pasar la noche allí y ella sólo necesitaba tumbarse en su cama y rezar para que el agotamiento que la aquejaba la dejase descansar. Pagaría gustosa por conseguir dormir una noche entera.

- Lo prometo. Si necesito algo os llamaré – repitió la promesa hecha a Gus – por favor, confiad en mí, sólo os pido eso, un poquito de confianza.

- Nena... claro que confiamos en tí. Lo único que queremos es que no te hagas la valiente. Ya has agotado todas tus reservas de valentía para una larga temporada – Carlos veía a Lola agotada y Helena no parecía dispuesta a dejarla ir sin más – Así que, como confiamos en tí, ahora mismo te acerco a tu apartamento, subo contigo y me aseguro de que todo está bien. Luego prometo irme pronto y dejarte descansar.

Lola acepto con rapidez la oferta ya que el gesto obstinado de Helena le indicaba que, con ella, la negociación no iba a ser tan sencilla.

- De acuerdo Carlos, te lo agradezco. La verdad es que estoy algo cansada, me gustaría llegar a casa para darme una buena ducha y acostarme pronto.

Lola cerró la puerta con llave en cuanto Carlos dio el visto bueno a que se quedase sola en su casa, lo primero y único que hizo el abogado fue abrir la nevera y su pequeña despensa.

- Come. El lunes tienes esa cita con Laura ¿verdad?

Lola no sabía si el hecho de que su amigo y abogado conociese la fecha de su revisión ginecológica entraba dentro lo normal pero, durante el tiempo que llevaba conviviendo con aquellos tres hombres imponentes, había comprobado que a ellos les interesaban muchas cosas que otros hombres solían pasar por alto.

- Sí. A la una – Se limitó a responder.

- Bien. Te recojo a las doce y media y te invito a comer, necesito hablar contigo de los pasos que vamos a ir dando en todos los procesos abiertos.

- De acuerdo – Lola sabía que era inútil negociar – Pero dime si debo estar preocupada.

- No debes de preocuparte. Sólo voy a explicarte el proceso, los tiempos y demás cuestiones legales – Carlos la señaló con el dedo mientras abría la puerta del apartamento – Come y cierra con llave. Quiero oír como cierras antes de bajar.

Tras una larga ducha Lola seguía mareada y con el estómago revuelto. La sensación era familiar ya que lo mismo le había sucedido tiempo atrás cuando trataba de recomponer su vida tras abandonar a su exmarido. Toda la tensión acumulada se le agarrotaba en el estómago, recordaba perfectamente su aspecto con ocho kilos menos y no le apetecía volver a ser un saco de huesos con patas. En braguitas se miró de perfil al espejo y esbozó una mueca, ocho quilos no, pero tal vez cuatro o cinco hubiese perdido. Se hizo la firme promesa de comer algo más pero tendría que ser mañana, por hoy su estómago había dicho basta y la idea de tomarse un simple yogur le provocaba arcadas. Se enfundó una camiseta blanca para tumbarse en cama, la asió por los bajos y la olió. Todo estaba bien. Olía como debía. A Héctor. Era una de las camisetas básicas que éste utilizaba siempre que andaba por casa con aquellos pantalones de pijama tan sexis. Evocó su imagen, tras ella, recordó retazos de los momentos de intimidad

que habían compartido, una caricia, un lametón, un dedo explorador... estaba comenzando a excitarse y se sorprendió cuando se percató de que su mano había viajado sola hasta situarse encima de sus braguitas. No recordaba la última vez que había intentado darse placer a sí misma. El mero hecho de pensarlo la entristeció. ¡Que demonios había hecho su exmarido con ella! Había matado todos y cada uno de los instintos naturales que, como mujer, hubiesen debido surgir sin ningún tipo de inhibición. Pensó en Héctor, en lo que él hubiese dicho o hecho si se la hubiese encontrado de esa guisa en el dormitorio. Sonrió temblando ya por la rabia contenida. Probablemente no hubiese dicho nada, simplemente habría actuado y los dos hubieran disfrutado con ello. La piel se le erizó buscando un contacto que no iba a llegar, su libido volvió a esconderse y lágrimas de frustración recorrieron sus mejillas. Estaba realmente agotada. Agotada de pensar. Agotada de fingir que todo iba bien delante de sus amigos. Agotada de ser fuerte. Agotada por la tensión que le había provocado la terapia. Agotada por la debilidad física que sentía por momentos. Agotada de ver cómo sus costillas intentaban asomar de nuevo tirando por la borda todo un año de esfuerzo por hacer que volviesen a su lugar habitual. Agotada de estar sola. Agotada de ansiar a Héctor. Agotada de buscarlo en cada sombra, en cada rincón. Agotada de sentirse estúpida por encontrar consuelo en una estúpida camiseta perfumada con una estúpida colonia. Agotada de vivir como una autómatas. Agotada de que el reloj no corriese lo suficientemente rápido. Agotada de no encontrar respuesta a su dilema. Agotada de dudar. Agotada. No fue consciente de haberse dormido. Unos ligeros golpes en la puerta de su apartamento la despertaron. Sentía la cabeza embotada, la lengua pastosa y le costaba adaptar su mirada a la claridad que entraba por el ventanal de su dormitorio. Sin pensar se levantó como una autómatas y se dirigió a la puerta. Los golpecitos se hicieron más fuertes y, de pronto, se detuvo en seco asustada. No esperaba a nadie. Todos sabían que deseaba estar sola y que no iba a salir de casa. Su mente, aún sin despertar, comenzó a hacer aquellas asociaciones indebidas que le resultaron de nuevo familiares. Se obligó a detener esa línea de pensamiento y comenzó a respirar tal y como Jorge le había enseñado, al mismo tiempo, movió ligeramente los brazos y las piernas destensando los músculos que se habían puesto en guardia. Debieron de transcurrir un par de minutos hasta que, por fin, consiguió reunir el valor para acercarse a la puerta y echar un vistazo por la mirilla. Casi se cae de rodillas del alivio al ver a Gus con ambas manos apoyadas en el marco de su puerta y mirando fijamente al suelo.

Gus estaba maldiciendo aquel momento de debilidad en el que confió en Lola.

La había dejado sin vigilancia en su apartamento. En alguna de sus misiones había tenido que dormir hasta tres semanas en el puto coche y ahora, la nenaza en la que parecía haberse convertido, por unos putos días de aburrida vigilancia nocturna, sucumbía al placer de dormir en su comfortable colchón. Llevaba quince minutos golpeando con suavidad la puerta de Lola. Había llegado sobre las tres y media de la tarde y sólo quería que Lola supiese que él estaba allí. Sin embargo, Lola no respondía y su puto teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Sólo cabían dos opciones la primera era que Lola le había dado esquinazo y, si eso era así, maldita fuera si iba a volver a confiar en la dulce mirada de una mujer. Ojalá fuera eso porque la segunda opción le ponía los pelos de punta, alguien había llegado a Lola antes que él, se suponía que su exmarido estaba en la cárcel, sabía que El Pecas no iba a arriesgar su cuello haciendo alguna tontería, es más, lo imaginaba bien lejos de Madrid, sin embargo, Juan podía haber enviado a alguien al apartamento de Lola. Resignado y con los huevos de corbata, tragó saliva y apoyó las manos en el marco de la puerta, agachó la cabeza y se dispuso a echar abajo la bonita puerta del apartamento ya que no había tenido la precaución de hacerse con una puta llave. Casi se cae de rodillas, dando gracias a un Dios en el que nunca había creído, cuando escuchó el dulce sonido de la puta llave girando en la puta cerradura. Levantó la mirada y maldijo de nuevo al ver a una Lola de aspecto desvalido, con el pelo revuelto, los ojos hinchados y vestida con una camiseta que reconoció de inmediato como las de su jefe, si hubiese albergado alguna duda, el aroma familiar le inundó las fosas nasales y, de repente, descifró el misterio de porqué aquella mujer olía a Héctor cuando se levantaba cada mañana. Sintió pena por ella pero pudo contener sus ansias de abrazarla y de decirle que todo iba a salir bien, en cambio, imprimió a su voz toda la dureza que pudo reunir.

- Si tardas medio segundo más en abrir la puerta... la hubiese echado abajo a patadas. ¿Dónde cojones estabas para no oírme? Llevo quince putos minutos llamando a tu puerta. ¿Tienes idea de todo lo que se me estaba pasando por la cabeza? - Agitó un dedo amenazador ante su nariz - Se acabó toda esta majadería de vivir aquí tu sola ¿Me oyes? O te vuelves al ático o me mudo aquí. No hay más que hablar.

Lola, a medio despertar y tras haber sufrido un amago de crisis nerviosa sólo pudo apartarse de la puerta para dejar que Gus y toda su energía malhumorada entrase en su apartamento. Cerró la puerta suavemente y se apoyó en ella intentando hilvanar un discurso coherente, lo consiguió a medias, ya que nada

más empezar a hablar la furia, la angustia y el disgusto se apoderaron de ella y de sus palabras.

- Estaba durmiendo. ¿Dónde cojones querías que estuviese a estas horas de la mañana? ¿Te haces tú una idea de lo que se me ha pasado a mí por la cabeza mientras aporreabas mi puerta? - Lola copió su gesto amenazador con el dedo – No me amenes, ¿Me oyes? He tenido amenazas suficientes para toda una vida.... Yo no te pedí que estuvieses pendiente de mí ¿Te entra en tu dura cabezota? Yo no pedía nada de lo que me ha pasado, yo no pedí ser maltratada, ni verme metida en medio de una operación policial sacada de una película americana. Ya puestos – barrió furiosa las lágrimas que corrían por sus mejillas – tampoco pedí enamorarme, ni estar enferma, ni pedí estar tan sola... ¿Me oyes? - Sabía que estaba gritando pero no le importó – Yo sólo pido un trabajo sencillo, una vida sin sobresaltos, un hombre que me cuide y que me quiera como soy y una bonita familia normal... ¡Joder! Y aquí me tienes llorando como una idiota a las nueve de la mañana.

Toda la furia con la que Gus había irrumpido en el apartamento de Lola se evaporó ante el discurso desgarrador que acababa de escuchar. Él no valía para eso, así que, simplemente se limitó a sacar su teléfono y a mandar un rápido mensaje de WhatsApp a Carlos. “En apartamento. Lola necesita ayuda” Tras comprobar que la doble línea se marcaba en azul guardó de nuevo su teléfono y dio un paso en dirección a una Lola que se abrazaba a sí misma llorando en silencio.

- Lo siento Lola... - torpemente la rodeó con el brazo y la guió hasta el sofá, allí la obligó a sentarse mientras él se acucillaba a su lado – Me he asustado de veras al ver que no respondías. No son las nueve de la mañana... son casi las cuatro de la tarde. Quería que supieses que ya estaba por aquí, una noche de descanso ha sido suficiente. Siento haberte asustado.

- ¿Las cuatro de la tarde? - Lola miró incrédula a su alrededor. La luz que entraba por las ventanas le dio la razón a Gus, su salón empezaba a recibir la luz del sol a primera hora de la tarde – He dormido mucho..., creo que me acosté temprano... debían de ser sobre las ocho y ocho y media...

- Joder... casi quince horas... Lola – Gus nunca había dormido tanto – Estaba claro que en algún momento ibas a caer... llevas semanas sin dormir una noche entera.

Lola recordaba perfectamente sus pensamientos de la noche anterior. Todos y

cada uno de los motivos por los que estaba realmente agotada. No iba a contárselos a Gus, estaba seguro de que era capaz de utilizarlos en su contra para obligarla a volver al ático y esa no era ni de lejos su intención.

Gus quería por todos los medios evitar que Lola volviese a desmoronarse, por lo menos hasta que apareciesen los refuerzos en forma de abogado, así que le dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

- Nunca te había oído decir tantos tacos juntos jefa, es más, creo que es la primera vez que te oigo decir alguno.

Lola no se podía creer que Gus fuese socialmente tan torpe como para hacerle ver a una mujer que había perdido completamente los papeles cuando una ya era perfectamente consciente del espectáculo que acababa de dar.

- Odio las palabrotas.

- Pues cualquiera lo diría... joder... parecías un marinero en una pelea de bar.

- ¿Has visto alguna vez a algún marinero en una pelea de bar? - Lola arqueó una ceja ante la respuesta negativa de Gus – Pues entonces... - Lola cerró los ojos. No quería pagar su frustración con su nuevo amigo, por mucho que éste estuviese comprando todos los boletos para ello. Al fin y al cabo lo había visto asustado de verdad cuando le abrió la puerta – Gus.... Déjame decirte una cosa... si alguna vez quieres conquistar a una mujer...

- No quiero – se apresuró a responder Gus, inseguro sobre cómo iba a transcurrir la conversación de ahora en adelante – En estos momentos no quiero ligar con nadie...

- No he dicho ligar – Lola elevó los ojos al cielo. Bendita fuese la mujer que se enamorase de aquel grandullón. Le esperaba una tarea ingente para pulirlo – He dicho conquistar, Gus, conquistar... para algo más que un par de noches.... No me interrumpas – Levantó la mano para detener la protesta – Nunca, óyeme bien, nunca, bajo ningún concepto... bromees con ella sobre lo que dice cuando está molesta o enfadada.

- ¿Por qué?

- Porque ella no es tu colega, Gus... las mujeres odiamos que nos recuerden que acabamos de montar una escena.

- ¿Aunque sea verdad? - Gus no tenía intención de conquistar a una mujer pero pensaba que, tal vez, y sólo tal vez, esa lección le fuese de utilidad en algún



momento.

- Aunque sea verdad, sobre todo si es verdad – recalcó Lola.

- Vale.

- ¿Vale? - Aquella conversación estaba dejando de tener sentido para Lola. Estaba hambrienta y quería estar de nuevo sola – Pues vale. Ahora sé bueno y déjame sola. Ya has visto que estoy perfectamente.

- Esto... - Gus, temeroso por la reacción de Lola, se rascó la nuca mientras elevaba los hombros a modo de disculpa – Me temo que no va a ser posible. He solicitado refuerzos.

- ¿Refuerzos? - Lola estaba confusa por la jerga policial que usaba Gus. De repente oyó que alguien golpeaba con fuerza la puerta y lo entendió todo. Miró a Gus quien parecía avergonzado al tiempo que se levantaba y huía de ella para abrir la puerta – No habrás sido capaz de...

Lola vio a Carlos entrar como una exhalación en su apartamento. Ya eran tres, mucho se temía que, en breve, serían dos más.

- Has sido capaz... - se limitó a constatar un hecho evidente. Se levantó y mientras se dirigía a su habitación les dijo con voz gélida – Voy a ducharme. Cuando salga, espero que ninguno de los dos estéis en mi salón.

Carlos y Gus se estremecieron con el portazo que acompañó las palabras de Lola.

- Gus... - Carlos había acudido desde su despacho infringiendo de nuevo unas cuantas normas de tráfico en aquella soleada mañana de sábado en Madrid – Explícame ahora mismo a qué cojones viene todo esto... y más te vale que tenga sentido porque Jack y Helena vienen de camino y lo único que he visto hasta ahora es a una mujer muy cabreada.

Gus tardó nada y menos en poner en antecedentes a Carlos y respiró aliviado cuando éste lo despidió diciéndole que ellos se harían cargo de lo sucedido.

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 27

*“Un cansancio ansioso de alcanzar de un salto, de un salto mortal, la meta última, un pobre cansancio ignorante que ya no quería ni siquiera querer.”*

*Fiedrich Nietzsche*

Carlos abrió la puerta a Helena, quien seguida por Jack, hizo entrada en el apartamento cual metrallera formulando preguntas y exigiendo respuestas con los brazos en jarras mientras con la mirada buscaba a Lola. El abogado arqueó una ceja y miró a Jack quien, encogiéndose de hombros, tomó cartas en el asunto. Su tono de voz fue firme e imperativo como cada vez que quería dejar claro que iba a salirse con la suya.

- Pequeña... - Jack sostuvo a su mujer por la cintura – o te calmas y dejas que Carlos nos explique por qué estamos aquí o te cojo en brazos, te meto en el coche y te llevo de vuelta para casa.

Helena reconoció el tono de voz de su marido y supo que, de nuevo, se había excedido con el ímpetu con el que había enfrentado la situación. Asintió, aunque estaba muy preocupada por Lola y muy ansiosa por comprobar por sí misma su estado, sabía que si se alteraba Jack no iba a tardar nada en sacarla de allí y justo eso era lo que Helena quería evitar. Debía de estar presente en cada embate que el destino le tuviese preparado a su amiga, por lo menos hasta que el cabezota de Héctor, Helena había comenzado a llamarlo así esta misma mañana, pudiese cuidar de su amiga. Así que, no le quedaba otra que claudicar.

- Muy bien. Ya estoy calmada – Inspiró y expiró con fuerza - ¿Lo ves? Calmada totalmente.... Ahora me voy a sentar en el sofá ¿vale? - Helena sabía que estaba comportándose como una niña pequeña y la sonrisa cariñosa de Jack se lo confirmó.

Jack ayudó a su mujer a acomodarse en el sofá y él permaneció de pie para conseguir averiguar el motivo por el que Gus había solicitado la ayuda de Carlos.

Carlos, que había asistido con una sonrisa al intercambio entre su amigo y su empleada no se demoró en explicarse. Lola podía salir de su cuarto en cualquier momento.

- Lola le pidió a Gus que confiase en ella. Le pidió que anoche fuese a descansar

a su apartamento comprometiéndose a no salir de casa sin avisarlo – miró a Jack – Gus aceptó.

- No es propio de Gus abandonar una vigilancia – constató Jack molesto.

- Lo sé. No lo culpo. El pobre estaba de los nervios porque aún ahora no se explica cómo Lola consiguió convencerlo, dice que ella lo miró como un ratón pidiendo clemencia ante las fauces de un gato. Hasta me dio pena. Va a fustigarse con esto una larga temporada.

Jack podía comprender que el cerebro de un hombre se viese reducido a la mínima expresión cuando una mujer tenía la firme intención de salirse con la suya. Lo cierto es que Lola estaba fuera de peligro y no era justo que Gus cargase con todas las culpas. Lola había sabido manejarlos a todos con una habilidad asombrosa. Helena no había sido capaz de hacerlo en una situación similar a la suya, era evidente que Lola era una mujer de carácter firme, decidido y extraordinariamente valiente a pesar del aspecto desamparado que ofrecía el resto del tiempo. Eran dos mujeres dentro de la misma Lola y, estaba empezando a entender que todos, él el primero, la habían subestimado la mayor parte del tiempo.

- Hablaré con Gus de ello – Jack estaba decidido a verificar si Gus había tomado buena nota sobre lo que no podía volver a suceder.

- Como quieras tío... pero... ¡No me jodas! Nosotros también nos hemos relajado con Lola, con Gus por el medio la dábamos por más que protegida. Nos equivocamos. Él es un crack en todo lo que tenga que ver con la seguridad y la vigilancia pero no está acostumbrado a moverse en el círculo de confianza de un grupo como el nuestro y Lola, la pobre, siempre quiere proteger a todo el mundo. Para ella todo el mundo también comprende a un Gus cansado y ojeroso porque ella ha decidido mudarse a su apartamento abandonando el ático de Héctor donde él tenía su propio cuarto para descansar.

- ¿Te crees que no lo sé? - Jack seguía molesto, tenía un regusto amargo en la boca. Temía haberle fallado a Héctor y eso era imperdonable para un inglés, para un hombre de honor como él.

- Ya está – Helena los interrumpió – Nos ha dejado acceder a lo que ella quería. Ahora está en nuestra mano enmendarlo y yo sé exactamente como se siente... por favor Carlos, cuéntanos el resto.

A Jack, como siempre, le dolieron las palabras de su mujer. Las encajó

estoicamente y asintió, esa era su penitencia.

- El caso es que Gus aceptó. Su intención era estar de vuelta este mediodía y así fue. Pensó en que lo mejor era avisar a Lola de que estaba por la zona. Por más que aporreó la puerta, Lola no aparecía ni tan siquiera respondía al teléfono, así que, desesperado, estaba a punto de echar la puerta abajo a patada limpia cuando ella por fin le abrió.

- ¿Y por qué tardó tanto? - preguntó Helena confusa.

- Al parecer estaba dormida, dice que se acostó sobre las ocho y media y se levantó cuando oyó los golpes en la puerta. Entonces se asustó y se tomó un tiempo para relajarse antes de comprobar que no tenía nada que temer, que era Gus el que llamaba a su puerta.

- Ay... pobrecita mía... - Helena lo sentía en el alma.

- El caso es que abrió la puerta vestida con una camiseta de Héctor, oliendo a su perfume. Yo mismo la he visto. Tenía el pelo revuelto y los ojos hinchados. Han discutido un poco ya que Gus le ha exigido que volviese al ático. Lola se ha negado y se ha echado a llorar diciendo que ella no había pedido nada de lo que le había sucedido, que sólo quería tranquilidad, Gus no ha sido demasiado explícito. Se ha sentido incapaz de tratar con ella y me ha llamado. Ni que decir tiene que Lola se enfadó cuando llegué y nos exigió a ambos abandonar su apartamento antes de que ella saliese de la ducha.

- Ya veo que no sólo no me has hecho caso, además, como dice Gus, has traído más refuerzos— Cuando abrió la puerta de su cuarto Lola se había encontrado nada más y nada menos con lo que esperaba. Excepto Gus y Héctor, todos los que contaban algo para ella, estaban en su pequeño salón.

Helena sabía que su amiga estaba molesta porque todos estaban invadiendo su intimidad sin respetar sus deseos de estar sola y descansar el fin de semana. Pues ¡a la porra! No le importaba lo que pensase, esta vez no iba a salirse con la suya. Justo antes de salir escopetados de casa, Helena había llamado a Jorge mientras Jack se daba una rápida ducha. Quería averiguar cuáles eran exactamente esos “deberes” que Lola insistía en que debía hacer este fin de semana. Satisfecha con la explicación del doctor no se molestó en explicarle a Jack el motivo por el que lo había obligado a parar en la librería más chic de todo Madrid. Sabía que su marido estaba impaciente por llegar al apartamento pero no osó contrariarla, últimamente, debido al embarazo, procuraba no hacerlo y Helena sacaba de ello

todo el partido que podía. El embarazo no iba a durar eternamente y una mujer debía aprovechar todas las oportunidades que se le presentaban para salirse con la suya, por lo menos eso era lo que su suegra, sin ningún tipo de remordimientos, estaba enseñándole desde el mismo día en que se mudó a la guarida de los Anderson. Helena rebuscó en su bolso y extrajo todas y cada una de las compras que había hecho en la librería. Carlos y Jack la miraban sin saber muy bien qué decir. Los obvió, ellos no eran importantes en estos momentos. Miró a Lola, ésta seguía de brazos cruzados apoyada en el marco de la puerta de su cuarto, la luz del sol la iluminaba desde atrás y Helena pudo verificar lo que el maquillaje y la ropa había estado ocultando, con su uniforme de andar por casa, unos leggings negros por debajo de la rodilla y una ajada camiseta gris, Lola no podía ocultar los kilos perdidos, los ojos enrojecidos y el cutis apagado, hasta su envidiada melena rubia parecía haber perdido sus brillo natural. Recordó la imagen que el espejo le devolvía meses atrás cuando ella estaba en sus horas más bajas. El físico no era más que un reflejo de cómo ella estaba por dentro por aquel entonces y ahora, a pesar de que procuraba hacerse la fuerte, era evidente que Lola estaba muy tocada.

- Toma – Le dijo alzando un paquete envuelto cuidadosamente con un bonito papel plateado con topitos blancos – Esto es para tí.

Lola se acercó. De los tres, Helena era a la que menos quería contrariar. Irritar un poco a Carlos y a Jack no le importaba demasiado, así podía compartir con ellos su propia frustración. Tomó el paquete de manos de Helena y, sin sentarse, lo abrió procurando no romper el papel, tenía un cajón lleno de papeles de regalo que guardaba cuidadosamente doblados. Depositó el papel en la mesa de centro y se quedó observando fijamente una preciosa libreta dorada y con estrellas blancas estampadas en ambas tapas, la abrió, el papel era grueso y pedía a gritos que alguien comenzase a escribir sin parar. En su otra mano había un paquete con rotuladores de punta fina de un montón de colores diferentes, listos también para ser usados. Levantó la mirada y sorprendió a Helena observándola con una tierna sonrisa.

- He hablado con Jorge esta misma mañana. Me encantaría acompañarte mientras haces tus deberes. Podemos poner algo de música relajante, yo leo una de mis novelas románticas y tú escribes. ¿Te parece bien?

Lola estaba emocionada, en el apartamento no tenía más que una vieja libreta de notas y un triste bolígrafo azul que, en el momento menos oportuno, soltaba un

feo chorretón de tinta que estropeaba lo escrito. En cambio, la libreta que le había regalado Helena era perfecta, era preciosa y era justo lo adecuado para un nuevo comienzo. Tenía un nudo en la garganta.

- No sé por dónde empezar. Nunca antes había hecho algo así – le confesó avergonzada.

Helena se percató de la incomodidad de Lola y le restó importancia con un gesto de la mano.

- En ese caso, yo te explicaré como hacerlo. En mi último trabajo en Galicia, solíamos hacer este tipo de actividades en los cursos de formación de la empresa.

Lola asintió y se quitó de encima un peso que no sabía que tenía. Era su intención cumplir con la terapia pero hasta ese mismo momento no había pensado en cómo debía hacerlo. De pronto comenzó a sentirse débil, un ligero sudor frío le recorrió la espalda, un suave pitido en los oídos y un leve temblor de rodillas la avisaron de que su tensión, ya de por sí baja, estaba bajando un poco más.

Jack asistía al intercambio entre su mujer y su amiga. Aún no entendía muy bien lo de la libreta y los rotuladores pero, el caso, es que debía de ser una parte importante de la terapia de Lola a tenor de su reacción. Jack se adelantó y llegó justo a tiempo de evitar que Lola se desplomase en el suelo cuando sus rodillas le fallaron.

- Joder... - Jack se asustó al tener en brazos a una Lola con el rostro blanco como el papel y los ojos cerrados.

Carlos y Helena acudieron rápidamente en su ayuda. Jack obedeció la orden de su mujer y la tumbó en el sofá. Carlos también se apresuró a acatar la orden de Helena de que le levantase las piernas mientras ésta se apresuraba a darle aire a su amiga agitando una revista ante su cara.

- ¿Está consciente? - Jack seguía acojonado.

Carlos, tras haber asistido a Helena en una ocasión semejante estaba algo más tranquilo.

- Otra vez no... joder... os tengo avisadas de que no os desmayéis delante de mí... - intentó bromear con el asunto y, aunque no lo hizo con mala intención, se maldijo al ver el rostro mortificado de Jack al escuchar sus siguientes palabras – Con las veces que he visto a Helena así ya he tenido bastante para una

temporada.

Helena reconvino a su jefe con la mirada al tiempo que acariciaba con suavidad el brazo de Jack. No había podido disimular el dolor que atravesó su rostro al escuchar las palabras de Carlos.

- Jack... ya pasó... por favor... - Lo miró suplicante.

Jack se recompuso con relativa facilidad. No iba a envidiarle a Héctor todos los momentos que iba a tener que pasar cuando volviese con su mujer y empezase a ser consciente de los daños que había provocado su decisión, sin embargo, el bienestar de Helena estaba por encima de todo y le sonrió.

- Preciosa... - le acarició la mejilla al tiempo que se acercó a susurrarle al oído – Te quiero pequeña...

Helena le sonrió agradecida. Le apretó la mano y se obligó a dejar atrás su momento romántico en beneficio de Lola. Le tocó con suavidad la mejilla, seguía blanca pero respiraba con normalidad.

- Lola... ¿cómo vas?

Lola tenía la boca seca, por eso tuvo que humedecer ligeramente los labios para poder responder e intentar tranquilizar a sus amigos.

- Mejor... es la tensión... la tengo muy baja... a veces me pasa...

- Lo sé – recordó Helena sin dejar de abanicarla – me lo has comentado en alguna ocasión.

- Nena.... - Carlos no aguantaba más tiempo callado – abre los ojos... anda... déjame ver esos preciosos ojos azules para que el bueno de tu abogado se quede más tranquilo.

Lola esbozó un amago de sonrisa y entreabrió los ojos. Carlos estaba frente a ella sosteniéndole las piernas en alto y le mostró aquella sonrisa que cautivaba a toda mujer habida y por haber.

- Muy bonitos..., si señor, no los cierres por favor...

Lola notó como Jack le sostenía la muñeca para controlar su pulso. Giró la cabeza para verlo, su ceño estaba fruncido y sus ojos verdes mostraban preocupación.

- Estoy mejor... - hizo amago de levantarse – creo que puedo sentarme.

Helena la detuvo apoyando una mano en su pecho.

- No. Espera un poco. Estás empezando a recuperar el color. Sólo un par de minutos más.

Jack seguía controlando el pulso de Lola. Era fuerte y regular. La miro a los ojos y se encontró con que los azules de Lola lo miraban fijamente. Su preocupación se mitigó un poco pero seguía recriminándose el haber levantado el control sobre la mujer de su amigo cuando su exmarido fue encarcelado. Se había sentido satisfecho con la noticia, Lola iniciaba la terapia y aún sabiéndola dolida, no había visto todos los signos de debilidad, o habiéndolos visto, no los había calibrado correctamente. Pues bien, tenía diez días para invertir esa situación. Había observado que la distribución del apartamento de Lola era la misma que la del de su mujer, por lo que la cocina estaba integrada en el salón. O bien Lola era de una pulcritud extrema o esa cocina y ese fregadero tenían un brillo que no se correspondían con el estado que debieran presentar cuando una mujer llegaba agotada a casa, se preparaba una cena rápida y no se molestaba en recoger. No había a la vista ni cacharros, ni ningún tipo de resto en la encimera, ni tan siquiera había una bolsa en el cubo de basura. No había que ser muy avisado para saber que, lo más probable, es que Lola no hubiese ingerido alimento alguno desde la comida del día anterior en su casa. Habiendo dormido casi quince horas y siendo ya casi las cuatro y media de la tarde, podría decirse que Lola llevaba veinticuatro horas sin comer. Bien. Se había acabado. Punto final. Tomaba el mando de la situación desde ya. Procuró sonar amable pero dejando claro que, en esta ocasión, iba a ser inflexible.

- A ver rubita... te voy a hacer una pregunta. Comida favorita.

Lola supuso que la pregunta era un extraño método, sólo conocido por Jack, para calibrar su estado mental. La respondió sin dudar.

- Últimamente mi comida favorita es cualquier plato de los que Carlo prepara a diario.

- Muy bien. Será Carlo entonces. Lo llamaré ahora mismo – Le sostuvo la mano y la miró fijamente – Se acabó Lola. Me hago cargo. Última vez que pasas veinticuatro horas sin comer.

- ¡Lola!... - la reprendió Helena.

- Nena... - Carlos meneó la cabeza negando de un lado a otro, estaba molesto y disgustado – Me prometiste que comerías, revisé tu nevera y tu despensa...



Lola...

Lola se sentía acorralada y se defendió.

- Estaba cansada y nerviosa. No es la primera vez que la tensión acumulada me cierra el estómago. Sólo de pensar en cenar algo sentía arcadas... ya me pasó lo mismo cuando dejé a mi exmarido... Tenía intención de hacer un buen desayuno pero no me desperté hasta que vino Gus. No quiero seguir adelgazando más, no quiero volver a verme con ocho kilos menos como me vi en aquella época.

Jack se acuclilló al lado de Lola que seguía tumbada en el sofá con mucho mejor aspecto del que tenía hacía tan sólo unos minutos, le acarició el pelo con mucho cariño y se sonrió cuando la vio tensarse ligeramente. Era un pequeño ratoncillo valiente, con agallas, aún herido, aún temeroso, en todo caso, era un ratoncillo con un corazón enorme y sólo Héctor había sabido descubrirla en apenas una noche. Eso era obra del destino.

- Has adelgazado bastante. Helena también lo hizo y cuando la vi me preocupé muchísimo y me asusté. Yo era el culpable de que ella estuviese así. ¿Dejarás que me ocupe de tí hasta que te lleve a Londres en nueve días? Sé que Héctor se va a sentir fatal por la separación pero se sentirá peor si te ve tan delgada – Lola abrió los ojos asombrada y Jack se apresuró a cortar su línea de pensamiento – No. No he hablado con él, pero sé lo que siente, lo que piensa, lo que va a sentir y lo que va a pensar cuando te vea. Lo sé igual que Helena sabe mejor que nadie por lo que estás pasando tú. Déjame cuidarte Lola... cédeme las riendas.

Lola no estaba segura de que aquello no fuese un chantaje puro y duro, sin embargo, Jack parecía desolado, casi implorante. No era el Jack al que todos estaban acostumbrados. Lola desvió su mirada sin querer responder aún. Primero miró a Carlos, su abogado le guiñó un ojo y asintió con la cabeza animándola a que respondiese afirmativamente, luego miró a Helena, su amiga estaba emocionada, las hormonas del embarazo volvían a hacer de las suyas y vocalizó un “por favor”. Lola volvió la mirada a Jack, en ningún momento éste había dejado de acariciarle el pelo.

- Ya puedes ceder las riendas Lola..., no estás sola, tengo intención de cuidarte hasta que pueda llevarte a Londres y dejar que sea Héctor quien te cuide entonces. Deja de reservarte Lola, con nosotros, con Héctor. Libérate ya, no tengas miedo, te queremos, no vamos a hacerte daño. Héctor te quiere y te merece, tu también lo quieres y tú también lo mereces a él. No tengas miedo, no vas a defraudarle y él no va a defraudarte a tí. Rubita... por favor, dí que sí.

Lola acababa de oír en boca de Jack su principal problema desde que había iniciado su relación con Héctor, se reservaba una parte de sí misma para ella. Jack le decía que no lo hiciese más, que no tenía por qué hacerlo más, la verdad se reveló en su mente, no tenía por qué hacerlo más y, gracias a Jorge, contaba con todas las herramientas necesarias para superar los restos de su miedo. Sólo quedaba una cosa, debía plasmar en el papel su proyecto de vida, sus deseos, sus objetivos y, para ello, contaba con una preciosa libreta y una buena amiga que iba a guiarla en el proceso de plasmar sus anhelos en el papel. No estaba sola. Sólo había una duda pero tendría que esperar nueve días para poder resolverla.

- Sí – La voz le salió floja. Volvía a estar mentalmente agotada y físicamente se encontraba muy débil.

- Gracias – Jack la besó en la frente. Estaba aliviado y con rapidez expuso su plan – Te vendrás a casa, ocuparás mi antiguo cuarto durante este tiempo. Entre todos dejaremos todos tus asuntos atados para que los días que estés fuera no te preocupes por la peluquería. Vas a dejar que te mimemos, mi madre va a esta encantada, Anne no va a dejarte en paz, pero eso ya lo sabes.

Lola asintió con un nudo en la garganta, con mucho miedo a ceder tanto, con mucho miedo de que, al final, no valiese de nada. No se guardó el pensamiento, no más reservas.

- Tengo miedo y si al final...

A todos se les encogió un poquito el corazón al escuchar sus palabras. Jack seguía al mando y fue Jack el que respondió.

- Lo sé rubita... no tienes motivos para temer, pero vas a hacerlo de todos modos hasta que vuelvas con él. Mientras tanto... vamos a hacer todo lo posible porque descanses. Déjalo en mi mano ¿vale?

Y, por primera vez desde que salió de su matrimonio, Lola se dejó en manos de otra persona. Tras merendar algo de fruta y una gran porción del tiramisú de Carlo recién traído de su café por un Gus deseoso de enmendar su error, volvió a hacer su maleta. Esperaba de todo corazón que la casa familiar de Jack fuese su último destino antes de poder reunirse con el amor de su vida.

Jack estaba sentado en el cómodo sofá chéster del despacho que su padre tenía en casa, éste acababa de dejarlo solo, habían mantenido una pequeña reunión y estaba enormemente agradecido de los padres que le habían tocado en suerte. Su madre, bendita fuera, había acogido a Lola bajo su ala nada más poner un pie en

la casa, con eficacia, sin alboroto y haciéndola sentir como una invitada largo tiempo esperada. Su padre había insistido en que invirtiesen los papeles en la empresa los días previos al viaje a Londres, Jack trabajaría desde casa y él acudiría a la sede de Anderson & Asociados. Jack sabía que Henry estaba al tanto de todo lo que Héctor, Lola y Carlos habían hecho por su nuera y, su nuera era su nueva debilidad por lo que literalmente le exigió a Jack que hiciese todo lo que tuviese que hacer para que aquella pareja volviese a estar junta. Ahora, con el móvil en la mano, Jack barruntaba la mejor manera de proceder con Héctor, en su día había sido una lotería que Héctor lo encontrase en Londres ya que él, tras conocer la falsedad de las acusaciones que habían vertido sobre Helena, sólo se había concedido un día de borrachera y de desahogo antes de volver a Madrid a arrastrarse ante ella. Héctor llegó a Londres justo ese día y le dio a Jack la estocada final, de la que aún no se había recuperado, cuando le relató el infierno por el que había pasado Helena. Quería evitarle a Héctor esa estocada, quería ahorrarle parte del sufrimiento, por otro lado, no quería que su amigo anticipase su regreso, Lola insistía en que era ella la que tenía que ir allí, que así lo habían pactado entre ellos, sin embargo, Jack no las tenía todas consigo en cuanto al aguante de su amigo. Lo imaginaba al límite de sus fuerzas y, sin pensarlo más, ni tener en cuenta lo avanzado de la noche pulsó la tecla de llamada.

Héctor estaba tumbado en la cama del hotel al que se había mudado pese a las protestas de Paul y Susan. Consideraba que ya había abusado bastante de su confianza y, además, sabía que en los próximos días la hermana de Susan volaría desde Estados Unidos con su familia para conocer a la pequeña Catherine. Acababa de darse una ducha tras regresar a la habitación después de haber cenado un ligero sándwich en la barra de la cafetería del céntrico hotel que había elegido. No se había molestado en afeitarse, llevaba días sin hacerlo y una poblada barba de vagabundo decoraba su rostro cada día más afilado por la pérdida de peso. Comía fatal, dormía fatal y se preguntaba cada vez con mayor frecuencia qué cojones se le había perdido a él en Londres. No tenía éxito cada vez que intentaba autoconvencerse que lo hecho era lo adecuado para salvar su relación con Lola. La había hecho pasar por una prueba terrible sin su apoyo, fue consciente de ello cuando consiguió, a través de un contacto en la policía, el informe preliminar que el agente Velasco había elaborado tras el operativo, cada vez que lo recordaba se le ponían los pelos de punta. Si no fuera por la previsión de Gus, tal vez Lola no hubiese podido escapar de las garras de su exmarido. Tenía ganas ajustar cuentas con alguien, el caso es que el único culpable de

haber dejado sola a su mujer era él, por lo que debía ajustar cuentas consigo mismo y eso era bastante complicado de llevar a cabo, ni siquiera tras unas cuantas noches en compañía de una pinta de cerveza tras otra le encontraba sentido a lo que había hecho. Su mayor temor era que Lola le recriminase su ausencia. A pesar de que la sabía bien encaminada en su recuperación tras varias sesiones de terapia, también temía que esas sesiones le revelasen a ella la misma conclusión a la que había llegado él. No era más que un cobarde. Un cobarde que había comprado nada más llegar a Londres un bonito anillo en una de los mejores anticuarios de la ciudad. Era un anillo perfecto para Lola, una pieza con una bonita historia de amor entre un duque y una institutriz. El anillo descansaba a buen recaudo en su caja de terciopelo esperando volver a lucir todo su esplendor en el dedo de una mujer. Su mujer. Por segunda vez en su vida tenía miedo, mucho miedo. La primera vez había sido cuando veía que su hermana se le escapaba entre las manos, ahora el miedo era a que la que se le hubiese escapado entre los dedos fuese Lola, el amor de su vida. Tras la euforia inicial por el hecho de que Lola se hubiese mudado a su antiguo apartamento, hecho que él había valorado como un paso adelante en el proceso por el cual Lola debía de aprender a vivir, a sentir, a hacer cosas sin tener miedo a discutir o a contrariarlo, ahora mismo, cogía fuerza la idea de que tal vez, Lola hubiese abandonado el ático buscando comenzar una nueva vida lejos del novio cobarde que la había dejado colgada día antes de enfrentarse a su monstruo particular. Tenía el ordenador abierto a su lado, estaba a un click de confirmar la reserva de un vuelo a Madrid para dentro de un par de días. Se había acabado la bromita del macho alfa seguro de sí mismo. Estaba acojonado de haber perdido a Lola, de haberle exigido que tendría que ser ella la que volviese a él cuando pudiese entregarse por completo. ¡Jodido iluso! La quería a su lado de cualquier manera, completa o incompleta, asustada o valiente, llorosa o sonriente. La quería a su lado todas las noches y todas las mañanas y no estaba dispuesto a esperar más. Su teléfono sonó justo antes de formalizar el pago de su vuelo. Era Jack. ¡Hostia puta! Se acojonó y se incorporó de golpe para contestar.

- Dime que a Lola no le ha pasado nada – exigió a Jack.

- Buenas noches a tí también Héctor. Me alegra hablar contigo después de tanto tiempo.

Héctor miró al techo maldiciendo la flema británica del que había elegido como mejor amigo.

- No me jodas tío... estoy a un click de reservar vuelo para dentro de un par de días. Dime si tengo que volar antes. Joder... dime de una puta vez que mi mujer está bien.

- Ni se te ocurra confirmar ese vuelo.

- Dame un puto motivo para no hacerlo ahora mismo.

- Viajo a Londres en nueve días. Lola viene conmigo. Necesita estos días para completar un tema de su terapia. Tras ese tiempo, su doctor le recomienda el viaje.

Héctor suspiró aliviado. Con Jack al mando todo parecía ir en orden, sin embargo, aún no le había confirmado el estado de Lola. Insistió.

- Jack. Por última vez. ¿Lola está bien?

Héctor podía imaginarse a Jack al otro lado de la línea sopesando lo que debía de responderle.

- No me jodas Jack...

- No voy a mentirte. Conoces a Lola, a mí me ha llevado un tiempo cogerle el punto. Ha sido una mujer muy valiente, muy fuerte, muy dueña de sí misma... no voy a entrar en detalles, a pesar de que se derrumbó en determinados momentos consiguió mantenernos al margen hasta hoy. Está aquí, en casa, con nosotros. Sólo te diré que está a salvo, exhausta y algo debilucha.

- Quiero detalles. Yo te los dí en su día, me lo debes.

- Cierto – concedió Jack – pero estábamos cara a cara y esa no es una conversación que vaya a tener contigo por teléfono, lo único que voy a prometerte es que procuraré verte a tí antes de que te encuentres con Lola, entonces te lo contaré todo.

Héctor sabía que Jack no iba a ceder ni un milímetro. Una vez había tomado una decisión era firme como una roca.

- ¿Cuándo llegas?

- He reservado el primer vuelo de la mañana del martes, en nueve días a contar desde hoy. También he reservado dos habitaciones en el hotel en el que estás alojado, aunque en otra planta.

- ¿Cómo cojones sabes donde estoy alojado?

- Estás en Inglaterra y yo soy inglés, amigo de un lord ¿Necesitas alguna otra explicación?

- Ingleses... - masculló Héctor en tono despectivo.

- Te he oído – Jack se estaba riendo a costa de su amigo – Te llamo sólo porque temía que te adelantases y desbaratases los tiempos de Lola.

- Te lo agradezco.

- Agradéceme el consejo que te voy a dar. Me veré contigo esa mañana y hablaremos. Tú procura que esa noche sea inolvidable para Lola. Lo necesita y lo merece. Llama a la recepción del hotel de mi parte, he conseguido que no reservasen la suite nupcial hasta que tú les confirmes si la quieres o no, lo dejo en tus manos.

- Gracias... Jack... - Héctor estaba emocionado – He aceptado que estaba equivocado. La he cagado con ella, me siento un cobarde. Sólo espero que no sea demasiado tarde.

- Tío... - Jack sabía lo que pasaba por la cabeza de su amigo – No te doy ni te quito razones. Lo hecho hecho está y es nuestra penitencia cargar con ello. Yo aún lo hago cada día, sólo deseo que al final tengas tanta suerte como tuve yo.

Ambos amigos colgaron el teléfono al mismo tiempo. No necesitaban despedirse. Héctor se puso en marcha con un nuevo proyecto en la cabeza. Preparar la noche perfecta. Descolgó el teléfono de la mesilla de noche y marcó el cero.

\*\*\* \_ \*\*\*

## **CAPITULO 28**

*“La irregularidad, es decir, lo inesperado, la sorpresa o el estupor son elementos esenciales y característicos de la belleza.”*

*Charles Baudelaire*

Lola estaba sentada en la sala de espera de la consulta de Laura y miraba

nerviosa el reloj. La consulta llevaba un retraso de casi media hora y ella era la última paciente de la mañana. Le había mandado un mensaje a Carlos avisándolo de su retraso y éste le había respondido con un “don’t worry be happy” que le había sacado la segunda sonrisa de la mañana. La primera se la debía a Anne, su vecina de habitación, quién aún en pijama había irrumpido en el antiguo cuarto de Jack para meterse en la cama con ella y rogarle que le hiciese su trenza de princesa para ir al cole. Lucía había entrado agitada en el cuarto justo un minuto después regañándola por molestar a su invitada. Lola le había restado importancia y, como siempre, Anne con su sonrisa de no haber roto nunca un plato se había salido con la suya. Volvió a mirar el reloj. Estaba nerviosa y no podía identificar el motivo, tal vez tuviera que ver con el sueño de los gatitos, todos los días soñaba con los gatitos y no le hacía ninguna gracia porque no le encontraba ningún sentido, o tal vez tenía que ver con el tiempo que llevaba sin hacerse un chequeo. Procuraba no faltar a su cita anual, sin embargo, se había saltado la última revisión tras el divorcio porque sabía que iba a pasar mucho tiempo hasta que volviese a intimar con un hombre. La revisión ginecológica no suponía para ella un mal trago, ningún médico le había hecho daño y los resultados de sus citologías y ecografías siempre habían sido positivos. No le importaba estar sola en la sala de espera, Juan nunca la había acompañado antes, sin embargo supo sin lugar a dudas que de haber estado con Héctor, éste no la hubiese dejado acudir sola, incluso era probable que fuese él el que hubiera hecho a Laura todo tipo de preguntas. Esbozó una sonrisa al imaginar la situación y entonces escuchó su nombre, levantó la vista y se encontró con la propia Laura en la puerta de la sala de espera.

- Me alegro de verte sonreír, me han dicho que, últimamente no tienes demasiados motivos para hacerlo.

Lola se levantó y recogió su bolso de la silla vecina. Era normal que Laura estuviese la tanto de su situación, era íntima amiga de Lucía, la madre de Jack y era la ginecóloga de su amiga Helena con quien había establecido una relación casi maternal, además, había sido ella la que medió para que Jorge la atendiera pronto. No le importó. Laura era buena gente y confiaba en su criterio.

- No te han engañado – Le confirmó Lola – Espero que pronto pueda olvidar estas semanas.

Laura recibió a Lola con un par de besos en la mejilla y la rodeó por la cintura mientras la acompañaba a la consulta. Era una chica fantástica y le había cogido

mucho cariño. También se lo tenía a Héctor y deseaba que solucionasen pronto sus problemas porque hacían una pareja muy bonita. No dejaba de sorprenderse de lo complicadas que eran las historias de amor de aquellos dos amigos, Jack había conseguido sacar la suya adelante, suponía que Héctor haría tres cuartos de lo mismo. La invitó a sentarse y sacó los documentos necesarios para abrirle el historial clínico ya que era la primera vez que Lola acudía a la clínica como paciente.

- Cuéntame Lola... ¿Eres buena paciente o eres del tipo de Helena, todo nervios y angustia?

- Pues creo que buena paciente, en general no tengo demasiadas fobias con los médicos.

- Pues me alegro, es un cambio refrescante, la mayoría de mis pacientes de hoy venían hechas un manojo de nervios, de ahí el retraso. Siento que hayas tenido que esperarme.

- No te preocupes, no tengo prisa. Carlos me ha invitado a comer y ya le he avisado de que iba con retraso.

- Ay... Carlos – Laura sonrió – ese chico es un sol.

- Lo es – Reconoció Lola – A mí me está ayudando mucho, en realidad, todos lo están haciendo, o lo estáis haciendo, me gustaría darte las gracias por concertar mi cita con Jorge.

- Olvídalo – Laura hizo un gesto con la mano restándole importancia al asunto - ¿Qué tal te va con la terapia?

- Mejor que bien – Lola encontraba refrescante la conversación con Laura. El día anterior había sido agotador, no había descansado bien, la habitación de Jack le era extraña y su sueño había sido intermitente – No sé cómo lo ha hecho pero, en dos sesiones, ha conseguido más que en todas las sesiones de terapia que intenté hacer en Toledo.

- ¿Y eso? - preguntó Laura extrañada.

- Era un hombre mayor, algo anticuado y yo tampoco estaba muy dispuesta a colaborar. No encajamos, no sé.... con Jorge fue distinto, no me hizo volver a relatar todo aquello, ya estaba al tanto de lo sucedido gracias a un informe con toda la historia de mi matrimonio que Carlos le había anticipado.

- De nuevo Carlos....



- Sí. De nuevo Carlos. Siempre está ahí cuando uno lo necesita.

- La mujer que consiga enamorarlo será afortunada – reflexionó Laura – Como lo fue Helena y como lo eres tú.

¿Afortunada? Lola nunca lo había pensado, pero sí era cierto que podía considerarse afortunada de haber encontrado a Héctor. Él había sido el eslabón perdido que le faltaba para completar su vida, había sido y era la mano que la había sostenido mientras ella comenzaba a salir de su confortable escondite. Aunque no tuvieran otra oportunidad tenía que reconocer que sí, que realmente había sido afortunada.

- Lo sé. Sé que he sido afortunada de tener a Héctor en mi vida – Lola no pudo ocultar la tristeza en su mirada – Ojalá pueda seguir siéndolo porque si por cualquier motivo no podemos estar juntos, no tengo muy claro cómo voy a enfocar mi vida.

Laura le sonrió cariñosa, ella no dudaba pero sabía que Lola, al igual que Helena, no podía tener las cosas tan claras como los que veían su relación desde fuera.

- Eres muy valiente Lola... estoy segura de que no darás ningún paso atrás – Colocó bien los papeles y cogió la pluma plateada con la que le gustaba tomar notas – Ahora voy a hacerte unas cuantas preguntas para abrir el historial.

Lola estaba respondiendo con tranquilidad a las primeras preguntas que Laura le estaba formulando sobre sus antecedentes ginecológicos.

- Muy bien. Lola. Ya queda poco. ¿Última revisión?

- Puede que haya pasado año y medio, tal vez dos... - Lola dudó – Sabía que había acudido una vez durante su matrimonio pero después, con todo lo sucedido, literalmente lo había dejado correr.

- Demasiado tiempo – la regañó Laura

- Lo sé. Con todo lo que me pasó y como dejé de tener relaciones, lo fui dejando.... Hasta hoy.

- Bueno...eso es agua pasada... - Laura levantó la cabeza del papel para formular su siguiente pregunta - ¿Molestias en las relaciones íntimas?

Lola se ruborizó al pensar en el único aspecto de su relación con Héctor que había fluido como la seda. Negó con la cabeza.

- No. Ninguna molestia.

- Bien – Laura hizo caso omiso del rubor de Lola, era algo habitual en la mayoría de las pacientes. Hablar de sexo, aunque fuera con el médico, aún seguía siendo complicado para la mayoría de las mujeres - ¿Qué método anticonceptivo habéis elegido?

El rubor de Lola fue en aumento. Laura no iba a entender que, con una situación tan inestable, Héctor y ella hubiesen decidido no tomar ninguna precaución para evitar un posible embarazo. Muchos cuestionarían la sensatez de haber dejado aquello en manos del destino. Tenía que decirle la verdad.

- Ninguno.

Laura levantó la cabeza. Ahora sí que estaba asombrada.

- ¿Ninguno? - Comprobó que había oído bien cuando vio a Lola negar con la cabeza - ¿De mutuo acuerdo? - Laura quiso cerciorarse acerca de ese particular, había visto coacciones de todo tipo entre parejas que, inevitablemente, traían después consecuencias no deseadas para una de las partes.

- Por supuesto. Fue de mutuo acuerdo. Comprendo que no me entiendas...

- No me malinterpretes Lola... - Laura la interrumpió – No estoy aquí para juzgarte, ni a ti ni a Héctor. Simplemente me has pillado por sorpresa. Sé que sois dos adultos responsables y que tendréis vuestros motivos para tomar esa decisión. Ahora debo preguntarte una cosa ¿Fecha de la última regla?

Lola agradeció no tener que dar más explicaciones y se apresuró a responder. Sabía perfectamente cuando había sido su último período.

- Pues fue justo la semana después de la boda de Helena y de Jack.

Laura tomó su calendario. La fecha de la boda seguía marcada en rojo en él. Había sido un día precioso. Con el dorso de su pluma fue punteando los días. Por el rabillo del ojo miró a Lola, quien seguía impassible esperando su siguiente pregunta. ¡Madre mía! O Lola había perdido la noción del tiempo o podía justificar de otra manera su retraso. Habían transcurrido casi seis semanas desde su último período. Tomó aire. Esperaba de corazón que hubiese otro motivo porque, de lo contrario, iba a ser duro lidiar con otro embarazo en medio de una separación sentimental, aquello estaba convirtiéndose en un hábito para ella. Primero Helena, ahora Lola.

- Muy bien Lola... dime si alguna vez has tenido retrasos en el período.

- Pues la verdad es que no – Lola recordó de pronto – Bueno, sí, una vez, justo cuando escapé de mi matrimonio, fueron unas semanas muy tensas, estaba muy nerviosa y angustiada y tuve un pequeño retraso de dos semanas.

Laura sabía que Lola estaba pasando ahora por una situación tensa, la sabía angustiada y preocupada y era una explicación perfectamente lógica para un retraso, sin embargo, debía de cerciorarse de que no estaba embarazada.

- Entonces, dos semanas de retraso... como ahora – Levantó la vista del papel para ver su reacción.

- ¿Como ahora? - Lola preguntó extrañada - ¿Cómo ahora qué?

Laura tomó aire, en sus circunstancias era comprensible que para Lola las semanas hubiesen volado sin que ella fuese consciente de su paso.

- Lola... han transcurrido casi seis semanas desde la boda de Helena, es comprensible que el tiempo haya dejado de tener importancia para tí, tenías mejores cosas de las que preocuparte.

Lola no daba crédito a lo que acababa de oír. Seis semanas de su última regla, eso quería decir que o bien tenía un retraso como la vez anterior motivado por el estrés o bien estaba embarazada o bien Laura no había contado bien los días. La miró temblorosa.

- ¿Has contado bien?

- Dos veces – Laura abrió el cajón de su mesa, extrajo un bote de muestras y se lo tendió – El baño está a la derecha, primera puerta según sales. Haz pis y luego ya hablaremos.

Lola obedeció como una autómatas. Tuvo la mente en blanco durante todo el tiempo que fue al baño y esperó en silencio a que Laura manipulase la muestra sin quitarle ojo de encima. Parecieron transcurrir horas en vez de escasos minutos. Finalmente Laura la miró y Lola no pudo adivinar el resultado. No tardó en saberlo. Las palabras de la ginecóloga le llegaron lejanas y, en un primer momento no reaccionó, luego estalló en lágrimas.

- Lola cariño... estás embarazada – Laura se limitó a constatar la realidad a tiempo que se levantaba preparada para sofocar el estallido que no tardó en producirse.

Lola sollozaba con el rostro enterrado entre las manos. Laura se sentó a su lado. Aquello era un déjà vu de lo vivido con Helena. La dejó llorar unos minutos

mientras la rodeaba con el brazo, transcurrido un tiempo le tendió una caja de pañuelos. Sonrió cunado Lola con una gran inspiración consiguió detener su llanto y se sonó la nariz.

- Lo siento Laura – Lola estaba avergonzada de su reacción – No me dí cuenta del retraso, no fui consciente del trascurso de las semanas.

- Es normal, ya te lo he dicho, además tampoco era un gran retraso...

- No debería sorprenderme tanto – Lola miró a Laura fijamente – Al fin y al cabo los dos lo quisimos así y aquí está el resultado.

Laura estaba contenta de que Lola consiguiese dominarse, con Helena había sido mucho peor, así que podía afrontar con normalidad la consulta.

- Por lo que dices, entiendo que fue un embarazo buscado.

- Lo fue. Héctor supo que yo siempre había querido ser una madre joven, puede parecerte una locura, pero en cuanto él me lo propuso supe que sería el padre perfecto. Ya había tenido un matrimonio, un matrimonio que fue un infierno y, francamente, seguir el protocolo habitual de noviazgo., boda y niños no me parecía tan importante.

- Lola cariño... no te juzgo, nadie tiene derecho a hacerlo en tus circunstancias. Héctor es un hombre maravilloso y, aunque ahora estéis separados, estoy segura de que será por poco tiempo.

- Vuelo a Londres en ocho días, voy a verlo. Me acompañará Jack – De pronto Lola recordó el mal comienzo del embarazo de Helena – Podré ir... ¿verdad?

Era pronto para que Laura confirmase o negase esa posibilidad. La tomó de las manos y le preguntó.

- ¿Cómo te encuentras físicamente?

- Estoy cansada, no duermo bien, aunque la noche del viernes enganché el sueño y dormí quince hora seguidas, creo que fruto del agotamiento acumulado. Suelo tener la tensión baja y el sábado tuve un pequeño mareo, lo achaqué a un bajón de tensión ya que no es la primera vez que me pasa y los síntomas fueron iguales a los de las otras veces. Por otro lado, he perdido el apetito... aunque también lo achaco a toda la tensión vivida.

- Puede ser – le confirmó Laura - ¿Pérdidas, es decir, sangrado?

- No.

- ¿Dolor o pinchazos abdominales?

- Tampoco – confirmó Lola.

- Bueno...- Laura se levantó y le tendió la mano – Vamos a hacer una ecografía y luego hablamos.

Tumbada en la camilla Lola estaba asombrada del aplomo y la serenidad con que se había tomado la noticia. Probablemente fuera así porque aún no la había asimilado del todo.

- Estoy muy tranquila – le dijo a Laura.

- Ya lo veo cariño... - Laura le sonrió encantada – Me alegra que hayas reaccionado así de bien. Es un problema menos a añadir a los que pueden surgir en un embarazo. El estado emocional de la madre, como bien sabes por lo que le sucedió a Helena, es casi tan importante o más que el estado físico.

Lola guardó silencio meditando sobre cuál era su estado emocional mientras Laura manipulaba el ecógrafo y el teclado del ordenador. Estaba relajada, asumiendo que uno de sus mayores deseos se acababa de hacer realidad, por un momento había aparcado a Héctor a un lado, sin embargo, allí tumbada comenzaba a extrañarlo con más fiereza que la habitual. Las palabras de Laura interrumpieron su pensamiento.

- Bueno Lola... está siendo una mañana de sorpresas... ¿estás bien? - preguntó Laura antes de informarla sobre lo que había podido ver.

- Si me dices que todo está bien creo que yo también estaré bien.

Laura sonrió ante la naturalidad con la que Lola había asumido su nueva circunstancia, ahora iba a ver cómo encajaba el resto.

- Pues quédate tranquila. Todo está bien. Los corazones de tus bebés laten con fuerza.

Lola miró a Laura, tal vez había oído mal.

- ¿Has dicho bebés? - Le preguntó casi con un chillido.

- Sí cariño... hay dos bebés, en concreto, mellizos creo distinguir perfectamente dos bolsas y dos placentas... aunque te lo podré confirmar definitivamente en unas semanas. ¿Quieres verlos?

Lola asintió. Estaba estupefacta. Dos bebés al mismo tiempo. La cosa empezaba

a complicarse. Intentó analizar cómo se sentía pero, contrariamente a lo esperado, seguía tranquila.

- ¿De verdad puedo verlos?

- Claro que sí cariño... - Laura giró la pantalla del ordenador y le fue explicando a Lola los pormenores de lo que se podía distinguir en la ecografía.

Lola estaba emocionada viendo a sus dos bebés, apenas dos pequeñas habas con una membrana latiendo, su pequeño corazón. Instintivamente su mano se posó en su vientre.

- No he notado nada. No noto nada. Ni la tripa, ni el pecho, ni tengo náuseas, nada de nada... ¿Es normal?

- Sí Lola.... La ausencia de las molestias típicas del embarazo es tan normal como tener algún malestar o encontrarse realmente enferma. Cada mujer es distinta, por tanto, cada embarazo es diferente. Además has adelgazado, eso puede ocultar algunos cambios físicos. Aunque debes saber desde ya que vamos a llevar tu embarazo dentro de los casos de alto riesgo – Laura le cogió la mano a Lola al ver su expresión asustada – Nada que ver con lo de Helena cariño... lo que sucede es que es un embarazo gemelar y hay que vigilarte más. Ahora voy a imprimir estas imágenes para que puedas llevarlas contigo. Puedes levantarte despacio y sentarte en el despacho, ahora hablamos.

Lola se incorporó despacio sintiéndose igual y diferente al mismo tiempo. Laura no tardó en reunirse con ella y le extendió unos papeles. Los ojeó por encima mientras escuchaba atentamente las explicaciones de su ginecóloga.

- Ahí llevas unas pautas sobre cómo conducirte de ahora en adelante, me refiero a alimentación, síntomas normales y una lista de cosas que, de sucederte, o bien me llamas, o bien te vas a urgencias. También llevas la receta de un multivitamínico, de ácido fólico y además, mañana vendrás en ayunas a hacer una analítica, quiero verla ya.

Lola miraba ahora las imagen en blanco y negro de sus dos bebés. Por supuesto que haría todo lo que Laura le recomendase, pero sentiría mucho no poder volar a Londres para ver a Héctor. Todo había alcanzado una nueva dimensión en apenas una hora. Iban a ser padres y estaban separados. Ella ya lo sabía pero él no y, aunque no dudaba de cuál iba a ser su reacción, también tenía clara una cosa. El mismo dilema que Helena había tenido en su día se le presentaba ahora a ella. Sus historias eran paralelas y, si algún guionista de televisión las hubiese

llevado a la pantalla, no resultarían creíbles para el espectador. Lola, al igual que su amiga, no iba a consentir que ningún embarazo obligase a un hombre a permanecer a su lado y recordó que eso mismo había pensado cuando Héctor le propuso no tomar precauciones. Ya entonces Lola sabía que Héctor iba a ser un padre fantástico, pero tal vez no fuese posible formar juntos una familia. Así que debía ocultar su entusiasmo y su felicidad, primero quería saber si Héctor le daba una segunda oportunidad, de no ser así y, con todo el dolor de su corazón, pero sin darle la espalda al padre de sus hijos, formaría una familia ella sola con sus bebés. Lola vio que Laura estaba anotando cosas en su historial, sin dejar de escribir le preguntó.

- ¿Sabes si tenéis antecedentes de embarazos gemelares?

- Sí – Lola recordó aquella conversación en casa de Jack cuando les habían comunicado el sexo del bebé que esperaban – En la familia de Héctor, creo recordar que habló por lo menos de un caso.

- Muy bien, Pues ahora he de decirte que necesito que Héctor venga la próxima vez. Necesito algunos datos sobre su estado de salud y antecedentes familiares para incorporarlos al historial.

- ¿Puedo ir a Londres? - preguntó esperanzada.

- Puedes ir. Estás fantástica. No creo que la analítica revele ningún problema y, si así fuera, lo hablaríamos antes. Lola cariño... debes de ir a hablar con Héctor. Lo harás muy feliz.

Lola sonrió, temblorosa, emocionada y ahora sí con lágrimas corriendo por sus mejillas.

- Lo sé. Sé que lo haré feliz. Lo que necesito saber es si podemos hacernos felices juntos.

- Estoy segura de que es así, igual que no me equivoqué con Jack, tampoco voy a hacerlo con Héctor.

Lola asintió limpiándose las lágrimas con sus manos al tiempo que guardaba toda la documentación en su bolso. Antes de irse quería avisar a Laura de otra decisión que había tomado hacía apenas unos instantes.

- No te ofendas por lo que te voy a decir Laura pero quiero que sepas que voy a mantener esto en secreto. Nadie va a saber que estoy embarazada. Creo que Héctor tiene derecho a ser el primero en conocer la noticia.

- Estoy de acuerdo contigo. Ni que decir tiene que todo lo que pase aquí dentro es confidencial.

- Lo siento Laura... no quería insinuar lo contrario – Lola quería dejar claro que consideraba a Laura una profesional excelente.

- Lo sé cariño... no te preocupes. Sé que estás en casa de Lucía, para no generar suspicacias con lo de tu analítica puedes decirles que te la pido para valorar si sufres una anemia ferropénica debido al abundante sangrado de tus reglas. No creo que los chicos pregunten más.

Lola recordó aquel interrogatorio al que la había sometido Héctor sobre cómo eran sus reglas, también le vino a la cabeza la historia que Helena le había contado de cuando Jack le había solicitado ver su compresa manchada con las pérdidas de sangre durante su amenaza de aborto.

- Yo no apostaría por eso Laura... estos chicos, como tú dices, se salen de la norma.

Laura sonrió. Lola llevaba razón. Eran hombres fuera de lo común.

- Tienes razón, pero tu tapadera es sólida así que, utilízala. Sé que nadie va a atreverse a preguntarme al respecto, pero si así fuera, respaldaré tu coartada.

- Te lo agradezco – Lola se levantó y recogió su bolso dispuesta a abandonar la consulta.

- Te acompaño a la puerta, Mi enfermera ya se habrá ido y es probable que haya cerrado con llave.

Así era. La consulta estaba silenciosa y Laura tuvo que abrirle la puerta con su llave. Nada más hacerlo Jorge apareció en el umbral con la mano levantada.

- Lola... ¡Qué sorpresa!

- Hola Jorge – Lola lo saludó con alegría, le había cogido mucho cariño.

- Enseguida estoy contigo Jorge – Laura ya estaba quitándose su bata blanca – Jorge y yo hemos quedado para comer. Lo hacemos una vez a la semana.

- ¿Has venido a hacerte una revisión? - Jorge se interesó por su paciente y no le pasó desapercibida la mirada que intercambiaron ambas mujeres. Se mantuvo en silencio.

Laura miró a Lola arqueando una ceja. Jorge era su terapeuta. Ella consideraba



que debía estar al corriente del embarazo de su paciente, al fin y al cabo, él estaba tratando la parte emocional de Lola y, como ya le había explicado, esa era una parte importante que no se debía obviar en el embarazo, y menos, en un embarazo gemelar y de alto riesgo como era el suyo. Lola pareció comprender su pregunta y asintió con la cabeza. Laura suspiró y contestó por ella.

- Pasa un momento Jorge. Hemos de comentarte algo.

Media hora más tarde Lola abandonaba la consulta mucho más serena tras la conversación que habían mantenido con Jorge. Además de felicitarla, le había comentado que era muy positivo que se hubiese tomado tan bien el tema del embarazo a pesar de vivir la situación que estaba viviendo, de estar separada del padre de sus bebés y de encontrarse en la recta final de la recuperación de un suceso traumático como el suyo. Le había comentado que para muchas mujeres el embarazo era el catalizador que les permitía hacer borrón y cuenta nueva con su vida anterior. En su caso, el aceptar la llegada de los bebés con alegría e ilusión era muy importante ya que, había otras mujeres en las que el embarazo tenía el efecto contrario, les provocaba una desazón y una tristeza crónica que no era buena ni para ellas ni para los bebés. Laura confirmó el diagnóstico de Jorge explicándole que Lola, una vez superada la impresión inicial, había estado muy tranquila en la exploración, además de mostrar una gran sensatez a la hora de planificar sus siguientes pasos. Jorge se alegró por ella y le transmitió una energía positiva que Lola rogaba le ayudase a afrontar, tanto la espera, como el esperado reencuentro con el amor de su vida.

\*\*\* \_ \*\*\*

## **CAPITULO 29**

*“Lo esperado no sucede, es lo inesperado lo que acontece.”*

*Eurípides*

Lola tuvo que hacer acopio de sus limitadas fuerzas y resultó todo un desafío conseguir que sus cinco sentidos estuviesen centrados en Carlos. Estaban sentados en una bonita terraza en el barrio de La Latina en Madrid, era el barrio

de moda, llenos de locales y terrazas dónde comer, tomar el aperitivo o disfrutar de una copa al atardecer. A Lola le gustaba mucho el sitio elegido por Carlos, todas las mesas erara redondas y de madera blanca envejecida, las sillas eran de forja en un tono plomo, muy cómodas gracias a unos gruesos cojines blancos con rayas granates y grises, el servicio estaba presentado en manteles individuales, ninguno era igual al otro, los había lisos, de rayas, de cuadros, eso sí, todos dentro de las tonalidades blancas, grises y granates, los mismos colores que lucían los distintos platos que eran de estilo rústico, de loza gruesa y resistente. Lo único que rompía la gama de tonos elegidos era la carta, pulcramente colocada encima de cada plato había una carpetilla de cartón con unas delicadas florecillas verdes y azules. Lola leía la carta de arriba a abajo examinando el detalle de cada plato con mucho más cuidado del habitual. A falta de su analítica, aún desconocía si durante su embarazo podría comer de todo sin perjudicar a los bebés así que, hasta saber los resultados, tocaba ser prudente. Ya se había inventado una excusa par declinar la copa de vino que Carlos le proponía y había elegido tomar agua mineral con una rodajita de limón.

- ¿Ya has decidido? - Carlos observaba la concentración de Lola mientras leía la carta. Suponía que, debido a su escaso apetito, estaba eligiendo algo que supiese que podía terminar. Era una chica lista y sabía que él iba a insistir en que se acabase todo.

Lola alzó la mirada de la carta y le respondió. Le había costado pero había encontrado una tosta vegetal que reunía todos sus requisitos. Al tiempo que la pedía pensaba en cómo iba a arreglárselas para sentarse a comer a diario en casa de los Anderson. Recordó a tiempo que Helena, debido a la toxoplasmosis, tenía una dieta especial. Tendría que convencerlos de que le resultaba más apetecible la comida de su amiga, suponía que, con tal de ver que recuperaba el apetito nadie sospecharía nada. Además, Lucía había insistido en que les dijese lo que prefería comer cunado se mostró inflexible a la hora de advertirle que debía recuperar los kilos perdidos.

- Quiero esta tosta vegetal. La número cinco – Llevaba calabacín y tomate a la plancha con queso brie gratinado y nueces.

- ¿Y de segundo? - Carlos entrecerró los ojos – Le parecía insuficiente.

Lola suspiró, primera batalla. Tendría que negociar.

- Estoy recuperando el apetito poco a poco. Me apetece comer cosas sanas y sencillas. Te prometo que me la tomaré entera – Se comprometió. Había visto en

la carta su postre favorito y lo utilizó en su favor – Además, tienen mi postre favorito, brownie de limón y si tomo un segundo plato no me cabrá.

- Vale. Si tomas el postre acepto que sólo comas la tosta – Carlos estaba conforme con la explicación de Lola y le hizo una seña al camarero para ordenar la comanda.

Durante la comida Carlos evitó hablar de los dos casos que Lola tenía abiertos en los juzgados, su papel como colaboradora en el caso del tráfico de anabolizantes y la demanda por violencia de género contra su exmarido. No había demasiadas novedades al respecto. En cuanto al primer caso el juez seguía investigando, tomando declaraciones y revisando todas las pruebas encontradas en los numerosos registros efectuados y en cuanto a la demanda, tenía que comunicarle que había hablado con la fiscal del caso y que le había sacado el compromiso extraoficial de que, a pesar de que Juan ya estaba en prisión, no iba a suponer diferencia alguna en lo relativo a la celeridad con la que iban a tratar el asunto, de hecho, habían acordado la conveniencia de solicitar una orden de alejamiento aunque la fiscal le aseguraba que era del todo imposible que el exmarido de Lola abandonase la prisión en una larga temporada. Decidió que se lo comentaría en el trayecto de vuelta a casa de los Anderson porque ahora le interesaba conocer su estado de salud.

- Bueno Lola – le dijo mientras daba cuenta de su filete con salsa de pimienta verde – Ya sé que con tu psicólogo la cosa va más que bien, así que, cuéntame qué tal con Laura.

Lola esperaba la pregunta, era típico de aquellos hombres cuidar de todas las mujeres que tenían a su alrededor y preocuparse por todos y cada uno de los aspectos de su vida. Suponía que a Carlos no iba a bastarle con un sencillo bien, así que echó mano de la coartada que Laura le había proporcionado.

- Tengo que hacerme mañana una analítica.

- ¿Y eso? ¿Algún problema? - Carlos se preocupó y, dejando los cubiertos a un lado, la miró mientras respondía.

- Anemia ferropénica. Tengo unas reglas muy abundantes y como he perdido peso Laura quiere descartar que tenga falta de hierro.

- ¿Eso es grave? - Carlos quería saberlo todo.

- No demasiado – Lola procuró aparentar despreocupación – Les sucede a

muchas mujeres, además, no te estoy diciendo que a mí me pase, te digo que Laura sólo quiere la analítica para descartar esa posibilidad. ¿Está bueno tu filete?

Carlos asintió intentando discernir si Lola pretendía cambiar de conversación. La miró entrecerrando los ojos y la vio atacar con ganas su tosta, parecía tranquila y no evitó su mirada. Los ojos azules de su amiga le sonrieron y él entendió porqué su amigo Héctor estaba colado por aquella dulzura de rubia. Joder... Jack y Héctor habían fichado de puta madre y él estaba muy cerca de convertirse en el único soltero del grupo. No sabía muy bien cómo le hacía sentir eso y tampoco quería pararse a analizarlo así que siguió comiendo y la conversación versó sobre otros temas de actualidad.

Lola se acostó en la cama del dormitorio que había pertenecido a un Jack adolescente, apartó el edredón de cuadros y, descalza, se dispuso a intentar dormir una pequeña siesta al igual que lo estaba haciendo su amiga Helena. Evidentemente no pudo conciliar el sueño, su nueva situación ocupaba todos sus pensamientos, se descubrió acariciándose ligeramente el abdomen, se había desabrochado el vaquero y acababa de pedirle a Gus que le enviase todos los vestidos que había dejado descartados en el vestidor del ático. No quería vestir sus vaqueros pitillo, iba a decantarse por ropa holgada y cómoda desde ya, así que no le quedaba otra que romper una de sus promesas sobre el momento en el que iba a estrenar aquella ropa. Con la mirada fija en el techo examinó su estado de ánimo. No estaba nerviosa, tal vez la palabra que mejor la definía en estos momentos era inquieta. Estaba inquieta y no nerviosa porque el azar, el destino o simplemente la vida se había ocupado de indicarle cuál era el camino a seguir a partir de ese mismo momento. Ser mamá y por partida doble. Se angustió un poquitín porque sabía que, probablemente, dos bebés no duplicarían el trabajo sino que más bien lo multiplicarían, pero se veía perfectamente capaz de hacer frente a la crianza de sus hijos. Su profesión iba a quedar un tiempo relegada a un segundo plano, no iba a olvidarla, pero tendría que bajar el ritmo a medida que su embarazo evolucionase y, desde luego, cuando sus bebés demandasen la mayor parte de su tiempo. Por fortuna Isabel era perfectamente capaz de dirigir la peluquería en su ausencia, probablemente tuviese que contratar a alguien más, el negocio iba bien, aun así debía de consultar a su padre respecto a los números. Sus padres, los ojos se le llenaron de lágrimas emocionadas, en otro tiempo hubiese corrido a su lado a darles la feliz noticia, sin embargo, iba a mantenerse firme en su decisión de que nadie iba a conocer su estado antes que Héctor.

Además recordó su última visita en casa de Jack, justo cuando todo había saltado por los aires. Al despedirse, su padre había hecho un aparte con ella y sus palabras le habían llegado al corazón “Siempre puedes contar con nosotros pero ha llegado el momento de que demos un paso atrás y te lances sin miedo a vivir la vida que te mereces.” Ellos estaban al tanto de todo lo que había pasado con su exmarido. Los había llamado ella misma cuando consiguió tranquilizarse lo suficiente para que su voz dejase de temblar, sin embargo, sabía que era Jack el que, de tanto en tanto se ponía en contacto con su padre para garantizarle que su hija estaba bien. Puede que en un primer momento se sintiese un poco huérfana al perder la línea directa con sus padres, le dio la sensación de que todos cortaban los lazos con ellas, primero Héctor y luego ellos, en cambio, ahora entendía que para ella había sido positivo el hecho de tener que comenzar tejerse sus propias redes de seguridad. Héctor no se había equivocado y su padre tampoco, ellos habían visto la situación de Lola, la imagen que se le venía a la cabeza era la de una niña pequeña que, asustada, se escondía tras las rodillas de sus mayores y, de vez en cuando, asomaba la cabecita para ver si el mundo era lo suficientemente seguro para salir de su refugio. El mundo de Lola volvía a ser seguro una vez desaparecida la amenaza de su exmarido, una vez eliminado el monstruo que habitaba en aquel rincón oscuro de su mente. Entre lágrimas se reveló la gran verdad, había conseguido el objetivo, era seguro volver a ser Lola, era cierto que era una nueva Lola y que le faltaba algo para estar completa, le faltaba Héctor, el amor de su vida, su pareja, su compañero, el padre de sus bebés. Se secó las lágrimas, el proceso había sido largo, había sido muy doloroso y lamentaba haber perdido tanto tiempo, pero había llegado a su fin. Ahora sólo esperaba que no fuese demasiado tarde, esperaba que Héctor la acogiese con los brazos abiertos, anhelaba respirarlo, deseaba sus caricias, sus labios hormigueaban ansiosos por sus besos, sus oídos deseaban escuchar su voz y sus dulces palabras, su cuerpo deseaba sentirlo en su interior. Volvió a secarse las lágrimas, eran lágrimas silenciosas, no sollozaba, no era un llanto desgarrador pero no podía detener el torrente que bañaba su rostro. Unos golpecitos en la puerta la hicieron incorporarse en la cama, vio a su amiga Helena traspasar el umbral.

A Helena se le borró la sonrisa de la cara cuando vio a Lola con el rostro mojado y enrojecido por las lágrimas contra las que parecía querer luchar sin éxito a tenor del ímpetu con el que se estaba frotando los ojos. Suspiró agradecida de haber sido ella la que había invadido el momento íntimo de su amiga ya que nadie podía entenderla mejor. Giró el cerrojo de la puerta para evitar ser

molestadas y se acercó. Lola le hizo sitio, Helena acomodó la almohada y los cojines contra la pared para convertir la cama en un confortable sofá y se sentó, alzó un brazo instando a Lola a refugiarse en él y le acarició la cabeza cuando su amiga aceptó su consuelo. La dejó llorar unos minutos sin pronunciar palabra. Cuando le pareció que el llanto remitía un poco se decidió a hablarle.

- ¿Un mal día?

Lola negó con la cabeza. No había sido un mal día. Había sido el final de una etapa dolorosa y era el comienzo de una nueva etapa, de una nueva vida.

- No tanto... simplemente es que lo echo mucho de menos... ha sido mucho tiempo sin él, hubo días que tenía la mente más ocupada con el trabajo, con lo de la policía pero ahora todo eso quedó atrás... ahora sólo pienso en él.

Helena asintió. Una vez Carlos le había dicho que ellos se sentían atraídos por mujeres vulnerables, Helena no había estado de acuerdo con él, por lo menos, no en su totalidad, si bien Lola y ella habían sido vulnerables, encontraba que Lola era la mujer más fuerte que había conocido por lograr seguir adelante con su vida después del infierno por el que le había tocado transitar y, de paso, en su camino, haber sido uno de los pilares más importantes que la habían sostenido a ella en sus horas más bajas, día y noche, sin flaquear. Ahora le tocaba a ella devolverle una mínima parte, porque Lola sólo les había dejado ver eso, una mínima parte.

- Lo sé. La ausencia duele, no sólo duele en el corazón, duele físicamente.

- Es la piel... no sé como explicarlo... es como si tuviese un hormigueo permanente...

- Sí – Helena tuvo un ligero escalofrío al recordar esa sensación – Tu piel reclama las caricias de Héctor igual que la mía añoraba las manos de Jack sobre ella. Ojalá pudiera decirte que se pasará pero no puedo mentirte.

- Lo imaginaba – Lola sólo consiguió esbozar una media sonrisa resignada – Lo necesito... Helena... lo quiero mucho...

- Lo sé cariño... y él te quiere a tí, te adora...

-Ay... Helena... no sé... no sé si querrá....

- Lola – Helena imprimió a su tono toda la firmeza que pudo reunir – Yo también necesitaba contemplar la segunda opción, que Jack no volviese a por mí, que yo no pudiese volver a confiar en él... en fin... todo eso... lo cierto es que en

cuanto entró por la puerta de la habitación del hospital los dos volvimos a pertenecernos, no pudimos evitar abrazarnos y besarnos... y con esto no te digo que el regreso fuese fácil pero ambos hicimos los ajustes necesarios porque no podemos estar el uno sin el otro.

- Envidia cómo os amáis – Lola fue sincera.

- Ay Lola... vosotros también lo hacéis... no te digo nada más porque en unos días podrás comprobarlo por tí misma. Ahora cuéntame... ¿Qué tal tu revisión?

Lola odiaba mentirle a Helena y esperaba de corazón que su amiga la perdonase cuando lo supiera pero no tenía otra opción. Así que repitió las palabras que le había dicho a Carlos unas horas antes, además, aprovechó lo de la anemia para decirle a Helena si podía compartir el menú que Carmen, la cocinera de los Anderson, preparaba para ella.

- Por supuesto que puedes Lola...

- No quiero molestar demasiado... pero de verdad que necesito recuperar el apetito poco a poco y realmente, además de ser más sano, me resulta mucho más apetecible lo que tú comes.

- Avisaré a Carmen y... Lola... no eres una molestia. Estamos encantados de tenerte aquí con nosotros... - Helena se levantó y le tendió la mano – Hace una tarde preciosa ¿damos un paseo por el jardín?

- Me apetece... – aceptó Lola – además estoy esperando a Gus. Va a traerme unos vestidos que dejé en el ático.

- Me encantan los vestidos – reconoció Helena.

- Y yo he empezado a preferirlos a los vaqueros... - Lola se mordió el labio inferior. No era del todo cierto pero no podía contar la verdad – además hace demasiado calor ya.

Sin decir más, ambas amigas pasearon por el jardín hasta que Anne regresó del colegio y ocuparon el resto de la tarde en jugar y entretener a la adorable hermana de Jack. A la cena, Lola suspiró aliviada cuando le sirvieron el mismo plato que a Helena, una tortilla francesa bien cuajadita con una ensalada de tomate, queso de burgos y aceitunas negras, sin que ningún miembro del clan Anderson hiciese ninguna observación al respecto. Lola se excusó con la familia y se retiró pronto a su dormitorio para ordenar los vestidos que Gus había traído, el pobre había vaciado el armario diciéndole que no había sido capaz de decidir

cuál coger y cuál dejar. Estaba cansada cuando terminó de colocarlo todo, se sentía algo revuelta pero no tenía náuseas ni nada que se le pareciese, No se olvidó de tomar las pastillas que Laura le recetó y fijó la alarma de su móvil para las siete de la mañana. A las ocho Gus la recogería para llevarla a la clínica para su analítica. Consiguió dormirse a ratos y fue consciente de haber vuelto a soñar con los gatitos del balneario por lo menos en un par de ocasiones. Tras el último sueño no fue capaz de dormir más, entonces, procurando no hacer ruido para no despertar al resto de la casa se dirigió al baño para ducharse y relajada bajo el chorro tuvo una revelación que le provocó un escalofrío, dos gatitos, dos bebés, una mamá que acude rauda y veloz a salvarlos de un peligro, sacudió la cabeza para borrar de su mente esa asociación. De vuelta en la habitación escogió uno de los vestidos, se preveía un día caluroso y, tras la analítica, quería hacer unos recados antes de pasarse por la peluquería, necesitaba ir al banco, visitar a su proveedor de brochas de maquillaje para renovar algunas que ya estaban desgastadas y aprovecharía para echar un vistazo a la última colección de secadores de su marca favorita ya que alguno de los suyos estaba al final de su vida útil. Se aplicó un maquillaje ligero antes de enfundarse en un delicado vestido evasé verde agua de punto suave y con media manga de farol. Se calzó unas bailarinas blancas, tendría que empezar a decirle adiós a los tacones durante una temporada, y rescató de entre las cosas que Gus había traído un bolso mediando de mano de color beige con una franja naranja, allí metió toda la documentación que Laura le había entregado ya que, aunque sabía que se respetaba su intimidad, no quería dejarla en la habitación. Estaba bajando las escaleras mirando al suelo, concentrada en no hacer ruido, cuando se sobresaltó ligeramente al escuchar la voz de Jack que la esperaba al final de las mismas.

- Buenos días Lola... perdona por haberte asustado.

Jack estaba perfectamente trajeado lo cual quería decir que él también había madrugado.

- Buenos días... no pasa nada. No quería despertar a nadie.

- Yo ya llevo un buen rato levantado, igual que tú, he oído la ducha – Jack le tendió la mano para ayudarla a bajar el resto de las escaleras – Te invitaría a desayunar pero sé que tienes una analítica.

Lola no se sorprendió. Ellos lo sabían todo.

- Así es. Gus debe estar a punto de llegar – En ese mismo instante el teléfono de Lola vibró – De hecho ahí está. Puntual como un buen reloj suizo.



Jack asintió. Así era Gus. Puntual, fiable, eran afortunados de tenerlo alrededor.

- Vamos – Le dijo tendiéndole el brazo que Lola se apresuró a coger – te acompaño al coche.

El jardín lucía espectacular con la luz de la mañana y Lola así lo expresó.

- Dios mío... qué paz levantarse con estas vistas cada mañana.

Jack sonrió para sí. Antes de que todo saltase por los aires, Héctor le había pedido opinión sobre alguna casa en venta por los alrededores, Jack, tras hablar con su agente le había enviado un par de sugerencias. Lamentablemente no habían podido volver a hablar sobre ello y no sabía si su amigo habría iniciado alguna gestión al respecto. Él sabía lo que eso significaba, él mismo había cerrado la compra de su futura casa desde Londres en cuanto supo que quería a Helena en su vida para siempre.

- Lo sé. Somos afortunados – le respondió mientras estaba agradablemente sorprendido de lo serena que veía a Lola desde la noche anterior, aún así no iba a bajar la guardia – Oye rubita... me avisarás si algo va mal ¿verdad?

Lola maldijo interiormente la perspicacia de aquellos hombres. Tenía toda la intención de que su secreto siguiese siendo un secreto así que le respondió con otra pregunta.

- ¿Por la analítica? Claro que sí. No te preocupes.

Jack la pescó al vuelo y la detuvo sosteniéndola por el brazo. Lola se giró y lo miró suplicante. ¡Malditas miradas de mujeres! Conocía aquella mirada, era idéntica a la de Helena cuando le pedía una tregua, pues bien, sintiéndolo por Lola no la iba a tener.

- La analítica y lo demás Lola. Quiero – negó con la cabeza – rectifico, necesito saber que todo va bien, en una semana viajaremos a Londres y quiero verte libre de preocupaciones.

No había más que decir, así que Lola mintió de nuevo.

- Por supuesto Jack. Yo también quiero viajar lo más tranquila posible.

No pudieron hablar más, Jack abrió el portalón y Gus se apresuró a bajar del todoterreno para abrirle la puerta.

Le habían extraído dos tubos de sangre, no era demasiado y, a pesar de encontrarse perfectamente, la enfermera la había obligado a esperar unos diez

minutos sentada en la sala de espera argumentando que, como había venido sola, tenía que estar segura de que no se mareaba antes de dejarla salir de la consulta. Mientras bajaba en el ascensor sacó el móvil para enviarle un mensaje a Gus, tendría que esperarla un poco más o tomarse un café con ella ya que tenía hambre y quería desayunar en una pastelería cercana a la consulta. No tenía cobertura así que tuvo que salir a la calle con el teléfono en la mano, alzó la vista y vio a Gus apoyado en el coche que había aparcado en doble fila justo enfrente del edificio, lo saludó con la mano pero el sol de la mañana lo deslumbraba y no la vio. Se decidió a cruzar para avisarlo, se acercó al paso de peatones y cuando un coche se detuvo comenzó a cruzarlo en dirección a su amigo, sonrió cuando por fin la divisó y la saludó con la mano. Lola se extrañó cuando su sonrisa cambió rápidamente por una expresión alarmada, lo oyó gritar “Cuidado” Lola se detuvo y giró lentamente su cabeza, una moto no había respetado la fila de coches parados en el paso de peatones, intentó volver atrás pero apenas había dado el primer paso cuando sintió un fuerte golpe en su brazo izquierdo, con el impacto se cayó al suelo y todo se volvió negro.

Gus ya corría como un loco hacia ella al tiempo que uno de los conductores se bajaba del vehículo para retener al motorista y recriminarle su maniobra con los brazos alzados. Estaba muy asustado, había visto la cabeza de Lola rebotando contra el asfalto. Se arrodilló a su lado y la tocó ligeramente, sabía que no debía moverla. Comprobó que respiraba pero tenía los ojos cerrados.

- Ya he pedido una ambulancia – Una mujer mayor se acercó a ellos – vienen de camino. ¿Cómo está la muchacha?

Gus ni se molestó en responder, tenía su mano posada en el hombro de Lola, se moría por cogerla en brazos.

- Apártense, soy médico – Oyó una voz de mujer a sus espaldas. Volvió la vista y vio a Laura, la ginecóloga de Lola, que ya se arrodillaba a su lado – ¡Oh Dios mío! Lola... cariño...

Laura estaba impactada, había visto el siniestro mientras se acercaba por la acera para subir a su consulta, rápidamente se dispuso a ayudar pero no podía imaginar que era su querida Lola quien estaba tendida en el suelo.

- ¿La has movido? - le preguntó al joven que la socorría.

- No. Sé que no debo hacerlo. Ya han llamado a una ambulancia. Eres Laura, su ginecóloga.

Laura ya estaba palpando las extremidades de Lola para verificar que no tenía ningún hueso roto, sin dejar de hacerlo, miró a aquel hombre que parecía conocerla.

-¿Y tú eres? - Le preguntó mientras respiraba aliviada porque Lola no parecía tener nada roto. Con delicadeza le tocó suavemente la cabeza para comprobar si sangraba por algún lado.

- Soy Gus. Trabajo para Héctor. Vigilo a Lola.

Así que ese era el famoso guardaespaldas, pensó Lola. No había sangre entre el cabello ni tampoco en el asfalto. Pasó a tomarle las pulsaciones para ver si latían regularmente.

- Muy bien Gus. Voy a ir con ella en la ambulancia – Lo dejó claro por si a aquel hombre se le ocurría impedirselo, afortunadamente lo vio asentir – Por favor, recoge sus cosas.

Gus miró a su alrededor, el bolso de Lola yacía en el suelo, estaba abierto y sus gafas de sol y el monedero se habían salido, su teléfono móvil estaba a unos metros, probablemente hecho trizas. Agradeció sentirse útil mientras esperaban a la ambulancia.

Laura escuchaba las sirenas ya muy cercanas y apenas Gus se levantó de su lado, se vio rodeada por los técnicos de la ambulancia.

- Hola soy la Doctora. Garbajosa. Soy la ginecóloga de Lola. No tiene ninguna extremidad rota, no aprecio sangrado en la cabeza ni en el asfalto, respira bien y el puso es regular. La ha golpeado una moto que se saltó el paso de peatones. Además – comprobó que Gus estaba a cierta distancia, estaba segura de que Lola querría que su embarazo siguiese siendo secreto. No quería pensar en si los fetos habían sufrido algún daño con la caída. Sería todo un golpe para Lola y su reciente recuperación emocional – la paciente está embarazada, apenas cinco semanas y no quiere que nadie lo sepa – señaló con la cabeza a Gus quien, con expresión grave, ya se acercaba con las pertenencias de Lola.

- De acuerdo. Vamos a inmovilizarla y la trasladamos al hospital ahora mismo – Le explicó uno de los técnicos.

- Al Gregorio Marañón por favor – les indicó Laura – iré con ustedes en la ambulancia, allí paso consulta, voy a avisar a mis colegas para que nos esperen en urgencias.

El técnico no tenía nada que objetar, se ponía a las órdenes de la doctora y con un gesto de la cabeza le indicó a su compañero que procedieran con la maniobra.

Gus esperó pacientemente a que Laura terminase su llamada en la que exigió que varios doctores cuyos nombres no pudo recordar estuviesen en la puerta de urgencias del Gregorio Marañón. Mientras tanto, observó como los técnicos colocaban cuidadosamente un collarín a Lola antes de trasladarla a una camilla. Le tendió el bolso a Laura.

- El teléfono está destrozado. Lo he metido dentro.

- Gracias Gus. Ya lo has oído. Me la llevo al Gregorio Marañón. Cuando llegues di que vas de mi parte y me avisarán.

Gus asintió agradecido, pero sabía cuál era su deber.

- Primero debo avisar a Héctor – su jefe iba a ponerse histérico – también voy a llamar a Carlos y a Jack mientras espero a que llegue la policía para asegurarme que ese hijo de puta no se va de rositas.

Laura asintió. No era un papel agradable el ser portador de malas noticias. Sobre todo en el caso de la llamada a Héctor quien, en otro país, estaba a punto de vivir las horas más largas de su vida.

- Suerte con esas llamadas – Le apretó cariñosamente el antebrazo al tiempo que ya se subía a la ambulancia – Os veré a todos allí.

Héctor colgó el teléfono desolado, acababa de tomar un taxi para dirigirse al centro de Londres, allí lo esperaba Paul porque tenían una reunión con la empresa de decoración que habían contratado, hoy debían presentarles las propuestas finales para el local. Con voz estrangulada y obligándose a mantener la sangre fría le indicó al taxista su nuevo destino. El hombre ni se inmutó y se limitó a cambiar el rumbo en el navegador del vehículo. A continuación, Héctor marcó el número de Paul.

- Héctor, estoy llegando.

- Lola ha tenido un accidente de tráfico – Le costó la vida misma pronunciar esas palabras.

- ¿Cómo está?

- No lo sé – Eso era lo que lo estaba matando. Sabía que se la habían llevado inconsciente en una ambulancia. Nada más – Sólo sé que no estaba consciente

cuando se la llevó la ambulancia.

-¿Qué necesitas? - Paul se ponía en el pellejo de su amigo. Le entraban sudores fríos sólo de imaginar a Susan en una situación similar – Lo que sea Héctor.

- Voy de camino al aeropuerto. Saldré en el primer vuelo que pueda encontrar.

- Déjalo de mi mano. Haré unas llamadas.

- Gracias Paul, otra cosa... me voy con lo puesto. ¿Puedes arreglarlo con el hotel por favor?

- Olvídate de eso. Espera mi llamada, te conseguiré el vuelo cuanto antes.

Héctor sentado en la terminal del aeropuerto de Heathrow tenía la mirada fija en la cajita del anticuario, le daba vueltas entre las manos, la escondía para volver a hacerla aparecer. No sabía cuántos favores había tenido que pedir Paul para conseguir que tan sólo tuviese que esperar una hora para embarcar. Primera clase, le había dicho la azafata por la que su amigo le había ordenado preguntar. Agradecía la intimidad que ello le iba a proporcionar, incluso la bodega del avión le hubiera parecido bien. Todo con tal de llegar cuanto antes a Madrid. Seguía sin noticias. Gus había salido tan solo unos minutos antes de camino al hospital tras haber estado presente durante el levantamiento del atestado. Al hijo puta le habían practicado el control de alcoholemia y de drogas, Gus no sabía el resultado. Apretó los dientes. No podía derrumbarse aunque la incertidumbre sobre el estado del amor de su vida estuviese matándolo por dentro. Había un pensamiento recurrente desde que Gus le había explicado por segunda vez cómo había sido el accidente. Si él hubiera estado allí la habría acompañado a la analítica, la habría llevado cobijada bajo su brazo mientras cruzaban la calle y nada de aquello habría sucedido. Lola... ¡Dios mío! Ya me arrebataste a mi hermana Sonia, no te llesves a la única mujer que puede dar sentido a mi vida. Su mente no cesaba de rezar aunque él no se acordase de Dios más que cuando tenía que blasfemar. Su bonita mujer era diferente, recordó cuando en Toledo, azorada le preguntó si podían entrar en aquella iglesia. Por sus cojones que iba a pasarse todo el vuelo de vuelta pidiéndole al Dios de Lola que, a pesar de ser un estúpido cobarde, le concediese una segunda oportunidad con ella y todo eso implicaba mantenerla con vida para que él pudiese adorarla por el resto de sus días. “Embarco” le mandó un mensaje a Jack en cuanto escuchó la llamada a su vuelo. “Salgo para el aeropuerto” le respondió Jack sin más.

### CAPITULO 30

*“No ha aprendido las lecciones de la vida quien diariamente no ha vencido algún temor.”*

*Ralph Waldo Emerson*

Jack caminaba de arriba a abajo por la puerta por dónde, en cuestión de minutos, saldría Héctor, su amigo, su hermano. Recordó por lo que había pasado él cuando al aterrizar desde Londres, le habían informado de que Helena estaba en el hospital. La incertidumbre sobre su estado lo partió por la mitad hasta que traspasó la puerta de su habitación y pudo verla con sus propios ojos. Estaba preocupado por Helena, habían tenido un conato de discusión cuando Jack le prohibió ir al hospital, su mujer lo había mirado fijamente con los brazos en jarras y con un seco “voy a ir” se había mantenido en sus trece. Habían sido sus padres los que cortaron de raíz la réplica de Jack. Su padre le palmeó el hombro intercambiando con él una mirada de entendimiento.

- Ve al aeropuerto. Tu madre y yo iremos con Helena al hospital y nos aseguraremos que esté bien.

Su mujer había corrido a abrazar a su suegro para darle las gracias mientras que a él lo despedía con una mirada furiosa. ¡Joder! Había vuelto a cagarla, que Helena no sufriese era su prioridad y sabía que ahora mismo estaría hecha un manajo de nervios esperando noticias de su amiga. Noticias que nadie tenía desde que se habían llevado a Lola en ambulancia. Alzó la mirada cuando las puertas se abrieron para comenzar a vomitar pasajeros. Héctor salió de los primeros. Lo buscó con la mirada y Jack se acercó a él. La tensión en el rostro de su amigo era evidente, pareció descomponerse en cuanto lo localizó, sin embargo se dirigió a él con paso firme y Jack se fundió con él en un abrazo al tiempo que le palmeaba la espalda.

- No sabemos nada más – Le dijo antes de que Héctor le preguntase – Vamos. No perdamos tiempo.

Héctor asintió con un tremendo nudo en la garganta que le impedía pronunciar

palabra. Sin embargo, de no haberlo pensado nadie, necesitaba hacer una llamada. Esperó a que Jack arrancase el coche para preguntar.

- ¿Alguien ha avisado a sus padres? - No podía pronunciar su nombre en alto. Le dolía la garganta como si hubiese gritado durante horas. Se imaginó que la tensión estaba a punto de desbordarlo y procuró controlarla. No podía cederle el control de sus emociones.

- Yo lo he hecho. Están de camino. Calculo que estarán a punto de llegar.

Héctor asintió.

- Gracias.

- Tío... saldrá todo bien..

Héctor no pudo ni mirar a Jack ni responder. Cerró los ojos y, durante el trayecto hasta el hospital, repasó uno a uno los motivos por los que Lola no iba a quererlo en su vida. Nada más llegar, un empleado de Anderson & Asociados se hizo cargo del vehículo para que ellos no tuviesen que perder tiempo buscando aparcamiento.

- Señor Anderson, su padre me ha ordenado que aparque el coche y espere por aquí por si me necesitan. Me ha dicho que deben de acudir a la sala de espera de acompañantes, al fondo del pasillo de urgencias a mano derecha.

- Gracias José – Jack agradeció la previsión de su padre. Ello le permitiría no perder de vista a un silencioso Héctor que le estaba poniendo los pelos de punta.

La sala de espera estaba llena de gente y sólo se oían los murmullos preocupados de los acompañantes. Héctor y Jack no tardaron en localizar al grupo de personas que estaban pendientes de Lola, más que nada porque una angustiada Helena corrió hasta alcanzarlos nada más traspasar el umbral de la puerta. Héctor, con un nudo aún más grande en la garganta y comenzando a temblar escuchó la súplica que Helena le hacía a su marido que la estaba abrazando con mucha ternura.

- No quiero que nos enfademos más. No lo soporto.

- Shh... pequeña... no te preocupes – Jack la besó en la sien consciente de lo afortunado que era en esos instantes.

Sin salir del abrazo de su marido Helena tomó la mano de Héctor y se asustó al encontrar fría y temblorosa aquella gran mano que la había consolado tantas

veces.

- Héctor... - consiguió pronunciar su nombre sin saber que más decirle. Recibió un ligero apretón en su mano y Héctor se soltó comenzando a andar con la mirada fija en un punto, los padres de Lola. Tragó saliva emocionada.

Sin poder controlar del todo su temblor, Héctor se acercó a las sillas donde estaban sentados los padres de Lola. Sofía estrujaba un pañuelo entre sus dedos, sus ojos estaban enrojecidos y la madre de Jack la envolvía en un abrazo. Raúl, sentado a su lado, miraba al suelo, sin embargo, se puso en pie en cuanto lo vio acercarse. Lucía, bendita fuera aquella mujer que cuidaba de todos, se levantó para ofrecerles la intimidad que necesitaban. Héctor no sabía cómo iba a ser recibido, no esperaba buenas palabras, no había cumplido la promesa que le había hecho a aquel padre de que cuidaría de su hija por encima de todas las cosas, así que no pudo evitar que se le saltasen las lágrimas cuando fue Raúl el primero en tenderle la mano, se la estrechó y aquel hombre tuvo la fuerza necesaria para tirar de él y acogerlo en un breve abrazo. A Héctor se le escapó un sollozo ahogado cuando escuchó las palabras del padre de Lola.

- Hijo... por fin has llegado – Raúl podía imaginar el sentimiento de culpa que arrastraba Héctor porque lo llevaba escrito en cada parte de su cuerpo, en sus ojos llorosos, en sus manos frías y temblorosas y en la expresión entre asustada y atormentada que no podía ocultar. Debía de dejarle claro que ni Sofía ni él lo culpaban de nada. Un accidente era sólo eso, un accidente, por más que fuese su hija la que estaba tras esas puertas de urgencias, por más que su corazón estuviese a punto de quebrarse por el dolor y la incertidumbre, aquel hombre era el hombre que había conseguido que su hija resurgiese de sus cenizas y sólo por eso, por recuperarla como mujer, le estaría eternamente agradecido.

- No he cumplido mi promesa. No la he protegido. Sé que no tengo derecho y entenderé si os negáis, pero os pido que me dejéis verla, luego, si así es vuestro deseo desapareceré y no sabréis más de mí.

Raúl no se había equivocado al juzgar a Héctor, era un hombre valiente, un hombre muy valiente y muy asustado.

- Hablo por Sofía y por mí cuando te digo que damos gracias porque fueses tú el que se cruzó en la vida de mi hija. No sé lo que estará pasando tras esas puertas pero... Héctor, hijo, nos has devuelto a una hija que veíamos perdida, era una sombra de lo que fue y ha salido de su escondite gracias a tí. No te culpamos de nada, un accidente es un suceso fortuito y aquí el único culpable es el tipo que



no respetó el paso de peatones.

Héctor no podía detener sus lágrimas al escuchar las palabras de aquel hombre que, sin conocer el estado de salud de su hija, trataba de consolarlo a él. Sintió que una pequeña mano se apoyaba en su antebrazo y levantó la mirada del suelo. Sofía también lloraba y con miedo, extendió su brazo para cobijarla en él. Sollozó cuando la madre de Lola lo abrazó por la cintura y se desahogó en su arrugada camisa tal y como su hija había hecho tantas veces. Esa imagen casi provoca que se caiga de espaldas.

- Ay Héctor... no te tortures, todos hemos hecho lo que pensábamos que era lo mejor para Lola. Nosotros también nos hemos mantenido apartados para que rompiera el cascarón, también podríamos habernos trasladado aquí, no lo hicimos, pensamos lo mismo que tú, que era bueno para ella, y... ya ves... ha estado rodeada de gente maravillosa, que la ha ayudado donde nosotros, ni tan siquiera tú, podíamos llegar. No llores cariño... Lola te necesita, no la abandones. Nosotros estamos orgullosos de tí, de ella... No tires la toalla...

Raúl se percató de que Héctor apenas podía tenerse en pie mientras sostenía a Sofía, se acercó a ellos y los instó a sentarse. Héctor, destrozado por las emociones que lo superaban se dejó guiar, y enterró el rostro en sus manos para que las lágrimas brotasen libremente, mientras Raúl consolaba a Sofía.

Tácitamente, Jack y Helena, Carlos y Gus, Lucía y Henry se acercaron y erigieron un muro protector ante aquellas tres sillas ocupadas por tres personas a las que las emociones y la incertidumbre sobre el estado de la persona más importante en sus vidas los estaba desbordando. Ofreciendo la espalda al resto de la sala les proporcionaron la intimidad que necesitaban. Todos estaban en tensión, preocupados, ansiosos y expectantes deseando recibir buenas noticias. Durante unos minutos el silencio reinó en aquel grupo y sólo se vio interrumpido por algún que otro suspiro sollozante. Cuando menos lo esperaban Laura entró en la sala y se acercó a ellos.

Laura se dirigió a las caras angustiadas de todos aquellos que esperaban noticias de Lola. Le agradó ver a Héctor, rodeado por los que imaginaba serían los padres de Lola. Lucía le hizo sitio para que se acercase y el círculo volvió a cerrarse dejándola a ella en medio de todos. Tres pares de ojos la miraron esperanzados y tuvo que tragar saliva. No acababa de acostumbrarse al hecho de ver mezclados los sentimientos personales cuando atendía a una de sus pacientes, procuró sonar profesional cuando, la realidad era que estaba tan emocionada como ellos.

- Está consciente.

El suspiro de alivio fue general. Sofía se derrumbó al escuchar a aquella mujer.

- Mi niña...

- Soy la Doctora Garbajosa. Usted debe ser la madre de Lola, una gran mujer debo añadir.

- Soy Raúl, el padre de Lola, por favor... díganos... ¿cómo está mi hija?

Héctor se mantuvo en silencio, con la mirada fija en el suelo, mientras Laura les explicaba todo lo que había sucedido desde el momento en que entraron en la ambulancia.

- Bien, os pongo en situación, Lola fue atropellada por una moto que no respetó el paso de peatones. Por lo que hemos podido comprobar, además de lo que Gus nos ha dicho, afortunadamente la moto no la cogió de lleno, la golpeó en el brazo izquierdo y, en su caída, Lola se golpeó la cabeza contra el asfalto y perdió el conocimiento. Nada más arrancar la ambulancia lo recuperó, aunque seguía algo aturdida, respondió con absoluta coherencia a las preguntas que le hacíamos, no recordaba el golpe pero sí recordaba haber cruzado el paso de peatones – Laura se tomó un respiro para continuar, debía de ser cautelosa respecto a las explicaciones que les daba para no revelar datos relativos al embarazo – Avisé a mis colegas y cuando llegamos a urgencias ya nos esperaban. Le hemos hecho varias pruebas, entre ellas una resonancia para descartar un derrame o la presencia de coágulos en el cerebro provocados por el traumatismo. En principio, los resultados son los normales aunque vamos a tenerla un tiempo en observación – De nuevo Laura iba a omitir que el embarazo era otro de los motivos por lo que iba a estar en observación más horas de las habituales – La neuróloga que la ha examinado parece contenta con los resultados de la exploración, para tranquilizaros os detallaré que ha examinado su capacidad de comprensión y de juicio para evaluar el estado de su consciencia, por ejemplo, Lola ha sido capaz de explicar el significado de un refrán, ha realizado unas restas correctamente, ha podido deletrear al revés varias palabras, ha identificado correctamente varios objetos que había a su alrededor e incluso no se ha equivocado al repetir una oración cinco minutos después de habérsela nombrado. En unas horas verificarán su motilidad, es decir, comprobarán la fuerza muscular de sus miembros mediante la exploración de la musculatura proximal y distal, explorarán su estabilidad a la hora de caminar y de mantenerse en pie. Aún no han podido hacerlo porque al sentarse en la cama

Lola se ha mareado, tiene un buen dolor de cabeza y hemos preferido que repose unas horas antes de hacer que se levante, sin embargo los reflejos osteotendinosos y el reflejo cutáneo plantar son correctos, en castellano, lo que todos habéis visto por la televisión, se golpean los músculos con un martillo para ver si se contraen con normalidad y con un objeto romo se provoca una molestia moderada en la planta del pie para comprobar si los dedos responden de modo adecuado. Por último, se ha examinado el diámetro y la reacción de sus pupilas al estímulo luminoso, se le ha hecho un fondo de ojo y se ha comprobado su motilidad facial, todo ello con resultados comprendidos dentro de los parámetros normales – Laura les estaba dando una información mucho más detallada de lo que era habitual, pero aquellas personas estaban dentro de su círculo más íntimo y prefería pasarse de información a quedarse corta. Además todos ellos seguían sus explicaciones con atención y sin despegar los ojos de ella. Todos menos Héctor que seguían con la cara enterrada entre sus manos a pesar de que estaba segura de que sería capaz de repetir punto por punto todo el diagnóstico de su novia. Decidió proseguir con la parte final relativa a traumatismo ya que la explicación ginecológica sólo la iba a recibir Héctor en la intimidad – También la ha explorado el traumatólogo porque tiene un fuerte golpe en el brazo izquierdo, le duele bastante pero no tiene ninguna fractura, ni en brazos ni en piernas aunque sí tiene todo el lado izquierdo del cuerpo golpeado. Lola llevaba un vestido corto por lo que tiene rasguños en piernas y brazos que, si bien no revisten importancia, le molestarán un tiempo, el lado izquierdo de su cara también presenta una fea magulladura. Sus constantes vitales son correctas, tiene la tensión baja pero ya sabemos que en ella es lo habitual, además, no ha vomitado, algo que suele suceder en pacientes con algún traumatismo craneal, sin embargo, tampoco es concluyente porque Lola no había ingerido nada desde la cena de ayer debido al ayuno necesario por la analítica que se le ha realizado esta mañana. En unas horas le daremos algo de comer para valorar su tolerancia – Extendió las manos dando por finalizada su explicación – Esto es todo lo que os puedo comentar respecto a su estado físico. ¿Queréis hacerme alguna pregunta?

Se hizo un breve silencio ya que Héctor se había incorporado en su asiento y, con expresión atormentada formuló su pregunta.

- Lo primero – Héctor carraspeó porque tenía la garganta seca y ni él mismo reconocía la gravedad de su tono de voz – Gracias por atenderla, me gustaría saber cómo está ella, quiero decir ¿soporta el dolor? - Tenía en corazón

desgarrado tras el relato y, con gusto se cambiaría por ella en la cama del hospital – es decir...

A Laura le daba mucha pena Héctor, aquel hombre estaba fatal, ojeroso, con la voz tomada, el rostro desencajado... los padres de Lola, dentro de su nerviosismo, parecían mucho más dueños de sí mismos, sin embargo Héctor estaba enarbolando una bandera de dolor desgarrador delante de todos presentes, no podía ocultar su angustia. Sus sentimientos habían quedado expuestos a la mirada de todos los presentes. Sabía perfectamente lo que Héctor le estaba preguntando.

- Le duele la cabeza bastante pero no podemos sedarla, precisamente necesitamos que esté lo más despierta posible para evaluar la respuesta natural de su cuerpo a estímulos externos, le hemos dado un calmante ligero para aliviar un poco su molestia. En cuanto a su estado de ánimo... - lo miró a los ojos – todos somos conscientes de que Lola ha pasado por momentos difíciles estas últimas semanas y ahora la hemos sometido a un largo y tedioso examen médico, estaba nerviosa, sin embargo – omitió que lo único por lo que no paraba de preguntar era por sus bebés hasta el punto de que se vieron obligados a realizar la exploración ginecológica que, en principio habían planificado para el final, justo en medio del examen neurológico para que Lola pudiese colaborar con ellos con cierta serenidad – ahora está en la habitación, cuando la dejé parecía algo más tranquila, digo parecía porque sus emociones cambian de un minuto a otro, además, la pobre está preocupada por todos vosotros, dice que no quiere que os disgustéis por su culpa – Se encogió de hombros – Ya sabéis cómo es y eso que no sabe que todos vosotros estáis aquí.

Héctor sabía perfectamente como era el amor de su vida, la persona más desinteresada, generosa y empática que jamás había conocido. Notaba las lágrimas pugnando por salir de sus ojos y reunió fuerzas para detenerlas, se avergonzaba un tanto de haber quedado al descubierto al no haber sido capaz de controlar sus emociones.

-¿Podemos verla? - preguntó Sofía esperanzada. Estaba mucho más tranquila pero necesitaba comprobar por si misma el estado de su hija.

Laura suspiró, había esperado la pregunta desde que les comunicó que Lola estaba consciente, sin embargo, le dolía no poder agradar a todos con su respuesta.

- Una persona sola y no más de quince minutos. Me he peleado con la neuróloga

para que consintiese y es lo máximo que he conseguido sacarle.

Volvió el silencio. Héctor se incorporó lentamente y apoyó una mano en el hombro de Sofía, se lo apretó con suavidad, se moría por verla pero jamás podría negarle a una madre el deseo de ver a su hija en el hospital. Tal vez fuese mejor así, tal vez incluso Lola prefiriese ver a su madre antes que al desastre de novio que la había dejado sola con todos sus problemas.

- Dale un beso de mi parte.

Apenas fue un susurro pero todos lo escucharon y se les puso un nudo en la garganta. Sofía observó como Héctor, derrotado, volvía a sentarse dirigiendo su mirada al suelo con los hombros encorvados. Necesitaba ver a su hija, la explicación de Laura había sido precisa y detallada pero ella necesitaba verla con sus propios ojos. Le dolía ver a Héctor así y un pensamiento asomó a su mente, primero de una forma más vaga para luego crecer hasta hacer que se formulase una pregunta. Ella necesitaba ver a su hija pero ¿Qué era lo que necesitaba su hija? Se puso en su situación, recordó su noviazgo, las ganas que tenía de ver Raúl cuando éste se había trasladado fuera de Toledo para cumplir el servicio militar, cómo marcaba los días en el calendario, cómo releía sus cartas y recordaba sus besos. Comprendió entonces con meridiana claridad que había un momento en la vida en la que un hijo pasaba de pertenecer a sus padres a pertenecer a su pareja. En eso consistía la vida, en volar del nido, en formar una familia. Cuando Lola se casó con su exmarido, Sofía nunca tuvo esa visión, no acababa de ver ese matrimonio, no sentía que su hija estaba en buenas manos y, por desgracia, no se equivocó. En cambio ahora, no le cabía duda, Lola y Héctor se pertenecían y, aunque siempre sería su hija, ahora la madre debía de pasar a un segundo plano. Miró a su marido, y le hizo un leve gesto con la cabeza señalando a Héctor. Raúl asintió ligeramente al tiempo que se acercaba a ella y la rodeaba por los hombros. “Es lo correcto” le susurró. Con el respaldo de su esposo, Sofía se acercó a Héctor y le acarició ligeramente la cabeza, vio como su futuro yerno, sorprendido, levantaba la vista del suelo. Esos ojos desamparados no pedían nada, sólo estaban desnudos, derrotados y no era esa la mirada que Sofía quería ver en ellos.

- Ve tú – le dijo. Sofía pudo percibir como a sus espaldas todo el mundo contenía el aliento – Dile que estamos aquí, que la queremos y que pasaremos a verla en cuanto nos den permiso.

Héctor no sabía si lo que acababa de oír era real o era producto de su

imaginación. Tal vez Sofía estuviese diciéndole en realidad que saludaría a Lola de su parte. La miró sin poder reaccionar y la vio emocionarse. Tuvo que ser Raúl el que con una palmada en la espalda lo instó a levantarse.

- Vamos hijo. Nosotros esperaremos aquí. Dale un abrazo de nuestra parte.

Por fin las palabras se formaron en su mente y salieron de su boca. Era un acto tremendamente generoso y estaba seguro que inmerecido, a pesar de ello iba a ser un cabrón y no desperdiciaría la oportunidad.

- Gracias. No sabéis lo que significa para mí.... No os voy a decepcionar.

Los padres de Lola con sus brazos entrelazados asintieron sin pronunciar palabra.

- Pues vamos allá – Laura rompió el silencio asombrada de cuán generoso podía ser el género humano en situaciones límites. Desde luego, los padres de Lola eran un ejemplo de entereza y fortaleza antes las adversidades y estaba seguro de que todos empezaban a comprender cómo se había forjado el carácter de Lola con semejante ejemplo en casa.

Héctor no supo cuántos pasillos cruzó, ni hasta que piso lo llevó el ascensor, seguía a Laura como un autómata. La ginecóloga guardaba silencio y se lo agradecía enormemente ya que él estaba intentando organizar todos sus pensamientos, planificar todas y cada una de las palabras que iba a pronunciar y reunir todas las fuerzas posibles para aparentar una serenidad que aún estaba lejos de sentir. Por fin atravesaron la última puerta que daba acceso a una hilera de habitaciones, antes de llegar a la de Lola, Laura lo obligó a detenerse y a entrar en un cuarto de curas. Héctor la miró con expresión interrogante.

- Escuchame bien y sé un chico listo. Comprendo perfectamente que quince minutos no son suficientes para todo lo que tenéis que deciros así que voy a hacerte el favor de tu vida – Apoyó el dedo en su pecho a modo de advertencia – Más te vale aprovechar bien el tiempo.

- Tú dirás – le dijo Héctor al tiempo que asentía.

- La neuróloga está aquí en la planta. Voy a ir a verla y voy a procurar entretenerla todo lo que pueda.

- Gracias – Héctor se sentía realmente afortunado. Conspirar con un médico nunca había entrado dentro de sus posibles actividades, pero le valía, vaya si le valía.

- Otra cosa, no voy a decirte que no la alteres porque va a emocionarse al verte, sólo te pido que si se sale de lo normal o crees que necesita ayuda hay un pulsador encima de la cama. En menos de un minuto estaremos allí.

- De acuerdo – Aceptó Héctor. Sólo quedaba saber si las emociones de Lola iban a ser positivas o negativas para él - ¿Algo más?

Laura posó su mano en el antebrazo de Héctor y lo miró a los ojos.

- Va a necesitarte. Por como has reaccionado antes, imagino que estás dispuesto a todo por ella.

- Todo lo que necesite lo va a tener – Se apresuró a afirmar Héctor siendo consciente de que ya había pronunciado esas palabras semanas atrás. Ahora no estaba muy seguro de haber cumplido su promesa, sin embargo, esta vez se aseguraría de que así fuese.

- Lo sé – Laura le sonrió cariñosa – Venga ve, es la habitación contigua a este cuarto.

Héctor no se hizo de rogar. Salió al pasillo y se colocó enfrente a la habitación. Tras aquella puerta estaba la oportunidad de completar su vida. Tomó aire, asió el pomo y lo giró lentamente. La habitación estaba en penumbra, las persianas estaban bajadas, el sol penetraba por las rendijas de las mismas y la cama se situaba cerca de la ventana. Apenas podía distinguir la figura de Lola entre las sábanas, había un fluorescente encendido encima de la cama. Su princesa tenía la cabeza vuelta hacia la ventana y no se movía. El corazón comenzó a palparle errático al ver lo inmóvil que estaba, debía de haberse quedado dormida. Se asustó y se acercó a la cama con prisa pero procurando no hacer ruido. Cuando llegó a su lado la vio con claridad. Estuvo tentado a esbozar una sonrisa, estaba en su posición favorita para dormir, en posición fetal, con una mano bajo la almohada y la otra con el puño cerrado encima. Su corazón se relajó cuando vio su pecho elevarse y descender bajo las sábanas. Levantó un poco la mano decidido a acariciar su cabello rubio, le encantaba acariciar su cabello y su mano le picaba por la necesidad de hacerlo cuanto antes, sin embargo, a pesar de todo lo que necesitaban hablar no estaba seguro de que perturbar su sueño fuese una buena idea.

Lola estaba muy quieta, los ojos cerrados aliviaban en parte el fuerte dolor de cabeza. Tenía migrañas con cierta frecuencia pero nada parecido al dolor sordo, punzante e intermitente que sentía en estos momentos, le dolía toda la cabeza,

era como si alguien estuviese presionando el lazo izquierdo con tanta fuerza que el dolor llegaba también al lado derecho, a la frente, a la nuca... el analgésico apenas le había hecho efecto, sabía que no podían medicarla en exceso, le habían explicado los motivos. Estaba tumbada sobre el lado derecho porque tenía magullado todo su costado izquierdo, el brazo le palpitaba y notaba la cara tirante, le habían dicho que tenía un rasguño en la mejilla pero aún no había podido mirarse a un espejo. Estaba agotada, la falta de sueño, el estrés de las últimas semanas había culminado con una atropello, podía haber sido peor, estaba viva, agotada pero viva, la habían examinado de arriba a abajo durante lo que le parecieron horas, le habían conectado máquinas, explorado doctores y doctoras, había visto a cinco o seis enfermeras diferentes a su alrededor, todos hablaban en susurros como si ella no estuviera presente. Estaba tan cansada que era frustrante que el propio cansancio no la dejase dormir, estaba segura de que había empezado a alucinar porque el aroma de Héctor llegaba a sus fosas nasales y aquello era del todo imposible. Estaba en Londres y le llevaría horas regresar a Madrid, no dudaba que acudiría a su lado, sólo rogaba estar un poco más entera cuando tuviese que enfrentarse a él, necesitaba fuerzas para afrontar la posibilidad de que los sentimientos de Héctor hubiesen cambiado y, justo ahora no andaba muy sobrada de fuerzas que se dijera. ¡Dios mío! Percibía el aroma de Héctor con tanta nitidez que duplicaba el dolor por su ausencia. Sintió una lágrima escapar por su mejilla, luego otra y otra... su brazo le dolía demasiado como para levantarlo y secárselas, tendría que valer así, tendría que dejarlas correr. Comenzaba a notar el sabor salado en su boca cuando se sobresaltó al escuchar claramente un susurro a sus espaldas. El susurro fue acompañado de una mano que le acarició el cabello de manera muy familiar. No era posible. El golpe la había dejado tonta. No quería abrir los ojos por si esa ilusión se esfumaba. No se esfumó sino que se materializó en una voz largo tiempo añorada que le hablaba con el mismo cariño de siempre.

- Mi vida... no llores princesa...

Héctor se arriesgó en cuanto vio las lágrimas correr por sus mejillas. Seguía sin soportar su llanto y le partía el alma pensar en el dolor que Lola estaba soportando con unos analgésicos claramente insuficientes para mitigarlo. Dejó de acariciarle el cabello y rodeó la cama para sentarse a sus lado. Apenas fueron unos segundos pero su mano protestó por la pérdida de contacto. Con mucho cuidado de no lastimarla cobijó su mejilla herida en su gran mano y con el pulgar le limpió parte de las lágrimas.



Lola había comenzado a temblar, ahora sí que no tenía dudas, Héctor estaba allí, a su lado, sentado en su cama, acariciando su mejilla. No alcanzaba a comprender el cómo, tenía miedo de que al abrir los ojos la mirada de Héctor no fuese la misma de siempre. No podría soportarlo y los apretó con fuerza mientras las lágrimas saladas seguían llegando a sus labios.

Héctor la veía luchar por no abrir los ojos y enfrentarse a su presencia. No quería pensar que Lola fuese a rechazarlo pero, si era así, necesitaba saberlo cuanto antes.

- Lola, por favor... déjame ver esos preciosos ojos azules. Necesito verlos... por favor bonita... abre los ojos.

La voz de Héctor era tan suave y persuasiva como siempre y Lola se encontró obedeciendo casi sin ser consciente de ello. Parpadeó varias veces porque a pesar de que la habitación casi estaba a oscuras, la escasa claridad aún la molestaba un poco. Su vista se limpió y en su campo de visión apareció el amado rostro de Héctor. Le sonrió con ternura, su mano seguía sin moverse de su mejilla.

- Hola mi amor... sigues teniendo los ojos más bonitos de este mundo – Héctor notaba que su mano comenzaba a temblar y se esforzó por controlarlo. Lola estaba convaleciente y él no debía de mostrar su flaqueza, sobre todo cuando la mano de Lola se alzó para posarse sobre la suya, dicha acción provocó un gesto de dolor en el rostro de su chica y se vio obligado a ahogar una maldición.

- Hola... - Le dolía muchísimo el brazo, había sido un gesto sencillo, quería estar segura de que Héctor era de carne y hueso y no un producto de su imaginación desbordada por las circunstancias. La voz le salió ronca. Tenía la boca seca y se humedeció los labios – Has venido...

Ver como mojaba sus labios hizo que Héctor deseara besarla en ese mismo momento, se reprendió por su falta de consideración y se obligó a aprovechar los escasos minutos de los que disponía.

- Claro que he venido – Tarde, omitió decir que había llegado tarde – Me has dado un susto tremendo... mi vida... he pasado mucho miedo.

- Tú nunca tienes miedo... - Le respondió Lola intentando sonreír – Lo siento... siento haberte preocupado...

- Princesa... te aseguro que no me avergüenza decir que estaba cagado de miedo

porque nadie sabía cómo te encontrabas. No sólo estaba preocupado, esa palabra no llega para definir cómo me sentía...

Lola no sabía qué debía decirle, se encontraba mucho mejor con él a su lado y tenía miedo que alguien se lo llevase de allí y le preguntó temblorosa.

-¿Te quedarás conmigo?

Héctor sabía que Lola se refería a si se quedaría con ella en la habitación pero él sabía que no disponían de muchos minutos y tenía que poner sus cartas sobre la mesa cuanto antes. Lola merecía afrontar su recuperación con tranquilidad y él necesitaba saber si ella seguía sintiendo por él. La sentía receptiva pero no tenían tiempo de sutilezas ni de adivinanzas así que rebuscó en su bolsillo, le tomó con suavidad la mano izquierda y frunció el ceño al ver los arañazos en la palma de su mano, los repasó con suavidad con el pulgar al mismo tiempo que colocaba su mano bajo la de ella para sostenérsela mientras que con la otra le colocaba el precioso anillo comprado en Londres en el dedo anular.

- Siempre. Me quedaré contigo siempre – La miró a los ojos que le devolvieron una mirada sorprendida – Si tú quieres, me quedaré contigo el resto de mi vida. Te quise antes, te quiero ahora y te querré siempre. ¿Quieres ser mi esposa? Mi amor... sería el hombre más feliz del mundo si me aceptases de nuevo en tu vida.

\*\*\* \_ \*\*\*

## **CAPITULO 31**

*“Queda prohibido no sonreír a los problemas, no luchar por lo que quieres, abandonarlo todo por miedo, no convertir en realidad tus sueños.”*

*Pablo Neruda.*

Lola nunca habría imaginado que apenas cinco minutos después de haberse reencontrado con Héctor, iban a resolverse todas las dudas que arrastraba desde que se había quedado sola en el ático. Pero así era. Lucía un anillo en el dedo, lo miró con detenimiento, tenía una preciosa roseta central de zafiro rodeada de pequeños diamantes., el zafiro era de un color azul Londres mucho mas oscuro

que el color de sus ojos. Era perfecto, parecía hecho a medida de su dedo y no necesitaba de ningún ajuste, sabía que no era una compra improvisada era evidente que la había elegido pensando en ella. Junto al anillo Lola había recibido otro regalo, había oído todas y cada una de las palabras que cualquier mujer enamorada desea escuchar. La niebla que había rondado su mente todas estas semanas se disipó, el dolor parecía haberse mitigado por la alegría de su corazón. Héctor seguía mirándola a los ojos esperando una respuesta, siempre paciente, siempre atento, siempre a su lado. Ni siquiera tuvo que pensar en sonreír, sus labios se curvaron de pura felicidad al tiempo que se le ponía un nudo en la garganta justo antes de responder con su rostro de nuevo mojado por las lágrimas.

- Te quiero. Para siempre.

Héctor prácticamente pudo sentir como cada hueso, cada músculo, cada parte de su cuerpo y de su mente volvían a encajar dando por finalizada la inestabilidad que lo había gobernado sus últimas semanas y sobre todo sus últimas horas. Volvía a ser él, lo sentía en su corazón. Volvía a tener fuerza, volvía a ser el amante protector. Volvía a ponerse al mando para cuidar, amar y hacer feliz a aquella princesa rubia que se había adueñado de su corazón cuando percibió el miedo en aquellos ojos azules que, ahora sí, ya podía llamar suyos. No podía verse a sí mismo pero sentía que sus sonrisa debía de ser muy similar a la sonrisa de felicidad que Lola lucía en ese momento.

- Dilo por favor, dame el sí – le solicitó recuperando parte del Héctor neandertal que no entendía de gestos, que necesitaba las palabras exactas.

- Sí quiero. Sí quiero ser tu esposa.

La besó. No podía sellar de otra manera su compromiso. Héctor posó sus labios muy suavemente en los de Lola y la saboreó con delicadeza, seguía siendo muy dulce y no entendió como había sido capaz de prescindir tanto tiempo de su sabor. Se estaba excitando y no era el momento ni el lugar así que terminó el beso y le sostuvo la cara con ambas manos.

- Sé que aún tenemos mucho que hablar. Tú tienes mucho que contarme y yo tengo mucho que decirte pero tendremos tiempo para hacerlo cuando salgas de aquí. Sólo quiero que sepas que voy a hacerte feliz, tengo planes para nosotros y voy a darte todo lo que necesitas, sólo que esta vez, será de verdad.

Lola sonrió con ternura ante sus palabras. Sus labios hormigueaban ansiosos por

otro beso tan dulce como el que acababan de recibir. No recordaba que se hubieran besado así con anterioridad. Había llegado el momento. Héctor y ella estaban juntos, él la quería a ella, no le había pedido la mano obligado por un embarazo que desconocía. Héctor aún no sabía que ya no estaban solos. Sus últimas palabras le dieron el pie que necesitaba. Sus manos seguían agarradas y le dio un ligero apretón.

- Yo sólo te necesito a tí, pero probablemente has de cambiar tus planes porque estoy segura de que ellos necesitarán mucho más.

- ¿Ellos? - Héctor no entendía a qué se refería Lola y temió que aún estuviese confusa por el golpe - ¿Quiénes son ellos?

- Los bebés. Nuestros bebés. Estoy embarazada de cinco o seis semanas, de dos bebés, tal y como predijiste un día. Vas a ser papá por partida doble.

Héctor abrió mucho los ojos, tragó saliva. Había oído bien. Papá. De pronto comprendió todo lo que había estado en juego. Todo lo que había sucedido al tiempo que dos nuevas vidas se estaban formando en su princesa, la tensión, las crisis, el operativo para capturar a su exmarido, la terapia, el atropello... La sonrisa de Lola le indicaba que todo iba bien cuando habría sido tan fácil que algo saliese mal y rompió a llorar como un crío, apoyó la cabeza entre sus manos y sollozó sin poder contenerse.

Lola comprendía la reacción de Héctor, ella había tenido unas horas para hacerse a la idea, a él todo le estaba viniendo de golpe y no dudaba de que estaba pensando en todo lo que podría haber ido mal durante esas semanas. Conocía y amaba a su protector futuro marido, con mucho esfuerzo consiguió sentarse en la cama y lo obligó a reposar la cabeza en sus muslos. Le acarició el cabello, la nuca que tanto le gustaba y que ahora necesitaba un buen corte de pelo. Héctor se había descuidado esas semanas. Le dolió el corazón saber que él también había sufrido. Era triste que ambos hubiesen tenido que hacerlo para llegar a este punto de felicidad.

- Héctor... cariño... estoy bien y los bebés también. Se han asegurado de ello. Cuando entré por urgencias sólo me importaba saber que los dos estaban bien. Estaba y estoy dispuesta a soportar todo el dolor físico de los golpes si ellos están bien. Cariño... mírame y dime si te hace feliz porque yo estoy cumpliendo mi sueño de ser mamá...

Lola no dejaba de sorprenderlo, por un momento habían invertido los papeles, ella lo consolaba a él. Bien. Una vez y nunca más. Se recompuso rápidamente y la obligó a tumbarse de nuevo. Héctor se avergonzaba de su momento de flaqueza, afortunadamente sólo su preciosa mujer había sido testigo de sus lágrimas. Exceptuando el momento en que se había derrumbado en la sala de espera de urgencias nunca nadie lo había visto llorar. Los hombres no lloran, se recordó. Bien. Hoy había quedado demostrada la patraña de dicha afirmación. Tomó el rostro de su futura esposa entre las manos y le sonrió.

- Me haces feliz porque tú eres feliz. Me hacen feliz los bebés y, no, no he de alterar mis planes. En mis planes entraban los bebés muy pronto. No sé que he hecho para merecerte, pero estoy eternamente agradecido de que hayas entrado en mi vida para quedarte, para darme una familia, para completarme.

- Lo mismo podría decirte yo, sé que no te merecía después de lo que te he hecho pero tú has conseguido que yo vuelva a ser y eso es mucho más que lo que nadie, nunca, ha hecho ni hará por mí.

- Mi vida... - Héctor suponía que Lola hablaba de su última crisis. Estaba claro que tenían que hablar largo y tendido pero no iba a ser ahora – Hablaremos cuando salgas de aquí pero quiero que estés tranquila... tú no me has hecho nada.

- No es verdad... - Lola quería explicarse.

Héctor la calló de la única manera que sabía, besándola.

- Mi amor... por favor... hablaremos. Lo prometo. Yo también lo necesito, pero ahora tú debes descansar. No puedo quedarme mucho rato, imagino que Laura entrará en cualquier momento. Además he de decirte que tus padres están abajo, han sido muy generosos al permitir que yo subiese primero. Te quieren mucho y estarán aquí en cuanto los médicos te permitan tener visitas.

- Odio preocuparlos de nuevo... habrán venido corriendo, con lo puesto. Nunca les doy una alegría – dijo Lola con pesar.

- Déjalo de mi mano. Yo me ocuparé de ellos y, mi vida, déjame decirte que creo que les darás una alegría por partida doble, por cierto, la misma que se llevarán tus futuros suegros.

- Va a salir todo bien ¿verdad? - Lola necesitaba seguridad.

- Va a salir todo bien. Yo no permitiré lo contrario. Descansa mi amor... - Los ojos de Lola volvían a mostrar dolor - ¿Te duele la cabeza?

Lola asintió, le volvía a doler bastante, y el brazo también le palpitaba con más fuerza.

- ¿Quieres que llame al médico? - Héctor ya estaba buscando el pulsador que le había dicho Laura.

- No – Lola negó con la cabeza – Sólo necesito que me des la mano y te quedes aquí conmigo todo el tiempo que te dejen.

Héctor la besó en los labios. Lola ya tenía los ojos cerrados aunque continuaba con el entrecejo fruncido por el dolor. Le tomó la mano y se la acarició mientras apretaba la mandíbula deseoso de emprender todas las acciones legales oportunas contra el desalmado que había causado tanto dolor a la mujer de su vida. Comenzó a planificar su agenda para las próximas horas y, en esas estaba, cuando Laura entró para anunciarle que el tiempo se había terminado. Besó a Lola en los labios prometiéndole que, en cuanto le fuese permitido, volvería a la habitación para estar a su lado hasta que ambos abandonasen el hospital de la mano para dar comienzo a su segunda oportunidad. Lola lo obligó a acercarse para formularle su petición al oído.

- No les digas lo de los bebés... me gustaría reunirlos a todos cuando salga de aquí. Tengo mucho que agradecer y quiero guardarme la noticia hasta entonces.

Héctor asintió conforme antes de abandonar la habitación escoltada por Laura.

- Supongo que querrás hablar conmigo – Laura lo miró cariñosa.

- Supones bien – Héctor necesitaba toda la información.

- Muy bien, acompáñame a un despacho que hay por aquí y te contaré cómo va todo.

Laura lo condujo a un despacho en la misma planta en la que Lola estaba ingresada, tras cerrar la puerta lo invitó a sentarse en una de las sillas. Era una estancia austera compuesta de una mesa gris con un ordenador, un par de sillas de visitas, una estantería llena de formularios y poco más. Una vez Laura se sentó, Héctor aprovechó para hablar con ella con total franqueza.

- Lo primero, como te he dicho antes, gracias por cuidar tan bien de Lola. Desconozco los protocolos médicos pero tengo la sensación de que la habéis sometido a un examen mucho más exhaustivo de lo habitual.

- Puede que haya preferido hacer un par de pruebas extras – Laura no iba a afirmar ni a negar nada – el embarazo, el embarazo gemelar en concreto, le daba una nueva dimensión al asunto.

- ¿Están bien? ¿Los tres? - Iba a tener que acostumbrarse a que ahora Lola no era sólo ella, había que sumarle dos bebés.

- A Lola ya ha has visto. Su única preocupación desde que recuperó el conocimiento y fue consciente de que había sufrido un atropello fueron los bebés. Por más que intentamos explicarle que primero debíamos de comprobar

su estado físico antes averiguar si los bebés estaban bien no fuimos capaces de convencerla. Cada minuto se angustiaba más y más, al final decidimos explorarla para que afrontase el examen neurológico más tranquila.

- Lola tiene muchas ganas de ser madre – constató Héctor conmovido.

- Lo sé. Lo hemos hablado ¿Y tú? ¿Cómo te sientes tú? - Laura le aclaró el motivo de su pregunta – No me tomes por una cotilla, las emociones del padre también cuentan, por no hablar de la importancia de la implicación de la pareja en la evolución del embarazo.

- Pues estoy sorprendido, pero sólo relativamente, porque sabía que más pronto que tarde iba a suceder, no puede decirse que nos esforzásemos demasiado por evitarlo. Estoy feliz porque Lola está feliz, porque prometí complacer todos y cada uno de sus deseos y éste era uno de ellos, además, aunque no lo creas, no me asusté cuando supe que ella quería ser madre muy pronto, todo lo contrario, ni yo mismo sabía que la idea también iba a ilusionarme.

- Lo imaginaba, pero oírlo de tu boca me tranquiliza. El de Lola es un embarazo de alto riesgo y es necesario...

-¿Alto riesgo? - Héctor asociaba esas palabras a la amenaza de aborto que había vivido al lado de Helena. Se le acababan de poner los huevos de corbata.

- A ver Héctor, alto riesgo es un concepto que engloba muchos tipos de embarazo y, desde luego, aunque todo vaya como la seda, un embarazo gemelar se incluye entre ellos. Simplemente quiere decir que vamos a estar un poco más pendiente de Lola, se harán más ecografías, más analíticas...

- ¿Pero están bien los bebés? - Héctor seguía sin estar muy convencido.

- Los efectos de un trauma sobre el embarazo dependen de la edad gestacional, del tipo y severidad del mismo y de la alteración que esta situación provoque sobre la fisiología uterina y fetal. Durante el primer trimestre del embarazo el útero es una estructura pequeña, de paredes gruesas y relativamente seguro dentro del espacio de la pelvis ósea - Laura le tradujo toda la jerga médica a un lenguaje más sencillo – Lo que quiero decirte con esto es que el golpe no fue directamente en el vientre, la moto le golpeó el brazo y a consecuencia del impacto se produjo la caída, Lola cayó sobre el mismo brazo, de costado, los fetos aún son muy pequeños y están bien protegidos en el útero. No quiero decir con esto que no hubiese un riesgo en la caída, lo hubo pero – Laura extendió las manos y se encogió de hombros – por suerte, en este caso, todo está perfecto.



Mañana le haré otra ecografía y podrás comprobarlo por tí mismo.

- Entonces... ¿Pasará la noche aquí? - Héctor había pensado que después de unas horas podía llevársela a casa.

- Vamos a ver, ha habido un golpe en la cabeza con una breve pérdida de conocimiento en una paciente con un embarazo de alto riesgo. Ha de permanecer unas seis horas en observación, aproximadamente cada hora se van a examinar sus signos vitales. Antes de irse a casa debe estar por lo menos cuatro horas sin cefaleas, vómitos o nauseas. Aun así, durante tres días ha de verla un médico por los menos un par de veces cada día para comprobar que no exista ningún síntoma que provoque la necesidad de un traslado al hospital. Si durante ese tiempo todo va bien, Lola podrá hacer vida social y laboral totalmente normal.

- Muy bien. Está claro que Lola está en buenas manos y que esta vez sí ha tenido, mejor dicho, hemos tenido la suerte de nuestra mano.

- No lo dudes – le reconoció Laura – No nos hubiese extrañado una pérdida en estas circunstancias.

- ¿Puedo pasar la noche con ella? - Héctor no soportaba dejarla sola tantas horas – Haré todo lo que digáis pero creo que ella estará más tranquila.

- ¿Lo estará ella o lo estarás tú? - Sonrió Laura – Es broma... ya he hablado de esto con la Doctora Rueda, podrás quedarte, le he resumido vuestra historia y, como las dos somos unas románticas, va a dejarte pasar la noche con Lola.

- Gracias – Héctor sonrió agradecido – Os agradecerá saber que Lola ha aceptado mi petición de matrimonio.

- Sí que has aprovechado bien el tiempo... Me alegro por Lola, por tí también no me malinterpretes, pero tu futura mujer lo ha pasado muy mal, últimamente no ha tenido mucha suerte pero parece que eso está empezando a cambiar. Cuídala, es una chica fantástica.

- Lo sé – reconoció Héctor – Soy afortunado de que aún me quiera después de haberla dejado sola todo este tiempo.

- Bueno... yo no soy quien para juzgarte, sin embargo, no seas muy duro contigo mismo. Al fin y al cabo el objetivo se ha conseguido. Lola ha roto con su pasado y creo que esta vez es la definitiva. Además – sonrió al saberse consciente de que Héctor no imaginaba lo que se les venía encima – en ocho meses dos personitas van a ocupar el cien por cien de vuestro tiempo y, créeme cuando te

digo que no vais a tener ni un minuto para pensar en el pasado.

- Podremos con ello – le aseguró Héctor convencido y sonriendo al imaginar a su futura mujer con dos bebés en brazos.

- Muy bien... pues nada más que hablar. Puedes bajar a hablar con los padres de Lola, aunque no le demos el alta, mañana podrán visitarla, eso sí, en horas de visita.

Héctor cerró la puerta de la casa de sus padres y respiró aliviado. Habían sido un par de horas muy intensas. Justo después de reunirse con Laura y antes de ver a sus futuros suegros Héctor llamó a su madre, quien no pudo ocultar su alegría por su vuelta a Madrid ni tampoco su dolor por el atropello de Lola, se puso tan nerviosa que Héctor tuvo que pedirle que le pasase el teléfono a su padre. Su padre, como era habitual en él, se mantuvo en silencio y pudo transmitirle de forma precisa toda la información y su petición final, petición que tuvo que repetirle a su madre quien, algo más tranquila se apresuró a arrancarle el teléfono de las manos a su marido para no perderse ni una coma de la historia. Mientras bajaba en el ascensor Héctor aún seguía sorprendido de la respuesta de su madre, es más, había tenido que ver el cambio con sus propios ojos para terminar de dar crédito a lo que acababa de oír.

- Por supuesto hijo, pueden y deben quedarse con nosotros, justo a tiempo para estrenar la habitación de invitados.

- ¿Habitación de invitados? - La casa familiar de Héctor, si bien amplia, contaba con los huecos justos y nunca habían tenido nada parecido a una habitación de invitados. La respuesta de su madre lo dejó literalmente sin palabras.

- He transformado la habitación de Sonia en una habitación de matrimonio, para invitados o para tí, si algún día quieres volver a dormir aquí.

- Entonces... - Héctor quería decirle a su madre que hacía años que en esa casa no entraban invitados y se tuvo que apoyar en una de las paredes del pasillo del hospital para no caerse por la impresión que le produjeron sus siguientes palabras.

- Hemos comprado muebles nuevos, modernos, de esos que se llevan ahora. Los viejos se los han llevado unos de esos chicos de una asociación contra las drogas o así... por cierto, tu habitación se la han llevado también...

- ¿Mi habitación? - Todos los recuerdos que Héctor había querido conservar de

su niñez y su juventud ya no estaban allí, aún así le impresionó que su madre, tan apegada a sus cosas, sobre todo a las de Sonia, hubiese decidido semejante transformación.

- Claro. Ahora está vacía... pero será la habitación de mi nieto o de mi nieta.

Aquello tenía que ser cosa de brujería porque era del todo imposible que su madre se hubiese enterado de la petición de matrimonio que él mismo acababa de formular y mucho menos de su futura paternidad de la que ni él mismo aún era del todo consciente.

- Mamá...

- Héctor... no digas nada. Ya era hora de dejar el pasado atrás. Tu padre está de acuerdo. Él mismo las ha pintado de nuevo . Le ha hecho ilusión y, he de decir, que a mí también.

- Bueno, bien... - ¿Qué más podía decirles a unos padres que parecía que acababan de volver de golpe a la vida?

- Tú traelos cuanto antes, iremos a dar un paseo para despejarnos mientras tú cuidas a Lola... cariño... dale un abrazo muy fuerte de nuestra parte.

- Vale. En un rato estoy por ahí – Héctor colgó. Tomó aire y se preguntó cuántas sorpresas más iba a recibir ese día. Desde luego, que su madre decidiese salir a dar un paseo para tomar el aire había sido una de ellas y, además, de las grandes. La salida semanal a la iglesia era toda la vida social que su madre consentía tras la muerte de su hija.

Mientras conducía hacia el ático para darse una ducha y cambiarse de ropa, Héctor rememoró el encuentro de los futuros consuegros. Ojiplático se quedó cuando no fue necesario hacer las presentaciones de rigor, ambas parejas se saludaron como viejos conocidos.

- ¿Me he perdido algo? - les preguntó confuso.

- Ay Héctor... - Sofía lo agarró cariñosamente del brazo – Parece que nadie te ha dicho que ya nos conocíamos. Una vez nosotros decidimos seguir tu ejemplo y dejar que Lola volase sola, tu amigo Jack nos reunió un día para presentarnos y ponernos al corriente de cómo estaba mi hija, Lucía y Helena organizaron una comida para todos nosotros, fueron muy amables y le estamos muy agradecidos por cómo han acogido a Lola.

- No he hablado con Lola de nada de lo sucedido – Héctor se explicó para que no

pensasen que intentaba escurrir el bulto – Por ahora. Hablaré con ella cuando esté de nuevo en casa.

- Yo ya les había dicho que mi hijo no era uno de esos mequetrefes – Alfredo no pudo evitar hablar con orgullo de su hijo – Lola lo sabe, eres un chico listo, eso mismo le dije.

Al parecer no era sólo su madre la que había recuperado las ganas de vivir, la apatía había abandonado a su padre dejando paso a una energía que Héctor no recordaba haber percibido en Alfredo en años. Su intención había sido comunicarle a aquellos cuatro que Lola había aceptado su petición de matrimonio, sin embargo, sus padres y sus futuros suegros actuaban como si aquello fuese una mera formalidad por lo que decidió esperar a que los seis estuviesen reunidos para darles la triple noticia, matrimonio y dos nietos. Sonriendo, tomó una nota mental, debía prepararse para afrontar un posible desmayo de alguna de las abuelas.

Apenas habían transcurrido un par de horas cuando Héctor volvía a traspasar la puerta de la habitación de hospital donde se encontraba Lola. Laura estaba acompañada de una mujer de mediana edad, bajita y con algo de sobrepeso, por la bata blanca que llevaba dedujo que se trataba de otra doctora. Lo confirmó en cuanto Laura hizo las presentaciones de rigor.

- Doctora Rueda, te presento a Héctor, el prometido de Lola. Héctor, esta es Marta, la Dra Rueda, la neuróloga que está atendiendo a Lola.

Héctor se adelantó y estrechó la mano de aquella mujer, al ver su rostro casi libre de arrugas, comprobó que su edad no se correspondía con su pelo totalmente blanco.

- Encantado de conocerla.

- Lo mismo digo, Héctor.

- ¿Cómo está Lola? - Tras dos horas ausente, se imaginaba que la habrían examinado un par de veces. Se acercó a la cama y tomó la mano de su futura mujer que lo recibió con una sonrisa algo forzada.

- Está cansada. Le duele y quiere dormir. Lamentablemente no podemos complacerla en ninguna de las dos cosas. No podemos administrarle calmantes más fuertes ni dejarla dormir a placer.

- No los quiero – respondió Lola agotada – no quiero perjudicar a los bebés, todo

el mundo sabe que no se deben tomar medicamentos en el embarazo.

- Tienes razón – se apresuró a responderle Laura – pero tampoco es bueno que sufras tanto dolor, te estamos administrando una dosis mínima, lo sabes.

- Los bebés son lo primero – respondió Lola con tozudez – no quiero que les pase nada – Al sentir cómo Héctor le apretaba la mano mostrándole su apoyo no pudo evitar echarse a llorar – Quiero que mis bebés estén bien...

A Héctor le dolía el corazón de ver a Lola tan agotada, dolorida y preocupada por los bebés. Se sentía impotente. Sin importarle el público, se agachó y la sostuvo con delicadeza por la nuca y la besó con suavidad en los labios.

- Mi vida... tranquila... todo va a salir bien. Saben lo que hacen y nadie va a perjudicar a los bebés pero tú tampoco debes hacerlo – Era una jugarreta hablarle así pero estaba seguro de que con Lola iba a funcionar – Ellos sienten lo que sientes tú, si lloras, lloran si estás triste están tristes y si estás frustrada ellos están nerviosos. No es nada de eso lo que queremos para ellos ¿verdad?

- Claro que no – le dijo Lola entre hipidos.

- Pues entonces vamos a tranquilizarnos y a hacer todo lo que nos digan, te quiero en casa cuanto antes...

Lola asintió y algo avergonzada miró a las dos doctoras.

- Lo siento – les dijo disculpándose por su berrinche.

- No te preocupes Lola, Héctor tiene razón – Laura no dejaba de sorprenderse de lo beneficioso que era una pareja comprometida en la evolución del embarazo de un mujer.

- Muy bien – Marta entendía a Lola, estaba agotada, pero compartía la idea de Héctor, cuanto antes pudiera mandarla a casa, mejor – Ahora, si te parece vamos a comprobar la motilidad de tus extremidades, vamos a ponerte en pie y comprobaremos si te mareas, cómo caminas, si mantienes el equilibrio. ¿Te encuentras con ganas?

Lola asintió, tenía ganas de irse de allí con Héctor para refugiarse en su cama, su cama del ático, y dormir durante horas. Sintió que Héctor besaba su mano antes de soltársela y apartarse para permitir que la Doctora Rueda pudiese examinarla.

Héctor comprobó como la doctora parecía palpar la musculatura de las piernas de Lola, le doblaba las piernas y volvía a explorar. Al finalizar, pareció

satisfecha, sin embargo no les dijo nada, se limitó a tenderle la mano a Lola para obligarla a sentarse en la cama.

- Bonito anillo – Marta admiró la pieza que lucía Lola en su dedo anular, era una amante de las antigüedades y aquella, sin duda, se trataba de una pieza de otra época – Parece una antigüedad.

- Lo es – admitió Héctor – Tiene una historia detrás. Perteneció a un duque inglés – No iba a detallar la historia, quería contársela primero a Lola.

- Chica con suerte – Marta palmeó la mano de Lola - ¿Te mareas?

- No – negó Lola – creo que no... por lo menos no tengo la sensación que tenía antes.

- Muy bien. Pues vamos allá. Quiero ver cómo te levantas de la cama. Hazlo despacito , puedes apoyarte en la cama para hacerlo pero, en cuanto te sientas segura, quedate de pie al lado de la cama sin apoyarte en nada. Vamos a verificar tu equilibrio.

Héctor contuvo el aliento durante todo el proceso, tuvo que obligarse a plantar bien los pies en el suelo porque todos sus instintos le gritaban que la ayudase a levantarse y a sostenerse en pie.

Lola se giró en la cama hasta que los pies le quedaron colgando por un costado. Luego con las palmas bien apoyadas sobre el colchón descendió con ambas piernas a la vez hasta que sus pies desnudos tocaron el suelo. No estaba frío. No quería mirar a nadie y cuando comprobó que no se mareaba se soltó de la cama y se mantuvo quieta mirando al frente. Al frente estaba Héctor que le sonrió con cariño y articuló con los labios un “muy bien”. Lola asintió mientras aguardaba las siguientes instrucciones de Marta, quien se había situado en el medio de la habitación.

- Muy bien Lola... ahora vas a venir caminando hasta donde estoy yo, hazlo pegadita a la cama, si te mareas puedes apoyarte en ella para no caer.

Lola no respondió y se puso en marcha. Llevaba tantas horas tumbada en una camilla que parecía que sus piernas habían olvidado cómo se caminaba, se concentró en adelantar un pie y luego otro y otro y así, despacito, sin marearse y sin tener que apoyarse en la cama recorrió el trayecto hasta alcanzar a la Doctora Rueda.

Lola apenas debió de tardar un minuto en recorrer la distancia que la separaba de

la doctora, sin embargo a Héctor le parecía que había tardado horas, de nuevo tuvo que obligarse a no colocarse tras ella extendiendo los brazos para protegerla de una posible caída. Respiró aliviado cuando Lola se detuvo y comprobó la sonrisa complaciente de la doctora.

- Perfecto Lola, puedes volver a la cama – Marta se dirigió a Héctor que se había mantenido tenso pero inmóvil todo el tiempo – Puedes ayudarla a subir a la cama.

Antes de que la doctora acabase de pronunciar su frase Héctor ya estaba extendiendo la mano para que Lola se apoyase en él. La ayudó a recostarse y le tapó las piernas. El pequeño esfuerzo parecía haberla agotado ya que reclinó la cabeza en la almohada y por un instante cerró los ojos. Volvió a ver su precioso color azul en cuanto ambas doctoras se acercaron a ellos.

- Todo correcto Lola. Te quedan tres horas para cumplir las primeras seis horas de vigilancia. Ahora van a traerte algo de merendar, sé que sigues en ayunas, será algo sencillo, galletas y yogur, también puedes empezar a beber agua. Cuando termines de comer, puedes dormir pero vamos a despertarte cada hora tres veces más. Si todo sigue así luego te dejaré dormir dos horas seguidas, luego tres... y así progresivamente. Si toleras la merienda y la cena y estas exploraciones van bien, en cuanto pases cuatro horas sin dolor de cabeza o éste no sea más que una ligera molestia puedes irte a casa – Levantó la mano para advertirla – Con condiciones, pero a casa.

\*\*\* \_ \*\*\*

## [CAPITULO 32](#)

*“El mundo es como aparece ante mis cinco sentidos, y ante los tuyos, que son las orillas de los míos.”*

*Miguel Hernández*

Sentado en el inodoro del baño de su ático, con los codos apoyados en las rodillas y mientras vigilaba que Lola no se marease en la ducha, Héctor sostenía entre sus manos la impresión de la ecografía que Laura le había entregado esa

misma mañana. Aún estaba en shock, no podía dejar de mirarla y asombrarse de que aquello fuera a convertirse en sus dos hijos. Hijos. El corazón le dio un vuelco recordando el momento justo en el que Laura les había enseñado a sus bebés en el ordenador. Les había reiterado que estaba todo perfecto, ni una pérdida de sangre, no había ninguna anomalía en el útero ni en el latido de sus corazoncitos. Ese fue el momento exacto en el que tomó verdadera conciencia de que aquello era real, iban a ser padres de dos bebés, dos bebés que conscientemente habían decidido traer al mundo y que habían buscado cada vez que habían hecho el amor. Echando cuentas sabía que la concepción había tenido lugar en la semana en la que Lola regresó con él de Toledo, sonrió recordando cómo se había sentido completo una vez que Lola estuvo preparada para entregarse a él. Se moría por volver a estar dentro de ella, Laura les había dado permiso para mantener relaciones cuando Héctor le preguntó sobre el particular. Soportaría nueve meses de abstinencia y mucho más por su mujer y sus hijos pero, si podía evitarlo, mucho mejor. Quería demostrarle a Lola cuánto la amaba y la cama, con ella entre sus brazos, era un buen lugar para hacerlo, no el único, pero sí el mejor. Todo lo que se dijese piel con piel adquiría una dimensión más profunda. Su yo neandertal estaba deseando coger a su mujer, meterla en la cueva y no dejarla salir en días. Sabía que eso no era posible porque la convalecencia del atropello hacía que tuviese que esperar días hasta poder tocar a Lola como a él le gustaría. Volvió a mirar la imagen de sus hijos. Vais a ser unos bebés muy queridos, les aseguró, no voy a fallaros y os prometo que creceréis en una familia feliz. Tragó saliva emocionado y levantó la vista justo en el instante en el que Lola salía de la ducha envuelta en una gran toalla.

Lola no recordaba nunca haber necesitado tanto una ducha como la que acababa de tomar. Se sentía sucia al salir del hospital, a pesar de haberse duchado allí esa misma mañana, quería lavarse el pelo y utilizar su gel favorito con olor a rosas para volver a sentirse ella misma. La tarde del día anterior había sido intensa, agotadora, ahora duerme ahora despierta, ahora te miro la tensión, ahora analizo tus pupilas ahora te hago caminar un ratito. Le dieron casi las cinco de la mañana cuando, por fin, le permitieron dormir cuatro horas seguidas. Se quedó frita y se despertó enfurruñada cuando Héctor la despertó a las nueve para decirle que tenía que desayunar y prepararse para la ecografía. La palabra ecografía la espabiló del todo y borró su mal humor. Quería volver a ver a los bebés y quería volver a verlos con Héctor a su lado, juntos por primera vez contemplando lo que los dos habían hecho con tanto amor. Llevaba mirándolo unos minutos desde la ducha, estaba embobado observando la imagen de la ecografía. Lo entendía,



ella había pasado en blanco la noche anterior a su atropello contemplando la que Laura le había entregado cuando le confirmó que estaba embarazada.

- A mí me pasó lo mismo – Le dijo sonriéndole cariñosa cuando Héctor alzó la vista y la descubrió saliendo de la ducha – Hasta ver la imagen en la ecografía no fui verdaderamente consciente de ellos. Primero tuve que hacer pis en un bote y fue entonces cuando Laura me confirmó el embarazo, tras la sorpresa inicial y una buena llantina, me hizo la primera ecografía, luego vino la noticia de que eran dos y no sé explicarte cómo me sentí, simplemente, fue como si todo encajase en mí. Estaba feliz, tranquila por primera vez en mucho tiempo. Era como si todo lo demás hubiese dejado de importar y lo único que quería era viajar a Londres para averiguar si aún había un nosotros – Lola se encogió de hombros – Ya ves... una moto impidió que fuese a buscarte.

Héctor comprendía todo lo que Lola quería decirle, es más, percibía que Lola estaba deseosa de hablar. Parecía encontrarse bien y él también era partidario de cerrar esa parte de su historia cuanto antes, iban a afrontar una de las etapas más bonitas de su vida y no quería ninguna sombra del pasado agazapada y dispuesta a saltar sobre ellos a la mínima de cambio. Iban a hablar, pero desde luego no iban a hacerlo en el baño. Héctor necesitaba una ducha reparadora y ponerse lo más cómodo posible para afrontar esa conversación. Se levantó y le tendió la mano.

- Ven aquí – La atrajo hacia él con suavidad y la besó en la frente con dulzura – Sé que necesitas esa conversación y yo también, pero antes quiero ducharme y quitarme esta ropa. ¿Me esperas tumbadita en cama?

- ¿Puede ser en el sofá del salón? - Lola hizo un mohín – Tengo la sensación de que llevo días tumbada en cama.

- ¿Estás segura de que te encuentras con fuerzas para estar en el salón? ¿No estás mareada? - Héctor no podía resistirse a aquellos labios deliciosamente fruncidos en una mueca pero debía asegurarse de que Lola estaba bien. Sonrió cuando la vio asentir con la cabeza como una niña pequeña – Bien, pero no te levantes del sofá mientras estoy en la ducha.

- Palabrita – Lola levantó una mano prometiendo obedecer – Sólo voy a ponerme un pijama y me siento – De pronto Lola recordó que no tenía nada de ropa en el ático, Gus había arramplado con todo cuando trasladó su ropa a la casa de Jack, su gesto se ensombreció al recordar cómo había decidido mudarse a su apartamento.

- Mi vida... ¿Qué pasa? - A Héctor no le pasó desapercibido su cambio de humor – ¿Te duele la cabeza?

Lola negó al tiempo que respondía con la voz muy bajita.

- No tengo ropa aquí..., me mudé dos veces, volví al apartamento y luego a casa de Jack... mi ropa está desperdigada por ahí.

Héctor respiró aliviado, si bien Lola había vuelto del hospital con el vestido con el que había sido atropellada y que ahora estaba en el fondo de su cubo de basura, toda su ropa estaba de nuevo en el vestidor. Gus, a petición de Héctor, la había traído de nuevo de vuelta al lugar que le correspondía.

- Todas tus cosas están aquí, en el vestidor, en sus perchas y en sus cajones. Le pedí a Gus que las trajese de vuelta. La señora María las ha ordenado esta mañana cuando vino a limpiar.

- Gracias – De pronto Lola se sentía cohibida, como si hubiese sido cogida en falta. Menos mal que había sido María, la asistenta de Héctor, y no Gus quien había colocado su ropa. Se sentía idiota por haber peregrinado de un lugar a otro como una vagabunda, como una mujer sin hogar para, al final, haber vuelto al punto de partida. Sólo que el punto de partida, el hogar, no era lo que ella había estado buscando.

-¿No estás contenta? - Héctor quería cortar de raíz la tristeza que estaba comenzando a asomar a los ojos de Lola así que la rodeó con su brazo mientras la acompañaba al vestidor.

- Sí.

-¿Entonces?

- Es que me siento estúpida – le confesó Lola avergonzada.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque me fui de aquí al apartamento y luego a casa de Jack... no sé que pensaba, qué buscaba, bueno... en realidad sí lo sé. Quería un hogar, no estaba segura de tí y quería hacerlo yo sola, sentía que aquí no podía arrancar pero me equivocaba. No era la casa – lo miró a los ojos – La casa no era el hogar, el hogar eras tú y hasta que has vuelto para quedarte no lo sabía o, tal vez, fingía no saberlo por si no teníamos otra oportunidad.

Héctor, abrumado por empezar a ser consciente de todo lo que había pasado Lola

encerró su cara entre las manos para que no pudiese esconderse y se la sostuvo con firmeza obligándola a mirarlo a los ojos. Los azules de Lola mostraban tristeza, arrepentimiento y un ligero temblor la sacudió. Imprimió a su voz todo el cariño que pudo.

- Yo he estado sin hogar desde el minuto uno en que te dejé aquí, sólo hay una diferencia, yo ya sabía que no iba a volver a tener un hogar sin tí y me partía el corazón el pensar que tal vez ya no me considerase digno de esta contigo por haberte dejado sola para enfrentarte a tu peor pesadilla. Mi vida... creo que nunca voy a poder perdonarme por ello.

Lola negó con la cabeza y alzó sus manos para apoyarlas en las de Héctor que aún le sostenían la cara.

- Te quiero. No quiero que pienses eso.

Héctor la besó con suavidad en los labios.

- Yo tampoco quiero ver esos preciosos ojos azules tan tristes, así que, voy a ducharme y vamos a sentarnos en el salón, lo sacaremos todo para fuera y nos olvidarnos de ello para siempre.

Lola se puso de puntillas para devolverle el beso.

- Te espero. No tardes.

No tardó. Lola se quedó con la boca abierta cuando lo vio aparecer en el salón vestido tan solo con un pantalón de pijama negro, la piel fresca por la ducha, el pelo deliciosamente mojado y despeinado y su aroma llegando a ella para envolverla sensualmente. Estaba descalzo y a Lola le encantaban sus pies, eran grandes, eran bonitos y tenía un serio problema cuando su futuro esposo se presentaba delante de ella vestido de esa guisa, su cerebro dejaba de funcionar y era su cuerpo el que tomaba el mando reclamando para sí a aquel hombre tan sexy. Estaba segura de que lo estaba contemplando con la boca abierta como una papanatas. Lo deseaba, desde su reencuentro el día anterior la parte romántica había dominado sus gestos y sus conversaciones. Ahora no estaba muy segura de ser capaz de contenerse para no abalanzarse sobre él. Alzó la mirada desde su cintura, sus abdominales estaban algo más marcados de lo que ella recordaba porque Héctor, al igual que ella, había perdido unos kilos en este tiempo. Llegó a los rizos de su pecho aún húmedos y se admiró de los brazos musculados que se cruzaban sobre ellos. Finalmente consiguió mirarlo a la cara, los labios sensualmente entreabiertos y los ojos ¡Madre mía! ¿Cómo iban a hablar si

aquellos ojos estaban devorándola? Tragó saliva. Tenía la sensación de que ella estaba siendo sometida a un escrutinio muy similar al repaso que ella acababa de darle al cuerpo de Héctor.

¿Cómo cojones iba a ser capaz de mantener una conversación mínimamente coherente? En cuanto entró en el salón y la vio sentada en el sofá, su cerebro le cedió el mando a su poya. Estaba preciosa, con las piernas recogidas y ligeramente recostada, ofrecía la imagen más sensual que Héctor había tenido al alcance de la mano en su puñetera vida. El camisón que se había puesto era de un oscuro color azul marino, la gasa caía desde la parte inferior de sus pechos hasta sus pies en suaves ondulaciones que ocultaban e insinuaban a la vez la blanca piel de su preciosa mujer. Los tirantes eran anchos y conformaban filigranas de encaje que combinaban el azul marino y el gris e iban descendiendo hasta cubrir aquellos senos en un pronunciado escote. Los recordaba bien y ahora percibía lo que el horrible camisón del hospital había ocultado, los pechos de Lola estaban más llenos, más redondeados. El neandertal que habitaba en su interior le advertía que debía disfrutar ahora de ellos ya que en unos meses las boquitas hambrientas de sus hijos tomarían posesión de aquellos manjares. Le supuso un esfuerzo titánico levantar la vista de aquellos montículos para posarla en su rostro, casi se tambaleó cuando descubrió los ojos azules de Lola nublados por el deseo. Lola nunca se había expuesto tanto en el terreno sexual, nunca había podido bajar tanto la guardia para ser tan explícita, siempre le respondía con aquella mezcla de dulzura y pasión que lo volvía loco, la diferencia era que ahora Lola no respondía, Lola estaba pidiendo y se había situado al mismo nivel que él. Ambos demandaban satisfacer el deseo que no podían, ni al parecer querían, ocultar. La charla iba a posponerse un rato. Tenía el permiso de Laura y no le hacía falta escuchar el permiso de Lola, su mirada y su pose sensual nada impostada hablaban por ella. Así que, sin pronunciar palabra, se acercó al sofá. Seguían mirándose a los ojos cuando Héctor pasó un brazo bajo sus rodillas y con el otro la sostuvo por la espalda para levantarla sin esfuerzo y trasladarla al dormitorio. Frunció ligeramente el ceño al percibir que el peso de Lola no sólo no había aumentado sino que era inferior al que recordaba. Se prometió vigilar su alimentación de cerca. Su pensamiento se vio distraído porque un dedo indagador repasaba sus pectorales en una caricia sin rumbo que iba y venía por todo su pecho, Lola recostaba la cabeza en su hombro y Héctor podía sentir su respiración agitada en el cuello.

Lola estaba relajada y excitada al mismo tiempo, recordaba haberse sentido así

en otra ocasión antes de hacer el amor con Héctor pero esta vez todo era mucho más intenso. Sus sentidos estaban alerta. El tacto de ambos les erizaba la piel dejando una huella imborrable donde sus manos acariciaban. El olfato estaba embriagado por los aromas de sus perfumes que se entremezclaban creando una fragancia única. Los ojos de Héctor estaban nublados por el deseo y podía imaginar que los suyos también porque los párpados le pesaban como cuando estaba a punto de caer dormida, sin embargo, no era dormir la cita que aparecía anotada en su agenda para los próximos minutos. El oído parecía en reposo, sin embargo, el silencio era atronador y las pisadas suaves de Héctor en la madera del pasillo tenían una cadencia armoniosa que iba y venía, incrementando la tensión que estaba a punto de ser liberada. Lola tenía la boca seca y estaba por apostar que Héctor también, pronto ambas estarían húmedas por sus besos y podrían saborear el gusto del otro en los labios del uno, la combinación de dulce y picante que sólo los besos de los amantes podían conjugar. Héctor traspasó el umbral del dormitorio con ella en brazos, al llegar a la cama la bajó y no la soltó hasta que sus pies se posaron la suave alfombra. Lola apoyó las palmas de la mano en el pecho de Héctor y comenzó a jugar con su vello rizado, su mano había iniciado un descenso con la intención de acariciar el ombligo que la estaba tentando, pero vio interrumpido su trayecto cuando Héctor sujetó su muñeca para elevarla y besar su pulso.

Si aquella mano descendía un milímetro más por su abdomen Héctor iba a convertirse en el animal hambriento que estaba intentando controlar. El perfume que Lola había rociado en su muñeca llegó a sus labios cuando besó su pulso acelerado. Con su otra mano ciñó su cintura a través de la fina gasa de aquel endemoniado camisón que lo estaba volviendo loco de remate. Esa mano abandonó la cintura aventurándose por su espalda en una lenta caricia que culminó en la tentadora curva de su trasero, lo apretó con codicia obligándola a acercarse más a él hasta que su miembro chocó contra el vientre de Lola y la sintió ahogar un gemido. La tela de los ligeros pantalones de pijama estaba molestándole y soltó la muñeca de Lola para desanudarlos y dejarlos caer, de un puntapié los apartó a un lado. Ahora ya solo estaban separados por aquella gasa que susurraba con cada movimiento del cuerpo de Lola, tenía que averiguar cómo demonios podía sacarle el camisón sin romperlo en mil pedazos, así que tanteó con un dedo bajo uno de los tirantes de encaje y comprobó que éstos eran elásticos, esbozó una lenta sonrisa satisfecho de haber resuelto el misterio y procedió a deslizarlos lentamente por sus brazos, primero uno y luego otro, los pezones erguidos parecían querer impedir la maniobra así que introdujo un dedo

acariciador bajo el encaje y suavemente liberó uno de ellos. Procedió a liberar el otro sin levantar la vista a pesar del gemido tembloroso que Lola dejó escapar entre sus labios. Se moría por probarlos, estaban diferentes, tal vez más redondeados y ligeramente más oscuros. Por un breve momento acarició sus senos más voluptuosos y procedió a tirar del resto del encaje provocando que toda aquella gasa cayese arremolinada a sus pies. Entonces lo vio, su vientre todavía plano pero a sus ojos diferente, descendió la mano temblorosa y lo abarcó por completo. La miró a los ojos, Lola respiraba entrecortadamente con los labios entreabiertos. Estaba preciosa y era suya, por fin la tenía allí, entre sus brazos y vestida únicamente con el anillo de compromiso que había permanecido en su dedo desde el momento en que él lo colocó allí.

Lola tenía los nervios de punta. Se sentía como si fuese la primera vez que iba a hacer el amor con Héctor, tenía la piel caliente y erizada al mismo tiempo, los pezones estaban comenzando a dolerle por la tensión y sentía la humedad entre sus muslos. Observó la mano de Héctor abarcando su vientre y sintió un escalofrío por la emoción. Debió de percibirlo porque levantó sus grandes manos y le acarició la nuca por debajo de su cabello, la sostuvo para inclinarle la cabeza y Lola cerró los ojos cuando los labios de Héctor por fin se posaron en los suyos. Ya se habían besado muchas veces desde su reencuentro pero, desde luego, ninguna como aquella, sus labios se movían acompasados, sus lenguas se enzarzaban en un baile lento, sin prisas pero sin descanso, acariciándose con avidez. La mente de Lola emigró a un país desconocido y al mando quedó únicamente su cuerpo, totalmente entregado a las caricias de su pareja. Las manos de Héctor la recorrían sin descanso, espalda, cabello, brazos, nalgas, senos, vientre...

Héctor sentía a Lola maleable entre sus manos, dulce, totalmente entregada a sus caricias y ¡Dios! ¡Su sabor! ¡Su olor! ¡El tacto de su piel! ¡Sus dulces gemidos! ¡Los ojos más azules que nunca! ¿Cómo había sido tan estúpido para haber privado a sus sentidos de su fuente de alimento? Aquella mujer era el centro de su vida y no iba a estar ni un minuto más fuera de ella, necesitaba volver a su refugio y lo necesitaba con una urgencia desconocida para él. Volvió a izarla en brazos y, esta vez sí, la tendió en la cama con delicadeza. La vio extender los brazos para acogerlo y no se hizo de rogar. Estaba preparada y lo sabía porque ya había percibido la humedad entre sus piernas y el olor de su excitación que estaba volviéndolo loco. Se colocó entre sus rodillas ligeramente inclinadas y se tendió sobre ella muy despacio apoyándose en sus codos mientras encerraba la

cabeza de Lola entre ellos, la quería así, totalmente accesible a los caprichos de su boca. La miró a los ojos y la vio asentir como dándole permiso para continuar. En todo este tiempo no se habían hablado, ahora sólo iba a hacerlo para formular una promesa.

- Iré despacio. Tendré cuidado. No voy a hacerte daño ni a tí ni a ellos. Lo prometo.

- Lo sé. No tengo la más mínima duda – Lola sabía que Héctor no sólo se estaba refiriendo al acto sexual en sí, su promesa tenía que ver con el resto de su vida.

Nada más terminar de oír las palabras de Lola, Héctor guió su erección hasta la resbaladiza entrada de su refugio y muy lentamente se introdujo en ella. Lola gimió por el roce, por la invasión y por el placer que sentía ya mientras Héctor comenzaba a penetrarla con delicadeza. Héctor la sentía caliente, húmeda y ligeramente prieta, era una sensación poderosa, indescriptible y el ligero movimiento de vaivén que había iniciado no hacía otra cosa que incrementar el placer. Lola sentía la penetración más intensamente que nunca, Héctor estaba volviéndola literalmente loca con sus movimientos, entraba y salía de ella, para continuar con movimientos rotatorios que enviaban pequeñas descargas de placer en todas las direcciones. Inevitablemente la tensión fue creciendo hasta que su cuerpo parecía a punto de perder el control y apenas sintió que el orgasmo comenzaba a formarse cuando ya había estallado en su interior provocando que sus caderas se elevaran entre escalofríos y gemidos entrecortados que eran provocados por el intenso placer que la recorría desde la punta de sus pies hasta el último cabello rubio de su melena. Héctor estaba intentando aguantar, quería que Lola se corriese primero y la imagen de su cuerpo húmedo y sonrosado por el placer que la desbordaba provocó en él el estallido que ya no pudo contener por más tiempo. Rugió mientras se corría entre espasmos interminables procurando no caer derrumbado sobre ella y aplastarla con su peso. Sus antebrazos temblaban por el esfuerzo pero consiguió su objetivo. En cuanto consiguió reunir una gota de aliento salió de su interior y se tumbó a su lado, su instinto lo llevó de inmediato a obligar a Lola a reposar la cabeza sobre su brazo extendido y apoyó la mano en su vientre acariciándolo con gesto protector. Lola giró la cabeza para encontrarse con los ojos negros de Héctor que la miraban con un amor infinito. No fue capaz de contenerse y se echó a llorar emocionada. Héctor sonrió porque sabía que eran lágrimas de felicidad y porque Lola odiaba llorar tras hacer el amor.

- Te quiero Lola. Te quiero mucho. Eres mi vida.

- Yo también te quiero Héctor. Lo sabes – Lola secó sus lágrimas – Vuelvo a llorar en la cama... ¡Soy un desastre!

- Eres una preciosa mujer – Héctor la besó en la frente y precisó – Eres mi preciosa mujer embarazada de dos bebés que es feliz y cuyas hormonas están en plena revolución. ¿Me equivoco?

- No – Lola negó con la cabeza al tiempo que sonreía – Soy feliz. ¿Lo eres tú?

- Puedes decirle a todo el mundo que soy el hombre más feliz del mundo. Sólo hay una cosa que podría mejorarlo.

- ¿El qué? - preguntó Lola confusa.

- El que llegue el día de nuestra boda y el día que nazcan nuestros bebés... - le apretó la nariz en un gesto cariñoso – Creo que ese día estallaré de felicidad.

Lola le sonrió. Ella sentía exactamente lo mismo. Sólo necesitaban terminar lo que no habían podido empezar porque la pasión los había desbordado.

- Aún tenemos que hablar – le dijo en un susurro.

- Lo sé – le respondió Héctor – pero estabas tan sexy en el sofá con ese camisón cosido por el mismo diablo, que si no te tenía antes estoy seguro de que no hubiera sido capaz de pronunciar un discurso coherente. Te he echado de menos princesa, mucho.

- Y yo a tí. Cada día, sobre todo cada noche – Lola se encontró confesándole su secreto – Cada noche me ponía para dormir una de tus camisetas, cogía tu frasco de perfume y rociaba la almohada y las sábanas con él... - Hizo una pausa recordando todo aquel ritual que la había acompañado en su ausencia – Era era lo único que podía hacer para extrañarte algo menos y conseguir dormir.

-¿Funcionaba? - le preguntó Héctor con el corazón partido por el relato.

- No – Lola fue sincera – Eran un pobre sustituto, apenas conseguía dormir un par de horas seguidas cada noche.

- Lo siento tanto mi vida... - Héctor no sabía que decirle, lo que sí sabía era que no podían posponer más su conversación - ¿Te apetecería hablar ahora?

Lola asintió agradecida, pero seguía sin querer hacerlo en la cama. Allí quería otro tipo de recuerdos.



- Sí, pero no aquí. Volvamos al sofá por favor...
- Claro mi vida... dónde tú quieras.

\*\*\* \_ \*\*\*

### CAPITULO 33

*“Vistas las cosas en la cámara oscura del recuerdo, toman un relieve singular.”*

*Théopile Gautier*

Apenas eran las cuatro de la tarde cuando se sentaron a hablar y ya había oscurecido cuando ambos consideraron que se habían vaciado completamente. Llevaban un buen rato en silencio tomando conciencia de las palabras del otro, de los sentimientos que habían quedado expuestos y de todos los obstáculos que habían tenido que superar hasta llegar a ese punto de partida que, paradójicamente, era el mismo punto físico del que ambos habían partido para tomar direcciones diferentes durante un tiempo. La mesa de centro que, al romperse, había apretado el botón de pausa ya no estaba y tampoco había sido sustituida. Héctor estaba pensando en aquella mesa, formaba parte de la última imagen que había visto de Lola antes de su separación, rota, hecha añicos en el suelo. La mujer que ahora le confiaba su mano, también había yacido rota y hecha pedazos en el suelo. Por el relato de Lola supo que ella guardaba un recuerdo muy nítido de todo lo sucedido desde aquella tarde. Desde luego que Jack podía dar por saldada la supuesta deuda que tanto le pesaba, él no se había considerado deudor de su amigo, sin embargo, ahora comprendía perfectamente la necesidad que había sentido Jack de devolver de alguna manera todo lo que los demás habían hecho por Helena cuando él mordió el anzuelo de la trampa que Harry le había tendido a la pareja. Helena era para Jack lo que Lola era para él, el centro de su vida y tenía que darle la razón en una cosa, Jack no mentía cuando le advirtió que no tenía ni puta idea del infierno por el que iba a pasar él y por el que le iba a hacer pasar a Lola si seguía adelante con su idea de que una separación haría salir a Lola de su cascarón. Como le había dicho Laura, el objetivo se había cumplido y nadie tenía derecho a juzgar sus actos, sin embargo,

él sí se juzgaba y el veredicto no era benévolo. A lo largo del relato de Lola los adjetivos calificativos de su repertorio no habían sido suficientes y no dejó de repetírseles en un bucle sin fin, estúpido, mezquino, negligente, zoquete, cobarde, loco, torpe, testarudo y débil, todos ellos aderezados con un colorido vocabulario plagado de tacos por el que Lola, en más de una ocasión, lo reprendió con la mirada. Lo más duro fue escuchar la parte del relato referida a todo aquel operativo policial, conocía a grandes rasgos lo sucedido, pero el detalle de cómo Lola lo había vivido en primera persona cuando estuvo a solas con su exmarido dentro de la peluquería hizo que un instinto depredador se asomase a su rostro, Juan podía dar gracias por estar en la cárcel, más le valía pasar muchos años allí porque si algo se torcía, si de algún modo Juan conseguía librarse de la acción de la justicia, Héctor iba a tomar cartas en el asunto, tanto Gus como él sabían perfectamente qué teclas debían de tocar para que aquel malnacido no volviese a hacerle a una mujer algo semejante a lo que le había hecho a Lola. También le apetecía conocer al tal Jaime, el agente a cargo de la operación, Lola hablaba muy bien de él, sin embargo, había sido su falta de previsión la que casi da al traste con todo. De no ser por Gus, Lola podría haber sufrido más que una magulladura en la muñeca. Héctor expresó una opinión muy poco amable acerca del agente mientras revisaba minuciosamente la muñeca de Lola en busca de una evidencia de su pequeña lesión. No la encontró y su futura mujer le advirtió que no debía ser desagradable con Jaime ya que ella no lo culpaba absolutamente de nada de lo sucedido. Tras dar por zanjado aquel capítulo llegó el turno de las emociones, Lola desgranó sus miedos, sus dudas, sus inseguridades, todas aquellas cosas que la llevaban a estar segura de que Héctor estaba arrepentido de haberse involucrado con ella. Le habló del fin de semana que había pasado en el balneario y le sonrió con cariño cuando le relató la aventura con los gatitos que se había convertido en un sueño recurrente para ella. Le dolió enormemente el conocer que Lola había interpretado como falta de interés por su vida el hecho de que Héctor no le hubiese manifestado, a través de Gus, su oposición a que abandonase el ático para mudarse de nuevo a su apartamento. Aquel malentendido podría haberse convertido en un obstáculo insalvable en su relación y se prometió no dar nunca las cosas por sentadas con Lola, bastante sabía él ya que la vida podía cambiar en apenas unos segundos. Fue un cambio refrescante cuando Lola le habló de su terapia, de todo lo que sin saberlo había avanzado en el proceso de recuperación de una mujer maltratada, se interesó por aquellas técnicas que, al parecer, le habían ayudado a afrontar el inicio de una nueva etapa y, como no podía ser de otra manera, le aseguró que

acudiría con ella a visitar al doctor tantas veces como fuera preciso. El relato había sido largo pero a él le faltaba una parte y no dudó en preguntarle mientras la tomaba de la mano y la miraba a los ojos.

-¿Cuánto daño te he hecho?

- Héctor... - Lola quiso protestar pero Héctor no lo permitió.

- ¿Cuánto daño te he hecho con mi estúpida decisión de dejarte sola con todo esto? Me creía muy listo creyendo tener la fórmula mágica para conseguir que, de una vez por todas, la sombra de tu exmarido dejase de atormentarte y, en cambio, perfectamente podría haber acabado con lo nuestro, perfectamente tú podías haber decidido no estar con un hombre que te deja en la estacada en plena crisis.

- Héctor... - Intentó meter baza pero de nuevo no fue posible.

- No. Lola. La verdad. Vamos a afrontarla. La noche que te conocí prometí protegerte, prometí que te daría todo lo que necesitas, te dije que buscaras refugio en mí ¿Lo recuerdas? - No siguió hasta que la vio asentir – Pues a mí me parece evidente que he hecho todo lo contrario.

- ¿Has terminado? - le preguntó Lola deseando poder replicarle. No temía por su relación. Acababan de demostrar que su amor estaba muy por encima de todo lo sucedido, sin embargo, estaba de acuerdo en que debían de hablar sobre ello para que su futuro no se viese emponzoñado por el pasado.

- He terminado – Héctor le cogió la mano y besó su pulso. Por fortuna Lola había aceptado su petición de no volver a ponerse aquel camisón, si iban a hablar no necesitaba la distracción adicional de la seductora lencería, bastante atractiva estaba ya con aquel sencillo pijama de rayas azules y corte masculino que apenas dejaba piel a la vista. Él también había optado por descartar su pantalón de pijama y vestía un pantalón corto de deporte de color gris, además había cubierto su torso con una de sus camisetas blancas.

- Vale. Pues ahora voy a hablar yo. Recuerdo perfectamente todo lo que me dijiste el día que nos conocimos. Prometiste protegerme y lo has hecho, primero estando pendiente de mí las veinticuatro horas del día desde ese mismo momento y, cuando no has podido hacerlo tú, no me has dejado sola, Gus ha estado – hizo comillas con los dedos – pegado mi culo tal y como tú le ordenaste. Luego me dijiste que ibas a darme todo lo que necesitase. Sé que este es el punto más difícil de entender porque ni yo misma lo entendía del todo. Héctor, realmente

necesitaba que me dejases sola con mis miedos, fue un duro golpe, me dolió mucho pero no por lo que tú imaginas. Cariño... - Lola acarició su mejilla y le sonrió cuando Héctor inclinó la cabeza para besarle la palma de la mano – estaba rota por dentro por tu ausencia, pero estaba destrozada por que te había insultado de la peor forma posible, te confundí con un maltratador, a tí Héctor, que te has dejado la piel por tu hermana.

- Mi vida no... - Héctor no sabía si podía continuar escuchando cómo Lola pensaba que él se había sentido insultado – Yo nunca pensé que tú...

- Héctor – Ahora era su oportunidad para explicar lo que le había pasado aquella tarde – En mi cabeza se formó tal caos, que el estrépito de la mesa al romperse me hizo retrotraerme a aquella época horrible. Tienes que entender que en mi cabeza ya no estaba contigo en ese salón, era otro salón y era otro hombre...

- Mi vida.... - Héctor le dio dulces besos por toda la cara – Lo siento tanto... si pudiera volver atrás... Reconozco que la idea del operativo me volvió loco, loco de preocupación... No se lo he dicho a nadie, has de saber que ese día en Londres fue uno de los peores días de mi vida. Me sentía estúpido por estar a kilómetros de tí. Mantuve la cordura a duras penas, cuando recibí la llamada de Gus... lloré como un crío porque estaba seguro de que no podrías perdonarme.

Lola le cogió las manos y le dio un vuelco el corazón al ver como eran engullidas por las grandes manos de Héctor ¡Cuánto lo había echado en falta! No quería llorar pero conocer sus sentimientos le estaba pasando factura. Lo amaba y odiaba haberlo hecho sufrir con sus problemas. Tenía que eliminar esa culpabilidad que lo estaba devorando por dentro.

- Otro en tu lugar hubiese huido de mí y de mis problemas como la peste, tú me cogiste de la mano y me enseñaste cómo podía ser mi vida sin miedo, me pusiste en el camino correcto cuando me advertiste de lo que iba a suceder y de lo que ibas a hacer. Cuando finalmente sucedió, tuve lo que necesité, las ganas de recuperarte a tí junto con mis ganas de volver a ser me llevaron a la primera sesión de terapia – Lola lo miró, seguía escuchándola, siempre atento, siempre paciente – y después llegó la última. Tenía que cerrar el círculo, necesitaba ir a verte a Londres para decirte “aquí estoy, mírame, ya no soy prisionera de mi pasado”. Siempre tuve presente lo que dijiste, que debía de ser yo la que acudiese a tí, que no me harías ninguna pregunta hasta que yo estuviese preparada. Yo lo estaba, pero tu respuesta era mi incógnita y lo hablé con el doctor, él dio voz a lo que en mi interior yo ya sabía, me dijo “vuelve con Héctor

y os ayudaré, o vuelve sola y te ayudaré a superar la ruptura definitiva”. Así que empecé a prepararme para el viaje y ¡menos mal que Jack lo estaba organizando todo! porque yo tenía la cabeza en otro sitio. Yo tenía un miedo enorme a que hubieses conocido a otra mujer, imaginaba a una preciosa chica inglesa, sin problemas, sin traumas que te hiciese la vida mucho más fácil que yo – Lola colocó un dedo en los labios de Héctor en cuanto vio una protesta asomarse a ellos – Luego supe lo del embarazo y, aunque todo encajó, tenía muy claro que no te iba a dar la noticia nada más verte, primero quería saber que querías estar conmigo por mí, no por los bebés. Nunca dudé de que los querrías con locura pero yo necesitaba saber que me querías a mí, a Lola, a esta Lola. Al final mis planes se truncaron por el atropello y en vez de ir yo a Londres, viniste tú y me pusiste un anillo en el dedo antes de saber que estaba embarazada. Resolviste mis dilemas, hiciste que todo tuviese sentido en apenas cinco minutos. Ahora dime, cariño... exactamente... ¿Qué parte no entiendes de que todo lo que he pasado era necesario para que yo volviese a ser? ¿Cuál es exactamente la promesa que has incumplido? ¿No lo ves? Lo has hecho. Lo has logrado. Me has rescatado del monstruo.

Héctor tenía un nudo en la garganta y no podía hablar. Puede que Lola tuviese razón, sin embargo, la distancia había minado su confianza en sí mismo.

- Yo también tenía miedo de que otro viese lo que yo vi en tí y que te cuidase cuando más lo necesitabas, cuando yo no estaba. Temía que llegases a preferir a ese otro a mí, al tonto que estaba a miles de kilómetros de tí – Le confesó que estaba al corriente de su viaje – Sabía que venías, Jack me avisó... no te enfades con él. Me pidió que no la cagase, que merecías algo especial. El anillo estaba en mi bolsillo casi desde mi llegada a Londres, el anticuario por el que pasé tenía algunos expuestos en el escaparate, sin embargo éste – acarició su dedo anular – estaba dentro esperando a que yo lo comprase para tí. Lo único que faltaba era prepararte una velada especial, tenía reservada una preciosa suite en el hotel donde me hospedaba, estaba planeando la cita más romántica que pudieras imaginar cuando recibí la llamada de Gus y el mundo se detuvo para mí. Desde que salí de Londres y hasta que Laura vino a informarnos a la sala de espera, lo único que sabía de tí era que no estabas consciente cuando le metieron en la ambulancia. Sabes que yo no suelo rezar, sin embargo no dejaba de pedirle a tu Dios que otra vez no, no podía perderte a tí, no podía ser que nuestra última vez juntos hubiese sido aquella tarde horrorosa. Luego te vi y no quise perder más el tiempo, bastante lo habíamos perdido ya. El resto ya lo sabes. Te quiero. Para

siempre.

Lola se abalanzó sobre él y se sentó en su regazo, le rodeó el cuello con las manos y lo besó con dulzura.

- Te quiero. Para siempre.

Se besaron sabiéndose limpios. Habiendo dejado atrás lo sucedido y dando los primeros pasos hacia un nuevo comienzo. Lola rompió el beso y soltó una pequeña carcajada al acordarse de algo que había dicho Héctor.

-¿De qué te ríes? - Héctor no podía evitar contagiarse de su sonrisa a pesar de desconocer lo que la motivaba.

- Es la segunda noche romántica que preparas y que yo estropeo, primero huyo a Toledo el día de la boda de Helena y luego está Londres...

- Lola... lo de Londres no lo has estropeado tú.

- No – Lola sonreía de oreja a oreja – Pero parece que nuestro destino frustra todas las veladas especiales que te esfuerzas en preparar.

Héctor no iba a desvelar ahora que ya estaba planificando, no sólo la velada más especial, su cabeza ya había comenzado a organizar el día más especial, el día de su boda.

- Bueno... - Héctor se encogió de hombros fingiendo restarle importancia – Lo importante es el aquí y el ahora. Es lo que he aprendido con ese accidente tuyo.

Lola se quedó muy quieta cuando Héctor comenzó a acariciar todas y cada una de las magulladuras que cubrían la parte izquierda de su rostro. Le tocó el brazo con suavidad por encima de la manga de la chaqueta de su pijama.

- ¿Duele?

Llevaba un buen rato molestándole mucho el brazo, en la cara sólo le dolía si hacía un gesto brusco y la pierna tres cuartos de lo mismo, sin embargo no había querido romper el momento íntimo que habían vivido durante su conversación.

- Duele.

-¿Mucho?

Lola asintió.

- Amor mío... ¿Cómo no me has avisado?... - Héctor ya se estaba levantando con ella en brazos. Volvió a depositarla con suavidad acomodándola entre los

cojines del sofá – Necesitas comer algo para tomarte los calmantes.

En parte Lola había mantenido silencio porque no quería tomar los calmantes, por muy ligeros que estos fuesen no quería perjudicar a los bebés. Lo sostuvo por la muñeca cuando Héctor ya se disponía a abandonar el salón para dirigirse a la cocina.

- Por favor... prefiero no tomarlos. Por ahora puedo soportarlo. Por favor...

Héctor suspiró poniendo los brazos en jarras y mirando al techo. Si antes ya era poco lo que le podía negar, ahora, justo cuando acababa de recuperarla y además estando embarazada casi le resultaba imposible contrariarla.

- Muy bien. Vamos a pactar. Prométeme que si es demasiado los tomarás, ya has oído a Laura, si sufres ellos sufren.

Lola aceptó rápidamente. A medida que transcurriese el tiempo dolería menos. El sonido del portero automático los sobresaltó por lo inesperado. Héctor comprobó su reloj, eran casi las ocho y media de la noche. No iba a perder nada si apostaba a que eran sus padres y sus futuros suegros los que estaban a punto de invadir su casa con la cena. Los había llamado diciéndoles que aprovecharían la tarde para descansar.

- ¿Estás preparada?

- ¿Esperas a alguien? - Lola no tenía ganas de visita. Quería a Héctor para ella solita durante unas horas más.

- No, pero no me equivoco si te digo que tus padres y los míos están a punto de llegar.

- Oh... - Lola sonrió. La familia. Su familia – Me apetece verlos... ¿Les daremos las noticias?

- ¿Quieres guardarlas un poco más para tí? - Héctor haría lo que ella quisiera pero estaba segura de que el anillo que lucía en su dedo no iba a pasar desapercibido.

Lola negó con la cabeza. Le hacía mucha ilusión ver a sus padres y a sus suegros, abrazarlos y ver sus caras de sorpresa cuando supiesen las buenas noticias.

- No. A ellos quiero decírselo ya. Necesitan las buenas noticias tanto como nosotros.

Héctor la besó dulcemente en los labios antes de ir a abrir la puerta para, por primera vez, reunir a su nueva familia.

Agotada. Lola estaba agotada tras la visita de sus padres y de sus suegros. Había sido un cúmulo de emociones, una detrás de otra. Lola creía que habían agotado las reservas de pañuelos de la casa. Ni su madre ni Marisa habían podido contener las lágrimas cuando Héctor les dio la noticia de su próxima boda, mucho menos cuando fueron informadas de que en ocho meses iban a adquirir el estatus de abuelas. Lola sabía que tanto su padre como Alfredo también se habían emocionado pero lo habían sabido disimular muy bien. Por un momento, la algarabía que se formó en el salón amenazó con resucitar su dolor de cabeza pero Héctor, siempre atento a sus reacciones, les recordó que Lola aún necesitaba descansar. Sofía y Marisa aprobaron la actitud protectora de Héctor para con ella y lo despacharon a la cocina a desempaquetar la cena fría que ambas mujeres se habían afanado en preparar por la tarde. Cuando las tres mujeres se quedaron solas en el salón, aquellas dos no dejaron de admirar el buen gusto de Héctor para elegir el precioso anillo de compromiso y la frieron a preguntas sobre la fecha de la boda, el lugar, el estilo... Lola les advirtió que aún no habían tenido tiempo de hablar sobre ello. No les importó y el siguiente tema de conversación versó sobre embarazos, partos, pañales y biberones. Lola apenas pudo meter baza así que se limitó a recostarse en el sofá mientras ellas hablaban. Se sintió afortunada de que ambas familias hubiesen encajado tan bien, allí no había tensiones y todo el mundo se sentía cómodo. Aunque faltaba casi medio año, supo que las próximas navidades iban a estar llenas de reuniones familiares muy especiales. Mientras cerraba los ojos en el sofá y escuchaba a Héctor trajinar recogiendo la cocina ese pensamiento le retrotrajo a las únicas navidades que había vivido con su exmarido e inevitablemente recordó a Mel, la hermana de Juan. Mel, con veinticinco años, probablemente hubiese finalizado ya sus estudios de Administración y Dirección de Empresa en una prestigiosa universidad privada de Navarra, seguro que había encontrado enseguida un buen trabajo. No había vuelto a verla desde su última visita que, precisamente, había sido durante esa navidad. Los padres de Juan habían sido unos díscolos hippies que no quisieron saber nada de sus hijos, ambos hermanos fueron criados por sus abuelos paternos que formaban parte de la alta sociedad madrileña de la época. Fallecieron poco después de haber ayudado a su nieto a emprender su primer negocio cuando Mel aún era menor de edad, a falta de otros familiares, Juan se había convertido en su tutor. Como no podía ser de otra manera, Juan ni había sido un buen marido ni tampoco un buen hermano, Lola nunca entendió cómo



podía haber puesto distancia de por medio con su única familia. Mel interfería en los planes de Juan, no tenía tiempo para ella, lo que tenía era dinero, primero la había enviado a un internado y luego le había costado la residencia universitaria. Pero Mel nunca los visitaba, ni tan siquiera en vacaciones, Juan siempre encontraba un campamento, un curso de verano o cualquier otra actividad para ella. Lola no supo como aquellas navidades había conseguido convencerlo de que Mel debía de pasarlas con ellos, ahora eran una familia y así debía ser. Lola había comenzado a ver en Juan cosas que no le gustaban pero todavía no había sufrido su primer episodio de violencia así que ahora, desde la distancia, imaginaba que por aquel entonces Juan aún intentaba engatusarla complaciendo alguna de sus demandas. El caso es que Mel los visitó, la pobre chica lo pasó fatal cada vez que su hermano estaba presente, no sabía de qué hablarle y Juan apenas le hacía caso. En cambio, cuando Juan no estaba Mel era otra persona, una chica dulce, cariñosa y lista. Lola había percibido que Mel estaba muy necesitada de cariño, constantemente buscaba su aprobación, la abrazaba cuando Lola le proponía cualquier plan por sencillo que fuera y siempre tenía una sonrisa en la cara para ella. Esa sonrisa desaparecía cada vez que su hermano regresaba a casa. La cena de nochebuena había sido la cosa más fría en la que Lola había participado en su vida. Juan se había empeñado en reservar mesa en un restaurante, Lola intentó convencerlo de que prefería una reunión familiar en casa como era su costumbre, pero Juan se negó diciéndole que no fuese una cateta, que eso no era para ellos. Las dos mujeres pasaron un mal trago a pesar de la calidad del menú y del ambiente acogedor del restaurante elegido. Juan se levantaba continuamente de la mesa para saludar a uno u otro conocido dejándolas solas en la mesa entre plato y plato. Tras los postres y en vista de que Juan se había excedido con la bebida, Lola alegó una ligera migraña para conseguir llevarlo cuanto antes a casa, ya había comprobado que el carácter de Juan se agriaba con la bebida y no estaba dispuesta a ofrecer un espectáculo delante de personas a las que no conocía y a las que su marido no se había molestado en presentarle. Lo único que consiguió fue que Juan les pidiese un taxi y las despachase para casa mientras él continuaba la fiesta. Mel no había pronunciado ni palabra, simplemente se encogió de hombros cuando Lola le pidió disculpas por la velada. “Con los abuelos las navidades eran diferentes” Esa frase le había revelado sobre Mel mucho más que todas sus conversaciones anteriores, aquella chica se sentía muy sola desde el fallecimiento de sus abuelos, los únicos padres que había conocido. Lola sintió pena por ella pero no pudo hacer mucho por evitar su dolor ya que ella misma estaba empezando a

descubrir al verdadero Juan. Con un escalofrío recordó que el monstruo había aparecido apenas un mes después de aquellas navidades. Entonces comenzó su infierno personal y no supo nada más de Mel, siempre tuvo una espinita clavada con ella, hubiese querido darle algo más de cariño a pesar de que ella no era su responsabilidad, pero no fue posible. Ni siquiera sabía si aquella chica era consciente del monstruo que tenía por hermano. Suspiró. Aquello era pasado y en el pasado debía de quedar.

Héctor llevaba un rato intentando descubrir si Lola se había quedado dormida mientras él recogía los restos de la cena. Sus padres y sus suegros se habían marchado hacía apenas media hora. Felices y tranquilos los padres de Lola se habían despedido y ya viajaban de vuelta a Toledo. Su madre, presa de un frenesí por tantos cambios, le había anunciado que mañana mismo comenzaba a preparar la canastilla de sus bebés. A pesar de lo agradable y lo necesario de la visita, Héctor estaba deseando volver a quedarse a solas con Lola, tenía ganas de llevarla a la cama para abrazarla y sentir cómo volvía a dormirse entre sus brazos. La oyó suspirar y supo que no dormía. Sonrió al acercarse y le tocó ligeramente el brazo sano. Sus preciosos ojos azules parecían cansados y preocupados, ello, unido al suspiro resignado, hizo que volviese a inquietarse.

- ¿Y ese suspiro?

Lola se encogió de hombros, no le apetecía traer de nuevo a Juan, aunque fuese a través de la dulce Mel, a aquella casa.

Héctor fingió aceptar el encogimiento de hombros como respuesta, en la cama le sacaría la verdad. La izó en brazos.

- A la cama. A descansar. Lo necesitamos.

Ya en la cama, Lola se refugió mimosa en los brazos de Héctor. Sintió como la besaba repetidamente en la cabeza mientras acariciaba su espalda de arriba a abajo.

-¿Duele?

Dolía pero aún podía soportarlo.

- Todavía puedo con ello.

- Lola... - advirtió Héctor.

- De verdad... cariño... por favor...

- De acuerdo... - Héctor accedió pero no sin antes pedir algo a cambio – pero entonces dime a qué venía ese suspiro.

La distancia no había mermado la capacidad de Héctor para leer en ella. No iba a empezar a mentirle ahora, siempre había sido la verdad y siempre sería la verdad.

- Navidades, pensaba en las navidades.

- ¿Navidades? - Héctor no esperaba esa respuesta - ¿Acaso quieres algo especial para navidades?

- No – se apresuró a negar Lola con vehemencia – La familia, estar todos juntos nada más.

- ¿Entonces?

- Mel. Estaba pensando en que este año íbamos a tener unas navidades maravillosas y me acordé de Mel.

-¿Mel? - Héctor nunca la había oído hablar de esa tal Mel - ¿Es una amiga tuya?

Lola asumió que iba a tener que verbalizar todos sus pensamientos anteriores. Se incorporó antes de contestar y sonrió agradecida cuando Héctor la acompañó acomodando las almohadas a su alrededor para que estuviese más cómoda.

- No exactamente. Mel es la hermana pequeña de Juan, su única hermana – Lo miró a los ojos mientras hablaban. No quería perderse su reacción. Parecía asombrado y desconcertado.

- Nunca me habías hablado de ella.

- No. Con Mel es así, uno tiende a olvidarse de que existe.

-¿Por?

- Porque nunca está. Nunca estaba. Los criaron sus abuelos cuando sus padres no quisieron saber nada de ellos. Al fallecer, a Mel aún le faltaban un par de años para ser mayor de edad y a Juan lo nombraron su tutor.

Héctor no concebía mayor desgracia que una chiquilla estuviese sometida a la tutela de semejante elemento. Imaginaba que había algo más y no se equivocó.

- Cuando me quité la venda de los ojos, comprendí que Mel le molestaba, no la quería y la envió de internado en internado, luego una costosa residencia universitaria... no la veíamos nunca. Las únicas navidades que pasé con él

fueron la excepción, insistí y la traje. No te hacen falta los detalles. Fue un desastre. Mel es dulce, lista, cariñosa...

- Nada que ver con el cabrón de su hermano – Héctor tenía los pelos de punta. Aquel hijoputa tenía una una hermanita vivita y coleando y el muy cabrón la enviaba a kilómetros de distancia cuando él gustosamente daría un brazo por que Sonia estuviese ahora a su lado.

- No. Nada que ver. Me dio mucha pena... era muy cariñosa y, claramente, necesitaba sentirse aceptada, querida. Mi propósito de aquel año nuevo fue recuperar a Mel, pero no pudo ser, pronto comenzó mi infierno y me olvidé de ella prácticamente hasta hoy.

- No era tu responsabilidad – Héctor la besó dulcemente en los labios para reconfortarla.

- No. No lo era – reconoció Lola. No quería pensar más en aquellos tiempos.

Héctor no podía tener el corazón más lleno de amor cuando volvió a acoger a Lola en sus brazos y ésta se acurrucó contra su pecho. Recuperó su particular ritual nocturno sin el cual no había podido pegar ojo en Londres. Lola lo respiró, se acomodó y en muy poco tiempo se quedó dormida. ¡Por fin! Pensó Héctor ¡Por fin estoy de vuelta en casa! Estuvo despierto durante casi una hora mirándola y maravillándose de que en ella estuviesen creciendo aquellos bebés. Se durmió con una sonrisa en los labios.

\*\*\* \_ \*\*\*

## **CAPITULO 34**

*“Todos los pasos preliminares son como las piezas de un rompecabezas. Al unirse forman una imagen. Si el rompecabezas llega a completarse usted ha logrado su propósito.”*

*Michael Jordan*

Para Lola las tres semanas siguientes tuvieron un ritmo vertiginoso. Su primera salida del ático fue para reunir a todas las personas que habían estado a su lado

en los momentos más difíciles. Los citó en un pequeño restaurante que Héctor le recomendó porque disponía de una reservado en forma de terraza que les iba a proporcionar la intimidad que necesitaban para lo que iban a comunicar. Allí estaban Helena y Jack, Carlos, Gus y una sorprendida Isabel junto con su marido Óscar. Lola sabía que Isabel no entendía muy bien el motivo por el que la había convocado, lo cual era algo curioso ya que desde que ella había llegado a la peluquería Lola casi podía afirmar que, en las últimas semanas, los días que había acudido a trabajar prácticamente igualaban a los días que se había ausentado, por lo que para ella estaba claro como el agua que su negocio se hubiese visto abocado al cierre de no ser por su empleada. La comida fue distendida, el restaurante estaba especializado en distintos tipos de arroz, así que desde la paella valenciana hasta el arroz caldoso de marisco, cada cual pudo elegir según sus preferencias. De postre Lola había elegido degustar las especialidades de la casa y a todos les conquistó la delicadeza de las presentaciones, ella no se pudo resistir a una ligera sopa de frutos rojos con merenguitos que saboreó en cada cucharada que Héctor le ofrecía porque, ¡cómo no!, no tuvo vergüenza alguna al explicar su tradición. Ya estaban con el café cuando Héctor tomó la palabra, a Lola le parecía que en cualquier momento el corazón podía estallarle de felicidad.

- Todos estáis aquí por el mismo motivo – Mientras hablaba, Héctor estaba mirando uno por uno a todos sus oyentes – Lola y yo queremos agradeceros todo lo que habéis hecho por nosotros en las últimas semanas – Levantó la mano para detener la oleada de protestas que comenzaba a formarse – No, en serio, lo necesitamos. Yo, por lo menos necesito que sepáis que valoro enormemente el hecho de que hayáis estado al lado de Lola cuando yo no estaba – Héctor tragó saliva y agachó la cabeza para recuperarse del impacto que aún le provocaban aquellas palabras. Una mano conocida le tomó la suya y se la apretó con cariño para infundirle ánimo. El amor que le transmitían aquellos ojos azules hizo que se recompusiese con rapidez. Le devolvió el apretón – Daros las gracias era el motivo principal pero no el único – Besó el dorso de la mano de Lola y se tomó unos segundos para disfrutar del momento de silencio que, sin duda, se iba a quebrar en cuanto soltase sus dos, mejor dicho, tres noticias bomba – Lola ha aceptado mi petición de matrimonio y... un minuto, un minuto... - agitó la mano para callar los aplausos de Helena y de Isabel que ya se estaban incorporando entusiasmadas de sus sillas – y yo he recibido la mayor sorpresa de mi vida al saber que vamos a ser papás por partida doble, Lola está embarazada de gemelos.

Lola no pudo evitar que una lágrima corriese por su mejilla al percibir la emoción de Héctor mientras pronunciaba su discurso. Los gritos y los ruidos de las sillas arrastrándose ya le anticipaban lo que se le venía encima, sin embargo, se tomó unos segundos para acariciar la mejilla de su futuro marido y besarlo con ternura en los labios. Luego se desató el caos, Helena estaba llorando a lágrima viva en sus brazos, Isabel, muy emocionada, no sabía a cuál de las dos debía de consolar primero porque las dos reían y lloraban al mismo tiempo.

- ¡Felicidades! ¡Gemelos! - Helena no daba crédito a la noticia de que su amiga esperaba dos bebés casi al mismo tiempo que ella - ¿Estás bien? ¿Tienes náuseas?

Lola le respondió negando con la cabeza y no pudo evitar soltar una carcajada al ver el gesto de contrariedad de su amiga.

- Casi cuatro meses... - Helena se señaló su barriga que ya estaba bastante abultada para el tiempo de embarazo que llevaba - Y este enano aún me hace vomitar a diario... y tú - señaló la inexistente barriga de Lola - con dos bebés ahí dentro y sin náuseas... - Helena hizo un puchero - No es justo...

- Gracias tíos... - Héctor conversaba con Jack y con Carlos. Tras haber estrechado la mano de Gus y de Óscar, ambos hombres se habían retirado discretamente a un lado y charlaban amigablemente - de verdad, no sé cómo agradeceros lo que habéis hecho.

- Bobadas - Jack palmeó la espalda de Héctor - Estaba seguro de que todo saldría bien, sin embargo, subestimé a tu chica... supo ocultar muy bien sus momentos más bajos

- Todos lo hicimos - reconoció Carlos - tal vez debiéramos haber estado algo más pendientes de ella una vez encerraron a su exmarido...

- No. Carlos, en serio - Héctor no quería que sus amigos se reprochasen nada porque Lola le había insistido en que la habían cuidado hasta el exceso - Habéis sido un ejemplo de amistad... de verdad - Miró a Jack - Ahora te entiendo. Eso de tu deuda no saldada... creo que nunca podré dar por saldada la mía con vosotros.

- Bienvenido al club - La sonrisa de Jack no llegó a sus ojos - Aún ahora, de vez en cuando, se me ponen los huevos de corbata cuando me asalta algún recuerdo de aquellas semanas.

Carlos no estaba dispuesto a que las malas vibraciones se impusiesen en aquel día de celebración así que, haciendo gala de su insuperable sentido del humor, rodeó a ambos amigos por los hombros.

-¡Joder! En seis meses dos de tres... de verdad que me estáis acojonando...

- Por esa regla de tres... - Jack respondió a la pulla – En tres meses nos vestimos de nuevo de pingüino para tu boda.

- Ni de coña tío... - fingió un estremecimiento – quita quita...

Héctor, con su capacidad de calibrar los verdaderos sentimientos de los que tenía a su alrededor lo miró suspicaz.

- Llevas meses sin presumir de una conquista... si no te conociera diría que te has vuelto un monje, sin embargo, la verdad es que creo que lo que te pasa es que te mueres por tener algo como lo que nosotros tenemos...

Antes muerto que admitir que Héctor había dado en el clavo, de nuevo utilizó su humor como escudo.

- ¿Grilletes y pañales en el mismo pack? - Hizo un gesto de desdén con la mano – No gracias. Aún tengo muchas cosas por hacer... voy a felicitar a mis chicas...

Héctor y Jack sonrieron al ver como sus mujeres recibían a Carlos con abrazos y besos sinceros.

- Dos botellas de la mejor ginebra a que cae en tres meses... - apostó Héctor.

- Un inglés nunca rechaza una apuesta – Jack le estrechó la mano – pero creo que esta vez perderás... no tenemos candidata.

- Lo sé – Héctor sonrió a su amigo – Pero cuando brindamos por el comienzo de este año, ni tu ni yo teníamos candidata, planes de boda ni mucho menos proyectado ser padres.

- Touché – Reconoció Jack – Me gustará ver su caída... Estoy deseando poder devolverle una a una todas sus pullas... míralo... si parece un pavo real.

- Sí – Admitió Héctor mirando cómo ambas mujeres lo abrazaban con gran cariño – pero ellas lo adoran... soportar sus chistes es nuestra condena...

- Y tanto – Jack volvió a felicitar a su mejor amigo, a su hermano – Enhorabuena Héctor, Lola es perfecta para tí y tú para ella. Me alegro de que todo se haya reconducido.

- Gracias – Héctor palmeó la espalda de Jack – Gracias por cuidar de ella y gracias por tus recomendaciones.

-¿Mis recomendaciones?

- Sí. Finalmente me he decidido por comprar la casa que tu agente me recomendó en tu urbanización. Supuse que a Lola le gustaría estar cerca de Helena.

- Me alegro. Era una buena inversión. Helena estará encantada ¿Qué le ha parecido a Lola?

- Aún no lo sabe. Formalicé la señal desde Londres. Estos días iremos al notario a firmar todos los documentos.

- He de advertirte de que tal vez encuentres cierta resistencia por su parte – Jack estaba recordando como Helena había presentado pelea al considerar que Jack debía de proteger su patrimonio con un régimen de separación de bienes.

- Lola sabe que en el ático no podemos criar a los dos bebés.

- No me refiero a eso. Hablo del dinero. Helena quería que firmase un contrato prematrimonial para preservar mi patrimonio además de insistir, por el mismo motivo, en que debíamos casarnos en régimen de separación de bienes.

- Por encima de mi cadáver – Aseguró Héctor aunque no las tenía todas consigo de que no tuviese que enfrentarse al mismo problema que Jack.

- Ya – Jack se rió – Reconozco que me divertí con aquella pequeña disputa.

- Porque sabías que la tenías ganada de antemano.

-Correcto – Jack soltó una carcajada – Pero tuve que amenazarla con poner absolutamente todo sólo a su nombre si no daba el brazo a torcer.

- Joder tío... no quiero tener esa conversación con Lola. Lo mío es suyo y punto final.

- Pues te deseo suerte – Jack le señaló a sus mujeres que estaban muertas de risa con el abogado – Vamos a ver qué les está contando ese fantasma. No me extrañaría nada que nos estuviese dejando quedar a la altura del betún.

- Ay Carlos... - Helena se soltó del agarre de su futuro compadre. Desde que se acercó a felicitar efusivamente a Lola no había dejado de hacerlas reír – Basta... me voy a hacer pis aquí mismo si sigues diciendo esas cosas... ¿Tú te haces pis



seguido? - Le preguntó a Lola.

- La verdad es que no. Por ahora no – Lola estaba tomando conciencia de que parecía que, por lo menos hasta la fecha, estaba teniendo un embarazo estupendo.

- No es justo... - se lamentó Helena.

-¿Qué no es justo pequeña? - Jack abrazó a su mujer posando las manos en su barriga en un gesto protector.

- Lola no tiene náuseas, no se hace pis cada media hora... y yo... mírame... mis hormonas están locas y mírala... está fresca como una lechuga... no es justo...

- Es que los Anderson damos guerra desde el principio – bromeó Jack que se ganó un pellizco de su mujer – ¡Au! Era broma... estás preciosa siempre... cuando vomitas, cuando te haces pis... - Le besó la cabeza sin soltarla – Eres preciosa...

Lola observó embobada el intercambio cariñoso y, por sorpresa, se vio rodeada por los brazos de Héctor que, con su típico gruñido neandertal, la apartó de Carlos. Se emocionó al comprobar que ya tenía lo que tanto había anhelado durante las horas que convivió con la bonita pareja que formaban Helena y Jack.

- Mi vida... - Héctor le habló al oído - ¿Estás cansada? ¿Te duele la cabeza? ¿El brazo? Podemos irnos cuando quieras...

Lola negó con la cabeza refugiándose en su abrazo.

- Estoy bien. Me gustaría quedarme un poquito más... ¿Podemos?

- Podemos hacer lo que tú quieras mi amor...

- Aún quiero hablar con Isabel de lo de la peluquería, me gustaría que me acompañases, luego quiero pedirle a Carlos que empiece a preparar los papeles cuanto antes.

- Claro que sí. Mira – Héctor le señaló a su empleada – Ahora está sola, vamos allá. Vamos a darle la noticia.

Isabel aún tenía la boca abierta de par en par cuando Lola acabó de formular su propuesta.

- Entonces ¿Qué me dices, Isabel? ¿Te parece bien?

- Eh.... Lola... no sé que decirte...

- Comprendo que tal vez tus aspiraciones fuesen otras, entiendo que tuvieses la ilusión de abrir tu propio centro pero creo... - Lola no pudo seguir hablando porque Isabel comenzó a explicarse.

- No... no... A mi edad ya no aspiraba a nada más que a mantener el trabajo en un sitio en el que estuviese a gusto... Sólo que me has sorprendido con tu propuesta... ¿Lo has pensado bien? Porque a todo son beneficios para mí.

- Lo he pensado mucho. Isabel, te has hecho cargo del negocio durante las últimas semanas. Nadie ha notado mi ausencia, por raro que pueda parecer, considero que eso es algo bueno para el negocio. Además, aunque te he gratificado en la nómina, considero que no es suficiente para toda la responsabilidad que has asumido. Mi futuro se presenta complicado, tú mejor que nadie sabes lo que significa criar a un hijo y más si, como es mi caso, son dos juntos. Quiero seguir trabajando mientras el embarazo me deje y luego reincorporarme en cuanto pueda pero no quiero explotarte a tí, me tranquiliza saber que vamos a compartir la carga de gestionar la peluquería. Que seas mi socia me hará la vida más fácil, aunque siga preocupándome por todo, no será lo mismo. Confío en tí y sé que no me arrepentiré de haberte hecho esta propuesta.

- Me halagan tus palabras Lola... pero... me parece increíble que quieras cederme la mitad de tu negocio sin que yo tenga que invertir ni un euro para convertirme en tu socia.

- El dinero no lo es todo para mí. La vida va cambiando y lo que en un principio era mi proyecto vital ha pasado a un segundo plano. Además te lo mereces y quiero tenerte a mi lado. No me dejes más con la intriga... - Le rogó Lola – dime que aceptas por favor...

- Acepto. Sería idiota si no lo hiciese – Isabel se encogió de hombros con una gran sonrisa – Óscar va a alucinar.

- Pues dame un abrazo y cerremos el trato. Le diré a Carlos que prepare los papeles. Supongo que esta semana quedará todo listo.

Se fundieron en un largo abrazo sin que ninguno de los presentes se imaginase la conversación que ambas mujeres acababan de mantener. Óscar las miraba complacido de que su mujer hubiese encontrado en Lola a la jefa perfecta y sonrió cuando su mujer se acercó a él con una sonrisa radiante. Se agachó para escuchar lo que Isabel quería decirle y cuando se levantó, sus ojos se dirigieron inmediatamente a Lola y a Héctor que los contemplaban entrelazados en un

abrazo. Alzó las cejas desconcertado, no sabía qué podía decir. Héctor se compadeció de él y alzando el pulgar vocalizó un “gracias por todo”. Óscar se limitó a asentir realmente sorprendido de la calidad humana de aquella pareja, recordó cuando semanas atrás, había entrado en la peluquería dispuesto a cantarle las cuarenta a Lola. ¡Las vueltas que daba la vida! Ahora sólo pensaba en celebrarlo con su mujer, para ellos, era como si les hubiese tocado la lotería.

Héctor salió de la ducha esperando encontrarse a Lola ya dormida en la cama. Había sido un día largo y agotador, sin embargo, se la encontró sentada en la cama con uno de aquellos camisones concebidos para volver loca a la especie masculina. Esta vez era gris, satén brillante hasta los pies, encaje en el pecho y unos finos tirantes en los hombros, Lola se subía distraídamente uno de ellos que, de cuando en cuando, resbalaba por su brazo. Por Héctor podía dejarlo allí, si Lola no estaba cansada, el otro no tardaría en reunirse con su compañero. Estaba concentrada en el móvil y, de vez en cuando, deslizaba el dedo por la pantalla. No alzó la vista hasta que Héctor se recostó a su lado vestido únicamente con una toalla que le rodeaba la cintura. Casi percibió cómo la piel de Lola se erizaba y como una mirada golosa se instalaba en sus ojos azules. Su miembro reaccionó de inmediato dispuesto para la batalla. Posó la mirada en su fabuloso escote que subía y bajaba agitado. Juraría que los pezones acababan de fruncirse bajo el encaje y sonrió para sí.

- ¿Estás cansada?

- No – Lola negó con la cabeza. Estoy excitada, pensó, el torso húmedo y aquella toalla rodeando sus caderas estaban revolucionando su libido.

- ¿Te duele la cabeza, el brazo?

- Tampoco.

Héctor asintió, si todo iba bien al día siguiente Lola recibiría el alta definitiva. No había vuelto a estar dentro de ella desde aquella tarde en la que se reencontraron de verdad al volver a casa cuando la dejaron salir del hospital. Además de querer ser prudente, la verdad era que las últimas noches Lola había caído rendida al sueño nada más acostarse. Leyendo información sobre el embarazo ya sabía que ese era uno de los síntomas del primer trimestre de embarazo. En cambio ahora Lola parecía muy espabilada, tal vez aún corriera por sus venas toda la adrenalina por las emociones que había provocado la comida con sus amigos. Con el dedo índice acarició ligeramente su brazo desde la muñeca hasta el hombro, allí enganchó su dedo al tirante del camisón y lo

ayudó a descender sin descubrir el pecho del todo. Levantó al mirada y la vio contener la respiración con los labios entreabiertos. Decidió pulsar su estado de ánimo al respecto.

- Te deseo.

Aquellas palabras hicieron que la braguita de satén gris a juego con su camisón se empapase. Llevaba un par de días sin sentir a Héctor y ella también lo deseaba, Tenía la piel erizada y el roce de su dedo en el brazo había provocado que sus pezones intentasen salir del encaje del camisón provocándole un dolor placentero. Sabía que Héctor buscaba su consentimiento, no dudaba de su excitación ya que la toalla evidenciaba su erección completa. Se sintió osada e introdujo un dedo entre la toalla y el abdomen de su futuro marido, sonrió cuando sintió como todos los músculos se contraían al contacto y se le ponía la piel de gallina. Lo miró a los ojos al tiempo que con el dedo deshacía la sujeción de la toalla y dejaba al descubierto el apetitoso cuerpo tendido a su lado. Acarició el vello en sus pectorales y de nuevo se maravilló con su tacto. Volvió a mirarlo a los ojos.

- Yo también te deseo. Mucho – Quiso recalcar mientras ella misma liberaba a sus pezones de la prisión del encaje que comenzaba a torturarla.

- Mi vida...

Héctor contempló embobado a Lola, la vio liberar sus pechos de manera delicada para a continuación recostarse muy despacio sobre los cojines de la cama. Claramente se estaba ofreciendo para que él la disfrutase. Héctor no se negó el placer de contemplarla ni le negó el placer de acariciar muy suavemente sus pezones al tiempo que descendía para tomar posesión de la boca de Lola que ya lo esperaba entreabierta. Sus lenguas se tocaron antes que sus labios y eso casi los hace estallar, ahogaron un gemido al mismo tiempo y Héctor sintió como Lola elevaba sus caderas del colchón buscando alivio. Los pezones estaban más sensibles de lo habitual y Héctor pensó en que podía hacer que Lola se corriese sólo con acariciárselos ya que no dejaba de menarse inquieta bajo sus manos, sin embargo, quería que se corriera con él dentro. Su neandertal consideraba que aún no había recuperado todo el tiempo perdido y reclamaba a su mujer de la manera más bárbara posible. Era suya y debía marcarla una y otra vez. No necesitaban muchos más preliminares así que se limitó a tirar de su camisón hasta dejarla vestida únicamente con aquella diminutas braguitas, No perdió el tiempo y se colocó entre sus rodillas, casi se corre al ver la humedad que empapaba aquel

tejido gris y con delicadeza las asió las diminutas braguitas y se las bajó muy lentamente ascendiendo por los muslos para luego descender por las rodillas en una caricia embriagadora para ambos. Primero le alzó un tobillo y luego el otro para descartarlas junto con el camisón en el suelo de la habitación. Muy suavemente posó el dedo índice y el corazón en el centro de su ser y sus dedos se calentaron con aquella humedad resbaladiza, comprobó que la respiración de Lola era acelerada y que su vientre subía y bajaba agitado. Se llevó ambos dedos a la boca y saboreó el sabor salado que iba a acompañarlo todas las noches de su vida desde aquel mismo instante. Su erección no podía con más estímulos y, ya goteante, la guió a la entrada de su refugio. Se introdujo muy lentamente sintiendo como Lola se iba adaptando poco a poco a su tamaño permitiéndole abrirse camino todo lo profundo que quería llegar, hasta el final, hasta que se sintiese llena de él.

Lola sentía que Héctor nunca había estado tan dentro de ella, se sabía empapada y la sola penetración casi acaba con su cordura. Héctor se limitaba a estar sobre ella, sostenido por las palmas de las manos que tenía colocadas a la altura de sus hombros. Parecía un guerrero preparándose para la batalla. Todos los músculos en tensión, el cuerpo brillante por el sudor y la mandíbula apretada por el esfuerzo de contenerse para no moverse bruscamente dentro de ella. Lola sabía todo eso. Sabía que Héctor deseaba tomarla como un bárbaro pero no lo haría, sería tierno y delicado y no merecía esa tortura. Así que acarició sus antebrazos y mirándole a los ojos le rogó.

- Por favor... hazme el amor.

El cerebro de Héctor apenas pudo procesar aquellas palabras. Todos sus esfuerzos estaban destinados a sujetar al neandertal que amenazaba con desbocarse y el ruego de Lola le permitió aliviar la tensión a la que estaba sometido, no quería ser brusco, quería ser delicado e imprimió a sus embestidas un ritmo dolorosamente lento, no solo para él sino también para Lola que se retorció desesperada bajo él.

Lola tenía la sensación de que Héctor llevaba horas acariciando su interior con aquel ritmo pausado, lento, que le hacía que todos sus nervios se erizasen con cada acometida. Con cada penetración le parecía que a la siguiente conseguiría por fin su liberación. Pero no era así, sólo sentía el mismo placer sordo que seguía enrosándose más y más. Lola se movía intentando encontrar una mayor fricción que le permitiese dar salida a su placer. Era inútil, Héctor dominaba

desde su posición todos los movimientos y prolongaba una y otra vez el placer que en forma de pequeños escalofríos viajaba por todo su cuerpo. La tensión no sólo estaba acabando con ella, todos los músculos de Héctor se marcaban a lo largo de su torso y de sus brazos, sus pupilas estaban tan dilatadas que parecían dos pozos negros y había comenzado a gemir con cada una de sus lentas penetraciones. Lola no podía soportarlo más, pero el orgasmo huía de nuevo, se le escapaba entre los dedos.

- No puedo más Héctor...

Héctor la miró, las mejillas sonrosadas, la respiración entrecortada, los pequeños escalofríos de placer que la recorrían y que no eran suficientes para liberar su orgasmo. Estaba preciosa pero tenía razón, él tampoco podía aguantar más la tensión. Los testículos le dolían, estaban tensos, su miembro ardía dentro del calor de Lola y sabía cómo ponerle fin. Sin variar el ritmo siguió embistiendo a Lola y se incorporó ligeramente para acariciar el vientre de Lola, al contacto, ésta despegó las caderas del colchón y Héctor aprovechó para que su pulgar viajase directamente a su clítoris, allí se posó y lo masajeó con movimientos circulares que seguían el ritmo de las penetraciones. Apenas unos segundos después Lola fue catapultada a una dimensión paralela en la que dejó de ver y de oír para sólo sentir una gran descarga que parecía que no iba a terminar nunca.

La imagen de Lola desbordada por el placer, saberse el causante de aquella explosión y el calor abrasador que los músculos contraídos de Lola transmitían a su miembro pudo con él. Rugió con cada una de las interminables descargas. Los brazos le temblaban por el esfuerzo de aguantar todo su peso para no derrumbarse encima de Lola como era habitual. Le encantaba recibir sus besos en el hombro cuando los dos estaban relajados y saciados pero el pánico a dañar a los bebés con su peso le hacía renunciar a ese placer. Cuando sus brazos amenazaron con ceder Héctor salió de Lola y se tumbó a su lado arrastrándola con él, posó la mano en su vientre como tantas veces había hecho durante el tiempo que jugaron a la ruleta de un posible embarazo y, cómo todas esas veces, Lola tembló con el contacto. La miró y comprobó que tenía los ojos cerrados, la besó en la sien.

- Te quiero mi vida.

Lola abrió los ojos y le sonrió perezosa. No sabía si había sido por los días sin hacer el amor o por las hormonas desbocadas pero el placer había sido increíblemente intenso. Nunca antes había sentido algo así, ni tan siquiera con

Héctor, quien sabía pulsar todas y cada una de sus teclas para hacer que cada vez fuese mejor que la anterior.

- Ha sido mágico. Te quiero cariño.

- ¿Sólo mágico? - Héctor fingió decepción cuando en realidad su ego acababa de romper el techo de la habitación – Ha sido fascinante, maravilloso, extraordinario, estupendo y fantástico... todo eso al mismo tiempo.

- Pues eso – Lola soltó una carcajada ante la elocuencia de Héctor y a continuación un enorme bostezo manifestó su placentero agotamiento postcoital.

Héctor se levantó como un resorte al escuchar a Lola bostezar. La izó en brazos y la sostuvo mientras apartaba los cojines y las sábanas para depositarla de nuevo en la cama y tajarla con ternura.

- Suficiente. Necesitas descansar. Necesitáis descansar. Los tres.

Lola le tendió las manos mimosa.

- No te vayas, acuéstate conmigo.

- No pensaba irme a ningún sitio – Héctor se apresuró a tenderse a su lado y a envolverla en su abrazo. Lola ahora parecía más cómoda durmiendo de costado y a él le encantaba colocar su mano abarcando su vientre. Antes de que se durmiese debía de darle un par de noticias sobre las gestiones que había hecho en los días anteriores - ¿Puedes prestarme atención un minuto?

- Claro que sí – Lola acariciaba distraídamente el dorso de la mano que Héctor tenía en su vientre.

- He decidido que voy a encargarme de organizar la boda yo solo con la ayuda de Ruth. Quiero que descanses y no estés pendientes de todos los detalles. Quiero que ese día sólo te preocupes de disfrutar. ¿Te parece bien?

Lola meditó bien su respuesta. Ella quería casarse con Héctor y le daba igual el cómo. Por otro lado le parecía injusto cargarle a él con todo lo que suponía organizar una boda. Por pequeña que fuera, y la suya lo sería, siempre había muchos detalles que había que tener en cuenta. Por otro lado, confiaba plenamente en Ruth, lo que no confiaba tanto era en que Héctor no se gastase un dineral en el día en cuestión. Ella ya había tenido una boda así, con organizadora de bodas y toda la parafernalia y no quería que esta boda se pareciese en nada a aquel fastuoso evento.

- Prométeme que haremos algo sencillo por favor...

- Claro que sí, ya lo hemos hablado. Los dos lo queremos así.

- Sí... - Lola dudaba - ¿Estás seguro de querer bregar con todos los preparativos?

Héctor comenzaba a percibir las dudas de Lola, estaba seguro de que estaba valorando la cuestión económica y no quería que su pensamiento se dirigiese al tema del dinero de nuevo, así que, cambio de estrategia y le dio la vuelta a su argumento.

- ¿Estás tú segura de que confías lo suficiente en mí como para organizar el día en el que, por fin, vas a ser completamente mía? Porque déjame decirte que nada me hace más ilusión que sorprenderte ese día – Recalcó – Me hará feliz hacerte feliz ese día.

¿Qué mujer enamorada y en su sano juicio podía encontrar algún argumento de peso en contra de semejante declaración? Ninguna. Lola no conocía a ninguna y después de todo lo sucedido, de cómo lo había hecho sentir con su ataque de pánico no tenía corazón para negarle nada. Héctor daba mucho y pedía muy poco. Así que no cabía otra respuesta.

- Confío en tí desde la noche en que nos conocimos en el Rigoletto, confié en tí durante todo lo que pasamos con el problema de Helena, confié en tí cuando decidí que podía volver a ser una mujer completa contigo y, cariño, confío en tí para que organices nuestra boda. Te quiero y si eso te hace feliz, yo soy feliz.

¡Gracias a Dios! Pensó Héctor. La capitulación había sido rápida. La besó con dulzura en los labios y le anunció las primeras dos sorpresas.

- Gracias mi vida. Ya he comenzado con algún preparativo. Nos casaremos exactamente en cuatro semanas, el catorce de junio, en Toledo y será una ceremonia religiosa a media tarde. Celebraremos una pequeña fiesta en el Palacio de Buenavista, nuestro hotel ¿recuerdas?. Este viernes tienes una cita con Ruth en su boutique para elegir tu vestido de novia y, mi amor..., por favor, elige con el corazón, elige el vestido que quieras. Sé que estarás preciosa con todos los vestidos que Ruth te enseñe, pero odiaría pensar que haces tu elección por cualquier otro motivo que no sea el de brillar en tu día.

Héctor no pudo ver el rostro de Lola durante su pequeño discurso, además, se había mantenido en silencio sin protestar ni hacer ninguna otra consideración. Apoyó el codo en la almohada y se incorporó. Entonces la vio, totalmente



emocionada y con el rostro bañado en lágrimas silenciosas. ¡Joder! Temió haberla cagado al tomar todas esas decisiones sin contar con ella.

- Mi vida... no llores... podemos cambiar todo lo que quieras ¡Joder! Incluso podemos casarnos en vaqueros si tu quieres... lo que sea con tal de que dejes de llorar... no lo soporto Lola.

Lola se giró para enfrentarlo y se limpió las mejillas con el dorso de la mano.

- Lloro porque no sé de dónde has sacado el tiempo para hacer todo eso. Has estado pegado a mí todos estos días. Apenas hace una semana estabas en Londres y no sé cómo te las has arreglado para planificar la boda que soñé desde niña. En Toledo, en primavera, por la tarde y en el hotel más bonito de la ciudad.

Héctor suspiró aliviado y repartió tiernos besos por todas sus mejillas saladas. Era el momento de confesar.

- Comencé a prepararlo todo cuando supe que ibas a verme a Londres. No estaba seguro de que pudieses aceptarme de nuevo pero, en el fondo de mi corazón, creo que sabía que nos pertenecemos por encima de todas las cosas – Le acarició el cabello mientras seguía hablando – Hice algunas llamadas y comencé a reservar la fecha, el hotel... - Ahora venía la pequeña mentirijilla, pero iba a compensarle el ver su cara cuando su padre la condujese al altar – Nos casaremos en aquella iglesia en la que entramos en nuestra visita a Toledo, me pareció lo apropiado.

Lola acarició su mejilla y lo besó en los labios.

- Es perfecto Héctor. No puedo decir más. Ya lo sabía en el hospital, pero el hecho de que hayas hecho todo eso antes de saber que estaba embarazada significa mucho para mí.

- Lo sé – Héctor le acarició la punta de la nariz – Lo entiendo. Te quiero a tí Lola. Los bebés han venido antes de lo que esperaba pero es contigo con quien quiero estar, ellos nos sumarán pero tu y yo ya estamos completos juntos. En cuanto al vestido...

Lola soltó una carcajada, debía demostrarle a Héctor que aquella etapa había quedado atrás.

- Elegiré el vestido que me haga sentir la novia más guapa del mundo. Lo prometo – Levantó la mano para enfatizar sus palabras.

- Ya vas a ser la novia más guapa del mundo – La reprendió Héctor con una

sonrisa. Sólo quedaba una última cosa – También he de decirte que después de volver de Toledo ya no volveremos al ático.

-¿No? - El corazón de Lola comenzó a latir acelerado al recordar las palabras de Héctor acerca de que aquella casa no era la adecuada para sus hijos y supo lo que iba a decirle antes de que las palabras saliesen de su boca.

- He comprado una casa en la urbanización donde vive Jack. Está unas fincas más separada de la de ellos. Imaginé que te gustaría estar cerca de Helena. Mañana la verás. Es una edificación nueva que está lista para habitarse. Le he pedido al decorador de mis locales que nos presente sus ideas. Nos reuniremos con él allí y se pondrá a trabajar en cuanto le demos el visto bueno. Se ha comprometido a tener todo listo en un corto plazo de tiempo.

Ahora sí que Lola había enmudecido. No estaba segura de no estar viviendo un sueño del que tarde o temprano iba a despertarse porque nunca había sentido tanta felicidad de golpe. El asunto de la inversión en la casa le producía un leve pánico pero, siguiendo las indicaciones del doctor, pudo controlarlo para poder responderle de manera adecuada.

- Has decidido darme mucho más de lo que buscaba, mucho más de lo que soñaba y mucho más de lo que esperaba obtener tras todos mis problemas.

- Te dije aquella noche que iba a darte todo lo que necesitabas, que iba a ser yo el que iba a hacer que te sintieses como una princesa, como mi princesa y espero estar en el camino correcto.

- Lo estás cariño, mucho más Héctor... mucho más que volver a ser.

Esas palabras quedaron flotando entre los dos con todo el peso de su significado. Héctor supo el momento exacto en que Lola se quedó dormida porque los dedos que acariciaban rítmicamente la mano apoyada en su vientre cayeron sin fuerzas al colchón y su respiración se volvió suave y profunda. Una sensación de paz lo envolvió, agradecido de que las predicciones de Jack sobre una discusión acerca de la casa no se hubiesen cumplido. Suspiró satisfecho. Todo comenzaba a encajar con facilidad tras unir las piezas sueltas que habían hecho que su rompecabezas vital estuviese incompleto hasta aquella lejana noche en el Rigoletto.

## CAPITULO 35

*“Sonrío como una flor, no sólo con mis labios, sino con todo mi ser.”*

*Rumi*

Pocas veces Héctor había estado tan nervioso como aquella tarde. A las cinco había quedado con Rubén, el decorador de interiores, quien llevaba ya una semana trabajando en el proyecto para su nuevo hogar. Había recogido a Lola a las tres y media y se dirigían en coche hasta la urbanización. Ambos iban en silencio. Héctor no sabía decir si Lola estaba nerviosa y tampoco se atrevía a preguntarlo. Aún no se había acostumbrado del todo a que la nueva Lola no sufriese aquellos ataques de pánico o de ansiedad que habían comenzado a ser frecuentes desde el inicio de su convivencia. De hecho, no las tenía todas consigo de que la visita transcurriese sin ningún contratiempo. Abrió el portallón y condujo el coche por el sendero que transcurría hasta el porche de su nueva casa. Apagó el motor y descendió del vehículo. Se detuvo unos instantes para tomar aire e intentar relajarse ya que había comprobado que la mano le temblaba ligeramente y el corazón le latía errático. Finalmente, algo más dueño de sí mismo, le abrió la puerta del coche y la tomó de la mano para ayudarla a descender. Por un momento tuvo la tentación de cogerla en brazos y atravesar con ella el umbral pero enseguida descartó la idea, si Lola estaba nerviosa aquello no iba a contribuir precisamente a tranquilizarla, además, en pocas semanas podría hacerlo ya con todas las de la ley, para entonces Lola ya sería su esposa. El silencio siguió acompañándolos mientras la conducía hasta la entrada. Héctor habló y habló durante todo el recorrido, sin embargo, Lola seguía sin pronunciar palabra y se limitaba a asentir con la cabeza. ¡Esto va como el puto culo! Se lamentó cuando, tras enseñarle la última estancia, la condujo de nuevo a la cocina, el punto donde habían iniciado su recorrido. Al llegar, le soltó la mano y se apoyó en la encimera cruzando los brazos por encima del pecho. Héctor sabía que su cara no disimulaba ni un ápice su contrariedad y su mente había comenzado a buscar alternativas a esa casa que seguía pareciéndole perfecta para él y su familia. A pesar de todo, aún teniendo casi segura la respuesta, debía formularle la pregunta. Sólo esperaba no alterarse durante la pequeña batalla que esperaba librar con su futura esposa.

Lola aún estaba intentando asimilar que todo lo que acababa de ver era suyo. Si alguna vez alguien le hubiese preguntado cuál era su casa ideal ella hubiese imaginado una vivienda muy parecida a la que acababa de recorrer. Héctor le había explicado que la casa era una nueva construcción en la que nadie había habitado. La finca rondaba los mil doscientos metros cuadrados, la casa tenía trescientos metros cuadrados distribuidos en una única planta por lo que todas y cada una de las estancias gozaban del privilegio de tener luz natural y contaban con vistas al jardín. A un lado del recibidor se encontraba la cocina, era muy funcional, con un estilo nórdico que a Lola le gustaba porque aunaba la simplicidad del ambiente con la evidente calidad de los electrodomésticos de tipo industrial que habían escogido. La ubicación del fregadero le entusiasmó ya que estaba situado bajo una de las ventanas que daba al jardín, lo que convertiría en todo un placer la tediosa tarea de fregar los platos. Los suelos eran de gres y, a pesar de estar deshabitada, no se sentía el frío helador que solían desprender las viviendas vacías, claro que Héctor le había explicado que tanto la fachada como la carpintería de aluminio de las ventanas contaban con un aislamiento térmico de la mejor calidad. Al lado de la cocina se encontraba un amplio espacio destinado a ser un salón comedor formal y justo al lado de éste otra pequeña estancia era la adecuada para una salita de uso diario y más familiar. El estudio de Héctor era la última habitación de aquella zona y, al igual que las tres anteriores, contaba con una salida directa al gran porche cubierto en el que, sin duda, instalarían unos bonitos muebles de terraza que conformarían un salón destinado a usarse cuando la temperatura fuese agradable. Separando las dos alas, habían ubicado un pequeño baño de cortesía y el baño principal de la vivienda, que, curiosamente, era muy similar al del ático y que le hizo recordar la promesa que Héctor le había hecho en su día ya que, además de la gran ducha, el baño contaba con una enorme bañera. El otro ala era la parte privada de la casa donde se situaba el dormitorio principal que contaba con un baño, esta vez con jacuzzi, y con un vestidor tipo suite. Había otras tres estancias y se emocionó cuando Héctor le indicó cuál pensaba él que era la más adecuada para ubicar a los bebés mientras aún fuesen pequeños. Lola estaba de acuerdo pero no fue capaz de decir nada. Héctor también le había explicado que toda la casa contaba con suelo radiante bajo la tarima color roble y el gres de baños y cocina por lo que sería una delicia poder caminar con calcetines por toda la casa cuando llegase el invierno. Toda la vivienda contaba con un falso techo plagado de halógenos y luces tipo led de tal manera que podrían iluminar cada estancia según las necesidades que tuviesen en cada momento. La sensación general que

le transmitía la casa era la de una energía latente, positiva, luminosa. Era como si quisiese mostrales su mejor cara deseando ser habitada. A través de las ventanas Héctor le fue explicando las particularidades del jardín, la piscina y el bonito cenador. En todo el recorrido mantuvo el contacto con ella y no la soltó de la mano en ningún momento. Intimidada e impresionada a partes iguales Lola supo que Héctor daba por finalizado el tour cuando, ya en silencio, la condujo de nuevo hasta la cocina, allí la soltó de la mano y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados. Su gesto era serio y preocupado, Lola sabía que era culpa suya. No había sido capaz de pronunciar ni un mísero ¡Oh! mientras Héctor se afanaba por explicarle cada detalle de cada estancia. Con sólo imaginar las cunas en la habitación destinada a sus bebés se le había formado un nudo en la garganta que aún no estaba controlado. Además de ello, las conocidas sensaciones que precedían a una de sus crisis habían comenzado a asaltarla nada más traspasar el umbral y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas y de todas las técnicas aprendidas para mantenerlas a raya e impedir que la dominasen. Finalmente lo había conseguido pero el precio no había sido agradable de pagar. Héctor no lo merecía. Lola era consciente de que probablemente lo que su futuro marido estuviese percibiendo con su actitud era una total falta de interés, cuando no su descontento con todo aquello que estaba destinado a convertirse en su nuevo hogar y en el punto de partida de su vida tras su volver a ser. Se acercó muy lentamente a él con la intención de explicarse lo mejor que pudiera pero, como siempre, Héctor se anticipó.

- De verdad que había imaginado que era el hogar perfecto para nosotros.

El tono de Héctor era agrio y a Lola le dolió el corazón escucharlo, abrió la boca para intervenir pero no tuvo oportunidad,

- No. No pasa nada Lola. Tal vez debiera haber buscado más. Elegí esta casa por muchos motivos, el primero de ellos es la cercanía a la casa de Helena, pensé que te gustaría estar cerca de ella. Sabía que los niños llegarían en cualquier momento y me gustó que esta casa fuese de planta baja, la seguridad es lo primero y niños y escaleras no era una combinación que me tranquilizase. También me pareció perfecto que no fuese necesario hacer ningún tipo de obra, la cocina y los acabados de la casa en general son bastante asépticos y la decoración posterior le daría el estilo que nosotros quisiésemos. Luego está el jardín, no es tan grande como el de Jack, pero me parecía suficiente. Habría sitio de sobra para, llegado el momento, habilitar una zona de juegos infantiles, la piscina no era exagerada y ya tenía instaladas las vallas protectoras. El cenador

de obra era perfecto para cuando llegase la primavera y pudiésemos pasar más tiempo fuera de casa, el hecho de que se pudiese acceder a él desde la cocina era un plus para no tener que recorrer grandes distancias con platos, bebidas y todo lo demás. Te juro que pude imaginar las fiestas que haríamos en verano con esa enorme barbacoa que, afortunadamente, está instalada en la esquina más alejada de la casa para que los humos y el olor no nos molestasen.... En definitiva, nos vi aquí, a tí, a mí y a lo que entonces aún no sabía que ya estaba creciendo en tí. Parece que me equivoqué. Lola, lo siento mucho...

Lola no podía soportar la amargura y el dolor que traslucían todas las palabras de Héctor ni mucho menos el saberse culpable de su disgusto. Se había quedado muda mientras batallaba consigo misma utilizando todas las herramientas que tenía a su alcance para que el pasado se quedase donde tenía que estar, en el pasado. Estaba orgullosa de haberlo conseguido pero no tenía ni la más remota idea de cómo iba a ser capaz de transmitirle a Héctor lo que le había sucedido. El nudo en la garganta ascendió y llenó sus ojos de lágrimas impotentes. No pudo detenerlas todas y alguna se le escapó. La nariz se le taponó, furiosa y frustrada se las intentó secar con cierta brusquedad consiguiendo hacerse daño cuando con su mano frotó la magulladura que todavía tenía en el rostro. No tardó ni un segundo en verse encerrada en los brazos de Héctor.

- Shh... no llores – Héctor no sabía con exactitud lo que estaba pasando por dentro de Lola pero se parecía sospechosamente a alguno de los episodios ya vividos y, por un momento, se le cayó el alma a los pies con la pena de volver a ver tan afectada a Lola – Mi vida, sólo es una casa, buscaremos otra, no hay prisa. Haremos lo que sea, pero por favor... deja de llorar, no lo soporto.

Lola necesitaba el abrazo, el contacto físico la calmó y el aroma de Héctor volvió a hacer maravillas con sus sentidos. Héctor tenía las manos entrelazadas a su espalda y la miraba triste y expectante al mismo tiempo. Por fin pudo hablar, había guardado silencio desde que Héctor la recogiera en el ático y las palabras retenidas salieron como balas de un rifle de repetición, a toda velocidad y sin esperar respuesta.

- No es sólo una casa. Es nuestra casa. No sólo me gusta. Es perfecta. Haces magia Héctor, ¿Cómo has podido encontrar una casa que parece diseñada pensando en mis gustos? Nunca pensé que podía vivir en un sitio así, yo.... Soy sólo Lola... de La pelu de Lola ¿Entiendes? Y esta casa es... bueno..., todo eso que has dicho, cómo has pensado en todo... Yo... te quiero por quererme en tu

vida cariño. Creo que nunca te lo he dicho y ojalá por lo menos, haya podido hacértelo sentir, Héctor, lo eres todo para mí, eres mi vida y, aun así, estas palabras no alcanzan... no sé decirlo de otra manera.

Héctor se había quedado boquiabierto desde que Lola había empezado hablar. ¿Cómo cojones podía haberla juzgado tan mal? ¿Dónde estaba su puta facultad de leer a su mujer en todo momento? ¡Joder! Era cierto, Lola nunca había verbalizado su entrega como lo había hecho ahora y el neandertal de su interior que había comenzado a demoler aquella maldita cueva estaba ahora apuntalando una valla blanca con su ego por la nubes. Se desinfló rememorando las últimas palabras de Lola y la entendió a la perfección porque a él tampoco le alcanzaba su vocabulario para definir lo que ellos tenían.

- Mi amor... Me pasa lo mismo que a tí. Simplemente no hay palabras... Lola... deja que te bese por primera vez en nuestro nuevo hogar. Prometo hacer todo lo posible para que seamos muy felices aquí.

Héctor la sostuvo por sus mejillas muy suavemente para no lastimarla y se besaron, con los labios y con el corazón, alimentaron sus almas con un beso que sólo buscaba amar. A pesar de ello, la tela de los livianos pantalones del traje que Héctor se había visto obligado a vestir por las reuniones de trabajo de aquella mañana, no pudo contener la inevitable erección que ya estaba empujado el vientre de Lola.

- Suficiente – le dijo mientras apoyaba su frente en la suya – No voy a hacerte el amor en esta casa hasta que seas mi mujer en todos los sentidos posibles.

Lola esbozó una temblorosa sonrisa consciente de que la temida crisis había sido superada antes de que estallase. Como siempre, Héctor no se daba por satisfecho respecto a ella y su siguiente pregunta se lo confirmó.

- Lola ¿Qué es exactamente lo que te ha pasado? - Héctor no quería quedarse con la duda y le advirtió – Te prometo que como me respondas que nada te voy a poner el culo como un tomate.

Ahora sí podía hacer frente a esa pregunta.

- Desde que me recogiste en el ático, una especie de desasosiego se fue apoderando de mí. Supongo fue debido a la incertidumbre por lo que me iba a encontrar junto con un, no voy a engañarte con esto, un ligero ataque de pánico por pensar en esta propiedad como nuestra, de los dos. Entonces, cuando comenzaste a hablar y a enseñarme la casa yo..., es decir, me quedé callada

porque todo era tan perfecto que el hecho de que me estuviera pasando a mí no podía ser real. Tuve que luchar a brazo partido por contener esos malos pensamientos porque eran como los de antes. Tuve que respirar, destensar, repetir mis objetivos una y otra vez y por eso no podía hablar, no podía estropearlo. Aun así – Lola hizo una mueca – supe que lo había estropeado cuando en la cocina te separaste de mí y diste por sentado que despreciaba este maravilloso regalo. Yo también estaba imaginando lo felices que íbamos a ser aquí pero me sentí impotente por no saber cómo decírtelo.

- Lo siento – Héctor estaba consternado – No tenía ni idea Lola, no me di cuenta.

- No importa ... de verdad Héctor, no te tortures... Estoy bien, pero se ve que aún tengo que pensar en gestionar ciertas emociones, a veces no me salen todo lo libres que debieran.

- Yo estaré contigo para dejarlo todo atrás. Sabes que seguiremos viendo al doctor todo el tiempo que necesites. Esta vez no hay condiciones Lola, nada va a apartarme ya de tu lado. Esta nueva etapa no es sólo cosa tuya, es cosa nuestra.

- Gracias – Le respondió Lola emocionada.

- No. Gracias a tí por decirme todo eso, tú también eres mi vida, lo sabes, te lo digo a diario, es mucho más que un apelativo cariñoso, es la verdad. Mi vida.

Estuvieron un buen rato abrazados en silencio hasta que llegó Rubén y tras una larga reunión en la que Lola había visto más tejidos, muebles y colores que en toda su vida anterior, por fin decidieron cuál era la línea de trabajo que el decorador había de seguir, además, para su satisfacción, obtuvieron la garantía de que todo estaría listo en cuatro semanas, al fin y al cabo, la decoración elegida era sencilla, funcional y muy alejada del lujo exclusivo al que, al parecer, otros clientes lo tenían acostumbrado.

Una vez Lola tuvo el alta definitiva se incorporó de nuevo al trabajo en la peluquería. Isabel le propuso que trabajase sólo por las mañanas. Por la experiencia con sus embarazos le recomendó que no se excediese con las horas que pasaba de pie ni con las incómodas posturas que requería su profesión.

- Tu espalda y tus brazos lo agradecerán. Si empiezas a tope, enseguida vas a tener que coger la baja y, salvo que sea esa tu intención, te aconsejo ir poco a poco y no fatigarte.

- No quiero coger la baja pronto. Héctor se pensará que estoy enferma y me



pondrá entre algodones, quiero estar activa todo el tiempo que pueda.

- Entonces me harás caso. Yo ya he pasado por esto y además – Isabel agitó su dedo índice para enfatizar su advertencia – olvídate de manejar los tintes y los químicos, ni siquiera con guantes. No quiero que asumas ningún riesgo, desde ya eso es cosa mía.

Lola no había pensado en eso pero, como en muchas otra cosas, Isabel llevaba razón. ¡Qué suerte había tenido al contratarla y de que hubiese aceptado convertirse en su socia! El que Lola redujese su actividad iba a cargar a Isabel de trabajo, así que le hizo una sugerencia.

- De acuerdo. Tienes razón. No quiero asumir riesgos, éste ya es un embarazo de alto riesgo por sí mismo y va a ser necesario que contratemos a alguien más, en principio a media jornada y cuando yo no pueda venir lo transformaremos en un contrato a jornada completa.

- Me parece bien. Además así tendrá tiempo de conocer el ritmo de la peluquería y las preferencias de los clientes. ¿Pondrás un cartel en la ventana como cuando vine yo?

- Pues supongo que sí. No conozco a nadie, sin embargo me gustaría contratar a alguien con experiencia como tú. Tal vez más adelante podríamos contratar algún aprendiz pero, dadas las circunstancias, no tenemos tiempo de enseñar a nadie desde cero.

- Estoy de acuerdo – Isabel tenía una sugerencia, tal vez fuese osado por su parte pero ahora que iba a convertirse en socia debía de mirar aún más por el bien del negocio - ¿Quieres que sea una mujer o puede ser un hombre?

- Pues la verdad, eso no me lo había planteado, supongo que es indiferente ¿Para tí es importante que sea mujer?

- No, no. Todo lo contrario. Ya sabes que en mi anterior trabajo no quisieron contar conmigo tras la enfermedad de mi padre, pues bien, ahora han despedido a mi compañero de muchos años, se llama Iván y es buenísimo, no me duelen prendas en reconocer que es mucho mejor profesional que yo. Podría aportarnos mucho.

- Pues no se diga más. Si tu lo avalas yo ya ni lo pienso. Así nos ahorramos el cartel y todo el proceso engorroso de hacer una selección. De hecho, estoy pensando en que incluso podemos contratarlo a jornada completa, sé que faltará

mucho, por las revisiones médicas, la semana de la boda... no tiene sentido ahorrarnos unos euros durante unos meses si corremos el riesgo de perder a un profesional como él. ¿Aceptaré las mismas condiciones con las que tú empezaste?

- Besaré el suelo por donde pises. Lo necesita de verdad. Es un buen chico, solo he de advertirte de algo.

-¿De qué? - Lola esperaba que no fuese nada que impidiese la contratación de tan buen partido.

- Iván es gay.

- No veo el problema – Lola no tenía ningún tipo de reparos acerca de la orientación sexual de las personas que tenía a su alrededor.

- Lo imaginaba, sin embargo, me refiero a que es muy gay, que se le nota mucho su amaneramiento, vamos...

- ¿Supone un problema?

- Todo lo contrario. Es muy gay pero no extravagante o vulgar en su forma de vestir. Las clientas lo adoraban, no dudo de que alguna de sus fieles lo siga allá donde vaya.

- Pues no se hable más, que venga cuanto antes y preparemos su documentación al mismo tiempo que Carlos formaliza nuestra sociedad.

La segunda cita importante para Lola en esa semana fue la visita a la boutique de Ruth. Héctor la llevó en coche hasta allí y aparcó en doble fila para ayudarla a bajar y escoltarla hasta la entrada. Allí la sostuvo por los hombros y se agachó para mirarla a los ojos.

- Recuérdalo Lola. Lo que quieras, lo que te guste. No habrá más bodas en tu vida.

Lola asintió y le acarició la mejilla.

- Lo sé. Te lo he prometido y así será, aunque tenga que hacer diez veces los ejercicios para relajarme.

Héctor se preocupó. No quería que Lola estuviese sometida a situaciones estresantes que pudiesen afectar al embarazo y si ésta iba a convertirse en una de esas situaciones tenían un problema.

- Mi amor... si resulta tan difícil para tí podemos buscar otra alternativa.

Era tan dulce y tan tierno, siempre preocupado, siempre pendiente de ella. Lola había pretendido bromear, sin embargo, Héctor aún no esperaba ese tipo de chistes.

- Era una broma Héctor... He cambiado, de verdad, no te niego que hay ocasiones en las que la tensión amenaza con atenazarme como cuando visitamos la casa, pero puedo con ello y, créeme, estoy deseando probarme vestidos de novia. Estarás orgulloso de mí.

- Ya estoy orgulloso de tí. Eres una campeona, una valiente y te quiero mucho.

Se besaron con dulzura hasta que un potente claxon los interrumpió, Héctor se apresuró a introducirla en la tienda y tras un rápido saludo a su prima se apresuró a retirar su coche mal aparcado.

Ruth la recibió con los brazos abiertos. Como siempre, estaba bellísima, esta vez vestía unos vaporosos pantalones palazzo de color rosa fucsia que acompañaba con una ligera blusa de seda blanca sin mangas, completaba su look con unas altísimas sandalias de color plateado. Su preciosa melena pelirroja flotaba suelta sobre sus hombros y aunque pocas pelirrojas se atreviesen con ese tipo de rosa el efecto era espectacular, tal vez no fuese eso sino que era Ruth la que era espectacular. Ella por su parte, previendo una larga jornada de quitar y poner ropa se había decantado por un fresco vestido sin mangas y falda evasé de un color coral que favorecía su tono de piel escasamente bronceado, se había calzado unas cómodas sandalias planas de color negro porque los tacones quedaban ya descartados para estas largas jornadas, tampoco llevaba un gran bolso, esos tendía a cargarlos con cientos de frusilerías que acababan haciendo trizas su espalda, por lo que un simple clutch de rafia negra con apliques multicolor en la parte superior contenía su pequeña cartera, su móvil, unos pañuelos y el labial coral que se había aplicado esa misma mañana. Suficiente para sobrevivir a aquella jornada.

- Lola... déjame abrazarte – Ruth no había visto a Lola desde hacía semanas y, a pesar de que había llamado a diario a Héctor para interesarse por ella tras su atropello, no habían hablado hasta ese momento – Hija mía... estás guapísima... me alegro un montón de que ya te hayan dado el alta. ¡Madre mía! No sé por dónde empezar a felicitarte, la boda, los pequeños... Estoy muy emocionada, por tí, por Héctor... sois la pareja perfecta.

- Gracias – Lola se deshizo del abrazo y le señaló los rasguños y el leve moratón que aún cubría parte de su mejilla – Ya ves... espero que para ese día todo esto haya desaparecido ya.

- Bobadas... seguro que sí – Ruth hizo un gesto de desdén con la mano – Luego te recomendaré una crema regenerante que hace maravillas, pero ahora vamos al tema – Se frotó las manos entusiasmada – Estoy encantada de que vayas a ser la primera novia de mi boutique, me lo he pasado pipa eligiendo vestidos para tí. ¿Estás preparada?

- Lo estoy – dijo Lola con su renovada confianza en sí misma. Estaba preparada para su nueva vida. Tras haber visto la impresionante casa dónde iba a vivir y haber ultimado el nuevo enfoque a su negocio sólo quedaba una cosa, la boda, y tenía la firme intención de complacer a Héctor así que, esbozando una gran sonrisa, le anticipó a la pelirroja que pronto podría llamar familia – Además te prometo que esta vez no habrá ni un sólo drama con los vestidos. He cambiado y tu primo se merece que su novia tenga el mejor aspecto posible.

- Mi primo te adoraría aunque te vistieses con un viejo mandilón de fregar, en todo caso, vas a estar preciosa – Le señaló el camino al probador mientras cerraba la puerta de la boutique por dentro – Vamos a ello, pasa al probador. Esta mañana sólo te atiendo a tí, tengo intención de disfrutar como una enana de la organización de esta boda. Héctor me ha dado carta blanca y no os voy a decepcionar. Más tarde vendrá una buena amiga, es una gran florista y escucharemos lo que nos propone para tu ramo de novia.

Lola se probó por lo menos una docena de vestidos, de tonalidades, cortes y estilos diferentes hasta que hizo su elección, ninguno le había llenado tanto como el último que se probó. Era un vestido de inspiración bohemia de gasa de talle en la cintura, escote en pico y falda de corte en A, llevaba un minucioso trabajo ornamental de guipur en escote y espalda que atraían toda la atención. El escote de pico era pronunciado pero apropiado para una ceremonia tradicional, sin duda el diseñador había pensado en el efecto de una novia sin velo ya que en la espalda el escote caía en pico hasta la cintura desde donde nacía una ligera cola muy fácil de llevar. Lola ya había descartado llevar velo, por lo que aquel diseño la enamoró desde que vio su imagen reflejada en el espejo del probador. Ruth le había propuesto llevar unos zapatos muy alejados del blanco nupcial tradicional y había seleccionado para ella distintos modelos y distintos colores. Lola no tuvo ninguna duda en su elección, escogió unos zapatos peep toe

destalonados con cierre de hebilla ajustable y plataforma externa delantera el tacón era lo suficientemente grueso como para resultar cómodo y lo suficientemente fino como para resultar elegante. El zapato lanzaba destellos en todas las direcciones gracias a unas pequeñas y brillantes incrustaciones estratégicamente colocadas, sin embargo, lo que la enamoró fue el color, eran de un azul ópalo que contrastaba a la perfección con el blanco natural del vestido escogido.

Cuando Ruth supo el diseño elegido por Lola no le costó nada decidir el atuendo de Héctor. Escogió un chaqué azul tinta combinado con chaleco semicruzado en tono crudo. Lo acompañó de una corbata con estampado de fantasía en distintos tonos azules y crema. Pudo imaginar perfectamente la armonía cromática de la pareja y, definitivamente, el azul, dentro de su amplia gama de tonalidades, sería el color principal de la boda. Puntual como un reloj llegó su íntima amiga Mabel, propietaria de una pequeña pero coqueta floristería en el centro de Madrid, para que las aconsejase sobre el ramo apropiado para el estilo del vestido. Lola agradeció la previsión ya que no le apetecía recorrer varias floristerías en busca del ramo perfecto. Mabel le gustó mucho, era una chica sencilla y nada pretenciosa, de estatura media y llevaba recogido su bonito cabello rubio en una alta cola de caballo que despejaba su rostro, tenía unos preciosos ojos color miel y una cara redonda en la que destacaban los dos profundos hoyuelos que se formaban cuando sonreía y Mabel sonreía mucho. Iba vestida con unos jeans azul oscuro y una camiseta básica blanca y llevaba unas sencillas alpargatas doradas que le daban el toque elegante adecuado para estar en la boutique de Ruth. Sólo le puso una condición, quería algo muy sencillo. Mabel hizo su propuesta no sin antes tomarse su tiempo para examinar a Lola de arriba a abajo, incluso llegó a tocar la tela del vestido para examinar su textura y levantó ligeramente la falda para comprobar el color exacto de los zapatos.

- Muy bien. Os propongo un sencillo ramo de tres hortensias de un tono azul suave con un sencillo lazo de organza blanca. Nada elaborado y nada pretencioso. No le restará protagonismo a la parte superior de tu vestido que es espectacular y, al mismo tiempo, encajan a la perfección con la boda sencilla y familiar de la que hablas, por no mencionar el efecto que tendrá el ramo con esos preciosos ojos azules que tienes.

A Lola le encantó la idea, sin embargo, buscó la aprobación de Ruth con la mirada.

- Me gusta. Nunca habría pensado en hortensias – confesó Ruth – pero la imagino con el ramo en la mano, desfilando hacia el altar, tal alta, tan guapa... Sí, creo que es lo correcto, es más creo que ya no te veo con otra flor que no sean esas hortensias.

- Sí – confirmó Lola – Me sucede lo mismo, en cuanto hablaste de las hortensias azules lo vi claro.

- Vaya... es muy sencillo trabajar con vosotras – Las halagó Mabel – Las hortensias, como todas las flores tienen un significado. ¿Lo conocéis? - Al ver que ambas mujeres negaban con la cabeza les explicó – A pesar de que en ocasiones las hortensias se asocian con la soledad, en Japón, se identifican con el amor paciente, con la llegada del verano que se espera tras un largo invierno.

Lola enmudeció. Mabel no la conocía de nada y, sin embargo, había escogido la flor perfecta para su historia de amor. Tras su largo invierno de soledad, de oscuridad, de miedos y de renunciadas había llegado a su vida el verano de la mano del amor de Héctor. Si algún hombre representaba al amor paciente, ese era Héctor, siempre a su lado, siempre atento, siempre anticipándose a sus deseos, siempre paciente. Tragó saliva para intentar deshacer el nudo que se le había formado en la garganta pero no lo consiguió. Tampoco pudo evitar que alguna lágrima se escapase de sus ojos empañados por la emoción del simbolismo. Ruth le acarició ligeramente el brazo al comprender que, sin pretenderlo, Mabel había conseguido resumir la historia de amor de Héctor y Lola en una flor.

- Mabel... Es perfecto. Es increíble que hayas acertado tanto. El significado de esa flor parece hecho a medida de la historia de esta pareja. Sin saberlo, les has hecho un regalo precioso.

\*\*\* \_ \*\*\*

## **CAPITULO 36**

*“No te dejes abatir por las despedidas. Son indispensables como preparación para el reencuentro y es seguro que los amigos se reencontrarán, después de algunos momentos o de todo un ciclo vital.”*

*Richard Bach*

Quedaban exactamente dos días para su boda y Lola había reunido de nuevo a sus amigos, esta vez estaban en la peluquería celebrando que Isabel y ella ya eran socias. Habían decidido cerrar un poco antes de la hora para tomar unos canapés y brindar con una botella de cava para celebrar el nuevo rumbo del negocio. Ya eran casi las ocho y media, Isabel y Óscar ya se habían ido para darle la cena a sus pequeños, Gus también había alegado un compromiso previo que, en su caso, sólo él sabía lo que eso podía significar. Únicamente quedaban allí Helena, Jack y Carlos. Las chicas estaban cómodamente instaladas en el sofá intercambiando experiencias sobre sus embarazos, el de Helena seguía siendo una tortura por las náuseas, cercana ya a los cinco meses de embarazo se había resignado a padecerlas hasta el día del parto y, en cambio Lola era todo lo contrario, ni unas sola molestia, apenas había experimentado algún cambio físico y ya sólo le quedaban tres semanas para superar el temido primer trimestre. Los tres hombres estaban utilizando el mostrador de recepción a modo de barra de bar, con los codos apoyados sobre él y sus copas en la mano hablaban de la reciente aventura empresarial de Héctor en Londres. El ambiente era cómodo y relajado. Héctor estaba tranquilo porque la boda estaba ya perfectamente organizada, por lo menos era lo que le aseguraba Ruth. Confiaba en su prima y no dudaba de que habría hecho un magnífico trabajo. Esa misma mañana lo había acompañado a la Joyería Suárez a elegir unos pendientes para que Lola los luciese en la boda. Ruth le había dicho que Lola tenía dudas sobre qué tipo de joya debía lucir en sus orejas y pensaba llevar alguna de las alhajas heredadas de su abuela. Héctor aprovechó la coyuntura para elegir unos delicados pendientes que Ruth le había asegurado que brillarían en Lola. Se trababa de topacios que descendían formando una cadena en movimiento para unirse a una perfecta perla australiana, el pendiente reunía distintos tonos de azul comenzando por un azul mar para ir degradándose en un azul cielo hasta llegar a la pureza del blanco de la perla. Héctor tenía la firme intención de hacérselos llegar a la habitación del hotel donde se alojarían la noche anterior al enlace. Tenía reservada la suite nupcial pero Lola había insistido en que la noche anterior debían de pasarla separados. No le hacía ni puñetera gracia, sin embargo, estaba decidido a cumplir sus deseos ya que, la verdad, Lola no había exigido ni pedido nada especial para su gran día.

Todos se giraron hacia la puerta de la peluquería cuando ésta se abrió y Lola fue la primera en levantarse para indicarle a la clienta que estaban cerrados. Sin

embargo, se quedó petrificada a medio camino cuando reconoció a la chica que, con timidez y grandes ojos negros asustados, miraba a su alrededor calibrando el grupo allí reunido. Lola se sacudió la cabeza incrédula y percibió como Héctor se colocaba de manera protectora a sus espaldas, como siempre, había sido capaz de identificar la sorpresa de Lola.

- Mel – Lola saludó a la hermana pequeña de su exmarido - ¡Qué sorpresa!

- Hola Lola – Mel respondió con voz temblorosa.

- ¿Mel? - preguntó Héctor confuso. No podía ser esa Mel, No podía tener el morro de presentarse en la peluquería de Lola tras todo lo sucedido – ¿La Mel hermana del hijoputa de tu exmarido?

Una vez pronunciadas las palabras la tensión pudo cortarse con un cuchillo. Helena se tapó la cara con las manos ahogando un grito de sorpresa y Jack, con el rostro tenso y gesto severo se apresuró a sentarse a su lado y a rodearla con el brazo.

Lola apoyó la mano en el codo de Héctor solicitándole calma. Ella tenía una cosa muy clara, Mel no era Juan, algo que, al parecer nadie más allí parecía dispuesto a diferenciar.

- Por favor, Héctor, te lo pido por favor... déjame a mí... - Le rogó suplicándole con la mirada.

Héctor no estaba de acuerdo pero cuando aquellos ojos azules suplicaban, él no podía negarles nada. Asintió y dio un paso atrás para volver a colocarse tras la espalda de Lola enviándole a la tal Mel un mensaje meridianamente claro. Lola ahora no estaba sola. Estaba protegida.

Carlos observaba la interacción de sus amigos con sus mujeres y sintió pena por la chica. Entonces, desde su posición, levantó la mirada y, por primera vez desde que Mel había entrado, incluso podría decir que por primera vez en su vida la vio entera. ¡Hostia puta! Pensó ¿Qué cojones significa esto? No tenía ni de lejos el don de la clarividencia pero sabía perfectamente que aquella chica estaba muerta de miedo, terriblemente decaída y completamente fuera de su ambiente. Después de percibir todo aquello como un golpe en el estómago sintió el vuelco de su corazón cuando se detuvo a examinar su aspecto. Era una chica baja, tal vez unos cinco centímetros más alta que Helena pero, en todo caso, enana para su metro noventa. Era curioso observar dos enormes ojos negros en un rostro no demasiado bronceado, tal vez fuera la luz del local pero aseguraría que aquella



mujer estaba demasiado pálida. Tenía el rostro redondo con una perfecta y pequeña nariz y unos labios que cumplían el canon actual de belleza, gruesos, carnosos y de un color frambuesa natural. No podía distinguir exactamente el tono y la textura de su cabello ya que este estaba recogido en una sencilla coleta alta, pero sí percibió sus reflejos color miel cuando, nerviosa, la vio agachar la mirada. Era delgada y vestía un gastado vaquero azul con una camisa blanca que dejaba al descubierto la mitad de su brazo, sólo un reloj en su mano izquierda, ninguna joya más, ni anillos, ni pulseras, ni pendientes. En sus pies, unas viejas deportivas blancas y negras muy usadas. No había reparado en que a su lado había una gran maleta con una mochila negra que parecía haber sido muy usada por su propietaria. Recordó como las chicas de su facultad cargaban de un lado a otro con mochilas muy parecidas y entonces se percató de que aquella chica era muy joven y parecía justo eso, una bonita universitaria. Lo desconcertante era que él sentía un extraño deseo por tomarla de la mano, besar aquellos mullidos labios y asegurarse de que todo iba a salir bien. ¡Vamos! ¡Una puta locura! Se dijo. Miró la copa de cava y echó cuentas, sólo se había tomado una y la segunda aún estaba por la mitad así que no. ¡Joder! No estaba borracho. Entonces ¿Qué mierda era aquel puto hormigueo? Estaba empezando a mosquearse consigo mismo pero, aun así, prestó atención a Lola que ya se dirigía a esa tal Mel. ¿Mel? ¿Qué clase de nombre era Mel?

Lola sabía que Héctor estaba tras ella y también sabía que no se equivocaba al imaginar su expresión amenazadora al ver cómo Mel intentaba retroceder hasta la puerta de la peluquería. Recordó aquel día en el que ella también había retrocedido en la barra del Rigoletto, lo asustada que estaba y no deseaba para Mel esa sensación.

- Mel. No te vayas. Dime ¿Por qué has venido?

Era fácil decir eso de no te vayas, pero Lola no tenía a dos tipos enormes mirándola fijamente. El que estaba tras ella tenía una expresión en la cara que le indicaba que si pudiera la echaría a patadas de allí mismo. El rubio que estaba atrás era aún más alto y también la miraba fijamente, sin embargo, su expresión no era de odio, más bien era simple y llanamente pura indiferencia. No podía mirarlo mucho porque corría el riesgo de abrir la boca como una estúpida porque era el hombre más guapo que había visto en su vida. Rubio y de ojos azules, todo un tópico. Además, así vestido, con la camisa blanca remangada pero perfectamente colocada por dentro del pantalón del traje gris parecía un modelo del catálogo del Corte Inglés. Vamos, del tipo de hombres totalmente fuera del

alcance de una mujer como ella, de los que no la miraría ni dos veces seguidas si se cruzasen en cualquier lugar. Tomó aire para enfrentar a Lola, que era lo que realmente había venido a hacer y se concentró en mirarla fijamente. La exmujer de su hermano siempre había sido muy amable y cariñosa con ella y le debía una explicación. También necesitaba una guía para la difícil tesitura en que la había colocado su hermano Juan, pero a la vista de la expresión del guardaespaldas de Lola, ya podía ir descartando esa opción. Aún así, se disculparía con ella y saldría pitando de allí cuanto antes. Carraspeó para aclararse la garganta y procuró que su voz dejase de temblar.

- He llegado hace dos días a Madrid. Aún estaba en Navarra, aceptaron que me quedase en la residencia universitaria mientras cumplía los meses de prácticas en una empresa de la familia de uno de mis profesores. Las terminé el pasado viernes. Entonces llamé a Juan y no me cogió el teléfono – Se encogió de hombros – No me extrañó porque a veces tarda días en devolverme la llamada... ya sabes...

- Lo sé – Lola lo sabía muy bien. Típico de Juan, pagaba sus gastos y para él eso era lo único que contaba.

- Al día siguiente volví a llamar, y luego al otro... y nada. Entonces la directora de la residencia me dijo que ya no podía estar más tiempo ocupando la habitación así que hice la maleta y saqué un billete de autobús para Madrid.

El silencio era atronador. Todo el mundo estaba pendiente de sus palabras y estaba empezando a ponerse nerviosa. Sé valiente, se dijo. Lola lo merecía.

- Entonces, como te decía, hace dos días llegué a Madrid y fui hasta el piso de Juan pero por más que timbré nadie respondió, ni tan siquiera los vecinos se dignaron a abrirme. En aquel momento me enfadé un poco pero, claro, después lo entendí todo. No los culpo. El caso es que me acerqué al gimnasio donde Juan tiene la oficina, pero allí tampoco estaba. Sara, una de las profesoras se extrañó de que yo pasase por allí a preguntar por mi hermano y entonces me invitó a tomar un café. Me lo contó todo. Sara lleva con mi hermano desde que abrió su primer gimnasio y lo conoce a la perfección. Entonces fue cuando supe que mi hermano me había mentado respecto a tí, me dijo que te habías fugado con un tipo, que lo habías desplumado en el juicio del divorcio y que ese era el motivo por el que debía reducir mi asignación mensual para gastos. Yo le creí, es mi hermano mayor y, bueno, no tenía por qué mentirme. Pero me mintió. Sara sabía toda la verdad de lo que te había hecho y no podía creerlo, yo, es decir, nunca vi

nada raro. La última vez que nos vimos en Navidad tú no parecías una mujer....

- Maltratada – Héctor casi escupió la palabra que aquella Mel no tenía cojones a pronunciar – Golpeada, vejada. Tu querido hermanito es un maltratador.

Mel lo sabía, por muy duro y difícil que fuera para ella escuchar esas palabras de la boca de aquel hombre eran la pura y descarnada verdad. Con un nudo en la garganta lo enfrentó con dignidad.

- Sí. Lo es. Yo no lo sabía y he venido a disculparme por ello. Lo siento mucho Lola, siento todo el daño que te ha causado. Nada más. Te pediría disculpas en su nombre o en el nombre de la familia pero, dudo sinceramente de que él piense disculparse y, en cuanto a la familia... hace tiempo que olvidé el significado de esa palabra.

Lola tenía el corazón destrozado por Mel, al mismo tiempo también le preocupaba Héctor, emanaba furia y tensión por todos sus poros y, aunque luego se arrepintiese, estaba dispuesto a volcar en Mel la rabia que guardaba contra su exmarido. Iba a decirle a Mel que ella no tenía que disculparse por nada, sin embargo, la chica se le adelantó y, asiendo de nuevo el asa de su maleta se despidió de ella.

- Adiós Lola. Siento haberte molestado.

Mel ya estaba a punto de alcanzar la puerta. Estaba deseando salir de allí para poder bregar con el nudo de su garganta pero Lola la detuvo tocándole un hombro. No la había visto acercarse.

- Espera Mel. No te vayas aún.

Lo mínimo que podía hacer por Lola era aceptar su petición y se giró para mirala a los ojos. Eran los mismos ojos de siempre y la miraban como siempre, cariñosos. Ella había buscado en Lola, no una madre pero tal vez una hermana mayor, un cabeza de familia. Todas sus compañeras tenían a alguien en su casa que era su confidente, una madre, una hermana... Mel había rogado porque Lola fuese ese alguien para ella pero, una vez más, la vida le enseñó que el día en el que se repartieron las familias, ella debía de estar perdida en algún lugar oscuro.

- ¿Qué más te contó esa Sara?

- Todo. Me lo contó todo. Lo de los anabolizantes, lo de la red de tráfico de sustancias, lo de la detención. Todo. Por supuesto, tampoco sabía nada. Al parecer soy la chica más ingenua de todo el universo. Mis abuelos estaban bien

posicionados y yo pensaba que el dinero... ¡En fin.! Se me revuelven las tripas al pensar que el dinero sucio de esos negocios ha pagado mis estudios, mi ropa...

- Pobre niña mimada... - Héctor estaba rabioso. No quería que Mel se acercase a Lola. No quería que tocase el buen corazón de su mujer. No quería nada de Juan en su nueva vida.

- ¡Héctor! - Lola se volvió para reprenderlo.

- No te preocupes Lola... - Mel trató de quitarle importancia a las palabras de aquel hombre, aunque la realidad era que le habían revuelto el estómago. Ni se molestó en explicarle que, desde que fallecieron sus abuelos, su vida había sido todo lo contrario a la de una niña mimada – Tiene razón.

- No – negó Lola – No la tiene. Está furioso Mel, pero no contigo.

- No importa, de verdad, no volveré a verte más así que... no importa.

-¿Dónde has dormido estos días? - Lola había detectado lagunas en el relato de Mel, había atado cabos y la gran maleta a su lado gritaba desesperación.

- Sara me invitó a quedarme un par de días con ella hasta que pudiese organizarme un poco.

- ¿Y ya te has organizado?

- Eso no es asunto nuestro – terció Héctor. Lola comenzaba a involucrase y no le gustaba ni un pelo. Tuvo que callarse cuando Lola se giró de nuevo hacia él y le habló con una firmeza a la que no estaba acostumbrado.

- Mel ha sido parte de mi vida. Entiendo que para tí no sea relevante pero, siento decirte Héctor, que te estás comportando como un cretino.

- Lola de verdad... - Mel no quería que Lola discutiese por su culpa – Ya está. Deja que me vaya. No quiero causarte problemas.

Con toda la firmeza con la que una hermana mayor le hablaría, Lola zanjó su protesta.

- Basta Mel. Has venido aquí y quiero saber cuáles son tus planes. Te conozco un poco y creo que no me lo estás contando todo – Lola había aprendido a jugar sucio – Creo que me merezco la verdad.

- Tienes razón. La mereces – Concedió Mel – Pero prométeme que luego me

dejarás ir.

- Continúa – Lola no se molestó en confirmar ninguna promesa.

- Cuando supe que estaba en la cárcel y que no había manera de entrar en el piso me puse a pensar en mi situación. Había pensado venir a Madrid, instalarme con Juan un tiempo y buscar un trabajo que me permitiese vivir sola. Eso ya no era posible y no me podía quedar indefinidamente con Sara, no es mala chica, pero... lleva mucho al lado de mi hermano y no sé hasta que punto...

- No confías del todo en ella – aventuró Lola.

- No confío en nadie – afirmó Mel – Bueno, en casi nadie. El profesor Ruano, en él sí confío. Hice las prácticas en la empresa de su familia, se dedican a la exportación de productos navarros al Reino Unido. Él fue el que me animó a venir a Madrid, me aseguro que aquí tendría más oportunidades. Lo llamé y, sin entrar en detalles, le conté la urgencia de mi situación. A las pocas horas me llamó y me dijo que tras hablar con alguno de sus contactos en Madrid, había conseguido que me entrevistasen para una vacante de secretaria de dirección en una empresa de seguridad. Mañana es el día.

Jack no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¡Joder! No podía haber dos profesores Ruano en Navarra, y no podía ser que los dos hubiesen llamado a sendas empresa de seguridad en Madrid. No había error. El profesor Ruano era el amigo de su padre. Henry le había dicho a Jack que le debía un favor desde hace años y que el tal profesor le había pedido una entrevista para una de sus pupilas. Henry no había dudado en aceptar ya que Inés, tras la experiencia de tener a Helena de compañera, estaba dispuesta a probar de nuevo con otra chica. ¡Por encima de su cadáver! No quería nada relativo al exmarido de Lola dentro de las instalaciones de Anderson & Asociados y, por tanto, cerca de Helena. Decidió intervenir desde el sofá.

- Esa empresa... no será Anderson & Asociados ¿verdad? Y... ¿Tú no serás esa tal Carmen Fernández que tiene una entrevista mañana a las cuatro de la tarde?

Mel respondió automáticamente al hombre que le hablaba desde el sofá.

- ¿Cómo lo sabes?

- Anderson & Asociados es mi empresa, olvídate de esa entrevista. No quiero en mi casa nada que tenga que ver con ese cabrón.

Lola y Helena abrieron mucho los ojos ante la brusquedad con la que Jack, un

modelo de la exquisita cortesía inglesa, había hablado.

Mel tragó saliva. De todas las empresas que había en Madrid, había tenido que ir a pedir trabajo a una del entorno más cercano a Lola y que, claramente, odiaba a su hermano. Se limitó a asentir y la respuesta que había ensayado en multitud de role play durante su formación acudió a su boca de manera automática.

- Lo entiendo. Gracias por no hacerme perder el tiempo.

Jack se quedó mudo porque no se esperaba una respuesta tan educada y miró a su mujer quien no parecía muy contenta con él.

Helena arqueó una ceja al más puro estilo Anderson y le espetó en voz baja para que sólo él pudiese oírla.

- Gracias Jack.

- ¿Por qué?

- Por recordarme de dónde vengo. Recuerdo a una mujer sola y sin trabajo en Madrid a la que un día el destino la envió a traspasar las puertas de una empresa de seguridad. No era su mejor día y se tropezó con uno de los ejecutivos en el hall del edificio. ¿La recuerdas? Pues sé exactamente cómo se sentía esa chica y, por mucho que odie a su hermano, Mel no se merece pagar por sus pecados. Ahora lo tengo todo. Antes no tenía nada más que a mí y a mi vecina Lola.

- Pequeña... lo siento pero no puedo darle acceso al corazón de la empresa – Jack no iba a ceder en esa cuestión.

- Yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer en tu trabajo Jack.

- Pero a mí me importa lo que opines – terció Jack intentando que su mujer alegrase la cara.

- Pues ya sabes lo que opino – Helena había aprendido a que, en ocasiones, ser más terca que Jack era lo más conveniente.

Mientras Jack y Helena compartían confidencias, Lola se lamentaba del negro futuro que le preveía a Mel.

- Lo siento Mel. Ese profesor tuyo... ¿No puede recomendarte otra empresa?

- No voy a volver a llamarlo. Ya se me ocurrirá algo.

- Mel... me gustaría poder ayudarte pero no sé cómo hacerlo – Lola no quería dejarla marchar como la última vez, el afecto que sentía por Mel estaba intacto a

pesar de las circunstancias.

- Como bien te han recordado, no soy ni quiero ser tu problema. Veo que tienes una nueva vida y te deseo que seas muy feliz. Lo mereces.

- Nos casamos este mismo sábado – apuntó Héctor deseando meter baza para dejarle claro a aquella mujer que Lola ya tenía nueva familia – Puedes decírselo a tu querido hermanito cuando lo visites en la cárcel donde, por cierto, espero que lo traten como se merece.

Mel volvió a sentir el latigazo de sus palabras y lo encajó lo mejor que supo. Trató de ser elegante.

- Felicidades, me alegro por tí Lola y descuida, no se me ocurriría hablarle a mi hermano de tí, ya lo he visto y no creo que vuelva a verlo en mucho tiempo.

- ¿Has estado en la cárcel? - Lola no sentía ninguna pena por Juan pero con Mel era distinto, cada vez que hablaba sus ojos se iban apagando más y más y su mirada se volvía triste y perdida.

- Me llamó. Fui esta misma mañana.

- Siento que hayas pasado por eso. No ha debido de ser agradable.

- No, no lo fue. Sé que sería mucho pedir dadas las circunstancias pero tal vez podrías recomendarme a algún abogado.

Carlos se enderezó, ¿un abogado? Tal vez el hijoputa del exmarido de Lola estuviese pensando en cambiar su defensa, pero lo dudaba mucho porque había contratado a uno de los bufetes más prestigiosos de Madrid. Su defensa iba a costarle una pequeña fortuna.

- ¿Para qué necesitas un abogado? - le preguntó Carlos antes de que Lola pudiese meter la pata.

La voz grave del indiferente caló por todos sus poros y le provocó un escalofrío. Mel intentó controlarlo y se arriesgó a mirarlo. Se había incorporado ligeramente y con los brazos cruzados esperaba su respuesta. No tenía por qué responderle, allí todo el mundo pensaba que tenía derecho a interrogarla, aún así, respondió. No tenía nada que perder.

- Cuando me fui a Navarra mi hermano me abrió una cuenta en la que mensualmente me ingresaba una cantidad de dinero para mis gastos. Digamos que era lo suficiente para poder salir algún fin de semana, pagar mi teléfono y

comprarme algo de ropa. No he vuelto a tocar nada de ese dinero desde que me enteré de lo sucedido. No quiero tener nada que ver con ese dinero sucio. Cuando me llamó para que lo visitase pensé que querría verme para explicarse y bueno, tal vez, decirme dónde estaban las llaves de casa y todo eso. Pero me equivoqué. Al parecer además de esa cuenta, Juan abrió otra a mi nombre donde debe haber una cantidad indecente de dinero. Me hablo de una deuda que tiene contraída con gente peligrosa. Me dijo que debía pagarles pronto, me indicó que debía retirar dinero de esa cuenta y llevarlo a una gasolinera a las afueras de Madrid el próximo jueves, es decir, en una semana, allí alguien me estaría esperando para recoger el dinero.

- ¡Dios mío! Mel... cariño... - Lola no aguantó más, se acercó a ella y colocó las manos sobre sus hombros – No puedes hacer eso... No tiene derecho a involucrarte en sus problemas.

- No tenía intención de hacerlo, tengo algunos conocimientos básicos de derecho pero... - Mel no aguantó más la presión y se rompió al sentir el contacto físico con otra persona. Aquello era lo más parecido a un abrazo que Mel había sentido en muchos meses. Intentó ahogar un sollozo pero finalmente pudo con ella y con un estremecimiento comenzó a llorar – No sé que hacer... me siento perdida...

Lola la sostuvo en su llanto. Todos a su alrededor guardaban silencio cada cual sumido en sus pensamientos. Héctor estaba confuso porque nunca había tratado así a ninguna mujer, su arranque de furia contra aquella chica deshecha en llanto había estado fuera de lugar. Juan era un hijoputa de tomo y lomo, involucrar a su hermana pequeña en sus sucios manejos era vil e indecente. La vida era injusta, los que podían cuidar y disfrutar de una hermana pequeña la despreciaban y él, que la había perdido, la recordaba casi a diario. Lola se había girado para mirarlo y vocalizó una disculpa que, por fortuna, su mujer pareció entender porque asintió ligeramente con la cabeza. Le jodía que le hubiese llamado cretino y le jodía aún más haberla disgustado. Tenía la firme intención de enmendarlo, no quería que nada enturbiase los días previos a su boda.

Helena se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano. Era una llorona y con las hormonas revolucionadas por el embarazo aún lloraba con más frecuencia. Sentía cierta simpatía por Mel, su situación desesperada le recordó sus duros comienzos en Madrid, no hacía tanto tiempo de ello y las sensaciones aún estaban frescas en su memoria. Al mismo tiempo sentía crecer su desprecio y su rencor por el exmarido de Lola. No acababa de entender cómo alguien podía



poseer un corazón tan negro. Jack rodeaba con el brazo a su mujer para consolarla. Tampoco estaba muy satisfecho con su comportamiento con Mel, pero seguía resultándole muy difícil tenderle la mano. Recordaba la herida de Helena en el costado tras el empujón en el Chances e iba a tener que hacer un gran esfuerzo para separar la persona que era Mel de la de su hermano. Tenía claro que Helena estaba disgustada con él y tendría que hacer un esfuerzo para compensarla, tal vez pudiese hacer un par de llamadas para conseguirle una entrevista de trabajo, pero cómo cojones iba a recomendar a una chica a la que él mismo no quería en su empresa.

Carlos no pudo contenerse más y, obviando a todos los presentes, se acercó a la piña formada por Lola y Mel.

- Nena – le dijo a Lola – déjame a mí.

Lola lo miró curiosa y sorprendida pero Carlos no la estaba vacilando, iba en serio, su expresión era firme y decidida. Además, era el único de los hombres presentes que no había cuestionado a Mel.

Cuando Lola se apartó Mel se sintió huérfana. Se enderezó y se encontró con el indiferente delante de ella. Era tan grande que no veía a Lola que se había refugiado en los brazos de su futuro marido. Levantó la mirada y dio un paso atrás, alguna lágrima aún corría por su rostro y el corazón parecía querer salirse del pecho. Estaba algo intimidada y confusa por una extraña corriente eléctrica que parecía palpar en el espacio libre entre sus cuerpos.

Carlos tragó saliva. Había consolado a Helena durante muchas crisis de llanto y, aunque en menor medida, también había consolado a Lola. En ninguna de esas ocasiones su corazón había sentido algo más que la compasión por la situación de sus amigas. Las quería, las adoraba, pero esta vez había algo distinto, la compasión se mezclaba con otras cosas, con un batiburrillo de ansias que colisionaban entre sí, necesidad de protección y deseo era las que más fácilmente identificaba. Había deseado a muchas mujeres y sus sobrinos sacaban sus instintos protectores más bajos pero, la mezcla de ambos centrada en una sola persona lo desconcertaba. Dejó la mente en blanco e hizo lo que sus instintos le pedían a gritos. Extendió la mano y abarcó su mejilla, con el pulgar barrió los restos de las últimas lágrimas de Mel quien, con su otra mano se secaba con brusquedad la mejilla contraria.

Mel estaba temblando por el contacto. Ningún hombre la había afectado tanto, el corazón le latía muy fuerte, tenía un ligero temblor de rodillas y casi estaba

conteniendo la respiración. Entonces el indiferente habló y su voz grave pero suave al mismo tiempo la envolvió.

- Mel, me llamo Carlos. Soy abogado.

Mel no pudo ni balbucear un adecuado hola.

- Soy el abogado de Lola ¿Entiendes lo que eso significa?

Mel asintió. Aquel hombre que aún la sostenía por la mejilla asesoraba legalmente a su ex cuñada en la demanda por violencia de género contra su hermano y, probablemente, fuese implacable en su trabajo y probablemente no estuviese dispuesto a ayudarla.

- Lo entiendo. No pasa nada.

Levantó la mano y la puso encima de la de Carlos para obligarlo a soltarla, sin embargo, pasó justo lo contrario a lo que ella pretendía, le soltó la mejilla pero encerró su mano en la suya.

- Es evidente que tu hermano no es santo de mi devoción – Carlos no iba a ser tan brusco como lo habían sido sus amigos – Pero no es menos cierto que no soporto las injusticias ni tampoco que a una inocente como tú la involucren en algo tan turbio como un caso de tráfico de sustancias peligrosas. Entiendes que eso es lo que está pasando ¿verdad?

Mel apenas podía entender nada porque el cien por cien de su atención estaba centrada en su mano, en que había desaparecido en la del abogado y en que allí donde estaba se sentía calentita y cobijada como cuando su abuela la arropaba en las frías noches de invierno. Asintió con la cabeza a modo de respuesta.

- Mira... me debo a Lola, es mi amiga además de mi clienta y no estoy seguro de que sea muy ético asesorarte al respecto. Estás metida en un buen lío.

Lola permanecía muy atenta a sus palabras y de vez en cuando intercambiaba una mirada cómplice con Helena quien ya se encontraba más calmada. Helena le había arqueado una ceja en un gesto claramente copiado a su marido para señalarle las manos entrelazadas de Carlos y Mel. Lola había asentido y a su vez le hizo con los índices y los pulgares de ambas manos un gesto de corazón del que ninguno de los dos hombres que las acompañaban se percató. Lola respiró aliviada al ver que Helena también asentía y con su dedo índice las señalaba a ambas. Mensaje entendido. Mel necesitaba ayuda y ellas estaban dispuestas a involucrarse, además, para ambas Carlos había sido claramente golpeado por la

flecha de Cupido y era del todo probable que no fuese consciente de ello o, lo que era peor, que siéndolo, estuviese tentado a escaquearse tal y como había anunciado a bombo y platillo en repetidas ocasiones. Lola le hizo un gesto a Helena para que la dejase hablar primero.

- Carlos, por mi parte puedes asesorar a Mel en todo lo que ella necesite. Ambas compartimos un pasado y ambas sabemos que Juan no fue ni un buen marido ni es un buen hermano. Yo no quiero saber ni recordar nada de ese matrimonio, sin embargo, me gustaría seguir conservando a Mel.

- Yo... no esperaba... Lola... - Mel estaba muy emocionada por las palabras de Lola, pero debía ser realista. Con los fondos de su cuenta, ahora mismo no podía hacer frente a la minuta de un abogado – Pero yo no sé cuánto me costaría contratar a un abogado – Se sentía ridícula hablando de este tema de la mano de Carlos, intentó soltarse, pero éste arqueó una ceja mirándola y no lo permitió.

Helena recordó que ella misma había pronunciado esas palabras en su día y el propio Carlos le ofreció la solución. Pues bien. La solución que había valido para ella, también valdría para Mel e iba a tener que ser ella la que la propusiese porque Carlos, por primera vez desde que lo conocía, parecía indeciso.

- No te preocupes Mel – dijo Helena levantándose ante el asombro de Jack que la vio señalar su abultada barriga – Soy Helena, la secretaria de Carlos y, como ves, estoy embarazada. Pronto tendré que coger la baja – Mintió. Iba a trabajar todo el tiempo que pudiera antes de que Jack empezase a darle la tabarra de nuevo con su reposo – Así que necesitaremos alguien que me sustituya, si comienzas a trabajar con nosotros, podrás ponerte al día y Carlos descontará de tu salario un poquito de cada vez hasta cubrir su minuta. ¿No es así jefe?

Carlos miró a ambas mujeres entrecerrando los ojos. Aquellas dos tramaban algo pero no iba a desaprovechar la ocasión de tener a Mel cerca para averiguar que era todo aquello que le estaba pasando. Se temía que ambas estaban haciendo el papel de celestina y eso le pondría los pelos de punta a cualquier hombre en su sano juicio. Más tarde ajustaría cuentas con ellas. Vio que Jack se levantaba para enfrentar a Helena.

- Helena, te dije que no la quiero en el corazón de Anderson & Asociados, tal vez pueda buscarle una entrevista con algún colega.

Carlos estaba enfadándose con Jack. Mel no le había hecho nada ni a Helena ni a Lola, pero él parecía empeñado en identificarla con su hermano. Era injusto y

no iba a pasar por ahí.

- Mi despacho de abogados no es tu empresa – Le espetó Carlos desafiándolo con la mirada.

- ¡Venga hombre! - Jack estaba tenso – No me jodas Carlos... estás en mi edificio, llevas mis asuntos.

- Cierto – reconoció Carlos. No tenía ni de lejos la posición económica de Jack ni la de Héctor pero no estaba dispuesto a dejarse intimidar por ellos – Somos amigos y nunca pensé en decirte esto pero yo ya trabajaba de abogado antes de que tú fueses mi cliente y, francamente Jack, no me iba nada mal. Si resulta incómodo para tí, mis antiguas oficinas siguen libres y puedo trasladarme en cualquier momento. Por supuesto, también puedes cambiar de letrado, como dicen habitualmente, somos tantos que lanzas una piedra al aire y es probable que golpees la cabeza de un abogado.

Jack no entendía la tozudez y el empecinamiento de Carlos con aquella mujer, por no hablar de la disposición de Helena y de Lola de acogerla bajo su protección. También reconocía la habilidad de Carlos para utilizar en su contra el punto débil que le había revelado hace meses. Helena. Carlos era conocedor de que Jack no permitiría que Helena trabajase fuera del edificio de Anderson & Asociados y sabía que Helena era una fiel empleada que, en más de una ocasión, se había enfrentado con su marido por el trabajo. Le jodía haber perdido el órdago pero tampoco quería una trifulca con su mujer que, aún sin verle la cara, sabía que estaba fulminándolo con la mirada y que, probablemente, siguiese de nuevo el consejo de su madre de resarcirse con él adquiriendo un nuevo par de costosos zapatos.

- Por supuesto que puedo hacer todo eso, sin embargo, sabes que no lo haré. Es tu empresa. Es tu decisión.

\*\*\* \_ \*\*\*

## **[CAPITULO 37](#)**

*“No quiero esconderme. Quiero bailar contigo para siempre.”*

Sarah Black

Mel asistía confusa al tenso intercambio entre aquellos hombres. Estaba horrorizada de saberse culpable de la disputa. Su intención al visitar a Lola había sido la de ofrecerle una disculpa y averiguar qué era lo que había quedado del vínculo que habían creado durante su breve contacto como cuñadas. Su corazón se alegraba de que el vínculo estuviese intacto pero la situación estaba superándola. Ahora se veía aceptada en la nueva vida de Lola y aceptada en un puesto de trabajo que no había solicitado y para el cual nadie la había entrevistado. Además de todo ello, las palabras de Carlos anunciándole que estaba metida en un lío no habían hecho otra cosa que confirmarle la jugarreta del que ya no sabía si merecía el honor de seguir llamándole hermano. Un leve zumbido en los oídos le avisaba de que el dolor de cabeza comenzaría a acecharle muy pronto.

Carlos asintió mirando a Jack y entonces se dio la vuelta para volver a mirar a Mel a la que no había soltado de la mano en todo el intercambio. Tenía la sensación de que aquella mano que ahora estaba calentita estaba donde debía de estar. Observó que Mel había palidecido y que entrecerraba los ojos, había visto a su hermana pequeña hacer ese gesto demasiadas veces.

- Te duele la cabeza – Sin pedir opinión la arrastró al sofá – Ven siéntate.

Lola y Helena se apresuraron a sentarse a su lado formando un frente común con Mel y con Carlos quien, de pie ante el sofá, les dio la espalda para enfrentar a Jack y a Héctor.

- Tres contra dos – les dijo refiriéndose al equipo que formaban Helena, Lola y él  
- ¿Vais a estar con nosotros o contra nosotros?

Jack y Héctor se miraron frunciendo el entrecejo. También eran capaces de hablarse con la mirada y ambos entendieron que se estaban enviando el mismo mensaje “Estamos jodidos”.

Antes de pronunciarse, Héctor le murmuró entre dientes a Jack.

- Ve buscando esas dos botellas de ginebra. Inglés... has perdido la apuesta.

- ¡Manda cojones! - le respondió Jack también en un murmullo.

Ambos hombres entendieron de golpe a Carlos y mudaron su actitud. El abogado había sido mucho más que un fiel amigo y era hora de actuar como los hombres

de honor que presumían ser, por eso respondieron a coro.

- Estamos con vosotros.

Carlos asintió aliviado y sintió también el alivio en las chicas, así que sin perder más tiempo se volvió y habló con Mel.

- Esto es lo que vamos a hacer. Mañana viernes iremos a hablar con el agente de la UDEV que llevó el caso de tu hermano y le contaremos tu situación. No haremos otra cosa que poner el asunto en sus manos y proceder como nos diga. Jaime Velasco es un buen tipo y estoy seguro de que va a hacer todo lo posible por ayudarte. Mientras tanto, no podemos hacer nada más, así que – miró su reloj – te acompaño a tu casa y procura descansar esta noche.

Lola pensaba que, en ocasiones, los hombres eran tan obtusos eran incapaces de ver las evidencias que tenían delante de las narices.

- Mel. Cariño... ¿Dónde tienes pensado vivir? Has dicho que no puedes entrar en la casa de tu hermano.

Mel se avergonzó de tener que dar la respuesta que iba a dar.

- Bueno, en el gimnasio me hablaron de un tipo que alquila habitaciones.

- ¿En dónde? - Lola no estaba muy contenta con esa respuesta.

- En el barrio de Tetuán.

Tres enérgicas voces a coro manifestaron su oposición.

- No.

-¿No? - Mel miraba confusa a los tres hombres que mostraban una expresión ceñuda.

- No. Mel... nena... - Carlos no podía consentir que Mel se alojase en uno de los barrios más conflictivos de Madrid en un piso con sabe Dios qué clase de compañía – No es un buen barrio, no es seguro.

- Pero es barato – argumentó Mel.

- Espera un momento – Lola se levantó y se dirigió al mostrador, abrió su bolso y volvió al sofá, le cogió la mano a Mel y se la colocó con la palma hacia arriba – Ten. Las llaves de mi antiguo apartamento, el alquiler está pagado hasta septiembre, yo ya no vivo allí. Fue mi red de seguridad durante un tiempo – Levantó la mirada mirando a su futuro marido – afortunadamente ya no la

necesito. Tal vez ahora pueda ser tu red de seguridad.

- Lola... - Mel no podía quitar los ojos de aquel juego de llaves que brillaba en la palma de su mano y que era la respuesta a una de sus múltiples preocupaciones. Encontrar un lugar donde instalarse – Es demasiado. No puedo abusar así de tu confianza. Eres demasiado buena...

- No seas boba Mel... no siento que estés abusando de mi confianza, al contrario, me tranquiliza saberte segura – Lola alzó la mano y tomó la de Carlos que las miraba en silencio – Gracias Carlos, significa mucho para mi tu ayuda. Tu oferta de trabajo es muy generosa, no te arrepentirás, Mel es una chica responsable – Lola vio que Carlos se esforzaba en sonreírle a pesar de que aún estaba tenso y se apiadó de él. Le dio un leve apretón y pronunció unas palabras que nadie más que ellos dos entendieron – Te dije hace tiempo que cuando menos lo esperases iba a suceder.

Carlos no le contestó. Estaba molesto por la discusión mantenida con Jack, estaba tenso por el batiburrillo que sentía en su interior y necesitaba estar a solas consigo mismo para reconciliarse con todo lo sucedido y poner un poco de orden en el caso que reinaba su cabeza en aquellos momentos.

- Vamos Mel – le indicó con un gesto de la mano que se levantase – Te acompaño al apartamento y mañana intentaremos zanjar todo este asunto a primera hora porque después he de irme a Toledo para la boda.

Mel se sentía como si fuese una niña pequeña porque todo el mundo parecía decidir por ella, Lola, Carlos... pero estaba tan abrumada que, por ahora, le venía bien y se levantó solícita. Lola se levantó con ella y la besó en las mejillas.

- Ve tranquila Mel. Estás en buenas manos. La semana que viene, tras la boda, buscaremos un día para comer y ponernos al día. Se fuerte, cariño... no estás sola.

Lola estaba acurrucada en la cama esperando a que Héctor terminase su ducha y se reuniese con ella. Jack y Helena habían partido justo tras Carlos y Mel y ellos se habían quedado solos en la peluquería. Mientras Lola recogía las bandejas de los canapés y guardaba en el cuarto de descanso las copas usadas, Héctor había querido iniciar una conversación para la que Lola no estaba preparada. Necesitaba un tiempo para relajarse porque no quería tener una amarga disputa apenas a dos días de la boda. Así que habían guardado silencio durante el trayecto de vuelta a casa, la ducha le había tranquilizado y ahora sí se sentía

preparada para afrontar la conversación sobre Mel.

Héctor salió del baño con la esperanza de no haberla cagado demasiado. Se acercó a la Lola vestido con un liviano pantalón de pijama negro y se sentó al borde de la cama donde Lola estaba acurrucada de costado. No le rehuyó la mirada como había hecho hasta ese momento y se alegró de ello. Le acarició la melena, tan suave y sedosa como siempre, antes de hablarle.

- Lo siento Lola..., siento haberme comportado como un – hizo el gesto de comillas con los dedos – cretino. Aún estoy frustrado, no quiero que tu exmarido se entrometa en esta nueva etapa – Asió la sábana y la bajó dejando al descubierto el precioso cuerpo de Lola que, esta vez, estaba bajo un práctico camisón de algodón gris. Posó la mano en su vientre – No quiero que nada que tenga que ver con él esté cerca de estos bebés. Lola... te quiero mucho, eres mi vida, ellos serán mi vida y no dejaré que nada ni nadie os haga daño.

Lola dulcificó su mirada. Era lo mismo de siempre, el Héctor protector. No podía evitarlo. A Lola le encantaba y era consciente de que, en ocasiones, tendría que reconducir el ímpetu con el que su futuro marido enfrentaba esta tarea.

- Héctor... aunque entiendo que es inevitable que relaciones a Mel con mi exmarido, creo que has podido comprobar que Mel no va a causarme ningún daño. Ella es inocente, es una pobre chica a la que todos han abandonado, sus padres, sus abuelos y, sobre todo, su hermano que, para no atenderla, la envió lo más lejos que pudo creyendo que con pagar sus facturas era más que suficiente y creo que, precisamente tú, deberías comprenderla.

- ¿Por qué precisamente yo?

- Porque tú eres un hombre que cuida a todas las personas que están a su alrededor, estás pendiente de mí, te anticipas a lo que necesito. Estoy segura de que vas a ser un gran padre para nuestros bebés y cariño... desde que fallecieron sus abuelos, Mel no ha tenido a nadie que la cuide. ¿Crees que tengo corazón para abandonarla yo también?

- No, mi vida... - Héctor sabía que Lola tenía razón – no tienes corazón para abandonarla y yo tampoco debería hacerlo. Si es tan importante para tí buscaré la manera de que quién es no me influya.

- Gracias, Héctor – Lola acarició su mejilla – Sólo dale una oportunidad, verás como no te arrepientes, es una gran chica y, si no me equivoco, Carlos piensa lo mismo.



Héctor soltó una carcajada.

- Carlos ha recibido un gran puñetazo en el estómago esta noche. No estoy seguro de que sepa lo que significa.

-¿Tú lo supiste tan pronto?

- Amor mío... sabes que supe que eras mía desde que te besé en la mejilla en el Rigoletto, fuiste tú la que necesitaste más tiempo para entenderlo.

- Cierto – reconoció Lola – pero ahora lo sé sin ningún género de duda. Quiero ser tuya y estoy deseando ser tu esposa.

- Apenas queda un día y medio mi vida... Mañana nos espera el viaje y una larga jornada con los últimos preparativos. Debes descansar.

La noche pasada, tras hacerle el amor, Héctor le había dicho que la próxima vez sería la primera vez que le haría el amor a su esposa así que, Lola cerró los ojos y se durmió en cuanto Héctor se situó tras ella envolviéndola en un abrazo.

Era ya media tarde del viernes cuando Carlos conducía su todoterreno por la carretera hacia Toledo. Habían estado en la comisaría toda la mañana. El agente Velasco había interrogado a Mel una y otra vez, decenas de preguntas en las que la había obligado a repasar su historia familiar y la relación que había mantenido con su hermano. En este punto prácticamente había desnudado toda su intimidad y él no estaba precisamente contento con muchas de las respuestas que había tenido que escuchar por boca de Mel. Le tenía muchas ganas a Juan por todo lo que le había hecho a Helena y, especialmente a Lola, sin embargo le daban ganas de estrangularlo por cómo había tratado a su hermana. Aquella chica había pasado los últimos años en una soledad que le ponía los pelos de punta. Mel le había entregado el nombre del banco y el número de cuenta en el que supuestamente estaba depositado todo aquel dinero con un origen más que oscuro. Jaime se había quedado algo descolocado con toda la historia de la deuda que Juan mantenía con unos tipos a los que Mel aseguraba su hermano no había puesto nombre. Sin embargo, como les quedaba casi una semana hasta la fecha en la que había de producirse aquel encuentro, Jaime les había informado de que iban a estudiar durante el fin de semana la mejor manera de proceder y que volverían a reunirse con ellos lo antes posible. Le había pedido a Mel que estuviese tranquila y que procurase hacer una vida normal hasta entonces, asegurándole que había hecho lo correcto acudiendo a ellos. También le había pedido que le facilitase un domicilio de contacto y se limitó a arquear una ceja

cuando Carlos le facilitó la antigua dirección de Lola. Ambos hombres intercambiaron una mirada y el abogado sabía exactamente lo que había pensado Jaime al respecto y, curiosamente no le importó. Le había llevado toda la noche tomar conciencia de lo sucedido, pero a esas horas ya se había reconciliado con ello. Jack y Héctor le habían contagiado su enfermedad. El amor. Sólo le quedaba esperar unas horas para saber qué pensaba Mel al respecto. Carlos se había limitado a actuar con ella de una manera estrictamente profesional cuando la dejó en el apartamento al salir de la comisaría limitándose a informarla de que el lunes podrían hablar con más calma. Sabía que si le hubiese dado el beso de despedida que deseaba con toda su alma, era harto probable que no hubiese llegado a tiempo para la cena de despedida que Jack y él le habían preparado a Héctor para esa misma noche.

Héctor, enfundado en su chaqué y del brazo de su madre, esperaba nervioso la llegada de Lola en la iglesia elegida para su enlace. Apenas faltaban ya quince minutos y no sabía si su futura mujer iba a ser una novia puntual o iba a torturarlo retrasando su llegada. De hecho no sabía muchas cosas, no sabía si a Lola le habían gustado los pendientes que le había hecho llegar la noche pasada junto con una solitaria rosa roja, tampoco sabía qué iba a pensar Lola cuando viese que el clásico Mercedes 220 del 1952 en color negro que Héctor había alquilado para que trasladase a la novia desde el hotel hasta la iglesia, no tomaba el camino que ella pensaba, sino que se dirigía hacia otro lugar, hacia la capilla del colegio donde Lola había estudiado y dónde Héctor sabía que ella soñaba casarse. Miró nervioso el reloj, y comprobó que todos sus invitados estaban ya sentados en los bancos de la acogedora capilla. Héctor, de acuerdo con su madre y con su suegra Sofía, había conseguido reducir la lista de invitados a cincuenta personas de tal manera que así conseguía uno de sus otros objetivos, una boda sencilla y libre de compromisos en la que sólo estuviera presente quien tenía que estar. Un movimiento rosa atrajo su atención desde los primeros bancos y no pudo evitar sonreír y mandarle un beso con la mano a Anne, la hermana de Jack, quién para desesperación de su madre, llevaba un buen rato poniéndose en pie para llamar su atención agitando su mano en un efusivo saludo. Un murmullo y el girar de cabezas de los últimos bancos le informó de que, gracias a Dios, Lola se había apiadado de él y acababa de llegar. Miró a su madre. Marisa le sonrió comprensiva y le palmeó el antebrazo.

Lola estaba en shock. Cuando había descubierto que el precioso coche que la había recogido en el hotel no tomaba el camino al centro de Toledo se preocupó

y miró a su padre quien, demasiado tranquilo para su gusto, miraba por la ventanilla sin inmutarse porque se dirigiesen en dirección contraria a la del lugar donde iba a tener lugar su enlace.

- Papá... por aquí no se va a la iglesia. El conductor debe de haberse equivocado.

Raúl sonrió para sí. Lo estaba pasando bomba con la sorpresa que su yerno le había preparado a su hija. Había supuesto un gran esfuerzo conseguir en tan poco tiempo que la boda se celebrase en aquella capilla que tanto significaba para Lola.

- No te preocupes Lola. Vamos bien.

- Pero papá... - protestó Lola nerviosa.

- Cariño... ya estamos llegando – acababan de enfilear la calle del colegio tan conocida para Raúl y para su hija quien se tapó la boca con la mano para ahogar el grito de sorpresa al comprender a dónde se dirigían.

Lola no daba crédito. Conocía la calle y conocía la pequeña capilla frente a la cual habían colocado unas vallas que reservaban el espacio para el coche de la novia. De la puerta antigua de madera salía una alfombra roja que recorría toda la acera y que era la adecuada para la ceremonia que allí iba a tener lugar. Su boda. En la capilla de su colegio. ¿Cómo era posible?

- ¿Cómo lo ha hecho? - preguntó Lola cuando el coche se detuvo y su padre comenzaba a descender del vehículo.

- Cariño... como todo lo que hace Héctor que tiene que ver contigo, así lo ha hecho, con mucho amor.

Desde aquel momento toda la tarde transcurrió para Lola entre sorpresa y sorpresa. Ya había comenzado la noche anterior cuando un botones había llamado a su puerta con una rosa y una pequeña caja. Había llorado al ver los preciosos pendientes, minuciosamente plegada había una nota manuscrita dentro de la caja, reconoció la caligrafía y reconoció el mensaje. Era sencillo y cerraba el círculo de la promesa que Héctor le hiciera de pie en una acera de Madrid, la noche en la que se conocieron y antes de su primer beso “Para mi princesa”.

La ceremonia fue muy emotiva y Lola aguantó las lágrimas como una campeona hasta que el párroco les autorizó a besarse. Allí ya no pudo más porque tan cerca de Héctor se vio envuelta en su familiar aroma y eso, para ella, fue más real que

el intercambio de las sencillas alianzas de oro blanco con el nombre de los dos inscrito en su interior y con el símbolo del infinito entre ambos. Antes de salir a saludar a sus invitados tuvo otra sorpresa ya que alguna de las monjas que habían sido sus maestras se acercaron al altar para felicitarlos a pesar de estar viejecitas y achacosas. Tras el intercambio de saludos, por unos minutos se quedaron solos en la iglesia ya que todos los invitados los esperaban fuera con la intención de hacerlos pasar por una lluvia de pétalos de hortensias azules que los acompañaría hasta el coche. Héctor se aprovechó de que ahora tenía a su reciente esposa sólo para él y la abrazó entrelazando las muñecas a su espalda, su postura favorita para hablar.

- ¿Eres feliz? - le preguntó con una sonrisa

- Mucho – respondió Lola acariciándole el pecho por encima de su chaleco – Estás guapísimo.

- Vaya... muchas gracias... pero nada comparado a la impresionante mujer a la que ya puedo llamar esposa... Lola... te quiero mucho. Voy a hacerte feliz.

- Ya lo haces cariño... desde hace mucho tiempo. Te quiero.

Lola tampoco esperaba que la cena fuese al aire libre pero Ruth y Héctor habían contratado una decoración elegante pero sencilla con la intención de que, si la temperatura era la adecuada, se pudiese trasladar el banquete del salón interior al precioso jardín del hotel y, afortunadamente, habían podido hacerlo. Diez preciosas mesas redondas se situaban cercanas a la mesa presidencial, la tenue iluminación exterior del hotel estaba completada con delicados farolillos ubicados estratégicamente en árboles, arbustos y setos haciendo destacar la pureza del blanco de los manteles de lino, a la par que conseguían arrancar brillantes destellos de los centros de mesa que estaban compuestos por unos sencillos jarrones bajos situados sobre un espejo redondo y llenos de hortensias azules, rosas blancas y hojas de distintos tonos de verde. Tampoco había participado Lola en la elección del menú, sin embargo, ahí sí veía la mano de su madre porque, a la fuerza, Héctor había tenido que consultarle para conseguir que todos los platos se encontrasen entre los favoritos de la novia, eso sí, preparados con una calidad extraordinaria. Los canapés fueron elección directa del chef, según le comentó Héctor mientras saludaban a sus invitados entre las mesas dispuestas para tal fin en otro lado del jardín. Lola hizo un esfuerzo por no devolver ninguno de los platos que le fueron servidos, comenzó por una deliciosa crema de nécoras, su marisco favorito, además sirvieron una ensalada

de bogavante sobre tartar de mango y aguacate, supremas de mero al vino del Rhin y medallones de ibérico con pasas y piñones. Con los postres habían tratado de satisfacer todos los gustos, para los amantes del chocolate sirvieron brownie, crema de chocolate negro y chocolate con leche y crujiente de chocolate negro, además de una sabrosa trata de queso Idiazábal con fresitas del bosque. La repostera del hotel había creado el pastel de bodas perfecto tras la extensa variedad de postres. Era un sencillo pastel desnudo de bizcocho de limón con capas de mermelada de frutos rojos, azúcar glas y frutas del bosque repartidas por todos los pisos del pastel nupcial.

Lola no estaba segura de ser capaz de moverse cuando Héctor la llevó de la mano para inaugurar el baile. No sabía con qué canción iba a sorprenderla y la melodía que comenzó a sonar en cuanto llegaron al centro de la zona dispuesta para el baile le arrancó unas lágrimas. La potente voz de Whitney Houston los envolvió versionando una de las más conocidas canciones de amor de todos los tiempos “I will always love you” tan apropiada para su historia de amor que sintió un escalofrío mientras se movían a su compás recordando que el tema había formado parte de la banda sonora de la película “El guardaespaldas”. Eso había sido Héctor desde el principio, su protector, siempre vigilante, siempre atento, siempre paciente, siempre amándola.

Carlos observaba satisfecho el baile del recientemente estrenado matrimonio. Sin embargo, percibía aquella danza con una visión distinta al baile nupcial de Jack y Helena algunos meses atrás ya que, por entonces, se sabía inmune a un enamoramiento de semejante intensidad, en cambio ahora, no estaba tan seguro de que en breve él no estuviera inmerso en una historia que aún no tenía demasiado claro cómo debía enfocar. Sólo tenía clara una cosa. Mel le gustaba y le gustaba mucho, además de un evidente deseo y atracción de la que tenía ligeros indicios que le animaban a pensar que Mel podría corresponderle, estaba aquella otra cosa de la necesidad de saberla segura y protegida. Reconocía el sentimiento porque había visto como, primero Jack y luego Héctor habían sucumbido a él muy rápido y sin apenas tener oportunidad de reacción. Carlos en cambio, esperaba poder diseñar una estrategia que le permitiese vivir una historia mucho menos agitada que la de sus amigos. Eso era él, un buen estratega. Su estrategia saltó por los aires cuando el teléfono vibró en el bolsillo interior de su smoking. Lo sacó con discreción para ver quién lo llamaba a esas horas y se levantó como un resorte al ver en la pantalla el nombre del agente Velasco. Se disculpó con los padres de Jack que estaban sentados a su lado y,

con su permiso, se alejó unos pasos hasta un rincón del jardín en el que la música llegaba más atenuada y le permitía mantener una conversación.

- Agente – Respondió sin más.

- Carlos.

La voz de Jaime era grave y al abogado se le pusieron los pelos de punta.

- Dime. ¿Qué ha sucedido?

- Me acaban de avisar. Esta misma mañana se ha recibido una llamada en la comisaría, avisaban de un asalto en el edificio de Lola y de Helena. El vecino oyó golpes y, sabiendo que los apartamentos estaban vacíos, bajó a mirar. Pudo ver cómo dos tipos salían del apartamento de Lola.

Carlos notó como la sangre se le helaba en las venas y sin soltar el teléfono ya se estaba dirigiendo a su habitación para coger las llaves de su todoterreno.

- ¿Mel? - preguntó tembloroso.

- Lo siento tío. Le han dado una paliza. Me han dicho que está inconsciente. Ahora mismo voy hacia el hospital.

- Tardaré unas dos horas en llegar – Carlos colgó y ni se molestó en hacer el equipaje.

La noche era preciosa, hacía una temperatura ideal para pasear o bailar bajo las estrellas. Mientras conducía hizo su promesa. Había sido un estúpido al confiar en que algo que viniese de Juan fuese a transcurrir con la más mínima lógica, no había aprendido de sus maquinaciones y las consecuencias las había pagado Mel. Su Mel. “Resiste nena” pensó “Bailaremos juntos bajo las estrellas”.

\*\*\* \_ \*\*\*